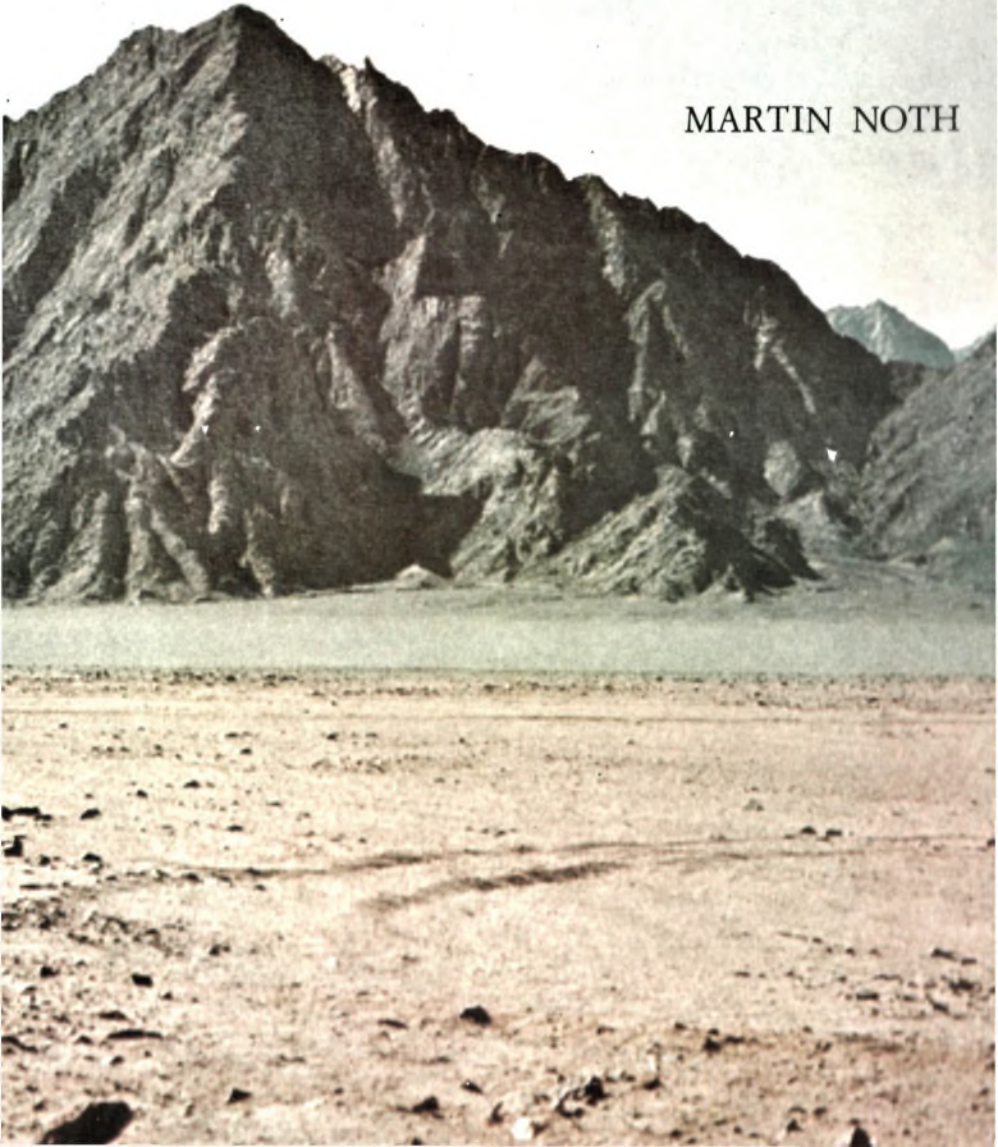
EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

MARTIN NOTH



BIBLIOTECA BIBLICA

CRISTIANDAD

La dirige

A. DE LA FUENTE ADÁNEZ

Títulos publicados:

COMENTARIO BIBLICO «SAN JERONIMO». 5 tomos.

I. *Antiguo Testamento* I. 886 págs.

II. *Antiguo Testamento* II. 766 págs.

III. *Nuevo Testamento* I. 638 págs.

IV. *Nuevo Testamento* II. 605 págs.

V. *Estudios sistemáticos.* 956 págs.

G. E. WRIGHT: *Arqueología Bíblica.* 402 págs. y 220 ilustraciones.

R. DE VAUX: *Historia Antigua de Israel.* 2 tomos. 454 y 366 págs.

W. EICHRODT: *Teología del Antiguo Testamento.* 2 tomos. 478 y 536 págs.

M. NOTH: *El mundo del Antiguo Testamento.* 400 págs.

J. JEREMIAS: *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento.*

J. LEIPOLDT/W. GRUNDMANN: *El mundo del Nuevo Testamento.* 3 tomos.

I. *Estudio histórico-cultural.* 750 págs.

II. *Textos y documentos.* 447 págs.

III. *Ilustraciones.* 80 págs. y 323 ilustraciones.

MARTIN NOTH

EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCION A LAS CIENCIAS AUXILIARES DE LA BIBLIA

EDICIONES CRISTIANDAD
Huesca, 30-32

Publicó esta obra la Editorial
ALFRED TÖPELMANN, Berlín ⁴1962

con el título

DIE WELT DES ALTEN TESTAMENTS

Einführung in die Grenzgebiete der alttestamentlichen Wissenschaft

* * *

Lo tradujo del alemán
J. ALONSO ASENJO, OMI

Esta edición castellana fue actualizada por
J. GONZÁLEZ ECHEGARAY
Director del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander

Derechos para todos los países de lengua española en
EDICIONES CRISTIANDAD
Madrid 1976

Depósito legal: M. 30.220.—1976
I.S.B.N.: 84-7057-101-X

Printed in Spain

CONTENIDO

Prólogo a la cuarta edición alemana 19

PRIMERA PARTE

GEOGRAFIA DE PALESTINA

I. El estudio de la geografía palestinense 23

1. Historia de las exploraciones, 23.—2. Cartografía, 24.—3. Descripciones geográficas de Palestina, 25.

Cap. I: *Geografía general* 29

II. Palestina: nombre y significación 29

1. Historia del nombre, 29.—2. Palestina: significación del término, 31.

III. Topografía 32

1. Formas del terreno y toponimia actual, 32.—2. Estructura del terreno, 34.

IV. Dimensiones 45

1. Distancias, 45.—2. Desniveles, 47.

V. Clima 48

VI. Flora y fauna 53

1. Flora, 53.—2. Fauna, 57.

Cap. II: *Historia natural* 61

VII. Geología 61

1. Estructura geológica, 61.—2. Riquezas minerales, 63.

VIII. Regiones naturales de Palestina 65

Cap. III: *Palestina como escenario de la historia bíblica* 69

IX. Nombres bíblicos del país y de sus partes naturales 69

1. Nombres dados al conjunto del país, 69.—2. Nombres de las partes de Palestina, 73.

X. El asentamiento en el país 82

1. Territorios de las tribus israelitas, 82.—2. Otros pueblos de Palestina y su contorno, 92.—3. Antiguas vías de comunicación, 99.

XI. Divisiones políticas de Palestina 108

1. Período de independencia de Israel, 108.—2. Período de dominación extranjera, 114.

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGIA DE PALESTINA

Cap. I: *Introducción a la arqueología de Palestina* 121

XII. Arqueología de Palestina: concepto e historia 121

1. Concepto, 121.—2. Historia, 122.

XIII. Bibliografía sobre la arqueología de Palestina 124

XIV. Períodos culturales de Palestina y características principales. 125

1. Período turco, 126.—2. Sultanato mameluco, 127.—3. Las Cruzadas, 127.—4. Dominación árabe, 128.—5. Período bizantino, 129.—6. Período romano, 131.—7. Herodes el Grande, 133.—8. Período helenístico, 134.—9. Período del Oriente Antiguo, 135.—10. Las más antiguas huellas de vida humana, 138.

Cap. II: *Actividad arqueológica en Palestina* 139

XV. Excavaciones 139

1. Datación arqueológica, 139.—2. Excavaciones particulares. Comienzos de la actividad excavadora, 141.—3. Excavacio-

nes principales de los distintos períodos culturales, 142.—4. Excavaciones de los lugares que conocemos por la Biblia, 150.

XVI. Exploración de la superficie 152

XVII. Descubrimientos arqueológicos y tradición literaria 154

1. Valor positivo de la arqueología, 154.—2. Limitaciones de la arqueología, 157.

Cap. III. *Aportación de la arqueología al período de la historia bíblica* 159

XVIII. Asentamientos 159

1. Emplazamiento de las ciudades, 159.—2. Fortificación de las ciudades, 160.—3. Puertas de las ciudades, 165.—4. Las ciudadelas, 166.—5. Las casas, 166.—6. Abastecimiento de agua, 168.

XIX. La vida doméstica 172

1. Mobiliario, 172.—2. Hogar y horneras, 173.—3. Vasijas y molinos, 174.—4. Adornos, 175.

XX. La vida profesional 177

1. Ganadería, agricultura, horticultura, 177.—2. Oficios, 178.—3. Comercio y monedas, 180.

XXI. Costumbres funerarias 182

XXII. Santuarios 186

TERCERA PARTE

HISTORIA DEL ORIENTE ANTIGUO

XXIII. Nota preliminar 195

Cap. I: *Países* 197

XXIV. Unidades geográficas 197

1. Valle del Nilo, 197.—2. Mesopotamia, 198.—3. Asia Menor, 200.—4. Arabia meridional, 200.—5. Siria, 201.

XXV. Rutas de comunicación 202

1. Comunicaciones de los territorios orientales con Siria, 202.—2. Comunicaciones de los territorios orientales entre sí, 204.

Cap. II: *Culturas* 205

XXVI. Rasgos característicos 205

1. Egipto, 205.—2. Mesopotamia, 207.—3. Asia Menor, Siria septentrional y Mesopotamia septentrional, 208.—4. Arabia meridional, 209.—5. Siria, 210.

XXVII. Estudio de las culturas 210

Cap. III: *Sistemas de escritura y monumentos epigráficos* 213

XXVIII. Escrituras ideográficas y silábicas 213

1. Escritura jeroglífica de Egipto, 214.—2. Escritura cuneiforme, 217.—3. Jeroglíficos hititas, 221.

XXIX. Escrituras alfabéticas 222

1. El alfabeto cuneiforme de Ugarit, 223.—2. La antigua escritura alfabética de Biblos, 224.—3. Prehistoria de la escritura alfabética fenicia, 225.—4. Desarrollos posteriores en las inscripciones sobre piedra, 228.—5. Los óstraca de Samaría y Lakiš, 230.—6. Ulterior evolución de la escritura alfabética, 232.

Cap. IV: *Lenguas* 235

XXX. Lenguas semíticas 235

1. Acádico, 235.—2. Cananeo, 236.—3. Arameo, 238.—4. Arabe, 240.

XXXI. Lenguas no semíticas 240

1. Egipcio, 240.—2. Lenguas indoeuropeas, 241.—3. Lenguas de origen desconocido, 243.

Cap. V: *Pueblos* 245

XXXII. Razas 245

XXXIII. Pueblos históricos 246

1. Pueblos del valle del Nilo, 246.—2. Pueblos de Mesopotamia, 247.—3. Hititas, 253.—4. Pueblos de Siria y Palestina, 253.

Cap. VI: *Estados* 257

XXXIV. Las grandes potencias 257

1. El Estado egipcio, 257.—2. Los Estados de Mesopotamia, 260.—3. El Estado hitita, 264.—4. El dominio de los Hicsos, 265.

XXXV. Estados menores 268

XXXVI. Ciudades 271

Cap. VII: *Fechas* 277

XXXVII. Cronología 277

1. Cronología relativa, 277.—2. Sincronismos, 279.—3. Eras, 281.—4. Cronología absoluta, 282.

XXXVIII. Sinopsis cronológica de la historia del Antiguo Oriente 283

Cap. VIII: *Religiones* 287

XXXIX. Documentos religiosos 287

XL. Características fundamentales de la visión y práctica religiosa 289

XLI. Las religiones en particular 295

1. Egipto, 295.—2. Mesopotamia, 298.—3. Siria-Palestina, 300.—4. Hititas, hurritas, iranios, 302.

CUARTA PARTE

EL TEXTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

XLII. Nota preliminar 307

Cap. I: *La transmisión del texto en la Sinagoga* 309

XLIII. La transmisión del texto hebreo 309

1. El texto masorético, 309.—2. Prehistoria del texto masorético. Puntuación palestinense y transmisión textual babilónica, 313.—3. El texto consonántico, 315.—4. El Pentateuco samaritano, 320.

XLIV. Versiones a otras lenguas 321

1. Versiones al arameo, 321.—2. Versiones al griego, 323.—3. Posible versión al siríaco, 327.

Cap. II: *La transmisión del texto en la Iglesia cristiana* 329

XLV. El texto del Antiguo Testamento en la Iglesia oriental. Los Setenta 329

1. Manuscritos de los Setenta, 330.—2. Recensiones de los Setenta, 333.—3. Carácter de los LXX. Extensión y orden de sus libros, 337.—4. Ediciones impresas de los Setenta, 339.

XLVI. El texto del Antiguo Testamento en las Iglesias de Oriente. 340

1. Versiones siríacas, 341.—2. Otras versiones, 343.

XLVII. El texto del Antiguo Testamento en la Iglesia de Occidente 344

1. Las antiguas versiones latinas (Vetus Latina), 345.—2. La Vulgata, 347.

Cap. III: *Métodos de la crítica textual* 351

XLVIII. Alteraciones del texto original 351

1. Errores involuntarios, 352.—2. Alteraciones intencionales del texto, 355.

XLIX. Evaluación de los resultados de la crítica textual 357

L. Principios de la crítica textual del Antiguo Testamento 359

1. El texto masorético, base del trabajo crítico, 360.—2. Debe preferirse la lectura más difícil, 361.—3. Conjeturas, 361.—4. Atención a la *métrica*, 362.

Cuadro cronológico de la historia del Oriente Antiguo 364

Abreviaturas utilizadas 368

Indice de citas bíblicas 371

Indice de palabras y nombres hebreos 377

Indice de palabras y nombres árabes 381

Indice analítico 387

INDICE DE ILUSTRACIONES

1. Mapa general de Palestina 33

2. Estructura geológica de Palestina. Corte transversal de la Palestina Meridional 62

3. La ocupación de Palestina 87

4. A. Muro ciclópeo de los cimientos del muro de glacis de Jericó 163
   B. Sección de muro del período antiguo de la Edad del Hierro de *tell el-fūl* 163
   C. Muro del llamado «estrato salomónico» de Meguiddó 163
   D. Muros del palacio real o ciudadela de la Samaría de la época de la monarquía israelita 163
   E. Muro helenístico de la ciudadela de Bet-Sur 163
   F. Sección del muro herodiano que rodea el recinto del templo de Jerusalén («Muro de las Lamentaciones») 163

5. A. Santuario del Bronce Antiguo en *et-tell,* junto a *dēr dubwān* 189
   B. Templo del Bronce Medio de *tell balāṭa* (Siquem) 189
   C. Templo de Jasor: plano del templo correspondiente al Bronce Reciente 189

6. Mapa general del Oriente Antiguo 199

7. A. Jeroglíficos egipcios 219
   B. Texto cuneiforme asirio 219
   C. Jeroglíficos «hititas» 219

8. A. Comienzo de la inscripción del sarcófago de Ahiram 227
   B. Comienzo de la inscripción de Siloé 227

9. Ostracon 28 de Samaría 230

10. Ostracon 2 de Lakiš 231

PROLOGO A LA CUARTA EDICION ALEMANA

Esta edición presenta una revisión completa de la obra original. Pero no han cambiado en lo esencial ni la perspectiva ni las características ni, por tanto, la disposición general o particular de la obra.

*Se ha querido sobre todo seguir el compás de los estudios más recientes e incorporar nuevos descubrimientos y conocimientos. Un libro como el presente no puede ser nunca completamente actual, debido al rápido avance del trabajo científico en los numerosos campos del saber que han de tomarse en consideración. Aún durante la impresión de la nueva edición ha aparecido nuevo material *.*

Novedad es la adición, en el apartado X, 3, de una sección especial sobre las vías de comunicación de Palestina en la Antigüedad, porque pienso que las comunicaciones y las relaciones comerciales tienen importancia para la geografía histórica de un país.

Se han suprimido en la nueva edición las láminas que contenían las precedentes. Existen hoy tantas publicaciones con material ilustrativo de la historia y de la vida actual en Palestina y en los países del Antiguo Oriente, que la presentación de láminas en número reducido pierde su razón de ser. Por otra parte, la multiplicación de las láminas cambiaría las características del libro.

Agradezco a mis colaboradores científicos, B. Diebner y H. Schult, la colaboración infatigable y leal en el trabajo de corrección. H. Schult llevó admirablemente a cabo la pesada tarea de la preparación de los índices.

M. N.

Bonn, julio de 1962.

* N. del T.—El autor resumió brevemente en un suplemento lo que juzgó de importancia en estos nuevos trabajos. Se incorpora en el texto en la presente edición castellana.

PRIMERA PARTE

GEOGRAFIA DE PALESTINA

I. El estudio de la geografía palestinense

1. *Historia de las exploraciones*

La exploración científica moderna de la geografía de Palestina comenzó en los albores del siglo XIX. Puso los cimientos una serie de exploradores audaces que, pese a las dificultades y peligros, recorrieron infatigablemente el país y describieron en detalle los resultados de su exploración. Mencionamos aquí sólo los más importantes [1]. Ulrich Jasper Seetzen, nacido en Oldemburgo en 1767, partió para Oriente en 1802, recorrió los países de la orilla oriental del Mediterráneo y murió en 1811, en circunstancias no muy claras, en Arabia meridional; se han publicado sus diarios desde el 9-IV-1805 hasta el 23-III-1809 *(Ulrich Jasper Seetzen's Reisen durch Syrien, Palästina, Phönicien, die Transjordan-Länder, Arabia Petraea und Unter-Aegypten,* editados y comentados por Fr. Kruse, 4 volúmenes, 1854-1859). Johann Ludwig Burckhardt, de Basilea, se dirigió a Siria en 1809, recorrió las tierras entre Siria y Nubia y murió de repente en El Cairo en 1817. Se han publicado sus diarios, que abarcan desde el 22-X-1810 hasta el 9-V-1812 *(Johann Ludwig Burckhardt's Reisen in Syrien, Palästina und der Gegend des Berges Sinai,* traducidos del inglés, fueron editados y acompañados con notas de W. Gesenius, 2 vols., 1823-1824). El verdadero fundador de la topografía científica y crítica de Palestina fue Edward Robinson, nacido en Southington, Connecticut (Estados Unidos), el 10-IV-1794. Después de adquirir una formación sólida en el terreno científico relacionado con su labor, y con el apoyo del experto misionero en Siria Eli Smith, exploró intensamente Palestina, entre *suwēs* y *bērūt,* desde el 16 de marzo al 8 de julio de 1834; estuvo otra vez en Siria meridional y Palestina entre el 2 de marzo y el 22 de junio de 1852; él mismo publicó los resultados después de elaborarlos científicamente (Robinson and Smith, *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai, and the Adjacent Regions,* 1857). Murió en Nueva York el 23 de enero de 1863.

[1] Reinhold Röhricht, *Bibliotheca Geographica Palaestinae* (1890), ofrece un resumen de todos los relatos sobre los viajes de peregrinos y exploradores y de la literatura relacionada con la geografía de Palestina entre 333 y 1878 d. C.

2. *Cartografía*

Naturalmente, los exploradores particulares no podían asumir la tarea de levantar cartográficamente el país [2]. Realizaron esta labor las instituciones fundadas en la segunda mitad del siglo XIX para el estudio científico de Palestina. En 1865 se fundó en Inglaterra el *Palestine Exploration Fund,* con sede en Londres. Varios colaboradores, entre los que se encontraba H. H. Kitchener, que había de hacerse famoso primero como oficial y luego como ministro de la Guerra inglés, levantaron el plano de Cisjordania durante los años 1872-1875 y 1877-1878. Resultado de esta labor fue el gran *Map of Western Palestine* en 26 folios y a la escala 1 : 63.360. Se le agregó una descripción del país, que fue editándose, a partir de 1881, en una serie de volúmenes con el título general de *Survey of Western Palestine.* El volumen más importante de esta serie es el titulado *Arabic and English Name Lists* (1881), donde los topónimos registrados en el mapa aparecen en sus caracteres originales árabes con transcripción inglesa y también, en la mayoría de los casos, con una explicación del nombre.

Por encargo del *Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas,* fundado en Leipzig en 1877 y con sede en esta ciudad, el ingeniero würtemburgués G. Schumacher († 1925), establecido en Haifa, levantó el plano de la parte norte de Transjordania durante los años 1896-1902. Fruto de este trabajo fue el *Mapa de Transjordania,* publicado entre 1908-1924 en diez folios en escala 1 : 63.360, que abarca la región cultivable transjordana comprendida entre el Yabboq y las fuentes del Jordán. La descripción correspondiente de la región corrió a cargo de C. Steuernagel, *Der ʿAdschlūn* (1927), que se basó en las notas y diarios de Schumacher.

La Sección alemana de Levantamientos Topográficos núm. 27 preparó por estos mapas, añadiendo mediciones propias, un *Mapa de Palestina* durante la Primera Guerra Mundial; presenta en 39 folios a la escala 1 : 50.000 y en siete folios a la escala 1 : 25.000 las regiones de Cisjordania y Transjordania comprendidas aproximadamente entre la latitud de Haifa, Tiberíades y Aštarot por el norte y la latitud de Ascalón, Belén y Mádaba por el sur. Lo publicó más tarde en Berlín el Catastro Imperial.

Durante los años 1896-1902, Alois Musil recorrió repetidas veces y levantó topográficamente la parte más meridional del país, es decir, la región situada a ambos lados de la gran depresión del *wādi el-ʿaraba* (cf. p. 36) comprendida entre la extremidad inferior del mar Muerto y la extremidad superior del golfo de *el-ʿaqaba,* así como la región del este del mar Muerto. El resultado de esta exploración apareció en su libro *Arabia Petraea* I/II (1907-1908) y en los mapas adjuntos a la escala 1 : 300.000.

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, el inglés S. F. Newcombe

[2] Sobre el tema, cf. H. Fischer, *Geschichte der Kartographie von Palästina:* ZDPV 62 (1939) 169-189; 63 (1940) 1-111.

levantó topográficamente el Négueb (cf. pp. 40 y 76); en esta labor se basa el mapa *The Negeb or Desert South of Beersheba,* a 1 : 250.000 (1921).

Durante el período del mandato británico se llevó a cabo una nueva medición del territorio mandatario de Palestina y de Transjordania. En esta medición se apoya un excelente mapa a 1 : 100.000 que se impone como la principal fuente cartográfica para el estudio de la geografía de Palestina. Emplea un sistema isohipsométrico de 25 en 25 m y una curva de nivel especial («Palestine Grid») cuyo punto cero está aproximadamente a 33° 25′ de longitud este y 30° 25′ de latitud norte. Según las coordenadas de esta curva de nivel suelen hoy darse indicaciones topográficas exactas; los números de tres cifras dan las distancias kilométricas y los de cuatro cifras las de 100 m. La parte de este mapa correspondiente a la Jordania actual se cita: *1 : 100.000 South Levant Series;* la edición israelí, en 24 folios, que lleva impresos los actuales topónimos hebreos, se cita: *1 : 100.000 Palestine.* Este mismo levantamiento originó también un mapa general dotado de la misma curva de nivel a 1 : 250.000. Apareció en dos partes: *Israel 1 : 250.000,* en tres folios, editado por *Survey of Israel* (1951), y *The Hashemite Kingdom of the Jordan,* en tres folios, editado por el *Department of Lands and Surveys of the Jordan* (1949-1950).

3. *Descripciones geográficas de Palestina*

Existe una bibliografía amplísima sobre Palestina con características y valores muy diferentes. Seleccionamos las obras más importantes. Entre las simples *descripciones* del país merece recordarse siempre la obra monumental de G. Ebers y H. Guthe *Palästina in Bild und Wort, nebst der Sinaihalbinsel und dem Lande Gosen* I/II (1882); además, H. Guthe, *Palästina* (Monographien zur Erdkunde 21; ^{2}1927), con numerosas ilustraciones. Se concede particular consideración a las cuestiones de ciencias naturales en R. Koeppel, *Palästina. Die Landschaft in Karten und Bildern* (1930). En forma brevísima se presenta lo esencial en la *Stuttgarter Biblisches Nachschlagewerk,* con mapas, fotografías, una breve descripción de la región y una concordancia topográfica.

Obras científicas sobre la *geografía histórica* del país son George Adam Smith, *The Historical Geography of the Holy Land* (^{1}1894, ^{25}1931); Fr. Buhl, *Geographie des alten Palästina* (Grundriss der Theologischen Wissenschaften II, 4; 1896); F.-M. Abel, *Géographie de la Palestine:* t. I, *Géographie physique et historique* (1933); t. II, *Géographie politique. Les villes* (1938); M. du Buit, *Géographie de la Terre Sainte:* I, *Géographie physique.* II, *Géographie historique* (1958).

Entre los *atlas* de Palestina es un deber nombrar la obra modelo de H. Guthe *Bibelatlas* (^{2}1926). Contiene gran cantidad de mapas sobre la geografía histórica del país y otro mapa de la Palestina actual, elaborado con exactitud siguiendo los datos más recientes de la ciencia. Este mapa, que se publicó por separado y que, además, se añadió al volumen 50 de

la «Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins», es el mejor que existe en la actualidad por ser el mapa general de Palestina más seguro y completo.

Mencionamos entre las *obras ilustradas,* muy numerosas, *64 Bilder aus dem Heiligen Lande* [«64 fotografías de Tierra Santa»], que, editadas «con la más delicada impresión a cuatro colores» por la *Württembergische Bibelanstalt,* ofrecen una imagen viva poco corriente del paisaje y de su colorido. Lo mismo puede decirse del libro de H. Bardtke *Zu beiden Seiten des Jordans,* que presenta ilustraciones para el estudio de la geografía de Palestina basadas en las fotografías tomadas por el autor durante un viaje de estudio en el otoño de 1955. Para conocer la estructura de la región es muy instructivo el libro de G. Dalman *Hundert deutsche Fliegerbilder aus Palästina* (Schriften des Deutschen Palästina-Instituts 2; 1925); en él se ofrece una excelente selección de vistas con indicaciones exactas, sobre todo de la parte meridional de la región, tomadas en su mayoría por la Sección Bávara 304 de Aviación durante la Primera Guerra Mundial (1917-1918). La mayor parte de los «atlas de la Biblia», que tanto proliferan en nuestros días, pueden también considerarse preferentemente como obras ilustradas. El material cartográfico de estos libros es, la mayoría de las veces, escaso e insuficiente para un estudio serio. En cambio, presentan abundantes y excelentes ilustraciones del país, de los habitantes y de los monumentos históricos de Palestina, acompañadas de un texto más o menos extenso. Mencionamos las siguientes obras: *The Westminster Historical Atlas to the Bible,* ed. por G. E. Wright y F. V. Filson, con una introducción de W. F. Albright, edición revisada (1956); L. H. Grollenberg OP, *Atlas van de Bijbel* (1955); E. G. Kraeling, *Rand McNally Bible Atlas* (1956); edición abreviada de este último con el título *Rand McNally Historical Atlas of the Holy Land* (1959); por fin, un resumen breve: H. H. Rowley, *The Teach Yourself Bible Atlas* (1960).

Las *revistas* más importantes que se ocupan normalmente de los problemas de exploración de Palestina son, por orden de antigüedad:

«Palestine Exploration Fund Quarterly Statements» (PEF Qu. St.): apareció en 1869; desde 1937 cambió el título por «Palestine Exploration Quarterly» (PEQ).

«Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins» (ZDPV): se publica desde 1878.

«Revue Biblique» (RB): publicada por los competentes dominicos de la *École pratique d'Études bibliques au Couvent St. Étienne* de Jerusalén, ahora *École Biblique et Archéologique Française.*

«Palästinajahrbuch des Deutschen evangelischen Instituts für Altertumswissenschaft des heiligen Landes zu Jerusalem» (PJB), publicada desde 1905 a 1941.

«Bulletin of the American Schools of Oriental Research» (BASOR), publicada desde 1919.

«Journal of the Palestine Oriental Society» (JPOS), de 1921 a 1944.

«Bulletin of the Jewish Palestine Exploration Society» (BJPES), pu-

blicado en hebreo desde 1933; cambió el título en «Bulletin of the Israel Exploration Society» (BIES) y luego, a partir del vol. XXVI (1962), se tituló «Yediot».

«The Biblical Archaeologist» (BA), desde 1938.

«Israel Exploration Journal» (IEJ), publicada desde 1950.

Toda la producción bibliográfica científica sobre Palestina aparece catalogada en la magna obra de P. Thomsen *Die Palästina-Literatur. Eine internationale Bibliographie in systematischer Ordnung mit Autoren- und Sachregister*. En 1908 apareció el primer volumen, que abarca la producción de los años 1895-1904; hasta ahora la obra ha llegado al volumen VI (1956), editado por Fr. Maas y L. Rost, que se ocupa del período 1935-1939. Está a punto de aparecer un volumen A, que presentará la producción de los años 1878-1894, colmando, de este modo, la laguna cronológica entre la bibliografía compilada por R. Röhricht, mencionada anteriormente, en p. 23, nota 1, y el volumen I de P. Thomsen.

Capítulo I

GEOGRAFIA GENERAL

II. Palestina: nombre y significación

1. *Historia del nombre*

La historia del nombre de Palestina es intrincada [1]; su significación, por tanto, dista mucho de ser clara y precisa. Se hizo común, especialmente en la literatura científica del siglo XIX, como designación vaga de Cisjordania, escenario principal de la historia de Israel. Este uso tiene sus raíces en la literatura cristiana occidental, especialmente en los escritos de peregrinos y viajeros, que llaman Palestina al país de la Biblia. Emplean este nombre alternándolo con el nombre bíblico de Canaán y otras designaciones como *terra sancta,* «Tierra Santa»; *terra (re)promissionis,* «Tierra de Promisión», es decir, «Tierra Prometida» [2]. Esta tradición se remonta hasta la Iglesia antigua, en la que escritores de tanta influencia como Eusebio de Cesarea y Jerónimo conocieron y emplearon el nombre de Palestina como designación de la «Tierra Prometida». La Iglesia antigua se sirvió de este nombre sencillamente porque formaba parte de la nomenclatura oficial de la administración contemporánea del Imperio Romano primero y luego del Bizantino; Παλαιστίνη, en griego, y *Palaestina,* en latín, era el nombre de una provincia imperial. El antiguo nombre, Ἰουδαία *(Iudaea),* propio del Estado asmoneo y herodiano, pasó a designar también, al principio, la provincia romana erigida en este mismo territorio (cf. pp. 117s). Pero después de la segunda sublevación judía (132-135 d. C.) los romanos sustituyeron este nombre por el de Παλαιστίνη *(Palaestina),* porque el nombre Ἰουδαία *(Iudaea)* evocaba las medidas que habían tenido que tomar entonces contra el judaísmo y porque ya no correspondía a la situación del mismo judaísmo, ampliamente difundido fuera de los estrechos límites de la provincia. El nombre de Palestina tenía, pues, durante el período romano-bizantino, una significación clara y precisa, por más que ocasionalmente, en el decurso de la

[1] M. Noth, *Zur Geschichte des Namens Palästina:* ZDPV 62 (1939) 125ss.

[2] Esta denominación se refiere a las promesas de la tierra hechas a los patriarcas (Gn 12,7, etc.).

historia, cambiaran los límites de esta provincia. El territorio principal de la provincia de Palestina fue siempre Cisjordania; pero comprendió también siempre partes de Transjordania, al principio sobre todo Perea, al este del curso inferior del Jordán y del mar Muerto, así como partes de la Decápolis, al este del lago Tiberíades y, a partir del siglo IV, especialmente los territorios meridionales que bordean, por el este y por el oeste, el *wādi el-ʿaraba* (cf. p. 36). A pesar de la división de la provincia en tres partes *(Palaestina prima, secunda, tertia)* en el siglo IV, para la administración militar el territorio constituyó siempre una unidad bajo el mando de un *dux;* cuando los mencionados escritores de la Iglesia antigua utilizan el nombre de Palestina se refieren a esta unidad. El uso posterior del nombre de Palestina en los escritos cristianos y, a través de ellos, el empleo actual de este nombre procede, pues, a fin de cuentas, de la terminología administrativa del Imperio Romano-Bizantino.

El nombre tiene, naturalmente, una prehistoria aún más remota; porque los romanos no fueron quienes lo inventaron, sino simplemente sus transmisores. Está documentado por primera vez en diversos textos de Herodoto, en el siglo V a. C., y en Herodoto, III, 15 parece encontrarse el primer uso del término; en este lugar se designa a los habitantes de la costa al sur del Carmelo hasta Gaza como «sirios que se llaman Παλαιστίνοι». El sustantivo Παλαιστίνοι significa naturalmente «filisteos» y presenta la acomodación griega del hebreo *pᵉlištīm* o, mejor, del arameo *pᵉlišta'in.* Los marineros y comerciantes griegos dividieron la costa de la extensa V Satrapía persa (cf. Herodoto, III, 91), «Siria», en dos partes: la parte norte, en que habitaban «fenicios», y otra al sur, en que vivían «palestinos» (filisteos); en este sentido usa Herodoto el nombre «palestinos» y designa, al mismo tiempo, el territorio costero situado al sur del Carmelo con el nombre de «Siria palestina» (I, 105; III, 91) o, sencillamente, «Palestina» (VIII, 89). Esta designación era totalmente apropiada, pues desde el siglo XII a. C. residían en la llanura costera al sur del Carmelo los filisteos, de sobra conocidos por el Antiguo Testamento, y otros pueblos del mismo origen; por lo demás, estos habitantes de la costa todavía se llamaban a sí mismos «filisteos» en el período persa. Otros escritores griegos y romanos llamaron también, siguiendo a Herodoto, a esta región costera «Palestina» («Tierra de filisteos»); así, el historiador Polibio, el geógrafo Agatárquides en el siglo II a. C. y otros. Por fin, los romanos tomaron este nombre, aplicando a toda la provincia, que comprendía también el interior del territorio, la designación propia de la región costera, cuyas principales ciudades, con puerto de mar, estaban asentadas en la costa; así, en primer lugar, Cesarea, que erigieron como capital de la provincia y que posteriormente, para distinguirla de otras ciudades homónimas, se llamó estereotipadamente *Caesarea Palaestinae* (Cesarea de Palestina). «Palestina» conserva aquí probablemente el sentido original, propio de la región costera.

El nombre de «Palestina» no sólo se mantuvo vivo después del período romano-bizantino en el lenguaje cristiano y en la tradición, sino que echó raíces en la región misma a través del período árabe y de la domi-

nación turca. Los conquistadores árabes llamaron «Distrito del Jordán» *(urdunn)* al territorio de la anterior provincia romano-bizantina de Palestina; pero siguieron empleando el nombre de «Palestina» *(filasṭīn)* para designar la parte occidental del distrito [3].

Finalmente, el nombre de Palestina, si bien provisionalmente, tuvo carácter oficial durante el mandato británico (1920-1948), cuando se llamó *Palestine* al territorio objeto del mandato.

Actualmente se emplea a menudo el nombre de Palestina de modo no oficial, especialmente para designar la parte israelí del territorio *.

2. *Palestina: significación del término*

La significación del término *Palestina* en su acepción usual no designa la magnitud histórica de la provincia romana de *Palaestina* o cualquier otra realidad histórica. *Palestina* suele emplearse más bien como designación propia de la «Tierra Prometida o Santa». De este modo, el término, por convención, adquiere una especial relación con la historia del pueblo de Israel, indicando el escenario de esta historia tal como se desarrolló en el país. Pero con esto tampoco llegamos a una definición clara, pues la historia de Israel incorporó en algunos períodos regiones relativamente extensas y se desenvolvió en otros dentro de un espacio reducido. El uso normal del término abarca aproximadamente el territorio indicado por las repetidas promesas de la Tierra hechas a los patriarcas en el Génesis y descrito en el sistema de límites ideales de las tribus (confróntese pp. 82ss), tal como aparece en Jos 13-19; este territorio representa prácticamente el espacio en que se asentaron las tribus israelitas. Se trata, pues, del territorio comprendido entre el mar Mediterráneo, al oeste, y el desierto Siro-Arábigo, al este; llega por el norte hasta el extremo sur de la cordillera del Líbano y Antilíbano, que dominan la Siria central, y por el sur hasta aproximadamente la latitud del extremo meridional del mar Muerto, con lo cual en esta visión tradicional se prescinde sólo de los territorios ocupados por los amonitas y moabitas al sur de Transjordania. Geográficamente se trata de la tercera parte (la meridional) de Siria, una franja alargada de territorio extendida entre la costa oriental del Mediterráneo y el desierto Siro-Arábigo. No es posible fijar exactamente los límites, porque *Palestina,* según este uso convencional, no es un término preciso.

[3] A.-S. Marmardji, *Texts géographiques arabes sur la Palestine* (1951) 160-163.

* Los acontecimientos políticos de estos últimos años han restringido el nombre de «palestinos» y «Palestina», aplicándolo a los árabes originarios de Cisjordania y al pretendido Estado político que ellos intentan implantar en el país, actualmente ocupado por los judíos. (N. del E.).

III. Topografía

1. *Formas del terreno y toponimia actual*

Quien desee estudiar el presente o especialmente la historia de Palestina debe conocer la larga tradición popular de nombres y términos topográficos con que se señala cualquier particularidad del terreno. Cualquier investigación o referencia geográfica emplea esta tradición toponímica debido a la gran inseguridad de la identificación de los nombres y términos legados por la historia. Desde el siglo VII d. C., tras la conquista del país por los árabes musulmanes y su consiguiente establecimiento en él como señores, la lengua de la región ha sido el árabe. De este modo, toda la tradición local de nombres y términos topográficos se ha transmitido en árabe o a través del árabe, pues aun lo que proviene de una tradición más antigua —y se trata de un acervo toponímico considerable— fue incorporado en la tradición lingüística local árabe y sólo se conoce hoy en su forma árabe o en su eventual deformación también árabe. Generalmente, a partir de la Edad Media, los cristianos, en especial los franciscanos, aplicaron nombres y términos bíblicos a algunos lugares; pero esta tradición es tan poco segura como la aplicación de nombres hebreos del Antiguo Testamento que en los últimos tiempos están llevando a cabo los residentes judíos. El Estado de Israel controla y reconoce oficialmente la aplicación de estos topónimos basándose en los conocimientos de la topografía científica; pero aun en estas circunstancias la operación entraña identificaciones y denominaciones inciertas y precipitadas que fácilmente engendran confusión [4].

El acervo tradicional árabe de nombres y denominaciones locales contiene naturalmente gran cantidad de términos para todos los posibles accidentes geográficos que debe conocer quien se ocupe de la geografía de Palestina. Recogemos aquí por categorías los principales [5]:

a) *Términos que designan formas del suelo: ǧebel* (pl. *ǧibāl*)*:* término usual para monte, sierra; *rās* (pl. *rūs*)*:* prop. cabeza, de ahí pico, también cabo, promontorio; *ẓahr* (pl. *ẓuhūr*)*:* prop. lomo, luego también sierra; *qarn* (pl. *qurūn*, dim. [6] *qurēn*)*:* prop. cuerno, cima, pico de montaña; *mešref(e)* (pl. *mašārif*, dim. *mušērife*)*:* punto elevado con vista panorámica, altura; *munṭār* (pl. *munāṭīr*)*:* atalaya; *ṣaḫra* (col. *ṣaḫr*)*:* roca, peña; *ḥaǧar* (pl. *ḥiǧār*)*:* piedra; *ruǧm* (pl. *ruǧūm*, dim. *ruǧēm*)*:* montón (artificial) de piedras; *waʿr:* terreno pedregoso o cubierto de maleza;

[4] La toponimia en el territorio del Estado de Israel es hebrea; se la toma en cuenta en lo sucesivo añadiendo al nombre árabe original de los lugares en territorio israelí la nomenclatura neohebrea precedida de la abreviatura «isr.».

[5] Con mayor amplitud, A. Socin, *Liste arabischer Ortsappellativa:* ZDPV 22 (1899) 18-60. Sobre la transcripción de palabras árabes, cf. el índice al final del libro.

[6] En árabe se emplean frecuentemente los diminutivos de los sustantivos (= dim.).

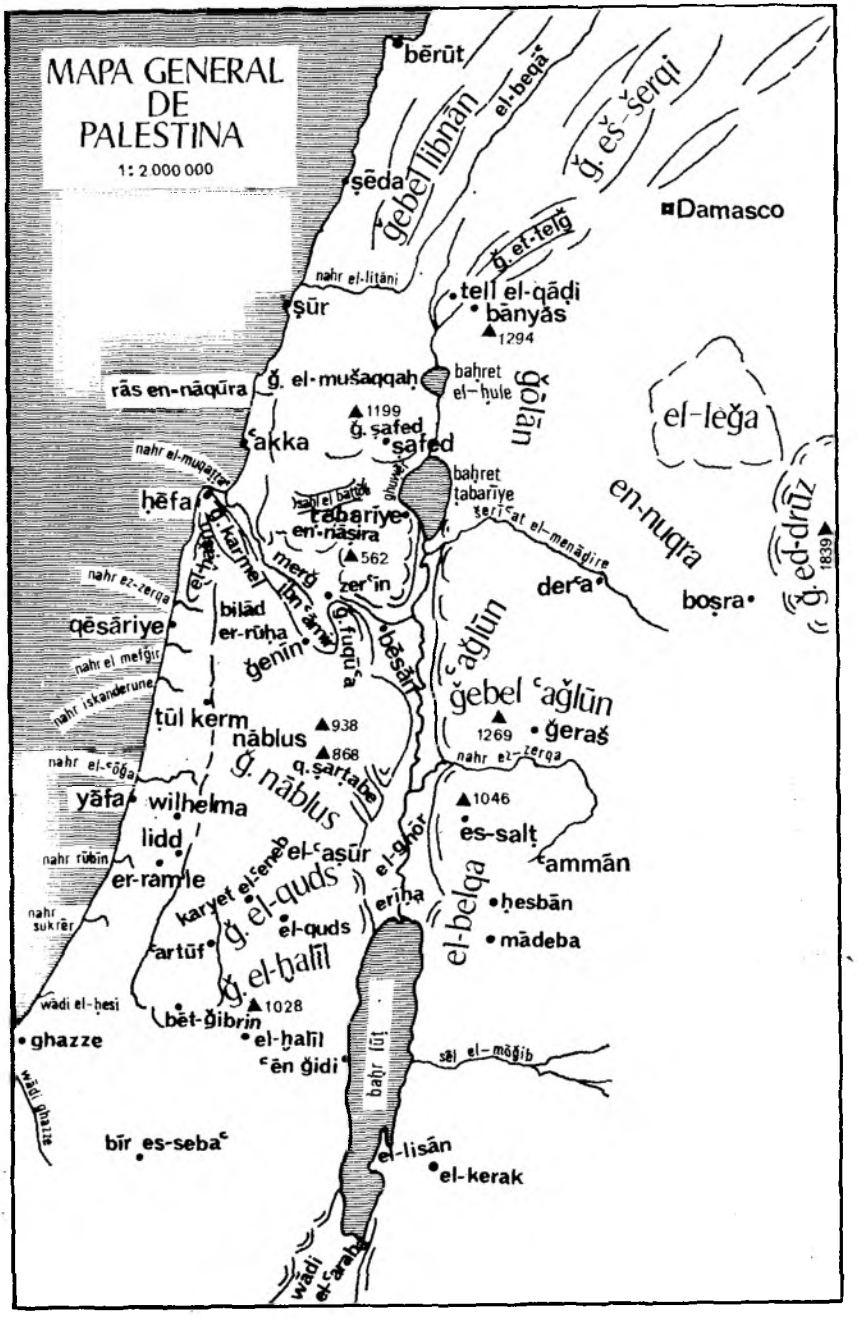


Ilustración 1

mughāra (pl. *mughā'ir):* cueva, caverna; *naqb* (dim. *nuqēb):* brecha, desfiladero; *wādi* (pl. *widyān):* valle encajonado con curso de agua, normalmente seco en verano, garganta, hoz; *baqʿa* (pl. *biqāʿ,* dim. *buqēʿa):* llanura entre montañas; *ghōr* (dim. *ghuwēr):* tierra baja; *sahl:* llanura; *ḫalle:* hondonada llana; *merǧ* (pl. *murūǧ,* dim. *murēǧ):* prado; *sabḫa* (pl. *sibāḫ):* terreno salino; *raml(e):* arena; *rumēle:* arenal.

b) *Términos que designan sitios con agua y similares: ʿēn* (plural *ʿuyūn):* fuente; *rās el-ʿēn:* manantial; *bīr* (pl. *biyār):* pozo de aguas subterráneas; *ḥamme:* fuente termal; *ḥammām:* baños termales; *sēl* (pl. *suyūl):* torrente, arroyo; *nahr:* río (que corre aun en verano); *šerīʿa:* corriente perenne de agua; *birke* (pl. *burak,* dim. *burēke):* alberca; *baṣṣa:* terreno húmedo, pantano; *baḥr(a):* lago, mar; *mīne:* puerto.

c) *Términos que designan edificaciones y similares: medīne* (plural *medāʾin):* ciudad; *qerye* (pl. *qura):* pueblo, localidad; *bēt* (pl. *buyūt):* casa; *qalʿa* (pl. *qilāʿ):* ciudadela, fortaleza; *ḥeṣn* (pl. *ḥuṣūn):* castillo, fuerte; *qaṣr* (pl. *quṣūr,* dim. *quṣēr):* alcázar (del latín *castrum); burǧ* (diminutivo *burēǧ):* torre; *meǧdel* (pl. *meǧādil):* torre, fortaleza (del hebreo *migdāl); ṭāḥūne* (pl. *ṭawāḥīn):* molino, tahona; *kerm* (pl. *kurūm):* viña; *ḫan:* caravanserrallo, posada; *kenīse* (pl. *kanāʾis,* dim. *kunēse):* iglesia; *dēr:* monasterio, cenobio; *mesǧid* (pl. *mesāǧid):* lugar de oración, mezquita; *ǧāmiʿ* (pl. *ǧawāmiʿ):* mezquita espaciosa en que se celebra la oración islámica de los viernes; *ḥaram:* recinto sagrado; *weli:* santo musulmán, también tumba de un santo; *qubbe* (dim. *qubēbe):* cúpula, es decir, el edificio con cúpula blanca construido sobre la tumba de un santo; *qabr* (pl. *qubūr):* tumba; *ǧisr* (pl. *ǧusūr):* dique, puente; *qanṭara* (plural *qanāṭir,* dim. *qunēṭra):* arco, ojo de puente, puente; *ʿamūd* (pl. *ʿawāmīd* o *ʿimdān):* columna; *ḫirbe* (pl. *ḫurab):* ruinas, piedras de ruinas; *tell* (pl. *tulūl,* dim. *tulēl,* pl. dim. *telēlāt):* otero, loma, colina formada por antiguas ruinas.

2. *Estructura del terreno* [7]

a) *Transjordania* [8]. Pasamos ahora a examinar las principales características actuales de Palestina en la extensión aproximada fijada en II, 2; nos acercamos a las fronteras del país por el este. Salimos, pues, del desierto Siro-Arábigo, una altiplanicie con una altitud media de 700 m sobre el nivel del mar, atravesada por diversas cordilleras y sierras [9]. La falta casi absoluta de lluvias hace imposible el cultivo de este terreno. Dirigiéndonos hacia el oeste, penetramos poco a poco en un terreno cultivable, Transjordania, que se hace cada vez más extenso a medida que avanzamos hacia el oeste debido a las lluvias que proceden del occidente,

[7] Cf. el mapa general, ilustr. 1, p. 33.
[8] N. Glueck, *The Other Side of the Jordan* (1940).
[9] Información más detallada sobre este desierto en A. Musil, *Arabia Deserta* (Nueva York 1927).

del mar Mediterráneo. Nos encontramos, por fin, en un territorio de valles que encauzan las aguas de las lluvias invernales hacia el oeste, hacia la depresión del Jordán y el mar Muerto.

Junto a una multitud de pequeños arroyos y riachuelos encontramos tres conjuntos de valles *(wādis)* más amplios que dividen la superficie de Transjordania de norte a sur en diversas partes. El más meridional es el *sēl el-mōǧib* [10], que llega al mar Muerto, aproximadamente hacia la mitad de su orilla oriental, encajonado en una garganta excavada profundamente en la montaña; en el Antiguo Testamento se le llama Arnón. Al sur y al norte de este conjunto de valles hay fértiles mesetas, limitadas al oeste por una cordillera cortada, separada del mar Muerto en su lado occidental por muy hondas gargantas. El territorio al sur del *sēl el-mōǧib* recibe el nombre de su capital, *el-kerak;* nos ahorramos su descripción, pues en la época del Antiguo Testamento era el núcleo central del territorio moabita. La meseta al norte del *sēl el-mōǧib* tiene una altitud media de 700 m; el borde occidental de la montaña llega a tener de 100 a 200 m más. La población más importante de esta meseta, a 774 m de altitud, es *mādeba.* A unos diez kilómetros al norte de *mādeba,* al este de la extremidad septentrional del mar Muerto, la meseta se va convirtiendo, en dirección norte, en un terreno de colinas que se extiende hasta el siguiente conjunto de valles situado al norte, el del *nahr ez-zerqa* («río azul», el bíblico Yabboq). La comarca entre el *sēl el-mōǧib* y el *nahr ez-zerqa* se llama hoy *el-belqa.* En esta parte norte de *el-belqa,* el borde occidental de la montaña se yergue, hasta los 1094 m, en un pico a una media hora de camino al sudoeste del santuario del *nebi ōšaʿ* («profeta Oseas»); desde él puede contemplarse el extenso panorama de la montaña occidental o cisjordana, por encima del valle del Jordán. A pocos kilómetros al sudeste de este pico se encuentra, rodeada por las montañas al este del Jordán, la ciudad de *es-salṭ.* Más al este, en medio del territorio colinoso del *belqa* septentrional, en el curso superior del *nahr ez-zerqa,* que tuerce primero hacia el norte y luego hacia el oeste formando un arco, se halla la ciudad de *ʿammān,* capital hoy del Estado de Jordania y residencia de su monarca.

Entre el *nahr ez-zerqa,* que confluye en el Jordán a unos 40 km al norte de su desembocadura en el mar Muerto, y el siguiente gran conjunto de valles, el del *šerīʿat el-menādire,* que desemboca en el Jordán un poco al sur del lago de Tiberíades (el Yarmuk, que no se nombra en el Antiguo Testamento pero sí en la Mišna y en Plinio, V, 74), está la comarca del *ʿaǧlūn* —inmediatamente al norte del *nahr ez-zerqa.* Es una región montañosa que se eleva hasta 1261 m en su punto más alto, el monte *umm ed-dereǧ,* que está situado en la mitad sur, al este del poblado de *ʿaǧlūn.* Esta región es aún hoy la más boscosa de toda Palestina. En ella se encuentran principalmente encinares. No se trata, naturalmente, de un bosque tupido, sino más bien de monte claro; las encinas

[10] Se llama *sēl el-mōǧib* al curso inferior de este valle. Otros valles y torrentes reciben actualmente nombres distintos en diversos puntos de su curso.

quizá no alcancen ordinariamente la altura que tienen en nuestro país. Al sudeste del *ʿağlūn* se encuentra *ğeraš,* famosa por sus ruinas romano-bizantinas. Al norte del *ʿağlūn* montañoso se extiende una fértil meseta hasta el *šerīʿat el-menāḍire;* en ella está asentada *irbid,* hoy importante localidad. Más al este, sobre la orilla izquierda del *wādi ez-zēdi,* en el curso superior del *šerīʿat el-menāḍire,* encontramos la ciudad de *derʿa,* que tuvo su importancia como empalme del ferrocarril del *ḥeğāz.*

La tierra cultivable se extiende considerablemente tanto al norte y nordeste del conjunto de valles del *šerīʿat el-menāḍire,* hacia el este, avanzando frente al desierto, como al sur. Aquí, en el borde oriental de la tierra cultivable, se encuentra el *ğebel ed-drūz* («la montaña drusa», que toma el nombre de los habitantes), llamado también *ğebel ḥaurān:* una inmensa mole de basalto que alcanza en su cima, el *tell eğ-ğēna,* los 1839 m. Si se la incluye en Palestina, tenemos aquí el monte más elevado del país. Al norte del *ğebel ed-drūz* se extiende un territorio inhóspito, escabroso y poco poblado, formado por colada volcánica, llamado *el-leğa.* Al oeste del *ğebel ed-drūz* y de *el-leğa* se abre una dilatada y fértil llanura, a una altitud de 500-600 m, que hoy se llama *ennuqra* («la hondonada»). Su suelo es el producto de la erosión de lavas basálticas. Esta región termina por el oeste en el *ğōlān,* un territorio con numerosos cráteres extintos llamado impropiamente hoy *tulūl* («colinas de ruinas»). Estos cráteres se alzan en un terreno relativamente llano. El punto más alto es el cono del *tell eš-šēḫa* (1294 m), cerca del extremo sur del monte Hermón.

b) *La depresión del Jordán*[11]. Una falla geológica dio origen a la tremenda depresión que divide Palestina de norte a sur. La depresión comienza en Siria septentrional, creando allá el valle del Orontes (hoy *nahr el-ʿāṣi),* y prosigue en la hondonada entre el Líbano y el Antilíbano (ahora llamada *el-biqāʿ* = «las hondonadas»), alcanzando su punto más bajo a su paso por Palestina. Al sur forma el *wādi el-ʿaraba* («valle desértico»), la fosa entre los mares Muerto y Rojo. Continúa luego a través del actual golfo de *el-ʿaqaba* y el mar Rojo y llega hasta el Africa oriental. La parte correspondiente a Palestina coincide con el curso del Jordán y el mar Muerto. El Jordán (en árabe *šerīʿat el-kebīre* = «el río grande») es el resultado de la unión de varios brazos fluviales cuyas fuentes brotan en las estribaciones sur y oeste del monte Hermón. Atraviesa en primer lugar una llanura a trechos pantanosa, entre el *ğōlān* y las montañas de la Alta Galilea; actualmente está saneada, lo mismo que el antiguo lago (en árabe, *baḥret el-ḥēṯ* o *baḥret el-ḥūle)* de 6 km de longitud, situado a 2 m sobre el nivel del mar. Al sur de este lago desecado cruza el Jordán una barrera basáltica situada transversalmente desde el este sobre

[11] Más amplia información y sobre todo abundantes ilustraciones en G. Wagner, *Vom Jordangraben. Landschaftsbilder eines Grabenbruchs im Trockengebiet* (reimpresión de «Aus der Heimat: Natur Wissenschaftliche Monatsschrift» [julio-agosto 1934]) y en N. Glueck, *The River Jordan* (1946).

la depresión jordana. Superada esta barrera, fluye el Jordán en el «lago de Tiberíades» (en ár. *baḥret ṭabarīye,* así llamado por la importante ciudad asentada en sus orillas desde el siglo I d. C.). Tiene 21 km de longitud y alcanza su mayor anchura (12 km) un poco más al norte de su parte central. Está situado a no menos de 200 m bajo el nivel del mar. A su extremidad occidental está unida una pequeña y fértil llanura de aluvión llamada en árabe *el-ghuwēr* («la hondonadita»). Por lo demás, la montaña que se va irguiendo lo encierra inmediatamente por el este, oeste y norte. El agua del lago es clara y potable; el lago ofrece pesca abundante.

Entre el extremo sur del lago de Tiberíades y el extremo norte del mar Muerto, que distan entre sí en línea recta alrededor de 105 km, se encuentra la parte de la depresión jordana que los árabes llaman hoy día sencillamente *el-ghōr* («la tierra baja»). Mientras el borde oriental de *el-ghōr* está cortado generalmente por una única falla relativamente rectilínea, a lo largo de la cual la montaña transjordana se quiebra ante la depresión del Jordán, la altiplanicie montañosa cisjordana es muy irregular, bajando hasta la depresión jordana de forma escalonada y por sectores individuales. De este modo, el borde occidental de *el-ghōr* constituye una línea quebrada que avanza o retrocede. Inmediatamente al sur del lago de Tiberíades, el *el-ghōr* tiene de 3 a 4 km de anchura. Luego, a unos 12 km, se ensancha hacia el noroeste, formando el extenso y llano valle del *nahr ǧālūd* («río de Goliat») = isr. *ḥarod,* que baja de la llanura de Yizreel hacia el Jordán. En medio de esta sinuosidad está hoy el poblado de *bēsān* y, frente a este poblado, en la orilla sur del encajonado lecho del curso actual del *nahr ǧālūd (ḥarod),* se alza el *tell el-ḥeṣn,* la colina de ruinas de la antigua ciudad de Bet-Šan. Al sur de este «recodo de *bēsān*», que se estrecha cada vez más hacia el sur, aproximadamente a medio camino entre el lago de Tiberíades y el mar Muerto, la montaña cisjordana penetra lo más profundamente en el *ghōr.* Aquí, en su parte más estrecha, el *ghōr* tiene sólo unos 3 km. Un poco al sur de la desembocadura del *nahr ez-zerqa* en el Jordán, avanza en el *ghōr* una última sierra de la cadena montañosa con el característico pico del *qarn ṣarṭabe;* luego, la montaña retrocede de nuevo y sigue hasta el mar Muerto la parte más ancha del *ghōr,* que de oeste a este mide hasta 20 km.

El *suelo* de la gran depresión del Jordán está formado por sedimentos de un mar que cubría en la época diluvial todo el espacio entre el lago de Tiberíades y el mar Muerto. El suelo, por esta razón, es relativamente llano, con una inclinación general uniforme de norte a sur, y forma un ligero declive de ambos bordes hacia el centro. En su fondo —solamente en la estrecha parte central de la fosa, muy cerca del reborde de la montaña occidental— ha excavado el Jordán su lecho, que serpentea en innumerables meandros. Acompañan su curso por ambos lados, en una estrecha franja, una espesa manigua llamada *ez-zōr* y, a trechos, pequeñas terrazas cultivables. Entre este lecho del Jordán propiamente dicho y el suelo del *ghōr,* por ambos lados del río, se extiende un terreno de margas, de unos 100 m de anchura, muy desmenuzado por la erosión.

El Jordán inunda en parte este terreno en la época de las crecidas, a principios de año (aproximadamente de finales de abril a primeros de mayo).

El *ghōr,* en su mitad sur más ancha, debido a la ausencia de lluvias, es un terreno desértico; pero los manantiales que brotan en algunos lugares o los arroyos que bajan de ambos lados de la montaña forman algunos oasis. El más importante de estos fértiles oasis es Jericó *(erīḥa),* en el lado occidental, cerca de la extremidad meridional del *ghōr,* regado por algunas fuentes que manan en el borde de la montaña cisjordana. Aproximadamente a 20 km al norte de este oasis está el del *wādi fasā'il.* A ambos lados del río, especialmente en esta parte más meridional del *ghōr,* existe toda una serie de oasis más reducidos. También en el «recodo de *bēsān*» existe un buen número de oasis alimentados por las fuentes que brotan en el borde occidental de la montaña. Sólo una pequeña parte del *ghōr,* en las inmediaciones meridionales del lago de Tiberíades, es totalmente cultivable.

El *mar Muerto* ocupa la parte más baja de la gran depresión. Su nivel está a no menos de 390 m bajo el del mar; en su parte norte, la profundidad del mar Muerto alcanza aproximadamente los 400 m, mientras que la parte sur es de poco calado. Estamos ante la máxima depresión de la superficie terrestre. El mar Muerto tiene unos 85 km de longitud de norte a sur; su anchura puede alcanzar incluso 15 km. Al sur de la parte central penetra en el mar, desde la orilla oriental, la península *el-lisān* («la lengua»), que señala con aproximación el punto de división entre la parte septentrional profunda y la meridional de escaso calado. Principalmente en el lado oriental, pero también en diversos puntos del occidental, los montes circundantes caen tan a pico en el mar que no queda espacio para un camino a lo largo de la orilla. El nivel del agua también oscila, aunque en medida limitada, en el decurso del año, alcanzando el máximo normalmente en junio [12]; en mayor medida varía el nivel en períodos más largos de tiempo. En el decurso de las últimas décadas se ha elevado paulatinamente el nivel del agua. La isleta *rugm el-bahr,* situada en la parte más septentrional, que describía el mapa del *Palestine Exploration Fund,* se encontraba desde 1892 bajo el nivel del agua y permaneció en ocasiones a 3 m de profundidad aproximadamente. En tiempos más recientes ha comenzado a notarse un nuevo descenso del nivel del mar, de modo que en ciertos períodos se deja ver el *rugm el-bahr* (confróntese p. 50, nota 28). El agua del mar Muerto contiene una proporción extraordinariamente elevada de sal y minerales de diversas clases; últimamente, y cada vez con mayor intensidad, los han explotado industrialmente en el norte los jordanos y en el sudoeste los israelíes. Esta situación impide cualquier posibilidad de vida orgánica tanto en el mar Muerto como en sus inmediaciones. De ella deriva el nombre de «mar Muerto», que, a través de san Jerónimo, si no fue él quien acuñó el tér-

[12] Cf. PFF Qu. St. (1935) 39.

mino, se ha hecho común *(mare mortuum)* [13]. En el idioma del país se llama hoy *baḥr lūṭ* = «mar de Lot» (en relación con Gn 19) y en neohebreo *yam hammelaḥ* («mar de la sal»).

c) *La montaña cisjordana.* La montaña cisjordana fue el principal escenario de la historia israelita; es, de las regiones de Palestina, la más entrecortada y la que reúne las más variadas formas de terreno. Sus partes principales toman normalmente hoy el nombre de las ciudades más importantes que en ellas se asientan. Así, la parte meridional, situada al oeste del mar Muerto y del área inferior de la depresión jordana, se llama hoy *ǧebel el-ḫalīl (el-ḫalīl* es el nombre actual de la antigua ciudad de Hebrón) y *ǧebel el-quds (el-quds* = «el santuario» es la designación árabe de Jerusalén). Llamamos a esta parte *montaña de Judea* (cf. p. 75). Alcanza los 1028 m en una altura sita aproximadamente a 5 km al norte de *el-ḫalīl* (Hebrón). Numerosos pliegues geológicos y una gran falla tectónica orientada hacia el este han rebajado la altitud original de la montaña de norte a sur, siguiendo la línea divisoria de las aguas. Este declive, que desciende escalonadamente, surcado por numerosos valles orientados en general hacia el este o este-sudeste, está situado en «sombra de lluvias»: las nubes de lluvia procedentes del oeste dejan caer sus aguas sobre la vertiente occidental de la montaña y sobre la cima de ésta, pero no sobre el declive oriental; por ello este declive carece casi por completo de lluvias, resultando un desierto en el que buscan un pasto raquítico los rebaños de ganado menor de tribus de beduinos nómadas, que abrevan en agua de cisternas. Sólo en contados lugares algunas fuentes dan origen a oasis; el más importante de éstos es el oasis de *ʿēn ǧidi* (isr.: *ʿēn gᵉdī),* sito hacia el centro de la orilla occidental del mar Muerto.

La montaña de Judea está limitada en su lado occidental por una gran falla a lo largo de la cual se quiebra la meseta montañosa frente a la llanura costera. Se la llama concisamente «falla de *ʿartūf»* por hallarse su extremidad norte cerca del actual poblado de *ʿartūf* (isr.: *har ṭub,* estación del ferrocarril Jerusalén-Yafa). La montaña de Judea tiene también al oeste un marcado borde, claramente perceptible en el paisaje, que una serie de valles ha aserrado profundamente en dirección oeste. Al occidente de la falla de *ʿartūf* la meseta montañosa hundida constituye un terreno de colinas de 300 a 400 m de altitud con formas de terreno suaves, por lo general colinas de altura reducida y hondonadas llanas. Este terreno está a su vez limitado en su lado oeste por otra falla, que va de nornordeste hacia sudsudoeste, separándolo de la llanura costera. El terreno de colinas dilata su anchura de norte a sur y alcanza en el poblado de *bēt ǧibrīn* (isr.: *bet gubrin),* situado en su parte sur, una extensión este-oeste de alrededor de 20 km. Este terreno, la pendiente de la montaña e incluso las cimas de la montaña de Judea son una región de lluvias relativamente abundantes (cf. pp. 49ss); por ello, dentro de las posibilidades del país, tienen una vegetación bastante abundante y variada.

[13] Cf. comentario de san Jerónimo a Ez 47,18 en Stummer, *Monumenta historiam et geographiam Terrae Sanctae illustrantia* I (1935) 85.

El *horst* de la montaña de Judea va disminuyendo gradualmente al sur de *el-ḫalīl* (Hebrón) hacia el sudoeste, borrándose cada vez más hacia el sur hasta confundirse con las colinas del oeste y con el declive oriental hacia el mar Muerto. Al mismo tiempo, avanzando hacia el sur y a medida que aumenta la distancia de la costa mediterránea, disminuyen constantemente las lluvias, dándose el paso gradual a la estepa y al desierto; las lluvias desaparecen por completo en la llanura del desierto del Sinaí, o desierto del Istmo, entre el Mediterráneo y el golfo de *el-ʿaqaba,* cruzada por innumerables montes y valles. Al término de las estribaciones sudoccidentales de la montaña está *bīr es-sebaʿ* (isr.: *bᵉʾēr šebaʿ*), mercado de los beduinos que viven en el contorno; *bīr es-sebaʿ* (*bᵉʾēr šebaʿ*) se encuentra ya fuera del ámbito cerrado de la vida sedentaria, en una zona cuyo suelo rara vez produce cosechas; sólo en los raros años que ofrecen condiciones atmosféricas o lluvias extraordinarias se ve premiado el esfuerzo derrochado año tras año por los beduinos que labran el terreno. Más hacia el sudoeste cesa completamente el cultivo del suelo. Al sur, desde el borde meridional de la montaña de Judea hasta la extremidad septentrional del golfo de *el-ʿaqaba,* se extiende el Négueb israelí («tierra árida [meridional]»); aquí, siguiendo las huellas de antiguas colonizaciones e instalaciones de riego (períodos del Bronce Medio, del Hierro y época romano-bizantina), se está ensayando de nuevo la explotación agrícola de este territorio desértico [14].

El *ǧebel nāblus* es la prolongación septentrional del *ǧebel el-quds* (cf. p. 39). *nāblus* es la derivación del nombre de la colonia romana de Neápolis, establecida sobre la antigua Siquem. Al *ǧebel nāblus* lo llamamos *montaña de Samaría* [15]; se extiende por el norte hasta la vasta llanura cercada por la montaña cisjordana. La montaña de Samaría en que gradualmente se convierte sin límites precisos la montaña de Judea, es menos elevada que esta última y, en su conjunto, pierde altitud a medida que avanza hacia el norte. Su mayor elevación, *el-ʿaṣūr,* está en el extremo sudoriental de la montaña y alcanza 1011 m de altura. Pero ya los dos montes característicos del centro de la montaña de Samaría, que descuellan al norte y sur de la ciudad de *nāblus,* el *ǧebel et-tōr* y el *ǧebel islāmīye,* se elevan sólo a 868 y 938 m, respectivamente. Más bajas aún son las estribaciones septentrionales de la montaña; el *ǧebel karmel* (isr.: *har hakkarmel*), que avanza extensamente en el extremo norte, llega sólo a 552 m, y el *ǧebel fuqūʿa* (isr.: *harē haggilboaʿ*), que parte de la extremidad nordeste y luego tuerce hacia el noroeste formando un semicírculo, sólo tiene 518 m. Se sigue, pues, que el borde occidental de la montaña es mucho menos pronunciado que en la parte meridional. También este borde occidental sigue la línea de una falla geológica claramente perceptible; pero la pendiente de la montaña por el oeste es tan poco escarpada

[14] W. Zimmerli, *Die Landwirtschaftliche Bearbeitung des Negeb im Altertum:* ZDPV 75 (1959) 141-154.

[15] Una monografía descriptiva detallada de este territorio se encuentra en V. Schwöbel, *Samarien. Das westpalästinische Mittelland:* ZDPV 53 (1930) 1-47, 89-135.

que no puede hacerse una distinción entre la región de colinas y la verdadera montaña, como en la montaña de Judea. El declive de la vertiente oriental de la montaña hacia la depresión jordana es más pronunciado; aquí una serie de hondos valles, generalmente orientados hacia el este —como el *wādi el-fār'a,* que corta el declive de la montaña—, separan las masas rocosas estratificadas, hundidas desde la cumbre de la montaña hasta la depresión del Jordán. Pero dado que la montaña no es muy elevada, el declive oriental de la montaña de Samaría no queda en «sombra de lluvias» y no forma, por tanto, un desierto como el declive oriental de la montaña de Judea. En su conjunto, la montaña de Samaría tiene formas más suaves que la de Judea; sin embargo, tampoco aquí faltan valles profundamente encajonados. Pero, al mismo tiempo, la montaña de Samaría, especialmente en su parte central, presenta un gran número de hondonadas llanas que hacen de este territorio, debido también a la situación bastante favorable en lo que a lluvias se refiere, una de las partes de la región montañosa de Palestina más rica en vegetación y más apropiada para el establecimiento humano. Una zona de colinas de reducida altitud, llamada en árabe *bilād er-rūḥa,* se encuentra en el lado occidental de la montaña de Samaría entre el extremo septentrional de la llanura costera y la llanura de Yizreel; a través de ella discurren vías de comunicación relativamente cómodas que enlazan las dos llanuras mencionadas. Esta zona de colinas une asimismo el núcleo de la montaña de Samaría con el promontorio del *ǧebel karmel* (isr.: *har hakkarmel),* que avanza en dirección nornoroeste hasta el mar; por el lado occidental este promontorio va precedido de una zona montañosa que, siguiendo una falla geológica, corre paralela a él cerca de la costa y penetra por el lado sur en la llanura costera con un saliente de monte llamado en árabe *el-ḫašm.* El *ǧebel fuqū'a* (que debe su nombre al poblado de *fuqū'a,* situado encima de él) o *harē haggilboa'* es una estribación de la montaña de Samaría en su ángulo nordeste; separa el llamado «recodo de *bēsān»,* mencionado más arriba (p. 37), de la parte meridional de la llanura de Yizreel. La población más importante de la montaña de Samaría es la ciudad de *nāblus,* situada en su parte central, en un amplio valle sobre la cómoda vía de comunicación que atraviesa en diagonal la montaña de Samaría y, al mismo tiempo, en las proximidades de la gran ruta norte-sur que sigue la principal línea divisoria de las aguas de la montaña cisjordana.

La tercera parte (septentrional) de Cisjordania tiene su espina dorsal en una cadena de montañas cuyas diferentes partes reciben nombres diversos, pero que nosotros resumimos en el de *montaña de Galilea.* Se divide en dos partes naturales: Baja y Alta Galilea. La Baja Galilea tiene una estructura semejante a la de la montaña de Samaría. Abundan las colinas y valles; se dan condiciones propicias para el establecimiento humano y el cultivo del suelo; recibe también lluvias abundantes. Va ganando gradualmente altitud por el lado occidental a partir de una falla geológica que la separa de la llanura costera. El declive es más escarpado y abrupto por el lado meridional frente a la llanura de Yizreel y por el lado oriental frente a la depresión superior del Jordán. En el centro de

la Baja Galilea se encuentra la llanura *sahl el-baṭṭōf* (isr.: *biq'at bet n'ṭofa),* que se extiende casi exactamente de oeste a este con una longitud aproximada de 15 km y unos 3 km de anchura. La parte sudoriental de la Galilea inferior comprende una zona basáltica de formas redondeadas dividida por tres conjuntos de valles que llevan en dirección sudoriental a la depresión jordana. Esta zona basáltica se extiende desde la parte norte de la llanura de Yizreel y la depresión del Jordán por el sur hasta el valle del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḥarod).* En el ángulo situado entre esta zona basáltica y el resto del terreno montuoso de la Baja Galilea, es decir, en el extremo nororiental de la llanura de Yizreel, se encuentra el imponente cono del *ǧebel eṭ-ṭōr* [16], el monte Tabor (562 m). Cerca del borde meridional de la cadena montañosa de la Baja Galilea se encuentra Nazaret (ár.: *en-nāṣira;* isr.: *naṣrat),* que es actualmente la población más importante de esta región. Casi a la altura de la extremidad septentrional del lago de Tiberíades, una escarpada pared montañosa cierra la Baja Galilea por el extremo norte y sube hacia las montañas de la Alta Galilea, en la que se encuentran los puntos más altos de esta región: el *ǧebel ṣafed,* que recibe el nombre de la ciudad de *ṣafed* (isr.: *ṣ'fat),* y, sobre todo, el *ǧebel ǧermaq,* que dista 8 km de *ṣafed* en dirección oeste-noroeste y que con sus 1208 m es el monte más alto de toda Cisjordania. Su cima es un mirador excelente sobre Galilea y los territorios vecinos. Hacia el norte se extiende una meseta a 700-800 m sobre el nivel del mar que desciende lentamente hacia el norte, cortándose por fin en la profunda garganta del *nahr līṭāni* y separándose del Líbano sirio. Esta parte más septentrional de Galilea difícilmente puede considerarse perteneciente a Palestina en el sentido anteriormente expuesto (p. 31). Aproximadamente en la latitud del lago *ḥūle,* la montaña de la Alta Galilea proyecta un espolón montuoso de este a oeste, el *ǧebel mušaqqaḥ,* hacia la costa del mar Mediterráneo; su cabeza, el *rās en-nāqūra* (isr.: *roš hanniqra),* se adentra abruptamente en el mar formando en la costa la frontera natural septentrional de Palestina.

d) *Las llanuras.* Entre los bordes occidentales de la cadena montañosa y la costa del Mediterráneo se encuentran *llanuras,* formadas por sedimentos geológicamente recientes (diluviales y aluviales). Se trata de un terreno completamente llano y ondulado cuyo suelo, muy fértil, se compone en su mayor parte de arcilla y —sobre todo en la parte más meridional— de *loess* [17]. La costa del mar está jalonada en extensas zonas por dunas; hay que distinguir dos formaciones de dunas [18]: una, más antigua, del período anterior a la era cristiana, mezclada posteriormente con sedimentos arcillosos durante un período de clima húmedo, y otra más

[16] Un monte homónimo aparece en p. 48. El término significa sencillamente «el monte». También el monte de los Olivos, al este de Jerusalén, recibe este nombre.

[17] Información más amplia en P. Range, *Die Küstenebene Palästinas mit geologischer Übersichtskarte* (1922).

[18] P. Range, ZDPV 55 (1932) 48ss.

reciente, perteneciente ya a la era cristiana, que se encuentra actualmente en transformación. En el extremo sur se encuentran también dunas continentales contiguas ya a las dunas del desierto del Sinaí o desierto del Istmo. Al oeste de la montaña de Judea y de Samaría se halla una gran llanura que se suele llamar simplemente «*llanura costera* palestinense». Tiene su mayor anchura en el sur, donde se pierde imperceptiblemente en el desierto del Sinaí o desierto del Istmo; la distancia entre la ciudad de *ghazze* (la antigua Gaza), situada en el borde de las dunas continentales, y la ya mencionada *bīr es-sebaʿ (bᵉʾer šebaʿ)*, en el extremo sudoccidental de la montaña de Judea, es de alrededor de 40 km en línea recta. Más al norte, la distancia entre el puerto de *yāfa* (isr.: *yafo)* y el borde occidental de la montaña es de apenas 20 km; y completamente al norte, por el puerto de *qēṣāriye* (Cesarea), la llanura tiene sólo unos 10 km de anchura. En general, la costa del mar es llana y sin puertos; la profundidad del mar aumenta sólo muy gradualmente a partir de la costa. Una cadena casi ininterrumpida de dunas acompaña a la costa desde el sur hasta las cercanías de *yāfa (yafo)*. Sólo muy contados ríos costeros se han abierto paso a través de esta cadena y la mantienen abierta; así, el *wādi ghazze,* muy cerca de *ghazze,* al sur de esta ciudad; avanzando hacia el norte encontramos el *wādi el-ḥesi,* el *nahr sukrēr* y el *nahr rūbīn.* A la altura de *yāfa (yafo)* se interrumpe esta uniformidad de la línea costera mediante una elevación de terreno que se adentra algo en el mar, precedida por una serie de rocas. En el lado septentrional de esta elevación de terreno se ha abierto un puerto natural algo resguardado contra los sedimentos marinos, acarreados constantemente desde el sudoeste de la costa. La ciudad de *yāfa,* cuya parte antigua ocupa la mencionada elevación, debe su origen e importancia a este reducido puerto [19]. *yāfa (yafo)* ha quedado oscurecida desde hace algún tiempo como puerto de mar tras la construcción del más moderno de *ḥēfa* (cf. p. 44). Inmediatamente al norte de la antigua *yāfa,* en la costa, se halla la moderna ciudad de Tel Aviv, construida con gran celeridad por los judíos. En el interior, al sudeste de *yāfa,* están las agradables poblaciones de *lidd* (Lida) y *er-ramle.* Al norte de *yāfa (yafo)* aparecen de nuevo a trechos —a lo largo de la costa, otra vez recta y uniforme— las dunas, surcadas aquí y allá por ríos costeros: junto a *yāfa (yafo),* por el caudaloso *nahr el-ʿōǧa* (isr.: *yarqon);* más allá, por el *nahr iskanderūne* y el *nahr meǧǧir.* En la parte norte, a la altura de *qēṣāriye* (Cesarea), se adentran acantilados en el mar [20]; no forman puerto natural alguno, pero pueden inducir a la construcción de puertos artificiales; de hecho, así sucedió en tiempos pasados (Herodes el Grande). En un punto importante de la parte norte de la llanura costera, en el borde oriental de la llanura, se alza la pequeña ciudad de *ṭūl kerm.* Justamente en este punto se abre hacia la llanura, desde la montaña, un valle, llamado *wādi zēmir,* que se prolonga hacia

[19] Esta situación natural puede apreciarse claramente en las vistas aéreas que presenta Dalman en *Hundert deutsche Fliegerbilder aus Palästina,* núms. 67 y 68.

[20] Dalman, *op. cit.,* núm. 65.

el este hasta *nāblus* (cf. p. 40). Al norte de *qēṣāriye* desemboca en el mar Mediterráneo, atravesando un terreno pantanoso que él mismo forma, el *nahr ez-zerqa* («el río azul» [21]; isr.: *nᵉhar hattanninim*). Más allá de este río comienza la parte más septentrional y estrecha de la llanura costera. Alrededor del promontorio del monte Carmelo sigue todavía un borde de costa que ofrece aún un espacio para una carretera (y, recientemente, para una vía del ferrocarril).

Al norte del promontorio del Carmelo se encuentra un trozo de llanura costera que comúnmente se llama *llanura de Acre,* debido a la antigua ciudad de Acre (ár.: *ʿakka*), situada en su centro. La montaña de Galilea, que se va elevando poco a poco, la cierra por el este. Por el norte se prolonga hasta el saliente del *ǧebel el-mušaqqaḥ* con el promontorio *rās en-nāqūra* (isr.: *roš hanniqra*), mencionado en p. 42. Por el sur, el borde nororiental de la mole del Carmelo marca su límite. Junto a la ciudad de Acre tiene una anchura de aproximadamente 1 km; de norte a sur pierde poco a poco algo de esa anchura. Resguardada por el promontorio del Carmelo ha surgido una bahía poco profunda, con una orilla completamente llana que llega por el norte hasta una lengua de tierra que se adentra en el mar y en cuya punta se asienta la actual *ʿakko* israelí, antes la árabe *ʿakka,* continuadora de la antigua ciudad de Acre. Esta bahía —15 km aproximadamente de longitud— es, a pesar de la obstrucción de arena que las corrientes acarrean, el lugar más adecuado de la costa palestina para instalar un puerto. En la época antigua tuvo Acre su puerto de mar sobre esta bahía, en el sudeste de la lengua que se adentra en el mar, formando un pequeño puerto natural. Hoy Acre es una pequeña población, mientras que el puerto sobre la bahía está en *ḥēfa* (Haifa), en su extremo sur, en la falda del Carmelo; han sido necesarias extensas instalaciones artificiales para crear un puerto que responda a las modernas exigencias. Haifa es actualmente uno de los lugares más importantes de toda la costa siro-palestinense. Toda la costa de la llanura de Acre, juntamente con la mentada bahía, está rodeada de dunas, que faltan sólo a los pies del Carmelo y desaparecen junto a Acre.

Al sur-sudeste de la llanura de Acre se extiende una gran llanura interior, llamada en árabe *merǧ ibn ʿāmir* y en neohebreo sencillamente *ha ʿemeq* («la llanura»). En el Antiguo Testamento (Jos 17,16; Jue 6,33) se la llama *llanura de Yizreel,* por la antigua ciudad de este nombre (árabe: *zerʿīn,* en el borde oriental de la llanura). Quizá originalmente se aplicaba esta designación sólo a la parte sudoriental de la llanura. Está unida con la llanura de Acre mediante un paso estrecho ubicado entre el Carmelo y el extremo sudoccidental de la montaña de la Baja Galilea. De su parte oriental arranca el amplio valle del *nahr ǧālūd* ≒ *ḥarod* (cf. p. 37), que baja hacia la depresión del Jordán, encontrándose entre el *ǧebel fuqūʿa (harē haggilboaʿ),* como estribación de la montaña de Samaría (p. 40), y la parte sudoriental basáltica de la montaña de la Baja Galilea (pp. 41s). Nos hallamos, pues, ante un paso que atraviesa

[21] Un río homónimo en Transjordania; cf. p. 35.

de noroeste a sudeste la montaña cisjordana en toda su extensión; la línea divisoria de las aguas entre el mar Mediterráneo y la depresión del Jordán se encuentra aquí, a poco más de 100 m sobre el nivel del mar, en el límite entre la llanura de Yizreel, que vierte sus aguas al Mediterráneo, y el valle del *nahr ǧālūd (ḥarod),* que las encauza hacia la depresión jordánica. Este paso es una clara frontera entre la montaña de Samaría y la de Galilea. La llanura de Yizreel forma un gran triángulo. Su borde sudoccidental termina en la *bilād er-ruḥa* (p. 41) y en el extremo norte de la montaña de Samaría; el borde septentrional sigue el declive meridional de la montaña de la Galilea inferior, y el lado irregular oriental va desde el *ǧebel eṭ-ṭōr = har tabor* (p. 42) hasta el borde occidental del *ǧebel ʃuqīʿa = harē haggilboaʿ*. La llanura tiene un suelo aluvial fértil. La ciudad de *ǧenīn* está colocada en su extremidad meridional. La llanura desagua por el *nahr el-muqattaʿ* (isr.: *qišon),* que se abre camino hacia la parte sur de la llanura de Acre a través del paso antes mencionado y desemboca en la bahía de Haifa-Acre, al este de Haifa.

IV. Dimensiones

1. *Distancias*

La «Palestina» del mandato británico (1920-1948), que comprendía la Cisjordania con una larga y puntiaguda prolongación hacia el sur hasta tocar el golfo de *el-ʿaqaba,* tenía una extensión de algo más de 26.000 km²; era, pues, algo menor que Bélgica y aproximadamente como la región murciana. De esta extensión habría que descontar los 8500 km² que corresponden a la prolongación meridional, territorio prácticamente desértico. El territorio cisjordano que nos queda viene a ser poco más extenso que la región vasco-navarra. Según el censo del 18-XI-1931, el territorio sujeto al mandato tenía una población total de 1.035.821 habitantes; de éstos, 969.268 eran sedentarios y 66.553 nómadas. Por este tiempo había en Palestina 174.610 judíos, inmigrados en gran parte después de la Primera Guerra Mundial. Quedan, pues, alrededor de 900.000 antiguos residentes del último período de la dominación turca; de éstos, no menos del 7 por 100 eran nómadas [22]. Naturalmente, estas cifras no representan la máxima densidad de población posible del país; en ciertas épocas florecientes de la historia la densidad de población fue seguramente mayor como resultado de un aprovechamiento más intenso de los recursos naturales, principalmente en regiones que hoy están escasamente pobladas. Por otra parte, hay todavía en el interior bastantes zonas que nunca han recibido una población permanente, prescindiendo de la prolongación meridional del territorio dependiente de Inglaterra; por ejemplo, el declive oriental de la montaña de Judea y amplias zonas del *ghōr.*

[22] Estas cifras proceden de la elaboración oficial de los datos del censo por E. Mills, *Census of Palestine 1931* (Jerusalén 1932).

La consideración de algunas *distancias* ayudará a completar la idea de las dimensiones del país y a mostrar lo reducido que es *. Quien viaje de Jerusalén *(el-quds)* hacia el sur por la carretera que atraviesa de norte a sur las cimas de la montaña cisjordana llega, después de 37 km, a *el-ḫalīl* (Hebrón); con otros 45 km de camino en dirección sudoeste se encuentra ya en *bīr es-sebaʿ* (isr.: *bᵉʾer šebaʿ); con ello está ya en la estepa meridional fuera de la zona de población exclusivamente sedentaria [23]. Desde aquí, avanzando unos 330 km, primero en dirección sur-sudoccidental y luego oeste-sudoeste por entre las sierras y los arenales del desierto del Sinaí o del Istmo, se encontraría en *suwēs* (Suez); por tanto, en el límite entre Asia y Africa. Por el contrario, viajando por la misma carretera norte-sur desde Jerusalén *(el-quds)* hacia el norte, correría primero a lo largo de la cima de la región montañosa; luego, después de atravesar las hondonadas más o menos amplias del curso superior de valles que fluyen hacia el oeste, estaría en la ciudad de *nāblus,* a 67 km de Jerusalén, en el centro de la montaña de Samaría. Otros 43 km de recorrido, salvando curvas sobre las alturas y atravesando las pequeñas llanuras de la montaña septentrional de Samaría, le llevarían a *ǧenīn,* en el extremo meridional de la llanura de Yizreel; 30 km más a través de la llanura de Yizreel y de un estrecho valle le colocarían sobre la primera altura de la montaña de la Baja Galilea, en Nazaret *(en-nāṣira* o *naṣrat).* De Jerusalén a Nazaret hay, pues, exactamente 140 km de carretera. Para llegar desde Nazaret al límite septentrional del país, junto a las fuentes del Jordán, se deben recorrer 33 km por la montaña de Galilea inferior hasta Tiberíades; luego, a lo largo de 29 km, hay que seguir la antigua carretera de Tiberíades a Damasco por la orilla occidental del lago de Tiberíades, atravesando la barrera basáltica de la depresión del Jordán hasta la localidad judía de *roš pinna,* al sudoeste del lago *ḥūle;* de aquí arranca la antigua y normal carretera de Damasco, cruzando el Jordán por el *ǧisr benāt yaʿqūb* («puente de las hijas de Jacob»), al sur del lago *ḥūle,* para llegar a Damasco, siguiendo hacia el nordeste, después de 105 km. De *roš pinna,* una carretera de 35 km lleva, por el lado occidental de la depresión del Jordán, hasta *mᵉṭulla,* la localidad más septentrional del territorio israelí, que se encuentra aproximadamente en la latitud de *tell el-qāḍi* (la colina de ruinas de la antigua ciudad de Dan) y *bānyās* (= Cesarea de Filipo), situadas un poco más al este. Así, pues, *mᵉṭulla* y *tell el-qāḍi* distan 235 km de Jerusalén y de *tell el-qāḍi* hasta *bīr es-sebaʿ* —el Antiguo Testamento diría «de Dan a Beršeba»— hay 317 km por carreteras que tienen que adaptarse a lo escabroso del terreno; sin embargo, estos dos puntos que indican las fronteras norte y sur de «Palestina» distan entre sí en línea recta 240 km.

Un viaje de Jerusalén a *yāfa (yafo),* al noroeste, puede hacerse reco-

* Téngase en cuenta que las rectificaciones y arreglos que constantemente se realizan en la red de carreteras del país acortan en algunos casos las distancias que el autor señalaba en el texto. (N. del E.).

[23] En la época bizantina el límite de la vida sedentaria corría bastante más hacia el sur de *bīr es-sebaʿ,* como lo prueban las ruinas bizantinas de la región.

rriendo 87 km de ferrocarril por una profunda garganta que mira al oeste, describiendo un gran arco; puede hacerse también por carretera atravesando al principio la montaña, siguiendo luego un valle que baja repentinamente por el declive de la montaña y, por fin, cruzando la zona de colinas y la llanura costera. Este es un trayecto más corto: 63 km.

Del este de Jerusalén sale una carretera que rodea el lado meridional del monte de los Olivos y sigue diversos valles atravesando los deslumbradores terrenos calcáreos del desierto de Judá hasta la depresión del Jordán; aquí, un extremo que se prolonga hacia el sur toca, a 40 km de Jerusalén, la orilla septentrional del mar Muerto; un empalme que lleva hacia el norte alcanza *erīḥa,* ciudad que continúa la antigua Jericó, a 37 km de Jerusalén. La distancia en línea recta entre *yāfa (yafo)* y *erīḥa,* es decir, la anchura de Cisjordania en su parte central, es de 70 km exactos. Más al sur, donde Cisjordania es más ancha, entre *ghazze,* en el borde interior de las dunas, y el oasis de *ʿēn ǧidi (ʿēn gᵉdī),* en la orilla occidental del mar Muerto, la distancia en línea recta es de 88 km. Por el contrario, en el norte, entre Haifa y Tiberíades hay poco más de 50 km, y *mᵉṭulla* y la costa del Mediterráneo sólo distan 35 km en línea recta.

Las distancias son semejantes en Transjordania. Quien quiera ir de Jerusalén a la capital de Jordania, *ʿammān,* puede tomar la antigua carretera de Jericó *(erīḥa)* y luego cruzar el puente sobre el Jordán, que dista 9 km; la carretera atraviesa después la mitad oriental de la depresión jordánica, sube por una profunda garganta hasta llegar a *es-salṭ* (cf. página 35), atraviesa la región de colinas al norte del *belqa* y, tras 65 km, se llega al fin del trayecto. También puede tomarse la nueva carretera, bastante más corta, que, siguiendo la orilla norte del mar Muerto, lleva a *ʿammān* por *nāʿūr. ʿammān* está ya cerca del límite oriental de la tierra cultivable y del comienzo del desierto Siro-Arábigo. Alrededor de 75 km separan a *ʿammān* del curso superior del valle del *sēl el-moǧib* (cf. p. 35). El ferrocarril de *ḥeǧāz* bordea el extremo oriental de la tierra cultivable de Transjordania, siguiendo normalmente la ruta de la antigua calzada de peregrinos *(derb el-haǧǧ)* de Damasco a La Meca. Por este ferrocarril, saliendo de *ʿammān* hacia el norte, se llega, tras 100 km de recorrido, a *derʿa,* junto al Yarmuk (cf. p. 36); con otros 127 km se está ya en Damasco. De *derʿa* parte un empalme hacia el oeste, bajando al principio por el valle del Yarmuk. Por esta ruta se llega a *samaḫ,* en el extremo meridional del lago de Tiberíades: son 74 km; con otros 87 km de recorrido por una porción del *ghōr,* pasando por *bēsān,* atravesando el valle del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḫarod)* y en diagonal la llanura de Yizreel, se llega a Haifa: recorrido total, 161 km. En línea recta, Haifa y *derʿa* distan entre sí alrededor de 110 km. La carretera de *derʿa,* en dirección estesudeste, a *boṣra,* en el lado sudoccidental del *ǧebel ed-drūz,* tiene 41 km.

2. *Desniveles*

Palestina es un país con grandes *diferencias de altitud;* estas diferencias son todavía más notables por darse en un espacio relativamente redu-

cido. Ofrecemos sólo algunos ejemplos. Con grandes diferencias de altitud dentro de su mismo perímetro, la Jerusalén antigua, situada en una cavidad de la montaña de Judea, se encuentra por término medio a 750 m sobre el nivel del mar; *erīḥa* (Jericó) está a 250 m bajo el nivel del mar. Por tanto, la carretera de Jerusalén a Jericó supone un descenso de 1000 metros en 37 km; entre el km 26 y el 27 pasa el nivel del mar, como allí mismo un rótulo lo indica. Asimismo, desde el borde oriental de la depresión del Jordán hasta *es-salṭ* (795 m), en una distancia de 25 km, se suben 1020 m; siguiendo hasta el pico situado a pocos kilómetros al oeste de *es-salṭ* (cf. p. 35), con una elevación de 1094 m, la ascensión ha sido de 1220 m. Entre la cima del monte de los Olivos (aprox. 815 m), al este de Jerusalén, y el mar Muerto (—390 m), que dista en línea recta 20 km, hay una diferencia de altitud de algo más de 1200 m; por el otro lado, la cumbre del monte *en-neba* (806 m), al noroeste de *mādeba,* a 14 km en línea recta del mar Muerto, está a unos 1200 m sobre el nivel de este mar. La carretera de Jerusalén a *yāfa (yafo)* desciende no menos de 450 m en un trayecto de 8 km entre el borde occidental de la montaña de Judea y el comienzo de la región de colinas situada a sus pies, por el pueblo de *qiryet el-ʿeneb* (isr.: *qiryat yeʿarim).* Con sus 1011 m, el macizo de *el-ʿaṣūr,* en el ángulo sudeste de la montaña de Samaría (cf. p. 40), domina una porción de la depresión del Jordán alejada tan sólo unos 12 km en línea recta desde los 1250 m que separan a ésta del *ḫirbet el-ʿōğa el-ṭōqa.*

En la parte más septentrional de la montaña de Samaría y en la Baja Galilea las diferencias de altitud no son tan extremas. Con todo, los montes *ğebel eṭ-ṭōr* y *ğebel islāmīye* (cf. p. 40) se elevan a 400 y 450 m, respectivamente, sobre la llanura colindante al este de *nāblus;* y el *ğebel eṭ-ṭōr* (isr.: *har tabor),* en el ángulo nororiental de la llanura de Yizreel, se yergue a casi 500 m sobre la llanura que le sirve de peana.

La montaña de la Alta Galilea se eleva de modo aún más abrupto. La diferencia de altitud entre el *ğebel ğermaq* (cf. p. 42) y el lago de Tiberíades, que dista en línea recta cerca de 18 km, es de no menos de 1400 m.

V. Clima

Ya los primeros exploradores científicos de Palestina reunieron observaciones particulares sobre los fenómenos climáticos por encima de los conocimientos genéricos y normales del clima del país. Pero las observaciones sistemáticas y permanentes comenzaron más tarde. En 1895, el *Deutsche Palästina Verein* (DPV) instaló en diversas partes del país estaciones meteorológicas, que llevaron a cabo observaciones relativamente regulares según un plan preciso. Actualmente diversas instituciones realizan estudios meteorológicos sistemáticos. H. Hilderscheid ofrece un estudio-resumen del material de observaciones anteriores —limitado, sin embargo, a la cuestión de las precipitaciones— en *Die Niederschlags-*

verhältnisse Palästinas in alter und neuer Zeit: ZDPV 25 (1902) 1-105, con numerosas tablas. F. M. Exner, en *Zum Klima von Palästina:* ZDPV 33 (1910) 107-164, presenta un examen completo de la totalidad de los fenómenos meteorológicos registrados en las estaciones del DPV durante los años 1896-1905. En la obra de G. Dalman *Arbeit und Sitte in Palästina.* I: *Jahreslauf und Tageslauf* (2 partes; 1928) se encuentran dispersos gran cantidad de datos y observaciones propias. También F. M. Abel, *Géographie de la Palestine* I (1933) 108ss, ofrece un detenido estudio de los fenómenos climáticos —basados fundamentalmente en Exner— con abundancia de tablas. Las observaciones de las estaciones del DPV fueron seguidamente recogidas y publicadas en ZDPV por M. Blanckenhorn en una tabla meteorológica anual y en otra tabla especial, de publicación también anual, sobre las precipitaciones. Para un estudio más completo, especialmente en lo que se refiere a los índices medios que resultan de las diversas observaciones individuales, se remite al lector a las obras reseñadas. En lo sucesivo no se toman en consideración estos promedios; más bien se describen las características generales del clima de Palestina explicando algunos fenómenos típicos.

La primera consideración importante sobre el clima de Palestina es que, como toda la región mediterránea, tiene clima subtropical, cuya característica principal es la alternancia de un verano sin lluvias y una estación invernal de lluvias. Hay que notar además que las variadas condiciones geográficas de las diferentes partes del país en un espacio reducido producen fuertes variaciones del clima.

La *lluvia* tiene una importancia fundamental para la vida del país, a diferencia de las grandes cuencas fluviales del Nilo, el Eufrates y el Tigris, pues la vegetación depende casi por completo de las precipitaciones atmosféricas. La temporada invernal de las lluvias comienza normalmente a finales de octubre con la caída de la «lluvia temprana»; excepcionalmente aparecen los primeros aguaceros ya en septiembre o pueden retrasarse hasta el mes de noviembre. Las lluvias más intensas suelen caer en enero. La temporada de las lluvias termina con la «lluvia tardía», en mayo, también naturalmente con numerosas fluctuaciones de tiempo. Fuera de las llanuras occidentales, la región del país con más densidad de lluvias es la mitad occidental de la montaña cisjordana. En ella caen las precipitaciones —«lluvias de subida»— que se originan al oeste, en el Mediterráneo, al elevarse las nubes de lluvia a los niveles más altos y, por tanto, más fríos de la atmósfera. Jerusalén, en la cima de la montaña de Judea, ha tenido en ciento ocho años —1846/47-1953/54— un promedio de pluviosidad de 560 mm [24]. Naturalmente, las cifras de la amplitud de precipitaciones no son constantes. Según Exner (*op. cit.*, 129), en la década de 1896-1905 el promedio de pluviosidad registrado en Jerusalén fue de 630 mm; en el decenio de 1927-1936 fue de 431,6 mm [25], y

[24] J. Neumann, *On the Incidence of Dry and Wet Years:* IEJ 6 (1956) 58-63, especialmente 59s.

[25] Esta cifra se publicó en las tablas de pluviosidad de la ZDPV 51 (1928)/61 (1938), basadas en las temporadas de lluvias invernales de 1927-28/1936-37.

ni siquiera una vez se obtuvo la densidad media de 560 mm. Desde el invierno de 1936-1937 se ha registrado en Jerusalén un aumento considerable de la densidad de precipitaciones, superando repetidas veces los 700 mm [26]. Pueden compararse estas cifras con las registradas para Madrid, que recibe un promedio de 419 mm en unos noventa y cinco días de lluvia al año. Llama, pues, la atención la desproporción entre la elevada densidad de la pluviosidad y el reducido número de días de lluvia en Palestina. A la temporada invernal, que dura no menos de seis meses, correspondieron, durante el decenio 1927-1936, menos de sesenta días de lluvia. Además, la lluvia invernal no cae normalmente de modo continuo, sino torrencialmente, en forma de fuertes aguaceros aislados; aun en el mes con más intensas lluvias, en enero, sólo aproximadamente la mitad de los días son días de lluvia, y aun en este caso se trata normalmente de aguaceros, no de «días empapados», como sucede en nuestra región cantábrica. El fenómeno no carece de importancia, pues esta lluvia que se precipita en forma de chubascos no empapa el suelo en profundidad, sino que en gran parte fluye rápidamente, formando torrentes por los valles desérticos *(widyān)*. Según las observaciones de los últimos diez años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, las lluvias eran aún algo más abundantes en la llanura costera que en la montaña, en otros tiempos sumamente pobre en lluvias. La estación climatológica del DPV, instalada en la antigua colonia alemana de Wilhelma, situada un poco al este de *yāfa,* en la llanura [27], registró una densidad de pluviosidad de 498,3 mm en un promedio de 53,9 días de lluvia; Haifa, en el promontorio del Carmelo, donde la montaña se adentra en el mar, tuvo en el mismo período 529,5 mm en 64,3 días de lluvia. Por otra parte, la colonia sionista de Beth Alpha, situada al este de la línea divisoria de las aguas en el borde occidental del «recodo de *bēsān*», tuvo un promedio de 378,2 mm en cincuenta y un días de lluvia, a pesar de que la montaña no opone barrera alguna entre el Mediterráneo y el lado noroccidental del «recodo de *bēsān*». Otras zonas de la depresión jordánica, especialmente la extensa porción meridional, reciben precipitaciones mucho más escasas; y, naturalmente, la densidad de lluvia disminuye a medida que se avanza por el interior en dirección este, sudeste y sur. Sólo en el borde occidental de la montaña transjordana se repite el fenómeno de las «lluvias de subida»; de este modo, esta región recibe precipitaciones más intensas, si bien faltan hasta este momento observaciones exactas [28].

[26] N. Rosenan, *One Hundred Years of Rainfall in Jerusalem:* IEJ 5 (1955) 137-153, espec. tabla en p. 151.

[27] Cf. mapa general p. 33.

[28] La comparación de las distintas tablas disponibles sugiere que la pluviosidad es más regular en las regiones costeras occidentales que en la montaña cisjordana, representada por Jerusalén. Mientras, según las tablas, Jerusalén muestra muy variadas medias de precipitaciones en varios decenios —prescindiendo de las grandes diferencias entre las lluvias invernales particulares—, no se pueden notar diferencias notables entre los datos de Exner, *op. cit.,* 128, para Wilhelma y Haifa (en el decenio 1896-1905) y las cifras ofrecidas antes (correspondientes al decenio 1927-1936). En lo que se refiere a las regiones del interior, parece desprenderse de

Las primeras lluvias invernales traen consigo el despertar de la vegetación. Las «flores campestres» aparecen inmediatamente, aun en los terrenos desérticos, y germinan las simientes en los campos labrados. Pero el fin de la temporada de las lluvias acarrea el fenecimiento de las herbáceas anuales; sólo las plantas arbóreas se mantienen durante la sequedad estival.

Junto a la lluvia, es de suma importancia el *rocío,* condensación de la humedad de la atmósfera que cae durante la noche; durante la estación seca, el rocío es el único jugo del terreno. La vegetación esteparia y desértica [29] se alimenta fundamentalmente del rocío. Un fenómeno no desconocido del país, pero raro, es la *nieve,* que cae ocasionalmente en la zona montañosa. Generalmente la nieve se deja ver en las altas montañas de Siria central, que en algunas partes presentan un manto de «nieves perpetuas»; se las puede divisar en el horizonte norte desde varios puntos de Palestina. Especialmente visible es la cumbre del monte Hermón, que se eleva hasta los 2814 m junto a las fuentes del Jordán; a su cima cubierta de nieve durante largo tiempo debe uno de sus nombres actuales: *ǧebel et-telǧ* («monte nevado»).

Las *temperaturas* de Palestina varían también mucho de un lugar o período a otro. Normalmente es enero el mes con temperaturas medias más bajas; el mes de agosto tiene fama de ser el más caluroso, si bien julio le quita a veces la primacía. Naturalmente, la temperatura depende en parte también de la altitud de un determinado lugar. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Jerusalén, con una altitud media de 750 m, tuvo en enero una amplitud media de temperatura de 7,9° [30]; las cifras correspondientes para julio y agosto fueron, respectivamente, 23,7° y 23,9° [31]. Madrid tiene en enero, mes más frío, una temperatura media de 4,9°, y en julio, mes más cálido, 26°. Sólo raras veces registra el termómetro valores inferiores a 0° aun en Jerusalén. Otras zonas más bajas del país son aún más cálidas. La antigua colonia de Wilhelma, situada a 40 m de altitud en la llanura costera (cf. p. 50), tuvo durante los años mencionados una temperatura media de 13,3° en enero, 28° en julio y 28,7° en

los datos que las precipitaciones actuales son algo más escasas. Tras el decenio 1927-1936, con escasa pluviosidad, se registró un aumento que se acercó a la media de precipitaciones del siglo; pero de nuevo en el decenio 1944-1953 la media de pluviosidad alcanzó solamente los 525 mm (cf. Rosenan, *op. cit.,* 151). El descenso del nivel del mar Muerto que actualmente se observa (cf. pp. s) pudiera ponerse en relación con la disminución de las precipitaciones; el nivel máximo del mar se alcanzó a principios de siglo. En 1915 el nivel estaba a —387 m (cf. F.-M. Abel, *Géographie de la Palestine* I [1932] 167). Hacia 1936 el nivel había descendido a —392 m (cf. PEQ 69 [1937] 269).

[29] Los desiertos que rodean Palestina no son desiertos arenosos (prescindiendo de las dunas empujadas hacia el interior), sino territorios calcáreos. Sólo les faltan las lluvias para que puedan producir vegetación abundante; de ahí que baste la humedad del rocío para que germine la vegetación desértica.

[30] Calculado por las tablas meteorológicas sobre los años 1929-1937 en ZDPV 53 (1930)/61 (1938).

[31] La afirmación de Blanckenhorn de que en agosto de 1935 se registró la baja y anormal temperatura media de 18,9° se basa en un error de cálculo.

agosto. Jericó, sita en la parte meridional de la depresión jordana, a —250 m de altitud, tiene temperaturas medias todavía más altas [32].

Mayor importancia práctica que estos promedios de cifras tienen otros fenómenos particulares; ante todo, el hecho de que los *vientos* influyen bastante en la temperatura. En conjunto, predominan en el país los vientos del oeste; se levantan normalmente hacia el mediodía o en las primeras horas de la tarde y traen consigo un descenso de temperatura y una frescura agradable, especialmente en verano. Por ello en las zonas del país abiertas a los vientos del oeste las tardes y las noches son soportables e incluso agradables, aun en verano, sobre todo en la montaña cisjordana, donde las temperaturas son generalmente algo más frescas. Otras zonas, especialmente la parte meridional de la depresión jordánica y la región del mar Muerto, ya de por sí muy calurosas, no reciben prácticamente ningún alivio de la acción de los vientos del oeste, pues la elevada barrera de la montaña cisjordana les cierra el paso.

Efecto opuesto producen los vientos del este, que vienen del desierto; prevalecen en períodos breves sobre los vientos del oeste en la mitad invernal del año, y en otoño y primavera traen consigo de cuando en cuando un calor insoportable. Al viento del este, solano, se le llama en el país *eš-šerqīye* («el [viento] oriental»); de él deriva nuestro «siroco». El aire sofocante acarreado en otoño y primavera por el viento del este, que permanece a veces inmóvil en una zona, se llama *es-samūm* («el [aire] venenoso»), «simún». Normalmente está cargado de polvo fino que oscurece la atmósfera. Mientras en invierno el viento del este es frío, la aparición del siroco en otoño y primavera, que se mantiene durante algunos días, produce un bochorno insoportable que agobia y agota. El siroco suele correr en los meses de abril y mayo y, de nuevo, en septiembre y octubre; por ello, pese a que estos meses registran una media de temperaturas no muy elevadas, bastante a menudo se llega a la máxima en estos días excepcionalmente calurosos. Incluso en Jerusalén puede indicar el termómetro los 40° [33]; en otras partes del país, como la llanura costera y la depresión jordánica, la temperatura es proporcionalmente aún más elevada [34]. El siroco de primavera produce un extraño fenómeno: apenas concluida la estación de las lluvias, agosta y hace desaparecer las «flores campestres» con una sola ráfaga. A él se alude en el AT cuando se habla del viento que no necesita más que rozar el campo para que se agoste la hierba y se marchiten las flores (Is 40,6-8; Sal 103,15s).

[32] Faltan las observaciones correspondientes a los últimos años. La comparación de las cifras ofrecidas antes con los resúmenes de la temperatura media de 1896 a 1905 de Exner, *op. cit.*, 118ss, demuestra que en los últimos años la media de las temperaturas ha aumentado, lo cual concuerda con la afirmación sobre las precipitaciones expuesta en p. 50, nota 28.

[33] La máxima registrada en Jerusalén entre 1929 y 1937 en un mes de siroco fue sólo de 37,5° en mayo de 1935 (36,2° en septiembre de 1931).

[34] En Wilhelma, en la llanura costera, se registró una temperatura máxima de 46,5° en mayo de 1929; en mayo de 1935, 44,5°. No se sabe si ha de atribuirse al siroco la máxima de 39,7° en Jerusalén y de 47° en Wilhelma en junio de 1933.

No hay *tormentas* en Palestina durante la sequía estival. Aparecen de cuando en cuando durante la temporada invernal de las lluvias —con o sin precipitaciones—, sobre todo hacia el fin de esta estación, en marzo o abril; son raras en mayo y excepcionales en junio. *Granizo* y *aguanieve* pueden caer en la mitad invernal del año e incluso en el período de la lluvia tardía en primavera, pero se trata de fenómenos raros.

VI. Flora y fauna

1. *Flora*

La *vegetación* está condicionada por la pertenencia del país al mundo mediterráneo y, por ello, a la zona climática subtropical; está condicionada también por la variadísima situación de sus partes en lo que se refiere a la altitud, la densidad de precipitaciones y la temperatura. Por tanto, la flora de Palestina es generalmente mediterránea; en la parte meridional de la depresión del Jordán la vegetación es casi tropical. La obra fundamental en este campo es de E. G. Post, *Flora of Syria, Palestine and Sinai,* 2.ª ed. por J. E. Dinsmore, 2 vols. (1932-33). G. Dalman y J. E. Dinsmore, *Die Pflanzen Palästinas:* ZDPV 34 (1911) 1-38, 147-172, 185-245, ofrecen una lista botánica clasificada de las especies que se dan en Palestina con los nombres latinos, añadiendo, en cuanto es posible, la designación árabe en uso actualmente en el país. Ph. Wurst, en *Aus der Pflanzenwelt Palästinas. Leitfaden der Botanik* (Haifa 1930), ofrece una guía de la vida vegetal del país con sus principales especies y características. Material abundante se encuentra en G. Dalman, *Arbeit und Sitte en Palästina,* espec. I (1928) pp. 51ss (vida vegetal antes del comienzo de las lluvias invernales), 249ss (vegetación de invierno), 329ss (crecimiento de las plantas en primavera); II (1932) 242ss (plantas campestres y hortalizas); IV (1935) 153ss (olivo), 291ss (vid). Un sector particular de la flora —las flores— lo propone al público general S. Killermann, *Die Blumen des heiligen Landes* («extracto botánico de un viaje por Siria y Palestina en primavera»), en *Das Land der Bibel,* vol. I, cuad. 5 y 6 (1915); además, del mismo autor —sobre plantas más altas—, *Bestimmungstabelle der in der palästinischen Flora besonders im Frühjahr erscheinenden höheren Pflanzen nach dem natürlichen System:* ZDPV 39 (1916) 7-93, con 60 fotos de plantas. L. Rost trata una cuestión particular —los bosques— en *Judäische Wälder:* PJB 27 (1931) 111-122; también sobre el mismo tema véase R. Koeppel, *Palästina* (1930) 49 («mapa-ensayo de los bosques de Palestina»); para los bosques de la parte oriental del país véase H. Bardtke, *Die Waldgebiete des jordanischen Staates:* ZDPV 72 (1956) 109-122. Con posterioridad ha aparecido otra obra fundamental: M. Zohary, *Plant Life of Palestine, Israel and Jordan* (Nueva York 1962). Por lo demás, estudios sobre la flora se encuentran en casi todas las obras que describen Palestina. Para

un estudio sistemático remitimos a las obras indicadas. Resumimos aquí sólo aquello que tiene cierta importancia para el conocimiento del terreno y de su vida natural.

Consideramos en primer lugar las *plantas silvestres*. Ante todo, los *bosques*. Las regiones montañosas de Palestina fueron originalmente dominios forestales. Pero, desde tiempos antiquísimos, la tala de bosques para procurar terrenos de labor ha hecho retroceder los bosques. Residuos forestales quedan aún actualmente en las montañas de Judea y de la Alta Galilea; se mantienen los bosques en el Carmelo y en la región montañosa transjordana del *'aǧlūn*. La tala progresiva de los bosques palestinenses prosiguió hasta un pasado reciente; las operaciones de la Primera Guerra Mundial en el territorio exigían el empleo de madera y dañaron gravemente los bosques que hasta entonces habían quedado en pie *. Pero aun recorriendo los períodos más antiguos de la historia que conocemos, no debemos exagerar la densidad de población forestal del país. A juzgar por la tradición literaria que se ha conservado, en el período veterotestamentario sólo quedaban ya en el país algunos residuos de los bosques primitivos.

Los bosques de Palestina no son normalmente oquedades. Los árboles forestales elevados saltan inmediatamente a la vista individualmente o se divisan agrupados en manchas más o menos extensas. Grandes superficies aparecen cubiertas por matorrales o *maquis*, correspondiente a la *macchia* italiana; se trata normalmente de arbustos de hoja perenne que alcanzan ordinariamente una altura algo superior a la del hombre y son característicos del mundo mediterráneo. Estos matorrales o *maquis* se encuentran sobre todo en los terrenos boscosos de la Palestina actual mencionados anteriormente. También son comunes las formaciones de arbustos más chaparros, llamadas *garrigas (garrigue* en provenzal).

El más común de todos los árboles forestales de Palestina es la encina; constituye una parte importante en todas las formaciones boscosas y existen especies variadas. Al sur del país predomina la coscoja *(quercus coccifera,* ár.: *ballūṭ* [bellota] o *sindyān);* tiene hojas pequeñas, con espinas aceradas, que se mantienen en invierno. En la parte norte del país se encuentra una especie de roble *(quercus aegilops,* ar.: *mell, mellūl)* de hojas anchas que caen en otoño. Junto con la encina, el más común de los árboles forestales es el terebinto *(pistacia terebinthus,* ár.: *buṭm).* Más raro es el algarrobo *(ceratonia siliqua,* ár.: *ḫarrūb),* también de hoja normalmente perenne. Los algarrobos suelen crecer aislados, proporcionando una agradable sombra con sus magníficas e imponentes copas. Entre las coníferas, normalmente sólo el pino de Alepo *(pinus halepensis,* árabe: *qrēš)* se ha aclimatado y crece silvestre. Se le encuentra aquí y allá bastante desarrollado, aislado o en grupos y formando parte de los *maquis*. En los *maquis* se encuentran también arbustos de hoja caduca como

* Naturalmente, el autor prescinde en el texto de las extensas manchas de arbolado, sobre todo de coníferas, que actualmente cubren una parte del territorio de Israel, debido a la intensa repoblación forestal por parte del Estado (N. del E.).

el cratego, acerolo o espino blanco *(crataegus azarolus,* ár.: *zaʿrūr)* y otros.

Como vegetación esteparia o desértica encontramos el tamarisco *(tamarix,* ár.: *ṭarfa o[n]eṭel),* árbol o arbusto; sus hojas, sutilmente divididas, le permiten adaptarse admirablemente al clima caluroso y seco. Entre la vegetación esteparia y desértica tenemos que mencionar sobre todo la hiniesta o retama *(retama roetam,* ár.: *retem),* una especie del azufaifo *(zizyphus spina Christi,* ár.: *sidr),* del cual, según la leyenda, se entretejió la corona de espinas de Cristo; llega a formar matas considerables con sus amplias ramas espinosas, cubiertas de hojas verdes brillantes.

La vegetación anual, formada por diversas especies de herbáceas, brota en la temporada invernal de las lluvias; en este tiempo, aun los terrenos esteparios se cubren de hierba, pasto agradable de los rebaños de ganado de los nómadas. Estos «pastizales» se engalanan inmediatamente con relucientes flores de diversas variedades (cf. la fotografía en color en *64 Bilder aus dem Heiligen Lande [Württembergische Bibelanstalt]* p. 32) hasta que, al final del período de las lluvias en mayo, el siroco depara un término repentino a toda esta hermosura.

Entre las *plantas cultivadas* que cuidan los habitantes del país, son de importancia primaria las *variedades de cereales.* Normalmente se trata de la cebada (ár.: *šaʿir)* y del trigo (ár.: *ḥinṭa),* que se cultivan en todo el país. La llanura de *en-nuqra* (cf. p. 36), en la región septentrional de Transjordania; la parte meridional llana del *belqa* (cf. p. 35), al sur de Transjordania, y las llanuras cisjordanas son terrenos buenos para el cultivo del trigo; son los «graneros» del país. La sementera del cereal de invierno empieza con la aparición de la «lluvia temprana». La sementera veraniega, iniciada antes del cese de la «lluvia tardía», se ocupa sobre todo de la zahína *(sorgum vulgare,* ár.: *ḏura),* también llamada sorgo o alcandía, originaria de Africa. Hasta el comienzo reciente de la modernización de la agricultura, que se extiende por todas partes, la simiente esparcida a voleo se cubría con el sencillo arado usual en el país (cf. *64 Bilder aus dem Heiligen Lande,* 31). La cosecha de cereales, con ligeras variaciones según las diferentes zonas del país, se recoge normalmente en mayo. Viene luego, según la costumbre tradicional, el acarreo de la mies a la era, colocada en el lugar más elevado posible, bien expuesta al viento; allí, a lo largo del verano, se va trillando la mies, pateada por animales domésticos o desmenuzada con trillos; para terminar, se lanza al viento con bieldos u horcas lo trillado para separar el grano de la paja y el tamo.

El más extendido de los *frutales* es el siempre verde olivo o aceitunero (ár.: *zētūn)* de tronco gris, corpulento y a menudo agrietado, de hojas pequeñas verde mate; se da bien en todas las zonas elevadas de Palestina, especialmente en las regiones de la montaña; su cultivo se lleva a cabo en plantaciones individuales. A partir de septiembre empieza el vareo de las pequeñas aceitunas ennegrecidas. Prensando en almazaras la pulpa de la aceituna se obtiene el aceite, que se destina a múltiples usos.

En cualquier parte del país se encuentra también la higuera (ár.: *tīn),* cultivada individualmente o en plantaciones. Tiene grandes hojas articuladas en cinco lóbulos, que caen en otoño. En mayo o junio produce las brevas, que en parte caen y en parte se recogen como fruta delicada. Los higos maduran hacia el mes de julio; tienen una pulpa suave y jugosa.

Unida a la higuera se encuentra a menudo la vid (ár.: *ʿarīš);* tan unida a veces que los sarmientos trepan por el tronco y ramas de la higuera. Normalmente se deja que las cepas extiendan libremente sus brotes; por tanto, o se arrastran por el suelo o trepan por las higueras u otros árboles que haya en la viña. La vid es más exigente que el olivo o la higuera; necesita humedad y sol, que no suele faltar en Palestina. Desde muy antiguo y aún hoy día tiene renombre el viñedo de *el-ḫalīl* (Hebrón), en la montaña de Judea. Hay racimos maduros desde agosto a octubre aproximadamente. Las uvas maduras se comen frescas o pasas. Puesto que el islamismo prohíbe la bebida del vino, en Palestina la elaboración del vino corre a cargo de los habitantes no musulmanes, en especial los monasterios cristianos.

A los frutales pertenece también el granado (ár.: *rummān),* que se cultiva individualmente, sobre todo en las zonas montañosas del país. Sus frutos, de una grana brillante, maduran en septiembre u octubre; dentro de una cáscara dura contiene una jugosa pulpa rosada llena de granos. A veces se encuentran sicómoros en las zonas bajas del país; son una especie de morales (ár.: *tūt)* con frutos pequeños, que normalmente se comen los pájaros. Relativamente más rara aún es la palma datilera (árabe: *naḫl);* ejemplares individuales se encuentran en la montaña, por ejemplo en los alrededores de Jerusalén; plantaciones más extensas se dan sobre todo en la llanura costera meridional y en la parte sur de la depresión jordánica. Su tronco, a menudo empinado y sin ramas, soporta la copa de características hojas alargadas y pinadas. Su fruto, el dátil (árabe: *belaḥ),* se come fresco o seco. Por fin, debemos mencionar el plátano (o) bananero (ár.: *moz),* que se da bien en lugares cálidos con aguas abundantes, sobre todo en los oasis, por ejemplo en el de *erīḥa* (Jericó).

En tiempos recientes se introdujo en el país la naranja (ár.: *burdeqān* [es decir, la «portuguesa»], fruta traída por los portugueses a Europa y Oriente Medio desde el Extremo Oriente). Hoy se cultiva la naranja en grandes cantidades, sobre todo en la llanura costera (naranjas «Yaffa»). Constituye uno de los principales artículos de exportación de Palestina. Los naranjales exigen muchos cuidados y dan su fruto maduro desde noviembre hasta primavera. A las plantas no indígenas pertenece también el eucalipto (ár.: *šaǧaret kīna* [«árbol de la quina»]), originario de Australia, de elevada y esbelta talla; sus raíces absorben gran cantidad de agua; por ello en tiempos recientes se ha intensificado su plantación en territorios pantanosos para sanearlos. Está muy extendida en todo el país, aunque fue introducida desde las Indias Occidentales en tiempos recientes, la higuera chumba o chumbera (ár.: *ṣabr,* que designaba originalmente la mirra); la chumbera fue en su origen una planta desértica; se la planta por cualquier sitio en setos para cercar huertos y otros lugares. Sus palas,

erizadas de espinas, forman un matorral impenetrable. Sus frutos, los higos chumbos, contienen dentro de la cáscara una pulpa jugosa muy agradable al paladar.

2. *Fauna*

También el *reino animal* presenta una rica variedad en Palestina; en este país, con zonas y regiones tan distintas, se encuentran especies «paleoárticas», «etíopes» e «indomesopotámicas».

Para un estudio de todas las especies, véase sobre todo F. Bodenheimer, *Die Tierwelt Palästinas,* en *Das Land der Bibel,* vol. III, cuad. 3 y 4 (1920). F. S. Bodenheimer trata de la fauna de Palestina desde el punto de vista histórico en *Animal and Man in Bible Lands (Collection de travaux de l'académie internationale d'histoire des sciences;* 1960). Una lista de los términos latinos y nombres árabes de los animales del país aparece en G. Dalman, *Arabische Vogelnamen von Palästina und Syrien:* ZDPV 36 (1913) 165-179, con un suplemento en ZDPV 37 (1914) 59s; del mismo autor, *Palästinische Tiernamen:* ZDPV 46 (1923) 65-78. Un sector lo trata A. Gustavs, *Streifzüge durch die Vogelwelt Palästinas:* PJB 8 (1912) 85-103. G. R. Driver, *Birds in the Old Testament:* PEQ 86 (1954) 5-20; 87 (1955) 129-140; 90 (1958) 56-58, describe el sector de las aves en relación con el Antiguo Testamento. Una serie de observaciones particulares muy interesantes nos la ofrece Fr. Frank, *Tierleben in Palästina:* ZDPV 75 (1959) 83-88.

Presentamos aquí, resumidos, sólo los principales aspectos de la fauna palestinense.

En el sector de los *animales salvajes* aparecen en primer lugar algunos animales de presa. El lobo (ár.: *dīb)* es una amenaza hoy como antaño para el ganado menor. Los chacales (ár.: *wāwi),* reconocibles por sus aullidos nocturnos, y las espantadizas hienas (ár.: *zabʿ)* desempeñan la útil función de consumidores de carroña. También viven por todo el país la zorra (ár.: *eḥṣēni)* y el perro salvaje (ár.: *kelb).* Algunos animales de presa, documentados literariamente, en especial por el Antiguo Testamento, están hoy extintos; así los leones, que merodeaban por las zonas boscosas del país y tenían sus cubiles en las cuevas de las rocas, y los osos, que poblaban también los bosques *.

Existen en Palestina animales de caza: ante todo, gacelas (ár.: *ghazāl)* y liebres (ár.: *arnab);* la cabra montés (ár.: *waʿl* o *beden)* es común en las regiones meridionales del país. En las zonas de los alrededores del mar Muerto se encuentra el damán *(hyrax syriacus;* ár.: *wabr).* El jabalí (árabe: *ḫanzīr berri)* vive aún en el *zōr* (cf. p. 37), junto al Jordán. Otras especies, como el ciervo y el antílope, pertenecen a la historia zoológica

* Como caso excepcional puede citarse la captura de un leopardo en el desierto de Judá en 1964 («The Illustrated London News» 4 [1967] 27). El leopardo es citado también varias veces en la Biblia. (N. del E.).

de Palestina, pero están actualmente extintas. Más detalles sobre la caza y los animales de caza pueden encontrarse en G. Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* VI (1939) 314ss.

Existe en Palestina gran variedad de especies de aves de rapiña; entre ellas aparece el buitre (ár.: *raḥam)*, que se ahíta de la sangre de la carroña tirada al campo. Se caza la perdiz (ár.: *šunnār* o *ḥaǧal)* y otras aves. Existen distintas variedades de serpientes y lagartos; el país, con sus grandes superficies rocosas y arenosas, ofrece a estos animales excelentes guaridas. Hasta el siglo pasado había cocodrilos (ár.: *timsāḥ)* en el *nahr ez-zerqa* (isr.: *nᵉhar hattanninim)*, al norte de *qēṣāriye* (cf. mapa en página ...), llamado «río de los cocodrilos» en los autores clásicos. Se practica la pesca tanto a lo largo de la costa del Mediterráneo como en el lago de Tiberíades, rico en pescado (G. Dalman, *op. cit.*, 343ss, ofrece más detalles sobre este punto). Entre los insectos descuella la langosta (árabe: *ǧerād,* además de varios términos para los diversos estadios de desarrollo), que aparece de cuando en cuando como una terrible plaga para el país; cuando sus terribles enjambres invaden el terreno, desaparece todo el verde, desde la hierba hasta las hojas de los árboles. El país sufrió una gran invasión de langostas en marzo de 1928; pudo ser rechazada mediante enérgicas medidas. Otra plaga de langostas, en marzo de 1915, había devastado el país (cf. L. Bauer, *Die Heuschreckenplage in Palästina:* ZDPV 49 [1926] 168-171) *. Como en tiempos antiguos, sigue viviendo en el país el escorpión o alacrán (ár.: *ʿaqrab)*, miembro de la familia de los arácnidos, parecido al cangrejo, temido por su mortífero aguijón.

Entre los *animales domésticos* que el campesino *(fellāḥ)* emplea como animales de labor, si aún no está equipado con medios modernos, destacan el asno y el buey. El paciente asno (ár.: *ḥmār)* es el animal de carga para los pesos no muy grandes; lleva en su lomo a quien se desplaza por el campo, acarrea los recipientes de agua desde la fuente del pueblo, transporta los productos del campo, de la huerta o de los frutales hasta el zoco ciudadano y desempeña trabajos de cualquier clase. El buey (árabe: *baqar)*, generalmente castaño y desgarbado, sirve casi exclusivamente como animal de labranza y no como animal de carne, pues, por lo común, no se come su carne. Tira del arado, ayuda en la trilla arrastrando el trillo o pateando la parva de cereales tendida en círculo en la era. La vaca (árabe: *baqara)* da además leche. Más sobre el buey puede verse en G. Dalman, *op. cit.*, 160ss. Para cargas mayores y más pesadas está el camello (ár.: *ǧamal);* cf. G. Dalman, *op. cit.*, 147ss. De la cría del camello se ocupan los beduinos de las estepas que limitan el país por el este y el sur. En tiempos antiguos no se empleaba el camello en la tierra cultivable como acémila; esto empezó sólo con la penetración árabe en el país a comienzos del período islámico. Actualmente se le encuentra aún a menudo. Largas caravanas de camellos atraviesan el país por las antiguas rutas caravaneras en interminables filas, unidos uno tras otro, guiados

* En 1961 hubo también una importante plaga de langostas en Transjordania y en la fosa del Jordán. (N. del E.).

por un asno que abre fila (cf. *64 Bilder aus dem Heligen Lande,* 9), transportando las más variadas mercancías; por ejemplo, el producto de las cosechas del granero del país en Transjordania. A los beduinos el camello les sirve de cabalgadura y de alimento la leche de camella *(nāqa)*.

Desde el segundo milenio anterior a la era cristiana se emplea también en el Próximo Oriente como cabalgadura el caballo (ár.: *ḥṣān,* yegua *faras)*. La cría suele estar también en manos de los beduinos de las regiones limítrofes; también son especialmente los beduinos quienes los montan. En la tierra cultivada retroceden poco a poco ante la introducción de los medios modernos de locomoción. Rara vez emplean los indígenas al caballo como animal de tiro. Por fin, mencionamos las gallinas, estimadas productoras de huevos, y las palomas (cf. G. Dalman, *Arbeit und Sitte...* VII [1942] 247ss y 256ss).

Los *rebaños* de ovejas y cabras desempeñan un papel de relieve en Palestina. Grandes o pequeños, los rebaños son innumerables y se encuentran en todas partes. Se nutren de la hierba del campo o, especialmente en la temporada estival seca, del follaje de arbustos y árboles. A ellos se debe el que los bosques desaparecidos en otros tiempos no se repueblen, a no ser que se los proteja especialmente contra ellos. Particularmente las cabras, apoyadas sólo en sus patas traseras, comen y recomen los renuevos de cualquier vegetal. Los campesinos de la tierra cultivable y los beduinos seminómadas de las estepas tienen rebaños de ovejas y cabras de su propiedad; especialmente para los seminómadas de las estepas estos rebaños constituyen la heredad. El rebaño está normalmente formado por ovejas y cabras a la vez; por ello, desde la Antigüedad se usa en el país el término de «ganado», que engloba ambas especies de animales. En el Antiguo Testamento la palabra *ṣōn* indica este «ganado»; el árabe moderno lo designa con el término *ghanam*. Las ovejas (ár.: *ḥarūf)* son por lo general blancas. Procuran al dueño la lana para su ropa, el pellejo, la leche como alimento, sin nombrar el asado festivo, y, como bocado exquisito, la pingüe y enjundiosa cola de las ovejas. (Los indígenas árabes naturalmente no comen carne a diario, sino en ocasiones muy señaladas, como para obsequiar a un huésped). Las cabras (ár.: *meʿz* o *ʿanze)* son siempre negras. Los beduinos tejen las telas de las tiendas con pelo de cabra; por esta razón las tiendas de los beduinos son negras. Las cabras producen además leche y carne. En ocasiones se emplea el pellejo de la cabra para hacer recipientes para cualquier clase de líquidos, si bien los van eliminando los sucedáneos modernos. Para hacer un recipiente de piel de cabra se cose todo alrededor, dejando una sola abertura; la boca, por donde se vierte el líquido, se mantiene atada mientras el recipiente no se usa. Este recipiente se emplea particularmente para llevar agua; lo llevan las personas a la espalda o se le carga a un burro. Es lo que en el Antiguo y Nuevo Testamento se llama «odre». Sobre el ganado menor, cf. G. Dalman, *op. cit.,* VI, 180ss.

Capítulo II

HISTORIA NATURAL

VII. Geología

1. *Estructura geológica*

Los resultados de las exploraciones geológicas de Palestina han aparecido en publicaciones muy diversas. Un resumen de las exploraciones ya un poco antiguas es el que ofrece M. Blanckenhorn, *Syrien, Arabien und Mesopotamien,* en *Handbuch der regionalen Geologie* V, secc. 4 (1914); un resumen más breve, que incorpora exploraciones más recientes del mismo autor, es *Geologie Palästinas nach heutiger Auffassung:* ZDPV 54 (1931) 3-50, con una panorámica de toda la bibliografía sobre el tema. Resúmenes más recientes son: L. Picard, *Structure and Evolution of Palestine* (Jerusalén 1943) y, para Transjordania, A. M. Quennel, *Handbook of the Geology of Jordan* (Ammán 1959). Basado en fuentes ajenas, trata de la geología de Palestina con bastante detalle Abel, *Géogr. de la Pal.* I (1933) 23-58, y, con mayor brevedad, Guthe, *Palästina* (^{2}1927) 10-29. Recomendamos especialmente *Geologische Karte von Palästina,* que publicó Blanckenhorn en ZDPV 35 (1912) lám. 3. El texto explicativo se titula: *Kurzer Abriss der Geologie Palästinas: ibíd.,* 113-139. Para las consideraciones que siguen, véase el esquema propuesto en la ilustración 2.

La tierra firme de Palestina está formada fundamentalmente por sedimentos pertenecientes a los períodos Jurásico y Cretácico. Estos elementos han quedado sedimentados en *estratos* horizontales superpuestos. La ínfima serie de estos estratos corresponde al Jurásico. Aflora actualmente sólo en algunos lugares a ambos lados de la depresión del Jordán. Le sigue la arenisca nubia, perteneciente al Cretácico inferior. Es visible igualmente, sobre todo en algunos lugares de la depresión jordana, por ejemplo en los bordes de la garganta del *nahr ez-zerqa* (Yabboq) y en el borde oriental del mar Muerto. Las montañas de Palestina están formadas principalmente por estratos del Cretácico superior; en primer lugar, por la espesa serie Cenomaniense, compuesta por calizas, que alcanzan unos 600 m de espesor. En él, la erosión de las aguas de lluvia ha abierto

gargantas profundas y abruptas con cantiles escarpados. Sobre el Cenomaniense yacen los estratos Turonienses, relacionados con la serie anterior; sobre ellos yace el Senoniense, piso superior del Cretácico, que constituye actualmente la superficie de las montañas en extensas zonas de Palestina, especialmente el declive oriental de la montaña de Judea y la montaña de Samaría. El Senoniense es normalmente una piedra caliza blanca y brillante que refleja con viveza los rayos y el calor radiante del sol; es suave y constituye formas onduladas y blandas en la superficie. Frecuentemente está entremezclado con bancos de pedernal, que forman bordes

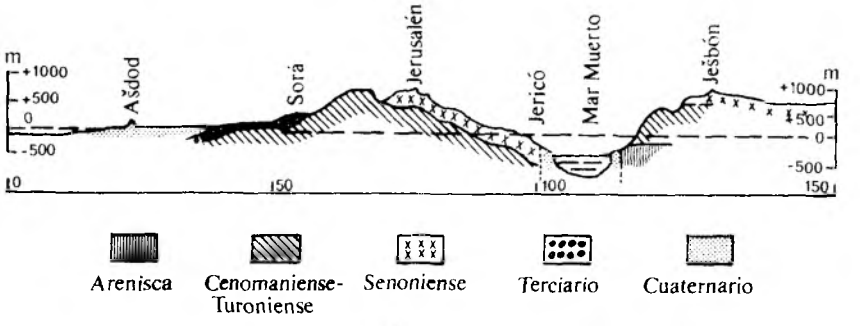


Ilustración 2

Estructura geológica de Palestina. Corte transversal de la Palestina Meridional.

agudos a consecuencia de su dureza, mientras los estratos Senonienses oponen por encima o por debajo una débil resistencia a esta denudación.

Después de los sedimentos cretácicos se produjo una interrupción de la sedimentación, es decir, del proceso de formación de sedimentos. Una nueva fase de sedimentación marina llevó más tarde a la aparición de los estratos terciarios; la serie más baja, el Eoceno, formada por caliza blanca o, en ocasiones, gris, se encuentra aquí y allá en la parte superior de la montaña palestinense. Siguen al Eoceno, dentro del período Terciario, los estratos del Oligoceno, Mioceno y Plioceno, con varias subdivisiones. En la época del Plioceno medio tuvieron lugar las primeras erupciones de basaltos volcánicos recientes, a las que siguieron otras hacia el fin de la era terciaria. Arrojadas desde Transjordania septentrional —el *ǧebel ed-drūz* y el *ǧōlān*—, cubrieron completamente una tercera parte (el norte) de Transjordania con un estrato de basalto; la lava avanzó más acá de la depresión del Jordán, al norte y sur del actual lago de Tiberíades. Así se explica que la parte sudoriental de la montaña de Galilea esté ahora cubierta por un estrato de basalto.

En el último período de sedimentación se depositaron los sedimentos de la era cuaternaria, diluvial y aluvial, en las partes del país que fueron cubiertas por el mar solamente una vez en aquel período. Corresponden prácticamente a las actuales llanuras de Palestina, incluida la depresión jordánica.

La formación de la tierra firme mediante la sucesión de sedimentos marinos en estratos horizontales habría originado una meseta llana, prescindiendo de las erupciones volcánicas del nordeste. Pero ciertos *plegamientos tectónicos,* esto es, alteraciones mecánicas y cambios de la estructura horizontal, modificaron profundamente este carácter de altiplanicie llana. Esa estructura ha permanecido fundamentalmente en Transjordania en conexión con la meseta interior del desierto Siro-Arábigo; en Cisjordania, por el contrario, quedan sólo restos.

Después de la sedimentación de los estratos cretácicos siguió un período durante el cual el mar retrocedió temporalmente, debido a presiones laterales, ocasionando plegamientos y flexiones de los estratos horizontales, sobre todo en la actual vertiente oriental de la montaña de Judea y Samaría, prolongándose además en la vecina Transjordania. Después de una nueva inundación del país —sedimentación de la serie inferior del Terciario—, en el límite entre el Mioceno y el Plioceno, se originó una tremenda falla de los estratos horizontales en dirección norte-sur. Consecuencia de este movimiento tectónico es la actual depresión jordánica, que se hizo aún más profunda durante las fases sucesivas de los movimientos orogénicos. Al mismo tiempo se produjo otra falla a lo largo del borde occidental de la actual montaña cisjordana, que quedó entonces como imponente macizo montañoso en su alargada posición norte-sur. Algo después se sucedieron las fallas que corren en dirección sudeste-noroeste; la más importante es la que colocó la llanura de Yizreel sobre su lado sudoccidental contra la montaña de Samaría, constituyendo esta gran llanura interior. Posteriormente estas zonas producidas por la falla se vieron de nuevo inundadas por el mar, recibiendo sedimentos diluviales y aluviales.

El agua y el viento desnudaron sucesivamente la superficie del país, moldeando los estratos superiores. De este modo, sobre la cima de la montaña cisjordana, el Cretácico más reciente, el Senoniense, ha desaparecido prácticamente, manteniéndose como estrato cimero sólo en los hundidos bordes de la montaña en la cadena montañosa de Transjordania, poco afectada por los cambios tectónicos. El ímpetu del agua, especialmente durante los pasados períodos pluviales, excavó innumerables valles en los poco resistentes estratos calcáreos de la montaña. Así surgió la variadísima configuración del país, llena de contrastes.

2. *Riquezas minerales*

El subsuelo de Palestina no es rico. Cuando Dt 8,9, ensalzando las excelencias de Palestina, declara que «su tierra lleva hierro en sus rocas y de sus montes se saca cobre», la aseveración evoca meramente el contraste con la penuria de la estepa y el desierto. En realidad, Palestina es poco rica en este aspecto (cf. Blanckenhorn, *Handbuch,* 134ss; Galling, en BRL, espec. pp. 95ss [art. *Bergbau* = minería]). Existen yacimientos

de hierro, en los estratos calcáreos cenomanienses, en el ángulo sur del *ʿağlūn,* al norte del curso inferior del Yabboq. Aquí se encuentra también el único establecimiento minero antiguo descubierto hasta ahora en el suelo de Palestina, la mina de hierro de *mugḥāret el-warde* («la cueva rosada»), al sur del pueblo de *rāğib* (cf. Blanckenhorn, *Naturwissenschaftliche Studien am Toten Meer und im Jordantal* [1912] 313ss; Steuernagel, *Der ʿAdschlūn* [1927] 286). Probablemente no es una casualidad que existiera en las cercanías de la depresión jordana una fundición en la que Salomón vació, según 1 Re 7,46, los utensilios de bronce para el templo de Jerusalén (más detalles en Guthe, BZAW 41 [1925] 96ss). En Cisjordania no hay cobre ni hierro.

Los bordes meridionales de la gran depresión siria, y acaso también de la depresión al norte de Palestina, tienen más recursos minerales. En la Antigüedad se explotaron sobre todo los yacimientos cupríferos de la actual comarca de *fēnān,* el Punón de Nm 33,42s, en el país de los edomitas, en el borde oriental del *wādi el-ʿaraba.* La mena extraída se fundía en el lugar mismo, como lo prueban los descubrimientos de *ḫrēbet ennaḥās* («ruina de cobre») o *ḫirbet es-smra* («la ruina cobriza»), situada un poco al norte de *fēnān* y en algunos lugares próximos (cf. Frank, ZDPV 57 [1934] 216ss y plano 16). Más al sur, en el lado oeste del *wādi el-ʿaraba,* a no más de 30 km al norte del extremo septentrional del golfo de *el-ʿaqaba,* se encuentran lugares de explotación del cobre ya en tiempos antiguos en el *ğebel el menēʿīye* (isr.: *har timnaʿ;* cf. Frank, *op. cit.,* 233s, 241ss y lám. 39). Cerca de la orilla norte del golfo de *el-ʿaqaba* hay yacimientos de cobre en *mrašraš,* un poco al oeste de la israelí *ʾelat* (cf. N. Glueck, AASOR 15 [1935] 47s, ilustr. 23) y —ya en territorio egipcio— en el *wādi el-merāḥ* (cf. Frank, *op. cit.,* 247s y lám. 46B, 47A). En las cercanías se han encontrado fundiciones de hierro y cobre y las instalaciones correspondientes para su elaboración en el actual *tell el-ḫlēfi,* en el extremo norte del golfo de *el-ʿaqaba* (cf. p. 179). El país de los edomitas, sometido a Judá desde los tiempos de David durante períodos más o menos largos, era codiciado debido probablemente al acceso que ofrecía al golfo de *el-ʿaqaba* y, mediante él, al mar Rojo, pero, sobre todo, por la riqueza minera del *wādi el-ʿaraba.*

Por otro lado, se encuentran minas antiguas en la *biqāʿ,* entre el Líbano y el Antilíbano. Se cree haber dado con una antigua mina de cobre junto a *ğubb ğenīn,* en la extremidad meridional de la *biqāʿ,* en las estribaciones sudoccidentales del Antilíbano (cf. C. F. T. Drake, R. F. Burton, *Unexplored Syria* II [1892] 72); pero no es verosímil, puesto que en el territorio del actual Estado del Líbano no existen en absoluto criaderos de cobre. Sin embargo, en diversos lugares del Líbano existen yacimientos de hierro. Junto a *zaḥle,* en el borde occidental de la *biqāʿ,* se encuentran antiguas fundiciones de hierro, donde se fundía la mena ferrífera del venero situado al noroeste del *wādi ṣannīn* (cf. Blanckenhorn, *Handbuch,* 138). Estas riquezas de la *biqāʿ,* región aislada por todos los lados, excitaron sin duda la codicia de las diversas naciones vecinas; así, perteneció temporalmente al reino de David; luego al reino vecino de

los arameos de Damasco, lindante por el este, y más tarde al reino de Jamat sobre el Orontes, en el norte (cf. Noth, PJB 33 [1937] 44ss).

Pasamos por alto otras riquezas del subsuelo del país, como los recursos minerales del mar Muerto y sus alrededores (cf. Blanckenhorn, MNDPV [1902] 65ss), puesto que su explotación se inició generalmente en fecha reciente y no han desempeñado ningún papel en la historia del país.

VIII. Regiones naturales de Palestina [1]

Las condiciones naturales de la estructura geológica, en unión con los fenómenos climáticos, llevaron a la creación de varias regiones naturales distintas, cuya distribución determinó los comienzos de la historia humana, condicionando los modos de vida en el país. Esto sucedió mucho antes de que el hombre comenzara gradualmente a modificar el aspecto del país mediante el cultivo del suelo —labranza, horticultura, cría de ganado—, el establecimiento de poblaciones sedentarias, la ordenación artificial de la irrigación en este o aquel lugar o por medio de cualquier otra actividad humana en los tiempos prehistóricos. A pesar de las profundas transformaciones producidas por el hombre, se distinguen todavía hoy claramente tres regiones naturales primitivas: desierto, estepa, bosque. La distinción actual se basa en la variedad e intensidad del reino vegetal y fundamentalmente en la distribución de la pluviosidad media en las distintas regiones. Donde la pluviosidad anual no sobrepasa los 200 mm tenemos normalmente desierto; las regiones que reciben más de 500 mm de pluviosidad fueron originariamente territorios boscosos; de 300 a 400 mm de lluvias corresponden a las primitivas estepas. Naturalmente los límites no son rigurosos (cf. R. Gradmann, *Die Steppen des Morgenlandes in ihrer Bedeutung für die Geschichte der menschlichen Gesittung* [1934] 24). Se considera desierto un territorio en el que la vegetación cubre menos de la mitad del suelo; donde la vegetación es más abundante, pero sin llegar a formar bosques o sin que aparezcan huellas claras de primitivas formaciones forestales, tenemos la estepa (cf. Gradmann, *op. cit.*, 22).

Palestina está rodeada por desiertos al este y al sur. Al este, por el desierto Siro-Arábigo; al sur, por el desierto del Sinaí. Al este, el límite del desierto sigue aproximadamente la línea del ferrocarril del *ḥeǧāz;* sólo por el *ǧebel ed-drūz* (cf. p. 36) avanza el límite hacia el este y corre al oriente de esta montaña. Por el lado sur, el límite del desierto se sitúa aproximadamente en la latitud de *bīr es-sebaʿ* (isr.: *bᵉer šebaʿ*); sólo en la depresión del Jordán avanza extensamente el desierto hacia el norte, en el interior del país, hasta cerca de la ciudad de *bēsān*. Hasta este punto el *ghōr* (cf. p. 37) es desierto; lo es igualmente el declive oriental de la montaña de Judea, que queda en «sombra de lluvias». Por

[1] R. Gradmann, *Palästinas Urlandschaft:* ZDPV 57 (1934) 161-185.

el contrario, en el lado oriental de la depresión jordánica y del *wādi el-ʿaraba* retrocede notablemente la frontera del desierto, ya que la montaña transjordana al este del mar Muerto y del *wādi el-ʿaraba* recibe precipitaciones relativamente más intensas. El desierto Siro-Arábigo se extiende por el este hasta el interior de Mesopotamia, mientras el desierto del Sinaí continúa, a través de Egipto, por Norteáfrica. Los desiertos de la región palestinense no son casi nunca desiertos arenosos; normalmente son desiertos de vegetación enana, con un estrato sutil de humus sobre el suelo calcáreo cubierto con toda suerte de arbustos desérticos espinosos. En algunas zonas son desiertos de pedernal, casi sin vegetación, o bien, cuando el suelo es salino, desiertos de arcilla salífera igualmente estériles [2]. Aquí y allá la soledad del desierto se interrumpe en los oasis, cuando una fuente o la corriente de un arroyo riega el suelo, o en los semioasis si hay aguas subterráneas que las raíces de los árboles pueden alcanzar. Un oasis fluvial es el bosque ribereño *(ez-zōr)* del Jordán, así como, en mayor medida, las zonas verdes de los cursos inferiores del Eufrates y Tigris; a lo largo del Nilo existen también oasis fluviales en territorio desértico. Oasis fontales se encuentran en algunos lugares de los alrededores del mar Muerto; así, el oasis de *ʿēn ǧidi* (isr.: *ʿēn gᵉdī),* en el centro de su orilla occidental.

El cinturón desértico de Palestina tiene como festón una franja relativamente estrecha de estepa. La región esteparia original [3] no es, por tanto, en Palestina muy extensa, mientras que Siria interior y Mesopotamia, al norte de la línea de Damasco-Palmira-*dēr ez-zōr* (junto al Éufrates)-*tekrīt* (en el Tigris), son un dilatado territorio estepario. No se trata de estepas de pura hierba, sino más bien de «estepas de arbustos y hierba entremezclados» (según Gradmann), donde crecen el ajenjo *(Artemisia),* arbustos de hiniesta o retama y toda clase de cardos y espinos. También aquí existen ocasionalmente oasis, como el de Jericó (cf. p. 38), que cae dentro de esta franja esteparia.

El resto del territorio, las alturas de la montaña cisjordana o transjordana, juntamente con las llanuras colindantes o cercadas por ellas, fueron primitivamente regiones forestales. Es verdad que actualmente la mano del hombre ha eliminado en gran parte las formaciones boscosas (cf. p. 54), pero aun allí donde han desaparecido los restos del primitivo bosque la flora muestra el antiguo carácter boscoso del territorio, a no ser que se trate de porciones con cultivo intenso. La frecuente pimpinela o sanguisorba *(poterium spinosum,* ár.: *neteš),* que los habitantes del país suelen recoger en grandes cantidades como material de combustión, especialmente para hornos, es la mejor prueba de que nos encontramos ante territorios que antiguamente fueron boscosos. La mayor parte

[2] R. Gradmann, *Die Steppen des Morgenlandes,* 24s. Para la distribución de las regiones naturales, cf. el mapa esbozado por Gradmann en ZDPV 57 (1934) plano 1 = *Die Steppen des Morgenlandes,* mapa 1.

[3] Sobre el origen y significación de la palabra «estepa», cf. R. Gradmann, *Die Steppen des Morgenlandes,* 22. Sobre la extensión del territorio estepario en el Próximo Oriente, *ibid.,* mapa 2.

de la superficie de Palestina fue primitivamente un territorio de bosques.

La distribución de las «regiones naturales» influyó considerablemente en la historia del hombre. El desierto no carece por completo de vegetación; por tanto, no es un ámbito absolutamente inhóspito. Pero el desierto ofrece sólo aquí y allá posibilidad de habitación a grupos humanos muy reducidos y solamente en los contados oasis permite una vida semisedentaria; el desierto es el dominio de los beduinos (ár.: *bedū*), que se mueven con sus rebaños de camellos o de ganado menor dentro de un espacio limitado buscando los escasos terrenos de pasto y sitios con agua. Por tanto, no ha cambiado esencialmente el aspecto de la región en el decurso del tiempo, por más que el cuidado y la explotación de los oasis por el hombre y el pastoreo de los rebaños lo haya retocado un poco. Material abundante sobre las tribus beduinas en el desierto Siro-Arábigo y sus alrededores se encuentra en M. F. V. Oppenheim, *Die Beduinen* I (1939), II (1943) y III (1952).

La estepa es importante para los comienzos de la cultura humana —véanse sobre el particular las mencionadas obras de Gradmann—, porque ofrece condiciones para que surja la agricultura y con ella el paso del hombre nómada, cazador y pescador, al sedentario; con esto nos encontramos ya en los primerísimos comienzos de la «civilización». A diferencia del desierto, la estepa recompensa, si bien muy escasamente, el cultivo de plantas; en efecto, existieron cultivos en la estepa antes de iniciarse la tala de los bosques y el roturamiento del suelo de los bosques, mucho más fértil que el de las estepas. Señal de que el comienzo de la agricultura tuvo lugar en la estepa es el hecho de que las especies de cereales tan necesarias hoy para la vida de la humanidad fueron originalmente plantas esteparias (hierbas); todavía hoy pueden encontrarse silvestres en las estepas del Oriente Medio las primitivas especies de nuestros cereales. Las extensas regiones esteparias de Siria y Mesopotamia —más reducidas en Palestina— explican además que fuera en el Próximo Oriente donde tan pronto se llegó, mucho antes que en otras partes del mundo habitado, a desarrollar la civilización. La estepa sufrió muy pronto el contacto con el trabajo del hombre, siendo por él transformada; aún hoy persiste en la estepa el cultivo de cereales, dando fe del influjo de la actividad cultural del hombre.

Pero la estepa es demasiado pobre para permitir el desarrollo de una cultura superior; se requería, pues, el trasplante de la cultura nacida en la estepa a territorios más fértiles, que el hombre tenía que aprender a adaptar a sus objetivos. Un día se le ocurrió al ser humano distribuir artificialmente el agua de los oasis fluviales: habían amanecido las culturas de riego y se había creado un espacio más extenso y fértil para el desenvolvimiento de la vida humana. Así surgieron las tempranas culturas de las cuencas bajas del Éufrates y Tigris y del valle del Nilo. Por otra parte, el hombre aprendió a talar bosques y a someter a explotación agrícola las regiones boscosas con lluvias abundantes. De este modo avanzó el hombre en los territorios boscosos de Siria y Palestina, estableciéndose en ellos

de modo permanente. Naturalmente, bajo el impulso de la actividad humana, las regiones boscosas cambiaron profundamente de aspecto, no sólo en cuanto se fue talando gradualmente el bosque para ensanchar la tierra cultivada; aun allí donde los cultivos no eran posibles fueron abatidos los bosques para satisfacer la demanda de madera que el hombre sentía. Tan cierto es el hecho de la eliminación de los bosques en Palestina hasta los tiempos más recientes como que la despoblación forestal del país empezó ya en los tiempos prehistóricos; además, si hemos de creer a los más antiguos documentos históricos, nunca fue Palestina un país de gran riqueza forestal.

Puesto que la franja esteparia que bordea Palestina es muy estrecha, difícilmente pudo el país desempeñar un papel relevante en los orígenes de la civilización. Sin embargo, es Jericó —un oasis en zona esteparia— el primer establecimiento humano permanente de que tengamos noticias (cf. p. 141). La vida sedentaria de ciertas dimensiones no pudo desarrollarse en el país hasta que los hombres aprendieron a aprovechar los oasis fluviales mediante sistemas de irrigación o, sobre todo, a someter a explotación agrícola los terrenos rescatados del bosque mediante la tala. Este primitivo territorio de bosques fue la cuna del desarrollo de la historia y cultura humanas de Palestina; actualmente sigue desempeñando idéntica función, pues sólo en esta zona del país —que depende principalmente de las lluvias para el riego del suelo— se da una pluviosidad suficiente que permite la convivencia de grupos humanos numerosos.

Capítulo III

PALESTINA COMO ESCENARIO DE LA HISTORIA BIBLICA

IX. Nombres bíblicos del país y de sus partes naturales

1. *Nombres dados al conjunto del país*

El territorio que, siguiendo a escritores cristianos antiguos, solemos llamar «Palestina» (cf. pp. 29ss) no tuvo nunca un nombre como denominación de conjunto. Y no es extraño, porque este territorio no tiene límites naturales ni constituye unidad alguna; por tanto, es normal que no diera pie para acuñar nombres que se aplicaran a la totalidad del país. Además, los nombres primitivos de países son muy poco frecuentes; generalmente se forman cuando un país se convierte en lugar de residencia exclusiva de un determinado pueblo y, con ello, en escenario de su historia. Por lo que nos consta, ésta fue la situación de Palestina hasta que las tribus israelitas se establecieron en el país y vivieron buena parte de su historia. Aun a nosotros sólo la visión retrospectiva de esta parte de la historia israelita nos ofrece el motivo fundamental para aplicar el nombre de «Palestina» al conjunto del país (cf. pp. 31s). Sin embargo, en el período israelita no se llegó a emplear un nombre general y específico del país, ni en Israel ni entre los pueblos vecinos. Al territorio que fue escenario de la historia israelita se le hubiera podido llamar simplemente *'ereṣ Yiśrā'ēl* («el territorio del pueblo de Israel»)[1]. La expresión *'ereṣ Yiśrā'ēl* aparece con este sentido en 1 Sm 13,19 (en la antigua tradición sobre la historia de Saúl); pero la expresión no parece haber sido muy usual. No se trata propiamente de un nombre y, además, no deja de ser ambiguo. Israel no era sólo el nombre de la nación entera, sino también la denominación oficial de uno de los dos Estados que se habían formado dentro del territorio del pueblo de Israel en el período

[1] Sobre *'ereṣ* con el sentido de «territorio de un pueblo», cf. L. Rost, *Die Bezeichnungen für Land und Volk im Alten Testament*, en *Hom. a Otto Procksch* (1934) 125-148; 134ss.

de la monarquía. Israel podía, pues, indicar también «el territorio del Estado de Israel» (así en 2 Re 6,23; Ez 27,17).

En el Deuteronomio y en la literatura deuteronomista se designa a Palestina como «la tierra que el Señor juró a vuestros padres que os había de dar» y otras paráfrasis semejantes de la Tierra «Prometida».

a) Canaán.

Al parecer, correspondería al nombre de Canaán *(kᵉnaʿan)* el privilegio de ser el más antiguo y, además, el nombre indígena de toda Palestina. Pero el nombre recibió esta significación sólo secundariamente en el Antiguo Testamento y, por lo demás, como designación muy vaga e indeterminada. La expresión *ʾereṣ kᵉnaʿan* («la tierra de Canaán») y, sobre todo, el gentilicio derivado *kᵉnaʿanī* («cananeo»), aparecen frecuentemente en el Antiguo Testamento. Pero el uso normal posterior de estos términos no es claro ni específico; esto vale con mayor razón de la significación primitiva especial de estos términos. (Estudios sobre la aparición y empleo de estos términos se encuentran en Fr. M. Th. Böhl, *Kananäer und Hebräer:* BWAT 9 [1911] 5ss, y en B. Maisler, *Untersuchungen zur alten Geschichte und Ethnographie Syriens und Palästinas* I [Arbeiten aus dem Orientalischen Seminar der Universität Giessen 2; 1930] 59ss). La expresión *ʾereṣ kᵉnaʿan* aparece ya en los estratos antiguos de la narración del Pentateuco (Gn 42,5ss, etc.) como designación algo vaga del territorio de Palestina; en la literatura posexílica es más frecuente, especialmente en el documento sacerdotal (P) del Pentateuco. A este período tardío pertenecen Nm 35,10.14 y Jos 22,10.11; en estos pasajes la expresión *ʾereṣ kᵉnaʿan* se refiere exclusivamente al territorio cisjordano. Naturalmente es discutible que el uso corriente de *ʾereṣ kᵉnaʿan* encerrara siempre este sentido exclusivo [2]. El término *kᵉnaʿan* y sus derivados empleados en el Antiguo Testamento abarcan dos realidades: un territorio más o menos determinado y delimitado y, sobre todo, los portadores y las manifestaciones de una cultura desarrollada antes de la ocupación en el territorio en que posteriormente habían de establecerse las tribus israelitas, cultura que había de mantenerse en lo sucesivo allí mismo. Esto vale sobre todo para el término *kᵉnaʿanī* («cananeo»), que curiosamente se aplicaba sólo a los habitantes preisraelitas y, por tanto, no israelitas, aun cuando las tribus israelitas llevaran ya largo tiempo asentadas en el «país de Canaán» y, por tanto, hubieran debido convertirse ya, con pleno derecho, en «cananeos» [3]. Especialmente el relato yahvista del Pentateuco designa con *hak-kᵉnaʿanī* (siempre en singular colectivo) a la totalidad de

[2] El único lugar en que se habla indiscutiblemente de «cananeos» en Transjordania (Gn 50,11) es por desgracia un texto dudoso, pues la palabra *hak-kᵉnaʿanī,* tal como aparece en el contexto, da la impresión de ser una glosa explicativa del término más general *yōšēb hāʾāreṣ.*

[3] Sólo en un pasaje tan tardío como Is 19,18 (no isaiano) se pone en relación especial el término «Canaán» con los israelitas; ocurre esto al definir la lengua que los israelitas hablan como «la lengua de Canaán».

la población establecida en el país desde los tiempos preisraelitas. Resulta, pues, claro que *kᵉna'an* no era originalmente un concepto que comprendiera todo el país, sino que designaba seguramente al principio un territorio más limitado en que vivían los antiguos habitantes no israelitas del país cuando las tribus israelitas ya se habían establecido en él. Por consiguiente, la extensión del nombre «[tierra de] Canaán» a toda Palestina, o al menos a Cisjordania entera, es secundaria.

En efecto, algunos pasajes del Antiguo Testamento dan al término «Canaán» o «cananeo» una significación especial. Según una noticia del «compilador»[4] de las antiguas sagas de Josué (Jos 5,1), los reyes de los cananeos habitaban junto al mar. En 2 Sm 24,7 se nombran «todas las ciudades de los jiveos y cananeos» en inmediata conexión con la ciudad fenicia costera de Tiro. En Is 23,11, dentro de un oráculo profético no isaiano contra Tiro (vv. 5-11), se pone en conexión a «Canaán» con el Mar, es decir, en este caso, con la costa fenicia. Igualmente habría que buscar, según el contexto, en las cercanías de la costa mediterránea a los «reyes de Canaán», mencionados en Jue 5,19 como confederados de Sísara. Extrañamente, al lado, se asocia a los «cananeos» con la parte más septentrional de la depresión del Jordán. Aunque se trate de un elemento secundario de la tradición, en el antiguo relato en prosa sobre la batalla de Débora se presenta al rey Yabín de Jasor (= *tell waqqāṣ,* al sudoeste del lago *ḥūle)* como «rey de Canaán» (Jue 4,2.23.24). En Nm 13,29 se pone a los «cananeos» «junto al Mar y junto al Jordán»; también en el suplemento a la historia de la campaña galilea de Josué, en Jos 11,3, se habla de «los cananeos del este y del oeste» (es decir, de la montaña de Galilea). Probablemente ha de ponerse en relación con esto la nota de Jue 18,7.28, que da a entender que la parte más septentrional de la depresión del Jordán dependía políticamente de los «sidonios» aun durante el «período de los Jueces».

Esta conexión del nombre de Canaán con la costa del Mediterráneo y sus ciudades concuerda con el uso extrabíblico del término. Probablemente la más antigua atestación se encuentre en los textos de Alalaḫ (cf. pp. 221 y 271), del siglo XV a. C., a saber: en la inscripción de Idrimi (línea 18) y en algunos textos económicos del estrato IV (Wiseman, 48, 5; 154, 24; 181, 9); la transcripción del término es *kin'anu(m).* Es difícil sacar de estos textos algo más concreto sobre la significación del nombre; sin embargo, según la inscripción de Idrimi, parece haber existido una ciudad fenicia costera en la «tierra de Canaán». El gentilicio *kn'ny* aparece una vez en un texto de Ugarit (311,7) del siglo XIV a. C. (cf. pp. 223s); pero poco más puede ofrecernos que constatar que *kn'n* aparece aquí como nombre de país con una significación territorial probablemente limitada. Mucho más valiosas para el estudio del nombre de Canaán son las cartas de *tell el-'Amārna* (cf. pp. 218s), en las que aparecen las formas *kinaḫḫi* o *kinaḫna/kinaḫni,* sin que se pueda lograr seguridad en cuanto a su alcance y significación (clasificación y discusión del material en Böhl,

[4] Cf. M. Noth, *Das Buch Josua* (HAT I, 7 [²1953]) 12s.

op. cit., 2s; Maisler, *op. cit.*, 54ss). En todo caso, está claro que pueden indicar territorios fenicios con «reyes», es decir, Ciudades-Estado, que incluyen la llanura de Acre y su comarca interior (8,13ss) y que, por otra parte, aun regiones costeras del norte de Siria pueden, al parecer, llamarse Canaán; según la carta 148, 41ss, también la mencionada *ḥazura* (= Jasor), en la parte septentrional de la depresión jordánica, parece pertenecer a Canaán. Todo esto parece concordar, por tanto, de modo excelente con los datos del Antiguo Testamento presentados anteriormente.

Menos precisa es la significación de *kn'n.w* («cananeo») en dos estelas del faraón Amenofis II (mediados del siglo XV a. C.) y de *p.kn'n* (*p* es el artículo egipcio) de fuentes egipcias del tiempo de la XIX y XX Dinastías (cf. p. 259), donde parece mencionarse también la región costera de Palestina y Fenicia (estos pasajes aparecen en Böhl, p. 3s; Maisler, p. 58).

En documentos fenicios autóctonos aparece *kn'n*, primero en algunas monedas de Laodicea (probablemente Λαοδίκεια ἡ ἐν Φοινίκῃ = *Berytos [bērūt]*) en la costa fenicia (pueden consultarse estos documentos en Cooke, *A Textbook of North-Semitic Inscriptions* [1903] 46, nota 3; 349s) y luego en escritos del período helenístico como designación de Fenicia (cf. Böhl, p. 5).

En la misma dirección apunta la probable significación original del nombre «Canaán». En los textos acádicos de *Nūzu* (cf. p. 251), del siglo XV/XIV a. C., se encuentra la palabra *kinaḫḫu* con el sentido de «púrpura roja». Cualquiera que sea el origen de esta palabra, la desinencia es propiamente hurrita (cf. p. 243), teniendo como raíz el término «Canaán». Quizá tengamos ante nosotros una designación original de «comerciante» que se aplicó luego especialmente a los «comerciantes de púrpura roja». «Canaán» habría sido originalmente, por tanto, la «tierra de los comerciantes de púrpura», con lo cual se hacía referencia especial a la costa fenicia, que desde tiempos antiguos había empleado el múrice para colorar la lana (cf. B. Maisler, BASOR 102 [1946] 7ss).

Por consiguiente, «Canaán» designaba originalmente una parte de la región costera siria (especialmente Fenicia), es decir, poco más o poco menos que «Palestina». Los israelitas conocieron el nombre como designación del territorio de las Ciudades-Estado preisraelitas de la costa septentrional palestinense y de la parte norte de la depresión del Jordán, que dependía políticamente de aquéllas. Después ampliaron el término «cananeo» hasta incluir a todos los habitantes del país que vivían a su alrededor. Por fin, llamaron «tierra de Canaán» a todo el territorio ocupado o, por lo menos, a Cisjordania.

b) Otras designaciones del conjunto.

No existe otra designación antigua que abarque Palestina entera; los documentos extrabíblicos tampoco la conocen. Los asirios incluyeron sencillamente a Palestina en los diferentes nombres con que designaban a Siria; por ejemplo, «la tierra de *Ḫatti*», derivado de los varios pequeños

Estados de Siria septentrional que habían pertenecido antes al Imperio Hitita (cf. pp. 264s), o «Amurru», según la designación usual del período babilonio antiguo para la parte del mundo situada «al oeste». A los ojos de los asirios, que avanzaban desde Siria septentrional, Palestina no era lo bastante importante como para merecer un nombre específico. En este contexto podría aducirse la antigua designación egipcia *rṯn* (vocalizada convencionalmente «Retenu»), que se encuentra en los textos del Imperio Medio y, sobre todo, del Nuevo Imperio (cf. pp. 259s). «Retenu» puede designar al menos parte de Palestina, pero incluye también ciertas regiones de Siria; *rṯn* aparece a menudo dividida en «superior» e «inferior», sin que se pueda explicar con claridad esta división (confróntese W. M. Müller, *Asien und Europa nach altägyptischen Denkmälern* [1893] 143ss, y ahora especialmente A. H. Gardiner, *Ancient Egyptian Onomastica* I [1947] 142*ss). Mencionamos también el término *ḏb*, que se encuentra en los textos egipcios del Nuevo Imperio y que parece referirse a ciertas partes de Palestina y Siria meridional (cf. Gardiner, *op. cit.*, 145*s). *rṯn* y *ḏb* no fueron en ningún estadio del desarrollo de su significación designaciones del país que cubre nuestro término de «Palestina», porque los egipcios tampoco consideraron a Palestina como una entidad que mereciera un nombre especial; para ellos, Palestina era la parte más meridional de Siria; además, su interés se limitaba a la costa y sus aledaños. Sólo la historia de Israel, que se desarrolló en gran parte en Palestina, dio una importancia singular a este territorio.

2. *Nombres de las partes de Palestina*

Palestina no constituye ninguna unidad natural; difícilmente, por tanto, pudo tener originalmente nombres que designaran al conjunto. Por el contrario, está integrada por múltiples regiones con características individuales muy definidas que, como partes naturales del país, han recibido nombres y denominaciones propias. La tradición del Antiguo Testamento nos ha conservado muchas de ellas. Presentamos a continuación estos nombres y términos territoriales, prescindiendo de aquellos que designan un sector determinado como localización de un acontecimiento histórico particular o de una entidad política (sobre esto cf. pp. 108ss).

a) La depresión del Jordán.

La gran depresión que atraviesa Palestina de norte a sur se llama en el Antiguo Testamento *hā-ʿᵃrābā* («el desierto»). El término es absolutamente exacto (cf. pp. 65s). Es seguro que esta sencilla designación era usual al menos para la parte comprendida entre el lago de Tiberíades y el mar Muerto, es decir, el actual *ghōr*. Para partes individuales de este territorio se emplea el plural de esta palabra; así, *ʿarābōt Yᵉriḥō* («las regiones desérticas de Jericó») y *ʿarābōt mō'āb* («las regiones desérticas de Moab» —frente a Jericó—), esto es, los territorios de la depre-

sión jordánica dependientes políticamente de la Ciudad-Estado de Jericó o del Estado de los moabitas [5].

Al mar Muerto, por su ubicación en estos parajes, se le llama *yām hā-ʿarābā* («el mar del Desierto»); igualmente, debido a sus características, *yām ham-melaḥ* («el mar de la Sal»). El lago de Tiberíades, por otra parte, recibía el nombre, como actualmente, de la ciudad más importante asentada en sus orillas; por tanto, su nombre no respondía a características geográficas. En la Antigüedad el establecimiento ribereño más importante era la ciudad fortificada de *kinneret* (ár.: *tell el-ʿorēme),* en el lado noroeste, exactamente un poco más arriba de la posterior población costera de Cafarnaún; *kinneret* aparece mencionada ya, en tiempos preisraelitas, en la lista de Tutmosis III (cf. p. 259, nota 21), con la forma de *knnrt* (núm. 34); más tarde fue una ciudad fronteriza de Neftalí (Jos 19,35). Por consiguiente, en la Antigüedad el lago de Tiberíades se le llamó *yām kinneret* (Nm 34,11; Jos 12,3; 13,27). En el Antiguo Testamento no se da un nombre especial a la parte superior de la depresión del Jordán ni al lago *ḥūle,* situado dentro de ella; a menudo se ha identificado esta parte más septentrional con las «aguas de Merom» de Jos 11,5.7; pero la identificación es errónea, puesto que «Merom» debe de corresponder a la localidad actual de *mērōm,* en la Alta Galilea, 5 km al oeste-noroeste de *ṣafed* (isr.: *ṣᵉfat);* las «aguas de Merom», por tanto, han de buscarse en sus alrededores. En la época del Nuevo Testamento, la pequeña y fértil llanura *el-ghuwēr,* en el lado occidental del lago de Tiberíades, tenía un nombre especial; se la llamaba Γεννησαρέτ (quizá por analogía con el mencionado nombre de *kinneret). Gennēsar,* aunque no aparezca a primera vista, dice relación al sustantivo *gan* («huerto»); sin embargo, pese a las aproximaciones que a veces se hacen, no tiene nada que ver con el término *kinneret.* No sólo la llanura de *el-ghuwēr* (Mc 6,53; Mt 14,34), sino también el lago de Tiberíades se llamaba Γεννησάρ (así, ya 1 Mc 11,67; Josefo, *Bell. Jud.* III, 10, 7 § 506, Niese), y sobre todo Lc 5,1: ἡ λίμνη Γεννησαρέτ (Lutero: «el lago de Genesaret»); pero normalmente el Nuevo Testamento habla del «mar de Galilea» (Mc 1,16; Mt 4,18 y *passim)* o del «mar de Tiberíades» (Jn 21,1), con la terminología hoy usual.

b) La montaña cisjordana.

La extensa montaña cisjordana tuvo diversos nombres para sus diferentes partes. En su parte sur arraigó el nombre de *Yᵉhūdā* («Judá»), con límites imprecisos. Es probable que *Yᵉhūdā* fuera originalmente el nom-

[5] Sobre este punto y en particular sobre las circunstancias históricas antiguas que originaron la designación *ʿarābōt Mōʾāb,* cf. M. Noth, ZAW, N.F. 19 (1944) 18s. La parte más baja del *ghōr* se llama en ocasiones *kikkar hay-Yardēn* = «la vega (círculo) del Jordán» (Gn 13,10s, etc.) o simplemente *hak-kikkār* = «la Vega» (Gn 13,12; Neh 3,22, etc.). Desconocemos el origen y la significación exacta de este término.

bre de un territorio que luego pasó a designar la tribu israelita que en él se estableció, y no al revés, por más que el Antiguo Testamento lo interprete según su concepción particular del origen de los nombres de las tribus israelitas [6]. El nombre *Y^ehūdā* parece más bien derivar de un término local o territorial que de un nombre de persona [7]. En cuanto a la forma, está relacionado estrechamente con nombres como *Yid'alā* (Jos 19,15) [8]. Además, el término comprendía un territorio más amplio que el correspondiente a la tribu de Judá, pues Hebrón, habitada por los clanes de Caleb y no por judaítas, pertenecía a la «montaña de *Y^ehūdā*» (Jos 20,7). No es verosímil que la tribu de Judá, establecida en un espacio relativamente reducido (cf. pp. 86s), diera el nombre a toda la parte meridional de la montaña cisjordana; por otra parte, parece normal que siendo Judá la única de la confederación israelita de las doce tribus que se estableció en este territorio, recibiera de él el nombre de *Y^ehūdā* para distinguirse de las otras tribus. En 1 Sm 23,3 [9], en conexión con la antigua tradición de la «subida al poder de David», aparece distintamente *Y^ehūdā* como término territorial *(bīhūdā* [«en Judá]) [10]. El nombre compuesto *Bētleḥem-Y^ehūdā* («Belén de Judá»; Jue 17,7; 19, 1.2.18) tiene estrecho parentesco con la expresión *Yābēš-Gil'ād* («Yabéš de Galaad»; Jue 21,8ss; 1 Sm 11,1; etc.), donde el genitivo añadido al topónimo se refiere al territorio en que está la localidad. También podría pensarse, sobre la base del compuesto *Qedeš-Naftālī* («Quedeš de Neftalí»; Jue 4,6), que un nombre de tribu puede ser añadido como genitivo para una mejor identificación del nombre de una localidad; pero es probable que también Neftalí fuera en su origen no un nombre de tribu, sino una designación territorial.

Suponiendo que *Y^ehūdā* fuera originalmente una designación territorial, comprendió en un principio el *har Y^ehūdā* («la montaña de Judá»), es decir, el *horst* de la montaña cisjordana entre Belén, por el norte, y Hebrón, al sur. Los escritores judaítas llaman a veces a esta región sencillamente *hā-hār* («la montaña»; Jos 10,40; 11,16). También pertenecía a *Y^ehūdā* el *midbar Y^ehūdā* («el desierto de Judá»; Jue 1,16; Sal 63,1); las diversas zonas de este desierto se denominaban según las poblaciones situadas en sus bordes, cuyos habitantes tenían derechos de

[6] Así también L. Waterman, AJSL 55 (1938) 29ss.

[7] Es lingüísticamente muy improbable que en el nombre *Y^ehūdā* se encierre el nombre divino *Yahweh* (en la forma abrevieda usual de los nombres personales, *y^ehō-* u otras). Si esto fuera verdad, *Y^ehūdā* sería un nombre personal que documentaría el empleo más antiguo conocido de *Yahweh* en un nombre (así O. Procksch, *Die Genesis übersetzt und erklärt,* ed. 2/3 [1924] 178 y *passim).*

[8] W. Borée, *Die alten Ortsnamen Palästinas* (1930) 37, ofrece algunos topónimos más con forma análoga.

[9] Waterman trata de este pasaje *loc. cit.*

[10] 1 Sm 23,3 está probablemente relacionado con el *ya'ar Ḥeret* de 22,5b, que por desgracia no sabemos dónde estaba. La ciudad de Q^eīlā (= *tell qīla* en el *wādi eṣ-ṣūr),* en la línea de falla que separa la montaña del terreno de colinas (cf. p. 39), estaba situada ya en el terreno de colinas y, a diferencia del *ya'ar Ḥeret* de 1 Sm 23,3, no se atribuye, con razón, al territorio de *Y^ehūdā.*

pasto para sus rebaños: *midbar Te'qōa'* (2 Cr 20, 20), *midbar Zīf* (1 Sm 23,14s), etc.

El territorio de colinas que linda por el oeste con la montaña de Judea (cf. p. 39) se llama en el Antiguo Testamento *haš-šefēlā* («la tierra baja»), así denominada desde el punto de vista de los israelitas que residían en la montaña de Judea, más elevada.

Unido al sur de la montaña de Judea está el territorio de los seminómadas y nómadas, estepario al principio pero muy pronto desértico (cf. p. 40); en el Antiguo Testamento se le llama *han-negeb* («la tierra árida»). Carece de límites naturales, especialmente al sur [11]; al territorio situado al sur del límite de la región cultivada, con población sedentaria, se le denomina simplemente *han-negeb* hasta la línea del horizonte. De aquí deriva la voz *negeb,* empleada normalmente en el Antiguo Testamento para designar el punto cardinal «sur». En los escritos veterotestamentarios más recientes (Ez, Job, Ecl) [12], así como en el arameo palestinense posterior al período del Antiguo Testamento, aparece, para indicar el «sur», el término *dārōm,* que en el Targum Onkelos es la versión usual del hebreo *negeb* (cf. M. Burrows, *Daroma:* JPOS 12 [1932] 142-148). Eusebio de Cesarea emplea este término en sentido no muy preciso, sin duda tomado del habla popular, para designar la parte más meridional de la montaña de Judea, la Idumea del período helenístico-romano (cf. G. Beyer: ZDPV 54 [1931] 246ss). Quizá antes de convertirse en término generalizado para indicar el «sur» tuviera un sentido más concreto, pero el problema no está todavía dilucidado.

Las diversas zonas del desierto meridional también tenían nombres especiales. Así, se llamaba *midbar Ṣin* (Nm 33,36; 34,4; Jos 15,3, etc.) a la parte del desierto del Sinaí en que se encuentra la «fuente santa», Cadés-Barnea (hoy, *'ēn qdēs),* una zona de manantiales de importancia singular para la primitiva historia de las tribus israelitas.

Más allá del «monte pelado» (ár.: *ǧebel ḥalaq,* al norte de *'abde* [isr.: *'abdat],* en el Négueb) se hallaba, según Jos 11,17; 12,7, el monte *Śē'īr,* que en otros pasajes del Antiguo Testamento es la montaña habitada por los edomitas en el lado oriental del *wādi el-'araba;* por tanto, también una parte de la montaña del lado occidental tenía idéntico nombre, a no ser que *Śē'īr,* que en Jos 15,10 se refiere a un pico en la zona de la ciudad de Quiryat-Yearim y que también aparece más a menudo, designe en Jos 11,17; 12,7 un territorio que no tiene en común con el lado oriental del *wādi el-'araba* más que el nombre.

La parte central de la montaña cisjordana se denominaba *har Efrayim* («la montaña de Efraín»). Es bastante seguro que el nombre Efraín designaba al principio esta parte de la montaña cisjordana o al menos una parte de ella; posteriormente se extendió a toda la montaña central.

[11] Sobre la fluctuación de la tradición en lo que se refiere a los límites del *negeb,* incluso por la parte norte, cf. M. Noth, JPOS 15 (1935) 37s.

[12] En Dt 33,23, donde aparece la palabra *dārōm* en el texto actual, el sentido es completamente oscuro y el texto tradicional está probablemente corrompido.

La forma del nombre indica que se trata de un topónimo; la desinencia *-ayim* es bastante frecuente en estos nombres [13] y totalmente inusitada en los nombres personales [14]. Además concurre también aquí el hecho de que el territorio designado como *har Efrayim* es considerablemente más extenso que el dominio de la tribu de Efraín (cf. espec. 1 Re 4,8; también Jos 17,15). La «montaña de Efraín» comprende la meseta cisjordana desde los alrededores de Betel, al sur, hasta la llanura de Yizreel, por el norte. Las dos estribaciones de esta parte montañosa por el noroeste y el nordeste tienen nombres propios, ya que se destacan notoriamente del territorio circundante. La estribación occidental, que avanza hacia la costa del Mediterráneo junto a Haifa, se llamaba *har hak-karmel* («el monte de las viñas») o sencillamente *hak-karmel* («el viñedo»), quizá por alguna nota característica que tuviera esta sierra en aquellos tiempos y que actualmente ha desaparecido. La estribación nororiental, que separa la parte sur de la llanura de Yizreel del recodo de *bēsān* (cf. p. 41), se denominaba *har hag-Gilboaʿ* o sencillamente *hag-Gilboaʿ*, de significación desconocida. A los dos característicos montes situados al sur y al norte de la antigua Siquem se les dio también nombres propios; al primero *har Gᵉrizzīm* (Garizim), al último *har ʿĒbal* (ambos de significación desconocida). En Jue 9,48 aparece el nombre *har Ṣalmōn,* que se atribuía a un monte de las cercanías de Siquem, pero nada seguro puede sacarse del contexto para llegar a una identificación.

Habría que buscar en la parte sudoccidental de la montaña de Efraín al *har Gaʿaš* de Jos 24,30. Pero de él no sabemos sino que estaba al sur de la heredad de Josué, Timnat-Séraj/Jeres (= *tibne,* al este de *ʿabūd* [material adicional en Elliger, PJB 31 ⟨1935⟩ 47s]). Lo mismo tenemos que decir del *har Ṣᵉmārayim,* que 2 Cr 13,4 incluye expresamente en la montaña de Efraín; quizá deba su nombre a la ciudad de *Ṣᵉmārayin* (Jos 18,22), asentada en él y que, siguiendo ambos pasajes, habría que buscar en el sudeste de la montaña de Efraín.

Como nombre geográfico de la parte norte de la montaña cisjordana tenemos probablemente *hag-gālīl,* que aparece repetidamente en el Antiguo Testamento; pudiera ser, aunque no es completamente seguro, el origen del posterior nombre de «Galilea». A. Alt ha dedicado a este problema un detallado estudio en PJB 33 (1937) 52ss. Parte de la significación frecuentemente atribuída a la palabra *hag-gālīl* («el círculo»); en la expresión *gᵉlīl hag-gōyim* («el círculo de los pueblos») de Is 8,23 ve

[13] Cf. Borée, *op. cit.,* 54s. En 2 Sm 13,23 aparece el nombre de «Efraín» para determinar al (monte) *Baʿal Ḥāṣōr,* que puede identificarse, según todas las probabilidades, con el macizo de *el-ʿaṣūr* (cf. p. 40). «Efraín» indica aquí una comarca o una ciudad (de todos modos, el *ʿim* del texto resulta difícil); sobre esto último, confróntese A. Alt, PJB 24 (1928) 13ss, 32ss. En todo caso, parece probable que «Efraín» está relacionado en su origen con la parte sudeste de la montaña central de Palestina. Como topónimo aparece «Efraín» en la expresión *yaʿar ʾEfrayim* (2 Sm 18,6), designación de una comarca boscosa de Transjordania. Al menos puede proponerse una posible etimología de «Efraín» como nombre territorial; cf. M. Noth, *Das Buch Josua* (²1953) 145.

[14] Cf. M. Noth, *Die israelitischen Personennamen* (1928) 38s.

la forma completa original y en *hag-gālīl* una abreviación; luego pone en relación «el círculo de los pueblos» con las Ciudades-Estado de los cananeos que poblaban las llanuras formando un semicírculo alrededor de las montañas de Galilea. Por tanto, el nombre habría servido en principio como denominación de la coalición de Ciudades-Estado de las llanuras; se trataría, pues, de un término político en su origen que sólo posteriormente llegó a incluir la montaña de Galilea. En contra de esta opinión tenemos que la significación «círculo» para *gālīl* no está probada y que el femenino *gᵉlīlā,* con que generalmente se argumenta, no es seguro que signifique «círculo» en ningún texto y, desde luego, esto es imposible en Jos 22,10s y Ez 47,8. Por otra parte, el único dato seguro es que la ciudad de Quedeš (= *qedes,* en la montaña, al oeste de la parte superior de la depresión del Jordán) estaba situada «en el *gālīl*» (Jos 20,7); otro dato, éste probable, lo tenemos en las veinte ciudades «en el país del *gālīl*» (1 Re 9,11-13) que Salomón entregó al rey de Tiro y que, como la de Kabul (ár.: *kābūl),* en la montaña de la Baja Galilea, mencionada expresamente en este pasaje, no eran ciudades costeras, sino ciudades de la montaña de Galilea [15].

Por tanto, me parece más probable que *hag-gālīl,* aunque no podamos explicar con seguridad el significado del término, fuera al principio la denominación territorial de una determinada zona y luego se extendiera a toda la parte septentrional de la montaña cisjordana [16].

Se ha conservado, además, un nombre específico para el imponente cono que se yergue en la parte meridional de la montaña de Galilea, en el ángulo nordeste de la llanura de Yizreel: el monte *Tabor.*

c) El Líbano.

Cierran el horizonte de Palestina por el norte los extremos meridionales de la cordillera de Siria central; el Antiguo Testamento [17] nos da sus nombres: *hal-Lᵉbānōn* (Líbano; «la blanca [montaña]»). Es probable que en pasajes como Dt 1,7; 11,24; Jos 1,4 se haya conservado, en lenguaje *dtr,* el valor antiguo del nombre *hal-Lᵉbānōn* como designación de las dos sierras que los griegos distinguen, pero aúnan en el nombre: el Λίβανος y el Ἀντιλίβανος. Así se explicaría la designación de la depresión que flanquean (hoy = *el biqāʿ*) como *biqʿat hal-Lᵉbānōn* (Jos 11,17; 12,7; «la hondonada del Líbano»). El Antiguo Testamento conoce también el nombre particular de la mole de la sierra oriental: *Ḥermōn* o *har Ḥermōn* (probablemente «[el monte del] pico empina-

[15] Difícilmente se puede sacar algo seguro de 2 Re 15,29 en cuanto al significado de *hag-gālīl* fuera de que *kōl ʾereṣ Naftālī* es una glosa a *hag-gālīl,* con lo cual se indica una parte de la montaña de Galilea. Is 8,23 es un texto bastante oscuro que habría que entender a la luz de Jos 12,23.

[16] En Jos 20,7 tendríamos, pues, reunidas las tres partes de la montaña transjordana: *hag-gālīl, har ʾEfrayim* y *har Yᵉhūdā,* entre las que se reparten las ciudades de refugio que se enumeran en este pasaje.

[17] Este nombre aparece también en documentos extrabíblicos; cf. lo que sigue.

do»). Naturalmente, este nombre tenía que referirse en primer lugar al *ǧebel et-telǧ* (cf. p. 51) o *ǧebel eš-šeḫ,* que se divisa a gran distancia; probablemente se designaba con el mismo nombre a toda la sierra del Ἀντιλίβανος (cf. Jos 11,17). Según Dt 3,9, «los sidonios» llamaban al Hermón *Śiryōn* y «los amorreos» *Śᵉnīr;* también aquí parece tratarse no sólo del Hermón, sino de toda la sierra del Antilíbano, pues el Siryón aparece con frecuencia en los textos del Nuevo Imperio hitita (cf. p. 265) al lado del Líbano (cf. A. Gustavs, ZAW N.F. 1 [1924] 154s); *Lablani Šariyana* aúna, por tanto, las dos elevadas sierras. El nombre *Saniru (= Śᵉnīr),* que surge ocasionalmente en los anales de Salmanasar III (cf. p. ...), en el XVIII año de su reinado, como «situado frente al Líbano» (cf. D. D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia* I [1926] §§ 663.672), se refiere sin duda a una parte del Antilíbano y no necesariamente al *ǧebel et-telǧ.* En Cant 4,8 se nombra juntos al Senir y al Hermón; aquí es más probable que se aluda sólo al extremo sur de la sierra del Antilíbano (igualmente en la glosa de 1 Cr 5,23).

d) Las llanuras de Cisjordania.

Las llanuras cisjordanas recibieron también nombres diferentes para sus diversas partes. El término ordinario que significa «llanura» en hebreo es *ʿēmeq.* Las zonas particulares de la llanura reciben a veces la denominación de la ciudad o antigua Ciudad-Estado cananea a que pertenecen o pertenecieron sus ejidos; así, la *ʿēmeq ʾAyyālōn* (Jos 10,12) es un recodo de la llanura costera que perteneció a la ciudad cananea de Ayyalón (ár.: *yālo),* situada en el borde interior de la llanura costera [18]. Cuando se consideran en conjunto las llanuras de la costa mediterránea, se habla sencillamente de las regiones *bᵉḫōf hay-yām* («a orillas del Mar»), con lo cual no se indican solamente los terrenos situados a lo largo de la costa, sino las llanuras costeras en general (cf. especialmente la enumeración de regiones en Dt 1,7 y Jos 9,1) [19].

Cuando el Antiguo Testamento dice simplemente *hay-yām* («el Mar») o, en ocasiones, *hay-yām hag-gādōl* («el Mar grande» [= océano]) se trata siempre del mar Mediterráneo, que cae al oeste; a esto se debe que *hay-yām* se convirtiera en la expresión más usual para indicar «el oeste» como punto cardinal.

[18] También las numerosas pequeñas llanuras situadas en la montaña reciben pertinentemente el nombre de *ʿēmeq;* así la *ʿēmeq Rᵉp̄āʾīm* (Jos 15,8, etc.), al sudoeste de Jerusalén (ár.: *el-baqʿa),* o la *ʿēmeq ʿĀkōr,* entre Jerusalén y Jericó (Jos 15,7, etc.) y otras. Cuando la identificación se deduce obviamente del contexto narrativo, se indica esta llanura determinada sencillamente con *hā-ʿēmeq* («la llanura»); así ocurre en Jos 8,(9.)13 con la llanura situada al este de la ciudad de *hā-ʿAi (= et-tell);* en Jue 1,34 se refiere a la llanura costera al oeste de Jerusalén y en Jue 5,15 y 1 Sm 31,7 a la llanura de Yizreel.

[19] El nombre *haš-šārōn* es bastante vago. Se emplea repetidas veces para designar la llanura costera o parte de ella como ejemplo de una tierra floreciente (cf. Abel, *op. cit.* I, 414ss).

La gran llanura que se abre entre la montaña de Samaría y Galilea (cf. pp. 44s) se llama en el Antiguo Testamento *ʿēmeq Yizrᵉʿel* («la llanura de Yizreel»; así probablemente en Jos 17,16; Os 1,5), curiosamente en razón de la ciudad de Yizreel (ár.: *zerʿīn),* situada en su borde oriental. Lo cual no quiere decir que toda la llanura perteneciera al término de esta ciudad o que en tiempos anteriores hubiera pertenecido; tampoco que Yizreel hubiera sido la mayor o más importante ciudad de todo el contorno. En este caso se habría podido llamar con razón «la llanura u hondonada de Meguiddó», como se la llama de hecho en los muy tardíos pasajes de Zac 12,11; 2 Cr 35,22: *biqʿat Mᵉgiddō(n).* Yizreel, sin embargo, era la única de las ciudades de la llanura que ya en el tiempo de Saúl y aún antes, en el llamado período de los Jueces, pertenecía al dominio de los israelitas y no de los cananeos; por tanto, formaba parte de la heredad de las tribus israelitas (cf. especialmente 2 Sm 2,9). La designación «llanura de Yizreel» se formó, pues, entre los israelitas y desde su punto de vista; al principio quizá se refiriera a una pequeña porción de la llanura que pertenecía a la ciudad de Yizreel, como parece probable en Jue 6,33; secundariamente se ampliaría a toda la llanura.

e) Transjordania.

Entre las comarcas de Transjordania, la meseta al norte del Arnón (cf. p. 35) se llama, en perfecto acuerdo con sus características, *hammīšōr* («la nivelada, llana [superficie]») en el Antiguo Testamento (Jos 13,9.16.17.21; 20,8, etc.): la «meseta» por antonomasia. Para la sierra occidental, al norte del Arnón, que separa esta meseta del mar Muerto, se ha conservado el nombre de *hap-Pisgā* (Nm 21,20; 23,14; Dt 34,1, etc.); la significación es dudosa: quizá sea «la parte separada». Al declive de esta sierra hacia el mar Muerto el Antiguo Testamento le da el nombre técnico de *ʾaš-dōt hap-Pisgā* («las laderas del Pisgá»; Jos 13,20, etc.; cf. Noth, *Das Buch Josua* [²1953] 60, 81). No está claro qué relación existe entre el *hap-Pisgā* y el *har-* o los *harē ha-ʿᵃbārīm* (de significación incierta) de Nm 27,12; 33,47s; Dt 32,49. La última expresión parece haber tenido una extensión mayor, comprendiendo la comarca que se extiende bastante más al sur del Arnón (cf. el topónimo *ʿiyyē ha-ʿᵃbārīm* en Nm 33,44); probablemente *hap-Pisgā* fue al principio un nombre específico que sólo secundariamente se extendió a una parte más amplia de la sierra (cf. Abel, *Géographie de la Palestine* I [1933] 378ss). El *har Nᵉbō* (Dt 32,49; 34,1) es un pico de esta sierra. Su nombre pervive en el de la redondeada cumbre *en-neba,* a 7 km al noroeste de *mādeba.* Quizá al principio se aplicaba el nombre a un promontorio más modesto, a unos 1500 m más hacia el oeste, el *rās es-siyāgha,* que ofrece una extensa panorámica desde su cima; está situado al este del extremo septentrional del mar Muerto y en él han sido localizadas, desde el período primitivo del cristianismo, las tradiciones veterotestamentarias sobre el monte Nebo.

En el territorio de colinas al norte de la meseta del *mīšōr* (cf. p. 35), precisamente en la región a medio camino entre *ʿammān* y la salida del *nahr ez-zerqa* de la montaña, se hallaba la región de Galaad, cuyo nombre *Gilʿād* aparece tan a menudo en el Antiguo Testamento; todavía hoy se conservan al sur del *nahr ez-zerqa* (cf. p. 35) los topónimos *ǧebel ǧelʿad, ḫirbet ǧelʿad* y *ʿēn ǧelʿad;* cf. Guthe, *Kurzer Bibelwörterbuch* (1903) 217s; De Vaux, RB 47 (1938) 416s, y M. Noth, PJB 37 (1941) 58ss; ZDPV 75 (1959) 4ss. El Antiguo Testamento menciona una localidad de nombre Galaad (espec. Jue 10,17) que habría que buscar en la actual *ḫirbet ǧelʿad*. La comarca situada al oeste de esta *ḫirbet ǧelʿad,* en que se establecieron clanes israelitas, se llama en el Antiguo Testamento territorio de «Galaad» (Jue 11,4ss, etc.); igualmente la sierra que cierra esta comarca por el este se llama *har haggilʿād* («la montaña de Galaad»; Gn 31,21.23.25). Cuando los israelitas se establecieron en el borde norte de la montaña del *ʿaǧlūn* también denominaron «Galaad» a esta región transjordana más septentrional. Prueba de ello es, sobre todo, el nombre de *Yābēš-Gilʿād* (cf. p. 75); el nombre de esta ciudad de Yabeš se ha conservado en el del *wādi yābis,* que desemboca en el Jordán al sudeste de *bēsān;* por tanto, *Yābēš-Gilʿād* se encontraba en el borde occidental de la montaña del *ʿaǧlūn,* bajo las ruinas del actual *tell el-maqlūb*. Lo mismo puede decirse del topónimo compuesto *Rāmōt-Gilʿād* (1 Re 4,13, etc.) = *tell ramīt,* al sudoeste de *derʿa* (cf. N. Glueck, BASOR 92 [1943] 10ss). Además, el nombre «Galaad» se extendió a toda la parte central de la Transjordania israelita, como puede verse en la asociación de *ham-mīšōr, hag-gilʿād* y *hab-bāšān* en Jos 20,8; Dt 3,10 y 2 Re 10,33. Por fin, «Galaad» puede indicar toda la Transjordania israelita; por ejemplo, en Jos 22,9ss, donde se contrapone «Galaad» a la «Tierra de Canaán» (Cisjordania). La meseta que se alza a ambas márgenes del *šerīʿat el-menāḍire* y especialmente la comarca al norte de este río (cf. página 36) tenía un nombre especial: *hab-bāšān* («el terreno llano»). Abarcaba este nombre la fértil llanura *en-nuqra* (cf. p. 36) y el actual *ǧōlān;* de hecho, el nombre *ǧōlān,* como la designación griega de este territorio, Γαυλανῖτις, se remonta a la ciudad de Golán, todavía no localizada, que según Jos 20,8 estaba en «Basán». No es probable que los famosos encinares de Basán, mencionados en Is 2,13; Ez 27,6 y Zac 11,2, se encontraran en *nuqra,* sino en el *ǧōlān,* que aún hoy conserva algunas formaciones forestales. El Antiguo Testamento, sin embargo, no parece mencionar al monte Haurán, actualmente *ǧebel ed-drūz*. El *Ṣalmōn* de Sal 68,15, que a veces se ha identificado con él, quizá deba su existencia a una corrupción textual; al parecer, el *Salkā* de Jos 12,5; 13,11, en el límite de los establecimientos israelitas de Transjordania, tampoco tiene nada que ver con la localidad de *ṣalḫad,* en el *ǧebel ed-drūz*.

X. El asentamiento en el país

1. *Territorios de las tribus israelitas* [20]

Por lo menos desde su asentamiento en Palestina, Israel se nos presenta exclusivamente como una unidad integrada por «tribus» individuales. En hebreo, «tribu» se dice *maṭṭeh* o *šebeṭ;* ambas voces significan en su origen *cayado, bastón* o *vara.* De hecho se consideró primitivamente al *cayado* o *bastón* como insignia de poder, como «cetro» (cf. Am 1,5: «el que lleva el cetro» *[= šebeṭ]).* Se puede, pues, pensar que los portavoces o representantes de las tribus eran reconocidos o recibían su legitimación por el cayado que llevaban para representar a la propia tribu o para ejercer la autoridad dentro de la misma. Así, el cayado pudo pasar a designar a la tribu. Esto basta para indicar que las tribus eran ya unidades generadoras de eventos históricos.

Para la tradición del Antiguo Testamento, las tribus nacen por vía generativa de la familia de un antepasado común; los hijos del padre común son a su vez los antepasados de la tribu individual, cuyos descendientes masculinos encabezan, también como antepasados, los diversos clanes de que se componen las tribus. Esta es, en efecto, la concepción común en la Antigüedad para explicar el origen tanto de un pueblo como de una tribu; sin embargo, se trata sencillamente de una ficción o, al menos, de una simplificación extrema de procesos muchísimo más complicados. Las tribus no deben su existencia a simples procedimientos físicos; son más bien el resultado histórico de acontecimientos históricos y de fuerzas ajenas que influyen profundamente en la formación de pequeños y grandes grupos humanos. Los conceptos de pueblo y tribu pertenecen al ámbito de la historia, no al de su reproducción natural.

Las sociedades humanas que se basan en el vínculo natural de la sangre son la familia, la parentela y el clan. El clan es el grupo más extenso dentro de las relaciones de sangre que todavía pueden reconocerse, mientras que la tribu representa una comunidad de clanes cuya integración obedece a circunstancias o acontecimientos históricos. El pueblo, constituido normalmente por toda una serie de tribus, es el sujeto de grandes y permanentes eventos históricos. Así podrían distinguirse estos conceptos que en la realidad no pueden separarse claramente entre sí. En hebreo se designa a la familia sencillamente con el término *bayit* («casa»), que indica una comunidad que convive en una misma casa o tienda. Para la parentela se emplea la expresión *bēt ʾāb* («casa paterna»), es decir, la serie de familias que proceden de la casa de un antepasado todavía conocido. El Antiguo Testamento emplea a veces en sentido vago la expresión *bēt ʾāb.* Preside la parentela un jefe, al que a veces se llama

[20] Cf. ilustraciones 1 y 3, pp. 33 y 87.

rōš («caudillo» *[> caputillum]*, «cabeza»), probablemente el miembro más anciano de la línea primogénita. Al clan se le denomina *mišpāḥā*, derivado quizá de un verbo cuya significación primitiva era «derramar»: designa, por tanto, al grupo unido por el vínculo de la reproducción natural; lo gobierna un colegio de ancianos *(z^eqēnīm)*, probablemente los jefes de las parentelas. Cf. también A. Causse, *Du groupe ethnique à la communauté religieuse* (1937) 15ss; R. de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona 1964) 30.

Una tribu todavía sedentarizada constituye una unidad poco estable. Movidos por diversas circunstancias históricas, los clanes se integran en una tribu y se desgajan de nuevo para contraer nuevos vínculos, o bien ciertos miembros permanecen en la asociación separándose del resto. Lo que lleva a una consolidación más estrecha de la tribu es su vinculación a una determinada porción de tierra cultivada, propiedad de la tribu, que se convierte en base de su vida natural o de su riqueza y que debe defender contra la codicia de los vecinos. Algo así debió de acontecer entre las tribus israelitas; normalmente también ellas encontraron su forma estable sólo en el suelo de Palestina. El mismo hecho de que los nombres de algunas de las tribus israelitas derive del territorio de Palestina en que se asentaron (cf. pp. 74s, 76s, 84s y 89ss) muestra que el acontecimiento histórico de la ocupación y sedentarización en Palestina las constituyó como tribus o, al menos, fue el hecho decisivo para su consolidación. En todo caso, sólo en el período de su asentamiento permanente en Palestina se convierten en magnitudes históricas que nosotros podamos observar. No es probablemente ninguna casualidad que el Antiguo Testamento haya conservado sólo a partir de este período ciertas tradiciones históricas sobre su presencia, sobre sus relaciones recíprocas y sobre los acontecimientos de su vida, mientras que la tradición veterotestamentaria que se remonta a períodos anteriores —narrándolos anticipadamente—, si bien recuerda los nombres de las tribus, presenta en realidad un «Israel» desarticulado. Desde luego, en el Antiguo Testamento encontramos a veces indicios que aluden a la inestable prehistoria de las tribus antes de su sedentarización. A veces aparecen idénticos nombres de clanes en diversas tribus; este hecho muestra cómo un mismo clan pertenecía ahora a esta tribu y luego a aquella o que una parte se integró en esta y otros miembros en distinta tribu. Así, por ejemplo, el clan de Jesrón aparece en las tribus de Rubén (Nm 26,6) y de Judá (Nm 26,21) y el clan de Zéraj aparece en Judá (Nm 26,20), en Simeón (Nm 26,13) e incluso entre los edomitas (Gn 36,13.33), que vivían al sudeste de Palestina.

Las fuentes de la historia y la geografía de las tribus israelitas en el suelo de Palestina son las siguientes:

En *Nm 26,5-51* tenemos una larga lista de las tribus, divididas por clanes, que data probablemente del «período de los Jueces», es decir, del período entre la ocupación del país y la aparición de la monarquía. Durante este período, Israel constituía una organización en forma de confederación sagrada de las doce tribus con un santuario común como centro; en esta época las doce tribus gozan de auténtica autonomía como

miembros del conjunto (más detalles en M. Noth, *Das System der zwölf Stämme Israel* [1930]; sobre Nm 26,5-51, *ibíd.*, 122-132). La lista carece de datos sobre el territorio habitado por las tribus y sus clanes [21].

Las *bendiciones de Jacob,* en Gn 49,3-27, son una abigarrada colección de oráculos poéticos sobre cada una de las tribus, quizá del tiempo de David; sin embargo, el núcleo fundamental es sin duda más antiguo. Cada tribu recibe su nota característica a modo de loa, reproche o burla.

Las *bendiciones de Moisés,* en Dt 33,6-25, de estructura similar, son una imitación posterior de las bendiciones de Jacob, en parte independiente, pero en conjunto de un valor documentario inferior al de éstas.

La *redacción predeuteronomista del libro de los Jueces* presenta una serie de tradiciones antiguas sobre batallas y victorias de tribus individuales o de grupos de tribus bajo el caudillaje de héroes carismáticos tribales.

La fuente más importante para la geografía de las tribus es *el sistema de los límites tribales en el Libro de Josué* (cf. A. Alt, en *Hom. Sellin* [1927] 13-24). Lo encontramos incorporado en el material actual de Jos 13-19 [22], pero es relativamente fácil separar sus elementos. En su forma original consistía en una enumeración de puntos fronterizos de los que resultan, con mayor o menor detalle, las líneas de frontera de aquel tiempo (sobre estas «series de puntos fronterizos firmes», cf. M. Noth, ZDPV 58 [1935] 185-255). Con estas líneas fronterizas se definen los territorios de cada tribu de tal modo que toda Palestina, es decir, Cisjordania entera y una zona colindante de Transjordania, resulta dividida entre las tribus israelitas (cf. M. Noth, *Das Buch Josua* [^{2}1953] 77 [mapa]). Esta división, que es también del período de los Jueces, junta teoría y realidad. Teoría en cuanto que da a entender que en el período de los Jueces o en un tiempo aún posterior todo el territorio de Palestina pertenecía a las tribus israelitas; sabemos, sin embargo, que los «cananeos» se mantenían en diversas partes del país y que los filisteos ocupaban territorios junto a los de Israel (cf. pp. 94s); por tanto, la ocupación de Palestina entera por las tribus, lejos de ser realidad, era solamente una pretensión. Por otra parte, el sistema parte de las zonas realmente ocupadas por las tribus y sólo se extiende fuera de ellas en determinadas direcciones. Pero en este sistema la teoría y la realidad pueden distinguirse con bastante facilidad. A ello ayuda la lista de Jue 1,21.27-35, que enumera por lo menos las ciudades cananeas de la parte central y septentrional de Palestina que no cayeron nunca en poder de las tribus

[21] Las cifras que indican la fuerza militar de las tribus individuales son probablemente secundarias; en el contexto actual son el punto en litigio, pues se refieren a un gran censo. Pero para presentar el resultado de este censo el redactor tardío se sirvió de la antigua lista de clanes. En Nm 1,5-15 tenemos, prescindiendo de las cifras, una antigua lista que enumera brevemente las tribus nombrando a aquellos representantes que tomaban parte en las asambleas de la liga (cf. M. Noth, *op. cit.,* 153ss).

[22] En Nm 34,3-12 y Ez 47,15-18; 48,1 encontramos partes dispersas del mismo sistema.

israelitas, sino que fueron incorporadas al territorio del Estado de Israel (y Judá) sólo en tiempos de la monarquía. De este modo, pese a sus elementos teóricos, el «sistema de límites tribales» constituye un documento histórico de primer orden.

Por lo que se refiere a cada una de las tribus y su territorio, seguimos el antiguo orden y la agrupación tribal tradicionales como se presentan en las listas de la confederación sagrada de las doce tribus. En primer lugar, nos encontramos con el grupo de las tribus más antiguas que Gn 29,31-30,24 hace descendientes de Lía, la primera mujer de Jacob; de ahí que convencionalmente se las llame «tribus de Lía». Probablemente se sedentarizaron en el país antes que el resto de las tribus (cf. Steuernagel, *Die Einwanderung der israelitischen Stämme in Kanaan* [1901]). Tres de ellas, que tradicionalmente ocupan los primeros puestos de las listas, *Rubén, Simeón* y *Leví,* aparecen ya prácticamente disgregadas en el período de que nos han llegado noticias históricas. A este hecho corresponde el de que en las bendiciones de Jacob se las cargue de reproches y maldiciones (Gn 49,3-7). En el «sistema de límites tribales» no se les atribuye en heredad ninguna zona del país. Sólo un redactor posterior de este «sistema» traza una línea imaginaria de división en el territorio tribal originalmente unitario del *belqa* transjordano, atribuyendo la mitad meridional así formada a *Rubén* (Jos 13,15-33; más detalles en M. Noth, ZDPV 58 [1935] 238s). Hasta la redacción *dtr* nadie había mencionado las dos tribus y media (Rubén, Gad y medio Manasés) de Transjordania. El mismo redactor de Jos 13,15-33 creó un territorio para la tribu de *Simeón* «en medio de la heredad de Judá», separando la segunda mitad de las localidades del primer distrito judaíta (cf. p. 113) y atribuyéndolas a los simeonitas (Jos 19,1-9). Por fin, en cuanto a la tribu de *Leví,* que las tradiciones del Antiguo Testamento identifican con los «levitas» dedicados a funciones cultuales, se recalca intencionadamente que no debe tener ningún territorio propio. Con esto se quita toda ocasión de proporcionarle, aunque no fuera más que en teoría, un territorio particular, como sucedió con Rubén y Simeón. Las tradiciones antiguas son muy parcas en lo que se refiere a estas tres tribus; las noticias se reducen prácticamente a la aparición de sus nombres en el antiguo sistema tradicional de las doce tribus, a la enumeración de los clanes rubenitas y simeonitas en Nm 26,5-14 y a la mención de los nombres de Simeón y Leví en la saga tribal de Gn 34 (y en los oráculos tribales de Gn 49,5-7), según la cual las tribus de Simeón y Leví habrían llevado a cabo un golpe de mano contra la ciudad de Siquem; por tanto, habrían estado asentadas durante algún tiempo en el centro de Palestina. Simeón aparece también en Jue 1,3.17; según esta noticia, Judá habría ayudado a Simeón en la toma de la ciudad de Jormá (ár.: *tell el-mšāš,* al este de Berŝeba), quedando al parecer Simeón en posesión de ella; con todo, Simeón ya no es aquí una tribu completamente independiente. Rubén aparece todavía en el cántico de Débora (Jue 5,15b.16); al parecer, según esto, habría que poner su territorio en Cisjordania. Es posible que en el período de los Jueces hubiera todavía en Israel clanes que se consideraran

descendientes de Rubén y Simeón. Es difícil, sin embargo, saber exactamente dónde se habían establecido; siguiendo a Jue 1,3.17 podrían ponerse los clanes simeonitas supervivientes en el extremo sur de Palestina. Quizá pueda admitirse la siguiente reconstrucción: según el «sistema de límites tribales», al sur de Jericó, en la frontera entre Judá y Benjamín (para una ubicación más exacta, cf. M. Noth, ZDPV 73 [1957] 6), había un peñasco llamado *'eben bōhan* («piedra pulgar»; cf. Jos 15,6; 18,17). Posteriormente se entendió *bōhan* como nombre propio y se pensó en un personaje «rubenita». Considerando que, según Jos 15,7, cerca de *'eben bōhan* está la *'ēmeq 'Akōr* (sobre la identificación de la *'ēmeq 'Akōr* con la actual *buqē'a,* al nordeste del monasterio de San Sabas *[mār sābā],* cf. M. Noth, ZDPV 71 [1955] 52-55), en la cual Akán, «el hijo de Karmí» (Jos 7,1.5b-26), tenía su tumba y probablemente su lugar de origen (cf. M. Noth, *Das Buch Josua* [²1953] 43ss) y considerando además que, según Nm 26,6, Karmí había sido originalmente un clan rubenita, se puede concluir que quedaban ciertos restos de rubenitas en este ángulo nordeste de Judá y que se les terminó por considerar como pertenecientes a Judá, como se afirma expresamente en Jos 7,1.17.18 [23]. Quizá otros clanes que se decían rubenitas pudieron desparramarse por la cercana Transjordania meridional, de modo que el redactor del «sistema de límites tribales» pudo afirmar que el *belqa* era el territorio propio y original de la tribu de Rubén.

Judá es la más importante de las «tribus de Lía» en los tiempos históricos. Comprendía los clanes sedentarizados en la parte norte del *har Y'hūdā* y debe probablemente su nombre al establecimiento en esta zona (cf. pp. 74s); así, pues, sólo se convirtió en entidad estable mediante la sedentarización. En el «sistema de límites tribales» su territorio aparece muy extendido hacia el oeste y sur, pero con ayuda de otros datos del Antiguo Testamento —por ejemplo, la lista geográfica de los establecimientos elaborada en 1 Cr 2 y 4 sobre la base de la distribución espacial de las familias judaítas y calebitas, que data de los comienzos del período monárquico [24]— podemos determinar con bastante precisión el territorio de los judaítas. Por el norte llegaba hasta las inmediaciones de la antigua Ciudad-Estado de Jerusalén; la frontera indicada por Jos 15,5b-10 o Jos 18,15-19 refleja, sin duda, la situación real. Por el este puede tomarse en líneas generales como límite el comienzo del «desierto de Judá», que no permitía establecimientos permanentes. Solamente al sur de Jericó, en la parte más baja de la depresión del Jordán, en algunos lugares de la orilla occidental del mar Muerto y temporalmente en la *buqe'a, al nordeste de Mār Sābā* [25], existían establecimientos judaítas dispersos. En la parte sur, Hebrón (hoy *el-ḫalīl)* era ya heredad de los cale-

[23] Steuernagel, *op. cit.,* 15s, estima, por el contrario, que *'eben Bōhān ben R'ūbēn* constituye una prueba de que Cisjordania fue el más antiguo lugar de asentamiento de la tribu de Rubén, aún antes de que Judá llegara a esta región.

[24] Sobre esta lista, cf. M. Noth, ZDPV 55 (1932) 97-124.

[25] Cf. Fr. M. Cross jr. y J. T. Milik, *Explorations in the Judaean Buqē'ah:* BASOR 142 (1956) 5-17.

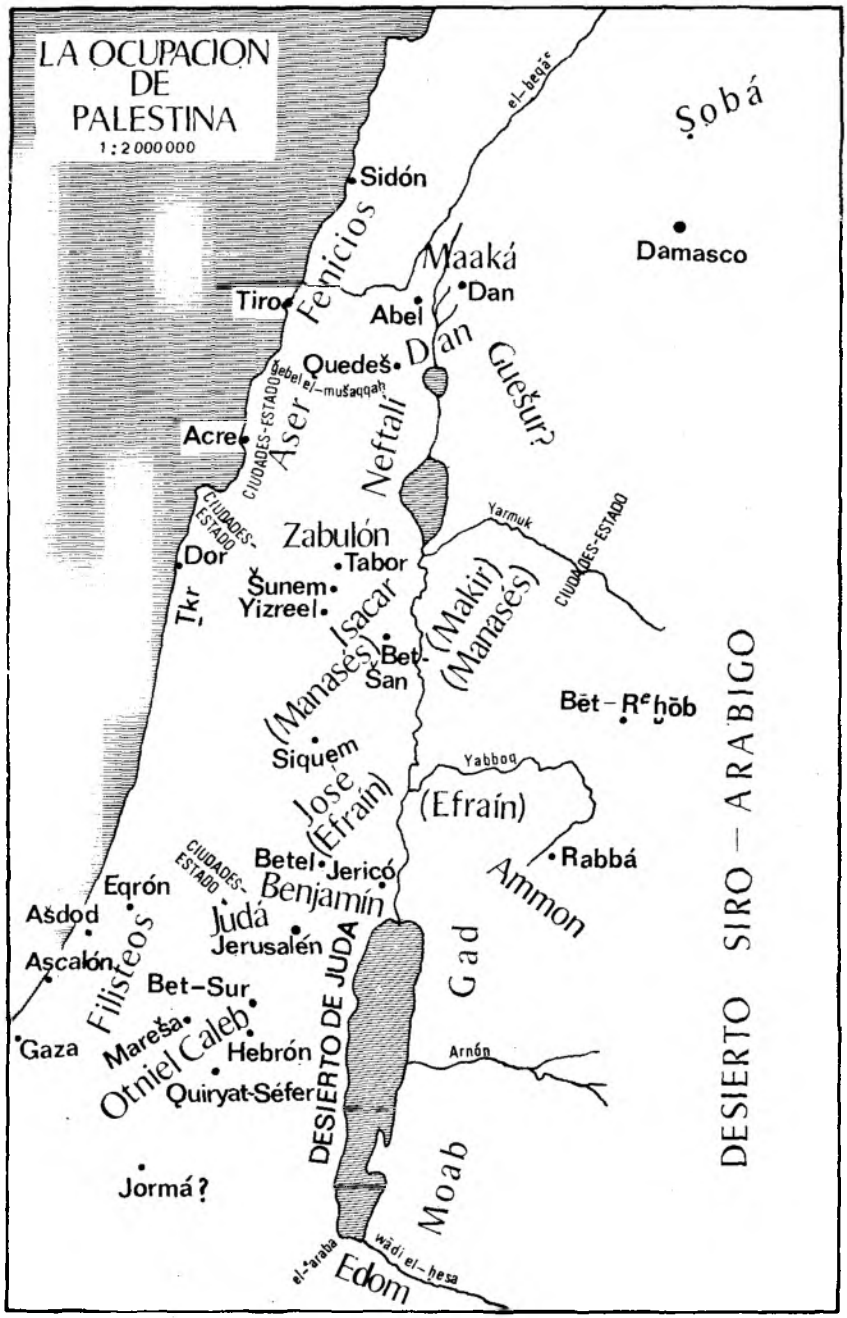


Ilustración 3

bitas, como lo demuestran sobre todo las tradiciones más antiguas del relato de los exploradores en Nm 13 y 14; según este relato, Caleb, por su buena conducta, recibió en heredad el territorio explorado, es decir, la región vinícola de Hebrón (cf. también Jos 14,6-15; 15,13s; 1 Cr 2,42ss y otros pasajes). Según Nm 32,12 y Jos 14,6.14, Caleb era «quenita» (cf. p. 98); una tradición secundaria le hizo judaíta (Nm 13,6 etc.). Por tanto, la zona de ocupación de Judá, por el sur, llegaba sólo aproximadamente hasta la ciudad cananea de Bet-Sur (hoy *ḫirbet eṭ-ṭubēqa),* mientras por el lado occidental formaba la frontera al borde de la montaña. Durante el período de los Jueces y Reyes, algunos clanes judaítas atravesaron la frontera, estableciéndose en la *šᵉfēlā* (cf. p. 76), especialmente en las zonas no ocupadas por las ciudades cananeas. Aquí y allá cayeron en sus manos ciudades cananeas como Mareša *(tell sandḥanne* junto a *bēt ǧibrīn* [isr.: *bet gubrin]).* De 1 Cr 4,21ss y Gn 38,5 se desprende que fue el clan judaíta Šelá el que ocupó estos territorios (más detalles en M. Noth, *Die Ansiedlung des Stämmes Juda auf dem Boden Palästinas:* PJB 30 [1934] 31-47, espec. 44ss).

También pertenecen a las «tribus de Lía» *Zabulón* e *Isacar*[26], establecidas en el borde de la montaña de Galilea durante el período histórico. La gran separación espacial de las tribus del grupo de Lía, así como la desaparición efectiva de las dos o tres primeras tribus de este grupo en los tiempos históricos que nosotros conocemos, junto con la tradición de Gn 34 sobre Simeón y Leví, muestran que las seis «tribus de Lía» tuvieron una prehistoria en el territorio de Palestina de la que no poseemos documentos; en este período constituían entidades vivas e independientes, unidas quizá por vínculos territoriales recíprocos. Según la descripción de los límites de Jos 10,10-16, que parece reflejar los territorios realmente ocupados por las tribus, Zabulón se estableció en la montaña de la Baja Galilea, al norte de la llanura de Yizreel, en la región donde habría de surgir más tarde Nazaret.

Isacar, por su parte, ocupó la montaña entre la llanura de Yizreel, la llanura del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḥarod)* y la depresión del Jordán aproximadamente hasta la altura del monte Tabor, incluyendo la ciudad de Yizreel (ár.: *zerʿīn).* El sistema de límites tribales de Jos 19,17-23 (cf. 17,11) parece atribuirle todo el «recodo de *bēsān»,* que, en realidad, quedaba en poder de las Ciudades-Estado cananeas. Se puede precisar con cierta probabilidad algo más sobre la prehistoria de la ocupación de este territorio por la tribu de Isacar[27]. El territorio de la ciudad cananea de Šunem (ár.: *sōlem),* al norte de Yizreel, en el borde oriental de la llanura homónima, pasó más tarde a formar parte del territorio de Isacar. Consta en las tablillas de el-ʿAmārna que Šunem fue destruida en el siglo XIV[28]; para cultivar el terreno de esta ciudad, dejado baldío por la destrucción,

[26] Este era el orden antiguo, según Gn 49,13-15 y la ordenación original de J en Gn 30,14ss, en contra del orden Isacar, Zabulón, que se hizo usual más tarde.

[27] Cf. A. Alt, *Neues über Palästina aus dem Archiv Amenophis IV:* PJB 20 (1924) 34-41 = *Kl. Schriften* III, 158-175.

[28] *Ibid.*

se admitieron gentes dispuestas a llevar a cabo este trabajo al mando de los señores de las ciudades vecinas, es decir, en régimen de servidumbre. A esto se prestaron probablemente ciertos grupos aún no sedentarizados, encontrando así un asentamiento permanente; algunos grupos de este tipo debieron de juntarse a la tribu de Isacar. Al parecer, las bendiciones de Jacob (Gn 49,14s) se refieren a este modo peculiar de ocupación del territorio cuando tildan despectivamente a Isacar de «forzado», que, encandilado por la tierra buena en que se asentó, se prestó a «inclinar el lomo a la carga». También el nombre parece estar relacionado con este procedimiento de «conquista» si, como es posible, significa «jornalero». El nombre no parece, pues, una autodesignación, sino un apodo puesto por los vecinos; esto sería una prueba adicional de que el nombre de las tribus seguía a la sedentarización en el territorio. Probablemente, a partir de Šunem, Isacar fue ocupando poco a poco el resto de su territorio.

Según la antigua formulación del sistema de las doce tribus, las de *José* y *Benjamín* pertenecían al grupo de las «tribus de Raquel». Se establecieron en la montaña de Samaría, en el centro del país, e históricamente fueron las tribus israelitas más importantes durante el período de los Jueces y Reyes. Jos 16,1-17,13 y 18,12-20 describe sus límites, por cuanto parece, en consonancia con el territorio que efectivamente ocupaban; el sistema de límites tribales amplía teóricamente su territorio por el este hasta el Jordán y por el oeste, más allá de la llanura costera, hasta el mar Mediterráneo, mientras que en realidad se limitaba al terreno de la montaña misma. «La casa de José» ocupó con mucho la mayor parte de la región montañosa de Samaría, que en tiempos antiguos estaba probablemente muy poblada de bosques. Su territorio se extendía desde la extremidad septentrional de la montaña hasta incluir por el sur el santuario de Betel (hoy *burğ bētīn)* y el poblado de Luz (hoy *bētīn)* en sus inmediaciones. La frontera norte de Benjamín corría al sur de Betel, y su límite meridional se situaba al norte de la latitud de Jerusalén; su territorio constituía, pues, una franja relativamente estrecha que corría de este a oeste de la montaña; además, la zona más occidental de esta franja pertenecía a las cuatro Ciudades-Estado que enumera Jos 9,17, unidas en alianza con Benjamín, como se desprende de la tradición de Jos 9. Por tanto, de esta estrecha franja correspondía a Benjamín sólo el territorio de las alturas de la montaña situado junto a la línea divisoria de las aguas y las zonas situadas al este de esta línea más la parte de la depresión jordánica que había pertenecido a la antigua Ciudad-Estado cananea de Jericó. A menudo se ha atribuido el origen de la tribu de Benjamín, con un territorio tan limitado, a un desgajamiento secundario, ocurrido ya en Palestina, de esta tribu de la de José; así opina últimamente O. Eissfeldt en *Hom. a G. Beer* (1935) 19-40. Pero ni el nombre de Benjamín («la [tribu] meridional»)[29], que pudiera referirse al hecho

[29] La expresión *Banū-Yamina* («Benjaminitas») aparece con frecuencia en los textos de Mari del siglo XVIII a. C. (cf. pp. 220s) como designación de una tribu (cf. J. Bottero y A. Finet, *Archives royales de Mari* XV [1954] 122). Puesto que

de que el territorio de la tribu benjaminita está situado al sur de la de José, ni la indicación de Gn 35,16-20, según la cual Benjamín habría sido el único hijo de Jacob nacido en Palestina, prueban esta tesis, pues este pasaje no es histórico, sino etiológico. Por otra parte, tampoco es posible refutar con certeza esta tesis, puesto que la tradición recogida en Jos 2-9, antes de referirse a todo Israel, constituía el relato de la ocupación benjaminita del territorio, es decir, de la migración independiente y separada de la tribu de Benjamín; pero, en realidad, el relato es una serie de sagas etiológicas (M. Noth, *Das Buch Josua* [^{2}1953] 21ss) que no narran la conquista del territorio de Benjamín por separado, sino que la suponen acaecida. Por consiguiente, el material que tenemos a disposición no nos permite zanjar definitivamente el problema. A lo sumo podemos concluir que Benjamín constituía ya un cuerpo separado desde los comienzos en Palestina, puesto que la tribu aparece en todas las formulaciones del sistema de las doce tribus.

«La casa de José» se subdividía en dos partes: *Manasés* y *Efraín* [30], que eran tribus independientes y como tales se contaban en la formulación del sistema de las doce tribus, que no incluye a la de Leví. El «sistema de límites tribales» toma en cuenta esta situación cuando, mediante una adición posterior, separa del territorio atribuido a la totalidad de «José» la parte sur de la montaña de Samaría, al sur de Siquem, para adjudicársela a Efraín (cf. M. Noth, ZDPV 58 [1935] 203s). De Jos 17,1ss y Jue 5,14 parece desprenderse que las subdivisiones de José se llamaban al principio Makir y Efraín (esta última nombrada también por la región que habitaba; cf. pp. 74s). Makir emigró posteriormente a Transjordania, dando origen a la expresión estereotipada «Makir, padre de Galaad» (Jos 17,1; 1 Cr 7,14 y otros pasajes). El resto de José no perteneciente a Efraín que permaneció en Cisjordania quedó incluido en el nombre de Manasés. La obra historiográfica *dtr* subordinó genealógicamente el Makir transjordano al Manasés cisjordano, presentándolo como la parte transjordana de Manasés y atribuyéndole el territorio del *ʿaglūn,* así como el *ǧōlān* y la *nuqra* (Basán; Jos 13,39s). Esta redacción insiste repetidamente en que dicho territorio, lo mismo que los de Gad y Rubén, ya habían sido ocupados antes de que las tribus israelitas iniciaran la conquista de Cisjordania. En realidad, el sistema de límites tribales establecido en el período de los Jueces no supone ningún asentamiento tribal israelita en el *ʿaglūn,* en las comarcas adyacentes o en la llanura de *en-nuqra.* Al contrario, considera a José como una unidad y luego, probablemente, a Makir y Efraín compartiendo la montaña

en el mismo contexto se encuentra la designación de otra tribu como *Banū Simʾāl,* puede considerarse como cierta la explicación de ambas designaciones como «las tribus del sur» y «las tribus del norte». A pesar de la semejanza de nombres, difícilmente puede admitirse una conexión entre los *Banū-Yamina* de los textos de Mari y los benjaminitas del Antiguo Testamento, debido a la distancia tanto espacial como temporal que entre ambos media.

[30] Este era el orden primitivo de las tribus; cf. Nm 26,29ss; Gn 48,1.13s. Más tarde se puso en primer lugar a Efraín en razón de su importancia histórica.

de Samaría; por consiguiente, parece justificada la conclusión de que sólo después de la formación de este sistema —por tanto, en el decurso del período de los Jueces— comenzó la migración de Makir o de una parte de él desde la montaña de Samaría a Transjordania, concretamente a la zona del borde septentrional de la montaña del *'aglūn*. Nm 32,39-42 ofrece algunos detalles sobre este movimiento migratorio, pero tanto sus presupuestos históricos como su desarrollo nos resultan oscuros. Es difícil que la colonización de Makir avanzara hasta el territorio de la antigua Ciudad-Estado de Basán a pesar de los datos *dtr* (cf. M. Noth, BBLAK 68, 1 [1949] 2ss). Por el contrario, es muy probable que ya anteriormente algunos clanes efraimitas hubiesen saltado, de modo semejante, a la zona montañosa de Transjordania central que tenían enfrente, inmeditamente al sur del Yabboq, especialmente al territorio de la actual *arḍ el-'arḍe*, designando este territorio con el nombre de «Galaad» (confróntese M. Noth, PJB 37 [1941] 64ss; ZDPV 75 [1959] 30ss), tomado de los montes y de la ciudad de «Galaad» (cf. p. 81).

Nos quedan aún cuatro tribus que aparecen en Gn 49,16-21 entre los grupos de Lía y Raquel. Estas tribus, excepto Gad, cierran en Nm 26 la lista de tribus, y en la saga caracterizante de Gn 29,31-30,24 reciben como madres tribales a mujeres de rango inferior, siervas. Es difícil saber lo que con esto se quiere indicar; de todos modos, estas tribus estaban asentadas en la periferia del territorio israelita. *Aser* y *Neftalí* se establecieron en la montaña de Galilea; Aser, en el borde occidental, no más allá del *ǧebel el-mušaqqaḥ* (cf. pp. 42 y 44); Neftalí, en el borde oriental, al oeste del lago de Tiberíades y de la parte superior de la depresión del Jordán; en Jue 4,6 se especifica que la localidad de Quedeš, situada en la montaña al noroeste del lago *ḥūle* (ár.: *qedes)* se llamaba *qedeš Naftali*. El «sistema de límites tribales» de Jos 19,24-31 amplía tremendamente en teoría el territorio de Aser, atribuyendo a esta tribu la posesión efectiva de la llanura de Acre, de toda la llanura de Yizreel junto con el Carmelo y sus inmediaciones, terrenos que quedaban aún en poder de las Ciudades-Estado cananeas; es más, una adición extiende el dominio de Aser hasta Tiro y Sidón; además, prolonga los territorios de Aser y Neftalí hasta el interior de la Alta Galilea, uniendo allá sus límites, todo lo cual es probablemente pura teoría.

Dan habitó al principio en la parte norte de la *šᵉfēlā*, entre las ciudades cananeas de Ayyalón *(yālo)* y Bet-Šemeš (ár.: *tell er-rumēle*, junto a *'ēn šems)*, en Sorá (hebr.: *Ṣorʿā*, ár.: *ṣarʿa)* y Eštaol, tratando de asentarse allí, según consta en Jue 1,34s; 13-16 (relatos sobre Sansón) y 18,2. No pudiendo conseguirlo, debido a la superioridad de las ciudades cananeas cercanas, Dan, según Jue 18, se estableció en la extremidad superior de la depresión del Jordán después de conquistar la ciudad de Layiš *(ell el-qāḍi)*, junto a una de las fuentes del Jordán; esta ciudad constituyó el centro de la tribu de Dan, de la que recibió el nuevo nombre. (De ahí la expresión, frecuente en el Antiguo Testamento, «desde Dan hasta Beršeba»). El redactor de los cc. 13-19 del libro de Josué trató de retener el establecimiento provisional de Dan en la *šᵉfēlā* sirvién-

dose de la lista de localidad del quinto distrito de Judá (cf. pp. 113s) con la adición de Sorá y Eštaol, que conocía por Jue 13,25, etc., para delimitar el territorio de Dan (Jos 19,40-48). Sin embargo, esta lista no tiene ninguna relación con Dan. Por otra parte, como el redactor conocía ya el nuevo y definitivo asentamiento de Dan en la depresión superior del Jordán, omitió en el «sistema de límites tribales» la descripción de la frontera de Dan. Al parecer, esta descripción se conserva en Nm 34, 7-11; Ez 47,15-18; 48,1 (cf. M. Noth, *Das Buch Josua* [²1953] 120s; la opinión contraria, en Elliger, PJB 32 [1936] 34ss). La tribu de Dan, establecida en una zona tan periférica, no desempeñó ningún papel de relieve en la historia posterior.

Por fin, *Gad* se estableció en el borde de la montaña transjordana, al este de la parte meridional de la depresión del Jordán. Según Nm 32,1 (cf. también Nm 21,32) se afincó inicialmente en «la tierra (de la ciudad) de Yazer *(yaʿzēr)»;* siguiendo las indicaciones de Eusebio, habría que buscar esta Yazer en la cuenca del *wādi kefrēn* y, con probabilidad, precisamente en el *tell ʿarēme* (3 km al noroeste de la actual *nāʿūr)* [31]. Partiendo de esta zona, los gaditas extendieron sus dominios hacia el sur por el borde occidental del *belqa* meridional hasta el *sēl hēdān* y el *sēl el-mōǧib* (Arnón). El «sistema de límites tribales» alude al territorio de una tribu israelita, seguramente Gad, dentro de esta región. A mediados del siglo IX a. C. el rey de Moab, Meša', anota en su famosa estela (cf. p. 229), línea 10, que «el gadita» ya «de antiguo» se estableció «en la tierra de Atarot» *(ʿaṭṭārūs,* a unos 10 km al norte del *sēl hēdān).* Esta sería la más antigua posesión documentada de Israel en Transjordania. Pero no sabemos cuándo empezó el asentamiento de Gad en esta zona. Según Jue 3,12ss, en el período de los Jueces un rey moabita dominó la mayor parte del territorio meridional del *belqa,* ocupando desde allí el territorio cisjordano de Jericó; pero esto pudo ser un hecho transitorio del que no se concluye que Gad no pudiera habitar ya por ese tiempo en la cuenca superior del *wādi kefrēn.* Nm 21,27-30 es un antiguo canto de victoria sobre la conquista de la ciudad de Ješbón (hoy *ḥesbān)* y tal vez de otras ciudades del *belqa;* es históricamente probable que se refiera a la mencionada ampliación de las posesiones territoriales de la tribu de Gad.

2. *Otros pueblos de Palestina y su contorno* [32]

Las tribus israelitas no fueron en ningún momento de la historia los poseedores únicos del suelo de Palestina. A su entrada en el país lo encontraron ya densamente habitado en algunas zonas por una abigarrada y heterogénea población. Políticamente, esta población preisraelita se encontraba encuadrada predominantemente en una larga serie de reinos

[31] Cf. R. Rendtorff, ZDPV 76 (1960) 129ss.
[32] Cf. el mapa bosquejado en la ilustración 3, p. 87.

diminutos, de señoríos urbanos, con una ciudad fortificada como centro, regidos por un gobernador con el título de «rey» y una clase, probablemente poco numerosa, de señores que dominaban una población cuya ocupación era el trabajo, sobre todo el cultivo de los ejidos de la ciudad. Además del Antiguo Testamento, con sus listas de reyes cananeos vencidos en Jos 12,13b-24, con la enumeración de las Ciudades-Estado no sometidos en Jue 1,21.27ss y otros datos dispersos, las tablillas de Tell el-'Amārna (cf. p. 218) nos presentan una imagen clara de las condiciones de estas Ciudades-Estado [33]. Las Ciudades-Estado preisraelitas estaban situadas normalmente en las partes del país más favorecidas por la naturaleza, es decir, sobre todo en las llanuras: la llanura de Acre, la de Yizreel y la llanura costera desde las inmediaciones del Carmelo hasta su fusión con el desierto del Sinaí; también en la región transjordana, a ambos lados del Yarmuk, en terrenos igualmente fértiles. En las partes montañosas del país había también Ciudades-Estado, pero en número reducido: en la montaña de Samaría, la ciudad de Siquem; más al mediodía, Jerusalén, y en sus cercanías las cuatro Ciudades-Estado mencionadas en Jos 9,17; más al sur todavía, sobre todo, Hebrón (cf. especialmente Nm 13,22) y también Quiryat-Séfer (Jos 15,15s; Jue 1,11s). Los súbditos de estas Ciudades-Estados llevaban largo tiempo en el país; hablaban un dialecto semítico occidental (cf. las glosas llamadas «cananeas» de las tablillas de Tell el-'Amārna, reflejo del habla del país), que adoptaron posteriormente los israelitas al establecerse en el país y que nosotros conocemos como «hebreo». La clase de los señores, por el contrario, era bastante heterogénea, como se desprende de los nombres de los señores de las ciudades que aparecen en las tablillas de Tell el-'Amārna y de las listas de nombres escritas en tablillas de arcilla encontradas en el *tell ta'annek* (cf. A. Gustavs, *Die Personennamen in dem Tontafeln von Tell Ta'annek:* ZDPV 50 [1927] 1-18; 51 [1928] 169-218). En estos documentos se encuentran, junto a los nombres «cananeos», nombres hurritas en número sorprendente (cf. pp. 243 y 250s) y también algunos indo-iranios e incluso babilonios [34]. Mediante determinados movimientos históricos (cf. pp. 265ss) llegaron estos elementos a Siria, introduciéndose también en Palestina. Desde el punto de vista de las tribus israelitas, debido a su modo de vida, cultura y organización política, podían considerarse con algún derecho estos habitantes preisraelitas como una cierta unidad. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento, el estrato yahvista (J) del Pentateuco los llama simplemente «cananeos» (sobre el origen de este nombre, cf. pp. 69ss), sin que pretenda describirlos como una unidad étnica. Separándose del uso lingüístico veterotestamentario, la investigación moderna emplea el término «cananeo» para designar un

[33] Sobre esta cuestión, cf. especialmente A. Alt, *Die Landnahme der Israeliten in Palästina,* en *Leipziger Dekanats-Programm;* reeditado en *Kleine Schriften* I (²1959) 89-125.

[34] Más extensamente en M. Noth, *Die syrisch-palästinische Bevölkerung des zweiten Jahrtausends v. Chr. im Lichte neuer Quellen:* ZDPV 65 (1942) 9-67.

grupo de dialectos, a saber: los dialectos semíticos más antiguos hablados en Siria y Palestina; de aquí el término «cananeo» pasó a ser empleado también en sentido etnográfico. Estos usos son desconocidos en el Antiguo Testamento. Por otra parte, en el Antiguo Testamento —por ejemplo, en el documento elohísta (E) del Pentateuco— se agrupa a la población preisraelita bajo el nombre de «amorreos». Probablemente esta denominación enlaza con la frecuente designación acádica del «oeste» como «país de Amurru». El que habitaba al «oeste» era, pues, simplemente «amorreo»; quizá los mismos siropalestinos se presentaran en Mesopotamia como «occidentales» («amorreos»). Algo similar podría decirse de la aplicación ocasional de «hitita» a la población preisraelita (así, por ejemplo, en los textos P del Pentateuco: Gn 23,3ss; 26,34; 27,46; 49,29s, etc.); también este término es de origen mesopotámico y se remonta a la designación asiria de Siria y Palestina como «país de *Ḫatti*», debido a la existencia de los pequeños Estados «neohititas» del norte de Siria, con quienes se encontraron por primera vez los asirios en su avance hacia Siria-Palestina.

Sin embargo, el mismo Antiguo Testamento indica a veces la variedad de la población preisraelita, especialmente cuando propone la serie de los siete nombres tradicionales (incluyendo los tres ya mencionados) de los pueblos del país, que aparece frecuentemente, si bien no siempre completa ni en el mismo orden (cf. el material documentario en Fr. M. Th. Böhl, *Kananäer und Hebräer* [1911] 63s). Es imposible saber ya lo que estos nombres (fuera de los tres tratados) indican ni determinar la relación que unía a estos pueblos; sólo de los jebuseos declara repetidas veces el Antiguo Testamento que eran habitantes de la Ciudad-Estado de Jerusalén (2 Sm 5,6 etc.). Pero la misma cantidad de nombres ilustra de modo excelente la variedad y heterogeneidad de la población preisraelita de Palestina.

En este mundo de los «cananeos» penetraron los *filisteos,* que aparecieron en el país contemporáneamente a las tribus israelitas. El movimiento de los «pueblos del Mar» (cf. p. 255), tras el infructuoso ataque a Egipto, se derramó por la parte meridional de la llanura costera, habiéndoles permitido los egipcios asentarse en este territorio, que, al menos nominalmente, dependía de su soberanía (cf. A. Alt, ZDPV 67 [1944] 1-20; *KS* I [^{2}1959] 216-230); así, pues, se establecieron en esta región como una clase de señores erigiendo cinco antiguas ciudades-reino «cananeas» en centros de su señorío; estas cinco ciudades eran: Gaza (hoy *ghazze),* Ascalón (ár.: *ʿasqalān),* Aŝdod (ár.: *esdūd),* Eqrón (según la vocalización primitiva exacta: *ʿAqqaron;* probablemente = *ḫirbet el-muqanna*ʿ, a 20 km escasos al este de Aŝdod [cf. J. Naveh, IEJ 8 ⟨1958⟩ 87-100, 165-170]), Gat (situada más en el interior que las demás ciudades, quizá = *tell en-naǧile* [isr.: *tel n*^{e}*gila];* cf. S. Bülow y R. A. Mitchell, IEJ 11 [1961] 101-110). Otros «pueblos del Mar», relacionados con los filisteos, se establecieron más al norte en la llanura costera. Por el relato de un funcionario egipcio, llamado Wen-Amon (cf. J. B. Pritchard, ANET, pp. 25-29 = *La sabiduría del Antiguo Oriente* [Garriga,

Barcelona 1966] 19-28), sabemos que estaban establecidos los *Tkr* (vocalización desconocida)[35] hacia el 1100 a. C. en la ciudad de Dor, al sur del Carmelo (ár.: *ḫirbet el-burǧ,* junto a *eṭ-ṭanṭūra* [isr.: *dor]).* Posiblemente otros elementos del movimiento de los «pueblos del Mar», relacionados por tanto con los filisteos, avanzaron también por la llanura de Yizreel y la del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḥarod),* asentándose allí. Apoyan este hecho ciertos hallazgos arqueológicos en Bet-Šan, pertenecientes al siglo XII (cf. A. Alt, PJB 22 [1926] 118s), así como el papel histórico desempeñado por Bet-Šan en la decisiva batalla de los filisteos contra Saúl (1 Sm 31,10.12). Todos estos «pueblos del Mar» procedían del ámbito del Mediterráneo oriental, sin que conozcamos a ciencia cierta ni su patria ni las estaciones de su migración[36]. En el Antiguo Testamento se llama frecuentemente a los filisteos «los incircuncisos», ya que, a diferencia de los egipcios y de la mayoría de los pueblos de Siria y Palestina, no practicaban la circuncisión.

Desde tiempos antiguos (con certeza durante todo el II milenio, pero con gran probabilidad también durante el III) la costa mediterránea de la llanura de Acre hacia el norte estuvo habitada por una población semita que más tarde los griegos llamaron *fenicios;* a éstos se aplicaba especialmente el nombre de «cananeos» en su acepción primitiva (cf. pp. 71s); el Antiguo Testamento los llama «sidonios», del nombre de la ciudad de Sidón, cuyo territorio lindaba en su parte sur con Palestina y que, por aquel entonces, era la más importante de sus ciudades.

A un estadio semejante de la evolución histórica de las tribus israelitas pertenecen algunos pueblos, estrechamente relacionados con ellas, que se hicieron sedentarios en el este de Palestina y llegaron a constituir Estados propios. De sur a norte nos encontramos en primer lugar con los *edomitas*[37]; el núcleo de su territorio eran las montañas situadas al este del *wādi el-ʿaraba* y al sur del *wādi el-ḥesa,* que llega al mar Muerto por su extremidad más meridional. En dirección sudoeste, su dominio se extendía hasta la costa del golfo de *el-ʿaqaba,* con sus antiguos puertos de mar de *ʿEṣyōn-Geber* (hoy *tell el-ḫlēfi*[38]) y *ʾElat* (probablemente muy cerca del emplazamiento de la moderna *el-ʿaqaba).* No nos consta con

[35] Ramsés III nombra juntos repetidas veces a los «pueblos del Mar» por él vencidos *Prst* (= filisteos) y *Tkr.* Cf. Breasted, *Ancient Records of Egypt* IV, § 44. 64.403.

[36] Creta (en el Antiguo Testamento Caftor; cf. Jr 47,4; Am 9,7) parece haber sido una de las estaciones de la migración filistea. Cf. también el término *kᵉrētī* (= «cretenses»), que en Ez 25,16 y Sof 2,5 parece designar a los filisteos; en 1 Sm 30,14 se refiere a un elemento de población establecido en el Négueb. La expresión consonante *kᵉrētī u-fᵉlētī,* que designa a cuerpos de mercenarios de David (2 Sm 8, 18, etc.), significa igualmente «cretenses y filisteos».

[37] Cf. Fr. Bühl, *Geschichte der Edomiter,* en *Leipziger Dekanats-Programm* (1893).

[38] Cf. Fr. Frank, ZDPV 57 (1934) 243s. Sobre las excavaciones en este lugar, que sacaron a la luz admirables instalaciones metalúrgicas, cf. N. Glueck, BASOR 71 (1938) 3-17; 72 (1938) 2-13; 75 (1939) 8-22; 79 (1940) 2-18; 80 (1940) 3-10; 82 (1941) 3-11.

seguridad hasta dónde se extendía la influencia de los edomitas por el lado occidental del *wādi el-ʿaraba* ni cuándo empezó (cf. las glosas de Nm 34,3; Jos 15,1 etc.); de todos modos, en la época posexílica avanzaron los edomitas desde el sur, adentrándose en Cisjordania [39]. El núcleo de su antiguo territorio proporcionaba a los edomitas valiosos recursos minerales (cf. pp. 63s) y, mediante el golfo de *el-ʿaqaba,* el acceso al mar Rojo. Por tanto, Edom revistió siempre importancia e interés a los ojos de los reyes de Judá, que, de David en adelante, lo subyugaron repetidas veces, reduciéndolo a una provincia del Estado de Judá.

Los vecinos septentrionales de los edomitas eran los *moabitas;* como los edomitas, hacia el siglo XII a. C. se habían sedentarizado, constituyendo un Estado particular [40]. El territorio de los moabitas estaba situado entre el mar Muerto y el desierto Siro-Arábigo, desde el *wādi el-ḥesa* por el sur hasta el *sēl el-mōǧib* (Arnón) al norte. En ciertos períodos ampliaron sus dominios más allá del Arnón, avanzando por el *belqa;* además, en ningún momento dejaron de reivindicar, aunque fuera sólo de deseo, sus derechos sobre el *belqa* (cf. Jue 11,15-26 y la inscripción de Mešaʿ [cf. p. 229] líneas 4ss). El rey de Moab, Mešaʿ, tras la incorporación al territorio de Moab del territorio incluido entre el *sēl el-mōǧib* (Arnón) y el *wādi el-wāle* con la ciudad de Dibón (hoy *dībān),* recobró para su reino a mediados del siglo IX el *belqa* meridional, conservándolo durante largo tiempo; Josías, rey de Judá, reconquistó temporalmente Moab a finales del siglo VII (cf. A. Alt, en la publicación de Procksch *König Josia* [Hom. Zahn ⟨1928⟩] 47s).

En el borde oriental del *belqa,* en la región del curso superior del Yabboq, habitaban los *ammonitas* en un territorio bastante reducido alrededor de su capital, *Rabbat bᵉnē ʿAmmōn,* también llamada *Rabbā* (hoy *ʿammān,* capital de Jordania). Tampoco esta población se hizo sedentaria antes del siglo XII (cf. N. Glueck, *op. cit.).* En realidad, sobre la historia de los ammonitas —aparte sus relaciones belicosas esporádicas con sus vecinos cisjordanos, los israelitas— no sabemos apenas nada. Sobre el escaso material arqueológico que hasta el momento poseemos, y que algo nos revela de la historia ammonita, cf. sobre todo W. F. Albright, *Notes on Ammonite History (Miscellanea Biblica B. Ubach* [1954] 131-136). Los ammonitas trataron de defender sus fronteras, donde y cuando les pareció necesario, mediante un sistema de fortificaciones compuestas por torres o pequeñas fortalezas. Hasta hoy han sido estudiadas estas fortificaciones a lo largo de la frontera occidental (con Israel), desde el borde occidental de la *buqēʿa* (al noroeste de *eṣṣuwēliḥ),* en dirección sur sobre las alturas situadas al este de las localidades actuales de *wādi es-sīr* y

[39] En Gn 36,31-39 se nos ofrece la lista de ocho reyes edomitas que habrían reinado en Edom antes de la aparición de la monarquía en Israel; por tanto, los edomitas, como los moabitas, llegaron antes que los israelitas si no a sedentarizarse sí a tener un gobierno central.

[40] Cf. los resultados arqueológicos de N. Glueck, *Explorations in Eastern Palestine I-IV:* AASOR 14 (1934) 1-113; 15 (1935) 1-202; 18/19 (1939) 1-288; 25/28 (1951) 1-711.

nā'ūr, hasta el territorio que se extiende al este de *nā'ūr* (sobre los detalles relacionados con los descubrimientos arqueológicos de N. Glueck, confróntese H. Gese, ZDPV 74 [1958] 55-64; R. Hentschke, ZDPV 76 [1960] 103-123; G. Fohrer, ZDPV 76 [1961] 56-71).

Los *arameos* ocupaban el extremo nororiental de Palestina aproximadamente desde el tiempo de la ocupación israelita. En tiempo del rey David estaban constituidos en una larga serie de Estados; el más extenso y poderoso de los señoríos arameos era por entonces el de *'Aram-Ṣōbā* (2 Sm 8,3ss; 10,6ss); al parecer, su territorio central estaba situado entre el Antilíbano y el desierto Siro-Arábigo [41]; por el mismo tiempo habían sometido, según todas las probabilidades, la *biqā',* entre el Líbano y el Antilíbano, y ejercían una especie de soberanía sobre los arameos que vivían en la Siria interior, teniendo como límite septentrional el Éufrates (2 Sm 8,3; 10,16). Otros Estados menores arameos eran los de *Bēt-Reḥōb* (2 Sm 10,6), *Ma'akā* (2 Sm 10,6.8), *Gešūr* (2 Sm 15,8, etc.) y Damasco (2 Sm 8,5s). Si *Bēt-Reḥōb* corresponde a la moderna *riḥāb,* el reino arameo de *'Aram Bēt-Reḥōb* habría sido un diminuto Estado arameo situado en el borde oriental del *'aglūn,* al norte del territorio de los ammonitas. El nombre de *Ma'akā* pervivió posteriormente en el nombre de la ciudad israelita de *'Abēl Bēt-Ma'akā* (2 Sm 20,14s etc.) = *ābil,* en el extremo norte de la depresión superior del Jordán; por tanto, el también reducido Estado arameo de *(Bēt-) Ma'akā* ocupaba la región del *merǧ 'ayūn,* situada entre las extremidades meridionales del Líbano y del Antilíbano. La frecuente asociación de los nombres *Gešūr* y *Ma'akā* hace suponer que ambos Estados arameos eran vecinos uno de otro. Por consiguiente, pese a que carezcamos de datos sobre el particular en la tradición, podemos colocar *Gešūr* en la extremidad septentrional del *ǧōlān. 'Aram-Dammešeq* fue al principio un pequeño Estado arameo que se constituyó en el dominio de la antigua Ciudad-Estado de Damasco. David había sometido a los arameos (2 Sm 8,3-8; 10,6-19); durante el reinado de Salomón estos reinos se hicieron de nuevo independientes (1 Re 11, 23-25), partiendo el movimiento de independencia de Damasco. Desde ese momento, Damasco se convierte en el centro de un reino que engloba gran parte de los arameos; este reino fue la primera potencia de Siria en el siglo IX e incluso en el VIII, y durante largo tiempo fue el enemigo más peligroso del Estado de Israel (sobre la historia primitiva de los arameos en los alrededores e inmediaciones de Palestina, cf. en particular M. Noth, BBLAK [= ZDPV] 68, 1 [1949] 19ss).

Palestina está rodeada de territorios desérticos por el sur y sudeste; por este motivo ha tenido que mantener continuamente relaciones con los habitantes nómadas del desierto; desde tiempos inmemoriales algunos grupos de nómadas trataron de asentarse en el suelo cultivable. De este modo, las fronteras del sur y del este de la tierra cultivable han pre-

[41] El nombre de *Ṣoba* tiene, al parecer, sus raíces en esta región. Cf. M. Noth, PJB 33 (1937) 40ss.

senciado constantemente las diferentes etapas del proceso de sedentarización de diversos elementos nómadas. El contacto que las tribus israelitas tuvieron con estos habitantes del desierto se estableció sobre todo por el extremo sur de la región, puesto que en este tiempo la parte oriental estaba ya ocupada por los pueblos mencionados: edomitas, moabitas, ammonitas y arameos. Conocemos varios clanes al sur de la tribu de Judá que, lo mismo que esta tribu, llegaron por el sur y, tarde o temprano, una vez sedentarizados, fueron incorporados a la tribu de Judá. Del clan quenazita de *Caleb,* establecido alrededor de Hebrón *(el-ḫalīl),* ya hemos tratado antes; su antepasado Caleb fue considerado posteriormente y sin ninguna dificultad como judaíta. Al sudoeste de Caleb se había establecido el clan también quenazita de *Otniel* (Jos 15,17 = Jue 1,13); ocupaba el territorio de la antigua ciudad de Quiryat-Séfer, que conquistó y cuyo nombre cambió por Debir, ciudad que habría que situar en la actual *ḫirbet rabūd,* 13 km al sudoeste de Hebrón (cf. K. Galling, ZDPV 70 [1954] 135-141). *Qᵉnaz* era el nombre de una liga de tribus; algunas partes de ella pertenecían también a los edomitas, según Gn 36,11.42. Probablemente Caleb y Otniel se sedentarizaron muy pronto. No podríamos decir lo mismo de los *quenitas,* que poseían durante el período de la monarquía un pequeño territorio al sur de Hebrón, en el borde del desierto de Judá, y que durante el reinado de Saúl se separaron de los amalecitas, todavía nómadas (cf. *infra);* más tarde fueron integrados en la tribu de Judá (1 Sm 15,6)[42]. En el período de los Jueces, según Jue 4,11.17; 5,24, aparece un quenita viviendo todavía en su tienda (la habitación de los nómadas) en el norte de Palestina, al parecer en la montaña de Galilea, el cual no pertenecía aún a la comunidad israelita (4,17); sin duda no era el único quenita que viviera como artesano (cf. la mención del martillo en 4,21) sin pertenecer a los «cananeos» o a los israelitas en Palestina, si bien, por su estancia en Galilea, «se había separado» (4,11) espacialmente de los (restantes) quenitas. Junto a los quenitas aparecen en 1 Sm 27,10; 30,29, los *yerajmeelitas,* que —probablemente igual que los quenitas— vivían en el Négueb. La tardía genealogía de 1 Cr 2,9.25ss.42 hace a Yerajmeel, lo mismo que a Caleb, judaíta. Los yerajmeelitas, de los que por otra parte nada más sabemos, terminaron, como los grupos anteriormente mencionados, incorporándose al bloque de la tribu de Judá.

Tribus completamente *nómadas* también existían, pero quedaban fuera de los límites de la Palestina propiamente dicha. Al sur, en el desierto del Sinaí, vivía una liga de tribus nómadas, al parecer bastante extensa: los *amalecitas.* Mientras los israelitas vivieron en el sur de Cisjordania, los tuvieron por vecinos en medio de constantes disputas (cf. Ex 17, 8-16, espec. v. 16). El mismo Saúl tuvo que luchar contra los amalecitas (1 Sm 15,2ss); también David, durante el tiempo en que fue vasallo de

[42] El octavo distrito judaíta (cf. p. 113), en el que se encuentra la localidad de «Zanóaj de los Quenitas» (Jos 15,56-57), comprendía probablemente la región que ocupaban los quenitas en el período tardío de la monarquía.

los filisteos en Siquelag, tuvo una pendencia guerrera con ellos (1 Sm 30,1ss). Después de esto no volvemos a oír hablar de los amalecitas.

Aún más lejos, en la orilla oriental del golfo de *el-ʿaqaba,* se encontraba el terreno más importante de pastos de los nómadas *madianitas;* en todo caso, en esta región se encuentra, al menos en tiempos más recientes, una localidad llamada *Madián,* si aceptamos el testimonio del geógrafo Tolomeo (VI, 7, 2.27) y de geógrafos árabes. Como consecuencia de una migración posterior y del empleo del camello domesticado como cabalgadura (que aparece por primera vez en la historia en este contexto)[43], los madianitas hicieron ocasionalmente incursiones de saqueo en Palestina; partiendo del desierto y atravesando Transjordania, irrumpían en las fértiles llanuras de Cisjordania por el tiempo de la cosecha para robar el producto de los campos, mientras no se encontraban con una resistencia decidida (cf. espec. Jue 6,2ss.33ss)[44]. En Gn 25,2.4 se hace descender a los madianitas de Abrahán.

En Gn 25,12-18 se hace descender también de Abrahán a la liga de tribus nómadas *ismaelitas,* que, según los datos presentados por Gn 25,18, habitaban al noroeste de Arabia y en el desierto del Sinaí. No vuelven a aparecer en la historia; tan sólo se presentan de nuevo como conductores de caravanas de camellos a través de Palestina en el relato yahvista (J) de la historia de José (Gn 37,25-27s; 29,1), mientras que, en el mismo contexto, el relato elohísta (E) habla de madianitas (Gn 37,28.36).

En los libros más recientes del Antiguo Testamento (especialmente en Neh y Cr) aparecen con frecuencia los *árabes.* Según Neh 2,19; 4,1 etcétera (cf. A. Alt, PJB 27 [1931] 73s), durante el período persa la provincia posexílica de la parte meridional de la montaña de Judá y del Négueb llevó a veces el nombre de «Arabia». Este nombre, que aparece también en las inscripciones reales del Imperio Neoasirio (cf. E. Ebeling, RLA I [1932] 125s), viene a indicar que los habitantes de esta provincia pertenecían principalmente a las tribus nómadas del desierto que bordea las tierras de cultivos y sirve para distinguirlos de los antiguos habitantes de las regiones de cultivos. Según parece, el término «árabe» se empleó para designar de un modo muy vago o impreciso a estos nómadas del desierto.

3. *Antiguas vías de comunicación*

La geografía histórica y la historia de la colonización de un país incluyen el estudio de las vías de comunicación empleadas o creadas por los habitantes de la región. Los hombres empezaron a vivir ya en el

[43] Cf. W. F. Albright, *De la Edad de Piedra al Cristianismo* (Santander 1959) pp. 136-138.

[44] La mención de los madianitas juntamente con los amalecitas y «los orientales» (es decir, los nómadas que habitaban el desierto oriental) como aparece en Jue 6, 3.33; 7,12 es perfectamente normal e iluminadora; sin embargo, en este pasaje amalecitas y «orientales» constituyen adiciones tardías al texto.

Neolítico en lugares fijos (cf. p. 142); es normal que comenzaran pronto a mirar más allá del círculo restringido de su lugar de residencia, dándose cuenta de que otros hombres vivían en localidades semejantes; con esto brotó rápidamente la necesidad de establecer relaciones entre los poblados, ya con el fin de intercambiar pacíficamente los productos, ya con la intención hostil de luchar y conquistar. Las circunstancias naturales determinan profundamente la configuración de las vías de comunicación de un país, máxime de un país tan montañoso como Palestina; pero forman parte de la historia, en especial de la historia de la colonización del país correspondiente. Los poblados y las vías de comunicación no dejaron de sufrir cambios como consecuencia del aumento de localidades habitadas. La ubicación de los poblados determinó la elección de ciertas vías naturales de comunicación; también, por otra parte, la presencia de ciertas vías de comunicación desempeñó un papel importante a la hora de elegir el emplazamiento para nuevos poblados. Por ello las vías de comunicación no carecen de valor para el estudio de la colonización y aun para explicar el curso de cualquier acontecimiento histórico. Naturalmente, al principio no se trataba de calzadas hábilmente construidas, sino de caminos trillados por el uso, que se hacían más transitables y cómodos al suprimir los obstáculos menores.

Palestina había estado habitada durante milenios antes de la penetración de Israel; tenía, pues, ya de antiguo, sus vías de comunicación; por otra parte, las tribus israelitas abrieron por primera vez al cultivo extensos territorios en las partes montañosas del país, creando la necesidad de otras rutas. De hecho, los conocimientos que poseemos sobre el sistema de comunicaciones de Palestina durante el período de la historia israelita son tremendamente limitados. Tenemos que acudir a relatos literarios más o menos casuales y a conjeturas generales basadas en ellos, pues la arqueología no puede dar con las «carreteras» del período israelita. Esto puede ocurrir sólo en el caso de las calzadas romanas (cf. pp. 131s); pero aun en este caso queda muy poco de estas calzadas cuidadosamente construidas, y sólo en raras ocasiones aparecen, si bien han llegado hasta nosotros muchas piedras miliarias y toda una serie de estaciones de ruta que nos informan sobre el recorrido de las calzadas. Este hecho tiene su valor para el período más antiguo, pues en muchos casos las vías romanas siguen el recorrido de los caminos antiguos, aun cuando los romanos, llevados por su tendencia a trazar, en la medida de lo posible, líneas más rectas, hayan elegido a menudo nuevas rutas. Sin embargo, dado que los caminos antiguos no estaban jalonados por hitos, no podemos descubrir sus restos por más que se trate de vías planeadas y construidas. En tiempos israelitas existieron estas vías planeadas y construidas por el hombre; así, el Antiguo Testamento no sólo conoce el término general que significa «camino» *(derek)* y que puede aplicarse a cualquier vía de comunicación, aun a las pistas formadas por el constante tránsito, sino que emplea además el término técnico *m^esillā,* que indica el terraplén «elevado» de un camino, es decir, una calzada hecha artificialmente. Para construir como es debido una calzada se necesita, según Is 62,10, «allanar

el camino [45], nivelar el terraplén *(m^esillā)* [46] (naturalmente, sólo en los tramos donde el terreno lo exija) y limpiarlo de piedras». Calzadas de este tipo existían no sólo en los alrededores de las ciudades más importantes para enlazarlas con sus avanzadas (cf. Is 7,3; 2 Re 18,17), sino también como rutas de largo recorrido que unían unas ciudades con otras. Así, una *m^esillā* llevaba de Betel a Siquem (Jue 21,19); de Guibeá partían dos *m^esillōt:* hacia Betel y hacia Gabaón (Jue 20,31s) [47]. Filistea, especialmente la ciudad filistea de ʿEqrón, estaba enlazada con Bet-Šemeš por una *m^esillā* (1 Sm 6,12); otra *m^esillā* atravesaba de norte a sur el país de Edom (Nm 20,19). Incluso extensos países, muy distanciados entre sí, podían estar unidos por una *m^esillā* (Is 19,23; cf. 11,16).

En la época antigua, Palestina no tenía más rutas comerciales que las terrestres. Al contrario de los grandes oasis fluviales como Egipto y Mesopotamia, en Palestina era imposible el transporte por *vía fluvial.* El único río del país navegable en sí, el Jordán, entre el lago de Tiberíades y el mar Muerto, era una ruta comercial impracticable debido a sus incontables meandros, aparte el hecho de que en sus márgenes no existía ninguna ciudad (cf. M. Noth, *Der Jordan in der alten Geschichte Palästinas:* ZDPV 72 [1956] 123-148). El mar Muerto podría haber enlazado entre sí las localidades sitas en sus orillas; pero nada se sabe de un posible tráfico naval en el mar Muerto durante el período veterotestamentario. Probablemente este tráfico no existió hasta el período helenístico; en todo caso, es un hecho probado para el período bizantino, pues el mapa en mosaico de Mádaba muestra algunos barcos sobre el mar Muerto (M. Aviyonah, *The Madaba Mosaic Map* [1954] lám. 2.3). Tampoco sabemos nada de un tráfico naval regular por la costa del Mediterráneo para proveer al interior del país en estos tiempos antiguos. Sólo para el comercio con otros países poseía la costa mediterránea una relativa importancia. Durante el dominio egipcio de Siria-Palestina, los faraones establecieron bases a lo largo de la costa para asegurar la comunicación marítima con Egipto (cf. A. Alt, BBLAK = ZDPV 68, 2 [1950] 97ss = *Kleine Schriften* III [1959] 107ss); además, según Esd 3,7, la madera de cedro para la reconstrucción del templo de Jerusalén fue transportada en barco desde la costa libanesa hasta Yafa/Joppe (ár.: *yāfa)* [48]. En esta misma Yafa subió a bordo el profeta Jonás para huir a la lejana Tarsis (Jon 1,3). Es posible que algunas ciudades de los filisteos cercanas a la costa tuvieran relaciones marítimas entre sí; más tarde, tras la cons-

[45] Cf. Is 40,3: «allanar una *m^esillā*».

[46] Cf. Is 49,11, según el cual las *m^esillōt* «son altas», «se levantan».

[47] Por conjetura textual debe restituirse a este lugar el nombre de Gabaón. También 2 Sm 20,12 habla de una *m^esillā* en los alrededores de Gabaón.

[48] Según 1 Re 5,23, ya para el templo de Salomón se transportó la madera de cedro y ciprés por mar desde la costa libanesa. En este contexto no se menciona puerto alguno palestinense; el Cronista (2 Cr 2,15) es el primero que nombra a Yafó/Joppe con esta ocasión; Esd 3,7 lo hace también, pero en otro contexto. Sin duda, en el Imperio persa el comercio por la costa del Mediterráneo revestía cierta importancia. Véase la descripción de la costa siropalestinense del Pseudo-Skylax, del período persa, en K. Galling, ZDPV 61 (1938) 66-96.

trucción del amplio puerto artificial de Cesarea por Herodes, este puerto enlazó a Palestina con el mundo romano. Pero para el antiguo Israel, aun cuando dominase en parte la costa del Mediterráneo, nunca tuvo una gran importancia el tráfico marítimo.

Mencionamos a continuación, de entre las *vías terrestres* de Palestina, solamente las calzadas principales que conocemos por el Antiguo Testamento o que éste presupone. Las personas a pie y los animales, sobre todo asnos y ganado menor, podían abrirse paso, como sucede todavía, a través de lo más abrupto de las regiones del país. Pero el tráfico rodado planteaba otras exigencias: se necesitaban calzadas artificiales en los terrenos más o menos difíciles. En primer lugar, se prepararían las mencionadas *mᵉsillōt* para los carros. Desde el período de los Hicsos (cf. pp. 265ss) se conocía en todo el Oriente antiguo el carro de guerra tirado por caballos; también los reyes de Israel y Judá, empezando por Salomón, tuvieron su parque de carros de combate, para los que necesitaban calzadas apropiadas. Junto al carro de combate *(merkābā)* también se menciona en el Antiguo Testamento otro carro empleado para fines pacíficos, es decir, de transporte *(ʿᵃgālā);* es posible que estos carros no sirvieran para mucho, puesto que, por lo común, hombres y cargas se trasladaban a lomo de asno. Sin embargo, al menos para viajes largos, los ancianos, mujeres y niños utilizaban un carro *(ʿᵃgālā;* cf. Gn 45,19ss; 46,5); también se podía poner en una *ʿᵃgālā* toda suerte de objetos (Nm 7,3ss); la misma arca de la alianza se transportaba a veces en una *ʿᵃgālā* (1 Sm 6,7ss; 2 Sm 6,3). Es posible que en ocasiones también las gavillas de mieses se acarrearan en una *ʿᵃgālā* (Am 2,13). Para tirar de los carros de combate se utilizaban caballos, mientras que la *ʿᵃgālā* era arrastrada por bueyes (cf. Nm 7,30; 1 Sm 6,7ss). También este tráfico rodado pacífico reclamaba caminos un poco cuidados.

En correspondencia con la configuración del terreno de Palestina existieron ya en la Antigüedad algunas *rutas* relativamente cómodas *en dirección norte-sur.* Ante todo, la llanura costera se abría a esta posibilidad. Los cursos de agua perenne que cruzan la llanura son, por lo general, ríos cortos que pueden vadearse por determinados puntos. Podía hacerse con la máxima facilidad en su desembocadura, puesto que estos ríos fluyen por la playa arenosa con una profundidad normalmente muy escasa, y también en las cercanías de sus fuentes a lo largo del reborde de la montaña. Sobre el trazado de las rutas no poseemos ningún dato preciso. En la parte meridional de la llanura costera, más amplia, se daban numerosas posibilidades. Por el contrario, al norte del *nahr el-ʿŌǧa* (isr.: *yarqon),* donde la parte central de la llanura costera era a trechos pantanosa y a trechos boscosa, existían sólo dos posibilidades: «la línea occidental del camino del Mar», que sigue al borde de la costa (cf. B. Maisler [Mazar], ZDPV 98 [1935] 78-84), o una ruta que sigue el borde oriental de la llanura costera, es decir, a lo largo de la falda de la montaña de Samaría (cf. Y. Karmon, *Geographical Influences on the Historical Routes in the Sharon Plain:* PEQ 93 [1961] 43-60). Para seguir adelante, hacia el norte, a la llanura de Acre, se podía seguir la ruta de la

costa, rodeando el promontorio del Carmelo (por allí discurrió también una calzada romana); sin embargo, era probablemente más cómodo el paso a través del poco elevado terreno de colinas, la zona que los árabes denominaban *bilād er-rūḥa,* hacia la llanura de Yizreel y desde allí, siguiendo el valle del Quišón, a la llanura de Acre.

En la montaña cisjordana, la principal línea divisoria de las aguas entre el mar Mediterráneo y la depresión del Jordán constituía una línea natural ideal para establecer una larga ruta norte-sur; máxime teniendo en cuenta que los valles que parten de la cima de la montaña en dirección este u oeste son en su mayoría bastante profundos y abruptos y forman obstáculos muy molestos para una línea de norte a sur. Las pocas noticias que hasta nosotros han llegado indican que, durante el período israelita antiguo, la calzada norte-sur de la montaña seguía más de cerca la línea divisoria de las aguas que las carreteras modernas. La *mᵉsillā* de Guibeá *(tell el-fūl)* a Betel *(bētīn),* según Jue 20,31, y la *mᵉsillā* de Betel a Siquem *(tell balāṭa),* según Jue 21,19, son sin duda trechos de la gran calzada norte-sur. Al parecer, la antigua calzada seguía un itinerario diferente del de la nueva carretera; como ésta, atravesaba Betel y continuaba luego hacia el norte por las alturas, al este del *wādi el-ḥaramīye* y no por el mismo *wādi,* como lo hace la carretera actual. Una piedra miliaria romana [49] encontrada en *yabrūd* indica que también la calzada romana posterior corría por esta línea más oriental una vez pasado Betel. En *lubban* la calzada antigua volvía a encontrarse con la línea de la carretera actual, pues, según Jue 21,19, Silo *(ḫirbet sēlūn)* se encontraba al este de esta calzada y había que dejarla «al sur de *Lᵉbona (lubban)*» para llegar a Silo. También junto a Jerusalén la calzada seguía, sin duda, las alturas que forman la línea divisoria de las aguas, al oeste de la ciudad, pues, según Jue 19,11s, yendo por el camino de Belén a Guibeá, había que dejar la calzada para entrar en Jerusalén. Si aceptamos el testimonio de las piedras miliarias y las estaciones de ruta romanas descubiertas, la calzada romana de Belén a Hebrón y probablemente también la calzada prerromana seguían la línea divisoria de las aguas de la montaña de Judá, al oeste de la carretera actual. El itinerario más cómodo de Siquem hacia el norte era seguramente atravesar el circo de montañas de Samaría y luego, por Dotán *(tell dōtān),* alcanzar el extremo sur de la llanura de Yizreel. Sobre las vías de Galilea no poseemos ninguna noticia antigua. Naturalmente, la depresión del Jordán ofrecía también una posible vía de comunicación norte-sur; seguramente había caminos a ambos lados, siguiendo los bordes de la montaña, pero no poseemos noticias concretas acerca de ellos.

En Transjordania existía, en primer lugar, una larga vía de comunicaciones de norte a sur que corría al este de los hondos valles que bajan en dirección oeste hacia la depresión jordánica. Esta línea, seguida más tarde por el camino de los peregrinos islámicos y posteriormente por el ferrocarril del *ḥeǧāz,* atravesaba el territorio de los edomitas (cf. la *mᵉsillā*

[49] Cf. núm. 260 en la lista de P. Thomsen (cf. p. 132, nota 46).

de Nm 20,19), moabitas, ammonitas y arameos, quedando por tanto fuera del territorio de Israel. En el Antiguo Testamento se nos indica probablemente esta línea al describir en Gn 14,5.6 la campaña de los cuatro grandes reyes.

Las *líneas transversales* entre las grandes rutas norte-sur revisten, sin duda alguna, una mayor importancia práctica. Estas líneas transversales seguían los valles abiertos en dirección este-oeste cuando éstos eran amplios, evitando las hoces y torrenteras, las cuales en el período de las lluvias podían llenarse súbitamente de aguas torrenciales que constituían un peligro para las vidas y destruían cualquier estructura viaria; además, estos congostos ofrecían un buen abrigo a ladrones y enemigos para lanzarse al ataque aprovechando sus vericuetos. Cuando no había amplios valles se prefería trazar las calzadas por las alturas de los montes entre los valles encajonados. Tal era el caso para el único camino que existía entre la montaña cisjordana y la llanura costera, que la tradición antigua menciona expresamente con el nombre de «Cuesta» o «cuesta de Bet-Jorón» (Jos 10,10.11). De acuerdo con su nombre, este camino pasaba por los dos poblados de Bet-Jorón: Bet-Jorón de Arriba y Bet-Jorón de Abajo (hoy *bēt ʿūr el-ʃōqa* y *bēt ʿūr et-taḥta);* por tanto, sobre la altura de los montes que están entre dos profundos valles: el *wādi selmān,* al sur, y el *wādi ʿēn ʿarīk,* al norte. Empezaba al norte de la «llanura de Ayyalón» (cf. p. 79), junto al actual pueblo de *bēt sīra,* y de allí, sin tener que salvar grandes obstáculos, iba subiendo hasta atravesar Gabaón *(eǧ-ǧib),* encontrándose con la calzada norte-sur un poco al norte de Guibeá *(tell el-fūl);* este último trecho se menciona en Jue 20,31 al hablar de la *mᵉsillā* de Guibeá a Gabaón [50]. Más al sur existían varios caminos que subían de la llanura costera a la montaña de Judá. Podemos suponer que fuese importante el camino que consagró más tarde la calzada romana de Eleuterópolis (ár.: *bēt ǧibrīn;* isr.: *bet gubrin)* a Jerusalén; corría a través de la hondonada del *wādi es-sanṭ,* «el valle del Teberinto» de 1 Sm 17,2.19; 21,10; subía luego hasta pasar el antiguo poblado árabe de *bēt nettīf* para llegar a la montaña de la zona de Belén. La prueba de que se trata de una ruta practicada ya en la Antigüedad es que Roboam construyó dos fortalezas en sus comienzos más bajos: Azecá (ár.: *tell zakarīye;* isr.: *kᵉfar zᵉkarya)* y Sokó (ár.: *ḫirbet ʿabbād;* cf. 2 Cr 11,7.9); al menos en parte, el sistema de fortificaciones de Roboam pretende proteger los accesos a la montaña de Judá contra ataques hostiles (cf. G. Beyer, ZDPV 54 [1931] 111-134).

Desde los tiempos más antiguos, el camino más cómodo para bajar de la montaña de Samaría a la llanura costera pasaba a través del amplio valle que, partiendo de Siquem, lleva en dirección oeste y que hoy se llama en su curso superior *wādi nāblus* y más abajo *wādi zēmir,* desembocando en la llanura costera en las cercanías de la ciudad de *ṭūl kerm.* Pero los relatos antiguos no mencionan esta ruta. Desde la llanura costera inmediatamente al sur del Carmelo corren fáciles caminos que,

[50] Sobre este texto, cf. p. 101, nota 47.

atravesando la mencionada *bilād er-rūḥa* (cf. p. 103), llevan a la llanura de Yizreel, alcanzando la región de la gran depresión este-oeste que atraviesa esta llanura para enlazar con el amplio valle del *nahr ǧālūd* (israelí: *ḥarod)* hasta su extremidad oriental. Esto hace que la ruta desde la costa del Mediterráneo al valle del Jordán sea un camino fácil.

Entre la montaña cisjordana y la gran falla del este menciona el Antiguo Testamento diversas «cuestas» (hebr.: *maʿ^aleh).* En el extremo sur, la «cuesta de los Alacranes» *(maʿ^aleh ʿaqrabbīm)* lleva desde el Négueb al *wādi el-ʿaraba.* Se la menciona repetidas veces (Nm 34,4; Jos 15,3; Jue 1,36) como límite fronterizo. No resulta fácil determinar su ubicación; habría que buscarla probablemente por la pista que en árabe se llama *naqb eṣ-ṣafa,* es decir, aproximadamente siguiendo la línea de la calzada romana posterior de Mampsis *(kurnub)* a Eiseiba (ár.: *ʿen ḥaṣb;* isr.: *ḥaṣeba)* [51].

La *maʿ^alēh haṣ-ṣīs* que menciona 2 Cr 20,16, según el contexto en que aparece, debía de subir de la orilla occidental del mar Muerto, por la región de *ʿēn ǧidi* (isr.: *ʿen gᵉdī),* a la montaña de Judá. No se puede precisar más su recorrido; es posible que llevara a Técoa (ahora *ḫirbet teqūʿ),* una de las fortalezas de Roboam según 2 Cr 11,6; se hace difícil pensar que tuviera un tráfico intenso. No así la *maʿ^alēh ʾ^adummīm* de Jos 15,7; 18,17, la «cuesta de las (Piedras) Rojas», que unía la parte más baja de la depresión del Jordán con la cima de la montaña en Jerusalén. El nombre se refiere sin duda a las rocas rojas que llaman la atención en la actual *ṭalʿat ed-damm,* por la carretera de Jericó a Jerusalén. Su aparición ya en las antiguas descripciones de las fronteras tribales hace pensar en una vía de comunicación muy antigua, probablemente preisraelita. Una ruta, que atravesaba la actual *ṭalʿat ed-damm,* subiría desde la depresión jordana por las alturas situadas al sur del *wādi el-qelt* (siguiendo de cerca la antigua carretera de Jerusalén) para llegar, por el *wādi es-sidr,* a la cima del monte de los Olivos. Más al norte, el *wādi el-fārʿa* constituía la vía natural de ascenso desde la depresión del Jordán al centro de la montaña de Samaría. Pero no llevaba directamente a Siquem, pues el *wādi bēdān,* extraordinariamente profundo y abrupto, era el único enlace entre el curso superior del *wādi el-fārʿa* con la llanura al este de Siquem; ahora bien, éste era el trazo de la calzada romana artificial de Neápolis *(nāblus)* a Escitópolis *(bēsān)* [52], utilizado también actualmente por la carretera de *nāblus* al valle del Jordán. Sin embargo, no es fácil que constituyera nunca una vía natural de comunicación. En la Antigüedad una ruta sin duda mucho más usual era partir de la parte superior del *wādi el-fārʿa* y atravesar las alturas situadas al norte del monte Ebal para caer en la hoya de Samaría; aquí se encontraba ya la calzada que, atravesando el *wādi zēmir,* llevaba a la llanura costera. Probablemente existía también un camino antiguo por el *wādi el-ḫašne,*

[51] Sobre esta calzada, cf. M. Harel, IEJ 9 (1959) 175-179; A. Alt estudia la red de calzadas romanas de esta región en ZDPV 58 (1935) 51ss.

[52] Cf. sec. núm. XXXI en Thomsen (cf. p. 132, nota 46).

usado más tarde por la calzada romana de Neápolis a Escitópolis, que iba del extremo sur del «recodo de *bēsān*» a la parte norte de la montaña de Samaría, pues en el curso superior de este valle se encontraba Bézeq (hoy *ḫirbet ibzīq)*, donde Saúl concentró y pasó revista a sus tropas, según 1 Sm 11,8, antes de atravesar el Jordán para socorrer a Yabeš de Galaad. También en Galilea, al norte de la gran hondonada que forma la llanura de Yizreel, hubo sin duda vías de comunicación transversales entre la llanura de Acre y la parte más alta de la depresión jordana; pero la tradición antigua no nos procura noticia alguna.

También conocemos muy poco de las subidas desde la depresión del Jordán a la montaña transjordana. Las carreteras modernas de la región, dada su técnica avanzada, no sirven apenas para seguir el trazado de las rutas naturales. Nada puede afirmarse con seguridad de la *«maᶜalēḥ hallūḫīt»*, la «cuesta de Lujit» que se menciona en Is 15,5 y en Jr 48,5 junto al «camino de Joronáyim» o «cuesta de Joronáyim», que llevaba al territorio moabita: pudo partir tanto de la región más meridional del mar Muerto (por tanto, fuera del territorio de Israel) como de la región más septentrional del mismo mar. En la zona al norte del mar Muerto hubo ciertamente alguna posibilidad de subir al *belqa* meridional, ocupado periódicamente por los israelitas. Posiblemente uno de los caminos antiguos seguía el trazado de la posterior calzada romana de Livias *(tell er-rāme)* a Esbus *(ḥesbān)* [53] y, elevándose sobre las alturas escalonadas de los montes situados entre el *wādi ḥesbān,* al norte, y el *wādi ʿuyūn mūsa,* al sur, alcanzaba las altas sierras transjordanas del sur de Ješbón. Quizá también un poco más al norte del bajo *wādi kefrēn,* relativamente amplio, existía la posibilidad de adentrarse en la montaña transjordana. El emplazamiento de la ciudad de Betonim (Jos 13,26) = *ḫirbet baṭne,* a unos 5 km al sur-sudoeste de *es-salṭ,* parece indicar que el camino, en otros tiempos muy transitado (que Th. Fast menciona en ZDPV 72 [1956] 150), desde la depresión del Jordán, por el *wādi ḥsēnīyāt,* sobre las alturas de las montañas transjordanas al sur de *es-salṭ,* era una ruta seguida en el período antiguo (cf. M. Noth, ZDPV 75 [1959] 44s). En el Antiguo Testamento (Jue 8,4ss) se menciona explícitamente sólo el camino, sin duda normal e importante, que de Sukkot *(tell dēr ʿalla),* pasando por la parte inferior más ancha del valle del *nahr ez-zerqa* (Yabboq), llevaba primero a Penuel *(tulūl eḍ-ḍahab)* y de allí subía por el fácilmente transitable *wādi ḥeǧǧāǧ* para alcanzar la cima de la montaña y seguir en dirección de Yogbohá = *ǧbēha* (Jue 8,11). Otra calzada romana parece también haber seguido el *wādi ḥeǧǧāǧ,* más o menos por el mismo trazado, desde el valle del Jordán hasta la montaña transjordana [54]. También la región colonizada del extremo norte de la montaña del *ʿaǧlūn* estaba seguramente comunicada con la depresión del Jordán por el sur del lago de Tiberíades; pero carecemos de datos concretos

[53] Cf. sec. núm. XXVI en Thomsen (cf. p. 132, nota 46).

[54] Sobre el grupo de piedras miliarias romanas al sur de *ṣubēbi* y las conclusiones que de ellas se pueden sacar, cf. M. Noth, ZDPV 73 (1957) 38ss.

sobre el recorrido de esta vía. Por ella avanzó quizá la caravana ismaelita de Gn 37,25 que venía «de Galaad» y que probablemente llegó a Dotán *(tell dōtān)* —cf. v. 17— después de atravesar la hondonada del *nahr ǧalūd* (isr.: *ḥarod)* y el extremo meridional de la llanura de Yizreel; por esta ruta debían pasar los reyes de Israel con su ejército de carros de combate cuando, saliendo de la residencia real en Samaría, se trasladaban al campo de batalla israelítico-arameo en torno a Ramot de Galaad = *tell ramīt* (cf. 1 Re 22,29; 2 Re 9,16).

No menos importantes para la Palestina de la Antigüedad eran las rutas comerciales que la enlazaban con los países vecinos. El cambio más natural y expedito desde el ángulo sudoccidental de la llanura costera palestinense hacia Egipto atravesaba el desierto del Sinaí y seguía la costa del mar Mediterráneo penetrando por el ángulo oriental del delta del Nilo. Los faraones egipcios, especialmente los de la Dinastía XIX, lo habían jalonado ya de los necesarios pozos en diversas estaciones con vistas a sus campañas siro-palestinenses (cf. A. H. Gardiner, *The Ancient Military Road between Egypt and Palestine:* «Journal of Egyptian Archaeology» 6 [1920] 99-116). Cuando en Ex 13,17 se alude a esta ruta —vista desde Egipto— se la llama «el camino del país de los filisteos».

De Palestina hacia el sur y el este partían pistas caravaneras que atravesaban los desiertos que bordean estos parajes. Es posible que el Antiguo Testamento conserve en Nm 33,3-49 elementos de una de estas pistas que llevaba a la extremidad norte del golfo de *el-ʿaqaba,* prosiguiendo desde allí hacia el noroeste de Arabia (cf. M. Noth, PJB 36 [1940] 5-28).

Las rutas que enlazaban Palestina con su vecino septentrional, Siria, tienen una importancia particular; por ellas se comunicaba tanto con Asia Menor como con Mesopotamia. Para este tráfico se prestaba en primer lugar la línea costera que partía hacia el norte desde la llanura de Acre; esta ruta se vio frecuentemente utilizada ya en tiempos preisraelitas, de modo especial por los faraones de Egipto (cf. los relieves de Ramsés II en el acantilado del *nahr el-kelb* junto a *bērūt),* que tenían al mismo tiempo en este territorio sus bases, a las que llegaban también por mar (cf. A. Alt, BBLAK [ZDPV] 68, 2 [1950] 97-133 = *Kleine Schriften* III [1959] 107ss). Pero esta ruta costera presentaba obstáculos naturales, como los promontorios del *rās en-nāqūra* (isr.: *roš hanniqra), rās el-abyaḍ, rās nahr el-kelb* y *rās šakka,* que penetraban directamente en el mar; las dificultades que esta vía ofrecía quedan demostradas cuando se contemplan en el *rās nahr el-kelb* los trechos de calzada que hubieron de ser abiertos en la misma roca para poder superarlas; esto ya en tiempos preisraelitas. Además, la ruta costera llegaba prácticamente sólo hasta el extremo norte del Líbano, pues más al norte, ante la montaña Nusairiya, se encontraba en un callejón sin salida, desembocando en un macizo montañoso, el *ǧebel el-aqraʿ,* aún hoy cubierto por un tupido bosque que penetra con fiereza en el mar. Por ello era un paso obligado al norte del Líbano remontar el *nahr el-kebīr* desde la amplia llanura de su desembocadura y dirigirse luego hacia el valle del Orontes para pro-

seguir el camino hacia el norte por el este del río. Por ese motivo ya desde el período preisraelita se seguía frecuentemente una ruta hacia el norte que discurría más al este, partiendo de la parte más alta del valle del Jordán. A esta zona se podía llegar desde cualquier punto de Palestina por diferentes caminos: desde la llanura costera llevaba hasta allí el camino que atravesaba la *bilād er-ruḥa* y la llanura de Yizreel siguiendo luego por la hondonada fluvial del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḥarod)* o por la parte sudoriental de la montaña de Galilea, bastante practicable. Desde el valle superior del Jordán podía seguirse una calzada que ya los faraones egipcios habían practicado y que posteriormente recorrerían con sus ejércitos los reyes asirios y babilonios: por el *merǧ ʿayūn,* y después de superar algunas alturas reducidas, se llegaba al *wādi et-tēm;* siguiendo éste, que sólo en un breve trecho se convertía en un valle difícil cerca del actual *maṣnaʿ,* se llegaba con facilidad a la amplia *biqāʿ* entre el Líbano y el Antilíbano (cf. M. Noth, ZDPV 72 [1956] 61s). Desde la parte superior del valle del Jordán podía también quien quisiera virar hacia el nordeste, orientándose hacia Damasco para desde allí dirigirse hacia el norte, separándose del Antilíbano por el borde interior de las tierras cultivables de Siria. La ruta preferida en la Antigüedad para subir desde la depresión jordánica era quizá un camino que atravesaba por montañas bastante abruptas entre el curso inferior del Yarmuk y la parte meridional del lago de Tiberíades, alcanzando la altura del *ǧōlān* cerca del actual *fīq;* este *fīq* corresponde, según todas las probabilidades, a la localidad antigua de Afeq, mencionada en 1 Re 20,26.30 y 2 Re 13,17, que parece haber tenido cierta importancia como escenario de las luchas entre arameos e israelitas, adquiriendo con ello un cierto valor como vía de tráfico. Desconocemos si ya desde los tiempos antiguos se utilizaba la ruta que es normal desde el período árabe: atraviesa el Jordán por el *ǧisr benāt yaʿqūb* (al sur del lago *ḥūle)* y lleva hasta *qunēṭra,* en el *ǧōlān.*

XI. Divisiones políticas de Palestina

1. *Período de independencia de Israel*

La división política de Palestina durante el llamado período de los Jueces consistía esencialmente en la yuxtaposición de las tribus israelitas y de las Ciudades-Estado «cananeas». Los territorios de las tribus israelitas, descritos más arriba (pp. 85ss), constituían el ámbito de la federación de las doce tribus, institución sagrada cuyo centro era un santuario; pero al mismo tiempo ese ámbito tenía cierta importancia política en cuanto reunía y aunaba a la población de las tribus israelitas. Junto a ellas vivían los «cananeos», divididos políticamente en pequeñas Ciudades-Estado independientes. Pese a esta situación de vecindad y mezcolanza en que israelitas y «cananeos» se encontraban, las relaciones entre ellos durante el período de los Jueces no fueron, al parecer, excesiva-

mente amigables ni peligrosamente hostiles, excepto en ciertos casos especiales, como, por ejemplo, al entrar la ciudad de Siquem en la liga de la tribu de Manasés. La situación cambió para los israelitas con la instauración de la monarquía. Es verdad que Saúl limitó por lo general su actividad a las tribus israelitas y a sus territorios, no ocupándose de las «ciudades cananeas» [55]. (Sobre este punto y los siguientes, cf. A. Alt, *Die Staatenbildung der Israeliten in Palästina* [Leipziger Dekanats-Programm 1930] = *Kleine Schriften* II [²1959] 1-65). La descripción del territorio gobernado por Išbaal, hijo y sucesor de Saúl, que nos da 2 Sm 2,9 [56] —aparte el hecho de que falta Judá, que en el entreacto se había pasado a David— ofrece un cuadro de la extensión de este primer reino israelita que se limita a las complicadas fronteras de los territorios de las tribus y resulta muy poco perfilado.

David sometió a su cetro las Ciudades-Estado «cananeas» y unió sus territorios con los dominios de las tribus israelitas, formando con ello una unidad política mayor; creó, pues, un *Estado territorial* palestino redondeado exteriormente, si bien en su interior no podía menos de entrañar tensiones entre israelitas y «cananeos». Prueba de ello es 2 Sm 24,6s, que presenta a los oficiales enviados por David para llevar a cabo un censo del pueblo recorriendo indistintamente los territorios israelitas y «cananeos»; ambos pertenecen ahora al reino de David. Por otra parte, la más o menos ambigua enemistad existente entre el grupo de tribus meridionales y los grupos tribales del centro y el norte llevó ya bajo David a una división política que afectó profundamente a la historia del período de los Reyes. Según 2 Sm 2,1-4a, David había aceptado la coronación como rey de Judá (incluyendo aquí «Judá», además de la tribu de Judá, las tribus más reducidas que vivían al sur de ésta [cf. p. 98]), mientras las tribus restantes habían reconocido como rey, a la muerte de Saúl, al hijo de éste, Išbaal. Sólo tras varios desórdenes y después de la muerte de Išbaal eligieron las tribus centroseptentrionales como rey a David (2 Sm 5,1-3). David, pues, llegó a reinar sobre la totalidad de las tribus israelitas mediante dos diferentes actos constitucionales; por tanto, en lo sucesivo habrá dos reinos distintos, por más que de momento permanezcan unidos bajo David y Salomón en la forma de una unión personal. A la muerte de Salomón desaparece esta unión personal. El reino meridional, más pequeño, lleva el apropiado nombre de «Judá»; el reino del norte, más extenso, reivindicó para sí el antiguo nombre inclusivo de «Israel», basándose en el hecho de que incluía la mayoría de las tribus israelitas. A partir de este momento, el término «Israel» tiene un significado doble. En la lengua religiosa siguió indicando la totalidad del pueblo de las doce tribus (incluida Judá), que como parte de la alianza con

[55] Al parecer, Saúl trató de someter sólo las ciudades cananeas sitas en el territorio de la tribu de Benjamín a la que pertenecía (cf. 2 Sm 4,3; 21,1). Se trata de las ciudades que, según Jos 9,17, mantenían una antigua relación de alianza con Benjamín.

[56] En vez de *ha-ʾašūrī* habría que leer *ha-ʾašĕrī;* según esto se trata, en términos generales, de la montaña de Galilea.

Yahvé permaneció como una unidad por encima de la división política; en el ámbito político se consagró el término «Israel» como designación oficial del Estado de Israel (frente al Estado de Judá). La frontera entre ambos Estados era al principio la misma que separaba los territorios de las tribus de Judá y Benjamín. La montaña judaíta, con partes de la *šᵉfēlā* y el *negeb,* constituía el Estado de Judá; la montaña de Samaría y la de Galilea —incluyendo también los territorios de las Ciudades-Estado cananeas situados en los bordes de estos montes— y la Transjordania israelita formaban el territorio del Estado de Israel. En el límite entre las tribus de Judá y Benjamín se hallaba la antigua Ciudad-Estado cananea de Jerusalén, que había conquistado David con sus mercenarios (2 Sm 5,6-9) para convertirla en su capital («la ciudad de David», 2 Sm 5,9); la circunstancia de su emplazamiento en terreno «neutral» entre los dos reinos (Judá e Israel) permitió a David gobernar «imparcialmente» a ambos, puesto que no pertenecía a ninguno de ellos (cf. A. Alt, *Jerusalems Aufstieg:* ZDMG 79 [1925] 1-19 = *Kleine Schriften* III [1959] 243-257).

Desde Jerusalén había gobernado David casi toda Palestina, tomando este término en el sentido más amplio. Al parecer, sólo los filisteos mantuvieron durante su reinado la independencia, si bien, según 2 Sm 5, 17-25 (8,1), los venció de modo definitivo, quebrantando para siempre su hegemonía en Palestina; sin embargo, se mantuvieron en sus cinco ciudades del sur de la llanura costera [57] y conservaron su antigua estructura política. Pero sometió, de una u otra manera, a los demás pueblos vecinos. Venció y sometió a Edom (2 Sm 18,13 *text. em.* [cf. BHK]; 1 Re 11,15s), rebajándolo a la calidad de provincia regida por un gobernador (2 Sm 8,14). Durante el reinado de Salomón, Edom logró en parte recobrar su independencia bajo una dinastía autóctona (1 Re 11,14-22 + 25 aβb *[text. em.])*. Sin embargo, a lo largo del período de los Reyes Edom perteneció en parte o en su totalidad al reino de Judá en calidad de provincia (1 Re 22,48-50; 2 Re 8,20-22; 14,7; 16,6). David permitió a Moab conservar su dinastía particular, pero en calidad de Estado vasallo obligado a pagar tributo (2 Sm 8,2); siguió dependiente de Israel hasta mediados del siglo IX, cuando el rey moabita Meša' consiguió de nuevo la independencia (2 Re 3,4-27), incorporando además a su reino parte del *belqa* (cf. la inscripción de la estela de Meša', p. 229). David sometió también a Ammón (2 Sm 10,1ss; 12,26ss) y ciñó la corona real de este país (2 Sm 12,30). Ammón recobró, al parecer, su independencia poco después de David o Salomón. Nos lo prueba, al menos para mediados del siglo IX, la inscripción del monolito del rey asirio Salmanasar III, que menciona a un rey de Ammón independiente (cf. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia* I, § 611). David erigió una provincia para los arameos con Damasco como sede del gobernador (2 Sm 8,6), pero no está claro cuáles de los pequeños Estados arameos del extremo nor-

[57] Sólo la ciudad filistea de Gat perdió poco después su independencia y, al menos temporalmente, perteneció al Estado de Judá (2 Cr 11,8).

oriental de Palestina fueron incluidos en ella. En todo caso, el gran reino de *'Aram-Ṣoba* se mantuvo probablemente independiente; al parecer, tras la derrota que David le infligió, se salvó mediante el pago de un tributo (2 Sm 8,7s; cf. 10,15-19). Bajo Salomón se constituyó en la provincia aramea un reino autóctono que puso las bases para un reino arameo que pronto había de hacerse poderoso (1 Re 11,23-25aα).

Sobre la división interna de los Estados de Israel y Judá poseemos un valioso documento de tiempos de Salomón. Según 1 Re 4,7-19, Salomón dividió el Estado de Israel en *doce distritos* (cf. la obra fundamental de A. Alt *Israels Gaue unter Salomo:* BWAT 13 [1913] 1-19 = *Kleine Schriften* II [²1959] 76-89). Cada uno de estos doce distritos debía proveer un mes al año con productos agrícolas y ganaderos a las necesidades de la corte de Jerusalén (4,7; 5,2.3.7.8). La enumeración de los distritos en 1 Re 4,8ss nos ofrece la imagen de la extensión territorial del Estado israelita bajo Salomón; al mismo tiempo nos muestra que las antiguas fronteras entre los dominios de las tribus israelitas y los territorios de las Ciudades-Estado «cananeas», fundidos entre sí para formar la estructura estatal, fueron tomadas en consideración al ser organizados los distritos. Algunos distritos estaban constituidos en el dominio de las tribus israelitas; así, el distrito de la «montaña de Efraín» (v. 8); el distrito de «Ramot de Galaad» (v. 13), en el territorio recientemente poblado por manasitas en el borde septentrional de la montaña del *'aglūn;* el distrito «Majanáyim» (v. 14), en el territorio efraimita también de reciente población en la Transjordania situada al sur del Yabboq; el distrito de «Neftalí» (v. 15), en la Galilea nororiental; el distrito de «Aser» (v. 16), en Galilea occidental; el distrito de «Isacar» (v. 17), en la Galilea sudoriental; el distrito de «Benjamín» (v. 18); el distrito del «país de Gad» [58] (v. 19a), en el *belqa.* Otros distritos comprendían territorios de Ciudades-Estado «cananeas»; así, los tres distritos de los vv. 9-11, los territorios de las Ciudades-Estado de la llanura costera y el distrito del v. 12, que incluye la llanura de Yizreel y la llanura del *nahr ǧālūd* (isr.: *ḥarod).* Debido a la falta de información, no sabemos si Salomón dividió también el territorio del Estado de Judá en doce distritos. Sólo en un período bastante posterior oímos hablar de una división de Judá en distritos (cf. pp. 112s).

El llamado «cisma político» sucedido a la muerte de Salomón (1 Re 12,1-24) significa sencillamente la separación de las dos partes, Israel y Judá, ya antes distintas políticamente y sólo unidas mediante un vínculo personal. Este hecho hizo, por otra parte, que la frontera entre ambas partes cambiara en algún punto; así, la tribu de Benjamín, que bajo David y Salomón pertenecía a «Israel», aparece de ahora en adelante integrada, con la mayor parte de su territorio [59], en el Estado de Judá. Para Jerusa-

[58] En vez de «Galaad», que aparece en el texto, debe leerse «Gad».

[59] La parte de Benjamín en la depresión del Jordán, con Jericó, se mantuvo en el Estado de Israel (1 Re 16,34); sin embargo, por la montaña la frontera entre los dos Estados hebreos seguía de cerca el límite septentrional del territorio de Benjamín.

lén, que quedó en manos de la dinastía davídida en el Estado de Judá y que se hallaba en el límite entre Israel y Judá, el territorio de Benjamín constituía una avanzadilla contra el vecino septentrional hostil: Israel (1 Re 11,32, donde «la otra tribu» alude a esta parte de Benjamín que «en atención a Jerusalén» debía permanecer con las davídicas). Con el nombre de «país de Benjamín» David constituyó, junto a «Judá» y «Jerusalén», un distrito especial bajo la soberanía de los davídidas (Jer 17,26; 32,44; 33,13). Por cuanto sabemos, sólo en una ocasión, durante el período de los Reyes, trató un rey de Israel de recobrar al menos parcialmente el territorio de Benjamín; según 1 Re 15,17ss, el rey Bašá de Israel, en el curso de la guerra contra el rey Asá de Judá, trató de convertir en fortaleza a la ciudad fronteriza de Ramá (actualmente *er-rām),* situada en la región central del territorio benjaminita, a unos 10 km al norte de Jerusalén; pero Asá solicitó ayuda del rey arameo de Damasco; Bašá tuvo, pues, que defenderse del rey damasceno dejando las manos libres a Asá. En consecuencia, Asá se puso a fortificar Guebá (hoy *ǧebaʿ),* a unos 11 km al norte-nordeste de Jerusalén, y Mispá (hoy *tell en-naṣbe),* a 12 km al norte de Jerusalén, que se convirtieron en fortalezas fronterizas de Judá; a partir de este momento la frontera entre Israel y Judá pasaba al norte de Mispá, cruzando la línea divisoria de las aguas y siguiendo luego hacia el sudeste, probablemente a lo largo del profundo y escarpado *wādi eṣ-ṣuwēnīt.* Por cuanto parece, esta línea fronteriza se mantuvo sin variar durante el resto del período de los Reyes. En todo caso, según 2 Re 23,8, todavía a fines del siglo VII era Guebá la ciudad fronteriza por el norte. No resulta fácil determinar el curso de la frontera de Israel y Judá al oeste de la línea divisoria de las aguas. Probablemente la ciudad de Quiryat Yearim (ár.: *dēr el-azhar,* junto a *el-qerye),* ya de antiguo aliada de Benjamín, perteneció después de la muerte de Salomón, durante la época monárquica, al Estado de Judá; al menos en 1 Cr 2,50ss y Jos 18,14 aparece habitada por judaítas. Más al oeste, ya en la *šᵉfēlā,* el Estado de Judá poseía, según 2 Cr 11,10 y 2 Re 14,11, las ciudades de Ayyalón (hoy *yālo)* y Bet-Šemeš (ár.: *tell er-rumēle,* junto a la fuente *ʿēn šems),* antiguas ciudades cananeas pertenecientes a Israel bajo David y Salomón. Esto quiere decir que los dos distritos meridionales de Israel durante el reinado de Salomón (1 Re 4,9.18) pasaron a Judá en su mayor parte a la muerte de este rey.

La división del Estado de Israel en doce distritos debió de mantenerse a la muerte de Salomón, si bien se realizarían algunos cambios accidentales en su estructura en razón de las mencionadas pérdidas territoriales. Algo más nos revelan las excavaciones americanas en Samaría, última capital del Estado de Israel, con el hallazgo de varias óstraca, probablemente del tiempo de Jeroboam II (publicados por Reisner-Fisher-Lyon, *Harvard Excavations at Samaria 1908-1910* [1924] I, 227-246, y II, ilustr. 55 [fotografía]). Se trata de recibos de suministros de vino y aceite procedentes de las viñas y olivares de las posesiones de la Corona, esparcidos aquí y allá en los alrededores próximos o más alejados de Samaría, la capital (cf. M. Noth, *Das Krongut der israelitischen*

Könige und seine Verwaltung: ZDPV 50 [1927] 211-244, y PJB 28 [1932] 54-67). Algunas de las óstraca llevan escrito el cantón en que se encuentra el dominio de la Corona. Probablemente estos cantones son subdivisiones del distrito de la «montaña de Efraín» [60]; al parecer, estas subdivisiones reflejan los límites históricos entre los territorios de los clanes israelitas y los territorios de las antiguas Ciudades-Estado. Los nombres de los cantones corresponden casi todos a la división en clanes de la tribu de Manasés, división que nos es conocida por Nm 26,30-36.

La lista de localidades de Jos 15,21-62; 18,21-28 (19,2-7) nos proporciona un documento de inestimable valor para conocer la organización interior del Estado de Judá. Como A. Alt ha demostrado *(Judas Gaue unter Josia:* PJB 21 [1925] 100-116), esta lista de localidades, dividida en una serie de secciones, proviene de un catálogo completo de los doce distritos del Estado de Judá con las poblaciones que incluían durante el reinado del rey Josías; por tanto, del último cuarto del siglo VII [61]. Las particularidades de esta división en distritos [62] nos muestran que, como era de esperar, la organización es anterior al reino de Josías y que, por otra parte, sólo pudo haberse llevado a cabo después de la muerte de Salomón, pues algunos distritos o parte de ellos se encuentran en territorios que pertenecieron al Estado de Judá sólo después de consumada la separación entre Israel y Judá. Por lo demás, también esta división en distritos depende de las antiguas fronteras. El distrito X [63] comprendía el dominio de la tribu de Judá propiamente dicho (cf. p. 86); el IX era un antiguo territorio de una Ciudad-Estado que probablemente fue muy pronto ocupado por la tribu de Judá. Los territorios colonizados por los judaítas, situados al oeste de la montaña en la *šᵉfēlā,* fueron incluidos en los distritos II y IV. El territorio de las tribus asentadas al sur de Judá, en la montaña (cf. pp. 98s), formaron los distritos VII y VIII (el distrito VIII parece haber abarcado especialmente el dominio de los quenitas [cf. p. 98, nota 42]). El distrito VI, situado al sur de éstos, había sido tal vez el territorio de una antigua ciudad cananea. El territorio de los seminómadas en el *negeb,* en cuanto dependía del Estado de Judá, constituía el distrito I, mientras que el distrito III estaba al parecer formado por la unión de los territorios de las ciudades cananeas de la parte sur de la *šᵉfēlā.* El territorio del distrito sudoccidental de 1 Re 4,9, que perteneció a Israel y fue incorporado a Judá tras la muerte de Salomón, constituía el núcleo del distrito V, que se

[60] Cf. 1 Re 4,8. Sólo un cantón *(šrq)* caía fuera de este distrito, en el distrito colindante por el oeste de 1 Re 4,10, situado en el borde interior de la llanura costera. Sobre este punto, cf. Maisler, *Der Distrikt šrq in den samarischen Ostraka:* JPOS 14 (1934) 69-100.

[61] Fr. M. Cross jr. y G. E. Wright, JBL 75 (1956) 202-226, proponen, coincidiendo en lo fundamental, la datación del siglo IX y una división algo diferente de los distritos. Especialmente no consideran perteneciente al sistema el distrito V, del que se trata en lo sucesivo.

[62] Cf. M. Noth, *Das Buch Josua* (²1953) 14.92ss. 111ss y 91 (mapa).

[63] La enumeración de los distritos sigue simplemente el orden de aparición en Jos 15,21ss. Este orden se basa en una sucesión geográfica algo inconsecuente.

amplió considerablemente hacia el noroeste mediante las conquistas del rey Josías, llegando hasta la región de Yafó (ár.: *yāfa)*. También los distritos XI y XII se encontraban en el territorio que había pertenecido a los israelitas por ser de la tribu de Benjamín. El distrito XI, que ahora incluía Jerusalén, comprendía el territorio que, según Jos 9,17, había sido de las Ciudades-Estado confederadas con Benjamín; el distrito XII radicaba en el dominio tribal de Benjamín, al este de la línea divisoria de las aguas. También este distrito se vio muy ampliado por las conquistas de Josías; a él pertenecían territorios que a la muerte de Salomón había conservado Israel, como la benjaminita Jericó y la efraimita Betel. La organización en distritos en la forma que nos ha sido transmitida presupone aproximadamente el estadio de expansión política de Josías que se refleja también en 2 Re 23,15-18.

Como puede apreciarse, tampoco en el Estado de Judá fue realizada sistemáticamente la división en distritos, sino que tuvo siempre en consideración las divisiones históricas antiguas del territorio del Estado.

2. *Período de dominación extranjera*

A partir del siglo VIII a. C., Palestina estuvo dominada por los grandes Imperios orientales; en consecuencia, se vio incorporada en el sistema de provincias a que estos pueblos sometían los territorios conquistados. El primero de dichos grandes Imperios fue Asiria; por ello la primera división de Palestina en provincias se debe al Imperio Asirio [64]. En el 733 a. C., Teglat-Falasar III arrebató al Estado de Israel todos los territorios del norte, oeste y este, dejando sólo la montaña de Samaría convertida en Estado vasallo dependiente, Israel; al mismo tiempo erigió los territorios anexionados en tres provincias. Unió la parte israelita de la montaña de Galilea con la llanura de Yizreel en una provincia, a la que dio el nombre oficial de «Meguiddó» (as.: *Magidu),* de acuerdo con el nombre de la ciudad que hizo capital [65]. La parte norte de la llanura costera, que hasta entonces había pertenecido al Estado de Israel, se convirtió en la provincia de «Dor» (as.: *Du'ru),* del nombre de su capital, según el uso común entre los asirios. La Transjordania israelita fue convertida en provincia asiria con el antiguo nombre de la región, «Galaad» [66]; probablemente, en el siglo VIII el territorio israelita al este del Jordán comprendía sólo el *'aglūn* y la parte norte del *belqa;* en consecuencia, también la provincia asiria de «Galaad» comprendió única-

[64] Cf. E. Forrer, *Die Provinzeinteilung des assyrischen Reiches* (1921), y A. Alt, *Das System der assyrischen Provinzen auf dem Boden des Reiches Israel:* ZDPV 52 (1929) 220-242 = *Kleine Schriften* II (²1959) 188-205.

[65] Esta provincia parece haberse extendido en el siglo VII al territorio de la llanura de Acre; probablemente entonces Acre reemplazó a Meguiddó como capital. Para mayor exactitud, cf. A. Alt, PJB 33 (1937) 67ss.

[66] El nombre asirio parece haber sido *Gal'aza;* sin embargo, la lectura no es segura. Cf. A. Alt, ZDPV 52 (1929) 239s.

mente estos territorios, pues la parte norte de Transjordania a ambos lados del Yarmuk y al norte de este río, aunque había formado siempre parte del territorio de Israel, pertenecía por aquel entonces al reino arameo de Damasco. Con la conquista de este reino por Teglat-Falasar III, el año 732, y la incorporación de su territorio en el sistema de provincias de los asirios, juntamente con el territorio del antiguo reino arameo en Transjordania septentrional, se crearon las provincias de *Qarnini* y *Ḥaurina.* La provincia de *Qarnini* —así nombrada por su capital Carnáyim (actualmente *šeḫ sa'd),* que conocemos por Am 6,13; 1 Mac 5,26.43.44; 2 Mac 12,21.26— comprendía probablemente todo el *ǧōlān* y la *nuqra;* la provincia de *Ḥaurina,* por su parte, incluyó la región del *ǧebel ed-drūz,* extendiéndose probablemente también más allá del Yarmuk [67]. En el año 721, el rey asirio Sargón II dio al traste con el resto del Estado de Israel, constituyendo en su territorio la provincia asiria —nombrada una vez más según la capital— de «Samaría» (as.: *Samerina);* a partir de este momento, el nombre de Samaría, que había sido únicamente el de la capital de los reyes de Israel (hebr.: *šōm^{e}rōn;* cf. 1 Re 16,24; hoy *sebaṣṭiye),* se convirtió en la denominación de toda la región montañosa de Efraín (así se emplea ya en 2 Re 23,19) y en término territorial «Samaría», que hasta hoy sigue siendo el más usual; como queda dicho, el hecho se debe a la costumbre asiria de llamar a las provincias de su Imperio con el nombre de su capital.

Tras las conquistas asirias del último tercio del siglo VIII, junto a estas provincias quedaban los Estados del sur de Palestina —Judá y los Estados filisteos al oeste, y Ammón, Moab y Edom al este— como Estados dependientes y vasallos, si bien conservaron sus dinastías locales. Esta situación de vasallaje se interrumpió sólo provisionalmente durante la confusión que siguió a la muerte de Sargón (705) y después durante el período de la decadencia y caída definitiva del poder asirio, en el último tercio del siglo VII. Durante algún tiempo residió en la ciudad filistea de Ašdod el gobernador asirio (cf. Forrer, *op. cit.,* p. 63), pero, por lo general, las ciudades filisteas fueron territorios vasallos gobernados por sus propios reyes.

Los herederos del poder asirio en Siria y Palestina, primero el Imperio neobabilónico (605-538) y luego el Imperio persa (538-333), aceptaron sencillamente el sistema de provincias instaurado por los asirios [68]; sólo en algunos puntos lo ampliaron algo más. Sobre las medidas neobabilónicas a este respecto sabemos por desgracia muy poco; nos interesa sobre todo lo que se refiere a la suerte del Estado de Judá. Después de la primera toma de Jerusalén por Nabucodonosor (597), el Estado de Judá quedó, como vasallo del Imperio de Babilonia, gobernado por un nuevo

[67] El Jaurán aparece en Ez 47,16.18. Parece referirse a esta misma provincia asiria, pues los nombres de otras provincias asirias se dan en este contexto.

[68] El avance del rey Josías en la provincia asiria de Samaría (2 Re 23,19) y, aún más allá, en la provincia de Meguiddó (2 Re 23,29) y en la provincia de Transjordania (cf. M. Noth, ZAW N.F. 19 [1944] 52) fue un simple episodio clausurado a la muerte de este rey.

rey y conservando sus anteriores fronteras [69]. Tras la segunda toma de Jerusalén por Nabucodonosor (587), el Estado de Judá perdió el último residuo de independencia; se eliminó la dinastía davídida y las clases sociales más altas fueron deportadas a Babilonia; sin embargo, no se asentó una aristocracia traída de otras regiones para llenar el vacío, como había ocurrido bajo los asirios en el Estado de Israel. Al parecer, los babilonios establecieron sólo una organización provisional en el malhadado reino de Judá; probablemente no erigieron una provincia especial sobre un territorio tan reducido; les bastaría con someterlo al gobernador de la vecina provincia de Samaría; así se explicaría la actuación del gobernador y de las autoridades de Samaría a principios del período persa, al constituirse la comunidad posexílica sobre el territorio del antiguo Estado de Judá (más detalles en A. Alt, *Die Rolle Samarias bei der Entstehung des Judentums,* en *Hom. a Otto Procksch* [1934] 5-28 = *Kleine Schriften* III [²1959] 316-337).

Los persas fueron los primeros en establecer una organización en parte diversa. Darío I (521-485) creó la bien conocida división del gran Imperio persa en satrapías [70]. Palestina y Siria fueron unidas para formar la gran satrapía que Herodoto (III, 91) llama «quinta»; en el arameo imperial, la lengua oficial del Imperio persa especialmente para las partes occidentales y sudoccidentales, se la denominó *ʿabar nahʾra* («allende el Río», es decir, el Éufrates) o Transeufratina; cf. Esd 4,10ss; 5,3.6; 6,6.8.13; 7,21.25. En las grandes inscripciones trilingües —persa, babilonio, elamita— de los reyes persas aparece esta designación en el texto babilónico como *Ebirnari,* mientras los textos persa y elamita presentan sorprendentemente el término correspondiente de «Asiria»; como puede observarse, el término «Asiria» sufre aquí una evidente transformación [71].

Dentro del gran marco de la extensa satrapía, las diferentes provincias, creadas en su mayor parte durante el período asirio, conservaron probablemente su anterior estructura; únicamente en el sur de Palestina erigieron los persas provincias de nueva planta. Así, bajo Artajerjes I (465-424), Judá quedó constituida en provincia independiente, siendo enviado (Neh 2,1ss), el año 445 a. C., Nehemías como gobernador (hebr.: *peḥā:* Neh 5,14 *[text. em.]* etc.). El libro de Nehemías, especialmente Neh 4,15, nos informa algo sobre las provincias vecinas, probablemente también erigidas por los persas (cf. A. Alt, PJB 27 [1931] 66-74 = *Kleine Schriften* II [²1959] 338-345). Al oeste de Judá estaba situada la provincia de «Aŝdod», que toma nombre de su capital, erigida

[69] Sobre los acontecimientos registrados en Jerusalén y Judá el año 598-597, confróntese M. Noth, ZDPV 74 (1958) 133-157.

[70] Cf. O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande von 520-320,* en *Schriften der Königsberger Gelehrten Gesellschaft, Geisteswissentschaftliche Klasse,* año 11, cuaderno 4 (1935).

[71] Cf. la inscripción mural de Darío I en el palacio real de Susa (Fr. W. König, *Der Burghau zu Susa:* MVÄG 35 [1930] 1, § 6, pp. 32, 39, 43). El uso persa-elamita de Asiria como designación de la satrapía occidental explica probablemente el nombre de «Siria», que los griegos aplicaron aproximadamente al mismo territorio. Confróntese Galling, ZDPV 61 (1938) 85ss.

sobre el territorio de los antiguos Estados filisteos; ya durante la dominación asiria había sido sede del gobernador asirio (cf. p. 115). Al este nos encontramos la provincia de «Ammón», cuyo territorio se extendía desde el antiguo país de los ammonitas (cf. p. 96) hasta el Jordán, por el oeste, incluyendo también la parte norte del *belqa.* Al este del mar Muerto estaría situada la provincia de «Moab»; nada nos dice sobre ella Nehemías, debido a que no lindaba con Judá. Al sur de Judá, en la parte meridional de la montaña de Judá y en el Négueb, estaba la provincia que, según parece, durante algún tiempo se llamó «Arabia» (cf. p. 99); posiblemente en el tardío período persa fue unida al antiguo país de los edomitas, situado al este del *wādi el-ʿaraba,* para formar una unidad administrativa con el nombre de «Idumea» = «Edom» (cf. M. Noth, ZDPV 67 [1944/45] 62s).

Alejandro Magno derribó el Imperio Persa. Después de la batalla de Issos, en el año 333 a. C., Siria y Palestina cayeron en su poder. A la muerte de Alejandro y después del desorden por ella originado, Palestina pasó a depender, el 301, de los Tolomeos, establecidos en Alejandría. Nada importante sabemos sobre la división de Palestina bajo la dominación tolomeica; ni siquiera nos dicen algo los llamados «papiros de Zenón», documentos comerciales de Apolonio, ministro de Hacienda de Tolomeo II, cuyas transacciones comerciales se extendieron también a Palestina. Sin duda, los Tolomeos dividieron Palestina en νομοί, como era habitual entre ellos.

En el año 198 a. C., como resultado de la batalla de Paneas (hoy *bānyās,* en la falda del Hermón), cayó Palestina en poder de los Seléucidas, cuya capital era Antioquía de Siria. El Imperio seléucida estaba dividido en «satrapías»; no podemos precisar más detalles a falta de una terminología constante. Palestina pertenecía a la satrapía de «Celesiria y Fenicia». Al parecer, las satrapías estaban divididas en «partes» (μερίδες), que correspondían aproximadamente a las provincias asirias. Las unidades más pequeñas eran las «toparquías», que en Palestina (cf., por ejemplo, 1 Mac 11,28 con 34) se llamaban νομοί, como en el período de los Tolomeos (cf. E. Bikerman, *Institutions des Séleucides* [1938] 197ss; también, U. Kahrstedt, *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit* [1926] 46ss). La división en toparquías pervivió en el Estado asmoneo que surgió de las luchas por la liberación de los Macabeos contra Antíoco IV Epífanes (175-164). Comenzando por Judea, con el tiempo el Estado asmoneo sometió a su poder la mayor parte de Palestina al oeste y al este del Jordán (cf. Kahrstedt, *op. cit.,* mapas IIb, IIIa).

Por fin, con la llegada de Pompeyo a Palestina, el año 63, comenzó el período de dominación romana en la región. Los romanos gobernaron al principio mediante un sistema de Estados y territorios de ciudades vasallos. Ciudades vasallos eran las ciudades helenísticas de la costa mediterránea y las ciudades de la Decápolis (Mt 4,25; Mc 5,20; 7,31), en Transjordania, que incluía la ciudad cisjordana de Escitópolis (= Bet-Šan, *bešān).* La transición a provincias se dio con la erección de la provincia procuratoriana de «Iudaea» el año 6 d. C., después de la deposición de

Arquelao, hijo de Herodes el Grande. La capital y sede del procurador fue Cesarea, situada en la costa del Mediterráneo, fundada por Herodes. Estas provincias se articulaban en territorios de ciudades y de colonias, dominios, tierras de legiones y similares. Sobre el sistema provincial romano en la fase avanzada de su desarrollo, cf. M. Avi-Yonah, *Map of Roman Palestine:* QDAP 5 (1936) 139-193 y mapa.

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGIA DE PALESTINA

Capítulo I

INTRODUCCION A LA ARQUEOLOGIA DE PALESTINA

XII. Arqueología de Palestina: concepto e historia

1. *Concepto*

Empleamos el término arqueología no ya en el sentido general de «estudio de la Antigüedad», que es su significación etimológica; tal es el sentido que le da Josefo en su historia del pueblo de Israel, que tituló ἀρχαιολογία. Actualmente se emplea el vocablo como término técnico para designar el estudio de los restos *materiales* de culturas e historias remotas; el término tiene, por tanto, un sentido más restringido [1]. Así entendida, la arqueología constituye una rama especial dentro de las ciencias de la Antigüedad, paralela al estudio de los documentos literarios. La arqueología de Palestina será, pues, la ciencia que estudie las huellas que de la intrincada historia de este país tenemos o podemos encontrar. Como en cualquier otra región, el devenir humano, desde sus momentos iniciales, ha ido dejando tras sí vestigios en cuanto la consistencia de los restos ha permitido su conservación a través de siglos y milenios. Entre estos restos encontramos desde los más antiguos y más toscos instrumentos de los primitivos habitantes, cazadores o pescadores, pasando por las ruinas de los asentamientos de los tiempos antiguos, todavía reducidos y sencillos, hasta los restos de grandes construcciones y de creaciones artísticas de refinadas culturas. Estas reliquias narran aún hoy la historia del país, en las variadas etapas que culminan en los tiempos actuales, a quien sabe interpretar su lenguaje, si bien lo hacen con balbuceos intermitentes y sólo desde el punto de vista del desarrollo cultural. Los restos arqueológicos, por tanto, constituyen a su manera una fuente de información para la investigación histórica que, una vez descubierta, no puede ni debe ser ignorada. Tampoco al estudio de la historia bíblica le está permitido

[1] En la segunda mitad del siglo pasado solía aplicarse el término «arqueología» a las descripciones de la historia de la cultura, basadas principalmente en las fuentes literarias, o a la explicación de las costumbres e instituciones cuyo conocimiento era importante para la exégesis bíblica. Hoy hemos de evitar este uso.

pasar por alto los abundantes hallazgos y enriquecedoras conclusiones de la arqueología de Palestina. Esta se ha convertido en una ciencia auxiliar imprescindible para el conjunto de la historia de Palestina, incluyendo su pasado bíblico.

2. *Historia*

La investigación veterotestamentaria no puede, menos que ningún otro estudio, pasar por alto la arqueología de Palestina, puesto que el interés por la historia bíblica fue el motor de los trabajos arqueológicos en Palestina y durante mucho tiempo dirigió los esfuerzos de los arqueólogos; aún hoy día esta motivación reviste una importancia considerable. El interés por las antigüedades bíblicas del país se ha mantenido desde los primeros siglos de la Iglesia cristiana, desde que los peregrinos cristianos comenzaron a recorrer el país buscando los «santos» lugares que aparecen en el Antiguo y Nuevo Testamento y tratando de enlazar lo que allí encontraron con las narraciones bíblicas. Se trata de un estadio preliminar de la arqueología, cuya finalidad consiste esencialmente en examinar la situación local, basándose en tradiciones exactas o erróneas, para enlazar las observaciones y los datos recogidos en el lugar con el contenido de las tradiciones documentales.

El trabajo arqueológico científico en el suelo de Palestina empezó por los años sesenta del siglo XIX. Era la prolongación de excavaciones más antiguas en las más extensas y culturalmente más ricas regiones y zonas del Nilo y de Mesopotamia. La actividad arqueológica, como era de esperar, se inició en Jerusalén; se esperaba que en esta ciudad, de tan elevado predicamento histórico, saldrían a la luz restos correspondientes a su glorioso pasado. Pero esta expectación no ha llegado a confirmarse; en Jerusalén, ciudad destruida con frecuencia, una y otra vez levantada sobre el antiguo emplazamiento y actualmente habitada, los hallazgos arqueológicos han sido sumamente fragmentarios e inconexos; en estas condiciones, los resultados aquí obtenidos difícilmente pueden constituir la base de una historia cultural del país justificada arqueológicamente o servir de asiento para apoyar el valor bíblico e histórico de los hallazgos individuales.

El trabajo arqueológico sistemático sólo comenzó cuando el inglés Flinders Petrie comenzó a cavar en el año 1890 en la deshabitada colina de ruinas *tell el-ḥesi,* sita en la llanura costera, a unos 25 km al este de Gaza, añadiendo a este trabajo los de estudiar escrupulosamente las características de cada uno de los estratos culturales sobrepuestos en una sección del *tell* y tomar nota de los pequeños objetos desprovistos de valor cuya significación no resultaba clara a primera vista. Petrie dedicó una atención particular a los objetos de barro cocido (cerámica), por lo general reducidos a cascotes, que iban apareciendo en grandes cantidades, y que presentan características diferentes en diversos períodos culturales. Flinders Petrie introdujo así el estudio de la cerámica en la arqueología

palestinense. Es muy fácil encontrar cerámica abundante en los lugares de establecimientos humanos antiguos; ella sirve de criterio para fijar la antigüedad de los diversos establecimientos y de los estratos de cada asentamiento. La cerámica, cuyas características y estilo varían de un período a otro, es desde entonces uno de los indicadores más importantes para la determinación de los establecimientos antiguos. Podemos, pues, decir que con la excavación del *tell el-ḥesi* la arqueología de Palestina comenzó a valerse por sí misma. Aquí se emprendió por vez primera una excavación libre de la preocupación de conseguir hallazgos prefijados por las tradiciones literarias (bíblicas) sobre un determinado lugar [2]; el objetivo perseguido era examinar uno de los establecimientos antiguos —aun cuando la excavación resultara incompleta y de tanteo— para hacerse con los restos antiguos que allí se encontraban. De este modo, el trabajo arqueológico comenzó a liberarse de su dependencia con respecto a los documentos literarios y a andar su propio camino. Había encontrado su objetivo: coleccionar, comparar y explicar los descubrimientos arqueológicos a la luz de la confrontación directa de los datos con independencia de los documentos literarios, si bien se mantenía el interés por la historia del país conocida a través de la tradición literaria. Ya antes de la Primera Guerra Mundial siguió a la del *tell el-ḥesi* toda una serie de excavaciones de antiguas colinas de ruinas en diversas zonas de Palestina, llevadas a cabo por diferentes naciones. Después de la Guerra Mundial se desarrolló una afanosa actividad excavadora, con técnicas en constante progreso, sostenida por asociaciones e instituciones de muchas naciones. La Segunda Guerra Mundial interrumpió casi totalmente este trabajo; terminada la contienda, se vio renovada la actividad arqueológica, ahora ya con la participación de los Estados independientes que se habían formado en el suelo de Palestina y sus Departamentos de Antigüedades [3].

La arqueología de Palestina es actualmente una disciplina autónoma. Ha sacado a luz tal cantidad de material que ya en este momento es posible esbozar a grandes rasgos una imagen bastante completa —aunque no carente de lagunas y en muchos detalles necesitada de nuevas pruebas e incluso de correcciones— del desarrollo cultural del país a lo largo de su historia plurimilenaria sin recurrir constantemente a la ayuda de noticias literarias. Desde esta posición de independencia, la arqueología no representa un valor accidental para el conocimiento de la historia de Palestina. Al contrario, constituye hoy una fuente de conocimiento relativamente independiente, paralela a la tradición literaria. En la mayoría de los casos es posible determinar una datación segura para los descubrimientos dentro de un reducido espacio de tiempo basándose en hallazgos puramente

[2] Se decidió excavar *tell el-ḥesi* porque se suponía —equivocadamente— que se trataba de la colina de ruinas de la ciudad de Lakiš, conocida por el Antiguo Testamento, pues se pensaba en la equivalencia de los nombres *tell el-ḥesi-Lakiš*. Pero esta idea no afectó de hecho a la excavación.

[3] Por lo que se refiere al Estado de Israel, cf. la visión panorámica de S. Yeivin, *A Decade of Archaeology in Israel 1948-1958* (Publications de l'Institut Historique et Archéologique de Stambul VIII; 1960).

arqueológicos. Por ello, actualmente se puede determinar la importancia histórica de estos descubrimientos con muchas mayores probabilidades de estar en lo cierto que cuando se buscaban hallazgos arqueológicos que correspondieran al dato literario sin considerar suficientemente la estratificación ni las conexiones arqueológicas. El resultado desembocaba a menudo en identificaciones precipitadas que no mucho más tarde había que reprobar como falsas.

XIII. Bibliografía sobre la arqueología de Palestina

Los resultados del trabajo arqueológico en Palestina han sido publicados en un sinnúmero de escritos y artículos que no podemos presentar aquí. Existen por lo general extensas publicaciones para las excavaciones más importantes; algunas de ellas serán mencionadas después (cf. XV) en su contexto particular. Series de artículos, en su mayoría de contenido arqueológico, son *The Annual of the Palestine Exploration Fund* (PEF Ann), que comprende seis volúmenes, de 1911 a 1953 *, también *The Annual of the American Schools of Oriental Research* (AASOR), que aparece en principio cada año desde 1920. Durante el mandato británico se publicó *The Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine* (QDAP), desde 1931. Desde 1951 sale en Jordania *The Annual of the Department of Antiquities of Jordan,* y en Israel la revista *'Atiqot. The Journal of the Israel Department of Antiquities,* desde 1955. Informes corrientes preliminares sobre excavaciones y noticias de investigaciones menores han aparecido y siguen apareciendo en las revistas mencionadas *supra* I, 3.

Síntesis de los resultados del trabajo arqueológico en forma de descripciones ordenadas por orden cronológico sobre cada uno de los períodos culturales, desde los comienzos de la civilización hasta el período romano-bizantino, pueden encontrarse en P. Thomsen, *Palästina und seine Kultur in fünd Jahrtausenden,* en *Der Alte Orient,* vol. 30 (1931), con una serie de ilustraciones y láminas; C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas* I (1933) y II (1935), igualmente con abundante material ilustrativo; W. F. Albright, *The Archaeology of Palestine* (primera edición en 1949; desde entonces han aparecido otras ediciones y traducciones en varias lenguas; en castellano: *Arqueología de Palestina* [Barcelona 1962]), K. M. Kenyon, *Archaeology in the Holy Land* (1960; en castellano: *Arqueología en Tierra Santa* [Barcelona 1963]); K. Calling, en *Biblisches Reallexikon (Handbuch zum Alten Testamente,* 1.ª Serie 1 [1937]), presenta y explica los hallazgos desde 1800 a. C. aproximadamente hasta el período helenístico-romano bajo un número elevado de entradas dispuestas alfabéticamente, explicadas y enriquecidas con abundantes ilustraciones

* Esta serie se continúa en la actual *Palestine Exploration Quarterly* (PEQ). (N. del E.).

del texto. Se hallará abundante material arqueológico en G. E. Wright, *Biblical Archaeology* (1957; traducción española: *Arqueología bíblica* [Madrid, Cristiandad, 1975]), dentro del marco de una historia de Israel basada en los resultados arqueológicos. De modo semejante describen los resultados de la arqueología los «atlas de la Biblia» mencionados en I, 3. Pueden encontrarse muchas ilustraciones de los descubrimientos arqueológicos, ordenados a modo de presentación de una historia cultural de Israel, en I. Benzinger, *Hebräische Archäologie*[4] (Angelos-Lehrbücher, ^{3}1927). Toda una serie de hallazgos arqueológicos en imágenes, con la correspondiente explicación, la tenemos en H. Gressmann, *Altorientalische Bilder zum Alten Testament* (^{2}1927). Ordenada de un modo semejante, pero más rica en material, es la extensa obra de J. B. Pritchard *The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament* (1954). St. A. Cook, *The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archaeology (The Schweich Lectures on Biblical Archaeology* [1925]) (1930) trata el material arqueológico palestinense desde un punto de vista particular; W. F. Albright, *Archaeology and the Religion of Israel* (1942; traducción alemana: *Die Religion Israels im Lichte der archäologischen Ausgrabungen* [1956]). Una excelente panorámica del resultado de la arqueología en relación con los relatos literarios del Antiguo Testamento es la que ofrece A.-G. Barrois, *Manuel d'archéologie biblique* I (1939) y II (1953). La arqueología de Palestina aparece englobada en una gran visión de conjunto del desarrollo espiritual de la humanidad en la obra de W. F. Albright *From Stone Age to Christianity: Monotheism and the Historical Process* (1940; en castellano: *De la Edad de Piedra al Cristianismo* [Santander 1959]).

Un breve estudio del estado actual de los resultados de la arqueología de Palestina nos lo ofrece G. E. Wright, *The Archaeology of Palestine (The Bible and The Ancient Near East. Essays in Honor of William Foxwell Albright* [1961]) 73-112. Los lugares de la moderna Jordania que conservan antigüedades aparecen en el *Archaeological Map of the Hashemite Kingdom of the Jordan* (1949-50) en 3 folios, 1 : 250.000.

XIV. Períodos culturales de Palestina y características principales

Para quien quiera examinar los restos materiales del pasado en un país como Palestina, con una historia larga y azarosa, es aconsejable ante todo que trate de orientarse, por lo menos de un modo global, en lo que ha de ocuparle; es decir, deberá conseguir una idea de los múltiples fenómenos históricos y de las variadas circunstancias por las que el país ha atravesado, de los diversos monumentos y otras huellas que cada una de

[4] El término «arqueología» se emplea todavía aquí en el sentido expuesto antes, página 121, n. 1.

estas épocas ha dejado tras sí en el suelo de la región. Palestina no ha vivido aislada en ningún momento de la historia; en cualquier período histórico se vio englobada en círculos culturales más amplios dentro del área mediterránea, que enlazaron las regiones particulares, especialmente la mitad oriental del país; por eso encontramos en el suelo de Palestina una enorme cantidad de manifestaciones que nos son bien conocidas por otros países. Este hecho facilita una orientación previa a la hora de explicar la diversidad de objetos que el pasado ofrece al observador de Palestina. En lo que sigue invertimos el desarrollo histórico, partiendo de la época actual hacia atrás, para hacer ver cómo los períodos históricos individuales se presentan con su cargamento de antigüedades ante la pala del arqueólogo.

1. *Período turco*

Dejando de lado las décadas que siguieron a la Primera Guerra Mundial, con la extremadamente rápida europeización y americanización de la vida y de la cultura, especialmente en las ciudades grandes —cuyas características se reconocen con facilidad—, la última época histórica con significación propia es el período del dominio turco, que duró exactamente cuatrocientos años [5]. A este período pertenece, como es natural, la mayor parte de lo que puede verse en los establecimientos habitados o los que hasta hace poco estuvieron ocupados, así como la mayoría de las mezquitas [6] y de los monumentos funerarios musulmanes [7] que están en pie. Esto es aplicable incluso al actual recinto amurallado del casco antiguo de Jerusalén [8], si bien se afianza sobre cimientos más antiguos; es aplicable igualmente a la mayor parte de las iglesias todavía abiertas y a las fundaciones de las diferentes confesiones cristianas, que en la mayoría de los casos tuvieron su origen no antes del siglo XIX [9]. Las construcciones características de este período que poseen algún relieve son bastante escasas, pues Palestina era sólo una región periférica de menguada importancia para el Imperio turco.

[5] Selim I, sultán de los turcos otomanos, conquistó Palestina en el invierno de 1516-1517; en 1917 y 1918 ocuparon los ingleses el país en varias etapas.

[6] Valgan como ejemplos las ilustraciones de Ebers-Guthe, *Palästina* I (1882) 92, 201, 257, 273, 303, 322; II, 152.

[7] Cf., por ejemplo, Guthe, *Palästina* (²1927) ilustr. 68.69 (en color); *64 Bilder aus dem Heiligen Lande,* pp. 11, 15 (ambas en color).

[8] Cf. Guthe, *op. cit.,* ilustr. 38 (en color), 117.

[9] Incluso el exterior de la actual iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén no se remonta, en su mayor parte, más allá del año 1808, cuando fue destruida por un incendio.

2. *Sultanato mameluco*

Durante el período de los sultanes mamelucos [10], que ejercieron la soberanía sobre Palestina desde sus capitales de El Cairo y Damasco a partir de mediados del siglo XIII, Palestina tuvo también un papel secundario. En lo referente a restos de este período puede decirse lo mismo que para el anterior. Son testigos de esta época algunos edificios como la «Mezquita Blanca» de la ciudad de *er-ramle,* en la llanura costera, cuyo alminar [11] se divisa aún hoy desde lejos, y los puentes sobre el Jordán, cambiados y reparados posteriormente: el *ǧisr benāt ya'qūb* [12], entre el lago *ḥūle* y el de Tiberíades; el *ǧisr el-muǧāmi'* [13], en el extremo inferior del lago de Tiberíades, y el *ǧisr ed-dāmiye,* actualmente junto a la desembocadura del Yabboq.

3. *Las Cruzadas*

Palestina había sido, de modo muy diferente, el centro de interés durante el período inmediatamente precedente, de dominio occidental. Jerusalén fue tomada por vez primera por el ejército cruzado el año 1099 d. C.; el 1291 los Cruzados perdieron frente al sultán mameluco la ciudad de Acre, el último baluarte en suelo palestino. Este período, que abarca casi doscientos años, ha dejado tras sí un número notable de construcciones, que, por lo general, se encuentran actualmente reducidas a ruinas [14]. El estilo empleado en tales construcciones, occidental, concretamente gótico primitivo, con elementos tan típicos como el arco ojival y otros, las hace fácilmente reconocibles. Se trata, en primer lugar, de iglesias [15], como la de Santa Ana en la ciudad vieja de Jerusalén [16] o la de San Juan en la actual *sebaṣṭīye* [17], emplazamiento de la antigua Samaría, o la iglesia de los Cruzados en la moderna Caratiarín *(Qiryat Y^ec^ārīm;* ár.: *el-qerīye),* al oeste de Jerusalén [18]. Otras construcciones son

[10] Sobre esta y las siguientes secciones, cf. R. Hartmann, *Palästina unter den Araben 632-1516* (Das Land der Bibel I, 4; 1915), y las partes correspondientes en P. K. Hitti, *History of Syria Including Lebanon and Palestine* (²1957) 407ss.

[11] Fotografiado en Guthe, *op. cit.,* ilustr. 83 (en color). Cf. también los exactos planos y secciones de Mayer-Pinkerfeld-Hirschberg-Maimon, *Some Principal Muslim Religious Buildings in Israel* (Jerusalén 1950) láms. 19-21.

[12] Cf. Abel, *Géographie de la Palestine* I, lám. XV,1.

[13] Abel, *op. cit.,* 164, fig. 8 (diseño); PJB 2 (1906) lám. 2,2 (fotografía).

[14] El mapa publicado en 1938 por el Survey of Palestine, *Palestine of the Crusades. A map of the country on scale 1 : 350 000 with historical introduction and gazetteer* (C. N. Johns), localiza los establecimientos de los Cruzados y sus diversas instituciones en Palestina.

[15] Los Cruzados, como es natural, construyeron también en el santuario más importante del país, la iglesia del Santo Sepulcro; restos de su construcción pueden verse aún hoy *in situ.*

[16] Fotografiada en G. Schöne, *Jerusalem* (1961) ilustr. 21.

[17] Cf. el diseño en Ebers-Guthe, *op. cit.,* I, 269.

[18] Cf. R. de Vaux-A. M. Steve, *Fouilles à Qaryet el-'Enab Abu Gôsh Palestine* (1950) 95ss, láms. I.II.XII.

fortificaciones de ciudades, como las murallas de Cesarea [19] y Acre [20], o castillos de nobles y fortalezas de órdenes militares, como el *Castellum Peregrinorum* («Castillo de los Peregrinos»; hoy *ʿatlīṯ*, en la costa, entre Cesarea y el promontorio del Carmelo) [21], que perteneció a los Templarios, y la fortaleza de Montfort (ár.: *qalʿat el-qurēn)*, al nordeste de Acre, en los montes de Galilea occidental, propiedad de la Orden Teutónica desde 1229 [22]. El gran castillo *Qalʿat er-rabaḍ,* que puede divisarse a distancia considerable, colocado sobre un elevado cerro en las inmediaciones de la localidad de *ʿaǧlūn,* al oeste, fue construido inmediatamente después de la caída de los Cruzados en el estilo de éstos. Fortalezas y castillos de la época de los Cruzados, reflejo del modo de vida feudal y caballeresco del tiempo, pueden encontrarse en muchos puntos del país. Eran las sedes de la nobleza «franca» [23]. Tenemos ejemplos en *kōkab el-hawā,* una elevación entre el lago de Tiberíades y *bēsān,* emplazamiento de la fortaleza cruzada de *Belvoir;* también *qāqūn,* en la llanura costera, al sudeste de Cesarea, que corresponde al *Caco* del tiempo de las Cruzadas, y la elevada cumbre de *ṣūba* (isr.: *ṣoba),* en la montaña de Judea, al oeste de Jerusalén. Así, pues, la época de los Cruzados ha dejado numerosas y características huellas de su vida y actividad en Palestina, si bien las más firmes fortalezas no se encuentran aquí, sino más al norte, en Siria.

4. *Dominación árabe*

Al período de los Cruzados precedió la época de la dominación árabe sobre Palestina, que se divide en sucesivas dinastías, comenzando con la conquista árabe del país de 634-640 d. C. Primero fueron los Omeyas, que residían en Damasco; a éstos siguieron, después del año 750, los Abasíes, con residencia en Bagdad; por fin, a partir de la segunda mitad del siglo x, gobernó el país la dinastía Fatimí, cuya capital era El Cairo [24]. El período de los Omeyas y los primeros tiempos de los Abasíes constituyen la época de esplendor de la historia islámica antigua; la decadencia empezó ya durante el gobierno de esta segunda dinastía, y a partir de este momento las huellas que quedan de la dominación árabe en Palestina apenas merecen mención. Del período omeya data la magnífica construcción de la «Cúpula de la Roca» (ár.: *qubbet eṣ-ṣaḫrā)* en Jerusalén [25],

[19] Cf. Ebers-Guthe, *op. cit.* II, 127, 129, 131, 133.

[20] Cf. Dalman, *Hundert deutsche Fliegerbilder aus Palästina* (1925) n.° 60.

[21] Ebers-Guthe, II, 119, 121, 123; Hommel-Schneller, *Durchs Gelobte Land,* ilustración 8.

[22] Range, *Montfort:* ZDPV 58 (1935) 84-89, con ilustr. 8-10.

[23] En los países de lengua árabe, este adjetivo se aplica desde el tiempo de las Cruzadas hasta hoy a todo lo occidental.

[24] Omito los detalles de la historia de estas dinastías; cf. R. Hartmann, *op. cit.*

[25] Fotografiada en muchas obras; cf., por ejemplo, Guthe, *Palästina* (2.ª ed.) ilustr. 6.105 (interior). 107; *64 Bilder aus dem Heiligen Lande,* 57.64 (ambas en color); Hommel-Schneller, ilustr. 31; Dalman, *Hundert deutsche Fliegerbilder,* números 5.6 (todo el recinto sagrado).

erigida sobre la roca sagrada que desde tiempos remotos había sido el lugar más santo de Jerusalén. Al principio, antes de que La Meca y Medina cayeran en poder de los Omeyas, se pensó en la Roca como santuario rival de aquellos centros del Islam; posteriormente y hasta el día de hoy se ha mantenido, junto a La Meca y Medina, como el más importante lugar sagrado de los musulmanes. La Cúpula de la Roca es el más espléndido monumento del período islámico antiguo que se conserva en el suelo de Palestina. A su lado, y de la misma época, quedan en Palestina algunos palacios fortificados que sirvieron de residencia a los gobernadores y grandes; así el castillo de *mšetta,* situado en el borde oriental de la tierra cultivable de Transjordania, al sudeste de *'ammān* [26]; igualmente el palacio-fortaleza que ocupaba el lugar de la *ḫirbet meṭǧir* en la depresión del Jordán, al norte de Jericó [27], y la fortaleza de *ḫirbet el-miniye,* en la orilla noroccidental del lago de Tiberíades [28]. Restos de un antiguo *ḫān* árabe de mediados del siglo IX y una posada en la ruta de Jerusalén a la llanura costera occidental han sido descubiertos e identificados en Caratiarín (ár.: *el-qerīye)* [29].

5. *Período bizantino*

El impacto del Imperio bizantino sobre Palestina fue mayor que el del período árabe que le siguió, pues afectó al conjunto de toda la vida en el país. Abarca desde el emperador Constantino hasta la conquista árabe del país y podemos definirlo como el período de la Iglesia antigua en Palestina. Se caracteriza, pues, ante todo por las construcciones de iglesias, cuyo estilo bizantino las distingue fácilmente de las de la época de los Cruzados y de las modernas. Se trata de magníficas construcciones imperiales. Así, Constantino mandó construir sobre el lugar del Santo Sepulcro en Jerusalén la basílica de la Anástasis (de la «Resurrección»), de la cual quedan *in situ* escasos y pálidos restos; una imagen aproximada de su forma original puede sacarse de la representación que ofrece el mosaico geográfico [30], de época bizantina, que se conserva en una iglesia antigua de *mādeba,* en la parte meridional de Transjordania [31]. El más importante monumento de la actividad arquitectónica imperial bizantina en Palestina, aún hoy relativamente bien conservado, es la iglesia de la

[26] Cf. Guthe, *op. cit.,* ilustr. 157.158.

[27] Cf. D. C. Baramki, QDAP 5 (1936) 132-138; 6 (1937) 157-168; 7 (1938) 51-53.

[28] Cf. A. M. Schneider y O. Puttrich-Reignard, *Ein frühislamischer Bau am See Genesareth* (Palästina-Hefte des Deutschen Vereins vom Heiligen Lande 15; 1937) y O. Puttrich-Reignard y A. M. Schneider, *op. cit.,* 17-20 (1939) 9-33.

[29] Cf. R. de Vaux-Steve, *op. cit.,* 58ss, láms. Iss.

[30] Guthe-Palmer, *Die Mosaikkarte von Madeba,* en 10 láminas (Jerusalén 1906), confróntese lám. 7; M. Avi-Yonah, *The Madaba Mosaic Map* (Jerusalén 1954) lám. 7.

[31] Cf. especialmente P. Thomsen, *Das Stadtbild Jerusalems auf der Mosaikkarte von Madeba:* ZDPV 52 (1929) 149-174, 192-219, con ilustr. en color en lám. 6.

Natividad de Belén, basílica paleocristiana erigida por Constantino y restaurada y retocada en algunos detalles por Justiniano [32]. En estado de ruinas se conserva la basílica bizantina del antiguo Emaús, la romano-bizantina Nicópolis (hoy *'amwās)* [33]; igualmente, la iglesia bizantina del monasterio del monte Nebo [34]. De la iglesia de la *Theotokos,* construida sobre planta central octogonal a fines del siglo V por el emperador Zenón sobre el monte Garizim, sólo se conserva una parte de los cimientos [35]. A lo largo y ancho de país se encuentran además innumerables construcciones bizantinas, desde las pequeñas iglesias parroquiales hasta las humildes y sencillas capillas de las aldeas. Por lo general, a no ser que se haya construido sobre los antiguos cimientos, se encuentran hoy en ruinas, pudiendo reconocerse únicamente la forma de su planta, cuya característica más importante es la orientación del ábside hacia el este; constan de un ábside central y a menudo de dos laterales con varias posibilidades de disposición externa. Con frecuencia sorprende encontrar, incluso en humildes iglesias campesinas, pavimentos de mosaicos diseñados según el tardío estilo convencional del arte bizantino; los temas están tomados a menudo del arte musivo de las quintas romanas, predominando en ellos el contenido «profano», mezclado con toda suerte de formas geométricas, inscripciones relativas al donante, etc. [36]. Es frecuente también encontrar establecimientos deshabitados desde hace mucho tiempo en regiones periféricas del país, acompañados por iglesias bizantinas. El período bizantino constituye el punto más alto en el desarrollo histórico de Palestina en cuanto a la extensión de la colonización estable frente a las cercanas regiones esteparias. También pertenecen al período bizantino las sinagogas de tipo más reciente [37], que en su planta (lo único que se conserva) comparten con las iglesias, además del gusto por los pavimentos de mosaicos, el empleo del ábside; normalmente, a juzgar por las ruinas que se conservan *in situ,* se distinguen de las iglesias por la orientación del ábside en dirección a Jerusalén, por la presencia de los usuales símbolos sinagogales en las figuras de los mosaicos del pavimento y por la decoración de los relieves [38].

[32] Fotografía del interior en Guthe, ilustr. 91.

[33] Cf. L. H. Vincent y F.-M. Abel, *Emmaus. La Basilique et son Histoire* (1932).

[34] Cf. S. Saller, *The Memorial of Moses on Mount Nebo* I/II (Publicazioni dello Studium Biblicum Franciscanum 1; 1941).

[35] Cf. A. M. Schneider, BBLAK 68,3 (1951) 217ss, ilustr. 2-12, láms. 1-3.

[36] Véase, a modo de ejemplo, A. M. Schneider, *Die Brotvermehrungskirche von et-ṭâbġa am Genesarethsee und ihre Mosaiken* (1934). Cf. una compilación de los pavimentos de mosaico de Palestina en M. Avi-Yonah, QDAP 2 (1933) 136-181; 3 (1934) 26-47, 49-73, con adiciones a las listas en los años siguientes. El mencionado mosaico de la iglesia de Mádaba, con su representación geográfica, constituye un caso raro, si no único.

[37] Sobre las sinagogas del tipo más antiguo, cf. *infra,* p. 132.

[38] Cf. B. Kanael, *Die Kunst der antiken Synagoge* (1961) con muchas y excelentes ilustraciones. Para las sinagogas en general, cf. E. L. Sukenik, *Ancient Synagogues in Palestine and Greece* (The Schweich Lectures of the British Academy 1930) (1934).

6. *Período romano*

El período de la dominación romana, con su eficiente organización, ha dejado también una huella profunda en Palestina; vestigios de este período se encuentran todavía por todas partes. Las instalaciones del período romano se mantuvieron durante la época bizantina, que aportó los monumentos cristianos. El gobierno romano empezó de modo directo con la desaparición de los diferentes Estados herodianos en el decurso de la primera mitad del siglo I d. C. Se conservan sus huellas, en primer lugar, en los restos de las grandes ciudades romanas, que constituían uno de los elementos más importantes del gobierno romano de la provincia; estas ciudades estaban dotadas de una amplia autonomía local y frecuentemente de extensos territorios. Un ejemplo relativamente bien conservado de estas espaciosas y ricas instalaciones ciudadanas, con sus templos y teatros, con su foro y sus calles jalonadas por hileras de columnas, lo tenemos en las ruinas de la antigua *Gerasa* [39] (hoy *ǧeraš*), en el *ʿaǧlūn* transjordano) [40]; en menor escala, debido a su continua ocupación hasta el día de hoy, es también un buen ejemplo la romana Filadelfia (hoy *ʿammān*), en el curso superior del Yabboq [41], así como diversas ciudades del actual *ḥaurān*. Típicamente romanos son los acueductos [42] para suministrar agua a las ciudades, que se encuentran en estado de ruina un poco por toda Palestina.

El período romano se revela también en los restos de construcciones militares. Los romanos protegían las fronteras de su Imperio —y la provincia de Judea fue al principio una provincia fronteriza— con líneas de fortalezas fácilmente reconocibles por su estilo arquitectónico; generalmente son edificios cuadrados de 80 m de lado, coronados con frecuencia con torres cuadradas en los extremos, habitaciones colocadas a lo largo de los muros interiores y un espacio abierto en el centro para patio. Una línea de fortalezas de este tipo, el *limes Palaestinae,* se encuentra en el extremo sur del país, en dirección este-oeste; fue construida en el siglo I de nuestra Era en la frontera con el reino nabateo, que entonces todavía era independiente [43]; después de la incorporación del reino nabateo, el año 106 d. C., se formó el *limes Arabiae* a lo largo de todo el borde oriental de la tierra cultivable de Transjordania y, hacia el sur, hasta tocar el golfo de *el-ʿaqaba* [44]; diversas líneas intermedias de forta-

[39] Cf. Guthe, *op. cit.*, ilustr. 150-155; Hommel-Schneller, ilustr. 26; Dalman, *op. cit.*, n.os 91.92 (fotografías aéreas con vista general). Sobre el conjunto de las antigüedades de Gerasa de resultas de las excavaciones allí realizadas, cf. C. H. Kraeling, *Gerasa, City of the Decapolis* (1938).

[40] Durante el período bizantino tuvo también Gerasa iglesias bizantinas.

[41] Cf. *64 Bilder...*, 21.

[42] Cf. Guthe, ilustr. 21.

[43] Particularidades en A. Alt, *Limes Palaestinae:* PJB 26 (1930) 43-82; 27 (1931) 75-84; id., *Neue Untersuchungen zum limes Palaestinae:* ZDPV 71 (1955) 82-94.

[44] Con mayor exactitud, Brünnow-Von Domaszewski, *Die Provincia Arabia* I-III (1904-1909).

lezas aseguraban los enlaces entre estos dos sistemas de fortificaciones fronterizas [45]. También para fines militares servía la red de calzadas romanas, que en su mayor parte fue acondicionada en la primera centuria del dominio romano en Palestina; sus huellas, a veces no muy claras, pueden verse por cualquier zona del país [46]. Puede tratarse del cuerpo de la calzada, cuyo empedrado se conserva aquí y allá, si bien en la mayoría de los casos ha desaparecido, o del encintado que guarnecía la anchura de la calzada, de 3,5 o hasta 10 m, con bordillos de hasta 50 cm de altura, cuyo curso todavía puede seguirse hoy en algunos sitios. El medio más seguro para distinguir una calzada romana son las piedras miliarias, mojones de piedra de 2 m de altura aproximadamente, formadas por una base casi cúbica y una parte superior cilíndrica de unos 60 cm de diámetro, que lleva a menudo, si no siempre, una inscripción donde se indica la distancia en millas desde un determinado punto de partida *(caput viae)* (fotografías de piedras miliarias romanas se encuentran, por ejemplo, en L. H. Grollenberg, *Atlas van de Bijbel* [1955] figs. 392.393). Con ocasión de las reparaciones de la calzada se reemplazaban los hitos antiguos con nuevas piedras miliarias, de modo que no es raro encontrarse un montón de piedras miliarias en un mismo lugar. A la red viaria romana pertenecen, además, las estaciones de ruta, tanto los lugares para el cambio de caballos *(mutationes)* como los mesones *(mansiones)*, donde se podía pernoctar. Restos de tales estaciones pueden encontrarse aquí y allá en el país, por el campo, junto a las calzadas; son edificios de forma irregular y de reducidas dimensiones [47].

Otras señales del pasado romano en Palestina son las ruinas dispersas por el campo, correspondientes a los antiguos mausoleos: edificios pequeños y rectangulares con las características habituales de la arquitectura romana.

Pertenecen, por fin, al período romano las sinagogas de tipo antiguo, sin ábside; tienen la entrada en el lado menos ancho y están orientadas en dirección a Jerusalén. Se encuentran principalmente en Galilea y datan de los siglos II o III d. C. [48]; incluso las ruinas de la sinagoga de Cafarnaún (ár.: *tell ḥūm)*, como pueden verse actualmente *in situ*, proceden de un edificio de este período y no de otro cualquiera de los tiempos de Jesús [49].

[45] Estos sistemas de fortificación se encuentran sobre todo en el *wādi el-ʿaraba* y a ambos lados de él; cf. A. Alt, ZDPV 58 (1935) 1-59, con mapa esbozado en página 24.

[46] Una lista de las calzadas y de las piedras miliarias en ellas encontradas puede verse en Thomsen, ZDPV 40 (1917) 1-103.

[47] Cf. C. Kuhl y W. Meinhold, *Römische Strassen und Strassenstationen in der Umgebung von Jerusalem:* PJB 24 (1928) 113-140; 25 (1929) 96-124.

[48] Cf. Kohl y Watzinger, *Antike Synagogen in Galiläa* (1916).

[49] Cf. Guthe, *op. cit.*, ilustr. 128; *64 Bilder...*, 54; Hommel-Schneller, ilustr. 14. Otras sinagogas galileas en Guthe, ilustr. 133; Watzinger, *Denkmäler* II, lám. 35.

7. *Herodes el Grande*

En cuanto al tiempo y al estilo, pertenecen también al período romano antiguo las construcciones de Herodes I. Podemos, sin embargo, estudiarlas por separado por aparecer unidas a un nombre determinado y porque de ellas estamos relativamente bien informados a través de la actividad literaria de Josefo. Quedan muy pocos restos visibles de la fortaleza Antonia, construida en Jerusalén por Herodes, al norte de la explanada del templo [50]. Por el contrario, existen restos de las torres del palacio de Herodes en la actual ciudadela, al noroeste de la antigua ciudad, cerca de la Puerta de Jope [51], y, sobre todo, los hermosos y sólidos sillares cuadrangulares de la parte inferior del actual muro que rodea el recinto del templo, que pueden verse especialmente en el «Muro de las Lamentaciones» [52], que pertenecen a la reconstrucción herodiana del templo de Jerusalén. Herodes levantó también en el país algunas ciudades siguiendo el modelo romano. En el emplazamiento de la antigua Samaría construyó una grandiosa ciudad, en honor del emperador, con el nombre de Σεβαστή [53] (= Augusta); son testigos de la actividad constructora herodiana algunas partes de las murallas romanas de la ciudad, el foro en el lado oriental y la escalinata y plataforma del templo de Augusto, en la cima de la colina sobre la que estuvo la ciudad [54]. Testigos igualmente de su obra constructora son los restos del hipódromo (en ruinas), del teatro y de las instalaciones portuarias de la ciudad de Cesarea del Mar (ár.: *qēṣārīye),* por él construida. Yacen también en ruinas las fortalezas que construyó para sí en el sudeste del país, el Herodión sobre el actual *ǧebel ferdēs,* unos 5 km al sudeste de Belén, donde construyó su propio mausoleo; la fortaleza de Masada, sobre una escarpadísima roca, en la orilla occidental del mar Muerto (ár.: *es-sebbe);* en uno de los declives del extremo norte construyó Herodes su palacio [55]; la fortaleza de Masada sirvió de último refugio a los judíos sublevados después de la caída de Jerusalén en el año 70 d. C. Fortaleza también herodiana es la de Maqueronte (hoy *el-mašnaqa,* junto a la *ḫirbet el-mukāwer),* en la ribera oriental del mar Muerto, al norte del Arnón.

[50] Más en Vincent, RB 42 (1933) 83-113; 46 (1937) 563-570. El arco del «Ecce Homo», resto de un arco romano con tres vanos, sito en las cercanías de la torre Antonia, es de tiempos de Adriano.

[51] Cf. Guthe, ilustr. 118, y especialmente Hommel-Schneller, ilustr. 42, en la que se distinguen muy bien las infraestructuras herodianas de las construcciones posteriores.

[52] Frecuentemente reproducido; cf., por ejemplo, Guthe, ilustr. 113; Hommel-Schneller, ilustr. 33; *64 Bilder...,* 42; G. Schöne, *Jerusalem* (1961) ilustr. 19.

[53] De ahí el nombre de *sebaṣtiye* que lleva actualmente la localidad situada al lado de la antigua Samaría.

[54] Para el foro, cf. Guthe, ilustr. 124; *64 Bilder...,* 36; para el templo de Augusto, cf. Gressmann, AOB² n.º 649.

[55] M. Avi-Yonah, *The Archaeological Survey of Masada, 1955-1956:* IEJ 7 (1957) 1-60 (reimpreso también en monografía).

8. *Período helenístico*

El período helenístico comenzó en el Próximo Oriente con la conquista del Imperio persa por Alejandro Magno (334-331 a. C.). Naturalmente, el influjo cultural del mundo griego, especialmente sobre la costa mediterránea del país, se había dejado sentir con bastante anterioridad a estos acontecimientos. Políticamente, el período helenístico en Palestina está constituido principalmente por la época de las dinastías de los Diadocos, que siguieron a Alejandro, primero los Tolomeos, luego los Seléucidas. De la lucha contra estos últimos surgió el Estado macabeo-asmoneo, que contempló la intromisión de Roma en Oriente (cf. p. 117). Entre los restos arqueológicos del período helenístico figuran especialmente las ruinas de ciudades helenísticas. Sabemos por las fuentes literarias que durante este período se fundaron nuevas ciudades sobre el emplazamiento de establecimientos más antiguos, recibiendo con frecuencia el nombre de algún miembro de las dinastías de los Diadocos. Esto ocurrió con Tolemaida, construida en el lugar de la antigua Akkó (Acre); Filadelfia, en el de la antigua Rabat Ammón (la actual *ʿammān);* Filoteria, en el de la *ḫirbet kerak* (isr.: *bet yeraḥ),* en el extremo sur del lago de Tiberíades, y Seleucia, en el *ǧōlān* (hoy *selūqiye).* También la Decápolis (cf. p. 117), a la que pertenecía Filadelfia, estaba compuesta por nuevas ciudades helenísticas que ocupaban de ordinario el lugar de otras más antiguas; pero de estas ciudades apenas quedan en pie restos visibles, pues las construcciones del período romano, levantadas en el mismo lugar que las del período helenístico, enterraron sus huellas. Unicamente las excavaciones han sacado a la luz aquí y allá algunos elementos helenísticos. Esto vale, por ejemplo, para la ciudad helenística de Marisa, la Mareša del Antiguo Testamento, actualmente *tell sandaḥanne,* cerca de *bēt ǧibrīn* (isr.: *bet gubrin)* (véase el plano en Watzinger, *Denkmäler Palästinas* II, ilustr. 22), y para las construcciones funerarias, con sus famosas pinturas murales (cf. Watzinger, *op. cit.,* ilustr. 56.57). Igualmente Siquem *(tell balāṭa),* en la cual los restos helenísticos constituyen el último estrato de escombros, pues el establecimiento romano subsiguiente se asentó en un lugar algo alejado del núcleo helenístico, en la actual *nāblus* (cf. informe preliminar de L. E. Toombs y G. E. Wright, BASOR 161 [1961] 11-54, espec. 40ss). El único gran resto monumental del período helenístico en Palestina que aún puede verse es la planta de *ʿarāq el-emīr,* en Transjordania, al oeste de *ʿammān,* probablemente de principios del siglo II a. C. [56]. Así, pues, debido sobre todo a la actividad constructora del subsiguiente período romano, las huellas dejadas en Palestina por el decisivo período helenístico quedaron prácticamente borradas; fue precisamente en tiempos helenísticos cuando los modos de vida de un mundo nuevo gestado en Occidente comenzaron a imponerse y a mezclarse con las tradiciones autóctonas, especialmente en las ciudades, transformando el aspecto exterior del país.

[56] Detalles en Watzinger, *Denkmäler Palästinas* II, 13-17, ilustr. 52.53.

9. *Período del Oriente Antiguo*

Si las eventuales huellas del período helenístico yacen todavía en su mayor parte bajo tierra y sólo se las puede recobrar mediante excavaciones, es natural que, si nos remontamos más allá del período helenístico, lleguemos a unas épocas cuyos restos —principalmente los edificios y construcciones análogas— no aparecen esparcidos por Palestina a flor de tierra, sino cubiertos por escombros seculares, debiendo esperarlo todo de la pala del arqueólogo. Agrupamos aquí estas épocas bajo el título general de período del Oriente Antiguo. Su característica es el apiñamiento de habitaciones humanas en apretados asentamientos, cuyas casas de adobe tenían de ordinario por cimiento la roca del suelo. Este hecho explica el modo en que nos han sido conservados los restos de aquellos establecimientos. Mientras los períodos helenístico, romano y bizantino crearon amplias ciudades, siguiendo un plan racional, en las cuales al menos los edificios oficiales estaban construidos completamente en piedra, de modo que si no quedan en pie han dejado tras sí grandes ruinas pétreas —lo que la gente del país llama hoy de ordinario *hirbe*—, las agrupaciones de casas de adobe de aquellas antiguas épocas, apiñadas en un espacio apretado, una vez abandonadas se desplomaron, constituyendo poco a poco una masa informe y enterraron los cimientos rocosos bajo sus escombros. Cuando, después de la destrucción de un asentamiento de este tipo, la gente empezaba a levantar de nuevo sus viviendas en el mismo lugar, no necesitaba quitar los restos del asentamiento anterior, sino que construía sus ligeras construcciones sobre la masa de escombros allanados. Así se fue depositando estrato sobre estrato. Cuando una muralla suficientemente fuerte mantuvo compacta esta acumulación de estratos, impidiendo que se desmoronara a lo largo de los siglos y protegiéndola contra las inclemencias del período invernal, los restos de las ciudades conservaron el tipo característico de colina de escombros en forma de mesa con marcados y distintivos cantos y lados; esta formación se llama en el país *tell*. Cuando divisamos una de estas formas características, que llama la atención por los tintes grisáceos de la acumulación de escombros, podemos estar bastante seguros de encontrarnos ante un asentamiento constituido por estratos prehelenísticos.

La arqueología palestinense ha conseguido adscribir las capas de escombros depositadas una tras otra a varios períodos culturales, que se distinguen por algunos rasgos característicos; se les suele denominar de acuerdo con la aparición de determinados metales, por más que la presencia o ausencia de estos metales entre los hallazgos de la excavación no constituya el factor decisivo para la determinación temporal de los estratos individuales. Se trata más bien de una terminología convencional; para la datación se apela normalmente a la cerámica (cf. pp. 122s).

Al período helenístico precedió la *Edad del Hierro,* que comienza en Palestina, como período cultural, hacia el 1200 a. C. Se suele dividir en «Hierro I» *(ca.* 1200-900 a. C., es decir, aproximadamente el «período de los Jueces» y la época del reino de David y Salomón), «Hierro II»

(ca. 900-600 a. C., época de la coexistencia de los Estados de Israel y Judá) y «Hierro III» *(ca.* 600-300 a. C., período del Imperio persa)[57].

Hacia atrás sigue la *Edad del Bronce,* con sus diversas etapas, cuyo comienzo se data ordinariamente hacia el 3100 a. C.[58]. Distinguimos «Bronce Antiguo», con varias subdivisiones, del 3100 al 2100 a. C.[59]; «Bronce Medio», entre 2100 y 1550 a. C., subdividido en «Bronce Medio I» (2100-1900 a. C.) y «Bronce Medio II» (1900-1550 a. C.); «Bronce Reciente», entre 1550 y 1200 a. C., subdividido en «Bronce Reciente I» (1550-1400 a. C.) y «Bronce Reciente II» (1400-1200 a. C.). Antes de la Edad del Bronce nos encontramos con el *Período Calcolítico,* desde mediados del quinto milenio a. C. hasta alrededor del 3300 a. C.; aún más hacia atrás tenemos el *Neolítico.* Poseemos pruebas de que en este período ya existían comunidades humanas en asentamientos estables. El Neolítico incluye una época más antigua, el *Neolítico «precerámico» (pre-pottery neolithic),* en que aún se desconocía la técnica de la elaboración de objetos de cerámica y que avanza hasta el octavo milenio, y el *Neolítico Reciente,* durante el cual el hombre había aprendido ya a confeccionar objetos de barro cocido[60].

Si en el Neolítico precerámico existían algunos asentamientos amurallados, los establecimientos dispersos del Calcolítico no parecen haber tenido recintos amurallados; por ello es difícil dar con ellos a simple vista, requiriendo su descubrimiento una exploración escrupulosa. Por el contrario, la Edad del Bronce, que sigue de inmediato, es en general la época de las ciudades fortificadas con gruesas murallas en cuyo interior se fue superponiendo en el decurso del tiempo toda una serie de asentamientos que han quedado estratificados. Por ello son los asentamientos de la Edad del Bronce los que han dejado de modo especial los lugares de ruinas con la forma característica del *tell.* Estos se encuentran particularmente en las zonas del país más favorecidas por la naturaleza, en las llanuras de la costa, en la llanura de Yizreel y en la fértil llanura de la

[57] Basándose en los resultados de nuevas excavaciones, Y. Aharoni y R. Amiram (cf. IEJ 8 [1958] 171-184) han propuesto una subdivisión algo diferente de la Edad del Hierro en Palestina, a saber: las fases «Israelita I» (1200-1000 a. C. = «período de los Jueces»), «Israelita II» (1000-840 a. C. = período de la monarquía hasta la fundación y desarrollo de la ciudad de Samaría) e «Israelita III» (840-597 a. C. = resto del período de la monarquía hasta la caída de Jerusalén).

[58] Cuanto más retrocedemos en el tiempo más se convierten los guarismos en puntos aproximados de referencia. Las fechas anteriores a la Edad del Bronce dependen mucho de las relaciones con las vecinas culturas, para las que se cuenta con documentos escritos y, por tanto, con posibilidad de datación exacta desde principios del tercer milenio antes de Cristo (cf. pp. 214ss). Más atrás dependemos de las estimaciones que nos permiten los hallazgos de material orgánico. A veces se puede precisar más aplicando la prueba del carbono radiactivo; pero aun así empleamos las fechas con un considerable margen de incertidumbre.

[59] Hacia fines del Bronce Antiguo tuvo lugar la invención de la rueda de alfarero para la fabricación de vasijas de barro.

[60] Sobre el estado actual de la investigación en este campo, cf. la rica visión informativa de G. E. Wright, *The Archaeology of Palestine,* en *The Bible and the Ancient Near East. Essays in Honor of William Foxwell Albright,* editado por G. E. Wright (1961) 73-112.

parte norte de Transjordania; también en la depresión del Jordán, pero sólo en casos aislados en la montaña. La población de la Edad del Bronce escogía con frecuencia los bordes de estas llanuras para establecerse. Prefería construir sus ciudades en las pequeñas estribaciones de las cercanas sierras, lo cual, además de ofrecer una situación elevada, y por ello segura, dejaba las tierras cultivables de la llanura en inmediata cercanía. De este modo, por ejemplo, las ciudades de la Edad del Bronce de la llanura de Yizreel no están colocadas en esta misma llanura, sino que ocupan todas ellas un lugar a lo largo del extenso borde sudoccidental de la llanura que se apoya en la montaña de Samaría.

En la Edad del Hierro continuaron habitados los asentamientos de la Edad del Bronce o fueron renovados, añadiéndose como consecuencia a los estratos de la Edad del Bronce del *tell* algunos de la del Hierro; al mismo tiempo, el recinto amurallado de la Edad del Bronce tuvo necesidad de ser mejorado y elevado algo más mediante nuevas construcciones. Por tanto, a primera vista no puede verse si tal *tell* pertenece exclusivamente a la Edad del Bronce o contiene también estratos de la Edad del Hierro. Por otra parte, en los comienzos de la Edad del Hierro, que coinciden aproximadamente con el acontecimiento histórico de la entrada de las tribus israelitas en Palestina [61], surgieron nuevos establecimientos donde no habían existido en la Edad del Bronce. Esto se aplica de modo especial a la montaña de Judá, de Samaría, de Galilea y de Transjordania, regiones que hasta el momento habían estado escasamente habitadas. En cuanto era posible, los nuevos asentamientos se fundaron en la cima de las colinas, de preferencia junto a una extensa o reducida porción de suelo fértil; generalmente, distinguiéndose en esto de las ciudades de la Edad del Bronce, no disponían de muros gruesos; por ello no han resistido al paso y a las inclemencias del tiempo tan bien como los más antiguos; como consecuencia, las ciudades de la Edad del Hierro que no estaban asentadas sobre las del período anterior se hallan mucho más desmoronadas, con los estratos primitivos muy borrados, quedando escasos restos de sus escombros. Una vez rotos los muros que daban protección y consistencia, la lluvia invernal no encontró obstáculos para hacer desaparecer, con el correr de los tiempos, las capas de escombros depositadas. En la mayoría de los casos quedan algunos restos, especialmente los cimientos de piedra de la muralla y la cerámica; esto es al menos suficiente para afirmar que allí existió un asentamiento de la Edad del Hierro; pero tales restos no aparecen a primera vista, sino sólo tras una cuidadosa investigación.

[61] Lo arriba expresado se aplica también a los comienzos de la vida sedentaria de los ammonitas, moabitas y edomitas en sus territorios de Transjordania. Aproximadamente por las mismas fechas, los filisteos se asentaron en la parte meridional de la llanura costera, estableciéndose en ciudades más antiguas de la Edad del Bronce; sólo la ciudad filistea de *ʿaqqaron* (cf. *supra*, p. 94) parece haber sido una fundación de la Edad del Hierro (cf. A. Alt, PJB 29 [1933] 13, nota 3).

10. *Las más antiguas huellas de vida humana*

Los instrumentos de piedra, pertenecientes a las diversas etapas de la Edad de la Piedra, son las más antiguas señales de vida humana en el país. La mayor parte de estos instrumentos han sido hallados en cavernas, donde la población vivía antes de pasar a construir asentamientos especiales. En estas circunstancias se trata exclusivamente de pequeños hallazgos esporádicos llevados a cabo después de una exploración cuidadosa.

Repasando ahora la serie de períodos culturales y los correspondientes elementos arqueológicos que nos han legado, encontramos que, prescindiendo de algunos monumentos particulares, aparecen en primera línea los siguientes grupos de antigüedades en Palestina: los *tulūl* [62] de las ciudades fortificadas fundadas en la Edad del Bronce, las ciudades urbanizadas y las instalaciones militares del período romano, las iglesias bizantinas y los castillos e iglesias de los Cruzados.

[62] Plural de la palabra árabe *tell*.

Capítulo II

ACTIVIDAD ARQUEOLOGICA EN PALESTINA

XV. Excavaciones

1. *Datación arqueológica*

Sólo la actividad excavadora puede sacar a la luz los restos pertenecientes al período del Oriente Antiguo, al que corresponde en gran parte la historia bíblica [1], pues generalmente se encuentran sepultados bajo una capa de escombros, cuando no cubiertos por otros estratos de períodos más recientes si en épocas más cercanas a nosotros construyeron sobre el mismo lugar [2]. Esto es lo que ha acaecido después de que Flinders Petrie llevara a cabo la primera excavación sistemática en el *tell el-ḥesi* (cf. páginas 122s). El objetivo principal de una excavación lo constituye un *tell,* tal como ha quedado descrito en las pp. 136s, en el cual un asentamiento sigue a otro sin interrupción y los niveles culturales, depositados uno sobre otro, se han conservado lo más intactos posible, de modo que el excavador puede descubrirlos de nuevo uno a uno y determinar sus características individuales. Mediante una serie de excavaciones de este tipo, en las que se pueden llevar a cabo observaciones paralelas respecto a la peculiaridad de cada período cultural, ha sido posible determinar los rasgos característicos de los restos arqueológicos de los diferentes períodos. Estos rasgos pueden consistir en el modo general de edificación, en la técnica de construcción, en la planta y arquitectura de las casas, etc., así como en las características de los objetos menores, como las piezas metálicas de joyería, cuya moda cambiaba a menudo, y, de modo especial, en los productos de alfarería, es decir, la cerámica. En este campo existió siempre un tipo común de vasijas para usos cotidianos que variaba poco

[1] Sólo los últimos libros del Antiguo Testamento pertenecen al período helenístico; los escritos del Nuevo Testamento son del período romano antiguo.

[2] En el período helenístico el emplazamiento de las ciudades se decidía sobre la base de criterios diferentes; en primer lugar, la ciudad necesitaba un espacio mayor; además, no estaba ya preocupada exclusivamente por su defensa y, por tanto, por escoger un sitio de difícil acceso, como había ocurrido en la Edad del Bronce; de ahí que normalmente las ciudades helenístico-romanas ocupen lugares diferentes de los asentamientos antiguos.

de una a otra época; pero al lado de éstas había siempre piezas más artísticas, en las cuales aparecen con claridad las características de cada período; además de la diferencia general entre la cerámica hecha a mano y la elaborada con torno, lo importante son las características bastante más complicadas en lo que se refiere a la composición de la arcilla empleada como material, la forma o perfil de la vasija, el modelado de las asas, el tratamiento de la superficie del recipiente (engolada, bruñida, etc.) y la decoración.

Tomando en cuenta todos estos puntos, se ha podido llegar a establecer una *cronología relativa* de los períodos culturales basada en características concretas. Con el auxilio de las relaciones culturales con el exterior que se han podido demostrar (importaciones de productos culturales extranjeros e imitaciones nativas de estas mercancías importadas) ha sido posible, dentro de ciertos límites, convertir esta cronología en *absoluta.* El material palestinense por sí mismo no permitía, en lo que se refiere a los períodos antiguos, una datación absoluta, debido en particular a la falta de hallazgos literarios, especialmente de la Edad del Bronce, que pudieran servir para la adscripción histórica de los diferentes estratos; pero se ha podido demostrar que, durante la Edad del Bronce, el desarrollo cultural de Palestina es, en cierto modo, paralelo al de Siria, pues Siria y Palestina constituyen un ámbito cultural relativamente unitario. Es verdad que el material sirio difícilmente habría hecho posible una datación absoluta, a no ser que durante toda la Edad del Bronce Siria-Palestina hubieran mantenido relaciones demostrables con las grandes culturas vecinas. Consideramos aquí las relaciones con Mesopotamia y especialmente con Egipto para el Bronce Antiguo y Medio. La gran cantidad de inscripciones halladas en estas regiones permiten establecer una cronología bastante segura, al menos hasta mediados del II milenio. Para el período del Bronce Reciente disponemos en Siria-Palestina de elementos que demuestran de modo sorprendente la existencia de unas relaciones intensas con la cultura chipriota y creto-micénica, las cuales aseguran la datación de cada uno de los estratos de este período.

El panorama de la *Edad del Hierro* se presenta algo diferente. Si bien se dan ciertos rasgos comunes en los estratos culturales de la Edad del Hierro, en este período se desarrollaron ciertas regiones culturales en el suelo de Siria y de Palestina que, aunque contemporáneas, se diferencian una de otra; esta situación se debe al fenómeno histórico del asentamiento de nuevos elementos de población, durante el último cuarto del II milenio, en el ámbito de la antigua cultura urbana unitaria de Siria-Palestina en el período del Bronce, elementos que posteriormente cuajaron en pueblos con formas de gobierno propias y una historia distinta. Así tenemos, aun prescindiendo de Siria, en el estrecho ámbito de la sola Palestina, varias regiones culturales yuxtapuestas que se distinguen una de otra por el estilo de la cerámica. La relativa abundancia de material literario de que disponemos para la Edad del Hierro, especialmente en el Antiguo Testamento, permite generalmente datar de modo absoluto los estratos culturales de la Edad del Hierro y atribuir las regiones culturales indivi-

duales a determinados pueblos. En Cisjordania encontramos la región cultural del pueblo de Israel y, junto a ella, en la parte meridional de la llanura costera, la región cultural de los filisteos [3]. En Transjordania tenemos la región cultural de los edomitas, al este del *wādi el-ʿaraba,* y la de los moabitas, al este del mar Muerto [4]; más al norte, en el gran arco del curso superior del Yabboq, se sitúa el dominio cultural de los ammonitas [5]. En el ángulo nordeste de Palestina, en la región de la *nuqra,* deberíamos encontrarnos, siguiendo la tradición literaria, con una región cultural aramea; faltan, sin embargo, hasta el momento investigaciones serias sobre su historia cultural en la Edad del Hierro.

Resumiendo: la arqueología de Palestina ha conseguido describir el desarrollo cultural del país en su período del Oriente Antiguo. En él podrán encajar sin duda los futuros descubrimientos para enriquecer la imagen con nuevos detalles.

2. *Excavaciones particulares. Comienzos de la actividad excavadora*

Las primeras *excavaciones,* como es natural, se llevaron a cabo sobre las ruinas que según la tradición bíblica eran importantes y bien conocidas y cuya localización era segura o por lo menos probable. Citemos solamente unos ejemplos. Las excavaciones en Jerusalén comenzaron con los sondeos de Ch. Warren en el emplazamiento del templo, de 1868 a 1870; otros continuaron estas excavaciones en otros puntos. De 1903 a 1905 el *Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas,* bajo la dirección de G. Schumacher, emprendió las excavaciones en la colina de ruinas del antiguo Meguiddó, en el *tell el-mutesellim.* El inglés R. A. St. Macalister dirigió los trabajos arqueológicos en el *tell ǧezer,* colina de ruinas de la ciudad de Guézer, durante los años 1902-1905 y 1907-1909. De 1907 a 1909, E. Sellin dirigió la excavación sobre la colina de ruinas de la Jericó antigua. Las excavaciones americanas, con G. Reisner y Cl. S. Fisher, tuvieron lugar en la colina de *sebaṣṭiye* —emplazamiento de la capital del reino de Israel, Samaría— de 1908-1910. Las excavaciones de E. Sellin en la antigua Siquem, el actual *tell balāṭa,* se iniciaron en 1913 y se continuaron después de la Primera Guerra Mundial. Estos trabajos han sacado a la luz en muy limitada medida lo que los arqueólogos esperaban, ofreciendo con frecuencia resultados diferentes a los presentidos; además,

[3] Sobre la «cerámica filistea», que se caracteriza por sus relaciones con el ámbito del Mediterráneo, del cual procedían los filisteos, y que desaparece en el decurso del siglo X con la decadencia del poder filisteo, cf. Heurtley, QDAP 5 (1936) 90-110, con figs. 1-12 y láms. LIX-LX; igualmente, el breve estudio de G. E. Wright, *op. cit.* (cf. *supra,* p. 125) 94-96.

[4] Sobre la cerámica edomita y moabita, cf. N. Glueck, *Explorations in Eastern Palestine* I/II: AASOR 14 (1934) 14ss; 15 (1935) 124ss, con ilustraciones. Véase también la nota del editor de la página 156.

[5] Cf. N. Glueck, *Explorations in Eastern Palestine* III: AASOR 18/19 (1939) 151ss, espec. 266s.

sólo en el decurso del desarrollo posterior de la arqueología palestinense pudieron encontrar estos resultados la correspondiente explicación y valoración que los primeros arqueólogos no pudieron ofrecer. Sin embargo, a estos primeros trabajos arqueológicos les cabe el honor de haber colocado los cimientos del espléndido desarrollo de la arqueología palestinense que se registró en los años veinte de nuestro siglo.

Desde que la arqueología palestinense se ha liberado del exclusivo interés por la historia bíblica de Palestina (cf. pp. 123s), ya no dirige su atención hacia emplazamientos conocidos por la Biblia, aun cuando hasta ahora la mayoría de los arqueólogos deseen asignar un nombre bíblico al lugar en que trabajan, trátese de una identificación segura, probable o al menos posible. La arqueología palestinense dirige hoy más bien su mirada hacia objetivos que prometen conocimientos valiosos desde el punto de vista puramente arqueológico, sobre todo a los lugares con ruinas que supuestamente encubren múltiples estratos arqueológicos y, a ser posible, una estratificación prácticamente sin alteraciones [6]. Es de aplaudir esta actitud, pues éste es el único medio para ahondar más, sin intereses marginales, en el conocimiento del desarrollo cultural y de la historia del país. El valor de los resultados para la investigación del período bíblico y de su historia son, en todo caso, evidentes.

3. *Excavaciones principales de los distintos períodos culturales*

En lo que sigue presentamos una selección de las excavaciones hasta ahora realizadas, que ilustran determinados períodos culturales del Oriente Antiguo y ofrecen sus características distintivas. La panorámica se limita a Palestina, dejando de lado las excavaciones similares en los países vecinos, incluidas las de la cercana Siria. En el examen de las excavaciones individuales no consideramos todos los resultados obtenidos, sino sólo aquellos que fueron particularmente importantes para el progreso de la investigación arqueológica.

Jericó es el único ejemplo arqueológico palestinense de un asentamiento amurallado del Neolítico precerámico y cerámico. Este es el principal resultado de las excavaciones realizadas en el *tell el-sulṭān* entre 1952-1958 por la *British School of Archaeology* de Jerusalén en colaboración con otras instituciones, bajo la dirección de la señorita K. M. Kenyon (cf. el informe preliminar de K. M. Kenyon en PEQ a partir del volumen 84 [1952]; de la publicación final ha aparecido hasta el momento sólo el vol. I: *The Tombs Excavated in 1952-4,* en K. M. Kenyon, *Excavations at Jericho* [1960]) *.

Los descubrimientos actuales parecen demostrar que el período *Cal-*

[6] Cf. H. J. Franken, *Deir ʿAllâ Aims and Methods* (1961).

* Posteriormente ha aparecido también el vol. II de *Excavations at Jericho: The Tombs Excavated in 1955-8,* Londres 1965 (N. del E.).

colítico varía según las épocas y lugares. Las primeras etapas de este período se encuentran también representadas en el *tell el-sulṭān,* antiguo emplazamiento de Jericó, precisamente en el nivel VIII; así lo demostraron ya las excavaciones inglesas de Jericó anteriores a la Segunda Guerra Mundial (cf. J. Garstang, «Annals of Archaeology and Anthropology» 22 [1935] 143-184; 23 [1936] 67-90; 24 [1937] 35-50). Al mismo período pertenece también parte del *tell el-fārʿa,* al nordeste de Siquem, en el extremo superior del *wādi el-fārʿa* (cf. los informes preliminares sobre la excavación por el arqueólogo R. de Vaux en RB a partir del vol. 54 [1947]). Un tipo especial de cultura calcolítica fue descubierto en varios lugares de los alrededores de Beršeba, dando origen al término particular de «cultura de Beršeba»; el lugar más representativo de este tipo de cultura es el *tell abu maṭar,* a 1,5 km al sudeste de Beršeba; aquí vivió la población primero en cuevas subterráneas y sólo paulatinamente pasó a construir casas de arcilla en la superficie sobre cimientos de piedra; simultáneamente se consiguieron notables avances en la fabricación de vasijas de piedra, en la elaboración del cobre y en la entalladura del marfil (cf. J. Perrot, IEJ 5 [1955] 17-40, 73-84, 167-189; H. de Contenson, IEJ 6 [1956] 163-179, 226-238). Un poco más reciente que la «cultura de Beršeba» y perteneciente ya a la última fase del período Calcolítico es la cultura que descubrieron las excavaciones del Pontificio Instituto Bíblico en el *telēlāt ghassūl,* en el lado oriental de la parte más baja de la depresión del Jordán (cf. Mallon-Koeppel-Neuville, *Teleilat Ghassul* I, II [1934-1940] [7]; especialmente notables son los fragmentos de frescos que aquí —y hasta ahora únicamente aquí— han salido a la luz; pintados sobre paredes de adobe, parecen representar escenas religioso-mitológicas de difícil interpretación. El nombre del lugar de la excavación se suele aplicar actualmente a los fenómenos registrados allí y también en otras partes, y así se habla de una «época ghassuliense» calcolítica o de una «cultura ghassuliense» *.

La transición del período Calcolítico al *Bronce Antiguo* ha sido estudiada en los estratos inferiores de Meguiddó (ár.: *tell el-mutesellim*) (cf. Engberg-Shipton, *Notes on the Chalcolithic and Early Bronze Age Pottery of Megiddo* [1934]) y en Bet-Šan (hoy *tell el-ḥoṣn)* (cf. Fitzgerald, *The Earliest Pottery of Beth-Shan:* «Museum Journal» 24 [1935] 5-22) **. El período del Bronce está representado, entre otros lugares,

[7] El Pontificio Instituto Bíblico prosiguió las excavaciones en el *telēlāt ghassūl* en el invierno de 1959-1960; cf. R. North, *Ghassul 1960, Excavation Report* (Analecta Biblica 14; 1961). Véase también J. B. Hennessy, *Preliminary Report on a First Season of Excavation at Teleilat Ghassul.* Lévant I: 1-24, 1969 (N. del E.).

* Para una visión actual del Neolítico y Calcolítico de Palestina pueden consultarse: R. de Vaux, *Palestine during the Neolithic and Chalcolithic Periods:* CAH I 4X (b) (1966); J. Perrot, *La Préhistoire Palestinienne,* Suppl. au Dict. de la Bible, VIII, col. 286-446 (1968); J. González Echegaray, *Excavaciones en la terraza de «El Khiam» (Jordania)* II, Madrid 1966 (N. del E.).

** Véase sobre el tema G. E. Wright, *The Problem of the Transition between the Chalcolithic and Bronze Ages:* «Eretz-Israel» 5 (1958) 37-45; R. Amiran, *Ancient Pottery of the Holy Land,* Jerusalén 1969 (N. del E.).

por la extensa ciudad antigua edificada sobre *et-tell,* emplazamiento de la más tardía ʿAy, conocida por el Antiguo Testamento (Jos 7; 8), situada al norte-nordeste de Jerusalén (cf. J. Marquet-Krause, *Les fouilles de ʿAy [et-Tell] 1933-1935* I/II [1949]), así como por numerosos muros, estratos y tumbas de Jericó pertenecientes a este período Antiguo (cf. K. M. Kenyon, *op. cit., supra,* p. 142) *.

Una visión de conjunto de las características del período Calcolítico y del Bronce Antiguo, especialmente de su cerámica, puede encontrarse en W. F. Albright, JPOS 15 (1935) 193-234, y en G. E. Wright, *The Pottery of Palestine from the Earliest Times to the End of the Early Bronze Age* (1937). El fin del Bronce Antiguo parece haber introducido un profundo corte en el desarrollo cultural del país **.

Las excavaciones americanas, realizadas bajo la guía de W. F. Albright en el *tell bēt mirsim,* a 20 km al sudoeste de Hebrón, constituyeron un hito decisivo para el conocimiento de los estratos del *Bronce Medio* y *Reciente* y para su datación exacta, debido a la extraordinaria conservación de los distintos estratos y al ejemplar cuidado que se puso en estudiarlos durante la excavación; los resultados fueron publicados por W. F. Albright en AASOR 12 (1932) 1-165; 13 (1933) 55-127; 17 (1938) 1-141; 21/22 (1943) 1-229. Los resultados de la excavación del *tell bēt mirsim* han hecho posible la interpretación exacta de los hallazgos del Bronce Medio y Reciente del *tell ʿaǧǧūl,* en la costa, al sudoeste de Gaza (cf. Flinders Petrie, *Ancient Gaza* [8] I-IV [1931-1934]) y del *tell el-ǰāreʿ,* en el *wādi ghazze,* unos 25 km al sur de Gaza (cf. Flinders Petrie, *Beth-Pelet* [9] I [1930]). Cf. un detenido examen de la cerámica del Bronce Medio en H. Otto, *Studien zur Keramik mittleren Bronzezeit in Palästina:* ZDPV 61 (1938) 147-177, con lám. 2-24. El Bronce Reciente, como época del dominio egipcio sobre Palestina, aparece sobre todo en los estratos correspondientes de Bet-Šan, uno de los centros de la administración del gobierno egipcio en la Palestina de aquel entonces; confróntese A. Rowe, *The Topography and History of Beth-Shan* (1930-1940) = *Publications of the Palestine Section of the Museum of the University of Pennsylvania* I.II, 1.2. También han salido a la luz plantas de templos egipcios en los estratos del Bronce Reciente del *tell ed-duwēr,* ruinas de las ciudad veterotestamentaria de Lakiš (cf. *Lachis [Tell ed*

* En 1964 M. J. Callaway reanudó las excavaciones de et-Tell. El resultado parece indicar que la ciudad no fue habitada después del siglo XXVI a. C., por lo que queda en suspenso la pretendida identificación de et-Tell con la bíblica ʿAy. (N. del E.).

** Puede ampliarse el tema en R. de Vaux, *Palestine in the Early Bronze Age:* CAH I, XV (1966); P. Lapp, *Palestine in the Early Bronze Age* (Near Eastern Archaeol. in the XX Cent., Essays in Honor of Nelson Glueck; Nueva York 1970) pp. 101-131 (N. del E.).

[8] El título de la publicación se basa en la suposición errónea de que *tell ʿaǧǧul* es el emplazamiento de la antigua Gaza; cf. en contra de esto Maisler, ZDPV 56 (1933) 186-188.

[9] También aquí el empleo del nombre de Bet-Pélet se basa en una identificación equivocada; cf. Jos 15,27; Neh 11,26.

Duweir] II: *The Fosse Temple,* por O. Tufnell, C. H. Inge y L. Harding [1940]; IV [Text. Plates]: *The Bronze Age,* por O. Tufnell [1958]) *. Con la mirada puesta en la narración de Jos 6 se han llevado a cabo en Jericó diversas campañas de excavación, centradas en los restos del Bronce Reciente y encaminadas a lograr una exacta datación arqueológica de la entrada de Israel en Palestina o, al menos, de la tribu de Benjamín [10]; se han encontrado en la colina de Jericó algunas huellas insignificantes de ocupación humana pertenecientes al Bronce Reciente; pero de las murallas del Bronce Reciente, tan importantes para Jos 6, no se ha descubierto aún rastro alguno. Las murallas que se creían pertenecientes al Bronce Reciente se han revelado como del Bronce Antiguo (cf. K. M. Kenyon, PEQ 84 [1952] 62ss).

La excavación comenzada en el invierno de 1959-1960 sobre el *tell dēr ʿalla,* en el centro de la depresión del Jordán, cerca de la desembocadura del Yabboq en el Jordán, promete revestir mucha importancia para el conocimiento de la transición del Bronce Reciente a la Edad del Hierro (cf. los primeros informes preliminares de H. J. Franken en VT 10 [1960] 386-396; 11 [1961] 361-372) **. También las excavaciones de Betel (hoy *bētīn),* aunque de reducida extensión, han ofrecido algunas conclusiones importantes sobre la transición del Bronce Reciente a la primera fase del Hierro, cuyos restos arqueológicos presentan una cultura mucho más sencilla, incluso pobre y desprovista de refinamientos (confróntese W. F. Albright, BASOR 55 [1934] 23-25; 56 [1934] 2-15; 57 [1935] 27-30; J. L. Kelso, BASOR 137 [1955] 5-10; 151 [1958] 3-8) ***. Con el paso a la Edad del Hierro comienza la historia de Israel en Palestina ****.

Los comienzos de la *Edad del Hierro* aparecieron hace algunos años en la excavación danesa de la *ḫirbet sēlūn,* en la montaña de Samaría, emplazamiento del Silo del Antiguo Testamento; la excavación descubrió un asentamiento del «Hierro I», destruido probablemente por los filisteos a mediados del siglo XI (cf. H. Kjaer, *The Excavation of Shiloh, 1929:* JPOS 10 [1930] 87-174; íd., *I det hellige land. De Danske udgravninger i Shilo* [1931]) *****. También importante para la Edad del Hierro es la excavación aún no concluida (1962) en el *tell el-fārʿa,* don-

* Sobre el Bronce Reciente véase H. J. Franken, *Palestine in the Time of the Nineteenth Dynasty* (b), *Archaeological Evidence:* CAH II, XXVI (b), 1968 (N. del E.).

[10] Sobre las dificultades para basar la cronología israelita en la datación arqueológica de Jericó, cf. M. Noth, PJB 34 (1938) 7-22, espec. 14ss.

** Véase la monografía de estas excavaciones en J. Franken, *Excavations at Tell Deir ʿAlla* I, Leiden 1969 (N. del E.).

*** Véase también J. L. Kelso, W. F. Albright, L. A. Sinclair, P. W. Lapp y L. Swauger, *The Excavations of Bethel (1934-1936):* AASOR 39, 1968 (N. del E.).

**** Sobre el Bronce Reciente, véase la obra de J. B. Hennessy *The foreign Relations of Palestine during the Early Bronze Age,* B. Quaritch, Londres 1967 (N. del E.).

***** Véase la reciente publicación de las campañas danesas de Silo, en M. L. Buhl y Svend Holm-Nielsen, *Shiloh. The Pre-Hellenistic Remains,* Copenhague 1969 (N. del E.).

de, sobre los estratos del Calcolítico (cf. p. 144), del Bronce Antiguo y —después de una interrupción temporal— del Bronce Medio y Reciente, se ha descubierto toda una serie de estratos de la Edad del Hierro con plantas de casas de este período (cf. los informes preliminares del excavador R. de Vaux en RB 54 [1947] y el estudio resumido de V. Jochims: ZDPV 76 [1960] 82-92). Toda la Edad del Hierro —con alguna interrupción— está representada en la cima del *tell el-fūl,* a 6 km al norte de la antigua Jerusalén, emplazamiento de Guibeá de Saúl, conocida por el Antiguo Testamento; así lo han mostrado las excavaciones americanas sobre el lugar (cf. W. F. Albright, *Excavations and Results at Tell el-Fûl:* AASOR 4 [1924] 1-160; cf. también el informe de Albright sobre la breve excavación posterior en BASOR 52 [1933] 6-12 y la evaluación de los hallazgos arqueológicos basada en la subsiguiente comparación de los materiales por L. A. Sinclair, AASOR 34/35 [1960] 1-52, Pl. 1-32). Notable fue el descubrimiento de una fortaleza cuidadosamente construida perteneciente al segundo estrato contando desde el fondo. Su primer estadio data de fines del siglo XI a. C. y puede identificarse como obra del rey Saúl, que residió aquí. Los niveles inferiores del *tell qasīle,* al norte de Tel Aviv, sobre la orilla derecha del *nahr el-ʿōğa* (isr.: *yarqon),* han procurado importantes datos arqueológicos sobre los comienzos de la Edad del Hierro, que aquí se refieren al inicio de la cultura y del dominio de los filisteos sobre la llanura costera; la excavación fue dirigida por B. Mazar (Maisler; cf. *The Excavations at Tell Qasîle 1951,* reimpreso de IEJ 1 [1950-51]). Mayor valor ha de atribuirse a las excavaciones israelíes realizadas por Y. Yadin en la importante ciudad de Jasor, conocida por fuentes antiguas prebíblicas y por la tradición del Antiguo Testamento, identificada en el *tell waqqāṣ* de la toponimia árabe, sito en el borde occidental de la parte superior de la depresión del Jordán, al sudoeste del lago *ḥūle;* las excavaciones tuvieron lugar en los años 1955-1958 (cf. el informe preliminar en IEJ 6 [1956]; 9 [1959]; de las publicaciones definitivas han aparecido hasta el momento los volúmenes *Hazor I* [1958] y *Hazor II* [1960] sobre las dos primeras campañas, por obra de Y. Yadin y otros) *. En el extenso recinto cuadrangular de la ciudad baja fueron descubiertos estratos del Bronce Medio y Reciente, y en el extremo sur del rectángulo, en el *tell* propiamente dicho, una serie de estratos sobrepuestos pertenecientes a la Edad del Hierro.

De tiempos del rey Salomón, al que la tradición literaria presenta como gran constructor, reviste particular importancia Meguiddó (ár.: *tell el-mutesellim);* aquí, después de las excavaciones del *Deutscher Palästina-Verein,* llevadas a cabo entre 1903-1905 (cf. *Tell el-Mutesellim,* vol. I: *Fundbericht,* por G. Schumacher, ed. por C. Steuernagel [A, texto; B, láminas; 1908]; vol. II: *Die Funde,* por C. Watzinger [1929]), las exca-

* Con posterioridad a las monografías citadas por el autor han aparecido: *Hazor III-IV* (1961). Véase también Y. Yadin, *Hazor,* en *Archaeology and Old Testament Study* (Oxford 1967) pp. 245-263, e Y. Yadin, en IEJ 19 (1969) 1-19 (N. del E.).

vaciones americanas, comenzadas en 1926, descubrieron un estrato, llamado nivel IV, contando desde arriba, que resultó ser salomónico. Contiene, entre otras cosas, restos de extensas instalaciones que deben considerarse como caballerizas; se trata de conjuntos de edificios colocados alrededor de un patio; cada uno de ellos está provisto de un pasillo central encuadrado por dos hileras de pilares, a ambos lados de los cuales se encuentran los establos para los caballos; a intervalos, entre los pilares, se han encontrado pesebres de piedra para los caballos (cf. Watzinger, *Denkmäler Palästinas* I, ilustr. 80.81).

Nos encontramos, pues, ante una de las guarniciones de carros de combate que Salomón había emplazado, según 1 Re 9,15b.17-19, en diversas plazas fuertes del país (entre las cuales aparece explícitamente nombrada Meguiddó). En Meguiddó podían guarecerse por lo menos 300 caballos en estas caballerizas (el informe definitivo sobre las excavaciones de Meguiddó se encuentra en R. S. Lamon y G. M. Shipton, *Megiddo* I: *Seasons of 1925-34, Strata I-IV* [OIP 42 ⟨1939⟩]; G. Loud, *Megiddo* II: *Seasons of 1935-39* [OIP 62 ⟨1948⟩; 2 vols.])*.

Para el «Hierro II» consideramos en primer lugar la ciudad de Samaría (hoy *sebaṣtiye),* que según 1 Re 16,24 fue fundada como capital del reino de Israel por el rey Omrí en los comienzos del siglo IX, es decir, en los años iniciales del período del «Hierro II», y continuó como residencia real durante siglo y medio. Las excavaciones americanas llevadas a cabo allí antes de la Primera Guerra Mundial (cf. Reisner-Fisher-Lyon, *Harvard Excavations at Samaria 1908-1910,* vols. I y II [1924]), cuyos resultados fueron ampliados y completados mediante las excavaciones posteriores del inglés J. W. Crowfoot en los años 1931-1933 y 1935 (cf. la publicación definitiva *Samaria-Sebaste* 1: *The Buildings at Samaria,* por J. W. Crowfoot, K. M. Kenyon, E. L. Sukenik [1943]; 2: *Early Ivories at Samaria,* por J. W. y Gr. M. Crowfoot [1938]; 3: *The Objects from Samaria,* por J. W. y Gr. M. Crowfoot, K. M. Kenyon [1957]), descubrieron entre otras cosas el palacio de los reyes israelitas, al cual varios reyes añadieron construcciones, y partes del amurallamiento exterior de la ciudad de la acrópolis de la Edad del Hierro (cf. también Galling, ZDPV 59 [1936] 242ss e ilustr. 16). Sobre los hallazgos de marfil, confróntese *infra,* pp. 175s; sobre los óstraca de Samaría, cf. pp. 230ss. También la excavación inglesa del *tell ed-duwēr* (Lakiš), comenzada en 1932, sacó a luz valiosos resultados para el período de la monarquía judaíta («Hierro II»; cf. O. Tufnell, *Lachish [Tell ed Duweir]* III *[Text. Plates]: The Iron Age* [1953]); se estudiaron sobre todo las murallas de la ciudad con su sistema de puertas en el ángulo sudoccidental; se pudo comprobar una destrucción de estas fortificaciones, una rápida reconstrucción y, después de breve tiempo, la segunda destrucción e incendio. Probablemente habría que poner en conexión los avatares de estas mura-

* La interpretación que el autor señala en el texto debe considerarse sometida a revisión, pues el estrato IV, al que pertenecen las «caballerizas», ha sido datado últimamente como de época possalomónica, 850-750 a. C. (N. del E.).

llas con las dos campañas de Nabucodonosor contra el Estado de Judá (598-7 y 588-7 a. C.), mencionadas en 2 Re 24,10ss; 25,1ss. Al período del «Hierro II» se refieren en su mayor parte los resultados obtenidos hasta ahora en la colina de *eğ-ğīb,* a 10 km al noroeste de la Jerusalén antigua, producto de la excavación que dirigió J. B. Pritchard a partir de 1956 (cf. los informes preliminares del director de la excavación en *The University Museum Bulletin* [Filadelfia] 21, 1 [1957] 3-26; 22, 2 [1958] 13-24; BA 19 [1956] 66-75; 23 [1960] 23-29) *.

Del *período persa* («Hierro III») tenemos también muestras arqueológicas en el *tell ed-duwēr,* donde se descubrió un palacio persa sobre la cima del *tell;* en las tumbas de Guézer y del *tell el-fāreʿ* (cf. J. H. Iliffe, *A Tell Farʿa Tomb Group Reconsidered:* QDAP 4 [1935] 182-186; K. Galling, *Assyrische und persische Präfekten in Geser:* PJB 31 [1935] 75-93) y en la necrópolis de *ʿatlīt,* en la costa mediterránea, al sur del extremo del Carmelo, donde existió una colonia comercial fenicia hacia el final del período asirio y durante toda la época persa (cf. C. N. Johns, *Excavations at Pilgrims' Castle, ʿAtlīt* [1933]: QDAP 6 [1938] 121-152). Los demás lugares pertenecientes al período persa presentan escasos restos arqueológicos; sin embargo, son importantes las excavaciones de Ramat Raḥel (al sur del sector israelí de Jerusalén, en el borde oriental de la carretera de Jerusalén a Belén), debido sobre todo a pequeños hallazgos como sellos de cántaros, etc. Después de una primera campaña en 1954, las excavaciones prosiguieron a partir de 1959 con excelentes resultados y, hasta el momento, se han descubierto restos del último período de la monarquía de Judá, del período persa-helenístico e incluso de los períodos romano y bizantino (cf. espec. Y. Aharoni y otros, *Excavations at Ramat Raḥel. Seasons 1959 and 1960* [1962]).

El *período helenístico* está muy escasamente representado en Palestina. Durante las excavaciones inglesas en el *tell sandaḥanne,* junto a *bēt ğibrīn* (isr.: *bet gubrin),* en la *šᵉfela,* la Mareša del Antiguo Testamento, *Marissa* en el período helenístico, apareció el plano urbanístico de la ciudad (cf. Bliss-Macalister, *Excavations in Palestine during the Years 1898-1900* [1902]; Watzinger, *Denkmäler Palästinas* II, 12s, lámina 22). En Samaría *(sebaṣṭiye)* se han encontrado restos del amurallamiento, de poderosas torres redondas y de una fortaleza, pertenecientes al período helenístico antiguo (cf. *Samaria-Sebaste* 1 [1943] 24-31). Importantes para el conocimiento del período helenístico son los hallazgos arqueológicos de la *ḫirbet eṭ-ṭubēqa,* emplazamiento de la Bet-Sur mencionada en el Antiguo Testamento, que durante los años de las guerras macabeas sirvió todavía como fortaleza. Las excavaciones americanas en este lugar (cf. O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur* [1933]) han sacado a la luz los sistemas helenísticos de fortificación en sus diversas etapas

* Sobre el «Hierro II» de Palestina, véase el reciente estudio de E. Olavarri *Diferencias en la cerámica de Israel y Judá en el período de la Monarquía dividida* (ca. *930-587 a. C.):* «Trabajos de Prehistoria» 30 (1973) 121-150 (N. del E.).

(cf. espec. Watzinger, *Denkmäler Palästinas* II, 24s, láms. 19-21)[11]. Nuevos resultados arqueológicos relativos al período helenístico hasta fines del siglo II a. C. promete la excavación americana del *tell balāṭa,* (Siquem) actualmente en curso (cf. p. 134).

Aunque perteneciente al período posveterotestamentario, forma parte de la historia de Israel la actividad constructora de *Herodes el Grande y sus contemporáneos.* Los trabajos arqueológicos que se refieren a los restos de este tiempo se han ocupado especialmente de las instalaciones palaciegas herodianas y edificios representativos del mismo tipo en la Jericó contemporánea, a ambos lados del curso inferior del *wādi el-qelt* (cf. J. L. Kelso, D. C. Baramki y otros, *Excavations at New Testament Jericho and Khirbet en-Nitla:* AASOR 29/30 [1955]; J. B. Pritchard y otros, *The Excavation at Herodian Jericho, 1951:* AASOR 32/33 [1958]). Se ha estudiado también el palacio de Herodes sobre la abrupta peña de Masada (ár.: *es-sebbe),* en la orilla occidental del mar Muerto (cf. *Masada. Survey and Excavations 1955-1956 by the Hebrew University, Israel Exploration Society, Department of Antiquities* [1957], en IEJ 7 [1957])*. Los descubrimientos de manuscritos en las cuevas cercanas al extremo noroccidental del mar Muerto (cf. pp. 316ss) impulsaron las excavaciones en la *ḫirbet qumrām,* en cuyos alrededores se encuentran las cuevas, y en la zona de la fuente *ʿēn fešḫa,* situada en sus proximidades en dirección sur; las excavaciones de los años 1951-1956 y 1958, dirigidas por el padre Roland de Vaux, sacaron a luz algunos restos del período del «Hierro II» y, sobre todo, abundantes materiales de los siglos I a. C. y I d. C. (cf. los informes previos del director de la excavación en RB 60 [1953]; 66 [1959]). Mencionemos, por fin, en relación con éstas, las excavaciones realizadas en la colina de la extremidad noroccidental de la llanura de Yizreel, que la toponimia árabe llama *šēḫ abrēq* y que oculta los restos del antiguo asentamiento judío de Bet-Šearim; en este lugar se encontró un extenso y rico complejo sepulcral que data de fines del siglo II hasta mediados del siglo IV d. C. (cf. B. Mazar [Maisler], *Beth Sheʿarim. Report on the Excavations during 1936-1940,* I: *The Catacombs* I-IV [1957 ⟨en hebreo⟩])[12].

[11] Las excavaciones de *ḫirbet eṭ-ṭubēqa* fueron reemprendidas en 1957 bajo la dirección de O. R. Sellers; cf. el informe preliminar de R. W. Funk, BASOR 150 (1958) 8-20.

* Véase además Y. Yadin, *The Excavations of Masada 1963-4. Preliminary Report:* IEJ 15 (1965), y *Massada, Herod's Fortress and the Zealot's Last Stand* (Londres 1971; 1.ª ed. 1966; en castellano: *Masada, la fortaleza de Herodes y el último bastión de los zelotas* [Barcelona 1969]). También se ha excavado durante 1962 y 1963 el Herodium o fortaleza de Herodes cerca de Belén. Véase V. Corbo, *L'Herodium:* «Bible et Terre Sainte» 60 (1963) 9 (N. del E.).

[12] Las excavaciones de Bet-Šearim recomenzaron en 1953 y prosiguen en el momento actual (1962); cf. el informe preliminar en IEJ a partir del n.º 4 (1954).

4. *Excavaciones de los lugares que conocemos por la Biblia*

En los párrafos siguientes presentamos otras excavaciones de lugares mencionados en la Biblia. No han sido tratadas en la sección precedente porque, desde el punto de vista estrictamente arqueológico, no han sido tan provechosas. Como ya hemos dicho en p. 141, entre 1868 y 1870 el inglés Ch. Warren investigó en *Jerusalén* los cimientos del gran muro que rodea la explanada del templo (cf. Warren-Conder, *Survey of Western Palestine: The Jerusalem Volume* [1884]). Por encargo del DPV emprendió H. Guthe en 1881 una excavación en la colina situada en la parte sudoriental de Jerusalén, actualmente extramuros de la ciudad vieja, que fue el emplazamiento de la ciudad predavídica y davídica (confróntese Guthe, *Ausgrabungen bei Jerusalem:* ZDPV 5 [1882] 7-204, 271-378). A esta colina sudoriental se refieren también las excavaciones de R. Weill *(La cité de David* [1920]) y las excavaciones inglesas a partir de 1923 (cf. Macalister-Duncan, *Excavations on the Hill of Ophel, Jerusalem 1923-1925:* PEF Ann. 4 [1926]; Crowfoot-Fitzgerald, *Excavations in the Tyropoeon Valley, Jerusalem 1927:* PEF Ann. 5 [1929]). Un resumen de los resultados de la antigua arqueología en relación con la topografía y la historia de la ciudad puede encontrarse en J. Simons, *Jerusalem in the Old Testament* (1952) y —más extenso y detallado— en la obra monumental de L.-H. Vincent (y A.-M. Steve), *Jérusalem de l'Ancien Testament* I (1954), II/III (1956) *.

E. Sellin comenzó en *Siquem,* en 1913, una excavación que, interrumpida por la Primera Guerra Mundial, prosiguió luego en 1926 (confróntese E. Sellin, *Anzeiger der Ak. d. Wiss. Wien, phil.-hist. Kl.* 51 [1914] 35-40, 204-207; ZDPV 49 [1926] 229-236, 304-320, con láminas 29-46; 50 [1927] 205-211, 265-274, con láms. 11-30; 51 [1928] 119-123, con láms. 8-12); estudió sobre todo el amurallamiento, las puertas y los edificios de la acrópolis juntamente con el gran templo de la ciudad, descubriendo estratos que van desde el Bronce Medio a la Edad del Hierro. Siquem era la más importante de las ciudades cananeas de la montaña de Efraín y representó de diversos modos, aun durante el período israelita, un papel destacado. En 1956 volvieron a abrirse excavaciones sobre el *tell balāṭa* bajo la dirección de G. E. Wright (cf. los informes preliminares por G. E. Wright [y L. E. Toombs]: BASOR 144 [1956] 9-20; 148 [1957] 11-28; 161 [1961] 11-54) **. Estas excavaciones atañen sobre todo a restos del período helenístico, es decir, del último período de ocupación del *tell balāṭa.*

* De 1961 a 1963 se realizaron en la citada colina de Ophel una serie de campañas de excavaciones anglofrancesas. Véase K. M. Kenyon, *Excavations in Jerusalem 1961-1963:* BASOR (1964) 173 (N. del E.).

** Añádase a la bibliografía: L. E. Toombs y G. E. Wright, *The Fourth Campaign at Balatah (Shechem):* BASOR 169, 1963 (N. del E.).

La ciudad de *Guézer* (hoy *tell ǧezer),* en el borde interior de la llanura costera, al sudeste de Yafó, también plaza fuerte cananea que, según 1 Re 9,16, pasó al dominio de los davídidas y fue probablemente convertida en guarnición por Salomón, fue excavada en los años 1902-1905 y 1907-1909 bajo la dirección de Macalister por encargo del PEF (cf. Macalister, *The Excavation of Gezer,* 3 vols. [1912]); en 1934 fue sometida de nuevo a una breve y limitada excavación (cf. A. Rowe, *The 1934 Excavation of Gezer:* PEF Qu. St. [1935] 19-33) *. En Guézer están prácticamente representados todos los estratos culturales desde el período calcolítico hasta el helenístico.

Conocemos la ciudad de *Bet-Šemeš* por la tradición de 1 Sm 6,12ss sobre la historia del arca de la alianza y por diversas otras noticias del Antiguo Testamento. Actualmente es *tell er-rumēle,* junto a *ʿēn šemes,* en la *šᵉfela,* al oeste de Jerusalén. A ella dedicaron excavaciones los ingleses en los años 1911-12 (cf. D. Mackenzie, *The Excavations at Ain Shems 1911:* PEF Ann. 1 [1911] 41-94; *Excavations at Ain Shems:* PEF Ann. 2 [1912-13] 1-104) y los americanos desde 1928 hasta 1933 (cf. E. Grant, *Beth Shemesh* [Palestina 1929]; E. Grant, *Ain Shems Excavations Part I-V [Haverford College Biblical and Kindred Studies nn. 3-5.7.8]* 1931-1939); esta ciudad, no muy grande, estuvo habitada desde el Bronce Medio hasta el «Hierro II».

Entre las ciudades cananeas del borde sudoccidental de la llanura de Yizreel que pasaron a depender de la soberanía del Estado israelita bajo David se nombra repetidas veces en el Antiguo Testamento, junto a Meguiddó, la ciudad de *Taanak.* Taanak, hoy *tell taʿannek,* fue excavada en parte por E. Sellin en 1902-3 y de nuevo en 1904 (cf. E. Sellin, *Tell Taʿannek in Palästina* [1906] = *Denkschr. d. Kais. Ak. d. Wiss. Wien, phil.-hist. Kl.* 50, 4, y 52, 3) **. Sobre las tablillas cuneiformes encontradas durante esta excavación, cf. *infra,* pp. 217s.

Es muy probable que la *Mispá* del Antiguo Testamento se encuentre en el actual *tell en-naṣbe,* 12 km al norte de Jerusalén, en la carretera principal que lleva hacia el norte. En este lugar excavaron los americanos entre 1926 y 1935. Los resultados de este trabajo, que descubrió sobre todo restos de la Edad del Hierro, se pueden consultar en una publicación definitiva de la excavación a cargo de C. C. McCown y J. C. Wampler, *Tell en-Naṣbeh Excavated under the Direction of the Late William Frederic Badè* I, II (1947).

Desde 1953 trabaja una expedición excavadora americana, bajo la dirección de J. P. Free, en el *tell dōtān,* emplazamiento de la *Dotán* a que se refiere el Antiguo Testamento en las narraciones sobre José y Eliseo. Está situada a 15 km al nornordeste de la ciudad de Samaría, en la carretera que va de Samaría al extremo sur de la llanura de Yizreel. Se han encontrado murallas y estratos de todas las etapas de la Edad del

* Las nuevas excavaciones de Guézer empezaron en 1964, bajo la dirección de Wright. Véanse «Syria» 42 (1965) 192 y 412, y 44 (1967) 450 (N. del E.).

** Las excavaciones en Taanak han sido después continuadas. Véase P. W. Lapp, *The 1963 Excavation at Taʿannak:* BASOR 173, 1964 (N. del E.).

Bronce y especialmente del «Hierro I/II» (cf. los informes preliminares de J. P. Free, BASOR 131 [1953] 16-20; 135 [1954] 14-20; 139 [1955] 3-9; 143 [1956] 11-17; 152 [1958] 10-18; 156 [1959] 22-29; 160 [1960] 6-15).

E. Mader dirigió las excavaciones en el emplazamiento del santuario de *Mambré,* asociado con una parte de las tradiciones abrahamíticas, durante los años 1926-1928; el lugar se llama hoy *ḥaram rāmet el-ḫalīl* y está situado a 3 km largos al norte de la actual Hebrón *(el-ḫalīl).* No han sido hallados restos seguros del período veterotestamentario, y los muros del *temenos* que rodean el sagrado recinto no pertenecen seguramente, como comúnmente se cree, al período herodiano, sino a la época de Constantino [13]. Por otra parte, difícilmente se puede poner en duda que el Mambré del Antiguo Testamento estuviera aquí. El informe definitivo de la excavación (E. Mader, *Mambre. Die Ergebnisse der Ausgrabungen im heiligen Bezirk râmet el-ḫalîl in Südpalästina 1926-1928. Textband und Tafelband* [1957]) contiene también información sobre los hallazgos arqueológicos en el *ǧebel er-rumēde,* probable emplazamiento de la antigua *Hebrón,* en el extremo sudoeste de la ciudad actual.

XVI. Exploración de la superficie

El estudio arqueológico completo de un país exige algo más que la excavación de los restos, aun en el caso del período del Oriente Antiguo, sepultado normalmente bajo los escombros. Naturalmente, los restos antiguos no aparecen a simple vista como los monumentos de los períodos más recientes, que salen a la luz con sencillos trabajos de descombro. Aun en este caso la excavación debe completarse mediante una intensa investigación de la superficie del país en busca de todas las huellas que la Antigüedad haya podido dejar. Presupuesto de esta última tarea es el exacto conocimiento de las características de los distintos períodos culturales, logrado tras un minucioso examen de los estratos a manos del excavador, especialmente los pequeños objetos característicos de un período determinado. Existen ruinas del período del Oriente Antiguo que no recompensan o no pueden constituir objetivos apropiados de una excavación porque no contienen ningún depósito de escombros que merezca recordarse o no presentan ninguna estratificación intacta, sino que todo ha desaparecido prácticamente bajo el impacto de los siglos. Esto vale especialmente para los asentamientos descritos en la p. 137, es decir, aquellos que fueron fundados antes de la Edad del Hierro. Son éstos ante todo los lugares de la parte montañosa del país, donde los israelitas se fueron sedentarizando. Algunos restos de este período antiguo se encuentran esparcidos por el suelo como testigos del antiguo asentamiento; se trata normalmente de cascotes que fueron utensilios usados para las

[13] Cf. F. W. Deichmann, en A. Kuschke 76 (1960) 11, nota 5.

necesidades de la vida corriente y que, por tanto, han quedado por todas partes donde vivió la gente y que, debido a su consistencia, han resistido a los agentes destructores, incluso a la humedad. Las características de la cerámica como criterio cronológico representan un valor sin igual para la exploración de superficie, pues mediante los cascotes esparcidos por los alrededores puede determinarse el período y la duración de un asentamiento en un determinado lugar.

La exploración de superficie como complemento de la actividad excavadora es también indispensable por otras razones. Hasta el momento solamente ha sido excavada una serie de ciudades antiguas del país, y aun este trabajo puede centrarse sólo en torno a ciertos puntos en una determinada época, de tal modo que nunca será posible llegar a todos los posibles objetivos de excavación ni someterlos a un examen arqueológico en regla. En este punto puede y debe intervenir la exploración de superficie como suplementaria. Incluso en un *tell,* tal como ha sido descrito en pp. 136s, donde sólo el estrato más reciente se halla inmediatamente bajo la superficie y puede alcanzarse sin dificultad, hay que imaginar como un hecho normal que grandes cantidades de escombros, principalmente cascotes de los períodos de ocupación del lugar, se han corrido por los lados y se encuentran aún, sin ninguna clase de estratificación, desparramados por las pendientes de la colina de ruinas. Tales cascotes, mediante una cuidadosa búsqueda por estas pendientes, pueden todavía encontrarse y ofrecer información sobre las épocas del pasado en que el correspondiente *tell* estuvo ocupado, aun cuando esta información no pueda ser tan precisa y completa como el resultado de una excavación de los estratos y aun cuando la exacta datación de la cerámica dispersa y de cualquier objeto suelto sea a menudo problemática fuera del contexto arqueológico. En estos sondeos la suerte del explorador cuenta más que en una excavación sistemática. Por lo demás, todo excavador precisa normalmente de una tal exploración de superficie para llegar a la conclusión de que tal objetivo de excavación vale o no la pena de un trabajo más detenido y duro.

Una exploración de superficie de este tipo, con la intención de estudiar el conjunto de todos los asentamientos antiguos en Palestina, fue llevada a cabo en 1924 y continuada hasta 1933 por A. Alt, comisionado por el *Deutsches Evangelisches Institut für Altertumswissenschaft des heiligen Landes zu Jerusalem;* sus valiosos resultados fueron publicados por él en PJB [14]. W. F. Albright, como director de la *American School of Oriental Research in Jerusalem,* se dedicó a idéntico trabajo en la década siguiente a la Primera Guerra Mundial, publicando sus hallazgos en BASOR, que comenzó a aparecer precisamente en 1919 [15]. N. Glueck

[14] El índice geográfico de PJB 30 (1934) 80-103 para los volúmenes PJB 21 (1925)-30 (1934) pone fácilmente a disposición los resultados conseguidos en este campo. El *Deutsches Evangelisches Institut* continúa esta obra siguiendo la forma iniciada por A. Alt. Los informes de actualidad aparecen en ZDPV desde 1954.

[15] Como vademécum de estos trabajos puede servir el *Topographical Index to the Bulletin:* BASOR 50 (1933) 26-36; 76 (1939) 15-24; 105 (1947) 6-27.

llevó a cabo posteriormente sus extensos trabajos en Transjordania sirviéndose también de la exploración de superficie (cf. la detallada publicación de estos trabajos en N. Glueck, *Explorations in Eastern Palestine I-IV* = AASOR 14 [1934] 1-114; 15 [1935] 1-202; 18/19 [1939] 1-288 más láms. 1-22; 25/28 [1951] 1-711). También la *École pratique des Études Bibliques* (su órgano es la RB) ha llevado a cabo investigaciones semejantes (cf. R. de Vaux, *Nouvelles recherches dans la région de Cadès:* RB 47 [1938] 89-97 y, sobre todo, R. de Vaux, *Exploration de la région de Salṭ:* RB 47 [1938] 398-425).

Ni la actividad excavadora ni la exploración de superficie han concluido su tarea; sin embargo, se ha concretado ya en muchos detalles la imagen de la ocupación de Palestina en las diferentes fases del período correspondiente al Oriente Antiguo.

XVII. Descubrimientos arqueológicos y tradición literaria

A pesar del desarrollo objetivo de la arqueología de Palestina hasta llegar a ser una ciencia autónoma que posee su propio método de trabajo y determina su tarea siguiendo planteamientos propios, queda el problema de relacionar las conclusiones arqueológicas con la tradición literaria y de utilizar ambas fuentes en beneficio del conocimiento histórico. Se trata de emplear cada una de estas fuentes en el proceso de investigación histórica según las características propias. En todo caso, la importancia de la arqueología no debe ser subestimada ni valorada en exceso.

1. *Valor positivo de la arqueología*

La arqueología, en conexión con la tradición literaria, es indispensable, en primer lugar, en el campo de la *topografía,* es decir, en la identificación de los asentamientos con los lugares mencionados en la tradición literaria. En lo que sigue nos limitamos a la tradición bíblica, especialmente a la del Antiguo Testamento. Quien desee asignar un lugar mencionado en la Biblia a un determinado punto del terreno debe cerciorarse de que en este punto, de acuerdo con los restos arqueológicos del período al que se refiere la noticia literaria, está demostrada una ocupación o, al menos, pueda explicarse por qué en tal caso no deban esperarse restos arqueológicos. No se da siempre la circunstancia de que se haya mantenido el antiguo nombre en el emplazamiento original y de que se encuentren allí los restos arqueológicos correspondientes. Ocurre esto en algunos casos afortunados; por ejemplo, en la antigua Taanak (hebr.: *taʿnak),* cuyas ruinas con restos de las Edades del Bronce y del Hierro conservan el nombre de *tell taʿannek,* o en Betel, donde la localidad actual, según los resultados de la arqueología, ocupa el mismo sitio que la antigua; Betel ha continuado poblada desde el Bronce Medio y todavía conserva

el nombre antiguo en la forma algo alterada de *bētīn;* también la moderna *ghazze,* que ocupa todavía en parte el *tell* que oculta los restos de la antigua ciudad de Gaza (hebr.: *ʿazza)* [16]. Con frecuencia el asentamiento se ha transferido a otro lugar más cómodo [17] dentro del mismo término, conservando no obstante el antiguo nombre. El asentamiento antiguo puede encontrarse aún en las cercanías de la correspondiente localidad moderna y su exacta localización puede fijarse únicamente mediante la identificación arqueológica de las antiguas capas de escombros. También en estos casos el hecho resulta todavía bastante sencillo. Tenemos un ejemplo en la antigua Jericó, que no se encuentra bajo la actual localidad de *erīḥa,* que ha heredado su nombre, sino a 2,5 km de distancia en dirección noroeste, en el *tell es-sulṭān.* La antigua e importante ciudad de Bet-Šan no se encuentra en la actual ciudad de Beisán (ár.: *bēsān),* a pesar de la conservación del nombre, sino a unos 500 m al norte de ella, en el *tell el-ḥoṣn.* Tampoco la antigua Siquem corresponde exactamente a la moderna ciudad de *nāblus,* que ha tomado el nombre y conserva el emplazamiento de la romana Neápolis, sucesora de la antigua Siquem, sino que está situada a unos 2 km al este, sobre el *tell* que hay junto a la aldea actual de *balāṭa.* El esfuerzo arqueológico ha demostrado también que la Jerusalén jebusea y davídica, es decir, el núcleo primitivo de la ciudad que fue ensanchada repetidas veces desde Salomón, no se encuentra dentro del casco viejo de la Jerusalén actual, sino fuera, sobre la colina sudoriental, ahora poco poblada, que se halla al sur de la explanada del templo.

Mucho más difícil de resolver es el problema topográfico en los numerosos casos en que el nombre antiguo del asentamiento no se conserva ni en las ruinas ni en los alrededores de ellas, habiéndose perdido irremediablemente. En estos casos sólo la reunión de todas las indicaciones de la tradición literaria sobre la situación de la localidad y, por otra parte, un examen atento de los hallazgos arqueológicos descubiertos en las ruinas de la región pueden proporcionar una solución al problema topográfico, de tal modo que cada uno de los períodos de ocupación certificados literariamente pueda ser demostrado arqueológicamente sobre las ruinas correspondientes [18]. Además de solucionar cuestiones particulares de topografía, la arqueología redondea la imagen de la historia completa de la ocupación del país que puede y debe ser puesta en relación con la tradición literaria. Así, por ejemplo, sabemos mediante identificaciones arqueológicas dónde han de buscarse las ciudades cananeas (en términos arqueológicos: del Bronce Reciente) que, según nos dice repetidas veces el

[16] Los cambios fonéticos que los nombres antiguos han sufrido debido al repetido cambio de lengua del país —hebreo, arameo, árabe— siguen leyes definidas; confróntese G. Kampffmeyer, *Alte Namen im heutigen Palästina und Syrien:* ZDPV 15 (1892) 1-33, 65-116; 16 (1893) 1-71.

[17] Cf. *supra,* p. 139, nota 2.

[18] Algunos materiales sobre los resultados preliminares del trabajo topográfico en Palestina pueden verse en J. Simons, *The Geographical and Topographical Texts of Old Testament* (1959).

Antiguo Testamento, no lograron someter las tribus israelitas durante su ocupación del país (Jos 17,16.18; Jue 1,27ss.3,1ss). Del mismo modo, la arqueología nos dice en qué territorios se encuentran las ciudades que comenzaron a existir en el período Antiguo de la Edad del Hierro y que corresponden a aquellas en que los israelitas se hicieron sedentarios después de la ocupación. Ahora nos resulta claro que se trató, en líneas generales, de una coexistencia; las llanuras estaban en manos de los cananeos y en ellas quedaron; las tribus israelitas se establecieron en las regiones montañosas (cf. espec. A. Alt, *Die Landnahme der Israeliten in Palästina. Territorialgeschichtliche Studien [Leipziger Dekanats-Programm* 1925]; reimpreso en *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* I [²1959] 89-125). Ha de encomendarse también a los métodos arqueológicos el estudio de la extensión e intensidad de la ocupación israelita de los territorios transjordanos [19], con cuyos resultados habrán de compararse las escasas noticias que sobre el tema nos ofrecen las fuentes literarias *. Como lo prueban los ejemplos aducidos, la identificación arqueológica y la investigación literaria deben colaborar en cualquier problema que se refiera a los asentamientos históricos.

Arqueología y exégesis de la tradición literaria deben encontrarse especialmente en el terreno de la *historia de la cultura,* en su sentido más amplio. La tradición literaria, ya se trate de partes narrativas, de sentencias proféticas y sapienciales o de secciones legales, etc., contiene innumerables referencias e indicaciones sobre la realidad de la vida cotidiana, sobre sus condicionamientos externos o el empleo de utensilios, el mobiliario de las residencias reales, el número de santuarios del país, etcétera. Todos estos datos, que varían de una época a otra, pertenecen al círculo de las manifestaciones de la vida concreta que dejan tras sí huellas tangibles y que, por tanto, la arqueología puede constatar. En estos casos los hallazgos arqueológicos aclaran e incluso sirven para descubrir por vez primera el significado exacto de los datos literarios. Discutiremos los detalles sobre el particular en la sección XVIIIss.

Finalmente, la aparición de la arqueología ha representado y sigue representando un influjo positivo en la *historia de la ciencia.* Ha ayudado a superar el estadio de la consideración puramente literaria o, lo que es lo mismo, crítico-literaria en que se hallaba la ciencia bíblica; mediante su trabajo sobre los restos concretos del pasado ha dirigido de nuevo la atención al contenido concreto de la tradición literaria y, con ello, al problema del origen y significación de las partes de aquella tradición.

[19] En este contexto es importante determinar arqueológicamente las fortificaciones fronterizas y, con ello, las fronteras del vecino Estado de los ammonitas. Confróntese H. Gese, ZDPV 74 (1958) 55-64; R. Hentschke, ZDPV 76 (1960) 103-123; G. Fohrer, ZDPV 77 (1961) 56-71.

* Sobre este tema aportan luz las excavaciones españolas realizadas desde 1964 en ʿArôʿer. Cf. E. Olavarri, *Sondages à ʿArôʿer sur l'Arnon:* RB 72 (1965) 77-94; *Fouilles à ʿArôʿer sur l'Arnon:* RB 76 (1969) 230-259 (N. del E.).

2. *Limitaciones de la arqueología*

La importancia de la arqueología para el entendimiento de la historia no debe exagerarse, aun cuando lo anteriormente expuesto sea verdadero y digno de ser tenido en cuenta. Debe quedar bien claro lo que la arqueología puede aportar a este respecto y lo que no se debe esperar de ella. Existen aspectos de la vida para cuyo conocimiento se impone la colaboración entre los resultados de la arqueología y los análisis de la tradición literaria. Pero los *acontecimientos históricos,* la actuación de los personajes históricos y el decurso de los sucesos históricos concretos, es decir, aquello que constituye el contenido esencial de la tradición literaria, escapan normalmente por naturaleza a la investigación arqueológica, pues no actúan —o al menos no siempre— de modo directo sobre las circunstancias exteriores de la vida; además, aun cuando estos acontecimientos hayan sido causa de cambios, no siempre es posible detectar éstos arqueológicamente o, al menos, no se presentan ante la investigación arqueológica con sentido inequívoco. Esto es aplicable especialmente a Palestina, pues faltan casi totalmente en su suelo los descubrimientos de tipo literario que pudieran despejar determinadas incógnitas del trabajo arqueológico. En las construcciones prehelenísticas no se ha encontrado ni siquiera una inscripción que revelara el nombre del constructor; no ha salido a luz ninguna inscripción sobre primeras piedras ni documento alguno que haga referencia a la erección. Todas las construcciones del período del Oriente Antiguo encontradas en Palestina son anónimas. Difícilmente se puede encontrar un monumento sepulcral de este período que nombre a la persona allí enterrada. Y, sin embargo, sólo la tradición literaria, aunque sea reducida a la mínima expresión de un nombre cincelado o de una línea de inscripción, puede llevar directamente al conocimiento de los acontecimientos históricos.

Por ello no se puede decir sin más que el resultado de la arqueología palestinense confirme el valor histórico de la tradición literaria; no correspondería a la realidad esperar tal confirmación. Sin embargo, incluso en estudios científicos se hacen frecuentemente estas afirmaciones. Existen, naturalmente, determinados acontecimientos históricos, como conquistas, destrucciones y, en algunos casos, incendios de plazas fuertes, que dejan vestigios para la arqueología. Pero los descubrimientos arqueológicos, aun en estos casos, apenas si pueden decir algo sobre las circunstancias o el contexto histórico que provocaron la destrucción de que puede dar fe la arqueología. En tales casos, sólo el recurso a una información histórica de procedencia literaria puede aportar la explicitación histórica concreta del hallazgo arqueológico. Por regla general, la *datación arqueológica* es la única base sobre la que puede entenderse la relación que media entre la noticia literaria y el descubrimiento arqueológico. Si tal datación puede establecerse con exactitud —lo cual no es lo más normal, pese al perfeccionamiento de las técnicas arqueológicas—, con la precisión que exige una interpretación histórica, y si la datación de estos hallazgos corres-

ponde exactamente a la época de la que la tradición literaria narra un acontecimiento correspondiente, está justificado el poner en relación los hallazgos con la información literaria. Esto tiene especial aplicación cuando toda una serie de identificaciones arqueológicas concordes en varios lugares pueden ser empleadas como base. Si, por ejemplo, los trabajos arqueológicos muestran que en el territorio de Judá fueron destruidas las ciudades hacia el 700 a. C. o alrededor del 600 a. C., habrá que poner estas destrucciones en relación con la campaña del rey asirio Senaquerib en el año 701 a. C. o con la del rey Nabucodonosor de Babilonia contra el Estado de Judá en los años 589-587 a. C. En ambos casos los descubrimientos arqueológicos iluminan los acontecimientos de la tradición literaria y añaden este o aquel detalle al marco general. Una «prueba» de la tradición literaria —que en estos casos es, por lo demás, innecesaria— sólo aportaría una ayuda indirecta al documento literario, puesto que los descubrimientos arqueológicos no exigen automáticamente una relación con Senaquerib o con Nabucodonosor, sino que únicamente la presencia de la tradición literaria hace posible esta relación.

Cuando la información no disipa la duda, la discusión sobre el alcance o la significación de un acontecimiento histórico, como, por ejemplo, en el caso de la tradición veterotestamentaria sobre la ocupación de Palestina por las tribus israelitas, resulta muy difícil, y sólo rara vez es posible, reconstruir el proceso histórico basándose exclusivamente sobre los datos de la arqueología [20]. Ello es debido a que, por lo regular, los acontecimientos históricos se conocen mediante una tradición literaria que aporta determinados nombres y describe los sucesos. En las destrucciones de las ciudades de Palestina durante el Bronce Reciente, que es de suponer por razones cronológicas tuvieran lugar como consecuencia de la entrada de los israelitas, los hallazgos arqueológicos no permiten deducir nada sobre quién pudo ser el enemigo que asoló esas ciudades. Cuando se trata de acontecimientos históricos de épocas para las que disponemos de información literaria muy exigua suele haber varias posibilidades de explicar históricamente un determinado hallazgo arqueológico, como la destrucción de una ciudad. Por tanto, debemos ser muy cautos a la hora de relacionar con un acontecimiento histórico concreto una situación descubierta por medios arqueológicos y que carece de una tradición literaria concreta.

Seguidamente consideramos los resultados de la arqueología palestinense, fijándonos sobre todo en el aspecto de la historia de la cultura.

[20] Más detalles en M. Noth, *Grundsätzliches zur geschichtlichen Deutung archäologischer Befunde auf dem Boden Palästinas:* PJB 34 (1938) 7-22; íd., *Der Beitrag der Archäologie zur Geschichte Israels* (Vetus Testamentum Supplements 7; 1960) 262-282.

Capítulo III

APORTACION DE LA ARQUEOLOGIA AL PERIODO DE LA HISTORIA BIBLICA

XVIII. Asentamientos

En todas las épocas hubo en Palestina algunos grupos de población que, incluso en la tierra de cultivo, practicaron el nomadismo y vivieron en tiendas (Jue 4,17ss; 5,24; Jr 35,7). Probablemente también había gente que vivía en tiendas dentro de los «cercados» (hebr.: *ḥaṣer),* en los cuales la población convivía tanto en el «Négueb» (cf. p. 76) como en otras zonas fronterizas entre la tierra cultivable y el desierto. Estos cercados hay que imaginarlos rodeados por un muro de piedras o un seto de espinos o maleza como defensa contra las alimañas y los ataques enemigos (cf. Lv 25,31; Jos 19,8; Neh 11,25; 12,28s y los compuestos de *ḥaṣer* en los topónimos del Négueb en Jos 15,21b-32a)[1]. Como es natural, estas aldeas no han dejado prácticamente huellas. Pero incluso de las construcciones de adobe rodeadas por un muro de piedras sin ninguna pretensión artística, en las cuales hemos de imaginar asentadas a las tribus israelitas[2] en los reducidos asentamientos de la Edad del Hierro en la Montaña, tampoco ha quedado gran cosa, como hemos podido ver en la p. 137. Nuestro conocimiento de los establecimientos de la Edad del Hierro se limita por lo regular a las antiguas ciudades cananeas del Bronce Antiguo que continuaron habitadas durante la Edad del Hierro.

1. *Emplazamiento de las ciudades*

Para determinar el emplazamiento de una ciudad había que tener en cuenta varias circunstancias. La ciudad tenía que ser fácilmente defendi-

[1] Parece conveniente mencionar aquí las piedras que aún pueden verse en los bordes de la tierra cultivable de Transjordania, colocadas de forma que constituyeran un aprisco para el ganado menor, en cuya proximidad levantaban sus tiendas los pastores. Cf. O. Eissfeldt, FF 25 (1949) 8ss, y Y. Yadin, IEJ 5 (1955) 3-10.

[2] Hemos de imaginar que muchas de las localidades mencionadas en Jos 15, 21-62 + 18,21-28 + 19,2-7, cuando enumera las ciudades del territorio de Judá en la época del rey Josías, responden a estas características; cf. A. Alt, PJB 21 (1925) 100-117.

ble; por ello tenía que estar asentada en un lugar de no fácil acceso, es decir, en una colina o un promontorio. Esto se aplica sobre todo a las ciudades del Bronce Antiguo, cuando cada plaza fuerte constituía el centro de una Ciudad-Estado total o parcialmente independiente y responsable de su propia seguridad. En la época de la monarquía israelita, durante la cual incumbía al poder central la responsabilidad de la defensa de todo el territorio y en la cual los reyes convirtieron algunas ciudades en plazas fuertes (1 Re 9,15-19 [Salomón], 2 Cr 11,5-12 [Roboam]; cf. E. Junge, *Der Wiederaufbau des Heerwesens des Reiches Juda unter Josia:* BWANT IV 23 [1937] 6ss), la defensa frente a fuerzas hostiles no era ya asunto propio de las ciudades ordinarias del país y, con el cambio de la situación durante las épocas persa, helenística y romana, se abandonó por completo la fortificación en la mayoría de los casos. Para el período de la monarquía israelita hemos de contar con una descentralización de la vida de los asentamientos, es decir, con el trasvase de los excedentes de población de las ciudades a pueblos de los alrededores que al principio todavía pertenecían a la ciudad y que en el Antiguo Testamento se llaman «hijas» (Nm 21,15.32; Jue 11,26, etc.), pero que paulatinamente consiguieron la autonomía.

A medida que las exigencias de la defensa fueron pasando a segundo plano condicionaron el emplazamiento de las ciudades consideraciones de otro tipo. Así, en un país como Palestina, la preocupación por el abastecimiento de agua potable para la ciudad, cuya mejor solución era la existencia de una fuente en los alrededores o en un lugar bien situado; dado que no se puede hablar de abundancia de fuentes en Palestina y que en muchas regiones son éstas muy escasas, las posibilidades de elección de un emplazamiento estaban bastante limitadas (sobre este punto, cf. *infra,* páginas 168ss). Finalmente, la proximidad de una porción de tierra cultivable y de rutas comerciales favorables en diversas direcciones era muy importante para la ciudad. Al no darse fácilmente estos requisitos, especialmente en la región montañosa, las posibilidades de ubicación de una ciudad se reducían aún más; por eso se comprende que no todas las ciudades del país tuvieran en consideración todas estas circunstancias.

2. *Fortificación de las ciudades*

El amurallamiento es una de las características de la ciudad durante el período que nos ocupa; si bien los detalles de la construcción variaron de una época a otra, el amurallamiento fue habitual durante las Edades del Bronce y del Hierro y pervivió incluso durante el período helenístico y romano. Las murallas limitaban el perímetro de la ciudad y aunque en ocasiones la gente se establecía fuera de las murallas, la ciudad propiamente dicha se reducía normalmente al espacio cerrado por las murallas; como consecuencia, las ciudades eran muy angostas y apenas si tenían posibilidad de expansión. Hay que pensar además que en el período del Antiguo Oriente las ciudades no eran el lugar del trabajo y de la vida

cotidiana; éstos se desarrollaban normalmente fuera de la ciudad, en sus campos. Las ciudades servían como refugio frente al enemigo y a las inclemencias del tiempo y como graneros o almacenes. Así, pues, las ciudades de dicho período ocupaban una extensión muy limitada que, al depender en la mayoría de los casos de las condiciones naturales de su emplazamiento, permaneció prácticamente la misma a través de las diversas épocas, aun cuando en ocasiones los establecimientos de la Edad del Hierro ocupaban sólo una parte del terreno de sus predecesores de la Edad del Bronce. Sólo durante el período helenístico-romano aumentaron las ciudades su perímetro de modo notable. La Jerusalén de los jebuseos y de David ocupaba una extensión de unos 400 × 100 m [3]; el casco de la Siquem de la Edad del Bronce y del Hierro medía aproximadamente 230 × 150 m; la Jericó del Bronce Antiguo estaba asentada sobre una extensión de 225 × 80 m y sólo en el Bronce Medio se extendió hasta ocupar 300 × 150 m. Las ciudades cananeas importantes de las llanuras del país, que en su mayor parte continuaron habitadas durante la Edad del Hierro, eran algo más amplias. Taanak ocupaba alrededor de 300 × 150 m; Meguiddó, 300 × 225 m. Excepcionalmente amplia era la Jasor del Bronce Medio y Reciente, con sus 1100 × 650 m, mientras que esta misma ciudad, durante la Edad del Hierro, ocupando solamente la parte sur del *tell,* se acercó a una extensión mucho más *normal* con sus 400 × 150 m. Samaría, capital del reino de Israel, tenía una extensión de 400 × 200 m; por su parte, la *Sebastē* romana, que ocupó su lugar, medía ya 1200 × 900 m.

La muralla de la ciudad consistía normalmente en unos cimientos de piedra fuertes y altos y un muro de adobes colocado sobre aquéllos. Este último, como es natural, ha desaparecido con el paso del tiempo en la mayoría de los casos; sólo excepcionalmente se nos ha conservado en parte, como es el caso de algunos muros de la Edad del Bronce de Jericó (cf. PEF Qu. St. [1931] 186-196, láms. I-IV, y Watzinger, *Denkmäler* I, ilustr. 57.58) o de la estructura de las puertas de Siquem, per-

[3] Según el breve informe preliminar de R. de Vaux en RB 69 (1962) 98-100, y el detallado informe de K. M. Kenyon en PEQ 94 (1962) 72-89, las excavaciones anglofrancesas comenzadas en 1961 sobre la colina sudoriental de Jerusalén han demostrado que la opinión, corriente hasta ahora, sobre la extensión de la Jerusalén jebuseo-davídica era errónea. La parte de la muralla del lado oriental de la colina, que hasta ahora se consideraba en parte jebusea y en parte davídica o salomónica, es en realidad helenística. La muralla de la ciudad, que data del Bronce Medio a la Edad del Hierro, fue descubierta un poco más al este, es decir, un poco más abajo, en la pendiente hacia el valle del Cedrón. Esto significa que la boca superior del pozo, descubierta por Warren, que había sido construida para tener acceso a la fuente de Guijón en cualquier eventualidad, no se encontraba fuera, sino dentro de la muralla de la ciudad. Investigaciones posteriores de la misma expedición han demostrado —o confirmado— que la extensa porción meridional de la colina occidental, que se alza frente a la colina sudoriental, todavía no estaba incluida en el recinto de la ciudad en el período helenístico. Esta parte fue amurallada sólo en el siglo I de nuestra Era.

Sobre las excavaciones anglofrancesas de Jerusalén, véase espec. K. M. Kenyon, *Jerusalem. Excavating 3000 Years of History,* Londres 1967 (N. del E.).

tenecientes a la Edad del Bronce. Para construir los cimientos pétreos de la muralla se fueron empleando diversas técnicas en las diferentes épocas. La Edad del Bronce y los comienzos de la del Hierro mostraron una preferencia por la muralla con la parte externa más o menos inclinada (es decir, ascendiendo oblicuamente) o también por el muro elevado perpendicularmente sobre otra parte construida con apariencia oblicua *(glacis)* con el fin de conseguir una mayor firmeza e impedir su derrumbamiento hacia fuera bajo la presión de la masa de escombros que se iba acumulando en el interior; al mismo tiempo, mediante la ampliación de la anchura de la parte inferior del muro, se hacían más difíciles los intentos del enemigo por abrir brecha en la muralla. Es particularmente célebre el poderoso glacis ciclópeo que rodeaba a la Jericó del Bronce Medio (cf. Watzinger, *op. cit.*, ilustr. 57; AOB[2] núm. 640). Especialmente en la Edad del Hierro se construyeron muros muy espesos provistos de casamatas de piedra por el interior y por el exterior, rellenando de piedra y escombros el espacio intermedio. Así está construida la ciudadela de Guibeá de Saúl *(tell el-fūl)* de la Edad del Hierro (cf. AASOR 4 [1924] 79, lám. XXIVa[4]; 34/35 [1960] láms. 30.35 A). Los diferentes períodos culturales se distinguen de este modo nítidamente según sus técnicas de construcción[5]. En el Bronce Medio y Reciente[6] construían los llamados muros ciclópeos, formados por la superposición de bloques irregulares de piedra, a menudo de grandes proporciones, rellenando los huecos con rocalla (una excepción la constituye el mencionado muro en la glacis de Jericó [ilustr. 4 A]; véase el imponente muro ciclópeo levemente inclinado de Siquem en el «Archäologischer Anzeiger» [1932] 303, ilustración 8, o el amurallamiento del Bronce Medio del *tell bēt mirsim* en AASOR 17 [1938] lám. 16). En la primera fase de la Edad del Hierro se empleaban de preferencia sillares toscamente labrados y colocados en hileras horizontales, produciendo, a diferencia de las construcciones ciclópeas, continuas ensambladuras tranversales (cf. las dos primeras fases de construcción de Guibeá de Saúl, en AASOR 4 [1924] 59ss, figs. 7-11 [y nuestra fig. 4 B]; p. 79, lám. XXIVa; AASOR 34/35 [1960] láms. 33.34; véanse también las murallas de la Ciudad de David; Watzinger, *op. cit.*, ilustr. 78); tampoco se empleaban ya bloques tan grandes, sino pequeños sillares. Un buen ejemplo de este tipo de construcción nos ha quedado en el amurallamiento de la Edad del Hierro del *tell bēt mirsim* (cf. AASOR 21/22 [1943] láms. 38b, 39a.b). En la época de Salomón —al menos para los edificios reales representativos— se empezó a labrar la piedra hasta dejarla lisa, y estos sillares cuidadosamente labrados se colocaban, si no en toda la extensión del muro, por lo menos en sus ángulos, insertándolos también a determinada distancia en la largura del

[4] Puede verse también aquí el glacis que se anteponía al muro.

[5] Cf. los esbozos que presenta la ilustración 4.

[6] La técnica de construcción de muros en el Bronce Antiguo es muy particular; los muros se construían por hiladas de piedras individuales, separadas y extraordinariamente bajas; cf. J. Marquet-Krause, *Les fouilles de ʿAy* (1949) láms. IV.XXV. XXVII de Ay = *et-tell*.

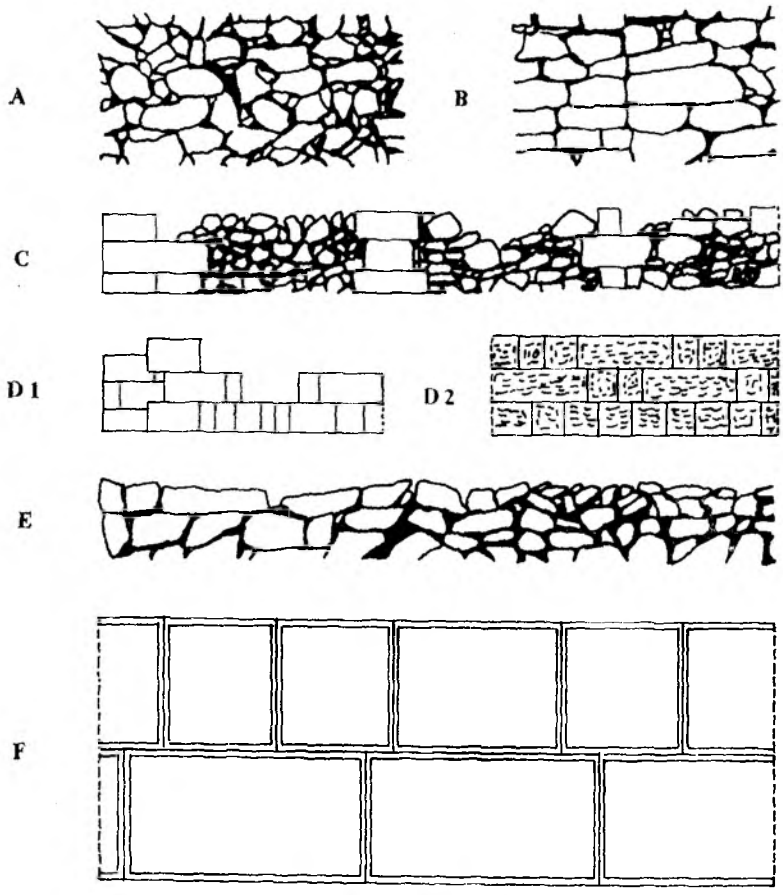


Ilustración 4

A = Muro ciclópeo (Bronce Medio II) de los cimientos del muro de glacis de Jericó, según Sellin-Watzinger, Jericho *(1913) gráf. 10.*

B = Sección de muro del período antiguo de la Edad del Hierro de tell el-fūl *(estrato II), según AASOR 4 (1924) fig. 11.*

C = Muro del llamado «estrato salomónico» de Meguiddó, según Megiddo *I (OIP 42 [1939]) fig. 64.*

D (1 y 2) = Muros del palacio real o ciudadela de la Samaría de la época de la monarquía israelita, según Samaria-Sebaste *n. 1 (1943) lám. XV, 2, y Reisner-Fisher-Lyon,* Harvard Excavations at Samaria *(1924) II, lám. 27a.*

E = Muro helenístico de la ciudadela de Bet-Sur, según O. R. Sellers, The Citadel of Beth-Zur *(1933) fig. 14.*

F = Sección del muro herodiano que rodea el recinto del templo de Jerusalén («Muro de las Lamentaciones»).

muro; los espacios intermedios seguían construyéndose con los sillares de tipo antiguo; de este modo se construyeron los principales edificios de las ciudades (véanse especialmente los edificios del estrato salomónico de Meguiddó, *Megiddo* I [OIP 42 ⟨1939⟩] figs. 13.60.61.64 [aquí ilustración 4 C] 65). Durante el «Hierro II» se utilizó una técnica de muros muy refinada para los edificios reales. El palacio real de Samaría presenta en toda la extensión de sus muros una sillería finamente tallada (cf. *Samaria Sebaste,* n.º 1, lám. XV, 2, y aquí ilustr. 4 D 1); los muros exteriores de la acrópolis de la ciudad de Samaría (cf. *Samaria Sebaste,* n.º 1, lámina XXXII; Watzinger, *op. cit.,* ilustr. 79, y aquí ilustr. 4 D 2) tienen cimientos de sillares cuidadosamente labrados dispuestos a soga y a tizón, es decir, colocados unos a lo largo y otros que atraviesen el muro, mostrando al exterior solamente sus cabezas, de modo que mantengan fuertemente compacto el muro tanto en su longitud como en su anchura; en la fachada se tallaron los sillares a lo largo de las junturas, dejando a la rústica la parte central. Durante los períodos persa y helenístico, por cuanto sabemos, siguió empleándose en Palestina la forma rústica de construcción de muros con sillares muy poco labrados (cf. para el período helenístico, O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur,* figs. 14.17.18.19 y aquí ilustr. 4 E). La arquitectura herodiana y romana se sirvió para sus grandes construcciones en las ciudades de grandes —a menudo enormes— sillares bien labrados, con perfecto rehundimiento en la unión y el frente de cada sillar en relieve, es decir, con decoración de almohadillado (véase el muro herodiano del recinto del templo, *supra,* p. 133 e ilustr. 4 F).

Las murallas de adobe de la Edad del Hierro estaban construidas sobre cimientos de piedra; al parecer, estos muros remataban en salientes coronados por torres que servían de posición para los defensores; tanto los muros como las torres estaban coronados de almenas. Puesto que sólo conservamos algunos restos de las fortificaciones de adobe, deducimos esto no de los descubrimientos arqueológicos, sino de los diversos grabados o relieves asirios que representan ciudades fortificadas de Palestina (cf. AOB² n.º 133, 134, 141)[7].

Un fenómeno particular es el encintado de amplias extensiones rectangulares con muros de tierra pisada entremezclada con otros materiales sólidos. Pertenecen al Bronce Medio II y se cree contemporáneos de la aparición de los hicsos (cf. pp. 265ss), quienes emplearon por vez primera los carros de combate tirados por caballos; es de suponer que tales extensiones valladas servían como parques de estos carros de combate. Ejemplo de vallados de este tipo es la ciudad baja de Jasor, que, construida como parque de aquellos carros, fue empleada luego, durante el Bronce Medio y Reciente, como lugar de residencia; otro ejemplo palestinense lo tenemos en Ascalón (ár.: *ʿasqalān);* existen algunos ejemplos más en Siria y en el Bajo Egipto. Se encuentran también a veces asentamientos

[7] Las ciudades palestinas del Bronce Reciente presentaban un aspecto semejante; así aparecen en las representaciones de los faraones egipcios del Imperio Nuevo; confróntese *infra,* pp. 259s y AOB² n.ºs 94-96, 102.

antiguos que, para asegurar mejor su protección, se rodearon con estos parapetos de tierra pisada (por ejemplo, la ciudad del *tell bēt mirsim,* que ocupa el último estrato del Bronce Medio II); lo mismo debe afirmarse de los glacis que se colocaban ante los muros de las ciudades (cf. p. 162), que también estaban en ocasiones formados por tierra pisada (cf. Y. Yadin, BASOR 137 [1955] 23-32, que presenta el material con las correspondientes referencias literarias).

3. *Puertas de las ciudades*

Las ciudades de la Edad del Bronce y del Hierro no tenían por lo general más que una o dos puertas. Las puertas de las ciudades del Bronce Medio y Reciente tenían de ordinario forma de torres de varios pisos, insertas en la masa de la muralla, con un pasillo directo de entrada que se articulaba, mediante tres salientes de muro por cada uno de los lados, en dos espacios (cuartos de guardia) de mayor o menor extensión, dispuestos uno tras otro (cf. Galling, BRL, col. 523s, ilustr. 1-4; Watzinger, *op. cit.,* ilustr. 19). Luego, en el decurso de la Edad del Hierro, se añadieron a la puerta por la parte de la ciudad varios de estos espacios murados (cf. la puerta de Meguiddó, estrato IV *[Megiddo* II: OIP 62 ⟨1948⟩ fig. 105] o la puerta del estrato X de Jasor, cuyo plano ha permitido la reconstrucción de la puerta de la Edad del Hierro de Guézer [cf. Y. Yadin, IEJ 8 ⟨1958⟩ 80-86]) o uno solo de tales espacios construido frente a la puerta por la parte de la ciudad, como sucede en la puerta oriental de Siquem, quizá algo más reciente (Sellin, ZDPV 49 [1926] lám. 29; cf. también el plano de la puerta del estrato III de Meguiddó *[Megiddo* II, fig. 104]). Por la parte exterior se solía añadir una rampa, protegida por bastiones, que subía formando ángulos rectos hasta la misma entrada de la puerta (cf. la mencionada puerta de Meguiddó IV, la estructura de la puerta de la Edad del Hierro de Lakiš *[Lachish* I ⟨1938⟩ 223]) o la puerta misma de entrada formaba diversos ángulos rectos para aumentar la capacidad defensiva (cf. la puerta sudoriental del «Hierro II» en *tell bēt mirsim,* AASOR 17 [1938] lám. 47); también podía encontrarse otra disposición de la puerta con el espacio murado formando ángulos rectos con la línea de la muralla, de modo que la puerta quedaba en un ángulo encajado en la fortificación (cf. la puerta de la ciudad en el *tell en-naṣbe,* según McCown-Wampler, *Tell en-Naṣbe* I [1947] 198 y su plano en perspectiva).

El conjunto de la puerta con sus cámaras interiores y con el espacio libre que quedaba frente a la entrada por el lado de la ciudad, llamado *rᵉḥob šaʿar haʿīr* (2 Cr 32,6), era, en la apiñada ciudad de los tiempos prehelenísticos, el único amplio espacio libre en que podían reunirse los habitantes de la ciudad; por ello era aquí donde se desenvolvía la vida pública de la ciudad. «En la puerta» estaba el zoco (2 Re 7,1); «en la puerta» tenían lugar los procesos judiciales públicos, presididos sobre todo por los «ancianos» de la ciudad; de ahí la expresión «juzgar en la puerta» (Am 5,10.12.15; cf. Dt 21,19; 25,7 etc.).

4. *Las ciudadelas*

Las ciudades fortificadas del Bronce Medio y Reciente eran todas residencias de dinastías, es decir, residencias de pequeñas dinastías independientes de la soberanía de un gran rey y exentas del reconocimiento por parte de un superior (sobre el origen de este sistema de gobierno, confróntese A. Alt, *Die Landnahme der Israeliten en Palästina* [1925] 6ss = *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* I [²1959] 94 ss). Por ello encerraban normalmente en su interior un castillo para el dinasta, una especie de *ciudadela* que se solía llamar en hebreo *migdāl,* «fortaleza» en su sentido original. Este *migdāl* servía, dado el caso, como último baluarte cuando toda la ciudad había ya sido tomada por el enemigo (cf. Jue 9,46ss [Siquem] 51ss [Tebes]). En la Edad del Hierro, tras la desaparición de los reyezuelos cananeos, se construía una ciudadela especial que servía por lo regular como residencia real. La excavación del *tell el-fūl* (Guibeá de Saúl) ha sacado a luz en el estrato II una pequeña fortaleza, cuidadosamente construida sobre la cima de la colina, que fue sin duda la residencia del rey Saúl (cf. p. 146; puede verse el plano de esta fortaleza en Galling, BRL col. 191). La capital de Samaría poseía una ciudadela rodeada por un excelente muro de fortificación (cf. p. 148) colocado sobre el punto más alto de la colina de la ciudad (cf. Galling, ZDPV 59 [1936] 244ss, ilustr. 16). En Jerusalén, cuando Salomón quiso construirse una espléndida residencia como centro del gran reino davídico-salomónico, se vio que el espacio disponible en la antigua ciudad jebusea (cf. p. 161) era demasiado reducido; por ello construyó Salomón su ciudadela fuera de la «Ciudad de David» (cf. 2 Sm 5,9), en la cumbre que dominaba la antigua Jerusalén por el lado norte, la cual llevaba desde antiguo el nombre de «Sión». Era éste el lugar del antiguo santuario de la ciudad de Jerusalén; aquí mandó levantar Salomón su palacio, del cual formaba parte el templo de Jerusalén (cf. 1 Re 6 y 7; sobre la historia de la arquitectura de Jerusalén, cf. Galling, ZDPV 54 [1931] 85-90, lám. 6; sobre el desarrollo de la arquitectura en las capitales de Israel, cf. A. Alt, *Archäologische Fragen zur Baugeschichte von Jerusalem und Samaria in der israelitischen Königszeit:* «Wiss. Zeitschr. der Ernst-Moritz-Arndt. Univ. Greifswald. Gesellsch.-sprachwiss.», serie 1, año V [1955-56] 33-42 = *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* III [1959] 303-325).

5. *Las casas*

Las casas normales de la ciudad eran generalmente de adobe, construidas por lo regular sobre cimientos de piedra. Por ello, han desaparecido, conservándose únicamente su planta y sus cimientos cubiertos de escombro. Se trata de casas de patio pertenecientes a la Edad del Hierro y a la del Bronce: las habitaciones individuales se sitúan de modo irre-

gular alrededor de un patio por tres de sus lados y a veces sólo por dos (cf. las plantas diseñadas por Galling, BRL, col. 269s). La excavación del *tell bēt-mirsim,* con su atento examen de los estratos, ha proporcionado una información considerable sobre el desarrollo de las plantas de las casas entre el Bronce Medio y el «Hierro II» (cf. Albright, AASOR 17 [1938] 22s, 32s, 39s, 63s, con numerosas inlustraciones en las láminas 9-15, 18, y AASOR 21/22 [1943] 19ss, 49ss, con los planos e ilustraciones en las láminas 2.3.5.6.7.11a.45). También la excavación del *tell el-fār'a* ha proporcionado excelentes plantas de casas de la Edad del Hierro (cf. R. de Vaux, RB 62 [1955] lám. VI, y U. Jochims, ZDPV 76 [1960] 86ss, ilustr. 4.5). Las casas tenían techos planos, sostenidos por vigas de madera colocadas a cierta distancia una de otra y de modo paralelo sobre las diferentes habitaciones; se cubrían con manojos de hojas secas o con pequeños palos de madera, sobre los que se extendía una capa de barro que hacía a los techos impermeables a la lluvia (cf. el trozo de uno de estos techos encontrado en el *tell bēt mirsim,* AASOR 17 [1938] lámina 18b, y el texto en p. 64)[8]. Al techo se llegaba seguramente por una escalera situada en el exterior; sobre él se podía estar (Is 22,1), tender el lino para que se secara (Jos 2,6); allí se podía dormir, sobre todo en la estación calurosa, como lo sigue haciendo actualmente la población del país. Sobre el techo podía haber otra habitación (hebr.: *'aliyya),* construida probablemente en un extremo del mismo con paredes de barro (cf. *'aliyyat qīr* en 2 Re 4,10) y techada con manojos de ramas. En 2 Re 4,10 se nos describe el mobiliario de una de estas habitaciones altas —cama, mesa, silla, lámpara— que, en esta ocasión, servía como «habitación de huéspedes». La robustez de los cimientos de algunas casas nos permite concluir que podía darse una segunda planta completa.

Muchas habitaciones, en vez de paredes completas por el lado que daba al patio, tenían sólo una hilera de pilares cuyas bases, así como algunas partes inferiores de piedra, han llegado hasta nosotros; se trata, pues, de cobertizos (cf., por ejemplo, AASOR 21/22 [1943] lám. 45). Bajo casas del Bronce Reciente en Betel (cf. Albright, BASOR 56 [1936] 7 y figs. 3.5) y del *tell bēt mirsim* (cf. AASOR 17 [1938] lám. 12) se han encontrado desagües construidos en piedra; no sabemos si este alcantarillado era aún usual en la Edad del Hierro.

Dentro de la ciudad, durante el período del Oriente Antiguo, las casas estaban agrupadas al azar. No existía trazado continuo de calles ni calles propiamente dichas; sólo a trechos había espacios entre las casas;

[8] Con las casas del Oriente Antiguo pueden compararse las actuales casas de adobe de la parte sur de la llanura costera; presentan el mismo tipo de techo que se usaba en la Antigüedad, como lo muestran los hallazgos de *tell bēt mirsim;* pero la casa hoy usual en otras regiones de Palestina no se parece a las casas antiguas, pues, además de ser completamente de piedra, tiene normalmente un techo abovedado; cf. las formas de casas modernas en K. Jäger, *Das Bauernhaus in Palästina* (1912) y, de modo especial, T. Canaan, *The Palestinian Arab House:* JPOS 12 (1932) 223-247; 13 (1933) 1-83, y Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* VII (1942) 1ss, todos con numerosas ilustraciones.

puesto que estos espacios no respondían siempre a una planta rectangular, resultaba un conjunto de zigzagueantes callejuelas. Sólo el período helenístico creó planos sistemáticos de ciudades siguiendo las normas del urbanista Hipódamo de Mileto; estos planos consistían en una calzada que atravesaba por el centro de la ciudad de puerta a puerta, disponiendo las casas a ambos lados en bloques rectangulares *(insulae);* al mismo tiempo había calles laterales rectas y calles secundarias y, aproximadamente en el centro de todas ellas, una gran plaza de mercado. Esta disposición aparece en el plano de la ciudad helenística de Marisa *(tell sandaḥannе;* cf. el plano de la ciudad en Watzinger, *Denkmäler* II, ilustr. 22, y *supra,* p. 148). Las ciudades romanas de Palestina estaban trazadas en la forma usual en aquellos tiempos, con las calles principales cruzándose transversalmente (cf. el plano de Gerasa en Watzinger, *op. cit.,* ilustr. 34).

6. *Abastecimiento de agua*

El abastecimiento de agua era un problema vital para las ciudades. De ahí que éstas mostraran desde antiguo una preferencia por situarse en las cercanías de una fuente[9]. La dependencia de las fuentes limitaba fuertemente en Palestina las posibilidades de asentamiento; sólo con la invención de las cisternas (hebr.: *bōr),* que se ha demostrado acaeció hacia fines del período Calcolítico (cf. M. Dothan, IEJ 7 [1957] 17), se suavizó esta dependencia de la ciudad respecto a las fuentes. Las cisternas, por lo general piriformes, se excavaban en la roca viva, preferentemente dentro de la ciudad, pero también en el campo para abrevar el ganado y otros usos; a partir de la Edad del Bronce, las paredes estaban revocadas de argamasa para asegurar la impermeabilidad. Durante la estación invernal de las lluvias se llevaba a las cisternas, probablemente mediante canales, el agua de las azoteas, de las «calles» o de los alrededores para ser conservada en ellas hasta ser empleada en la estación seca. Naturalmente, se prefería el agua fresca y viva de la fuente (hebr.: *mayin ḥayyin,* «agua viva») a la estancada durante mucho tiempo de las cisternas (cf. Jer 2,13 y Jn 4,10ss, que se expresan en sentido figurado); pero teniendo suficiente agua de cisternas podían prescindir de la fuente.

Una ciudad que estuviera afortunadamente situada junto a una fuente, pero que poseyera escasas cisternas, sólo podía sentirse tranquila en tiempos de paz, pues la fuente solía estar fuera del recinto amurallado de la ciudad; las fuentes no suelen manar en las cimas de los montes o colinas elevadas, que es donde por motivos de defensa está asentada la ciudad; normalmente, en los casos más favorables, la fuente estaba en la falda inmediata de la colina. En caso de sitio no se podía llegar a la fuente, pues una de las primeras cosas de que se ocupaba el enemigo era, sin duda, de impedir que los habitantes pudieran acercarse a la fuente

[9] La falta de fuentes podía remediarse excavando pozos (hebr.: *bᵉʾer);* pero el agua subterránea no siempre podía alcanzarse a una hondura razonable.

de agua potable que estaba fuera de la ciudad. Por ello, ya en la Edad del Bronce —probablemente en el Bronce Medio o Reciente—, comenzaron a proyectarse pozos y corredores subterráneos a través de la dura roca para poder llegar, sin ser molestados por el enemigo que acechaba fuera, desde la ciudad hasta la fuente de ésta. En Jerusalén, la fuente de la ciudad (llamada en el Antiguo Testamento *gihon* [cf. 1 Re 1,33.38.45, etc.] y actualmente *'ēn umm ed-dereǧ* [«fuente de las escaleras»] y por los cristianos *'ēn sitt maryam* [«fuente de la Virgen»]) estaba situada en el lado oriental, en la falda de la colina de la ciudad, en el valle del Cedrón. Ya Warren (cf. p. 150) había descubierto un pozo o galería que de la ciudad debía de llevar a esta fuente. El inglés Parker examinó el pozo con mayor detenimiento en 1909-1910 y, algo más tarde, H. Vincent publicó los resultados (*Jérusalem antique* [1912] 150ss, con figs. 28-35 y láminas XVI.XVII; también, Vincent-Steve, *Jérusalem de l'Ancien Testament* I [1954] 264ss, con lám. LXII; cf. igualmente Dalman, PJB 14 [1918] 47ss y lám. 2, y AOB² n.° 627). El pozo comienza poco más o menos a media altura de la colina de Jerusalén por su lado oriental, pero no dentro de la línea amurallada de la Jerusalén del Bronce; quizá fuera construido así porque, abierto más arriba, habría resultado demasiado hondo para llegar al nivel del agua y quizá también porque la entrada a media altura estaba más difícilmente al alcance del enemigo. De esta entrada parte un pozo verticalmente, pero sin alcanzar el agua. Esto quiere decir que estamos ante un primer intento posteriormente abandonado. Se cavó en la roca una escalera que lleva hacia abajo desde la entrada, por debajo de la superficie, y desemboca luego en otro pozo que, cayendo perpendicularmente hasta tocar el nivel de la fuente, se prolonga a este nivel por medio de una galería que alcanza el manantial mismo. En caso de sitio, el normal desbordamiento de la fuente hacia el exterior podía ser obstruido, de modo que la fuente fluyera dentro de la galería mencionada, acumulándose en ella el agua, la cual se sacaba con ayuda de un recipiente desde el extremo inferior de la escalera a través del pozo vertical [10].

Una instalación semejante se ha encontrado en el *tell ǧezer* (Guézer; confróntese AOB² n.° 635); aquí una escalera subterránea lleva directamente desde la altura de la colina de la ciudad hasta el manantial mismo, sin necesidad de sacar el agua, como en Jerusalén, a través de un pozo, sino tomándola directamente de la taza de la fuente. La fuente mana a los pies de la colina de la ciudad en el extremo interior de una caverna natural cuyo acceso exterior se tapaba naturalmente en caso de asedio. También esta instalación pertenece a la Edad del Bronce. Una galería semejante con escaleras, que desciende desde la colina de la ciudad hasta la fuente y que también pertenece a la Edad del Bronce, ha sido descu-

[10] Con relativa frecuencia se ha mencionado esta instalación en relación con 2 Sm 5,8, donde se habla de un *ṣinnōr*, que habría representado un papel particular en la toma de la ciudad jebusea de Jerusalén por David; pero esta relación es dudosa y discutida.

bierta en la antigua Yibleam (Jue 1,27 etc.), sobre la actual *ḫirbet belʿame,* a 15 km al sur de *ǧenīn,* en el extremo meridional de la llanura de Yizreel (cf. Schumacher, PEF Qu. St. [1910] 107ss, y la ilustr. en Vincent, *op. cit.,* fig. 37).

El túnel de Meguiddó, obra del Bronce Reciente, constituye también un proyecto de envergadura (cf. R. S. Lamon, *The Megiddo Water System:* OIP 32 [1935] y el informe de Galling, ZDPV 59 [1936] 232ss, con ilustración 10). Al principio, la fuente que fluía a los pies de la colina de la ciudad, por el sudoeste de ésta, podía alcanzarse únicamente por una serie de escaleras desde el exterior. Con el fin de poner la fuente al alcance de la población, desde el interior de la ciudad se excavó verticalmente un amplio pozo con escaleras a los lados que comenzaba en la misma muralla; en el fondo se le unía una escalera muy empinada que luego se transformaba en túnel horizontal que llevaba hasta la fuente. Más tarde, en la Edad del Hierro, ahondaron aún más el suelo de este túnel para que el agua fluyera dentro de él después de haber cortado el desbordamiento hacia el exterior. Al mismo tiempo, en lugar de las escaleras, empezaron a extender el túnel hacia el interior y a aumentar el declive del túnel hasta el punto de intersección para conseguir sacar el agua directamente desde arriba; pero este cambio de la instalación no llegó a concluirse. Con esto puede apreciarse cómo ya en la Edad del Bronce no se ahorraron esfuerzos enormes para, por medio de instalaciones que aún nos dejan admirados, asegurarse el abastecimiento de agua en el caso de un asedio.

En la Edad del Hierro siguieron sirviéndose, como es natural, en la medida de lo posible de las instalaciones antiguas, pero también crearon otras análogas de acuerdo con las necesidades contemporáneas. La ciudad de Etam (hoy *ḫirbet wādi el-ḫoḫ),* al sur de Belén, que según 2 Cr 11,6, convirtió Roboam en fortaleza, poseía en sus cercanías excelentes y abundantes fuentes [11]; pero, previniendo posibles asedios, se construyó una escalera subterránea desde la colina de la ciudad hasta una débil fuente que brotaba en una caverna a los pies de la colina (cf. Dalman, PJB 10 [1914] 19; Kraus, ZDPV 72 [1956] 153s). En Lakiš (hoy *tell ed-duwēr),* que era una de las plazas fuertes más importantes del reino de Judá (cf. 2 Cr 11,9), se comenzó en el siglo VII una obra que, al parecer, quería imitar la mencionada gran instalación del Bronce Reciente de Meguiddó; pero no llegó a conclusión. Comenzó a cavarse en la parte sudoriental de la ciudad un pozo vertical de grandes dimensiones, pero las obras hubieron de interrumpirse [12] (cf. *Lachish* III [1953] 158-163, con láms. 25.26).

A este contexto pertenecen también las obras para el abastecimiento de aguas de la colina de *eǧ-ǧīb;* se trata de un profundo pozo cortado en

[11] El nombre antiguo de la ciudad todavía se mantiene en una de estas fuentes: *ʿēn ʿaṭān.*

[12] Quizá se tratase sólo de construir una gran alberca o una cisterna monumental.

la roca viva desde el interior de la ciudad, casi circular, con 10 m largos de diámetro, provisto de una escalera en espiral que baja por los lados de la pared; desde el fondo se entraba en una cámara lateral que contenía aguas subterráneas. También existía un túnel que desde el interior del recinto ciudadano, con una escalera que bajaba hasta el fondo, llevaba hasta el manantial situado a los pies de la colina de la ciudad; en tiempos normales se sacaba el agua desde el exterior, pero en caso de un ataque enemigo, cerrada la boca exterior, se llegaba hasta la fuente a través del túnel (cf. J. B. Pritchard, BA 19 [1956] 66-74; íd., «University Museum Bulletin» [Filadelfia] 21, 1 [1957] con numerosas ilustraciones y planos, y, sobre todo, íd., *The Water System of Gibeon* [Museum Monographs. The University Museum. University of Pennsylvania; 1961]).

La más famosa, y con razón, de todas estas obras construidas en la Edad del Hierro para el abastecimiento de aguas es el llamado canal de Siloé, en Jerusalén [13], cuya construcción, de acuerdo con 2 Cr 32,30, ha de atribuirse al rey Ezequías de Judá, hacia fines del siglo VIII. El pozo de la Edad del Bronce (cf. p. 168) no era ya suficiente; además sólo se podía acceder a él por fuera de las murallas. Por ello, Ezequías condujo las aguas de la fuente de la ciudad a través de un canal que atravesaba toda la colina de la ciudad por debajo de tierra; el término estaba también situado fuera de las murallas de la antigua ciudad, pero en un lugar que podía ser defendido con relativa facilidad, pues caía dentro de un estrecho valle al lado oeste de la antigua Jerusalén, protegido a su salida en el valle del Cedrón mediante un fuerte parapeto (cf. los planos en Dalman, PJB 14 [1918] láms. 2.3, o AOB² n.os 626, 627; especialmente la descripción detallada, las numerosas ilustraciones y los exactos planos de Vincent-Steve, *Jérusalem de l'Ancien Testament* I [1954] 269-279, láminas LXII-LXVII). Este canal subterráneo arranca de la acequia de la fuente de la Edad del Bronce (cf. p. 169) y se prolonga a lo largo de 512,5 m, no en línea recta, sino —sorprendentemente— primero hacia el oeste, luego hacia el sudeste y finalmente de nuevo hacia el oeste, es decir, describiendo la forma de una «S», alcanzando el término de su recorrido en el lado sudoccidental de la falda de la colina de la ciudad en el valle antes mencionado; desemboca en una alberca que en Neh 3,15 se llama *b^{e}rekat haš-šelaḥ* («alberca de la acequia») y en Jn 9,7 κολυμβήθρα τοῦ Σιλωάμ [14]. El canal ofrece una pendiente total de más de 2 m,

[13] Pasamos por alto aquí los dos canales que conducían el agua de la fuente de Jerusalén, en la falda oriental de la colina, hacia el sur; el primero de ellos fue descubierto en 1902 por Masterman y data probablemente de la Edad del Bronce; el segundo, descubierto por Schick en 1886, que corre paralelo al anterior, un poco más arriba, es probablemente del tiempo de la monarquía judaíta; ambos servían para llevar el agua de la fuente a las huertas situadas por debajo de Jerusalén, en el valle del Cedrón, que se llamaban «huertos reales»; cf. 2 Re 25,4; Jr 39,4; Neh 3,15. Detalles en Dalman, PJB 14 (1918) 47ss y (plano) en AOB² n.º 627.

[14] El aparente nombre propio de «Siloé», que se emplea por vez primera en Is 8,6 (con artículo) se refiere sin duda a uno de los canales mencionados en la nota precedente; luego aparece en relación con el canal de Ezequías y sus instala-

tiene aproximadamente 60 cm de anchura y hasta 1,45 m de altura. Pese a lo irregular de su trazado y a que fue cavado al mismo tiempo desde ambos extremos, el recorrido se calculó tan sorprendentemente bien que los trabajadores se encontraron a medio camino en el centro, casi con la precisión que establecían los planos. El hecho de que la obra se llevara a cabo partiendo simultáneamente de ambos extremos está demostrado por las señales del trabajo en el mismo canal, en concreto, por la dirección del golpe de los picos; nos lo explica además la «inscripción de Siloé», grabada en la pared del canal cerca del extremo inferior (cf. p. 229); esta inscripción fue descubierta *in situ* en 1880 y se encuentra actualmente en el Museo de Constantinopla.

XIX. La vida doméstica

1. *Mobiliario*

Para la sobria vida de la gente sencilla del período del Oriente Antiguo bastaba un mínimo de mobiliario; sólo los reyes y la nobleza poseían muebles más lujosos. El común de la población se sentaba en el suelo y en esta posición tomaba las comidas, como aún suele hacerlo hoy día en el Próximo Oriente; para dormir se arropaban con pieles o cobertores o sencillamente se envolvían en el manto (cf. Ex 22,26s); en los palacios y en las «mejores» casas, sin embargo, se conocían las sillas, mesas y camas. Sobre esto nos informa para el período bíblico la tradición literaria (cf. 2 Re 4,10 *[supra,* p. 167] y Galling, BRL, cols. 108ss, 520ss). En una tumba de la Edad del Hierro del *tell el-fārᶜ* se han encontrado algunas piezas moldeadas de bronce correspondientes a las patas y extremos de la estructura de madera de una cama y probablemente de una silla; se supone que estas estructuras se cubrían con tejidos para poder ser utilizadas (cf. Watzinger, *Denkmäler* I, 110, ilustr. 44 con la cama restituida). Por ello suponemos el uso de camas y sillas. El desarrollo más suntuoso de la silla era el trono real que ocupaba el rey durante sus audiencias. En 1 Re 10,18-20 se describe el pomposo trono de Salomón, que podemos imaginar comparándolo con el trono real que aparece en el relieve del sarcófago de Ahiram, casi contemporáneo de Salomón (cf. AOB[2] n.º 666) y con el trono real, un poco más antiguo, esculpido en el marfil de Meguiddó (cf. AfO 12 [1938-39] 181, ilustr. 26; IEJ 9 [1959] lám. 10B.C); todos estos artículos tenían, sin duda, su origen en la cultura ciudadana cananea de Siria y Palestina. El trono se distingue de la silla ordinaria (casi un taburete) no sólo por su hechura maciza y suntuosa y por la decoración con toda clase de motivos míticos, sino tam-

ciones —en transcripción griega— en Josefo, en el Nuevo Testamento, etc. Pero se trata simplemente del término *šelaḥ* («acequia»), con una vocalización secundaria calcada del nombre *gibon* (cf. p. 169).

bién por el respaldo y brazos para apoyarse. El trono de Salomón era de madera decorada con placas de marfil y de oro. El escabel (hebreo: *hadom)* era un suplemento de la silla y, prácticamente, un complemento del trono. El Antiguo Testamento habla de él repetidas veces en sentido figurado, especialmente en Sal 110,1.

Además de los objetos mencionados, 2 Re 4,10 incluye la *lámpara* entre los muebles de una casa bien acondicionada. Las lámparas, que se han encontrado en grandes cantidades en todas las excavaciones, están atestiguadas por lo menos desde el Bronce Medio. Son pequeñas escudillas casi planas en las cuales se derramaba aceite como combustible; se contraía un poco el borde para fijar en él la mecha. El desarrollo de la lámpara puede apreciarse en este punto: el borde fue estrechándose cada vez más hasta que, en el período helenístico-romano-bizantino, la escudilla de arcilla casi plana se convirtió en un recipiente cerrado excepto por la parte superior, donde se dejó un pequeño orificio para echar el aceite, y por el extremo, cuya prolongación tenía un agujero para la mecha (cf. las ilustraciones en Galling, BRL, cols. 347s, y otros detalles en Galling, *Die Beleuchtungsgeräte im israelitisch-jüdischen Kulturgebiet:* ZDPV 46 [1923] 1-50, láms. 1-4; espec. para el período romano-bizantino, confróntese D. C. Baramki, *Supplementary Studies:* BASOR 15/16 [1953] 31-55) *.

2. *Hogar y horneras*

Cada casa tenía un hogar; se encontraba normalmente en un rincón y consistía en un hoyo poco profundo con el borde festoneado por un círculo de piedras. El fogón, encendido con madera, se confundía con el hoyo y sobre el borde de piedras se colocaban las marmitas y potes. A pesar de lo deleznable de tal instalación, se ha hallado a menudo en las excavaciones; véase, para los estratos de la Edad del Bronce y del Hierro del *tell bēt mirsim,* AASOR 17 (1938) láms. 49-52, y AASOR 21/22 (1943) láms. 2.6 (planos), y para los estratos del Bronce Reciente y del Hierro de Meguiddó, *Tell el-Mutesellim* I (1908) láms. XII.XVI. Para cocer el pan, que, como todavía ocurre hoy día, se hacía normalmente en cada casa, había sencillas *horneras,* situadas en el patio o corral de la casa o también fuera, frente a la casa. El horno consistía en una cavidad circular formada por piedras, sobre la cual se elevaba un cilindro de arcilla que se estrechaba en dirección a la parte superior, que terminaba en una abertura (cf. Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* IV [1935] 88ss). Corresponde al actual *tannūr* [15]. El fuego se encendía en el hoyo y la masa ya fermentada se pegaba a la pared interior del cilindro de

* Véase sobre el tema R. H. Smith, *The Household Lamps of Palestine in Old Testament Times:* «The Biblical Archaeologist» 27, 1964 (N. del E.).

[15] La palabra *tannūr* es también el término usual que significa «horno» en el Antiguo Testamento (cf. Os 7,4.6.7, etc.).

arcilla; poco a poco la masa se transformaba en aplastados panes circulares. Ignoramos si los panaderos o panaderas profesionales (hebr.: *'ofeh)* de la Corte (cf. para Egipto Gn 40,1ss; para Palestina, 1 Sm 8,13) o de las ciudades grandes (cf. la «calle de los Panaderos» en Jerusalén en Jer 37,21 y Os 7,4.6) disponían de hornos algo más complicados o de técnicas más refinadas de cocer. La arqueología nos presenta un *tannūr* de la Edad del Hierro de Meguiddó (cf. *Tell el-Mutesellim* I [1908] lámina XLc) con forma idéntica a la de los actuales (cf. Dalman, *op. cit.,* ilustraciones 17-23). A juzgar por los hallazgos de Meguiddó (cf. *Tell el-Mutesellim* I, lám. XXIIBb) y de Taanak, durante la Edad del Hierro existía otra instalación más rudimentaria para cocer el pan. Consistía en una ligera placa de arcilla levemente arqueada, cuyo borde inferior, arqueado hacia arriba, se apoyaba sobre unas piedras; la masa fermentada se adhería por la parte convexa superior para recibir el calor del fuego que ardía debajo. Este tipo de horno corresponde al que emplean actualmente los beduinos, llamado *ṣaǧ,* por más que el actual no sea normalmente de arcilla, sino de hierro (Dalman, *op. cit.,* 39ss, ilustr. 9-12).

Las casas de la Antigüedad tenían también con frecuencia *graneros* para los cereales en forma de grandes construcciones circulares de piedra terminadas probablemente en sus orígenes con un techo de arcilla muy elevado, de forma cónica, como los silos de Egipto (cf. AOB² n.° 177). Generalmente estaban situados en los patios de las casas. En las excavaciones ha aparecido a menudo su infraestructura de piedras (cf. AASOR 17 [1938] lám. 18a y los planos en láms. 49-52 sobre *tell bēt mirsim).*

3. *Vasijas y molinos*

Una casa no podía carecer tampoco de *vasijas* para conservar los líquidos y otras existencias, para beber y cocinar. Ya hemos hablado de los abundantes cascotes u óstraca que han quedado en los lugares de antiguo asentamiento y de su importancia arqueológica para fijar la datación (confróntese *supra,* pp. 122s, 135 y 151). Una clasificación de los diversos tipos de vasijas de arcilla y una panorámica de su desarrollo desde el Bronce Medio hasta la época romano-helenística puede encontrarse en Galling, BRL, col. 314ss, con numerosas ilustraciones. Junto a las de uso ordinario había piezas de lujo que se distinguen por su decoración y modelado. Además, durante toda la Edad del Bronce había en las casas ricas, normalmente importadas de Egipto, vasijas de alabastro para ungüentos, cosméticos, etc. (cf. Galling, *op. cit.,* espec. 7ss [con ilustraciones]). Originario de Egipto es también el arte de la fabricación de fayenzas (cf. Galling, *op. cit.,* col. 154ss [con ilustraciones]). Las vasijas de fayenza, como artículos de lujo, se conocían ya en Palestina en el Bronce Medio y Reciente; se ha encontrado toda una serie de vasijas de fayenza en un estrato del período antiguo de la Edad del Hierro que, en parte, tienen formas de animales (cf. Watzinger, *Tell el-Mutesellim* [1929] 31ss, con ilustraciones). También el vaciado del vidrio procede de Egipto;

durante las Edades del Bronce y del Hierro se importaban de Egipto cuentas de vidrio y otros artículos semejantes. Sólo en el período romano se aprendió a *soplar el vidrio,* practicándose esta técnica especialmente en Fenicia. En las tumbas de la época romana se han encontrado numerosas vasijas de vidrio (más detalles en Galling, *op. cit.,* col. 198ss).

Para moler el grano almacenado en los graneros y con él hacer el pan existían *molinos de mano* (cf. Galling, *op. cit.,* col. 386ss, con ilustraciones; para los instrumentos modernos semejantes usados en Palestina, Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* III [1933] 207ss, ilustr. 43ss). La forma más sencilla consistía en una piedra plana inferior (hebr.: *pelaḥ taḥtīt)* y otra en forma de hogaza de pan colocada encima (hebr.: *pelaḥ rekeb;* cf. Jue 9,53) que se deslizaba en una u otra dirección sobre la anterior; entre las dos trituraban el grano (antiguas piedras cimeras de moler pueden verse en Dalman, *op. cit.,* ilustr. 43; igualmente, en *Tell el-Mutesellim* I [1908] ilustr. 80.81). Existen también ejemplares arqueológicos de piedras cimeras de la Edad del Hierro en forma de embudo por cuya abertura se introducían los granos que luego se molían debajo de ellas (cf. Galling, *op. cit.,* col. 387, ilustr. 4). Pequeños morteros de piedra con su correspondiente mazo, también de piedra, servían para el mismo fin (piezas antiguas de este tipo en Dalman, *op. cit.,* ilustr. 44). Se han encontrado numerosos molinos giratorios con piedras de grandes proporciones; en ellos la piedra cimera, provista de una abertura en forma de embudo, gira sobre una espiga cónica de la piedra inferior, machacando en su rotación los granos (cf. Dalman, *op. cit.,* ilustr. 52.53). Este sistema data del período romano. Piedras rotativas de moler más pequeñas, para ser usadas a mano, de un tipo parecido al que actualmente se estila en el país (cf. Dalman, *op. cit.,* ilustr. 47-51), derivan también probablemente del período romano (cf. Dalman, *op. cit.,* 225ss).

4. *Adornos*

Según lo permitían las circunstancias, ya en tiempos antiguos la decoración tenía un puesto en las casas y en la vida de cada día. Las excavaciones demuestran el uso del marfil, más o menos bien tallado, desde la calcolítica «cultura de Berŝeba» (cf. p. 143); se producían en marfil alfileres para prender las partes del vestido, espátulas para mezclar ungüentos, peines, etc. Desde el Bronce Reciente se empleaban placas de marfil para decorar el mobiliario de madera: sillas, camas, cajas y cosas similares. La Edad del Hierro heredó esta costumbre. Cuando en 1 Re 22,39 se nos dice que Ajab edificó una «casa de marfil», naturalmente en Samaría, y Amós (3,15) habla de «casas de marfil» (probablemente aludiendo a Samaría), se están refiriendo a la costosa decoración del mobiliario de las casas; de hecho, en las excavaciones de Samaría se encontraron numerosas placas de marfil con relieves de estilo egipcianizante (cf. Crowfoot, *Early Ivories from Samaria* [1938]; Watzinger, *Denkmäler* I, ilustr. 84; Galling, BRL, col. 142ss, con ilustraciones). Se conocen piezas semejantes

procedentes del palacio real de *Kalaḫ* (hoy *tell nimrūd)* y de la ciudad mesopotámica de *Ḥadatu* (hoy *arslan taṣ);* estos dos últimos grupos representan piezas del botín sirio de los reyes asirios del siglo VIII. En el palacio de la Meguiddó cananea del siglo XII se han encontrado tallas muy semejantes (cf. G. Loud, *The Megiddo Ivories:* OIP 52 [1939]). La técnica del marfil de la Edad del Hierro deriva, pues, de la entalladura cananeo-fenicia de la Edad del Bronce, fuertemente influenciada por Egipto. Sobre el tema de la técnica siropalestina de la entalladura del marfil y sobre el arte de esta materia durante las Edades del Bronce y del Hierro, cf. F. D. Barnett, *A Catalogue of the Nimrud Ivories with other Examples of Ancient Near Eastern Ivories in the British Museum* (1957).

Los *adornos personales* consistían sobre todo en productos del arte del metal, ya se tratara de metales preciosos o de bronce o hierro. En este apartado hay que incluir collares (cf. Galling, BRL, col. 257ss, con ilustraciones), pendientes *(ibíd.,* col. 398ss, con ilustraciones), brazaletes (col. 30ss, con ilustraciones), ajorcas para los pies (col. 168), diademas (col. 125ss, con ilustraciones; sub verbo *Diadem).* Para prender las partes del vestido se empleaban en la Edad del Bronce alfileres metálicos (col. 394ss, con ilustraciones), que fueron sustituidos por fíbulas (col. 165ss, con ilustraciones) en la Edad del Hierro. Se conocían también espejos metálicos con asidero decorado (col. 493ss, con ilustraciones). Los funcionarios reales y los nobles de la Edad del Hierro tenían sello con el nombre propio grabado, esto es, sello tampón [16], de piedras preciosas, de fayenza o imitación, perforado para poder llevarlo pendiente del cuello mediante un cordón. La cara del sello contenía el nombre del dueño y el del padre del dueño y algunas representaciones figurativas, preferentemente de estilo egipcianizante. En Palestina se han encontrado o descubierto en las excavaciones muchos de estos sellos (cf. Galling, *op. cit.,* col. 481ss, con ilustraciones; íd., *Beschriftete Bildsiegel des ersten Jahrtausends v. Ch. vornehmlich aus Syrien und Palästina:* ZDPV 64 [1941] 121-202, con láms. 5-12, y A. Reifenberg, *Ancient Hebrew Seals* [1950]). A menudo estos sellos tampón tienen una forma muy popular en Egipto desde los tiempos antiguos: la forma del escarabajo, es decir, del escarabajo pelotero, al que se consideraba portador de suerte y protector contra la desventura; en Siria y Palestina se usaba como talismán; le acompañaban figuras y jeroglíficos que a menudo aquí no se comprendían. De estos escarabajos diseñados en Egipto o copias hechas en el país se han encontrado numerosos ejemplares en Palestina (cf. M. Pieper, *Die Bedeutung der Scarabäen für die palästinensische Altertumskunde:* ZDPV 53 [1930] 185-199, más lám. 9). También se llevaban muchas otras clases de amuletos o hechizos de fertilidad, como las figurillas de arcilla de la diosa madre desnuda, que en Palestina se veneraba generalmente bajo el nombre de Astarté. Se han hallado grandes cantidades de estos amuletos en los niveles de las Edades del Bronce y del

[16] Los sellos cilíndricos eran usuales en Mesopotamia; en Siria-Palestina aparecen sólo excepcionalmente.

Hierro de las ciudades de Palestina. Aparecen en diversas formas ya *tipificadas* (cf. E. Pilz, *Die weiblichen Gottheiten Kanaans:* ZDPV 47 [1924] 129-168, más lám. 1, y J. B. Pritchard, *Palestinian Figurines in Relation to Certain Goddesses Known through Literature* [1943]. Estos amuletos eran muy populares entre las mujeres.

XX. La vida profesional

1. *Ganadería, agricultura, horticultura*

Las principales ocupaciones en la Palestina antigua fueron siempre la *ganadería* y la *agricultura;* practicaron la primera los nómadas, mientras que los seminómadas y la población sedentaria se ocuparon normalmente de las dos en proporciones diferentes. Estas actividades han dejado naturalmente muy pocas huellas arqueológicas. A veces se han encontrado ejemplares de rejas del usual arado de hierro, muy apuntadas, con los encastres para sujetarlas (cf. Galling, *op. cit.,* col. 427ss). También han aparecido hoces, pertenecientes —como los arados— a la Edad del Hierro, con mango, que servían para segar los cereales en sazón (cf. Galling, columna 457ss, con ilustraciones). Como era, donde se reunían las mieses, se elegían lugares llanos expuestos al viento, que era necesario para la bielda. Estas eras no requerían instalaciones especiales. Según nos dice la tradición del Antiguo Testamento, la trilla se llevaba a cabo mediante trillos, técnica que actualmente se sigue empleando en el Próximo Oriente (confróntese Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* III [1933] 67ss, ilustraciones 16-24).

La *horticultura* ocupó también desde siempre a la población sedentaria de Palestina. Esta actividad incluye el cuidado de las higueras, de los olivos y de las viñas, lo cual implica la elaboración del aceite y del vino. Para elaborar el aceite eran necesarias las almazaras, donde se prensaban las aceitunas maduras para extraer de ellas el aceite. En este caso las instalaciones eran también muy sencillas; bastaba cavar, ahondando en círculo, una roca dura en las proximidades del olivar; en esta cavidad se descargaban las cestas llenas de aceitunas; luego se las aplastaba con piedras pesadas, para que el aceite fluyera en la cavidad de la roca (cf. Dalman, *op. cit.* IV, ilustr. 48.49). En las ciudades de la Edad del Bronce y del Hierro, para extraer el aceite se disponía de piletas talladas en un bloque de piedra o formadas por muros bajos con un pequeño desagüe, que permitía al aceite fluir hacia una cubeta tallada también en un bloque de piedra, donde se recogía; cf. AOB² n.° 659 (Taanak); AASOR 17 (1938) 65, lám. 19b, y 21/22 (1943) lám. 48a *(tell bēt mirsim).* En el período helenístico aparecieron las prensas de palanca, empleadas para la extracción del aceite utilizando el empalancamiento de un madero, uno de cuyos extremos estaba fijo en el hueco de un pilar de piedra, mientras el otro era empujado hacia abajo mediante el peso de las piedras que

sobre él se ponían (cf. la instalación de Guézer en AOB² n.º 637 y los detalles en Dalman, *op. cit.*, 212ss, 223ss, ilustr. 54-58, 65-67). Son romanas las prensas que de un modo o de otro emplean la rosca, trátese de prensas rectangulares con pilares en cada extremidad o de prensas cruciformes apoyadas en la pared de la casa (detalles en Dalman, *op. cit.*, 216ss, 226ss, ilustr. 68-70). Restos de estas instalaciones se encuentran aquí y allá en el país. Sólo a partir del período romano se usaron molinos de aceite; éstos consistían en una piedra inferior de forma circular sobre la cual prensaba las olivas un cilindro de piedra dando vueltas alrededor de un eje perpendicular; restos de estos molinos también se han encontrado en Palestina (cf. Dalman, *op. cit.*, 202ss, ilustr. 50-54, 64).

Muy parecidos a las almazaras sencillas eran los lagares para el vino (hebr.: *yeqeb* o *gat*). La prensa de la uva se hacía pisando (hebr.: *drk*) los racimos con los pies; de ahí las expresiones del Antiguo Testamento «pisar las uvas» (Am 9,13) o «pisar los lagares» (Job 24,11; Neh 13,15, etcétera). Los lagares o jaraíces estaban en la viña misma o en sus proximidades (cf. Is 5,2); consistían en una plataforma rehundida en la roca natural o excepcionalmente también en un pequeño rectángulo rodeado por muros (a veces había varias de estas plataformas contiguas), con una pileta un poco más honda en la que desembocaba un pequeño canal. Todavía pueden encontrarse hoy en Palestina muchas de estas antiguas instalaciones (detalles en Dalman, *op. cit.* IV, 356ss, ilustr. 95-111).

La *caza* y la *pesca* tuvieron muy poca importancia en la antigua Palestina (cf. sobre el tema, con atención particular a las condiciones actuales, G. Dalman, *Arbeit und Sitte in Palästina* VI [1939] 314ss). Se practicaba la pesca en el lago de Tiberíades, rico en peces, y a lo largo de la costa marítima. La excavación de la antigua Esyón-Guéber, en la extremidad norte del golfo de *el-ʿaqaba* (hoy *tell el-ḫlēfi*), sacó a luz numerosos anzuelos de cobre (cf. Glueck, BASOR 71 [1938] 5). Según las fuentes literarias, se practicaba la pesca con redes; como es natural, nada sobre este punto puede decirnos la arqueología (cf. Galling, *op. cit.*, col. 167s).

2. *Oficios*

En la desarrollada cultura del Bronce y del Hierro existían *oficios* practicados por profesionales. La *alfarería* era importante porque respondía a una necesidad fuertemente sentida. En la cueva 4034 de Lakiš *(tell ed-duwēr)* se descubrió un taller de alfarería del Bronce Reciente (cf. *Lachish* IV [1958] 91, 291-293, con láms. 8.92). Este taller con su utillaje puede considerarse también como típico de la alfarería de la Edad del Hierro. Había en él un banco de piedra que servía de asiento al alfarero, una piedra redonda con una cavidad cónica como base para la rueda (de madera) del alfarero; esta piedra parece haber estado originalmente fija en una depresión del suelo frente al banco de piedra. Asimismo se encontraron restos de pigmentos para la decoración de las vasijas, así como conchas y cantos lisos para bruñir y una clavija de hueso

para hacer las incisiones y el punteado de la decoración. También había allí escoria de los hornos, todavía no encontrados, donde se cocían las vasijas de arcilla.

Por lo general, *tejer* e *hilar* eran trabajos que realizaban las mujeres en casa (sobre los usos actuales en Palestina, comparados con los de los tiempos antiguos, habla detalladamente Dalman, *Arbeit und Sitte* V [1937] 42ss, ilustr. 8ss). Sólo para trabajos más finos, como la manufactura del *biso* (lino blanco muy fino; hebr.: *bōṣ;* cf. Galling, *op. cit.,* col. 122), existían tejedores profesionales (cf. 1 Cr 4,21: «la casa de los trabajadores del biso»). Los únicos restos de este oficio son las pequeñas pesas de piedra horadadas que se encuentran a menudo en los niveles de la Edad del Hierro; con estas pesas se tenían tensos los lizos, que, fijos en la barra transversal del telar, pendían libremente (ejemplo de estas pesas pueden verse en Dalman, *op. cit.,* ilustr. 7).

En *tell bēt mirsim,* en el estrato perteneciente al período de los reyes de Judá, se han hallado *tintorerías* (cf. W. F. Albright, AASOR 21/22 [1943] 55, láms. 11b, 51c.d, 52, 53; Watzinger, *Denkmäler* I, 101, con ilustración 83; Galling, *op. cit.,* col. 150ss, con ilustraciones). Son piletas emparedadas en forma de rectángulo y revocadas; en ellas se colocan calderas de piedra con una pequeña abertura en la parte superior y una ranura que rodea el borde, la cual, estando en comunicación con el interior de la caldera, sirve para dar paso al rebosamiento del tinte. También se encontraron jarras con cal, que servía como aglutinante para el color. La abundancia de pesas de telares encontradas nos indica que la actividad textil era floreciente en el *tell bēt mirsim* en la Edad del Hierro. *Tell bēt mirsim,* por tanto, fue en sus tiempos un asentamiento con una industria textil de profesionales.

La *metalurgia* era importante para la elaboración de armas, herramientas y materiales decorativos. El hierro y el cobre se trabajaban especialmente en el *wādi el-ʿaraba* (cf. pp. 64s). La mena se fundía *in situ* cuando allí se disponía de suficiente leña. En los talleres donde se llevaba a cabo la elaboración se refinaba el metal mediante el acrisolamiento (hebr.: *ṣrf).* En la «cultura de Berŝeba» (calcolítica) había lugares e instalaciones para la elaboración del cobre (cf. J. Perrot, IEJ 5 [1955] 79s). Conocemos también los talleres del *tell ǧemme,* en el *wādi ghazze,* al sur de Gaza (cf. Fl. Petrie, *Gerar* [1928] 14, láms. VI [parte inferior], VII, IX, XXV), que datan del Bronce Reciente y se mantuvieron hasta el período antiguo de la Edad del Hierro; los del *tell qāsile* (cf. B. Maisler, *The Excavations at Tell-Qasîle* [1951] 15, con ilustr. 3 = IEJ 1 [1950-1951] 75, con ilustr. 3), del siglo XI a. C., y los más importantes del *tell el-ḫlēfi,* en la extremidad norte del golfo de *el-ʿaqaba,* en las cercanías de ricos veneros de cobre y hierro pertenecientes a la Edad del Hierro (cf. N. Glueck, BASOR 71 [1938] 5ss [espec. figs. 2.3]; 75 [1939] 8ss; 79 [²1940] 2ss; íd., *The Excavations of Solomon's Seaport: Ezion-Geber* [Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the Year Ended June 30, 1941 ⟨1942⟩ 453-478]. Sobre las antiguas actividades de búsqueda del mineral y de su elaboración en

la región del *wādi el-ʿaraba,* especialmente en el *ǧebel el-meneʿīye* [isr.: *har timnaʿ*] y en el *wādi el-meneʿīye* [cf. p. 64], véase el informe sobre la investigación llevada a cabo por B. Rothenberg en PEQ 94 [1962] 5-71. Estos estudios han llevado a excelentes y detallados resultados, particularmente para la metalurgia de la Edad del Hierro, y ofrecen correcciones de las anteriores explicaciones de las instalaciones del *tell el-ḫlēfi).* Había estructuras muradas de adobes con conducciones de aire por las paredes, colocadas en dirección a aquella parte de donde suele soplar un viento más fuerte, para que éste animara el fuego. La leña se ponía sobre una capa de piedra caliza que permitía pasar por debajo la corriente de aire. En el *tell el-ḫlēfi* se han encontrado crisoles. El metal refinado se echaba en moldes. En el *tell bēt mirsim* se han encontrado moldes de piedra de caliza del Bronce Medio y Reciente para puntas de lanza, hojas de hacha, etcétera (cf. AASOR 17 [1938] lám. 43); en Samaría aparecieron también moldes para puntas de lanza, hojas de hacha, puñales y hoces que datan del Bronce Reciente (cf. Sellin, ZDPV 50 [1927] 210 y lám. 21; Galling, BRL, col. 379ss, con ilustraciones). Las piezas modeladas se forjaban con el martillo (cf. Gn 4,22; hebr.: *ltš).* El arte de la forja preparaba, además de las normales piezas de adorno (cf. p. 176), toda clase de utensilios para los distintos trabajos; además de las ya mencionadas hoces (p. 177), las azadas o picos (cf. Galling, col. 256s, con ilustraciones) para el agricultor; el hacha (Galling, col. 62ss, con ilustraciones), los cuchillos *(ibíd.,* col. 378ss, con ilustraciones) y otros utensilios semejantes *(ibíd.,* col. 281ss, con ilustraciones) para trabajar la madera; los cinceles *(ibíd.,* col. 88s, con ilustraciones) para trabajar la piedra. Se forjaban también armas, como yelmos (Galling, col. 279s), puntas de lanza *(ibíd.,* col. 353ss, con ilustraciones), puñales *(ibíd.,* col. 129ss, con ilustraciones), puntas de flecha *(ibíd.,* 418ss, con ilustraciones), espadas *(ibíd.,* 472ss, con ilustraciones), mazas (329ss) y las partes metálicas de la armadura (col. 416s, con ilustraciones). Sobre la historia y las diferentes clases de armas en un contexto más amplio, véase especialmente H. Bonnet, *Die Waffen der Völker des alten Orients* (1926).

Aparte los instrumentos mencionados, la carpintería destinada a construcciones edilicias (cf. pp. 166s) y a toda clase de piezas del mobiliario (cf. pp. 172s) no han dejado huellas arqueológicas. La profesión de picapedrero o tallador de sillares aparece arqueológicamente en los muros por ellos compuestos (cf. p. 162), en las instalaciones subterráneas para el abastecimiento de agua (cf. pp. 168ss) y en otros trabajos semejantes.

3. *Comercio y monedas*

Al llegar a cierto grado de cultura, en cualquier parte aparece la compra y la venta, es decir, el *comercio* como una manifestación de la vida. El comercio era practicado en la cultura ciudadana de la Edad del Bronce y quizá aun en el estadio más primitivo de la Edad del Hierro. Con la aparición del comercio, las pesas y medidas son una necesidad. Para

medir las mercancías, tanto los líquidos como los áridos, se empleaban medidas cúbicas. Conocemos por la tradición literaria del Antiguo Testamento el sistema de medidas para líquidos y áridos, sus relaciones mutuas y su valor absoluto (cf., por ejemplo, Benzinger, *Hebräische Archäologie* [^{3}1927] 192-195, y, con gran detalle, Barrois, *La métrologie dans la Bible* I: RB 40 [1931] 185-213, y *Manuel d'archéologie biblique* II [1953] 247-252). Pero hasta el momento la arqueología no ha podido obtener más que algunos ejemplares, y aun en este caso no intactos, de vasijas normativas o patrones o que indiquen su capacidad. Se pesaba sobre todo el metal que había de ser pagado como precio de la venta, no la mercancía. A la serie de nombres de pesas conocidos por la tradición literaria se han añadido diversos hallazgos de pesas, trozos de piedra caliza en forma de botón, pequeñas piezas de metal refinado provistas de signos y cifras o también de letras y palabras hebreas. Sin embargo, todavía no ha sido posible llegar a constituir un sistema definido de pesas ni a establecer el desarrollo histórico del sistema de pesas, comparando las pesas encontradas con las que mencionan las fuentes literarias (más detalles en Viedebantt, *Zur hebräischen, phönizischen und syrischen Gewichtskunde:* ZDPV 45 [1922] 1-22; Barrois, *La métrologie dans la Bible* II: RB 41 [1932] 50-76, y *Manuel* II, 252-258; brevemente en Galling, BRL, col. 185ss, con ilustraciones. Sobre todo el tema de pesas y medidas, cf. R. B. Y. Scott, *Weights and Measures of the Bible:* BA 22 [1959] 22-40).

En la vida ordinaria el trueque de mercancías en especie se mantuvo largo tiempo después de que apareciera el dinero como instrumento de pago. La cultura ciudadana cananea, al menos a partir del Bronce Reciente, conocía ya el metal pesado con valor de dinero; también lo conocieron, como es natural, los israelitas de la Edad del Hierro. Puesto que la palabra que significa plata *(kesef)* designa también simplemente el dinero, quiere decir que la plata pesada era el medio de intercambio monetario más comúnmente empleado. El dinero-metal en barras o «lenguas» —lingotes— (cf. Jos 7,21; en este caso se trata de oro) llenaba las «casas del tesoro» de los palacios reales y de los templos. El dinero acuñado, es decir, piezas de metal con un peso preciso garantizado mediante la acuñación por un organismo oficial (rey, administración provincial o ciudadana), que dispensaba de pesarlo una y otra vez, se hizo corriente en el Próximo Oriente en el período persa, siguiendo la probada acuñación del reino de Lidia. Probablemente las más antiguas monedas palestinas datan también del período persa; dignas de mención son sobre todo las acuñaciones de la provincia (persa) de Judá que llevan como leyenda יהד *(yhd)* y cuyas figuras son de imitación de las monedas áticas, por aquel entonces ya muy en uso en las costas orientales del mar Mediterráneo (cf. Sukenik, JPOS 14 [1934] 178-182; 15 [1935] 341-343, con ilustraciones). Como monedas palestinas, además de las áticas, las de las ciudades fenicias, de los sátrapas persas, de los soberanos seléucidas o tolemaicos y posteriormente la de los romanos, hemos de mencionar las encontradas en Bet-Sur con un nombre escrito en he-

breo, probablemente el de algún sumo sacerdote del período de dominación lágida (cf. O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur* [1933] 73ss, figura 72); también las monedas asmoneas, generalmente con leyendas en hebreo y en griego; las monedas herodianas, con inscripciones en griego, y, por fin, las monedas con leyendas exclusivamente en hebreo, pertenecientes al tiempo de las dos revueltas judías de los años 66-70 y 132-135 d. C. (detalles en G. F. Hill, *Catalogue of the Greek Coins in Palestine* [= *Catalogue of the Greek Coins in the British Museum;* 1914], y sobre todo A. Reifenberg, *Ancient Jewish Coins* [^{2}1947] con abundantes ilustraciones).

XXI. Costumbres funerarias

La cremación de cadáveres no era usual en el período del Oriente Antiguo en Palestina; el Antiguo Testamento conoce la cremación sólo como castigo para los criminales, que de este modo quedan excluidos definitivamente de la comunidad del pueblo (cf. Lv 20,14; 21,9 etc.). Por consiguiente, se enterraba a los muertos bajo tierra, como casi en todas partes, y en cementerios situados fuera de los lugares habitados. Sólo raras veces y de modo excepcional se enterraron muertos en Palestina dentro de las ciudades o lugares habitados; así, en Guézer se encontró la tumba de una mujer anciana dentro de la ciudad; la tumba tenía la forma de una fosa cubierta con grandes piedras (cf. AOB^{2} n.° 227); como en otras partes de la región mediterránea oriental, se enterraba a menudo a los niños en vasijas de arcilla dentro del núcleo habitado (cf. AOB^{2} n.° 228). La costumbre de enterrar a los muertos bajo el suelo de las casas, practicada en Mesopotamia (cf. Meissner, *Babylonien und Assyrien* I [1920] 426; W. Andrae, *Das wiedererstandene Assur* [1938] 14ss, lám. 9), en Siria (cf. las tumbas de la Edad del Bronce de *rās eš-šamra* en «Syria» 19 [1938] 199ss) y en otras partes, siempre fue rara en Palestina (el caso de 1 Sm 25,1 es único en el Antiguo Testamento). A lo sumo se practicaba con los nobles. Los mausoleos del alcázar central *(Mittelburg)* de Meguiddó (cf. AOB^{2} n.° 217; Watzinger, *Tell el-Mutesellim* II, 1ss) y la gran caverna funeraria de Guézer, ambas construcciones pertenecientes al Bronce Medio, son probablemente las tumbas de los dinastas que allí reinaron [17]. También los libros de los Reyes repiten regularmente que los davídidas muertos se enterraban «en la Ciudad de David»; igualmente se menciona repetidas veces que los reyes israelitas eran enterrados en su residencia real (cf. 1 Re 16,6.28 etc.). En el perímetro de la antigua Ciudad de David, en Jerusalén, se han encontrado largas galerías en sentido horizontal, excavadas en la roca. Probablemente se trata de las sepul-

[17] Por ejemplo, también las tumbas de los dinastas de la ciudad de Biblos, en la costa mediterránea libanesa, que datan de *ca.* 1000 a. C., están dentro de la ciudad.

turas de los davídidas (cf. AOB² n.º 234, y Galling, BRL, col. 245ss, ilustración 9).

La norma general era enterrar *fuera* de los lugares habitados. Según las condiciones del terreno, las sepulturas de los habitantes de las ciudades estaban más o menos juntas unas a otras en las inmediatas proximidades de la ciudad; es decir, cada ciudad tenía su necrópolis. Como es natural, las tumbas que se han conservado hasta hoy en las necrópolis de las ciudades son las de las familias nobles o ricas, mientras que la gente sencilla era enterrada fuera de la ciudad en sepulturas más modestas (cf. 2 Re 23,6: «las tumbas del pueblo» en el valle del Cedrón, al este de Jerusalén); ello es debido a que la construcción de auténticos lugares sepulcrales suponía un gasto considerable. De las sencillas sepulturas de los tiempos antiguos no queda prácticamente nada. Por tanto, sólo se puede hacer la historia de las costumbres sepulcrales tomando en consideración las tumbas más eminentes, que desarrollaron formas características en las distintas épocas (cf. Galling, BRL, col. 237ss; íd., *Die Nekropole von Jerusalem:* PJB 32 [1936] 73-101, ambas con numerosas ilustraciones).

Las cavernas naturales ofrecían un lugar sepulcral idóneo en una tierra montañosa tan rica en cuevas como Palestina [18]; la mayoría de las formas sepulcrales posteriores son desarrollo de esta primera y más antigua forma de enterrar en las cavernas. Examinemos brevemente las formas más significativas. En la Edad del Bronce se construían cavernas artificiales, excavadas más o menos simétricamente en la roca, con un pozo que caía verticalmente hasta el fondo, de donde partía un corredor llano que llevaba hasta la cámara sepulcral (cf., por ejemplo, AOB² n.º 215); en lugar del pozo podían ponerse unas escaleras que conducían hasta la cámara. El acceso podía aparecer tapado con escombros para asegurar que la tumba se mantuviera intacta. En la Edad del Hierro se solía ahondar en el centro del suelo de la cámara sepulcral, a su vez excavada en la roca, de modo que quedaran unos bancos laterales, en los cuales se colocaban los muertos completamente estirados; así surgió el tipo de la *tumba de banco,* característico del período del Antiguo Testamento [19]. Ordinariamente se trata de una cámara sepulcral, más o menos bien excavada en forma rectangular, en la cual se dejaba este borde o banco por tres de sus lados (excepto el de la entrada). Por tanto, se podían colocar al mismo tiempo tres cadáveres. Si había que enterrar otro muerto, se dejaba libre uno de los bancos, recogiendo los huesos del anterior cadáver allí colocado y poniéndolos en una fosa común, excavada normalmente

[18] Quizá se practicara temporalmente durante el período Calcolítico la sepultura encima de la tierra empleando cámaras megalíticas, es decir, los llamados dólmenes; confróntese, por ejemplo, AOB² n.º 212; Watzinger, *Denkmäler* I, ilustr. 45.46. Por otra parte, la datación de estos dólmenes es muy difícil y problemática. Podemos pensar que se trata de una costumbre funeraria propia de una población nómada; los dólmenes se encuentran especialmente en el borde oriental de la depresión del Jordán, en la montaña transjordana y en Galilea.

[19] Galling, en la obra citada, emplea, en vez de este término, el de «tumba de diván» *(Diwangrab).*

en un rincón de la cámara sepulcral. Las cámaras sepulcrales eran propiedad de las familias y servían de ordinario para muchas generaciones. Esto denota que la idea de una vida individual después de la muerte todavía no había brotado en esta época; los restos del cadáver iban a dar sencillamente en la fosa común. La costumbre de emplear las tumbas de banco para enterramientos sucesivos en vez de reservarlas para un solo cadáver explica la falta total de inscripciones con el nombre de la persona enterrada u otros datos semejantes. A estos usos corresponde literalmente la conocida expresión del Antiguo Testamento que habla de que los muertos «se reunían con sus padres» (en la tumba familiar).

En el período helenístico-romano surgieron variaciones de esta antigua costumbre de enterrar que coexistieron en su diversidad incluso en una misma instalación sepulcral; a veces se trataba de un desarrollo del tipo de tumba de banco al que se añadía un arco sobre cada banco a manera de nicho semicircular excavado en la pared de la roca; otras veces se tallaba en el banco una cavidad en forma de artesa o pilón que servía para acoger el cadáver. Más tarde aparecieron las características tumbas con cavidades en forma de cajón (hebr.: *kokim);* en las paredes de estas cámaras se encontraban estas cavidades alargadas horizontalmente y poco profundas, a menudo dispuestas en diversas hileras unas encima de otras; cada lóculo servía para un único enterramiento. A menudo se trata de extensas instalaciones con toda una serie de cámaras dispuestas unas junto a otras, todas provistas de estos lóculos, con un vestíbulo de entrada que en ocasiones se decoraba con columnas, pilastras rectangulares, etc. (cf., por ejemplo, Watzinger, *op. cit.,* II, ilustr. 62, y los planos en Galling, PJB 32 [1936] 85). La forma de sepultura individual brota con el empleo de estos lóculos, que se tapaban después del enterramiento con una lápida; en ellos no se solía volver a enterrar; los encontramos, por ejemplo, junto con exquisitas pinturas murales, en las tumbas de Marisa (hoy *tell sandaḥanne),* del siglo II a. C. (cf. Watzinger, *op. cit.,* ilustr. 56. 57). El pasadizo desde el vestíbulo a la primera cámara sepulcral se hacía tan reducido como era posible para facilitar al máximo la manera de cerrarlo; a menudo este pasadizo se cerraba mediante una piedra circular, que podía rodar por una ranura abierta en la pared de la roca para introducir en ella la piedra mientras se mantenía abierto el pasadizo (cf. AOB² n.° 242 y Mt 27,60; Mc 16,3; Lc 24,2).

En el período helenístico se construyeron también mausoleos al exterior en forma de torre, que se erigían sobre las sepulturas subterráneas o junto a ellas, indicando su ubicación desde el exterior; a este tipo pertenecen los mausoleos del período helenístico situados en la costa fenicia junto a *ʿamrīt* (cf. AOB² n.° 237ss) y los monumentos funerarios de la época herodiana situados en el valle del Cedrón, en Jerusalén, conocidos hoy bajo los engañosos nombres de «Tumba de Absalón» o «Tumba de Zacarías» (cf. AOB² n.° 240 [vista] y Watzinger, *Denkmäler* II, ilustraciones 32ss [plano]).

El gusto por los enterramientos individuales, que se desarrolló durante el período helenístico, llevó a una práctica de conservación de los restos

de los difuntos; cuando llegaba el momento en que había que retirarlos de una tumba de banco o de artesa no se colocaban ya, como anteriormente, en la fosa común, sino en una caja especial para cada uno, en los llamados *osarios*. Los osarios encontrados frecuentemente en Palestina, que datan del siglo I a. C. y de los dos primeros siglos después de Cristo, son pequeñas cajas de piedra caliza [20] de 50 cm a 1 m de largo por la mitad de ancho con tapa; están a menudo decorados con rosetas y otros dibujos similares (cf. Watzinger, *op. cit.*, II, ilustr. 69.70; Galling, BRL, col. 405ss, ilustraciones 1-4) y tienen frecuentemente grabado el nombre del difunto. Se les colocaba en las cámaras de los lugares funerarios y en algunas ocasiones en una cámara expresamente preparada con este fin. Las inscripciones de los osarios constituyen una importante fuente para el conocimiento de los nombres usuales durante el período del Nuevo Testamento. Aparecen con frecuencia, en caracteres hebreo-arameos o griegos, nombres muy conocidos, entre ellos los de José, María y Jesús; por ello no se puede sacar ninguna conclusión especial de la aparición de uno u otro de estos nombres. Un conjunto sepulcral con buen número de osarios, que apareció en un barrio moderno al sur de Jerusalén, por tanto, en las proximidades —por el sur— de la Jerusalén helenístico-romana, y que, a juzgar por el hallazgo de una moneda de Agripa II, pertenece a la mitad del siglo I después de Cristo, constituye el primer monumento cristiano de Palestina (cf. E. L. Sukenik, *The Earliest Records of Christianity:* AJA 51 [1947] 351-365, con láms. 78-86). En él se encontró un osario con una cruz griega grabada en sus cuatro lados y con la inscripción Ιησους Αλωθ en la tapa; otro osario del mismo lugar llevaba la inscripción Ιησους Ιου. Sin embargo, como ya hemos dicho, la aparición del nombre de Jesús no significa nada, y difícilmente puede pensarse que se empleara la cruz como símbolo cristiano en este período; probablemente se trata simplemente de un motivo decorativo. Por lo demás, este descubrimiento en el sur de Jerusalén no es raro. La necrópolis, relativamente extensa, encontrada en los alrededores del «Dominus Flevit», a media altura de la ladera occidental del monte de los Olivos, que fue cuidadosamente excavada y estudiada durante los años 1953-1955 (cf. B. Bagatti y J. T. Milik, *Gli scavi del «Dominus Flevit»*. I: *La necropoli del periodo romano* [1958]), ha producido resultados semejantes; también aquí, en osarios del siglo I d. C., ha aparecido repetidas veces el nombre de Jesús, escrito en hebreo-arameo, así como los nombres de José y María y en diversas formas y estilos, también el signo de la cruz [21].

Los sarcófagos, es decir, ataúdes con tapa, empleados no como los osarios para recoger posteriormente los huesos, sino para enterrar por vez primera, no llegaron nunca a ser de uso frecuente en Palestina. En Egipto se conocían desde los tiempos más antiguos sarcófagos de madera

[20] Probablemente se emplearon también osarios de madera; naturalmente, no han llegado hasta nosotros.

[21] Cf. E. Dinkler, *Zur Geschichte des Kreuzsymbols:* ZThK 48 (1951) 148-172, que rechaza la significación cristiana de estos datos y atribuye a la cruz un valor simbólico particular ya en el judaísmo.

o de piedra, y los dinastas de la ciudad de Biblos, en la costa libanesa del Mediterráneo, que desde muy pronto mantuvieron relaciones muy estrechas con Egipto, eran sepultados en sarcófagos de piedra hacia fines del segundo milenio o comienzos del primero a. C. El más famoso de todos ellos, debido a sus formas y a la inscripción (cf. p. 224), es el del rey Ahiram, probablemente del siglo x. En Palestina misma se han hallado sarcófagos de arcilla de forma antropoide, con tapa por la extremidad de la cabeza, que puede correrse, decorada con una figura o relieves faciales estereotipados (para los sarcófagos de Bet-Šan y *tell el-fārᶜ*, cf. Watzinger, I, ilustr. 73-77; Galling, BRL col. 450, ilustr. 1-4; para la tumba 570 de Lakiš, cf. *Lachish* IV [1958] 131ss, 248ss, lám. 45, 1. 2; 46). Estos sarcófagos representan una apropiación de costumbres funerarias extranjeras, bajo la influencia de Egipto, que fueron practicadas durante mucho tiempo en Palestina, al parecer por inmigrantes procedentes del mundo mediterráneo.

Posteriormente, durante el período persa, los reyes de las ciudades de Fenicia, especialmente los de Sidón, volvieron a ser enterrados en sarcófagos antropoides o en forma de caja tallados en piedra. También en Sidón se han encontrado sarcófagos de piedra y de mármol del período helenístico (por ejemplo, el «sarcófago de Alejandro»; cf. Luckenbach, *Kunst und Geschichte* I [^{9}1913] lám. I, figs. 196. 197), con excelente decoración de relieves de estilo griego. Sarcófagos de piedra con relieves no aparecieron en Palestina hasta el período romano y siempre mezclados con otros tipos de sepultura (ejemplos en AOB^{2} n.° 241; Watzinger, II, ilustraciones 67. 68. 74. 75). Al mismo tiempo, del siglo II al V d. C. se emplearon en algunas ocasiones, como en Fenicia, sarcófagos de plomo con relieves estereotipados, en razón de su reducido precio (cf. Avi-Yonah, *Lead Coffins from Palestine:* QDAP 4 [1935] 87-99, 138-153, con láminas LV-LX; Watzinger, II, ilustr. 76-79). En la necrópolis judía de Bet-Šearim se han encontrado en gran número sarcófagos de piedra y de plomo con relieves (cf. p. 149).

En todas las épocas se presentaron como *ofrendas* a los difuntos en la tumba o en el sarcófago toda clase de objetos de la vida ordinaria, como vasijas de arcilla, lámparas, recipientes para ungüentos, adornos o armas: son señales de las creencias en una vida umbrátil después de la muerte. Por ello los lugares de sepultura constituyen una fuente de hallazgos muy importante y rica para el arqueólogo, especialmente cuando las tumbas han permanecido intactas.

XXII. Santuarios

Mientras a partir del período romano se han conservado en Palestina numerosos templos paganos y sinagogas judías, así como muchos restos de iglesias cristianas bizantinas, tenemos conocimientos muy escasos de los santuarios palestinos del período del Oriente Antiguo. Resulta difícil

en las excavaciones identificar con seguridad los planos u otros indicios de los santuarios como restos de tales construcciones; además, una cierta tendencia de los antiguos arqueólogos a encontrar santuarios ha llevado repetidas veces a identificar hallazgos arqueológicos, identificaciones que luego se han demostrado equivocadas o, por lo menos, muy problemáticas. Tenemos pocos ejemplos seguros de planos de *templos* de las diversas etapas de la Edad del Bronce. Al Bronce Antiguo pertenece el santuario descubierto en la ciudadela de *et-tell,* junto a *dēr dubwān,* que en el Antiguo Testamento se llamaba Ay (cf. J. Marquet-Krause, *Les fouilles de ʿAy* [1949] láms. XCIII [con reconstrucción], XCIV; ANEP n.º 730); consta de un vestíbulo y de un espacio central; este último con el santo de los santos de muy reducida extensión en un ángulo, separado por un muro dentro del cual se encuentra un ara; al lado de ésta hay tres *favissae* para dar cabida a los desperdicios de los sacrificios (cf. ilustr. 5 A). Algo más ricos son los descubrimientos de templos del Bronce Medio y Reciente. Tenemos, en primer lugar, el templo de la ciudadela de la antigua Siquem, erigido en la fase final del Bronce Medio (cf. Sellin, ZDPV 49 [1929] 309ss, láms. 33 [plano]. 37-42; 50 [1927] 206ss, láms. 11. 12. 17). En el Bronce Reciente se erigió en su lugar un nuevo edificio con una orientación algo diferente pero, por lo demás, siguiendo probablemente un plano semejante; este edificio estuvo en uso hasta la primera fase de la Edad del Hierro (cf. Toombs-Wright, BASOR 161 [1961] 28-39). El templo del Bronce Medio es un espacio alargado, rodeado por un muro muy grueso, con un vestíbulo abierto más estrecho y flanqueado por antas (cf. el templo del Bronce Reciente de Meguiddó, estrato VIII, en G. Loud, *Megiddo* II [1948] fig. 402). Sostenían el techo de la sala larga dos hileras de tres pilares cada una, probablemente de madera, parte de cuyas bases de piedra y capiteles con volutas han sido recobradas. En la mitad posterior de la sala larga estaba el pedestal para la imagen del dios o su símbolo y en el pavimento la hoya *(favissa);* sobre las dos *maṣṣebot* colocadas frente a las antas a ambos lados de la entrada del vestíbulo, cf. *infra,* pp. 190s (cf. ilustr. 5 B). En *tell ed-duwēr* se descubrió un templo del Bronce Reciente con tres cuerpos sucesivos de edificio (cf. O. Tuffnell, C. H. Inge, L. Harding, *The Fosse Temple = Lachish (Tell ed Duweir)* II [1940] láms. LXVI-LXIX; el plano del templo más reciente también puede verse en Galling, BRL, col. 513s, ilustración 6). Se trata de una larga sala con un vestíbulo al lado, columnas de madera, basas de piedra para sostener el techo y un *podium* o basamento, en el centro del muro posterior, que servía de ara y quizá también de pedestal para la imagen o el símbolo del dios. Particularmente notable es el templo descubierto en la excavación de Jasor de 1957, en el área H de excavación, cerca del extremo norte de la ciudad inferior. Construido en el Bronce Medio, fue al parecer reconstruido tres veces sobre planos semejantes en el decurso del Bronce Reciente. Lo mejor conocido son los dos estadios últimos Ib (cf. plano en ilustr. 5 C) e Ia, pertenecientes a la segunda fase del Bronce Reciente. Es interesante constatar la presencia de tres espacios sucesivos sobre un mismo eje, vestíbulo, espacio central

y «santo de los santos», que trae inmediatamente a la memoria la disposición del posterior templo de Salomón [22]. Un tipo especial lo representan los santuarios del Bronce Reciente que construyeron en Bet-Šan los funcionarios egipcios durante el período de la dominación de Egipto (cf. Rowe-Vincent, PEF Qu. St. [1931] 12ss, con láms. I-III [intento de reconstrucción]; Watzinger, *op. cit.*, I, 65ss; Galling, *op. cit.*, ilustr. 4 [plano]). Mientras la estructura del templo de Tutmosis III no aparece muy clara, los planos posteriores dejan ver que constaba de amplios espacios con vestíbulos de columnas y un basamento en el centro del muro posterior. El material arqueológico es todavía demasiado escaso para responder con seguridad a la pregunta sobre el tipo definitivo de los templos cananeos y sus relaciones con los edificios similares de las grandes culturas vecinas. Sin embargo —prescindiendo de las circunstancias especiales que concurrieron en la construcción de los santuarios del Bronce Reciente de Bet-Šan—, en los templos del Bronce Medio y Reciente la característica parece ser el espacio alargado. El tipo posterior del «templo sirio» (cf. A. Alt, PJB 35 [1939] 83-89 = *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* II [^{2}1959] 100-115), cuya característica es la separación y mayor elevación del *adyton* o espacio último, con su vestíbulo de tres salas, se anuncia ya en el templo con tres espacios del Bronce Reciente de Jasor y tiene como precursor en la faceta de las tres salas, si bien no axiales, al santuario del Bronce Antiguo de *et-tell.*

La cosecha es aún más escasa para la Edad del Hierro. Ni siquiera un solo plano ha sido descubierto en Palestina que pueda atribuirse con seguridad a un templo. Sin embargo, sabemos por la tradición literaria del Antiguo Testamento que en este período había templos en el país. Ni vestigios han quedado del templo que guardaba el arca de la alianza en Silo (hoy *ḫirbet sēlūn),* del cual se nos habla en 1 Sm 1,7.9; 3,3.15; Jr 7,14 [23]. Del templo de Jerusalén lo más antiguo que conservamos es herodiano (cf. pp. 133 y 150); del templo posexílico poseemos lo mismo que del de Salomón; es decir, nada. Unicamente podemos ver la base natural de todo ello: la roca sagrada sobre la que se erigió el santo de los santos (cf. H. Schmidt, *Der heilige Fels in Jerusalem* [1933]), que constituye actualmente el centro de la islámica Cúpula de la Roca (cf. 128s). Si queremos saber algo del templo de Jerusalén hemos de interrogar exclusivamente a las fuentes literarias; para el templo de Salomón contamos con la minuciosa —aunque a veces ambigua— descripción de 1 Re 6 y 7 (cf. Möhlenbrink, *Der Tempel Salomos* [1932]; Watzinger, *op. cit.,* I, 88ss; Vincent-Steve, *Jérusalem de l'Ancien Testa-*

[22] Semejante al plano de este templo es el de otro del siglo IX a. C. que fue sacado a luz en el *tell taʿyīnāt,* en *ʿamq,* al este de *anṭāqiye,* en el norte de Siria; confróntese C. W. McEwan, «American Journal of Archaeology» 41 (1937) 13, figuras 4 (arriba). 6.7.

[23] El muro situado al sur de las ruinas de la localidad de Silo, cuya pertenencia al antiguo templo anfictiónico de Silo se había considerado posible (cf. Dalman, PJB 4 [1908] 12s), formaba parte, a juzgar por las últimas excavaciones, de una iglesia bizantina; cf. Kjaer, JPOS 10 (1930) 126ss.

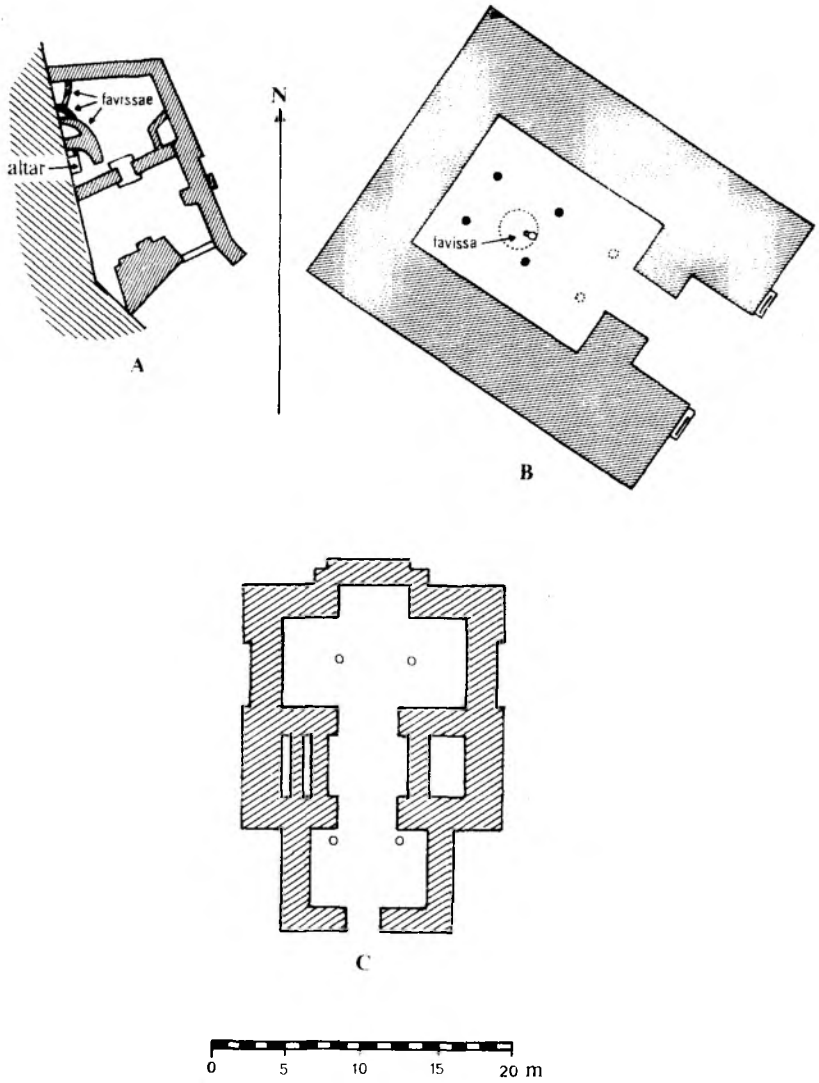


Ilustración 5

A = *Santuario del Bronce Antiguo en* et-tell *junto a* dēr dubwān, *según J. Marquet-Kause,* Les fouilles de ʿAy *(1949) lám. XCIII.*

B = *Templo del Bronce Medio de* tell balāṭa *(Siquem), según ZDPV 49 (926) lám. 33, y ZDPV 51 (1928) 119ss.*

C = *Templo de Jasor: plano del templo correspondiente al Bronce Reciente (estrato Ib); plano aún no definitivo, según IEJ 8 (1958) 11-14, lám. 8 A; 9 (1959) 81-84, lám. 10 A.B.*

ment II/III [1956] 373-431); para el templo posexílico véase Ez 40, 5-43,12 y las referencias dispersas de Hecateo de Abdera y de los libros de los Macabeos (cf. J. Jeremias, *Hesekieltempel und Serubbabeltempel:* ZAW NF 11 [1934] 109ss); para el templo herodiano, Josefo y el tratado *Middot* de la Mišná.

De los templos nacionales israelitas de Betel y Dan (cf. 1 Re 12,29ss; Am 7,13) y de Samaría (supuesto en Os 8,5.6) no han aparecido restos en las excavaciones realizadas *in situ*. Lo mismo ha ocurrido con el templo del dios Dagón en la filistea Ašdod *(esdūd)* (cf. 1 Sm 5,2ss) y con el de Astarté en Bet-Šan (cf. 1 Sm 31,10).

Hemos de suponer que el templo era una parte integrante de las antiguas ciudades cananeas. Para el período israelita sabemos que existieron solamente el templo de la anfictionía y los santuarios nacionales; los numerosos santuarios del país —cada aldea o villa tendría uno en sus cercanías—, que fueron legítimos hasta la centralización del culto realizada por el rey Josías según las exigencias de Dt 12,13ss, serían poco más que lugares sagrados rodeados por un muro y con un mínimo de ajuar *. La santidad estaba asociada al lugar mismo o a alguna de sus características naturales: un árbol sagrado, una fuente sagrada, etc. El mobiliario incluía un *altar* (sobre los posibles tipos de altar, cf. la obra de Galling *Der Altar in den Kulturen des alten Orients* [1925]) para la presentación o cremación de la víctima. Como altar podía servir la formación natural de una roca o cualquier bloque de piedra que allí hubiese, quizá un poco retocados y con la añadidura de algunas gradas para subir y otros elementos funcionales. La piedra de altar encontrada en la aldea de *ṣar'a* (antes árabe), que no podemos datar (cf. AOB² n.° 445), ha sufrido modificaciones más sustanciales; es un bloque de piedra tallado en forma cúbica con gradas y con la superficie superior provista de cavidades en forma de escudilla y de una ranura alrededor de ella. Guarda estrecha relación con los altares de gradas de Petra, que, si bien son mucho más recientes, responden a un tipo muy antiguo (cf. AOB² n.os 446-449, 453). Difícilmente podía quedarnos algo de los altares a que se refiere Ex 20,24-26, consistentes en un conglomerado de tierra o de piedras sin labrar.

Según el Antiguo Testamento, la instalación de los santuarios rústicos incluía numerosos *'ašerim* y *maṣṣebot*. Los *'ašerim* (cf. Galling, BRL col. 35ss) eran postes, es decir, árboles estilizados como símbolos de la vegetación; al ser de madera, no se han conservado; nosotros traducimos *'ašerim* por cipos; las *maṣṣebot* eran piedras erguidas que se consideraron al principio como moradas (cf. Gn 28,22) o representaciones de la divinidad y posteriormente como piedras-memorial de alguna aparición de Dios o fenómenos similares (cf. Gn 28,18; 35,14); más tarde se emplearon también como monumentos (Gn 35,20). De las *maṣṣebot* de los san-

* El presunto santuario solar de Lakiš, después de las recientes excavaciones, ha resultado ser un verdadero altar de culto israelita de finales de la monarquía judía. Y. Aharoni, *Trial Excavation in the Solar-Shrine at Lachish:* IEJ 18 (1968) 157-169 (N. del E.).

tuarios rústicos, que eran piedras sin labrar, no se ha recobrado ninguna arqueológicamente; sólo han llegado a nosotros *maṣṣebot* labradas de las instalaciones cultuales de las ciudades. Así, en el templo de Tutmosis III en Bet-Šan se descubrió una *maṣṣeba* baja (cf. Thomsen, AO 30 [1931] lámina IX), y a ambos lados de la entrada del templo de Siquem del Bronce Medio unas piedras lisas con unas cavidades de forma rectangular en las que, sin duda, están izados los restos de unos cipos encontrados en los alrededores, que hemos de considerar como *maṣṣebot* (cf. Sellin, ZDPV 51 [1928] 119ss, láms. 8-12, y aquí ilustr. 5 B). A juzgar por sus restos, estas *maṣṣebot* de Siquem tenían forma de losa con la parte superior redondeada (cf. Galling, BRL, col 369ss, ilustr. 3), es decir, la forma normal de una estela. Esto explica la conexión entre *maṣṣeba* y estela. La estela es una *maṣṣeba* bien labrada, dotada normalmente de una inscripción y alguna figura. Al lado de las estelas con inscripciones de reyes, etc. (cf. la estela de Meša', *infra,* p. 229; Galling, *op. cit.,* col. 500ss) había estelas cúlticas ya en el Bronce Reciente, algunas de las cuales se han conservado; así, la estela encontrada en el templo del tiempo de Tutmosis III en Bet-Šan, dedicada al dios Mekal (cf. Watzinger, *op. cit.,* I, ilustr. 71), que tiene una inscripción jeroglífica y una representación gráfica en que se mezclan elementos egipcios y cananeos [24].

El quemar incienso parece haber formado parte de las prácticas cultuales, públicas o privadas —con fines apotropaicos—, desde tiempos muy antiguos. Los más antiguos altares de incienso que conocemos son elevaciones rectangulares de arcilla, con aberturas laterales para la circulación del aire y un rehundimiento semiesférico en la parte superior para el incienso, pertenecientes al santuario del Bronce Antiguo de *et-tell,* junto a *dēr dubwān* (cf. J. Marquet-Krause, *Les fouilles de 'Ay* [1949] láminas LII-LIII, n.° 1506; lám. LXVI, n.° 1507) [25]. También se han descubierto en casas privadas de la Edad del Hierro varios altarcillos de sección transversal rectangular, de medio metro a un metro de altura, con una superficie superior de 20 × 20 y hasta 30 × 30 cm, dotada a menudo de un rehundimiento semiesférico y normalmente provistos de cuatro «cuernos» en los ángulos (cf. las piezas de Siquem descritas en Sellin, ZDPV 49 [1926] 232ss, lám. 31 B C; las de Meguiddó en Lamon-Shipton, *Megiddo* I [1939] fig. 31; las de Guézer en AOB^2 número 444) *; considerado su pequeño tamaño, estas piezas pueden ser únicamente altares de incienso que, debido al lugar donde fueron halladas, pertenecerían a fumigadores privados (cf. Löhr, *Das Räucheropfer im Altem Testament* [Schriften der Königsberger Gelehrten Gesellschaft,

[24] En representaciones helenísticas se encuentra una combinación, probablemente prehelenística, entre altar y *maṣṣeba,* en la cual la *maṣṣeba* aparece sobre el ara o detrás del altar en estrecha relación con él. Cf. Galling, *Der Altar,* 67s, lám. 13, números 37-47. Gressmann (cf. Galling, BRL, col. 17s) ve en los «cuernos» del altar la base normal de las *maṣṣebot,* que se colocaban en los cuatro ángulos del altar.

[25] No es seguro que los objetos que los arqueólogos han clasificado como altarcillos para el incienso sean realmente esto; podría tratarse, con más razón, de braseros con platillo, como en el «altar de incienso» de Taanak (cf. *infra).*

geisteswiss. Kl. IV, 4; 1927]); sin embargo, la pieza de arcilla de Taanak, perteneciente a la Edad del Hierro, que normalmente se ha venido considerando un altar de incienso (cf. Thomsen, *op. cit.,* lám. XI; Watzinger, *op. cit.,* I, ilustr. 86), parece haber constituido más bien un brasero para calentarse durante los fríos de la estación invernal (cf. Jr 36,22ss).

Sobre otros objetos cultuales, como numerosos cuencos, trípodes de bronce que servían de recipientes elevados y otros similares, que se han encontrado sobre todo en los estratos de la Edad del Bronce en Palestina, cf. Galling, BRL, col. 340ss, con ilustraciones.

* En Guézer, las excavaciones de 1968 han determinado que el santuario o «lugar alto», descubierto en su tiempo por Macalister, pertenece al Bronce Medio (siglos XVII-XVI a. C.), reutilizado en el Bronce Reciente (siglos XV-XIII) y en el Hierro. Fue destruido o abandonado en tiempos de Salomón, «Syria» 46 (1969) 186-187 (N. del E.).

TERCERA PARTE

HISTORIA DEL ORIENTE ANTIGUO

XXIII. Nota preliminar

El Antiguo Testamento nació en el vasto y rico mundo del Oriente Antiguo, un mundo extremadamente pródigo en manifestaciones de todo tipo y con una larga y complicada historia que comenzó milenios antes del período del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento se refiere frecuentemente y de muy diversos modos a las formas de vida y a los acontecimientos de este mundo oriental; en realidad no podía menos de ser así, pues la historia del Antiguo Testamento está tejida con hilos que forman parte de la urdimbre de la gran historia de este mundo. Es, por tanto, natural que el conocimiento y el estudio de las características del Oriente Antiguo, de su vida y de su historia sea necesario para entender el Antiguo Testamento.

Desde que se inició el estudio científico del Oriente Antiguo, pero sobre todo desde mediados del siglo XIX, ha ido surgiendo toda una serie de especialidades. Cada una de ellas se ocupa de un aspecto particular de este mundo: la lengua, la arqueología, la historia. La cantidad de información recogida es tan considerable que nadie es capaz hoy de abarcar individualmente todo el conjunto de los conocimientos. Sin embargo, hay una determinada base de resultados, los más fundamentales y seguros, del estudio del Oriente Antiguo que pueden sintetizarse y proponerse en una visión panorámica; sólo partiendo de este estado de cosas es posible penetrar en la relación del Antiguo Testamento con el mundo del Oriente Antiguo. Para conseguir esto es conveniente no contentarse con tomar en consideración los resultados de ciertas ciencias referentes al Oriente Antiguo, sino investigar al mismo tiempo las bases y las fuentes de la investigación científica; aún más, es aconsejable comenzar por estos últimos puntos y sólo después proceder al estudio de los principales acontecimientos históricos individuales, aun cuando en el decurso de la investigación suelen ir siempre unidos el estudio y la evaluación de las fuentes.

Las principales obras de consulta, tanto en lo que se refiere a los textos como al material ilustrativo del Oriente Antiguo, son los siguientes: H. Gressmann, *Altorientalische Texte und Bilder zum Alter Testament*, vols. I-II (^{2}1926-27); un volumen contiene los textos (sigla: AOT^{2}), el otro ilustraciones con explicaciones (sigla AOB^{2}). Algo más extenso y reciente, publicado también en dos partes, es J. B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* (1950, ^{2}1955) y *The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament* (1954)

(siglas: ANET y ANEP) *. Debido a los textos e ilustraciones que ofrece, puede añadirse a las precedentes obras la de A. Jeremias, *Das Alte Testament im Lichte des Alten Orients* (^{4}1930) (sigla: ATAO^{4}); igualmente, A. Jeremias, *Handbuch der Altorientalischen Geisteskultur* (^{2}1929) (HAOG^{2}). En 1962 apareció el primer volumen de una nueva revista que estudia la historia y la arqueología de todo el Oriente Antiguo. Se titula «Oriens Antiquus» (sigla: OA) y la edita el *Centro per le Antichità e la Storia dell'Arte del Vicino Oriente* de Roma; esta revista se coloca al lado del «Archiv für Keilschriftforschung», fundado por E. F. Weidner en 1923, que, a partir del vol. 3 (1926), amplió el temario y cambió el título por el de «Archiv für Orientforschung. Internationale Zeitschrift für die Wissenschaft vom Vorderen Orient».

En general, el período del Oriente Antiguo llega hasta Alejandro Magno, con el cual la helenización del Oriente entró en una crítica etapa. Sólo en algún que otro caso es recomendable traspasar esta frontera temporal.

* Ha salido un suplemento que pone al día esta obra: J. B. Pritchard, *The Ancient Near East. Supplementary texts and Pictures relating to the Old Testament,* Princeton University Press 1969 (N. del E.).

Capítulo I

PAISES

XXIV. Unidades geográficas

Una visión cartográfica de la región del Oriente Antiguo nos la ofrece Guthe, *Bibelatlas* (^{2}1926) n.º 5. H. Riepert preparó un exacto y detallado mapa en dos folios, con el título *Syrien und Mesopotamien;* abarca una parte sustancial del Oriente Antiguo y forma parte del volumen de M. von Oppenheim *Vom Mittelmeer zum Persischen Golf* (1899-1900); esta obra contiene además el esbozo de un detallado mapa general de toda la región del Oriente Antiguo, preparado también por H. Riepert. Para lo que sigue, cf. el mapa esbozado en p. 199, ilustr. 6. Concebido bajo un punto de vista particular, tenemos el *Archäologische Übersichtskarte des Alten Orients. Mit einem Katalog der wichtigsten Fundplätze* (Weimar 1959).

1. *Valle del Nilo*

El extremo nororiental de Africa, dicho con mayor exactitud, el valle del Nilo, que toca en este punto el Mediterráneo, forma parte de la magnitud histórica del Oriente Antiguo. El *Nilo* tiene sus fuentes en el este del Africa ecuatorial y en la meseta de Abisinia; cruza con sus afluentes el Sudán, llevando luego sus fertilizantes aguas por un estrecho valle que separa dos desiertos; pasada la primera catarata, forma una llanura fluvial, al principio todavía muy estrecha, que se va ensanchando poco a poco hasta alcanzar una anchura que va de los 15 a los 30 km e incluso hasta los 50; por fin, en la región del delta del Nilo se convierte en una extensa y fértil zona de tierra aluvial. Siguiendo el nombre acuñado por los griegos, llamamos a esta tierra *Egipto.* Es una región fluvial limitada en sus dos lados por elevadas mesetas desérticas; al este por el desierto Arábigo, al oeste por el desierto Líbico, que contiene varios oasis. La fertilidad del suelo, que sólo recibe un mínimo de lluvia, dependió, hasta la construcción del embalse de Asuán, de las inundaciones regulares de las aguas del Nilo, provocadas por el deshielo de las nieves que se acumulan en la región de sus fuentes. Hacia el mes de julio comienza a notarse la subida

del nivel del río; para octubre ya ha alcanzado su altura máxima, anegando la tierra cultivable del verdadero valle del Nilo; hacia enero el Nilo ha vuelto ya a su nivel ínfimo. El Nilo es además la arteria comercial natural del país. (Un mapa general de Egipto y otros muchos mapas detallados y exactos pueden encontrarse en Baedeker, *Ägypten* [^{8}1928]).

2. *Mesopotamia*

Mesopotamia tiene cierta analogía con el valle del Nilo. Es la región del curso medio e inferior de dos ríos, el Éufrates y el Tigris (nombres de origen griego). Ambos nacen en los montes de Armenia, no muy lejos uno de otro, y desembocan en el golfo Pérsico; antiguamente desembocaban en el mar por separado; en la actualidad, debido a los depósitos que han acarreado, prolongando la costa, se juntan antes de la desembocadura y forman el *šatt el-ʿarab*. La parte baja de esta cuenca fluvial es una llanura aluvial sin lluvia, regada por los numerosos brazos de ambos ríos que surcan esta inmensidad pantanosa; sus límites naturales son, por el sudoeste, el borde de la meseta del desierto Siro-Arábigo, y, por el nordeste, los montes del Irán; se extiende a lo largo de unos 600 km desde la zona de Bagdad *(baghdād)*, capital del actual Estado del Iraq, hasta la costa del golfo Pérsico. A esta parte de Mesopotamia los naturales del país la llaman hoy día *ʿirāq* [1]. La fusión de la nieve en las montañas lleva también aquí a una estación de crecida, que va de marzo a junio; durante el tiempo en que las aguas alcanzan su más alto nivel —en abril y mayo—, grandes extensiones de tierra aparecen cubiertas por las aguas de los ríos; pero también en otros períodos pueden aprovecharse artificialmente las aguas para regar el suelo, utilizando para ello una red de canales que unen los dos ríos.

Corriente arriba, los lechos del Éufrates y del Tigris están muy separados entre sí y cortan cada uno por su lado la parte septentrional de la meseta del desierto Siro-Arábigo, cruzada por diversas cadenas montañosas; por ello, en esta Mesopotamia superior sólo las riberas de los ríos y algunas hondonadas de variada anchura ofrecen posibilidades de asentamientos estables. A los valles del Éufrates y del Tigris hay que añadir los de los dos afluentes del Éufrates: el *ḫābūr* y el *nahr belīḫ*. A esta región de desiertos y estepas situada entre el curso medio del Éufrates y del Tigris se llama actualmente *el-ǧezīre* («la Isla») y es la antigua Mesopotamia, la «tierra entre ambos ríos».

Al nordeste del Tigris, las elevadas crestas del borde de la sierra de la meseta iránica se extienden del noroeste hacia el sudeste, limitando con sus estribaciones la llanura de Mesopotamia; de allá llegan al Tigris algunos caudalosos afluentes de su margen izquierda: el *zāb* Mayor (superior), el *zāb* Menor (inferior) y el *nahr diyāla*. Diversas sierras cruzan la *ǧezīre*

[1] En la designación oficial del Estado se ha ampliado considerablemente la significación de *ʿirāq*.

Ilustración 6

en su parte septentrional, para cerrarla finalmente las elevadas cimas de los montes de Armenia. Debido a su proximidad a las montañas, la *ǧezīre* tiene en esta parte norte más abundancia de aguas y recibe mayores precipitaciones, siendo por ello más apta para la colonización permanente. Ya en épocas antiguas estuvo bastante densamente poblada.

En B. Meissner, *Babylonien und Assyrien* I/II (1920-25), puede encontrarse un mapa de Mesopotamia en dos partes; en V. Christian, *Altertumskunde des Zweistromlandes* I (1940), un mapa general de Mesopotamia; para la *ǧezīre* consúltese sobre todo el mencionado mapa de Von Oppenheim (cf. *supra,* p. 197).

3. *Asia Menor*

Asia Menor forma el extremo noroccidental del Oriente Antiguo. Se denomina frecuentemente Anatolia, nombre que emplean los turcos siguiendo un uso bizantino. Asia Menor es una meseta salpicada por estepas y desiertos. Dos cordilleras la limitan: una por el norte, frente al mar Negro, y otra por el sur, frente al Mediterráneo; está cruzada por el (río) *Kizil Irmak,* el Halis de los griegos, que forma un amplio arco hacia el este para desembocar en el mar Negro. Al otro lado de la cordillera meridional, el empinado Tauro —denominación igualmente griega—, en el ángulo sudoriental del Asia Menor se encuentra la llanura de Cilicia. En el lado oriental, Asia Menor está limitada por los montes de Armenia; al oeste, las cadenas montañosas que corren de este a oeste descienden gradualmente hasta el mar Egeo.

Mapas de Asia Menor, tanto generales como especiales, pueden encontrarse en Baedeker, *Konstantinopel* ([2]1914).

4. *Arabia meridional*

Arabia del Sur se encuentra en la parte más meridional del Oriente Antiguo. Esta región comprende el actual *yemen* y la zona situada al este del *yemen,* el *ḥaḍramaut,* territorio del *wādi ḥaḍramaut,* que lleva primero hacia el este y luego hacia el sur, concluyendo en el océano Indico. Es ésta una región que ofrece la posibilidad de una vida sedentaria, a diferencia de las restantes partes de la extensa península Arábiga, las cuales, exceptuando las regiones costeras y una serie de oasis en la zona de *el-ḥeǧāz,* a lo largo del borde sudoccidental de la península y en el interior, constituyen un dilatado desierto, que por el norte se confunde con el desierto sirio, situado éste entre Siria y Mesopotamia.

Un mapa muy exacto de la importante región del *yemen* en tres hojas se encuentra en C. Rathjens y H. von Wissmann, *Rathjens-v. Wissmannsche Südarabienreise* III: *Landeskundliche Ergebnisse* (1934); cf. un esbozo de mapa de la zona del *ḥaḍramaut* por él recorrida en H. Helfritz, *Vergessenes Südarabien* (1936).

5. *Siria*

Siria, incluyendo Palestina, se encuentra en el centro de las tierras que hasta ahora hemos descrito. Es un territorio alargado y estrecho situado a lo largo de la costa del mar Mediterráneo y limitado al este por el desierto Siro-Arábigo. La costa reviste una importancia fundamental para Siria; esta costa, al norte del Carmelo (cf. *supra,* p. 41), posee excelentes puertos naturales, pues las estribaciones de las montañas interiores avanzan con frecuencia sobre el mar, formando múltiples bahías bien protegidas; a menudo también, se abren, en una amplitud variable, porciones de tierra llana, costa adentro, que desde antiguo han ofrecido a los hombres la posibilidad de asentarse a lo largo de la costa.

La Siria interior es, en su conjunto, una alargada cordillera que establece una separación entre la meseta del desierto Siro-Arábigo y el mar Mediterráneo; esta cadena de montañas está a su vez dividida en el sentido de su longitud por una profunda fosa, causada por factores geológicos, que prolonga la depresión del Jordán (cf. *supra,* pp. 36ss) hasta el norte de Siria. En la reducida parte meridional de esta fosa siria fluye hacia el sur el *nahr el-lîṭâni;* luego, torciendo hacia el oeste en ángulo recto, tras tomar el nombre de *nahr el-qâsimîye,* penetra a través de las montañas y desemboca en el Mediterráneo al norte de la ciudad de Tiro. Pero la parte principal de esta fosa geológica siria está surcada por el Orontes (forma nominal griega tomada del antiguo nombre del río, que hoy se llama *nahr el-ʿaṣi),* el cual fluye primero en dirección norte hasta que, en el norte de Siria, dobla repentinamente hacia el sudoeste para desembocar en el Mediterráneo. Al oeste de esta depresión, es decir, entre la depresión y el Mediterráneo, se halla una cadena montañosa con picos muy elevados; empezando por el sur nos encontramos en primer lugar con el Líbano (cf. *supra,* pp. 78s), que alcanza en su parte norte hasta los 3083 m de altura, limitado al mediodía por la garganta del *nahr el-qâsimîye* y al norte por la extensa llanura abierta entre las sierras por obra del corto *nahr el-kebîr,* que entrega sus aguas al Mediterráneo. Al norte del Líbano sigue, hasta el curso inferior del Orontes, el menos elevado *ǧebel el-anṣârîye,* la «montaña Nusairiya», nombre tomado de la secta sincretista de los nusairos. Al norte del Orontes está la sierra de Amano, que se une a la cordillera del Tauro y cierra la llanura de Cilicia por el este (cf. *supra,* p. 200).

La depresión es más apreciable entre el Líbano y el Antilíbano, zona que recibe el nombre de *el-biqâʿ* (cf. *supra,* p. 36), y también en parte al este del *ǧebel el-anṣârîye;* entre estos dos puntos se ensancha hasta convertirse en una extensa llanura en la región de la actual ciudad de *ḥomṣ* (Emesa), al sur de la cual se halla el gran lago de *ḥomṣ;* en la comba del Orontes, la depresión se dilata de nuevo en la llanura *el-ʿamq,* en parte pantanosa, que encierra un extenso lago; al norte de esta llanura, en el lado oriental del Amano, aparece de nuevo la depresión.

En el lado oriental de la depresión se elevan algunos montes; ante todo, el «compañero» del Líbano, llamado por los griegos «Antilíbano»,

cuyas estribaciones meridionales, que se yerguen hasta los 2814 m, reciben los nombres de *ǧebel eš-šēḫ* o *ǧebel et-telǧ* en su lado sur (cf. p. 51) y *ǧebel eš-šerqi* («monte oriental») en la parte principal, que da al norte. Más al norte, al este de la depresión, las elevaciones son de altura mucho más reducida.

Como Palestina, y a diferencia de las extensas regiones con periódicas inundaciones fluviales, Siria depende para su subsistencia de la lluvia invernal, que procede del oeste y que escasea cada vez más a medida que avanza hacia el este, hasta que llega un momento en que prácticamente no se dan lluvias; con esto, el paso de la tierra cultivable al desierto sirio es gradual y las posibilidades de asentamientos estables son cada vez más reducidas, hasta no darse ninguna. Al borde de este desierto está el extenso oasis de Damasco, región extraordinariamente fértil con numerosas huertas, situada a los pies del Antilíbano por su lado sudoeste; el oasis de Damasco está regado por el caudaloso río *barada,* que procede del Antilíbano; pero existen además en el oasis abundantes aguas subterráneas. La tierra cultivable de Siria adquiere su máxima dilatación por el norte, de donde le vienen numerosos cursos de agua que nacen en los montes de Asia Menor y de Armenia. Aquí, en el centro de una zona feraz, se encuentra la ciudad de Alepo *(ḥaleb),* a 110 km en línea recta del Mediterráneo, en el punto de la desembocadura del Orontes; por otra parte, desde Alepo hasta el Éufrates hay también en línea recta alrededor de 100 km de distancia.

Un mapa general de Siria, excluida Palestina, puede consultarse en Von Oppenheim (cf. p. 197). Durante el mandato francés en Siria se midió y fotografió con exactitud todo el país. En estos trabajos se basan los excelentes nuevos mapas de Siria editados por el *Service Géographique* galo; se trata de un mapa en escala 1 : 50 000 (denominación oficial: *Levant — 1 : 50 000*^{e}) en 84 hojas que fue publicándose en el decurso de los años 1926-1945 y comprende todo el territorio de Siria en el sentido usual de este término; el segundo mapa, en escala 1 : 200 000 (denominación oficial: *Levant — 1 : 200 000*^{e}), consta de 27 hojas; fue publicado por vez primera en los años 1943-1945 e incluye la parte oriental del territorio del actual Estado de Siria.

XXV. Rutas de comunicación

1. *Comunicaciones de los territorios orientales con Siria*

Siria es el centro de toda la región del Oriente Antiguo; prueba de ello es que se encuentra en comunicación directa con todos los territorios de esta región. Las principales condiciones para el establecimiento de una ruta de comunicación son que el terreno no ofrezca grandes irregularidades y que se encuentre agua suficiente para las personas y los animales, por lo menos a intervalos razonables. En este aspecto, las exigencias para las grandes rutas, por las cuales podían discurrir las migraciones de pue-

blos o los grandes ejércitos, eran más considerables que para las pistas caravaneras, por las que pasaban únicamente grupos reducidos, los cuales podían abastecerse de agua potable para las personas y no empleaban otros animales de carga que los pacientes asnos y también los camellos, cuya domesticación ocurrió hacia fines del segundo milenio antes de Cristo, adaptados a la vida de las regiones áridas (cf. Gn 24,10ss; 37,25).

El enlace más sencillo entre *Siria* y *Egipto* era por mar, desde uno de los numerosos puertos naturales de Siria al delta o viceversa, a lo largo de la costa, mientras las técnicas de navegación no permitían más que la navegación de cabotaje. Palestina quedaba normalmente fuera de consideración debido a la penuria de puertos en sus costas.

El desierto de Sinaí era el principal obstáculo para emplear la pista continental de Egipto a Palestina o Siria, por más que la distancia no fuera grande; desde el extremo oriental del delta del Nilo hasta el extremo sudoccidental de la tierra cultivable de Palestina había que atravesar un trayecto árido de alrededor de 175 km que sólo en algunos puntos estaba jalonado por pequeños oasis. La falta de agua podía remediarse cavando pozos en determinados sitios. Con esto, también la ruta continental por la costa se convirtió en una ruta importante entre el Nilo y Palestina (cf. *supra,* p. 107).

La ruta principal de *Siria a Mesopotamia* partía del norte de Siria. Desde la región de Alepo hasta el Éufrates se extiende la zona habitable y fácilmente transitable situada al norte del lago salado de *ǧabbūl,* en la cual alcanza su límite norte el desierto Siro-Arábigo. Desde esta región se llegaba con facilidad al Éufrates; siguiendo el curso del río se podía llegar hasta donde se quisiera. También se podía atravesar el Éufrates y, luego, recorriendo la habitable y fácilmente transitable extremidad septentrional de la *ǧezīre* (cf. *supra,* p. 198), a través del territorio de las fuentes del *ḫābūr,* llegar al Tigris, en la región de la actual *mōṣul.*

Una ruta directa, sólo practicable con caravanas, llevaba desde Siria, a la altura de Damasco, hasta el Éufrates medio a través de la parte norte del desierto Sirio, que en este punto no es muy extenso; casi en el centro de este recorrido había un oasis, muy importante para el tráfico caravanero, en el cual se encontraba un asentamiento que se ha hecho famoso bajo el nombre griego de Palmira, si bien ya era conocido desde los comienzos del segundo milenio antes de Cristo bajo su antiguo nombre de *Tadmar/Tadmur.*

En inmediata vecindad con Siria se encuentra Asia Menor, separada de aquélla por las montañas del Amano y de Cilicia por la elevada cordillera del Tauro. Sin embargo, la comunicación entre ambas regiones, *Siria y Asia Menor,* fue siempre posible a través de los pasos de las montañas del Tauro. Para el Asia Menor oriental, el más cercano y el más accesible de todos los países vecinos fue siempre Siria septentrional.

La más alejada de todas las regiones era *Arabia meridional,* pero aun en este caso existían enlaces directos con Siria y Palestina. En primer lugar, la ruta marítima que, partiendo del extremo norte del golfo de *al-ʿaqaba,* atravesaba el mar Rojo hasta llegar a la costa de la Arabia

meridional. Existía además la larga ruta que recorrían las caravanas desde tiempos antiquísimos; partía esta pista de Damasco, en Siria, y atravesaba luego Transjordania y Arabia septentrional, o bien, partiendo del sur de Palestina, atravesaba el *wādi el-ʿaraba* y el territorio de Arabia occidental, llamado el *ḥeğāz,* siguiendo luego a lo largo del mar Rojo para llegar al ámbito cultural de la Arabia meridional. Sólo más tarde, debido a la historia islámica, pasó el *ḥeğāz* al primer plano de la historia con sus ciudades de Medina y La Meca.

2. *Comunicaciones de los territorios orientales entre sí*

Siria era también el centro de toda la región oriental, puesto que casi todas las líneas de comunicación entre los diversos territorios de la periferia pasaban por ella (y Palestina). El enlace entre Mesopotamia y Asia Menor tenía el recorrido más cómodo a través de la parte más septentrional de Siria. Sobre todo, el tráfico entre Mesopotamia y Asia Menor por una parte y Egipto por otra recorría Palestina y Siria en toda su longitud, y ésta era la ruta más importante de todo el Oriente Antiguo. Esta ruta continental llevaba desde Egipto, a través del desierto del Sinaí, al norte de la llanura costera palestinense. Desde aquí podía seguirse la ruta costera que, después de salvar los obstáculos de diversos promontorios, conducía hasta la llanura de la desembocadura del *nahr el-līṭāni,* ya en plena Siria, siguiendo luego por el interior hasta Alepo, o bien, evitando las dificultades de los promontorios que caían a veces a pico en el mar, era posible dirigirse hacia el interior, ya al sur del Carmelo, siguiendo el camino que, a través de la *bilād er-rūḥa* (cf. *supra,* p. 41), llegaba a la llanura de Esdrelón por Meguiddó. Desde la llanura de Esdrelón se bajaba a la parte superior de la depresión del Jordán por Bet-Šan o por la ruta al norte del Tabor, y desde allí podían tomarse diversos caminos a través del *ğōlān* para llegar a Damasco. Aquí, en Damasco, podía elegirse la ruta caravanera que llevaba al Éufrates medio por Palmira, cruzando el desierto; pero el recorrido más normal era una segunda ruta que, siguiendo de cerca el borde de la tierra cultivable de Siria, conducía hacia el norte, a Alepo; también se utilizaba el paso de la *biqāʿ,* entre el Líbano y el Antilíbano, que dejaba ya en el norte de Siria (cf. *supra,* p. 108). Desde Alepo era posible tomar la mencionada ruta hacia Mesopotamia o dirigirse hacia el Asia Menor. Desde tiempos inmemoriales, innumerables gentes, en son de paz o de guerra, recorrieron esta importantísima ruta que atraviesa el oeste y el norte de Palestina. Aquí y allá la ruta se bifurca, ofreciendo la posibilidad de efectuar diversos recorridos de acuerdo con las preferencias de las diversas épocas.

Incluso Arabia meridional tenía su conexión con el resto de los países del Oriente Antiguo a través de las mencionadas rutas de Siria y Palestina. Unicamente con Egipto podía establecer comunicaciones directas por la ruta marítima del mar Rojo. Para ir a Mesopotamia había que utilizar las pistas caravaneras que cruzaban la península Arábiga en toda su extensión.

Capítulo II

CULTURAS

XXVI. Rasgos característicos

Los monumentos legados por la Antigüedad a los países del Oriente Antiguo manifiestan con toda claridad que cada uno de estos territorios ha sido la cuna de una brillante cultura desde tiempos inmemoriales. Todas estas culturas dieron sus formas características a todas las manifestaciones de la vida, desde las grandes construcciones hasta los más pequeños objetos empleados en los usos cotidianos; además, cada una de estas culturas recorrió una larga historia, cambiando constantemente sus manifestaciones a lo largo del tiempo, si bien se mantuvieron los principales rasgos característicos. Estos rasgos, especialmente los más evidentes, son los que tratamos de resumir en las secciones siguientes.

1. *Egipto*

Lo que primero llama la atención al que visita el Bajo Egipto son las pirámides, de las cuales las más conocidas son las tres de *gīze,* al oeste de El Cairo (cf. AOB[2] 37; ANEP 765; Breasted-Ranke, *Geschichte Ägyptens (Grosse illustrierte Phaidon-Ausgabe* 1936); pero también hay pirámides hacia el norte y hacia el sur, en la orilla occidental del bajo Nilo, al borde del desierto Líbico. Son gigantescas construcciones de piedra, por lo general con la forma lisa de las pirámides de *gīze,* pero también en construcciones escalonadas (cf. ANEP 764; Breasted-Ranke, ilustración 1) o con perfil inclinado (cf. Breasted-Rande, ilustr. 2). Las pirámides son majestuosas tumbas reales a las que acompaña un templo funerario situado más abajo, en la misma ribera del Nilo, construido con grandes sillares de granito y pilares y destinado a los cultos funerarios (Breasted-Ranke, ilustr. 6 y 7). A menudo, las pirámides se encuentran rodeadas por pequeñas construcciones sepulcrales para los miembros de la corte del faraón o los nobles; estas construcciones tienen forma de casas planas con varias cámaras interiores que se llaman *maṣṭaba* («banco de piedra»; cf. Erman-Ranke, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* [1923] lám. 24, 2). La gran preocupación por los muertos que se expresa

en estos monumentos aparece también en las tumbas del Alto Egipto, especialmente al oeste de la actual ciudad de Luxor. Están situadas en el borde del desierto occidental, pues en Egipto la región del ocaso del sol era considerada como dominio de los muertos. Son construcciones sepulcrales subterráneas, excavadas en la roca de los acantilados, que constan de un corredor de entrada y un conjunto de cámaras (cf. Erman-Ranke, ilustración 165). También aquí se trata de tumbas reales. El interior de estas instalaciones funerarias está lujosamente decorado con relieves de estuco pintados y con pinturas murales que ofrecen temas mitológicos y escenas de la vida ordinaria (cf., a modo de ejemplo, Breasted-Ranke, ilustraciones 228. 229. 266). En la cámara central se colocaba el sarcófago de piedra (AOB^2 197) o de madera (cf. Erman-Ranke, lám. 24, 1) —en este caso, a menudo de forma antropoide (Erman-Ranke, lám. 23, 4)— que encerraba la momia del difunto cuidadosamente embalsamada.

Si el dominio de los muertos se encontraba en el borde del desierto occidental, la tierra cultivable era el mundo del culto a los dioses, que tenía por escenario los templos, construidos esmeradamente con grandes sillares de piedra cuyas imponentes ruinas pueden verse aún en muchos lugares. Característico de los templos egipcios son, en primer lugar, los pilonos, un par de anchas torres que se van estrechando hacia la parte superior, rematadas en techo plano y dotadas de una cornisa con el característico caveto o gola egipcia; las torres o pilonos flanquean ambos lados de la entrada principal (cf. Breasted-Ranke, ilustr. 22-25; AOB^2 490). Detrás de los pilonos se encuentra la sala hipetra o patio abierto con columnas por los lados y por el fondo. A veces se ordenan varios pilonos y patios uno tras otro, especialmente cuando el templo fue creciendo y ampliándose en el decurso del tiempo. El templo propiamente dicho, situado en la parte posterior del espacio cercado por los muros, consistía, en su forma más simple, en un amplio vestíbulo con columnas y en una alargada sala que hacía de santo de los santos.

En las columnatas que rodean los patios y salas de los templos se encuentran las típicas columnas egipcias, muy macizas, cuyos elementos formales proceden de la planta del papiro; representan esquemáticamente manojos de tallos de papiro, en cuya parte superior aparecen las flores abiertas o los capullos (cf. Breasted-Ranke, ilustr. 13. 14) o bien los cálices de las flores abiertos (cf. Breasted-Ranke, ilustr. 25); a veces sugieren simplemente estas formas florales, presentando un fuste cilíndrico completamente liso, coronado por un capitel redondo con perfiles de las flores de papiro cerradas (cf. Breasted-Ranke, ilustr. 15) o abiertas (confróntese Breasted-Ranke, ilustr. 12).

Pueden además considerarse característicos de la cultura egipcia los esbeltos obeliscos, dedicados al culto del sol, que disminuyen progresivamente hasta terminar en punta (AOB^2 489); las esfinges, representaciones de animales en actitud de reposo con rostros humanos o animales (AOB^2 37, 377, 394), que guardan las entradas de los templos o las avenidas procesionales; finalmente, las imágenes de los soberanos del país, de tamaño mayor que el natural y a veces de gigantescas proporciones,

que representan a los faraones de pie o sentados y que pueden encontrarse intactas o en ruinas en diversos lugares o excavadas en los acantilados rocosos del Nilo, en los valles de Nubia (Breasted-Ranke, ilustraciones 12. 16-19).

2. *Mesopotamia*

El legado de las antiguas culturas de Mesopotamia no es tan impresionante ni imponente. Esto se debe principalmente a que las grandes construcciones mesopotámicas, por lo general, no se edificaban con sillares de piedra, sino con los materiales usuales de la región, es decir, con adobes, que ofrecían escasa resistencia a la acción destructiva de los milenios. Así, los lugares de la cultura antigua se presentan como grandes aglomeraciones de arcilla (cf., por ejemplo, R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon* [⁴1925] ilustr. 5; W. Andrae, *Das wiedererstandene Assur* [1938] lám. 31), donde sólo una excavación sacará a la luz los monumentos que allí se hallan sepultados (cf. sobre el conjunto especialmente V. Christian, *Altertumskunde des Zweistromlandes* I [texto y láminas; 1940] y A. Parrot, *Sumer* [1960] y, del mismo autor, *Assur* [1961]).

También aquí son característicos los templos; se encuentran sobre todo en las ciudades del sur, en el *'irāq* propiamente dicho. Pero también más al norte, a lo largo del Éufrates y Tigris, pueden verse los restos de torres de templos, antiguamente llamadas *ziqqurratu,* enormes y elevadas terrazas superpuestas, con aspecto de torre, construidas en ladrillo con varios pisos (cf. AOB² 473, 481; ANEP 746, 747, 763). En relación con ellas estaban los santuarios situados a sus pies, que, también especialmente en el sur, tenían forma de salas espaciosas dispuestas detrás de un patio con un nicho cultual en el muro posterior orientado hacia la entrada (cf. AOB² 470 [ES], 471; W. Andrae, *Das Gotteshaus und die Urformen del Bauens im alten Orient* [1930] ilustr. 7, 9, 10). En la Alta Mesopotamia existen también ejemplos de templos de tipo aprisco o tenada, es decir, salas alargadas con el santo de los santos en un extremo más estrecho, pero con la entrada en uno de los lados largos, de tal modo que, después de entrar en el templo, se debía torcer en ángulo recto para mirar en dirección a esta parte más santa (Andrae, *Die Urformen,* ilustraciones 15-17); también existen planos de salas alargadas con la entrada en uno de estos lados estrechos, situada así frente al santo de los santos, colocado en el extremo opuesto (Andrae, *Die Urformen,* ilustr. 21). Esta combinación ilustra el carácter heterogéneo de la civilización mesopotámica.

Característico de la técnica arquitectural es, por ejemplo, el empleo de clavijas en forma de puntas de piedra o de arcilla de varios colores que se insertaban una junto a otra en la argamasa como una especie de mosaico, formando muros enteros (cf. Andrae, *Die Urformen,* ilustr. 91, 95, 96); también se embutían en los muros de adobe clavijas de arcilla

con la extremidad en forma de abollón, pintada a menudo con figuras de roseta (Andrae, *op. cit.*, ilustr. 81, 82, 84, 86). Más tarde, evidentemente como buscada continuación de esta costumbre, se pintaban líneas de rosetas sobre los muros de ladrillo (Andrae, *op. cit.*, ilustr. 85, 87, 94). Otro elemento que sólo aparece en Mesopotamia son los ladrillos esmaltados de colores, con los cuales se cubre de relieves toda la superficie del muro de ladrillo (cf. AOB^2 37, 373, 376; ANEP 761, 762, así como la reconstrucción de la Puerta de Istar en el Museo de Berlín [AOB^2 372; ANEP 760]) y la producción de placas de ladrillo esmaltadas y vidriadas en diversos colores (Andrae, *Assur,* lám. 1). El elemento arquitectónico de la columna libre no aparece en la genuina arquitectura de Mesopotamia, cuya técnica más normal era el empleo de adobe.

Buena parte de los materiales encontrados en Mesopotamia son lastras de piedra con relieves (de alabastro, de yeso o de caliza) que servían para cubrir las paredes de ladrillo especialmente en los palacios reales del curso medio del Tigris, representando acontecimientos guerreros, escenas de caza y detalles de la vida de cada día (AOB^2 132, 133, 137, 138, 148, 149; ANEP 372-375). También son numerosos los hallazgos de estelas de piedra redondeadas, con la extremidad superior semicircular, que representan sobre todo a soberanos (AOB^2 135, 144; ANEP 442, 443, 447).

Muy frecuentes y propias de la cultura de la antigua Mesopotamia son las figuras de seres monstruosos, demonios o genios, que aparecen en estatuas de bulto redondo o en relieve. Por lo general se trata de combinaciones de leones o toros (tronco y extremidades), águilas (alas) y hombres (rostro); también aparece entre sus elementos la serpiente (cabeza y cola; cf. AOB^2 370, 378, 381; ANEP 646, 647); servían de guardianes de las puertas y se colocaban frente a las fachadas de las puertas o a sus lados. Estos seres monstruosos también aparecen en diversas escenas en relieve (AOB^2 379, 380, 382).

Entre las representaciones humanas son características las figuras vestidas con faldas de gruesos flecos, que representan probablemente vestidos de pieles de oveja (ANEP 18-24). Sin embargo, esta vestimenta es característica sólo de un determinado tiempo antiguo. Las representaciones de divinidades aparecen frecuentemente con tiaras con cuernos de toro, dispuestos éstos en uno o más pares (AOB^2 318, 322; ANEP 514, 515, 529).

3. *Asia Menor, Siria septentrional y Mesopotamia septentrional*

Las primitivas culturas del Asia Menor oriental, del norte de Siria y de la Mesopotamia septentrional tienen en común determinadas características. Si ya la cultura mesopotámica era una cultura heterogénea, éstas lo son aún en mayor grado (cf. A. Moortgat, *Die bildende Kunst des Alten Orients und die Bergvölker* [1933]). Los principales rasgos que tienen en común también aparecen en la región cultural del Tigris medio; de

este modo aparecen enlazadas con las tradiciones culturales de Mesopotamia.

En esta región existen numerosas ciudades fortificadas y castillos con muros construidos sobre pesados cimientos de piedras irregulares; sus puertas están flanqueadas por grandes y bien labrados monolitos (confróntese E. Meyer, *Reich und Kultur der Chetiter* [1914] figs. 5-7; M. von Oppenheim, *Der Tell Halaf* [1931] 73). Hemos de notar el revestimiento de la parte baja de las paredes de los palacios con ortostatos bajos, lastras de piedra en relieve en posición erguida; cf. Meyer, *op. cit.*, figs. 62, 63, y espec. Von Oppenheim, *op. cit.*, láms. 10, 16ss; ANEP 654, 655. Las representaciones humanas y divinas se caracterizan por el alto gorro cónico y los zapatos *ganchudos* (AOB² 340, 342; Meyer, figs. 1, 57, 60, 76; ANEP 532). Los animales representados muestran un tipo característico de movimiento torpe (Meyer, láms. VII, VIII; Von Oppenheim, láminas 18ss). En la representación de leones aparece un rasgo monstruoso-demoníaco en sus fauces rígidamente abiertas (AOB² 399ss). Se encuentra también toda clase de seres monstruosos, a menudo muy grotescos, con dos rostros (de hombre y de animal; Meyer, fig. 78; ANEP 644) o el «hombre-escorpión-pájaro» (Von Oppenheim, lám. 42 [arriba]). Pero lo más característico es el empleo de las estatuas de animales (especialmente leones) y de columnas modeladas como estatuas de divinidades (Von Oppenheim, frontispicio, lám. 12a); es normal encontrar pedestales formados por un par de leones o de seres monstruosos (AOB² 345, 390; ANEP 648). Los leones monstruosos aparecen a menudo en los lados de las puertas como guardianes de éstas. Entre las representaciones simbólicas aparece a menudo el «sol alado» (AOB² 338, 342; Von Oppenheim, láms. 8b, 37a, etc.; ANEP 534).

4. *Arabia meridional*

Los restos de la cultura de la Arabia meridional han sido muy poco explorados hasta el momento. Al parecer, difícilmente son anteriores al siglo I a. C. Los monumentos más característicos hasta ahora encontrados, como templos con típicas columnas octogonales, estelas, piedras con inscripciones (cf. Rathjens-Von Wissmann, *Rathjens-Von Wissmannsche Südarabienreise,* II: *Vorislamische Altertümer* [1932]; G. C. Thompson, *The Tombs and Moon Temple of Hureidha [Hadhramaut]* [1944]; R. L. Bowen y F. P. Albright, *Archaeological Discoveries in South Arabia* [1958]) datan sólo de los últimos siglos antes de Cristo (cf. Albright, BASOR 119 [1950] 5ss). Sobre el estado actual de la investigación en este campo, cf. G. W. van Beek, *South Arabian History and Archaeology (The Bible and the Ancient Near East. Essays in Honor of William Foxwell Albright* [1961] 229-248).

5. *Siria*

Aparte el norte de Siria (cf. *supra,* pp. 208s), el legado cultural de la Antigüedad en Siria es semejante al de Palestina (cf. *supra,* pp. 135ss). En las colinas de ruinas *(tulūl)* de las ciudades del país se esconden los monumentos de aquellos tiempos; en grados diferentes muestran los fuertes lazos que unían a Siria (y Palestina) con las culturas vecinas, cuyos elementos característicos aparecen integrados de modo propio en la cultura de Siria. Las más activas relaciones con el extranjero, en especial con los países mediterráneos, las tenían las ciudades costeras de Siria. Así, la ciudad de Biblos (hoy *ǧbēl),* en la costa libanesa, mantuvo antiguas y muy estrechas relaciones con Egipto (sobre las excavaciones de Biblos, confróntese P. Montet, *Byblos et l'Égypte* [1929]; M. Dunand, *Fouilles de Byblos,* I: *1926-1932* [atlas 1937; texto 1939], II: *1933-1939* [atlas 1950; texto 1954] *. La antigua Ugarit (la actual colina de ruinas de *rās eš-šamra),* en la costa septentrional de Siria, exactamente frente a la punta oriental de Chipre, según los resultados de las excavaciones allí llevadas a cabo de 1929 a 1939 y continuadas después de la Segunda Guerra Mundial, estaba en estrechas relaciones con Chipre y con el mundo creto-micénico (cf. Cl. F.-A. Schaeffer, «Syria» 10 [1929]ss y «Ugaritica» I [1939], II [1949], III [1956] y el resumen previo de J. Friedrich, *Ras Schamra:* «Der Alte Orient» 33 [1933] 1/2) **.

Podemos afirmar que Siria y Palestina no han producido tan grandes, famosos y conocidos monumentos en el período del Oriente Antiguo como los que caracterizan a las regiones presentadas en los apartados 1-3.

XXVII. Estudio de las culturas

El trabajo arqueológico detallado sobre el legado de las culturas antiguas debe empezar por ordenar cronológicamente los monumentos y los rasgos característicos; de la observación de los cambios y del desarrollo resultan los rasgos básicos de la historia cultural de las regiones individuales, así como la historia de sus recíprocas relaciones. A veces aparecen al principio restos de culturas prehistóricas que provienen de épocas sobre las que no se tienen noticias históricas o se tienen muy pocas; siguen

* Hay que añadir a la serie *Fouilles de Byblos* el tomo IV (1968), dedicado a los niveles neolíticos, escrito por J. Cauvin (N. del E.).

** Desde la fecha en que el autor escribió esto han salido ya los tomos «Ugaritica» IV (1962), V (1968) y VI (1970). Sobre las últimas excavaciones en Ras Shamra, véanse H. de Contenson, *Sondage ouverte en 1962 sur l'acropole de Ras Shamra. Rapport préliminaire sur les résultats obtenus de 1962 à 1968:* «Syria» 47 (1970) 1-23; H. de Contenson, E. Lagarce y R. Stucky, *Rapport préliminaire sur la XXXIIe Campagne de fouilles (1971) à Ras Shamra:* «Syria» 49 (1972) 1-25; C. F. A. Schaeffer, *Recherches archéologiques nouvelles à Ras Shamra-Ugarit:* «Syria» 47 (1970) 209-213 (N. del E.).

luego los monumentos de las épocas que nos son conocidas por la tradición histórica.

En *Egipto* se han descubierto, en su sucesión cronológica, culturas prehistóricas («predinásticas»; sobre la serie de «dinastías», cf. *infra,* página 258) de la Edad de Piedra y del período Calcolítico (A. Scharff, *Grundzüge der Ägyptischen Vorgeschichte:* «Morgenland» 12 [1927]); estas culturas desembocan hacia los comienzos del III milenio en la cultura «protodinástica», a la cual sigue el desarrollo cultural del período histórico en sentido propio. Las manifestaciones y cambios de esta rica cultura en la época histórica están estudiadas especialmente en A. Erman, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* (1887), obra revisada por H. Ranke en 1923; asimismo, H. Kees, *Ägypten (Kulturgeschichte des Alten Orients [= Handbuch der Altertumswissenschaft,* Abt. 3, Teil 1, Bd. 3] I [1933]). Una visión panorámica de los resultados del trabajo arqueológico nos la ofrece A. Scharff, *Ägypten,* en *Handbuch der Archäologie im Rahmen des Handbuchs der Altertumswissenschaft,* ed. por W. Otto, I (1939) 433-642, con las láminas correspondientes en el volumen a ellas dedicado. En el *Handbuch der Orientalistik,* ed. por B. Spuler, se ha dedicado el tomo I a egiptología. Aparecieron la parte I: *Ägyptische Schrift und Sprache* (1959); parte II: *Literatur* (1970), y parte III: *Geschichte des alten Ägypten* (1968).

Las culturas prehistóricas de *Mesopotamia* se designan con los nombres modernos de los asentamientos excavados donde brotó a la luz por vez primera y de modo claro una cultura determinada. Estas culturas se distinguen entre sí por el tipo y la decoración de su cerámica y pueden ordenarse según determinados períodos cronológicos. Así se habla de la «cultura de Tell Halaf», caracterizada por un tipo especial de cerámica monocroma antigua y también por una cerámica policroma característica. El nombre le viene a esta cultura de uno de los estratos inferiores del *tell ḥalaf,* situado en las fuentes del *ḫābūr,* en el norte de Mesopotamia, que fue excavado de 1911 a 1929 —con interrupciones— por M. von Oppenheim; cf. M. von Oppenheim, *Tell Halaf,* I: *Die prähistorischen Funde bearbeitet von Hubert Schmidt* (1943); esta cultura pertenece probablemente a mediados del V milenio y se extendía sobre todo por el norte del país (cf. Christian, en *Altertumskunde des Zweistromlandes,* láminas 27ss: presenta ilustraciones de la cerámica de Tell Halaf). Sigue en el tiempo la «cultura de El-Obed», que recibe el nombre de la pequeña colina de ruinas *tell el-ʿobēd,* a unos 6 km al noroeste de la antigua ciudad de Ur, situada a la derecha del Éufrates, ya casi en su desembocadura; la excavación de Ur, comenzada en 1923 bajo la dirección de Hall y Woolley, llevó su afán al pequeño y original asentamiento prehistórico de *tell el-ʿobēd;* puede verse la cerámica de esta cultura, que se extiende predominantemente por el sur del país, en Christian, *op. cit.,* láminas 47ss. Posterior cronológicamente, puesto que pertenece a los últimos siglos del IV milenio, es la «cultura de Uruk», así llamada por las excavaciones alemanas sobre la antigua Uruk (hoy *warka),* comenzadas en 1913, interrumpidas durante las dos guerras mundiales y luego con-

tinuadas. Uruk está a poca distancia de Ur, río arriba, en la margen izquierda del actual curso del Éufrates; las manifestaciones de esta cultura aparecieron en los estratos arcaicos de Uruk VI-IV. La cerámica puede verse en Christian, *op. cit.*, láms. 55ss. Finalmente, la «cultura Yemdet Nasr», que debe su nombre a la pequeña ruina *ğemdet naṣr,* situada a unos 70 kilómetros al sur de Bagdad y excavada en 1925-1926 bajo la dirección de Langdon. La cerámica en Christian, láms. 79ss. La «cultura de Yemdet Nasr» pertenece a los dos primeros siglos del III milenio. La siguen en este milenio las culturas protohistóricas del período protosumerio y acádico antiguo y, por fin, el período neosumerio, que alcanzó su máximo esplendor durante la soberanía de la III Dinastía de Ur, en el siglo XXI y primera mitad del siglo XX a. C. (cf. *infra,* p. 261). Para el desarrollo cultural durante el período histórico, cf. B. Meissner, *Babylonien und Assyrien* I/II (= Kulturgeschichtliche Bibliothek I, 3, 4; 1920-25). Un compendio de los resultados arqueológicos lo ofrece E. W. Andrae, *Vorderasien ohne Phönikien, Palästina und Kypros,* en *Handb. d. Arch.* I (1939) 643-796, con las láminas correspondientes.

De fecha más reciente es el estudio de la cultura prehistórica y antigua de Asia Menor (cf. K. Bittel, *Grundzüge der Vor- und Frühgeschichte Kleinasiens* [^{2}1950]). Sobre las manifestaciones culturales especialmente del período histórico, cf. A. Goetze, *Kleinasien,* en *Kulturgeschichte des Alten Orients* (= *Handbuch der Altertumswissenschaft,* Abt. 3, Teil 1, Bd. 3) III, 1 (^{2}1957).

La arqueología de *Siria-Palestina* aparece estudiada en C. Watzinger, *Phönikien und Palästina-Kypros,* en *Handb. d. Arch.* I (1939) 797-848, con láminas.

Capítulo III

SISTEMAS DE ESCRITURA Y MONUMENTOS EPIGRAFICOS

XXVIII. Escrituras ideográficas y silábicas

Para obtener una imagen auténtica y completa del desenvolvimiento de la historia o del desarrollo cultural tenemos que recurrir a los antiguos documentos escritos. Los restos materiales de la vida en la Antigüedad en las regiones orientales antiguas, aun siendo numerosos y variados, no valen para reconstruir la historia; no son los restos materiales, sino únicamente el habla humana lo que puede describir los acontecimientos históricos, cuyo contenido fundamental es el pensamiento humano, la voluntad y la acción del hombre. No podríamos presentar ni siquiera a grandes rasgos la historia de estos países ni explicar con alguna probabilidad de éxito el legado de sus culturas si sólo dispusiéramos de las escasas y tardías referencias que han transmitido los historiadores griegos sobre los países del Oriente Antiguo. Pero aquellas antiguas culturas, desde tiempos muy primitivos, conocieron el arte de fijar por escrito sus pensamientos y escribieron mucho. Conservamos una cantidad enorme de documentos escritos del Oriente Antiguo que han salido a luz en las excavaciones; habiendo conseguido leer los textos antiguos y entender los pensamientos en ellos expresados, disponemos de una gran cantidad de fuentes originales para la antigua historia del Oriente (para el conjunto de este capítulo, cf. H. Jensen, *Die Schrift in Vergangenheit und Gegenwart* [^{2}1958]; J. G. Février, *Histoire de l'Écriture* [^{2}1959]).

Los más antiguos sistemas de escritura, que aparecieron probablemente con independencia unos de otros, deben su origen a la posibilidad de representar un objeto concreto pictóricamente, en detalle o en sus rasgos esenciales, mediante una técnica determinada; de este modo, a través de la imagen, pudo «escribirse» la palabra mediante la cual se designaba el objeto correspondiente. Esto implica que lo primero que se «escribió» no fueron los sonidos, sino las palabras. Pero una vez que una determinada combinación silábica quedó asociada a una imagen dada pudo «escribirse» con la misma imagen la misma sílaba que aparecía en una

palabra diferente o en una parte de la palabra. Con esto se había dado un paso decisivo.

A partir de este momento existía la posibilidad de expresar una sílaba determinada con un signo concreto en cualquier parte del discurso donde apareciera. Este avance supuso la transición de una escritura puramente pictográfica o ideográfica a una mezcla de escritura pictográfica y de escritura fonética. Puesto que existe gran cantidad de objetos que podían «escribirse» en imágenes y también muchas sílabas en cada lengua, estas escrituras antiguas precisaban de muchos cientos de signos distintos. A esta imperfección se añadía otra: tal escritura era a menudo equívoca. Una imagen podía interpretarse de diversos modos; por ejemplo, la imagen del ojo podía indicar «ojo», «ver» o «testigo»; con ello un mismo signo tenía varios valores silábicos y también al contrario: muchas sílabas podían ser escritas con signos diferentes debido a que su sonido coincidía total o casi completamente con diversas palabras-imágenes. Como consecuencia o remedio, poco a poco fueron introduciéndose en el texto numerosas ayudas de la lectura; además, en el decurso de su desarrollo, a pesar de las diversas posibilidades de inscripción de una palabra, se adoptaron diversos modos convencionales para escribir determinadas palabras. De la dificultad que comportaba este sistema de escritura se infiere que el leer y escribir era un arte que sólo poseían unos pocos «escribas» y que la profesión de letrado o escriba constituía una casta privilegiada, puesto que incluso los reyes y los grandes dependían de la habilidad y probidad de los letrados para la confección y lectura de los documentos oficiales.

A este difícil sistema de escritura pertenecen en el Oriente Antiguo la escritura jeroglífica de Egipto; la cuneiforme, que se desarrolló en Mesopotamia, y la llamada «escritura jeroglífica hitita».

1. *Escritura jeroglífica de Egipto*

Véase la sencilla exposición de A. Erman, *Die Hieroglyphen* (Sammlung Göschen 608; 1917). El desciframiento de los jeroglíficos egipcios se debe al inglés Th. Young y, sobre todo, al francés J. Fr. Champollion (cf. Erman, *op. cit,* 7ss). La escritura jeroglífica egipcia conservó hasta el período más reciente su forma pictográfica primitiva (cf. ilustr. 7 A). Los jeroglíficos presentan simplemente el esqueleto consonántico de las palabras y, en su evolución hacia la escritura fonética, fijan únicamente las consonantes. Las palabras escritas con este sistema, debido a la ausencia de vocales, no pueden pronunciarse con sus sonidos originales (generalmente se introduce la vocal neutra [e] para hacer posible la lectura). La dirección de esta escritura no era fija; podía escribirse en líneas verticales de arriba abajo o en líneas horizontales de derecha a izquierda o viceversa. Dado el marcado carácter ornamental de los jeroglíficos y el uso de inscripciones en columnas, en los muros de los templos y en las cámaras sepulcrales, que perseguía fines secundarios de decoración, no es de extrañar que la dirección de la escritura se viera determinada deci-

sivamente por motivos estéticos; por ejemplo, los signos de la escritura se disponían simétricamente con sus partes estructuralmente simétricas, es decir, con las direcciones de la escritura oponiéndose entre sí.

Junto a las formas lapidarias de la escritura jeroglífica, que siguió en uso hasta el período romano, se empleaba ya de antiguo una escritura libraria, originada como simplificación de la lapidaria, llamada escritura hierática, que se escribía con tinta sobre papiro; en el uso común fue desarrollando una forma cursiva que ya no tenía carácter pictográfico. En el último período la escritura hierática se fue convirtiendo en demótica. Tanto los jeroglíficos como la escritura hierático-demótica fueron utilizados únicamente para escribir los diversos estadios del idioma egipcio. Para los nombres extranjeros que aparecen en el texto y para las palabras de otras lenguas asimiladas o empleadas en el idioma egipcio se utilizaba una ortografía especial que podría entenderse como un esfuerzo de vocalización, llamada escritura silábica (cf. M. Burchardt, *Die altkanaanäischen Fremdworte und Eigennamen im Ägyptischen* [1909-1910]; W. F. Albright, *The Vocalization of the Egyptian Syllabic Orthography* [1934]).

Los monumentos epigráficos son, en primer lugar, las innumerables inscripciones jeroglíficas cinceladas en las superficies lisas de las columnas y en los sillares de piedra de los muros de los monumentales edificios del país o colocadas en relieve plano en las múltiples cámaras interiores, especialmente en las cámaras sepulcrales, sobre el revestimiento de estuco o sencillamente pintadas (normalmente al principio las inscripciones jeroglíficas se hacían en color). También existe gran cantidad de rollos de papiro, con textos en escritura hierática o demótica, que nos han sido conservados a través de los milenios gracias al seco clima de Egipto, especialmente en las tumbas. Los egipcios confeccionaban este valioso material para escribir con las plantas de papiro, que crecían principalmente en las marismas del Delta; cortaban sus tallos en tiras en sentido longitudinal, pegaban después estas tiras transversalmente o en cruz, formando hojas que luego, pegadas una contra otra, se convertían en largos «libros» que podían enrollarse unos con otros. Finalmente, los cascotes de arcilla representaban el más barato material de inscripción para las necesidades de la vida de cada día.

Clasificados estos monumentos epigráficos según el contenido, hallamos infinidad de categorías (puede encontrarse lo más importante en AOT², pp. 1-107, traducido al alemán por H. Ranke; igualmente en ANET, *passim,* en la traducción inglesa de J. A. Wilson). Una parte muy importante de los textos la constituyen las inscripciones funerarias, ya sean los antiguos textos de las pirámides, las inscripciones en las paredes de las cámaras sepulcrales y de los sarcófagos o los rollos de papiro que se colocaban en el ataúd del difunto (el material que aparece en el llamado *Libro de los Muertos).* Se trata de textos funerarios propiamente dichos, es decir, varias informaciones sobre el más allá, fórmulas de encantamiento, que se consideraban importantes para iluminar el camino al otro mundo, y otros elementos similares, o textos mitológicos de con-

tenido más general y anotaciones explicativas de muchas representaciones mitológicas; también himnos a los dioses, etc.

Los egipcios poseían además una literatura en sentido estricto; la conocemos por los numerosos hallazgos de papiros. Constaba de himnos de diversos tipos; relatos de esparcimiento, instructivos o de edificación; una literatura sapiencial, cultivada y ampliada desde la Antigüedad, que transmitía las normas probadas que regían la vida (cf. R. Anthes, *Lebensregeln und Lebensweisheit der alten Ägypter:* «Der Alte Orient» 32 [1933] 2; P. Humbert, *Recherches sur les sources égyptiennes de la littérature sapientiale d'Israël* [1929]); también listas de los fenómenos del mundo conocido por los egipcios, ordenadas por temas (cf. A. H. Gardiner, *Ancient Egyptian Onomastica* I [texto] II [láminas; 1947]); finalmente, toda suerte de profecías, que siguen el esquema del cambio de tiempos de adversidad a tiempos de prosperidad (sobre el conjunto, véanse las traducciones de textos por A. Erman, *Die Literatur der Ägypter* [1923] y la descripción de M. Pieper, *Die ägyptische Literatur,* en *Handbuch der Literaturwissenschaft* [1927]). La parte II del tomo I del *Handbuch der Orientalistik* está dedicada a la literatura egipcia (Leiden 1970).

Entre los escritos que se refieren a la vida práctica hay documentos judiciales, cuentas, listas, etc.

Los textos históricos son también numerosos. Junto a los relatos sobre la vida de altos funcionarios y oficiales del reino, en cuyos monumentos funerarios encontramos en primer lugar extractos de los anales de los faraones, en las construcciones monumentales, especialmente templos, existen representaciones figuradas de sus hazañas guerreras con inscripciones explicativas (reunidas y traducidas al inglés por J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt* I-V [1906-7]; cf. también la reproducción autográfica de muchos de estos textos en la obra comenzada en 1903 por G. Steindorf, K. Sethe y H. Schäfer, que sigue aún publicándose, *Urkunden des ägyptischen Altertums).* De modo característico, los faraones del Imperio Nuevo, a partir de Tutmosis III, han contado repetidas veces sus conquistas en países extranjeros a la posteridad; se hicieron representar golpeando con la maza escuadrones de enemigos cautivos mientras, al mismo tiempo, dos divinidades les presentan enemigos con una larga soga al cuello; estos enemigos están representados sólo con cabeza y tronco, alineados en diversas filas una encima de otra; en cada uno de sus cuerpos se halla inscrito en jeroglíficos el nombre de una ciudad conquistada o una localidad ocupada por el faraón en países extranjeros. De este modo tenemos toda una serie de listas, generalmente extensas, de localidades de Palestina y Siria que fueron conquistadas por los faraones egipcios; estas listas constituyen importantes fuentes de información de primera mano sobre los asentamientos antiguos de Siria y Palestina (cf. M. Noth, *Die Wege der Pharaonenheere in Palästina und Syrien:* ZDPV 60 [1937] 183-239; 61 [1938] 26-65, 277-304; 64 [1941] 39-74; y sobre la técnica y modo de representación, ZDPV 60 [1937] lám. 1).

2. *Escritura cuneiforme*

Véase la sencilla exposición de B. Meissner, *Die Keilschrift* (Sammlung Göschen 708; [2]1922). Los primeros pasos en el desciframiento de la escritura cuneiforme fueron dados por el alemán G. F. Grotefend en 1802 con ayuda de los textos cuneiformes del persa antiguo (cf. Meissner, *op. cit.,* 7ss). Este sistema de escritura debe su nombre al hecho de que cada signo individual del texto consta de uno o más trazos en forma de cuña, es decir, una cabeza amplia y un trazo cada vez más afinado hasta terminar en punta (cf. ilustr. 7 B); su origen ha de buscarse en el empleo normal, después de las sencillas grabaciones primitivas en piedra o arcilla, de las tabletas de arcilla como material de inscripción para el cuneiforme ya completamente desarrollado. Los signos de la escritura se imprimían en un trozo de arcilla todavía blanda con la punta de una varilla o buril; la punta del buril producía naturalmente una impresión más honda y por ello una cabeza más ancha de la cuña. Esta forma cuneiforme de los signos, que nació en las tabletas de arcilla, pasó posteriormente a las numerosas inscripciones en piedra y a las inscripciones ocasionales sobre placas o láminas de metal. Sobre la técnica de la escritura cuneiforme y la evolución de las formas de los signos desde los comienzos más remotos informa detalladamente G. R. Driver, *Semitic Writing from Pictograph to Alphabet* (The Schweich Lectures 1944 [1948; [2]1954] 1ss). Los más antiguos testimonios de la escritura cuneiforme hasta ahora encontrados, que proceden de la «cultura de Uruk» (cf. *supra,* pp. 211s), todavía conservan huellas del carácter pictográfico originario de los signos cuneiformes (cf. ANEP 241); pero muy pronto prevaleció la tendencia a grabar las imágenes con trazos rectos (además, las cuñas impresas con el buril sólo podían trazar líneas rectas). En consecuencia, las imágenes originarias son difícilmente reconocibles en los signos cuneiformes que resultaron, los cuales a menudo forman un sistema de cuñas muy complicado. Por otra parte, la escritura cuneiforme experimentó en la historia una fuerte tendencia hacia la simplificación de las cuñas. La dirección de la escritura es de izquierda a derecha. Al contrario de los jeroglíficos, los signos cuneiformes presentan las consonantes y vocales de la palabra correspondiente. Así, pues, los signos cuneiformes con su uso fonético reproducen el sonido completo de la sílaba, incluida la vocal. Por ello, a diferencia del jeroglífico, las palabras escritas en cuneiforme pueden leerse. Esta escritura se mantuvo en uso hasta los últimos siglos anteriores a la era cristiana.

La escritura cuneiforme se extendió muchísimo más que la jeroglífica. En el decurso de la historia se han escrito con ella las más variadas lenguas (cf. *infra,* XXX, XXXI). Sirvió ante todo para las diversas lenguas habladas en Mesopotamia. De aquí pasó a emplearse en Asia Menor. Aún más allá, antes de la invención del sistema alfabético de escritura (cf. XXIX), se conocía el cuneiforme en Siria y Palestina, como lo prueban, por ejemplo, los hallazgos de tablillas cuneiformes en las excavaciones del *tell ta'annek* (cf. *supra,* p. 151) y del *tell balāṭa,* que corresponden

a los comienzos del Bronce Reciente (las tablillas de Siquem fueron publicadas por Böhl en ZDPV 49 [1926] 321ss, lám. 44-46). Incluso en Egipto se conoció y empleó el cuneiforme en determinados períodos para las necesarias relaciones literarias con los países del Asia anterior. Una prueba de ello la tenemos en el famoso descubrimiento de las tablillas escritas en cuneiforme en el *tell el-ʿamārna,* en el Alto Egipto, aproximadamente a medio camino entre El Cairo y Luxor, las ruinas del palacio del faraón Ejn-Atón (cf. *infra,* p. 297), en la primera mitad del siglo XIV antes de Cristo.

Las tablillas de el-Amarna (sobre la historia de su hallazgo, cf. la introducción a la mejor edición actual [transcripción y traducción alemana] de J. A. Knudtzon, *Die El-Amarna-Tafeln* [Vorderasiatische Bibliothek, 2 vols; 1915]) son parte de la correspondencia que mantenían los reyes del Asia sudoccidental y los reyezuelos de las ciudades de Siria y Palestina con el faraón egipcio; incluso los mensajes que se enviaban desde Egipto a los mismos destinatarios, cuya copia en algunos casos se ha encontrado en el *tell el-ʿamārna,* estaban escritos en cuneiforme. Por tanto, el cuneiforme se empleó en las relaciones internacionales al menos durante ciertos períodos; de ahí que incluso en Egipto, pese a su escritura jeroglífica, hubo de haber letrados que dominaran esta escritura internacional. Finalmente, el uso del cuneiforme se extendió también por el antiguo Irán.

Los documentos epigráficos cuneiformes que conservamos son ante todo tablillas de arcilla de muy diferentes tamaños (cf., a modo de ejemplo, las ilustraciones de ANEP 238, 239, 245, 248, etc.; G. R. Driver, *op. cit.,* lám. 1-7, 12-17); después de su inscripción se cocían al fuego para asegurar su duración. Para los documentos de erección de edificios, que se depositaban en los cimientos, se empleaban con frecuencia hermosos prismas de arcilla hexagonales u octogonales, escritos por ambos lados (cf. W. Andrae, *Das wiedererstandene Assur* [1938] lám. 15; ANEP 247). Para fines monumentales se empleaba la escritura cuneiforme sobre piedra. Se conservan placas de piedra con inscripciones cuneiformes (confróntese Andrae, *op. cit.,* lám. 16, 40 b); en las estelas de piedra (cf. *supra,* p. 208) se ponían debajo de las figuras inscripciones cuneiformes (cf. AOB² 121-124); las placas en relieve recibían frecuentemente sobre las figuras unas líneas de escritura cuneiforme (cf. AOB² 117, 144; ANEP 441). También se encuentra el cuneiforme sobre metal. Para los documentos de erección de edificios se empleaban pequeñas láminas de metales preciosos con los signos cuneiformes impresos (cf. Andrae, *op. cit.,* lám. 46, 53 a-b, y E. Michel, WO I, 4 [1949] lám. 13). Tanto las estatuas o relieves de bronce como los sellos cilíndricos de diverso material se dotaban de algunas líneas en escritura cuneiforme (cf. AOB² 126, 127; ANEP 356ss).

Los documentos cuneiformes presentan una gran variedad de temas (lo más importante se encuentra en AOT² pp. 108-439, traducido al alemán por E. Ebeling, y en ANET, versión inglesa de W. F. Albright, A. Goetze, S. N. Kramer, Th. J. Meek, A. L. Oppenheim, F. H. Pfeif-

fer, A. Sachs, E. A. Speiser, F. J. Stephens). Los textos de contenido religioso son muy numerosos; conservamos mitos y epopeyas, himnos a los dioses y lamentaciones, rituales muy variados con indicaciones sobre el modo de realizar diversas acciones cúlticas; a éstas hay que añadir una extensa literatura de presagios con colecciones de textos de encantamiento o conjuro para todos los posibles casos de enfermedad o adversidad. También existía una literatura científica: en primer lugar, textos para instrucción de los letrados, es decir, listas para ayudar a aprender la difícil escritura cuneiforme y listas enumerativas de conceptos y cosas, además de textos astrológico-astronómicos y matemáticos (cf. W. von Soden, *Leistung und Grenze sumerischer und babylonischer Wissenschaft,* en *Die Welt als Geschichte* 2 [1936] 411-464, 509-557). Buena parte de estos textos los conocemos por el hallazgo de la grande y bien ordenada biblioteca que había fundado en su palacio de Nínive (hoy

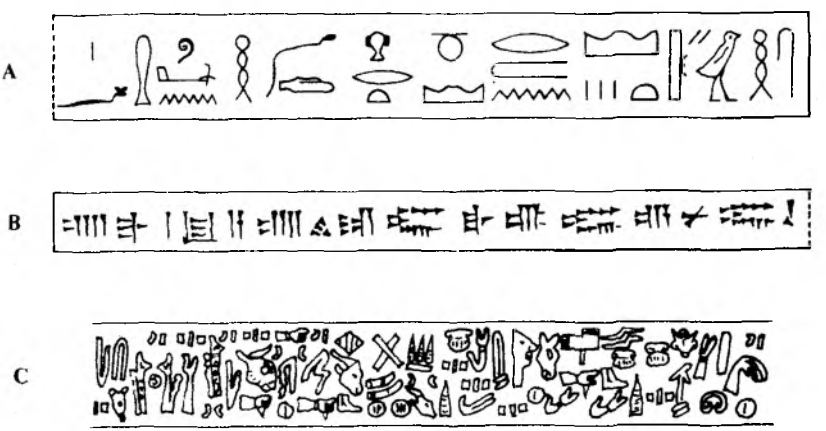


Ilustración 7

A = *Jeroglíficos egipcios (léase de derecha a izquierda). Comienzo del título de una copia de la «Lista Palestinense» de Tutmosis III, según A. Mariette,* Karnak *(1875) lám. 17.*
Transcripción: šhwy ḫ3š.wt rtn ḥr.t ddḥ.n ḥm.f ...
Traducción: «Lista de países extranjeros de la Retenu *superior, que conquistó Su Majestad...».*

B = *Texto cuneiforme asirio (léase de izquierda a derecha). Comienzo de una inscripción sobre una placa de piedra de Teglat-Falasar III, según A. Rost,* Die Keilschrifttexte Tiglat-Pilesers III *(1893) II, p. 19, lám. XXXII.*
Transcripción: é-kal I Tukulti-apil-é-šár-ra šarru rabū[u] šarru dan-nu šar kiššati.
Traducción: «Palacio de Teglat-Falasar, el gran rey, el rey poderoso, el rey de la totalidad (del país)...».

C = *Jeroglíficos «hititas» (léase de derecha a izquierda). Fragmento de una inscripción hallada en Karkemiš del Éufrates, según Woolley-Lawrence,* Carchemish **II** *(1921) lám. A. 12 a b*.*

kuyunǧik, frente a *mōṣul),* a mediados del siglo VII a. C., el rey asirio Asurbanipal. Los tesoros de esta biblioteca fueron llevados en su mayor parte a Londres y publicados en las grandes series de *Cuneiform Texts from Babylonian Tablets in the British Museum* (sigla: CT).

El número de textos legales descubiertos es muy extenso. Algunos son códigos de leyes, pero la mayor parte son documentos jurídicos, como contratos y procesos judiciales. Muy numerosos son también los documentos comerciales, relaciones de ingresos y gastos, etc.

Los numerosos y variados anales reales publicados en inscripciones triunfales o depositados en los documentos de erección de edificios nos ofrecen abundante información histórica. También ha aparecido una extensa literatura epistolar cuneiforme; se trata por lo general de la correspondencia oficial de los reyes con sus funcionarios o de las relaciones epistolares de los soberanos del Oriente Antiguo. De gran importancia para la historia son también los textos cuneiformes de contenido cronológico, como las listas de los epónimos anuales, las crónicas, etc. Merece mención especial un reciente hallazgo de textos, importante por su amplitud y contenido. Durante las excavaciones francesas comenzadas en 1938 y continuadas bajo la dirección de A. Parrot en el *tell ḥarīri,* junto a *abuʿl-kemāl,* en el Éufrates medio, a unos 70 km al sur de la confluencia del *ḫābūr,* se descubrió un archivo de más de 20000 tablillas cuneiformes en un palacio real del siglo XVIII a. C. Se comprobó que el *tell ḥarīri* correspondía a la colina de ruinas de la antigua ciudad de Mari. Los «textos de Mari» contienen la correspondencia de los soberanos de Mari y de sus funcionarios, documentos jurídicos y textos comerciales y ofrecen una variada y desacostumbrada visión de la historia y de la vida de aquel tiempo, puesto que los soberanos de Mari mantenían una sorprendente y muy extensa correspondencia con otros soberanos de Mesopotamia y de Siria. Los textos de Mari se están publicando en autógrafos en la serie periódica *Musée du Louvre. Département des Antiquités Orientales. Textes cunéiformes* y bajo el título separado de *Archives Royales de Mari* (sigla: ARM); hasta el momento han aparecido los volúmenes I (1946, por G. Dossin), II (1941, por Ch.-P. Jean), III (1948, por J. R. Kupper), IV (1951, por G. Dossin), V (1951, por G. Dossin), VI (1953, por J. R. Kupper), VII (1956, por J. Bottéro), VIII (1957, por G. Boyer), IX (1960, por M. Birot). Paralelo a cada uno de los volúmenes, bajo el mismo número de la serie y bajo el mismo epígrafe de ARM, aparece un volumen del mismo autor que incluye la transcripción y la traducción francesa [ARMT: I (1950), II (1950), III (1950), IV (1951), V (1952), VI (1954), VII (1957), VIII (1958), IX (1960)] [2] *.

[2] En la última serie es importante el vol. XV, por J. Bottéro y A. Finet, *Répertoire analytique des tomes I à V* (1954). Presenta numerosos índices analíticos de los primeros cinco volúmenes de los textos de Mari, clasificados de modos muy diversos.

* Ha aparecido ya hasta el tomo XV de la serie. Para las excavaciones, véase A. Parrot, *Les Fouilles de Mari:* «Syria», desde 1940. En 1972 tuvo lugar la XX campaña de excavaciones en la ciudad (N. del E.).

También merece mención el hallazgo de textos acaecido durante las excavaciones inglesas entre 1937 y 1945 en el *tell el-ʿaṭšāne,* en la parte meridional de la llanura *el-ʿamq,* a unos 25 km al este-nordeste de *anṭākiye,* asentamiento de la antigua ciudad de Alalaj. Los textos de Alalaj, que fuera de unos pocos que tocan temas históricos y religiosos son sobre todo documentos legales, comerciales y administrativos, datan en parte del siglo xv a. C.; fueron publicados por D. J. Wiseman, *The Alalakh Tablets* (Occasional Publications of the British Institute of Archaeology at Ankara 2; 1953), con un suplemento: *Supplementary Copies of Alalakh Tablets:* JCST 8 (1954) 1-30; cf. también JCST 13 (1959) 19-33, 50-62.

Sobre la literatura cuneiforme de Mesopotamia, véase la compendiosa exposición de B. Meissner *Die babylonisch-assyrische Literatur,* en *Handbuch der Literaturwissenschaft* (1930).

3. *Jeroglíficos hititas*

Los llamados «jeroglíficos hititas» son una escritura pictográfica que se ha encontrado sobre todo en el norte de Siria (el lugar de hallazgos más meridional es *ḥama,* en el Orontes medio) y en el Asia Menor sudoriental; se encuentran grabados en monumentos de piedra o en placas del mismo material en relieve (cf. ilustr. 7 C). También se han encontrado grabados en pequeñas láminas de bronce que, al parecer, servían de cartas. Los jeroglíficos hititas representan una mezcla de la antigua escritura ideográfica (logogramas) con la escritura silábica fonética. Su desciframiento está aún en curso; hasta el momento, lo más seguro de su interpretación son los nombres propios, escritos fonéticamente. Un trabajo sintético sobre ellos es el de B. Hrozný, *Les inscriptions hittites hiéroglyphiques* (1933-1937). El desciframiento ha entrado en un nuevo estadio con los descubrimientos del siglo ix u viii a. C. en una pequeña colina de ruinas de la Cilicia oriental, es decir, en la extremidad más remota de Asia Menor. Esta colina se llama Karatepe (sobre las excavaciones, cf. H. Th. Bossert, B. Alkim, H. Çambel, N. Ongunsu, I. Süzen, *Karatepe Kazilari — Die Ausgrabungen auf dem Karatepe* [Türk Tarih Kurumu Yayinlarindar V, 9; 1950] [en turco y en alemán]). En ella se hallaron inscripciones jeroglíficas hititas y fenicias que, a cuanto parece, presentan el mismo texto; se trata, pues, de un texto bilingüe (confróntese H. Th. Bossert, *Die phönizisch-hethitischen Bilinguen vom Karatepe:* «Oriens» 1 [1948] 163-197; 3 [1949] 72-126). Las inscripciones fenicias que pueden emplearse para interpretar los jeroglíficos hititas aparecen en el texto original y en traducción alemana en A. Alt, WO I, 4 (1949) 272-287.

XXIX. Escrituras alfabéticas

El mundo debe agradecer al Oriente Antiguo la invención de la escritura alfabética: una escritura que reproduce los sonidos individuales y concibe y escribe cada una de las palabras como la suma de sonidos individuales. Esto implica, frente a los antiguos sistemas de escritura ideográfica o silábica, una gran reducción del número de signos, pues para reflejar los diversos sonidos del lenguaje humano basta por lo general con una veintena de signos distintos. Esta fuerte reducción de los signos hizo posible la extensión general de la capacidad de leer y escribir, que ya no sería una ciencia reservada a unos cuantos eruditos; ahora podían acceder a ella sin graves dificultades extensos sectores de la población. Todas las escrituras alfabéticas del mundo derivan directa o indirectamente del sistema alfabético de escritura que acabó por imponerse en el Próximo Oriente Antiguo. Naturalmente, estas escrituras alfabéticas del Oriente Antiguo eran aún imperfectas; indicaban las consonantes de las palabras, pero no las vocales, con lo cual resultaban frecuentes casos de equivocidad en las palabras. Fueron los griegos los creadores de los signos vocálicos; hacia el año 900 a. C. asumieron el alfabeto que utilizaban los fenicios, transformando los signos de los sonidos laringales, que no existían en su lengua, en signos vocálicos. La limitación de las escrituras alfabéticas orientales antiguas a la representación del esqueleto consonántico de las palabras hace pensar en la escritura jeroglífica; este hecho sugiere que existe cierta conexión histórica entre ambas. Al escribir pictóricamente palabras muy cortas con una sola consonante, el signo jeroglífico representaba justamente una consonante individual; por tanto, prácticamente una letra del alfabeto. Esto ocurría en el sistema jeroglífico en contadas ocasiones; pero lo que era una excepción en la escritura jeroglífica se convertía ahora en regla en la escritura alfabética. Con esto se había dado el paso decisivo en la historia de la escritura.

La Siria-Palestina del milenio II a. C. conoció varias tentativas en el camino hacia un sistema alfabético y varias invenciones también de escrituras alfabéticas. Probablemente no es una mera casualidad que aquí, en el centro del mundo oriental, donde se conocían los diversos sistemas antiguos de escritura con sus dificultades, ninguno de los cuales era autóctono ni de uso antiguo, se planteara con seriedad el problema de la escritura y se hicieran diversos experimentos en el mismo campo; por fin, se dio el paso hacia la escritura fonética, que resultó ser la mejor solución del problema de la escritura; a esta solución se llegó al mismo tiempo de diversos modos, si bien fundamentalmente iguales. Prescindiendo de algunos ejemplos aislados y todavía no descifrados de escrituras alfabéticas [3],

[3] Entre estos ejemplos se encuentran la inscripción sobre la estela egipcianizante de *el-bālūʿa* en Moab, del siglo XII a. C. (cf. Horsfield-Vincent: RB 41 [1932] 417ss, láms. IXss; la inscripción de la p. 425, fig. 5; cf. AfO 8 [1932-33] 265,

existen dos importantes sistemas de este tipo de escritura que aparecieron en Siria-Palestina en el curso del milenio II a. C.: la escritura alfabética cuneiforme de *rās eš-šamra* y la escritura alfabética que conquistó el mundo entero. Es conveniente proceder en la exposición partiendo de lo seguro y definitivo, es decir, de las formas conocidas y ya plenamente desarrolladas de estos dos sistemas de escritura y sólo más tarde hacernos la pregunta sobre sus posibles relaciones y origen.

1. *El alfabeto cuneiforme de Ugarit*

Durante las excavaciones de *rās eš-šamra* (cf. *supra,* p. 210) se encontraron inmediatamente tablillas de arcilla escritas con la técnica usual de la escritura cuneiforme. Su número aumentaba constantemente en el curso de la excavación. Actualmente constituyen una literatura considerable (fueron publicadas en autografía por Ch. Virolleaud en «Syria» 10 [1929]ss y en las grandes ediciones independientes *La légende phénicienne de Danel* [1936], *La légende de Kéret* [1936], *La déesse Anat* [1938], dentro de la serie de escritos del *Haut-Commissariat de la République Française en Syrie et au Liban. Service des Antiquités. Bibliothèque archéologique et historique.* Una exposición compendiosa con transcripción de todos los textos se encuentra en C. H. Gordon, *Ugaritic Manual* [«Analecta Orientalia» 35 ⟨1955⟩]; nueva edición ampliada con el título *Ugaritic Textbook. Grammar. Texts in Transliteration. Cuneiform Selections. Glossary. Indices* [«Analecta Orientalia» 38 ⟨1965⟩]).

Se vio inmediatamente que, a pesar de la presentación en tablillas de arcilla y de la técnica cuneiforme, no se trataba de la antigua y conocida escritura cuneiforme [4], sino de un alfabeto de treinta signos, cuyo desciframiento se llevó a cabo rapidísimamente (cf. la lista de los signos en J. Friedrich, *Ras Schamra* [«Der Alte Orient» 33 ⟨1933⟩ 1/2] p. 25, y H. Bauer [5], *Die alphabetische keilschrifttexte von Ras Schamra* [«Kleine Texte für Vorlesungen und Übungen» 168 ⟨1936⟩] [6] 64; ilustraciones de diversos textos en ANEP 261-264). Se escribían únicamente las consonantes, pero hay tres *alef* distintas para cuando esta letra acompaña a los tres sonidos */a, i, u/*. Los textos datan todos del período del Bronce Reciente (cf. *supra,* p. 136). A diferencia de la antigua escritura cuneiforme, los signos son, además de pocos en número, muy sencillos en cuanto a la forma; probablemente su invención es obra de alguien muy

ilustr. 13, y ANEP 488). G. R. Driver, *Semitic Writing* (1948) 123, considera esta inscripción como el ejemplo más antiguo de escritura semítica meridional (de Arabia Meridional).

[4] Se han encontrado también en *rās eš-šamra* numerosos textos escritos en la antigua escritura cuneiforme ideográfico-silábica, pero no nos interesan en este contexto.

[5] H. Bauer participó decisivamente en el desciframiento de la escritura de *rās eš-šamra.*

[6] Edición en transliteración de los textos de *rās eš-šamra* conocidos hasta 1935.

familiarizado con la técnica cuneiforme [7], que se basó al mismo tiempo en el mencionado principio de la escritura alfabética de las consonantes. Se escribía, como en la antigua escritura cuneiforme, de izquierda a derecha; hasta hoy sólo se ha encontrado una tablilla en *rās eš-šamra* escrita en la dirección opuesta (cf. Virolleaud, «Syria» 15 [1934] 103s). Fuera de *rās eš-šamra,* la escritura de Ugarit sólo se ha descubierto en una tablilla de mediados del Bronce Reciente, de forma particular, encontrada en la localidad palestina de Bet-Šemeš (cf. E. Grant, *Rumeileh* III [1934] 27; fig 2 A [1] lám. XX, abajo, reproducida también en BASOR 52 [1933-1934]; AfO 9 [1933-1934] 358, ilustr. 15) *; en este caso, la dirección de la escritura es también de derecha a izquierda. A pesar de este hallazgo aislado de Bet-Šemeš, cuya conexión histórica es desconocida, hasta el momento parece deducirse que la escritura de *rās eš-šamra* fue una escritura local y de poca duración cronológica. Junto a ella estaba todavía en uso para las relaciones internacionales la antigua escritura cuneiforme, incluso en Siria y Palestina (cf. *supra,* pp. 217s), y desde fines del Bronce Reciente se iría abriendo paso e invadiendo su posible terreno de Siria y Palestina la escritura alfabética.

2. *La antigua escritura alfabética de Biblos*

La escritura alfabética destinada a triunfar en el futuro ya estaba completamente formada en los comienzos del milenio I a. C. Los primeros testimonios algo extensos de su forma desarrollada provienen de la ciudad fenicia de Biblos (hoy *ǧbēl),* y datan de los siglos X-IX a. C. Son la inscripción del rey Yehimilk (publicada por M. Dunand, RB 39 [1930] 321ss); después, las inscripciones del sarcófago y de la cámara funeraria del rey Ahiram (publicadas por R. Dussaud, en «Syria» 5 [1924] 135ss; cf. aquí ilustr. 8 A); asimismo, las inscripciones de Abibaal (Dussaud, *art. cit.,* lám. XLII), de Elibaal (Dussaud, «Syria» 6 [1925] 101ss, lámina XXV; cf. también I. Benzinger, *Hebräische Archäologie* [^{3}1927] ilustr. 170) y de Siptibaal (publicada por M. Dunand, *Byblia Grammata* [1945] 146ss; reproducida en G. R. Driver, *op. cit.,* lám. 45, 1) [8]. La lista de los signos de las inscripciones de Ahiram y de Abibaal aparecen también en AOB^{2}, n.º 606 a-b. Se trata de la serie de veintidós letras alfabéticas, conocidas ya por el hebreo, que representan, por tanto, sólo las consonantes. Los signos son trazos lineales relativamente sencillos. La escritura va de derecha a izquierda. Estas inscripciones de Biblos están

[7] La escritura cuneiforme alfabética fue empleada también esporádicamente en piedra y metal, según nos consta por los hallazgos de *rās eš-šamra* (cf. ANEP 261-262).

* Sobre la tableta de Bet-Šĕmĕs, véase más información en W. F. Albright, *The Beth-Shemesh Tablet in Alphabetic Cuneiform:* BASOR (1964) 173 (N. del E.).

[8] M. Dunand, *op. cit.,* pretendió datar esta inscripción en los comienzos del milenio II a. C.; pero, por el estilo de su escritura, pertenece con seguridad al círculo de las inscripciones de Biblos del siglo X-IX a. C.

todas grabadas en piedra. Del siglo XI a. C. tenemos aún pequeñas inscripciones grabadas en puntas de flechas que aparecieron en *el-ḥadr,* junto a Belén (cf. J. T. Milik y Fr. M. Cross, BASOR 134 [1954] 6-15); del siglo X-IX a. C. son la inscripción grabada en el borde de una vasija de arcilla de Biblos (M. Dunand, *Byblia Grammata* [1945] 152s; G. R. Driver, *op. cit.,* lám. 45, 2), la inscripción de un cuchillo de bronce de Biblos (cf. W. F. Albright, BASOR 73 [1939] 11s; G. R. Driver, *op. cit.,* lámina 48, 2) y una inscripción sobre una punta de flecha encontrada en *ruwēse,* en el Líbano (reproducida por J. Hempel, en *Die althebräische Literatur* [1930] 11, ilustr. 6; G. R. Driver, *op. cit.,* 106, fig. 55). Con ellas se puede trazar una línea sencilla y clara que lleva a los testimonios de la historia de la escritura alfabética del I milenio.

3. *Prehistoria de la escritura alfabética fenicia*

El problema de una posible prehistoria de este sistema de escritura es más difícil. Existen varias inscripciones del II milenio, en las que, generalmente, se ve a los precursores de este alfabeto, pero nadie ha conseguido todavía interpretarlas con seguridad. Tenemos, en primer lugar, las inscripciones del Sinaí, del siglo XV a. C., descubiertas por Fl. Petrie en 1904-1905 (cf. *Researches in Sinai* [1906] 129ss) en las minas egipcias de *ṣerābīt el-ḫādem,* en la península del Sinaí, que Petrie exploró en varias ocasiones; después de él han aparecido nuevas inscripciones (un estudio breve de las fuentes con referencias literarias, muchas ilustraciones y listas de signos puede verse en J. Leibovitsch, ZDMG NF 9 [1930] 1ss, láminas I-XVII; cf. también G. R. Driver, *op. cit.,* 94ss; AOB^2 677 y ANEP 270 reproducen una estatua con «inscripciones del Sinaí»). W. F. Albright ha propuesto una visión, en ciertos aspectos nueva y notable, sobre la lectura y significación de estas inscripciones sinaíticas en BASOR 110 (1948) 6-22. A éstas hay que añadir varias inscripciones breves, pertenecientes al Bronce Medio, grabadas con signos semejantes en la Palestina sudoccidental (Guézer, Lakiš) y central (Siquem) (compiladas por Fr. M. Th. Böhl, ZDPV 61 [1938] 17-25, con ilustr. 1-4 y lista de signos; 62 [1939] 163; G. R. Driver, *op. cit.,* 98s). Los signos de todas estas inscripciones son todavía muy «pictográficos» y presentan parecidos muy pálidos con los posteriores de la escritura alfabética, aun cuando, con toda probabilidad, representan signos alfabéticos.

Palestina sudoccidental nos ha conservado algunas inscripciones del Bronce Reciente que, si bien no coinciden plenamente en la forma, parecen representar un eslabón intermedio entre las inscripciones pictográficas del Bronce Medio y la escritura alfabética posterior (compiladas por Böhl, *op. cit.,* 14-17, y G. R. Driver, *op. cit.,* 99ss). Son grupos de signos grabados o escritos con tinta sobre un óstracon de Bet-Šemeš (reproducido por E. Grant, *Ain Shems Excavations* I [1931] lám. X; también en AfO 10 [1935-36] 271), sobre un cascote de *tell el-ḥesi* (reproducido, entre otras obras, en AfO 10 [1935-36] 268), sobre una olla de *tell ʿaǧǧūl* (Fl. Pe-

trie, *Ancient Gaza* II [1932] lám. XXX, n.º 1.109), diversos fragmentos de Lakiš, en el revés de una tosca cazuela (cf. *Lachish [Tell ed Duweir]* IV [1958] lám. 43.44, 3; reproducido en AfO 10 [1935-36] 388, ilustr. 15), en un cascote (cf. *Lachish* IV, lám. 44, 7), en el saliente de una jarra *(Lachish* II [1940] lám. LI A, n.º 287, lám. LX, 2; también, AfO, *loc. cit.,* 277, ilustr. 3) y, por fin, en el revés de la cobertera de una escudilla para fumigaciones (cf. *Lachisch* IV, lám. 44, 1; 45, 4). A estas inscripciones hay que añadir un anillo de oro de Meguiddó con una inscripción de algunos signos (G. R. Driver, *op. cit.,* 102, fig. 50) y, de Siria, un fragmento de una pequeña placa de caliza con tres líneas, encontrado en Biblos (publicado por M. Dunand, *Mélanges Maspéro* I [1935] 567ss, reproducido en BASOR 63 [1936] 10, fig. 2). El último fragmento puede ser una indicación de que la acumulación de hallazgos en el sur de Palestina (y en el Sinaí) es sólo el resultado de los trabajos de excavación realizados en estos lugares y no exige la conclusión de que haya que buscar aquí, en el sur, la cuna de esta escritura alfabética.

Además, la lectura y la interpretación de la mayoría de estos textos, generalmente muy breves, del Bronce Medio y Reciente son todavía problemáticas y debatidas. Las conexiones y la clasificación de estos monumentos epigráficos en una prehistoria unilineal o plurilineal de la escritura alfabética no son todavía seguras. Por tanto, apenas se pueden proponer afirmaciones definitivas. Lo que de momento podemos afirmar es que durante el milenio II a. C. en Siria y Palestina, se llevó a cabo toda una serie de ensayos para elaborar una escritura alfabética y que en especial algunos del Bronce Reciente son realmente los precursores de la posterior escritura alfabética.

Nueva luz sobre el problema de una relación más estrecha entre el sistema alfabético cuneiforme de *rās eš-šamra* y la escritura alfabética lineal ha venido del hallazgo ocurrido en noviembre de 1949. En esta fecha se descubrió en *rās eš-šamra* una pequeña tablilla de arcilla que contenía una lista de signos del sistema de escritura cuneiforme, que probablemente sirvió para uso escolar (publicada por C. H. Gordon, *The Ugaritic «ABC»* [«Orientalia» N. S. 19 ⟨1950⟩ 374-376]; cf. también O. Eissfeldt, FF 26 [1950] 217-220; reproducida en ANEP 263)[9]. El orden fundamental de esta lista coincide plenamente con el de los signos del alfabeto de la escritura lineal. Y el orden de los signos de este último alfabeto está ya probado para el siglo VII a. C. Nos lo demuestran los garabatos de una piedra encontrada en Lakiš *(tell ed-duwēr),* que presenta las primeras cinco letras del alfabeto en el orden en que se encuentran en el alfabeto hebreo (cf. *Lachish [Tell ed Duweir]* III [1953] fig. 10, lám. 48 B 3). Este debía de ser ya el orden aceptado hacia el 900 a. C., puesto que el orden alfabético fue tomado por los griegos por este tiempo junto con el alfabeto lineal. Ahora aparece de pronto el mismo orden ya

[9] Este hallazgo reciente indica que el fragmento de la tablilla de *rās eš-šamra,* publicado ya en RA 37 (1940-41) 34, con el n.º XX, presenta una lista alfabética similar, es decir, otro texto para uso escolar.

en el siglo XIV a. C. en la tablilla de *rās eš-šamra*. En ésta figuran, no obstante, treinta signos. Hay, pues, un excedente de ocho signos sobre el alfabeto cananeo-hebreo posterior; cinco están diseminados dentro del orden común y tres aparecen al final. Este último grupo, integrado por las dos formas del *alef* con /*i*/ y con /*u*/ y una segunda forma de *s*

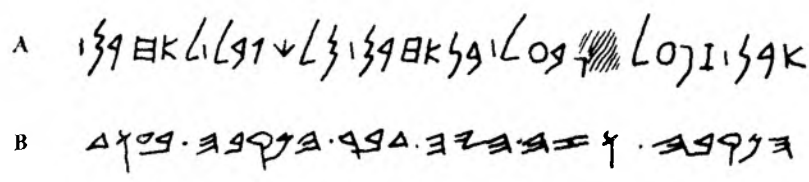


Ilustración 8

A = *Comienzo de la inscripción del sarcófago de Ahiram, según «Syria» 5 (1924) 137.*
Transcripción en escritura cuadrada:
ארן זפעל [את] בעל בן אחרם מלך גבל לאחרם.
Traducción: «Caja que mandó hacer [Itto]baal, hijo de Ahiram, rey de Biblos, para Ahiram».

B = *Comienzo de la inscripción de Siloé, según ZDPV 4 (1881) lám. 7.8.*
Transcripción en escritura cuadrada:
הנקבה וזה היה דבר הנקבה בעוד.
Traducción: «... la perforación. Y ésta es la historia de la perforación: Cuando todavía...».

(sameḫ), representa claramente una adición especial al alfabeto de *rās eš-šamra*, mientras que los otros cinco signos parecen haber formado parte del alfabeto básico del siglo XIV a. C. Mediante la coincidencia fundamental en el orden alfabético, la sospecha de una conexión entre los alfabetos lineal y cuneiforme, que había hecho brotar la semejanza de forma de algunos signos, se ha elevado al grado de certidumbre. El hecho de que el alfabeto cuneiforme esté atestiguado mucho antes y que sea algo más rico no nos debe llevar a la conclusión de que el alfabeto lineal depende de él; los tres signos suplementarios colocados al final del alfabeto cuneiforme sugieren más bien que éste es un desarrollo particular de una forma más antigua que nosotros detectamos más tarde en el alfabeto lineal. Por tanto, hemos de postular la existencia de un alfabeto lineal en el Bronce Reciente, aun cuando todavía no está probada documentalmente. Este alfabeto lineal impulsaría a un hombre de Ugarit, familiarizado con la técnica del cuneiforme, a convertir el primero en el segundo, inspirándose de algún modo en la forma de las letras del alfabeto lineal para crear nuevos signos cuneiformes. Posiblemente el alfabeto lineal se contaba ya entre los ensayos escriturarios del Bronce Medio tardío y, sobre todo, del Bronce Reciente; luego perviviría en el alfabeto cananeo-hebreo que nosotros conocemos, habiéndose reducido el número de sus letras a veinti-

dós, pues diversos signos se fundieron en uno, toda vez que dos o más fonemas que anteriormente se distinguían entre sí perdieron más tarde sus particularidades fonológicas, coincidiendo fonéticamente.

Esta última posibilidad ha de tomarse muy en serio; lo aconsejan las inscripciones lineales «pseudojeroglíficas» de Biblos, pertenecientes a los comienzos del milenio II a. C., publicadas por M. Dunand, *Byblia Grammata* (1945) 71ss. E. Dhorme ha tratado de descifrarlas en «Syria» 25 (1948) 1ss (cf. también G. R. Driver, *op. cit.,* 91ss; A. Jirku, FF 26 [1950] 90ss; H. Schmökel, FF 26 [1950] 153ss). Estas diez inscripciones (cf. la reproducción de una lámina de bronce con esta escritura en ANEP 287) contienen una escritura integrada por unos cien signos distintos; este hecho sugiere que nos encontramos ante una escritura silábica; al mismo tiempo representa una posición intermedia entre los antiguos sistemas de escritura de Egipto y de Mesopotamia, derivados de escrituras pictográficas, y los sistemas alfabéticos de escritura, más recientes. Puesto que algunos de estos signos lineales «pseudojeroglíficos» presentan un extraordinario parecido con los signos de la posterior escritura alfabética lineal, podríamos preguntarnos si la escritura alfabética no es un desarrollo de la «pseudojeroglífica». Frente a ella, habría que considerar la escritura alfabética de *rās eš-šamra* como secundaria y particular.

Es posible que la escritura jeroglífica egipcia haya sido la inspiradora de todo este proceso; en su favor habla, además de la mencionada semejanza (cf. *supra,* p. 222) de varios signos de la escritura «pseudojeroglífica» con los jeroglíficos egipcios, cierto parecido de los posteriores de la escritura alfabética con los mismos. Naturalmente se trata de una vaga dependencia y de la adopción de sólo algunos signos frente a una mayoría de nueva invención (cf. ya H. Bauer, *Der Ursprung des Alphabets* [«Der Alte Orient» 36 ⟨1937⟩ 1/2]). En todo caso, en la base de la escritura alfabética está el llamado principio de acrofonía, es decir, que la forma de muchos signos deriva de los trazos de objetos cuyos nombres empiezan en cananeo con la consonante que se quería expresar con el signo. No está claro qué principio rigió la disposición de las letras en un orden que se ha revelado como relativamente antiguo. Probablemente se fueron agrupando los signos de acuerdo con los objetos a que originariamente se referían (cf. G. R. Driver, *op. cit.,* 152ss); por lo demás, no se ha de descartar en este punto la libre capacidad de invención.

4. *Desarrollos posteriores en las inscripciones sobre piedra*

Después de las mencionadas (cf. *supra,* pp. 224s) inscripciones de Biblos y las demás con ellas relacionadas, la historia ulterior de la escritura alfabética está jalonada por toda una serie de documentos epigráficos, cuya lectura no ofrece ya dificultad alguna, aunque su estado de conservación no sea muy bueno. En el decurso del tiempo fueron originándose diversas diferencias de detalle en el trazo de las letras y en el modo de escribir; por ejemplo, en la separación de las palabras (*scriptio continua*

sin separación de palabras, separación de palabras mediante pequeños espacios libres, mediante puntos intermedios, etc.). En este contexto reviste una importancia particular el proceso de aparición gradual de los indicadores de vocales dentro de la que había sido una escritura puramente consonántica. Ciertas vocales, especialmente las largas, se indicaban mediante las consonantes ', *h, w, y,* al principio sólo al final de palabra, luego en su interior. A estas consonantes, empleadas de este modo, se las conoce en el hebreo tardío con el nombre de *matres lectionis* (detalles sobre este procedimiento, que se inició ya en el siglo IX a. C., en Fr. M. Cross y D. N. Freedman, *Early Hebrew Orthography* [1952]).

Entre las inscripciones grabadas en piedra, tenemos en Palestina: del siglo X, la pequeña tablilla caliza de Guézer, que contiene el llamado «calendario agrícola» (AOB^2 609; ANEP 272), donde se enumeran los trabajos agrícolas que corresponden a cada uno de los meses; del siglo VIII, la inscripción del túnel de Siloé (cf. *supra,* pp. 171s), con rasgos cursivos mucho más definidos (cf. Guthe, ZDMG 36 [1882] 725ss; A. Socin, *Die Siloahinschrift* [1899]; ilustraciones en ANEP 275 y —extraordinariamente bien— en Vincent-Steve, *Jérusalem de l'Ancien Testament* I [1954] lám. LXVIII; cf. aquí ilustr. 8 B). Existen además muchas inscripciones sobre sellos de piedra, como el famoso «sello del león» de Meguiddó *(Tell el-Mutesellim* I [1908] 99, ilustr. 147; Watzinger, *Denkmäler Palästinas* I [1933] ilustr. 94, etc.). Otros sellos con inscripciones aparecen reproducidos en Galling, BRL col. 485 y ZDPV 64 [1941] lám. 5-12.

Del vecino *Moab* tenemos la estela triunfal del rey Meša' de Moab, encontrada en 1868 en *dībān.* (Sobre Meša', cf. 2 Re 3,4ss). La estela fue erigida a mediados del siglo IX a. C., y contiene una extensa inscripción (cf. Smend-Socin, *Die Inschrift des Königs Mesa von Moab* [1886]; también AOB^2 120 y ANEP 274).

En *Fenicia* propiamente dicha, a las mencionadas inscripciones de Biblos les sigue, pero ya en el siglo V a. C., una larga serie de sarcófagos fenicios e inscripciones votivas (cf. M. Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik* [1898] 416ss, láms. IIIss; G. A. Cooke, *A Textbook of North-Semitic Inscriptions* [1903] 18ss, láms. I y II, y *Corpus Inscriptionum Semiticarum* [CIS] I) con un tipo propio, elegante y esbelto de escritura.

Una serie de inscripciones más antiguas es la del interior de la *Siria* central y septentrional. En la aldea de *el-brēğ,* a 8 km al nornordeste de la ciudadela de Alepo *(ḥaleb),* se encontró una estela con inscripción del rey arameo Ben-Hadad I (publicada por M. Dunand, «Bulletin du Musée de Beyrouth» 3 [1941] 65ss; cf. W. F. Albright, BASOR 87 [1942] 23ss); pertenece a la mitad del siglo IX a. C. Del actual Zencirli y de sus alrededores, en la parte más septentrional de la depresión siria, proceden algunas inscripciones reales e inscripciones de edificios; la más antigua es la del rey Kilamuwa, del siglo IX a. C. (cf. Von Luschan, *Ausgrabungen in Sendschirli* IV [= Mitteilungen aus den orientalischen Sammlungen der Kgl. Museen zu Berlin XIV (1911)] 374-377; M. Lidz-

barski, *Ephemeris für semitische Epigraphik* III [1915] 218ss); a éstas les siguen cronológicamente algunas inscripciones del siglo VIII (éstas y las inscripciones del siglo VII, encontradas en Siria septentrional, en *nērab,* al sudeste de Alepo, pueden verse en Lidzbarski, *Handbuch,* 440ss, láminas XXIIss; Cooke, *op. cit.,* 159ss, láms. V-VI). En cuanto al tipo de escritura, se asemejan todavía bastante a las antiguas inscripciones de Biblos. A mediados del siglo VIII pertenecen la estela del rey ZKR (¿Zakir?), de Hamat y La'aš, hallada en *āfis,* a 40 km largos al sudoeste de Alepo (H. Pognon, *Inscriptions sémitiques de la Syrie, de la Mésopotamie et de la région de Mossoul* [1907-08] 156, láms. IXs y XXVs; Lidzbarski, *Ephemeris* III, 1ss) y los fragmentos de estela de *sefire,* a 25 km al sudeste de Alepo (A. Dupont-Sommer, *Les inscriptions araméennes de Sfiré* [1958]).

5. *Los óstraca de Samaría y de Lakiš*

La escritura alfabética, a diferencia de la cuneiforme, se prestaba a escribir también con tinta, en papiros, en cascotes de arcilla, etc.; en realidad, como la escritura hierática-demótica de Egipto, empezó muy pronto a emplearse en los asuntos de la vida de cada día. Según el relato del egipcio Wen-Amón, ya por los años 1110 a. C., Siria (en este caso,

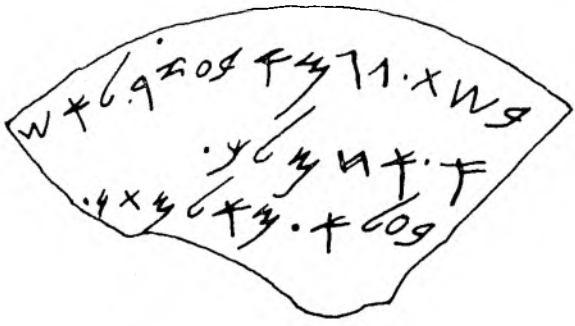


Ilustración 9

Ostracon 28 de Samaría, según Reisner-Fisher-Lyon, Harvard Excavations at Samaria *(1924) I, 241.*
Transcripción en escritura cuadrada:

בשת אר מאבעזר לאש
א אחמלך
בעלא מאלמתן.

Traducción:

«En el año 15, de Abiezer a Asá,
(hijo de) Ahimélek.
Baalá de ʾlmtn *(= topónimo)».*

Biblos) importaba de Egipto cantidades considerables de rollos de papiro (AOT² 75). Naturalmente, el clima siro-palestinense no nos ha conservado el papiro, pero sí los cascotes de arcilla u óstraca con sus inscripciones. Se han encontrado algunos en Palestina. Los más antiguos, de la primera mitad del siglo VIII a. C., son los óstraca de Samaría, hallados en una sala del palacio real de los reyes israelitas en Samaría (cf. Reisner-Fisher-Lyon, *Harvard Excavations at Samaria* [1924] I, 227-246; II, lám. 55).

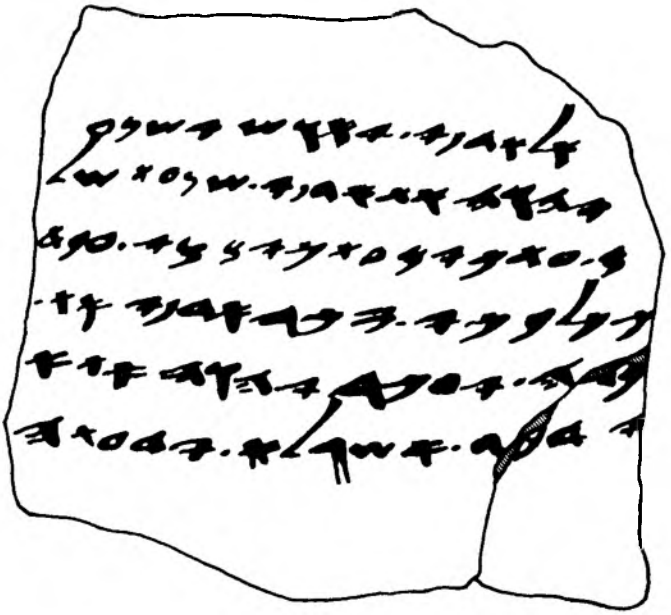


Ilustración 10

Ostracon 2 de Lakiš, según H. Torczyner, The Lachish Letters *(1938) 34.*

Transcripción en escritura cuadrada:

אל אדני יאוש ישמע
יהוה את אדני שמעת של
ם עת כים עת כים מי עבד
ך בלב כי זכר אדכי את
[ע]בדה יעכר יהוה את א
[ת]י דבר אשר לא ידעתה

Traducción:

«A mi señor Yaʾôš: ¡Que haga escuchar Yahweh a mi señor noticias de paz ahora mismo, ahora mismo! ¿Quién es tu siervo, un perro, para que mi señor se haya acordado de su [s]ervidor? Que Yahweh aflija a aquéllos que emprenden algo de lo cual tú no sabes nada».

El hallazgo consiste en 63 notas de envío de remesas de vino y aceite a la corte desde los dispersos dominios de la Corona (el texto de estos óstraca puede verse también en ZAW NF 2 [1925] 148s). Los rasgos (cf. ilustr. 9) de estos escritos ocasionales, que siguen determinados esquemas, redactados por empleados o arrendatarios reales, muestran en general ya una notable destreza en el arte de escribir.

La mayor facilidad y elegancia de la escritura de los óstraca de Lakiš refleja una costumbre de escribir más prolongada. Los óstraca de Lakiš son 18 cascotes de arcilla con inscripciones, que fueron encontrados en los comienzos del año 1935, durante la excavación de *tell ed-duwēr* (Lakiš), en una sala del complejo de la puerta de la ciudad; contienen, sobre todo, comunicaciones dirigidas a los comandantes de la plaza de Lakiš el año 588 a. C., es decir, inmediatamente antes de la caída de Lakiš y de la ruina del Estado judaíta por obra de las tropas de Nabucodonosor (publicados por H. Torczyner, en colaboración con L. Harding, A. Lewis y J. L. Starkey, en el volumen *Lachish: The Lachish Letters* I [1938]; un óstracon aparece reproducido también en AfO 10 [1935-36] 389, ilustr. 17, y ANEP 279). Las inscripciones (cf. ilustración 10) están trazadas sobre cascotes de arcilla, con una tinta hecha de extracto de agalla y hollín. El óstracon del Ofel de Jerusalén (prácticamente ilegible) parece casi contemporáneo de los óstraca de Lakiš (publicado en PEF 4 [1926] 182, fig. 193).

6. *Ulterior evolución de la escritura alfabética*

La escritura alfabética, práctica y fácil de aprender, se extendió al fin fuera de Siria y Palestina. Ya en la segunda mitad del siglo VIII antes de Cristo la encontramos en Mesopotamia, empleada en una serie de anotaciones sobre asuntos de la vida ordinaria (cf. M. Lidzbarski, *Altaramäische Urkunden aus Assur* [WVDOG 38 ⟨1921⟩]). Hacia el 600 antes de Cristo, un reyezuelo, probablemente de la región filistea, envía una petición de ayuda al faraón en esta escritura; nos consta por un papiro encontrado en *saqqāra,* en Egipto (publicado por A. Dupont-Sommer, «Semitica» 1 [1948] 43ss; cf. H. L. Ginsberg, BASOR 111 [1948] 24ss).

A partir del siglo V, la escritura alfabética aparece por todas partes en el Próximo Oriente junto con los antiguos sistemas de escritura autóctonos. La escritura posee ahora una forma muy elegante, con líneas redondeadas y trazos primorosamente rasgueados que sobrepasan frecuentemente el renglón de la escritura. El más importante y amplio hallazgo de este tipo lo constituyen los llamados «papiros de Elefantina», descubiertos en 1906-07 en el Alto Egipto, en la isla nilótica de Elefantina, situada debajo de la primera catarata del Nilo, muy cerca de Asuán; el hallazgo consta de documentos legales, documentos oficiales y listas de los soldados de la colonia fronteriza israelita allí establecida. La mayor parte de estos escritos fueron publicados por E. Sachau, *Aramäische Papyrus und Os-*

traka aus einer jüdischen Militärkolonie zu Elephantine (1911), con 75 láminas en colotipia; el texto fue editado también por A. Cowley, *Aramaic Papyri of the Fifth Century B. C.* (1923); un facsímil en ANEPA 282. Otra parte de los papiros de Elefantina fue publicada por E. G. Kraeling, *The Brooklyn Museum Aramaic Papyri* [1953] *. También de Egipto (aunque de lugar desconocido), y del mismo período, son algunos documentos escritos en cuero, que hemos de anotar para llamar la atención sobre el empleo de este material (cf. G. R. Driver, *Aramaic Documents of the Fifth Century B. C.* [1954; edición resumida y revisada, 1957]). Existe también gran número de pequeños hallazgos de escritos.

La llamada escritura cuadrada se hizo común en el uso de la comunidad judía en los últimos siglos anteriores a la era cristiana; es un tipo particular de esta escritura, de uso muy extendido. Se la encuentra en los documentos escritos de que se hablará, *infra,* pp. 316ss.

La forma de las letras de las inscripciones en piedra más recientes tendían a aproximarse a los diversos tipos de esta escritura cursiva de los últimos siglos antes de Cristo. Lo mismo sucede con las inscripciones de Palmira de los tres primeros siglos después de Cristo (cf. Lidzbarski, *Handbuch* II, láms. XXXVIIss) y con las casi contemporáneas inscripciones nabateas de Transjordania, del *ḥeǧāz* y de la península del Sinaí *(ibid.,* XXIXss). La escritura cuadrada aparece por primera vez en piedra en el siglo III a. C., en la breve inscripción de *'araq el-emīr,* al este de la extremidad septentrional del mar Muerto (AOB² 608); más tarde, en la llamada «tumba de Santiago», en el valle del Cedrón, y en un mojón de Guézer *(ibid.,* lám. XLIII, 2 y 3); igualmente, en numerosos osarios (cf. *supra,* pp. 184s) y en las primitivas sinagogas judías (cf. *supra,* páginas 130 y 132), en cuyos pavimentos de mosaico se encuentra frecuentemente (cf., por ejemplo, Watzinger, *Denkmäler Palästinas* II [1935] ilustr. 49).

El alfabeto de las inscripciones en piedra de Arabia meridional es una derivación particular de la escritura alfabética aquí descrita. (Numerosos ejemplos de estas inscripciones en Mordtmann-Mittwoch, *Rathjens-Von Wissmannsche Südarabienreise;* I: *Sabäische Inschriften* [1931]). Los desarrollos posteriores, tales como las escrituras de Siria y del norte de Arabia, no necesitan ser tratados aquí. Sobre este punto, así como sobre toda la sección, cf. D. Diringer, *The Alphabet. A Key to the History of Mankind* (²1949).

* Véase también la obra de B. Porten *Archives from Elephantine,* Los Angeles 1968 (N. del E.).

Capítulo IV

LENGUAS

XXX. Lenguas semíticas

Asia sudoccidental es el espacio en que, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, tuvo su hogar la familia de lenguas que, basados en el catálogo de las naciones de Gn 10, se suelen llamar semíticas. Científicamente, el término «semítico» se aplica en sentido estricto sólo a este grupo de lenguas. Aun cuando no se dio ninguna época en el Próximo Oriente en la cual se hablarán sólo las lenguas semíticas, estas lenguas, desde tiempos remotísimos, tuvieron la preponderancia al menos entre la población autóctona, y la mayoría de los restos lingüísticos del Antiguo Oriente pertenecen a este grupo. Existía además, desde tiempos antiguos, un gran número de dialectos de las diversas lenguas (cf. la extensa obra de C. Brockelmann, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der semitischen Sprachen* I-II [1908-1913; ^{2}1961]; más breve, C. Brockelmann, *Kurzgefasste vergleichende Grammatik der semitischen Sprachen* [«Porta Linguarum Orientalium» XXI ⟨1908⟩], y G. Bergsträsser; *Einführung in die semitischen Sprachen. Sprachproben und grammatische Skizzen* [1928]).

1. *Acádico*

Llamamos acádico al idioma semítico que se hablaba en la antigua Mesopotamia; el nombre deriva de la ciudad de Acad, mencionada en Gn 10, que todavía no ha sido localizada, pero que estaba probablemente situada en la parte superior de la Mesopotamia meridional en los alrededores de la actual Bagdad. Acad fue el centro, por cuanto sabemos, de la primera organización estatal de la población de lengua semítica de Mesopotamia; el nombre se aplicó también pronto, sobre todo en fórmulas estereotipadas, a la parte norte de las tierras bajas del Éufrates y del Tigris. A veces se califica al acádico con sus características de «semítico oriental» para distinguirlo del resto de las lenguas semíticas. Los primeros trabajos científicos sobre los textos de esta lengua se hicieron especialmente sobre textos en dialecto asirio; de ahí que en los comienzos de

la historia de la ciencia se llamara simplemente a toda la lengua «asirio»; de ahí también que aún hoy se hable de «asiriología» refiriéndose al estudio del idioma acádico. Los documentos de esta lengua están escritos casi únicamente en escritura cuneiforme; por ello el acádico se sometió al estudio científico sólo a partir del desciframiento de la escritura cuneiforme. Se distinguen dos dialectos principales: el babilónico, originario del sur de Mesopotamia, y el asirio, que se desarrolló más al norte, a orillas del Tigris. Cada uno de estos dialectos tiene su propia historia y se diferenciaba también localmente. El acádico, que en muchos aspectos conservó los rasgos primitivos, se caracterizaba lingüísticamente por la pérdida de la mayoría de los laringales del protosemítico (sólo conservó /ḫ/ y, en parte, /ʾ/) y por la desaparición de las semivocales /w̆/ e /y̆/. Es claro que el acádico sufrió el influjo del substrato de una población no semítica de Mesopotamia, cuya lengua afectó a la pronunciación del acádico. Además, el acádico vio la transición de las fricativas dentales /ḏ, ṯ/ y /z, ḍ/ en las sibilantes /z, š, ṣ/. Conservó las antiguas terminaciones semíticas de los casos y las demás vocales finales breves; pero, con el tiempo, su uso se fue deteriorando. El acádico conservó además un antiguo sistema verbal propio.

Bibliografía sobre la lengua acádica: A. Ungnad, *Grammatik des Akkadischen* («Clavis Linguarum Semiticarum» II [^{3}1949]), y, sobre todo, W. von Soden, *Grundriss der akkadischen Grammatik* («Analecta Orientalia» 33 [1952]). La lengua de los textos de Mari (cf. *supra,* p. 220) ha sido estudiada especialmente por A. Finet, *L'Accadien des Lettres de Mari* («Académie Royale de Belgique. Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques. Mémoires 8.°», t. LI, 1, n.° 1 [1956]). Están en fase de publicación dos extensos diccionarios de acádico: *The Assyrian Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago* (sigla: CAD = *Chicago Assyrian Dictionary);* han sido publicados 21 volúmenes desde 1956. El otro diccionario es obra de W. von Soden, *Akkadisches Handwörterbuch,* en un volumen; comenzó a aparecer por fascículos en 1959. Listas de signos cuneiformes pueden verse en R. Labat, *Manuel d'épigraphie akkadienne* (1952), y, para los valores fonéticos, cf. W. von Soden, *Das akkadische Syllabar* («Analecta Orientalia» 27 [1948]). Se ha publicado también la *Akkadische Grammatik,* de D. O. Edzard, en *Handbuch der Orientalistik* (Leiden 1970).

2. *Cananeo*

El mejor modo de designar el idioma semítico propio de la región de Siria y Palestina, que aparece en distintos dialectos, al menos desde los comienzos del milenio II a. C., pero que seguramente se hablaba allí desde mucho antes, es llamarlo «cananeo», basándose en el uso veterotestamentario del término «Canaán» (cf. *supra,* pp. 69ss). Los textos que conservamos se encuentran en su mayoría en los escritos alfabéticos tratados en XXIX. Sólo palabras aisladas se nos han transmitido en escritura

cuneiforme, sobre todo en las «glosas cananeas» de las tablillas de el-Amarna (cf. Fr. M. Th. Böhl, *Die Sprache der Amarnabriefe* [«Leipziger Semitistische Studien» V, 2 ⟨1909⟩]; cf. también XXXVII y XXXVIII).

En los textos de *rās eš-šamra* tenemos un dialecto que se suele llamar «ugarítico» (Ugarit es el nombre antiguo de la ciudad situada sobre el actual *rās eš-šamra);* a pesar de algunas características individuales, debe considerarse como perteneciente al «cananeo». Aún se halla en curso un estudio científico serio de este dialecto (cf. C. H. Gordon, *Ugaritic Manual* [«Analecta Orientalia» 35 ⟨1955⟩]; edic. corregida y aumentada, con el título *Ugaritic Textbook* [«Analecta Orientalia» 38 ⟨1965; ²1967⟩]). El dialecto fenicio está representado por las inscripciones fenicias (cf. *supra,* páginas 224s y 229; Z. S. Harris, *A Grammar of the Phoenician Language* [«American Oriental Series», vol. 8 ⟨1936⟩]; J. Friedrich, *Phönizisch-Punische Grammatik* [«Analecta Orientalia» 32 ⟨1950⟩]). El «cananeo» incluye sobre todo el hebreo, que era la lengua nativa de Palestina; los israelitas la adoptaron después de la ocupación del país, incorporando al hebreo bastantes elementos de su lengua anterior (cf. *infra);* pertenece igualmente al «cananeo» el dialecto «moabita» de la estela de Meša' (cf. *supra,* p. 229), muy próximo al hebreo. Sobre las palabras «cananeas» (excepto ugaríticas) que han aparecido en inscripciones, cf. Ch.-F. Jean y J. Hoftijzer, *Dictionnaires des inscriptions sémitiques de l'ouest* (hasta el momento, fascículos 1-2 [1960]).

El cananeo tiene en común con el acádico la conversión de las fricativas dentales en sibilantes (cf. *supra,* p. 236) y una cierta —si bien no radical— reducción del número de las laringales del protosemítico; los fonemas /ʿ/ y /*gh*/ coincidieron en /ʿ/, al menos en la escritura [10]; /*ḫ*/ y /*ḥ*/ se distinguían todavía en ugarítico, pero la escritura conserva un único signo para ambos *(ḥ);* probablemente se fue perdiendo también en la pronunciación la diferencia entre las dos consonantes. Al ser el ugarítico el dialecto del que se nos han conservado los más antiguos testimonios, se advierten en él muchos rasgos arcaicos; conserva aún las antiguas desinencias de los casos y en especial las vocales finales breves, que en los demás dialectos han desaparecido [11]. El ugarítico parece haber poseído un sistema verbal antiguo, todavía muy oscuro en muchos detalles; en los demás dialectos aparece ya transformado o complicado mediante influjos externos.

[10] En la pronunciación se distinguía quizá todavía entre los dos, como parecen indicarlo las transcripciones de nombres hebreos en los LXX.

[11] A la luz del ugarítico se han ido descubriendo muchos de estos rasgos «arcaicos» en numerosas secciones del hebreo bíblico; cf., entre otros, M. Dahood y T. Penar, *The Grammar of the Psalter,* en M. Dahood, *Psalms III* («Anchor Bible» 17A) espec. 380; M. Dahood, *Hebrew-Ugaritic Lexicography* Iss: «Biblica» 44 (1963ss) *(N. del T.)*

3. *Arameo*

Incluimos en el término «arameo» los dialectos de las tribus que, a comienzos de la Edad del Hierro, penetraron en los territorios de Siria y Palestina desde las estepas orientales, formando allí, en el curso del milenio I a. C., un mosaico de Estados; por otra parte, estas tribus y los Estados se llamaban a sí mismos «arameos». A estas tribus pertenecían, además de Israel, Ammón, Moab y Edom, que, por su parte, adoptaron los dialectos cananeos de las regiones que ocuparon. Más al norte, en la Siria interior central y septentrional, estas tribus conservaron sus antiguos dialectos. Los más antiguos textos arameos («arameo antiguo») son las inscripciones alfabéticas del interior de la Siria central y septentrional que hemos mencionado anteriormente, en las páginas 229s (cf. A. Dupont-Sommer, *Les Araméens* [1949] 79ss). La gran mayoría de los textos arameos están escritos en escritura alfabética; sólo unos pocos se escribieron en cuneiforme. El acontecimiento decisivo en la historia del arameo fue la adopción de este idioma, en el siglo VI-V a. C., como lengua oficial en extensas regiones del Imperio Persa, especialmente en la casi totalidad de los territorios del Antiguo Oriente que pertenecían al Imperio. (Esta lengua oficial recibe el nombre de «arameo imperial»). Tal hecho se debe a que, ya en la segunda mitad del siglo VIII y en todo el siglo VII, el arameo se había convertido en la lengua de las relaciones internacionales, especialmente de las comerciales, se había generalizado como lengua escrita (cf. los documentos en arameo antiguo de Asur, *supra,* p. 232) y se había impuesto durante este proceso como la lengua del pueblo en todo ese territorio. Textos escritos en arameo imperial son los documentos copiados sobre cuero y los papiros de Elefantina en Egipto (cf. *supra,* páginas 232ss, y P. Leander, *Laut- und Formenlehre des Ägyptisch-Aramäischen* [1928]), y en Palestina, los documentos arameos del libro de Esdras. Los dialectos arameos vernáculos que derivan del arameo imperial están documentados en el arameo bíblico de Dn 2-7 (cf. R. Marti, *Kurzgefasste Grammatik der biblisch-aramäischen Sprache* [«Porta Linguarum Orientalium» XVIII ⟨^{3}1925⟩]; H. L. Strack, *Grammatik des Biblisch-Aramäischen* [«Clavis Linguarum Semiticarum» IV ⟨^{6}1921⟩]; Bauer-Leander, *Kurzgefasste biblisch-aramäische Grammatik* [1929]; Fr. Rosenthal, *A Grammar of Biblical Aramaic* [«Porta Ling. Orientalium, N. S.» V ⟨1961⟩]; para detalles, Bauer-Leander, *Grammatik des Biblisch-Aramäischen* [1927]), en el arameo de algunos textos de *ḫirbet qumrān* (cf. *infra,* pp. 316ss), en el arameo palestinense y babilónico de la literatura rabínica (cf. G. Dalman, *Grammatik des jüdisch-palästinischen Aramäisch* [^{2}1905]; M. L. Margolis, *Lehrbuch der aramäischen Sprache des babylonischen Talmuds* [«Clavis Ling. Sem.» III ⟨1910⟩]; G. Dalman, *Aramäisch-Neuhebräisches Handwörterbuch zu Targum, Talmud und Midrasch* [^{3}1938], y en algunos textos cristianos palestino-aramaicos (cf. Fr. Schwally, *Idioticon des christlich palästinischen Aramaeisch* [1893]); igualmente en el dialecto arameo de las inscripciones palmirenas (cf. *supra,* p. 233, y J. Cantineau, *Grammaire du Palmyré-*

nien épigraphique [1935]) y en el de las inscripciones nabateas (cf. *supra,* página 233, y J. Cantineau, *Le Nabatéen* I-II [1930-32]); finalmente, en el arameo oriental siríaco, la lengua de los cristianos sirios, con sus diversos dialectos, hablado en primer lugar en la Mesopotamia superior, concretamente en el territorio de la Iglesia cristiana de Edesa, y de allí extendido a otras regiones (cf. C. Brockelmann, *Syrische Grammatik* [«Porta Ling. Or.» V ⟨1938⟩]; C. Brockelmann, *Lexicon Syriacum* [²1928]), y en el mandeo, lengua de la secta de los mandeos en Mesopotamia meridional (cf. Th. Nöldeke, *Mandäische Grammatik* [1875]). El arameo se mantiene hasta hoy como lengua hablada en algunas pequeñas aldeas del Antilíbano y en los alrededores del lago de Urmia (cf. Bergsträsser, *Einführung,* 80ss). Para las palabras de las inscripciones arameas, cf. el mencionado diccionario de Jean-Hoftijzer *(supra,* p. 237).

El arameo tiene en común con el cananeo un número muy crecido de características; esto quiere decir que en su origen estuvo en relación muy estrecha con el cananeo. Por ello se designan a menudo ambos grupos de dialectos con el nombre de «semítico occidental» [12]. El arameo comparte con el cananeo (posugarítico) de su tiempo el número de laringales empleadas y la caída de las desinencias vocálicas breves. Al mismo tiempo, el arameo tuvo ya en la forma más primitiva que conocemos características peculiares en lo que se refiere al vocabulario, a la construcción de las formas y a la sintaxis. Algunas particularidades de pronunciación del arameo antiguo no pueden apreciarse debido a la imperfección del alfabeto. Este se desarrolló en Siria-Palestina para los dialectos en uso en la región y estaba, por tanto, pensado en función del sistema consonántico cananeo. Los arameos adoptaron este alfabeto y se adaptaron ellos mismos en las primitivas inscripciones a la pronunciación cananea; además, juntamente con el alfabeto adoptaron no pocas expresiones cananeas de la cultura de Canaán, la cual, debido a la escritura, era más elevada. El arameo antiguo conservaba, sin duda, todavía las primitivas fricativas dentales; puesto que el alfabeto no poseía ningún signo especial para expresarlas, en las antiguas inscripciones se escribían, como aún en parte en los papiros de Elefantina, mediante las correspondientes letras sibilantes; posteriormente, /*ḏ*, *ṯ*/ y /*ḍ*/ se convirtieron no en sibilantes, como en el acádico y el cananeo, sino en las explosivas /*d*, *t*/ y /*ṭ*/. El fonema originario /*ẓ*/ aparece extrañamente al principio como /*q*/ y más tarde como /ʿ/. Es notable la aparición, ya desde el principio, de la determinación de los nombres mediante el sufijo *ā*. El arameo, por ser una lengua comercial muy extendida, adoptó o asimiló muchas palabras extranjeras de la gran variedad de lenguas habladas en el Próximo Oriente en los últimos siglos antes de Cristo.

[12] Así, por ejemplo, aparece en el título del léxico abreviado de palabras cananeas y arameas por Jean-Hoftijzer (cf. *supra,* pp. 236s). Antes, cuando aún no se tomaba en consideración el acádico, podían unirse cananeo y arameo bajo el concepto de «semítico septentrional» para distinguirlo del «semítico meridional» de los dialectos árabes (así, por ejemplo, M. Lidzbarski, en su *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik* de 1898).

4. *Arabe*

El idioma árabe no llegó a ser una lengua literaria en el período del Oriente Antiguo, puesto que quienes la hablaban eran las tribus de beduinos de la península Arábiga. Su precursor fue el árabe meridional de las inscripciones pertenecientes al ámbito cultural de la extremidad meridional de la península de Arabia (cf. *supra,* p. 200). La lengua de estas inscripciones (cf. M. Hoefner, *Altsüdarabische Grammatik* [«Porta Linguarum Orientalium» 24 [1943]) es semejante a los dialectos etíopes de Abisinia. El llamado árabe del norte, para distinguirlo del árabe meridional, debe su expansión por los territorios del Próximo Oriente al movimiento del Islam. Por tanto, el árabe clásico no tendría mayor importancia para el estudio del Oriente Antiguo si no fuera porque en esta lengua se han conservado en medida extraordinaria la fonología y morfología del protosemítico; de ahí que el árabe clásico revista una importancia fundamental para el conocimiento y la investigación de las antiguas lenguas semíticas (cf. A. Socin, *Arabische Grammatik,* ed. por C. Brockelmann [^{10}1929]; G. W. Freytag, *Lexicon Arabico-Latinum,* 4 volúmenes [1830-1837]; resumen de la misma obra [1837]; E. W. Lane, *Maddu-l-Kamoos, An Arabic-English Lexicon* [1963-93]).

El árabe, con sus modernos dialectos en los diversos países, es la lengua que se habla hoy en la mayor parte del Próximo Oriente; no sólo es la lengua de los musulmanes, sino también la de los cristianos orientales que, en el decurso del tiempo, abandonaron sus antiguas lenguas en favor del árabe. (Sobre el árabe moderno palestinense, cf. L. Bauer, *Das Palästinische Arabish* [^{4}1926]; L. Bauer, *Deutsch-Arabisches Wörterbuch der Umgangssprache in Palästina und im Libanon* [^{2}1957]). En el mundo árabe moderno se ha desarrollado, al lado de los distintos dialectos, una lengua usual y literaria (cf. H. Wehr, *Arabisches Wörterbuch für die Schriftsprache der Gegenwart. Arabisch-Deutsch* I-II [1952; ^{3}1958]. *Supplement* [1959]).

XXXI. Lenguas no semíticas

El desciframiento de los antiguos sistemas orientales de escritura, especialmente el cuneiforme, y el descubrimiento constante de nuevos documentos escritos ha demostrado cada vez con mayor claridad que, preferentemente en los bordes del Próximo Oriente Antiguo, existía una gran variedad de lenguas que no tenían nada que ver con la familia de las lenguas semíticas. Con esto el mapa lingüístico del Antiguo Oriente se presenta bastante abigarrado.

1. *Egipcio*

La lengua egipcia se escribió en jeroglíficos. Ambas cosas, lengua y escritura, quedaron limitadas al país del Nilo, donde conservaron un es-

tricto monopolio hasta el advenimiento del arameo imperial (cf. *supra,* página 238). Dado que el sistema jeroglífico representa únicamente las consonantes, no podemos conseguir una reproducción exacta del idioma egipcio. Afortunadamente, el último estadio egipcio, el copto, lengua de los cristianos egipcios, se escribió con un alfabeto derivado del griego, que representa también los sonidos vocálicos; partiendo de este punto, es posible formular conclusiones sobre la vocalización del egipcio antiguo. El egipcio pertenece al grupo lingüístico de las lenguas aún vivientes en el Africa oriental y septentrional, es decir, al grupo de lenguas «camíticas»; este grupo tiene una lejana relación con el grupo de lenguas semíticas.

La metódica investigación filológica del egipcio aparece, sobre todo, estrechamente unida con el nombre del difunto egiptólogo berlinés A. Erman (cf. A. Erman, *Ägyptische Grammatik* [«Porta Ling. Or.» XV ⟨^{4}1928⟩]; G. Roeder, *Ägyptische Grammatik* [«Clavis Ling. Sem.» VI ⟨^{2}1926⟩]; A. H. Gardiner, *Egyptian Grammar* [^{3}1957]; Erman-Grapow, *Wörterbuch der ägyptischen Sprache* I-V [1926-1931], y *Die Belegstellen* I-V [1935-1953], condensado en Erman-Grapow, *Ägyptisches Handwörterbuch* [1921; reimpreso en 1961]; G. Steindorff, *Lehrbuch der koptischen Grammatik* [1951]). *Ägyptische Schrift und Sprache,* parte I del tomo I del *Handbuch der Orientalistik* (Leiden 1959).

2. *Lenguas indoeuropeas*

En el este y norte del Próximo Oriente Antiguo han aparecido documentos de diversas lenguas indoeuropeas.

a) *Hitita.* En el año 1906 descubría H. Winckler un extenso archivo de textos cuneiformes durante las excavaciones que se estaban llevando a cabo, por encargo de la *Deutsche Orient-Gesellschaft,* en la colina de ruinas sita junto a la aldea de Bogazkoy, en el interior de Asia Menor, al este de Ankara. Estos textos fueron publicados en las series *Keilschrifttexte aus Boghazköi* (sigla: WBo), en los años 1916-1923; *Keilschrifturkunden aus Boghazköi* (KUB), desde 1922, y *Die Boghazköi-Texte in Umschrift* (BoTU), desde 1922. Entre ellos se encontraron textos en lengua acádica, especialmente tratados internacionales (cf. E. F. Weidner, *Politische Dokumente aus Kleinasien. Die Staatsverträge in akkadischer Sprache aus dem Archiv von Boghazköi* [«Boghazköi-Studien» 8/9 ⟨1923⟩]). Junto a estos textos había otros muy numerosos escritos en la antigua y ya conocida escritura cuneiforme, pero compuestos en una lengua hasta entonces desconocida. A Fr. Hrozný le cupo la gloria de la interpretación; cf. *Die Sprache der Hethiter, ihr Bau und ihre Zugehörigkeit zum indogermanischen Sprachstamm* (1917). A partir de este momento, la investigación ha progresado mediante un gran número de trabajos detallados (cf. la visión general de J. Friedrich, *Hethitisch und «Kleinasiatische» Sprachen [Grundriss der indogermanischen Sprach- und Altertumskunde. Ge-*

schichte der indogermanischen Sprachwissenschaft; II: *Die Erforschung der indogermanischen Sprachen* V, 1 ⟨1931⟩]; J. Friedrich, *Kleinasiatische Sprachdenkmäler* [«Kleine Texte» 163 ⟨1932⟩], y, sobre todo, J. Friedrich, *Hethitisches Elementarbuch,* I: *Kurzgefasste Grammatik* (²1960); II: *Lesesstücke in Transkription mit Erläuterungen und Wörterverzeichnissen* [1946] = *Indogermanische Bibliothek,* I. Abt: *Sammlung indogermanischer Lehr- und Handbücher,* 1 Reihe: *Grammatiken,* 23. Band; J. Friedrich, *Hethitisches Wörterbuch* [1952-54]; *Ergänzungshefte* [Suplemento] 1957-61 = *Indogerm. Bibl.,* 2 Reihe: *Wörterbücher).*

El término «hitita» no se encuentra en los textos antiguos; es una creación de la ciencia moderna que se basa en la conexión histórica entre esta lengua y el reino de *Ḫatti* en Asia Menor (cf. *supra,* pp. 264s), con el cual a su vez está relacionado el gentilicio «heteo» del Antiguo Testamento; el hitita era la lengua oficial de este reino. Por su estructura, el «hitita» pertenece al grupo occidental de las lenguas indoeuropeas, el de las lenguas *centum,* y tiene conexiones particulares con el grupo ítalocéltico. En cuanto al vocabulario, aparece casi completamente aislado; en este aspecto se diría que predomina un substrato lingüístico no indoeuropeo.

b) *Otros dialectos de Asia Menor y del norte de Siria.* Entre los textos cuneiformes de Bogazkoy existen fragmentos de otra lengua, probablemente también indoeuropea, que se hablaba verosímilmente en el sur de Asia Menor. En los textos mismos se la llama «lúvico» (cf. Friedrich, *Hethitisch und «Kleinasiatische» Sprachen,* p. 41); íd., *Altkleinasiatische Sprachen,* en *Handbuch der Orientalistik* (Leiden 1969).

A este contexto pertenece también probablemente la lengua de los «jeroglíficos hititas» del sudeste de Asia Menor y del norte de Siria (cf. *supra,* p. 221), que son más recientes que los textos de Bogazkoy. También en esta ocasión se trata de un dialecto indoeuropeo (cf. Friedrich, *op. cit.,* 94ss). El término convencional de «hitita» aplicado a estos jeroglíficos es inapropiado y desconcertante.

c) *Dialectos indo-iranios.* En la primera mitad del II milenio antes de Cristo aparecen en Mesopotamia ciertos términos técnicos, nombres divinos y nombres de personas que son de procedencia indo-irania; se los ha encontrado en los textos de Bogazkoy y en otras partes, pero no están relacionados con documentos lingüísticos. Sólo mucho más tarde aparece este grupo oriental de las lenguas indoeuropeas (lenguas *satem)* en el Próximo Oriente Antiguo en verdaderos documentos lingüísticos, a saber: las inscripciones persas de los reyes aqueménidas de la segunda mitad del siglo VI a. C. Las inscripciones de los reyes persas encontradas en Susa y en diferentes lugares del Irán son con frecuencia trilingües; junto al babilonio y al elamita *(vide infra)* aparece el persa antiguo. Para estas inscripciones en persa antiguo se desarrolló a partir del cuneiforme antiguo un sistema cuneiforme silábico muy simplificado y con un número de signos extraordinariamente reducido (cf. los textos en F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden* [«Vorderasiatische Bibliothek» III

⟨1911⟩]). Posteriormente, el sistema alfabético se convirtió en la base de la escritura del persa (persa medio); este fenómeno obedece a la expansión de la lengua aramea por todo el Próximo Oriente Antiguo.

3. *Lenguas de origen desconocido*

Se han descubierto otras lenguas, conservadas en su mayoría en escritura cuneiforme, algunas en gran cantidad de textos, otras menos documentadas, cuyas relaciones lingüísticas son todavía oscuras. Casi lo único que podemos decir sobre ellas es que ni pertenecen al grupo de lenguas semíticas ni a la familia de las indoeuropeas, y que, por lo general, tampoco son relacionables entre sí con seguridad.

a) *Sumerio.* En el sur de Mesopotamia se han conservado textos antiquísimos de una lengua de tipo aglutinante, con varios dialectos, que suele llamarse «sumerio» en razón de la antigua denominación de la parte sur de la Baja Mesopotamia. Para esta lengua fue creada la escritura cuneiforme. El sumerio continuó en uso en la literatura sagrada y científica de Mesopotamia, a la manera de una lengua sacra, aún mucho después de que el acádico se hubiera convertido en la única lengua hablada. La población de lengua sumeria de la Baja Mesopotamia fue la transmisora de la antigua cultura de esta región, cuyos efectos perduraron todavía por largo tiempo (cf. A. Poebel, *Grundzüge der sumerischen Grammatik* [1923]; A. Deimel, *Sumerische Grammatik* [^{2}1939]; A. Falkenstein, *Handbuch der Orientalistik* II, 1/2, 1 [1959]).

b) *Elamita.* En el territorio situado al este del curso inferior del Tigris y en la extremidad norte del golfo Pérsico se hablaba una lengua que, debido al nombre de la región, Elam —que aparece también con frecuencia en el Antiguo Testamento—, se llama elamita. Se escribió (aparte algunos textos en una escritura silábica propia del país) en la antigua escritura cuneiforme y aparece en los textos de las inscripciones cuneiformes trilingües de los aqueménidas (cf. *supra),* de un período relativamente tardío, y en diversos documentos lingüísticos cuneiformes (inscripciones, cartas, documentos legales) aun de tiempos muy antiguos (cf. E. F. König, *Corpus Inscriptionum Elamiticarum* [1926ss]; F. Bork, *Elam,* B: *Sprache,* en *Reallexikon der Vorgeschichte* 3 [1925] 70-83).

c) *Hurrita.* En el milenio II a. C. se hallaba bastante extendida por el norte de Mesopotamia y más allá, e incluso por el norte de Siria, una lengua que fue conocida por vez primera mediante una carta de el-Amarna (Knudson, 24), escrita en la antigua escritura cuneiforme, pero no en lengua acádica. En Bogazkoy se encontraron textos escritos en el antiguo cuneiforme y en la misma lengua. Recientemente también han aparecido numerosos textos de esta lengua escritos en cuneiforme y en el alfabeto de Ugarit en *rās eš-šamra.* En los textos de Bogazkoy se llama a esta lengua «hurrita». Su estudio está ahora haciendo grandes progresos (cf. E. A. Speiser, *Introduction to Hurrian* [AASOR 20 ⟨1941⟩]).

d) *Casita.* Por una lista de palabras transmitidas en el cuneiforme antiguo, y a través de las explicaciones acádicas de los nombres de reyes, conocemos algo sobre la lengua de las tribus llamadas en acádico *Kaššu.* Procedían de los montes del noroeste del Trigis inferior, y durante cierto período representaron un papel en la historia de Mesopotamia (cf. *infra,* página 252). Sobre la lengua, cf. Friedrich Delitzsch, *Die Sprache der Kossäer* (1884).

e) *Urarteo. Urartu,* el Ararat del Antiguo Testamento, es el nombre antiguo de la actual región montañosa de Armenia. Poseemos varias inscripciones de la primera mitad del milenio I a. C. escritas con el antiguo cuneiforme en la lengua del país (cf. C. F. Lehmann-Haupt, *Corpus Inscriptionum Chaldicarum* [13], fasc. 1-4 [1928-1935]; F. W. König, *Handbuch der chaldischen Inschriften* [AfO Beiheft 8, I-II ⟨1955-57⟩]). Sobre la lengua, cf. J. Friedrich, *Einführung ins Urartäische* [MVÄG 37, 3 ⟨1933⟩]). Al parecer, existen ciertas relaciones lingüísticas entre el urarteo y el hurrita (cf. J. Friedrich, *Kleine Beiträge zur churritischen Grammatik* [MVÄG 42, 2 ⟨1939⟩ 59ss]).

f) *Protohitita.* Entre los textos de Bogazkoy se ha descubierto una serie de documentos en una lengua que pertenece sin duda a un estadio anterior al del «hitita» (cf. *supra,* pp. 241s) en la historia lingüística de Asia Menor; es posible que fuera la lengua nativa de la población aborigen del interior de Asia Menor; en los textos de Bogazkoy se llama «jática» [14] (cf. J. Friedrich, *Hethistisch und «Kleinasiatische» Sprachen,* 42ss).

[13] Lehmann-Haupt emplea el calificativo de «chaldisch» (cáldico) refiriéndose a los reyes del país que veneraban al dios *Haldi.*

[14] El término «jático» es lo mismo que «hitita». Según los textos de Bogazkoy, este término corresponde en realidad a la población primitiva preindoeuropea. Sin embargo, dado que el término «hitita» se emplea ya convencionalmente para indicar la principal lengua indoeuropea de Asia Menor, se ha escogido la variante puramente formal de «jático» para designar la lengua más antigua, o cuando se quiere señalar con mayor claridad la diferencia, se habla de «protojático».

Capítulo V

PUEBLOS

XXXII. Razas

Sobre las razas representadas en el Antiguo Oriente se poseen hasta el momento pocos datos seguros y será también difícil lograrlos. Desde tiempos remotos se fueron sucediendo en el Próximo Oriente innumerables movimientos de pueblos; si a estos movimientos añadimos las sucesivas oleadas humanas que cubrieron en tiempos históricos esos territorios, resulta imposible sacar de la actual situación racial conclusiones aplicables a la Antigüedad. Además, a juzgar por nuestros conocimientos históricos, en el Antiguo Oriente no existían grupos humanos de importancia en estado de aislamiento, sino que las distintas partes de este territorio vivían en relaciones recíprocas muy variadas; por ello hay que distinguir netamente entre los agrupamientos de lenguas y las conexiones raciales; en consecuencia, el conocimiento de las lenguas o de los diferentes grupos lingüísticos del Antiguo Oriente no nos asegura la explicación de la existencia y extensión de razas determinadas. Por tanto, sólo los estudios antropológicos basados en las mediciones de esqueletos bien situados en lo que se refiere al tiempo y al espacio podría ofrecer resultados ciertos en el oscuro problema de las razas. Pero actualmente sólo disponemos de estudios aislados sobre este punto, cuando sería necesaria toda una serie sistemática de observaciones. Las representaciones figurativas humanas estereotipadas de las antiguas obras de arte nos ofrecen solamente sucedáneos muy limitados, puesto que no nos permiten fijar medidas. Teniendo en cuenta toda esta serie de factores, nos atrevemos con toda precaución a decir que en el Antiguo Oriente existían todas aquellas razas que están aún representadas entre la población actual de la región (cf. F. von Luschan, *Völker, Rassen, Sprachen* [1922] 55ss; C. U. A. Kappers, *Introduction to the Anthropology of the Near East in Ancient and Recent Times* [1934]).

Prescindiendo de los negros, que sólo en cuanto vecinos de Egipto intervinieron a veces en la escena del Próximo Oriente, situados como estaban en sus bordes, nos encontramos en primer lugar con los representantes de la raza mediterránea, dolicocéfala, de tez cetrina y estatura corta, concretamente con la subraza africana de Norteáfrica, Egipto incluido, y

la subraza oriental del sudoeste de Asia, llamada generalmente raza oriental. Junto a ella está la raza que Von Luschan llama armenoide y que podría llamarse sencillamente asiática sudoccidental, de tez también oscura, pero braquicéfala con la región occipital aplastada; está representada sobre todo en las partes septentrionales del Próximo Oriente, en el norte de Siria y en las cadenas montañosas del norte y del nordeste. Finalmente, aparece también la raza nórdica o aria (el fenómeno de la presencia de lenguas indoeuropeas en el Antiguo Oriente puede quizá utilizarse con toda precaución en este contexto); probablemente esta raza no representaba una parte muy importante de la población del Antiguo Oriente.

XXXIII. Pueblos históricos

El concepto de pueblo va siempre unido al de historia. Pueblos son las uniones de grupos humanos que aparecen colectivamente en la acción histórica y de este modo se convierten en elementos constituyentes del acontecer histórico, sin que por ello deban pertenecer a una raza común. Conocemos los pueblos históricos del Antiguo Oriente en la medida en que penetramos en su historia mediante los documentos escritos que del Próximo Oriente Antiguo conservamos. Puesto que normalmente, si bien no necesariamente, todo pueblo tiene una lengua común, el estudio de las lenguas del Antiguo Oriente (XXX, XXXI) puede contribuir al conocimiento de los pueblos de esta área. Finalmente, cada pueblo posee un modo característico de formar los nombres personales, de tal manera que sus miembros pueden ser identificados a menudo por sus nombres; lo mismo sucede con el traje, las costumbres, etc.

1. *Pueblos del valle del Nilo*

Desde tiempos prehistóricos vivía en las tierras cultivables del Nilo el pueblo de los *egipcios*. Su imagen nos ha quedado plasmada en numerosas estatuas de bulto redondo, en relieves y en pinturas; véanse, por ejemplo, las numerosas ilustraciones en G. Steindorff, *Die Kunst der Ägypter* (1928), y AOB^2 1-26ss. En los relieves y pinturas, los egipcios están representados siempre de perfil; aparecen como figuras esbeltas, con rasgos proporcionados y nariz recta, tipos que todavía pueden encontrarse fácilmente en Egipto. Los hombres no llevan normalmente barba, pero al menos los reyes y los nobles se ponían barbillas artificiales, sin duda como sucedáneo de una antigua moda de llevar barba.

Semejantes a los egipcios eran las tribus libias del limítrofe desierto occidental y de sus oasis, que amenazaban a menudo las tierras del Nilo y a veces se asentaron más o menos pacíficamente al lado de los egipcios en la tierra cultivable. Se representa a sus hombres habitualmente con un tocado de dos plumas, patillas y barbillas apuntadas, un bucle en cada lado

y con sus característicos tatuajes en el cuerpo (cf. AOB² 1; ANEP 1.2.7.8; Steindorff, *op. cit.*, 277).

Al sur del Egipto propiamente dicho, que llega hasta la primera catarata del Nilo, en los alrededores de la actual Asuán, está situado, a ambos lados del Nilo, el territorio de las tribus *nubias;* el centro de Nubia era la región donde el Nilo forma una curva en forma de *S,* más arriba de la segunda catarata. Los antiguos egipcios llamaban *KŠ* a Nubia *(Kuš* en el Antiguo Testamento). Los nubios, a quienes griegos y romanos llamaron «etíopes», con un nombre que originalmente no tiene nada que ver con los habitantes de Abisinia, los cuales viven mucho más al sur, son tribus étnicamente relacionadas con Egipto; su territorio era importante para los egipcios como lugar de paso hacia los tesoros del Sudán, más hacia el sur, Nilo arriba, donde vivían poblaciones de raza negra. Los egipcios representaron a menudo figurativamente a negros (cf. AOB² 1; ANEP 4.6.8; Steindorff, *op. cit.,* 288); Breasted-Ranke, *Geschichte Ägyptens* [«Grosse Illustrierte Phaidon-Ausgabe» ⟨1936⟩] lám. 267.309); solían también representar a los pueblos que vivían a lo largo del Nilo, al sur de Egipto, de un modo generalizado y ciertamente incorrecto, con los típicos rostros de negros, sin barba y con grandes zarcillos en las orejas, especialmente en las mencionadas *(supra,* p. 216) listas estereotipadas de conquistas en países extranjeros (cf., por ejemplo, Mariette, *Karnak* [1875] lám. 27d), incluyendo entre ellos a los nubios, que ciertamente no eran negros y lo más que podían tener era algún contacto o mezcla con las vecinas tribus negras que vivían al sur de ellos.

2. *Pueblos de Mesopotamia*

Ya de antiguo, Mesopotamia se vio mucho más afectada por toda clase de movimientos de pueblos que el valle del Nilo, que está geográficamente bastante más aislado. Por tanto, el mapa de la población es aquí mucho más abigarrado que en Egipto. La extensa llanura fluvial del curso inferior del Éufrates y Tigris, la parte meridional de Mesopotamia, el *ʿirāq* en sentido estricto (cf. *supra,* pp. 198s), aparece unida en los textos antiguos del país bajo el nombre de *Sumer* y *Acad;* aquél designa la parte meridional, éste la parte norte. En *Sumer* se hablaba ya en tiempos remotísimos una lengua que, por el país, se llama sumerio (cf. *supra,* p. 243), y los que la hablaban, *sumerios.* En las más antiguas representaciones de esta parte meridional del *ʿirāq* aparece un tipo de hombre unas veces con barba y otras sin ella, de nariz puntiaguda prominente y frente hundida; en una palabra: con aspecto de pájaro; este tipo humano es el de los sumerios (cf. E. Meyer, *Sumerier und Semiten in Babylonien* [APAW Phil.-Hist. Kl. 3 ⟨1906⟩], así como las ilustraciones en AOB² 2.4.44.528.530s; ANEP 18-24). Los sumerios, que probablemente no eran autóctonos en el sur de Mesopotamia, pero cuya procedencia tampoco podemos averiguar con certeza, fueron los portadores de una cultura fecunda y elevada; la idea del orden representaba un importante papel en su vida y en su pen-

samiento. Igual que los egipcios en el valle del Nilo, los sumerios cuidaron de regar regularmente los terrenos aluviales en que vivían; desarrollaron una vida realmente próspera en sus ciudades y veneraron en sus santuarios a dioses cósmicos y astrales y a diosas de la fertilidad con un culto altamente elaborado.

Al norte de ellos, en el país de *Acad,* estaba asentado, por lo menos desde el comienzo del III milenio a. C. (hasta aquí llegan los documentos que lo prueban), el pueblo que, según el hombre del país o de su más importante ciudad en un determinado período (cf. *supra,* pp. 235s), llamamos de los *acadios.* Este pueblo hablaba la lengua semítica «acádica» (retrato de un acadio con la nariz ligeramente encorvada, con bigote y barba completa, en AOB² 3). A mediados del III milenio aparecen los acadios por primera vez en la historia. Desde muy pronto adoptaron los elementos esenciales de la cultura sumeria, pero consiguieron el predominio en la historia, y su lengua se fue imponiendo en toda la Baja Mesopotamia en el uso ordinario. Por otra parte, podemos preguntarnos si los acadios del III milenio constituían realmente una entidad uniforme. Algunas particularidades observadas en la lengua «acádica» y en los nombres personales «acádicos» de aquel período permiten suponer que en el curso del III milenio tuvo lugar una migración fundamental en Mesopotamia de nuevos elementos semíticos (cf. W. von Soden, «Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes» 56 [1960] 185ss), que hasta el momento no hemos podido explicar satisfactoriamente.

Mucho más claro está el hecho de una nueva oleada migratoria que está documentada a comienzos del II milenio por numerosísimos nuevos nombres personales que no son en absoluto acádicos, sino «semítico-occidentales» (en el sentido expuesto *supra,* p. 239). Los portadores de estos nombres aparecen en la Baja Mesopotamia y en parte también en el Éufrates medio y en sus dos afluentes *(nahr belīḫ* y *ḫābūr).* Especialmente los textos de Mari (cf. pp. 220s) han mostrado que esta nueva población representó un papel histórico importante en la región del Éufrates medio. Los textos de Mari, que proceden de estos grupos de emigrantes, conservan varias palabras no acádicas, formas y expresiones lingüísticas que se encuentran en el dialecto babilónico antiguo hablado por ellos, y que hemos de considerar como huellas de su lengua ancestral. Los recién llegados procedían del desierto Siro-Arábigo, se sedentarizaron en las tierras cultivables de Mesopotamia y, al menos para sus comunicaciones escritas oficiales, adoptaron la escritura y la lengua de la región, sin perder por ello el contacto con sus congéneres que merodeaban por los bordes de la tierra cultivable y por el desierto (cf. J.-R. Kupper, *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari* [Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, fasc. CXLII ⟨1957⟩]). Nos es desconocida la autodesignación original de esta población de emigrantes, históricamente importantes, y no debemos esperar dar con ella. Se han propuesto diversos nombres: Th. Bauer, *Die Ostkanaanäer* (1926), llama a estos emigrantes «cananeos orientales» *(Ostkanaanäer)* porque estima que sus nombres personales son particularmente «cananeos». Por

lo general, especialmente en las publicaciones científicas en lengua inglesa, se prefiere el nombre de «amorreos» *(Amorites)* en razón del término acádico «Amurru» para designar el «Occidente» (cf. *supra,* p. 73). Probablemente estas denominaciones, tanto una como otra, son inapropiadas. Las particularidades de sus nombres personales y las pocas huellas reconocidas de su lengua ancestral indican que nos encontramos ante los precursores de emigrantes que aparecieron más tarde como «arameos» en el Éufrates y en Siria-Palestina; podríamos, pues, llamarlos «protoarameos» (cf. M. Noth, *Die Ursprünge des alten Israel im Lichte neuer Quellen* [«Arbeitsgemeinschaft für Forschung des Landes Nordrhein-Westfalen. Geisteswissenschaften» 94 ⟨1961⟩]) *. En las pinturas murales del palacio real del *tell ḥarīri* (cf. p. 262) se han encontrado representaciones de la población de Mari; aparecen en parte sin barba y en parte con una tupida barba completa, tocados a menudo con un gorro llamativamente alto, con larga y encorvada nariz y una boca relativamente grande (cf. A. Parrot, *Mission archéologique de Mari.* II: *Les Palais. Peintures murales* [1958] frontispicio, figs. 18-19, 70-71, láms. V, 2; VI, VIIIss, XIX, XXIII, etc.).

Durante la primera mitad del milenio II a. C., en el curso de los acontecimientos históricos, se constituyeron los pueblos que, bajo los nombres de babilonios y asirios, han representado un importante papel en la historia. Con la I Dinastía de Babilonia (cf. *infra,* p. 261), la ciudad de Babilonia se convirtió en el centro político de la Mesopotamia del sur. Con ello aparecen en la historia los *babilonios,* que ahora pueden ser ya descritos como pueblo. Los diversos grupos más antiguos de la Baja Mesopotamia se fundieron en este pueblo: los sumerios de las ciudades del sur; los acadios, que vivían al norte de éstos, y por fin los recién llegados «protoarameos», cuyas particularidades en la formación de los nombres personales y características lingüísticas se fueron perdiendo paulatinamente. Prevaleció la lengua de los acadios, pues el babilonio es, en sus diversos estadios (babilonio antiguo, medio, reciente), una evolución del acádico. En el dominio de la religión y del culto, es decir, en la concepción de la vida siguieron marcando la pauta las tradiciones sumerias (representaciones de babilonios con melena y barba crecida muy cuidada pueden verse en AOB^2 142 y ANEP 454). Una vez más, en el período tardío de la historia de Babilonia, tribus procedentes del desierto Siro-Arábigo consiguieron un puesto de relieve en Babilonia y enriquecieron a la población babilónica con un nuevo ingrediente demográfico; éstos eran los *caldeos* [15]. Pertenecían probablemente a la gran familia aramea de pueblos y habían sido sedentarios, en la primera mitad del milenio I a. C., al oeste del curso más bajo del Éufrates y de la extremidad norte del golfo Pér-

* Véase, para la parte arqueológica del problema, K. M. Kenyon, *Amorites and Canaanites,* Oxford Univ. Press, Londres 1966 (N. del E.).

[15] El Antiguo Testamento emplea para designarlos el nombre originario *kaśdīm.* Puesto que en acádico existe una ley fonética según la cual las sibilantes que preceden inmediatamente a una dental cambian en /l/, *Kaldû* y sus derivados representan una forma secundaria acadizada del nombre.

sico. En el siglo VII a. C. aparecieron en Babilonia, representando un importante papel histórico (cf. *infra,* p. 262).

La situación étnica de la región situada más arriba, en las riberas del Tigris, difiere de la que hemos hallado en la Baja Mesopotamia. De este territorio no muy extenso a ambos lados del río, aproximadamente desde la actual *mōṣul* hacia abajo y por el lado oriental de este río hasta las estribaciones de las montañas del Irán, procedieron las más fuertes y duraderas influencias sobre la historia del Antiguo Oriente; porque aquí vivían los *asirios*. Los asirios hablaban un dialecto del acádico y provenían de una rama de los acadios que se estableció a lo largo del Tigris medio; de los acadios, que vivían más al sur, recibieron los elementos esenciales de la antigua cultura sumeria. Pero como pueblo tenían una composición diferente de la de los babilonios, que sucedieron a los sumerios en el sur. También entre los asirios el elemento acádico impuso su lengua, pero sin duda prevaleció en la mezcla la población preasiria de la región del Tigris medio, a la que en el decurso del tiempo se fueron añadiendo muchos y variados grupos de poblaciones nuevas (cf. W. von Soden, *Der Aufstieg des Assyrerreichs als geschichtliches Problem* [«Der Alte Orient» 37 ⟨1937⟩ 1/2]). Estos elementos de población eran, sin duda, gentes de las vecinas montañas iranias y grupos de hurritas, que nos son conocidos por su lengua particular (cf. *supra,* p. 242) y que se mezclaron con los asirios quizá ya en el III milenio o por lo menos en el II. Probablemente hay que poner esta composición especial del pueblo asirio en relación con su temperamento particular, que, a diferencia del babilónico, era extremadamente agresivo y guerrero, lo cual hizo de ellos el mayor pueblo conquistador de todo el Antiguo Oriente antes de la aparición de los persas. Por las numerosas representaciones de la primera parte del I milenio, sobre todo, nos es muy familiar el tipo asirio, con su gran nariz aquilina, su abundante y bien cuidada cabellera, su larga y también mimada barba completa y su fuerte musculatura (cf. AOB^2 5, 116ss, 130ss; ANEP 366ss).

Además de los mencionados elementos que pasaron a formar parte del pueblo asirio debemos considerar como auténtico pueblo a los *hurritas* en razón de la expansión de su lengua y de sus nombres personales. Los hurritas, cuya región central estaba situada en la Mesopotamia superior, pero que se extendieron también por Siria y Asia Menor oriental, tuvieron su importancia histórica como pueblo independiente (cf. A. Götze, *Hethiter, Churriter und Assyrer* [Instituttet for Sammenlignende Kulturforskning ⟨Oslo⟩ Ser. A XVII ⟨1936⟩]). A menudo se ha identificado a los hurritas con los «subarteos» de la tradición mesopotámica, designándolos también con este nombre; así lo hace especialmente A. Ungnad en su libro *Subartu* (1936), que presenta abundante material sobre la lengua, sobre las características de los nombres personales y sobre las divinidades de los hurritas. En realidad, la tradición cuneiforme conoce desde los tiempos más antiguos un país de Subartu, al norte de Babilonia, cuyo nombre, en la esquemática geografía babilónica, especialmente en los textos de presagios, designa simplemente «las regiones del norte»; sus habitantes

se denominan «subarteos», con el ya antiguo nombre propio de la etnia. Sin embargo, a juzgar por los nombres personales que de ellos conservamos, estos «subarteos» difícilmente podían ser hurritas; pertenecían más bien, con toda probabilidad, al conjunto de los pueblos montañeses de los bordes de Mesopotamia. De ellos hemos de separar a los hurritas, mucho más importantes históricamente (cf. especialmente I. J. Gelb, *Hurrians and Subarians* [«Studies in Ancient Oriental Civilization» 22 ⟨1944⟩]). No tenemos ninguna prueba de que ellos se designaran a sí mismos con el gentilicio de hurritas; sin embargo, su extendida lengua aparece en los textos de Bogazkoy con el nombre de «hurrita»; además, los egipcios de la segunda mitad del II milenio conocen un pueblo de Asia sudoccidental al que llaman lo mismo que a su país, *ḫr* (ejemplos en M. Burchardt, *Die altkanaanäischen Fremdworte und Eigennamen im Ägyptischen* II, 38, núm. 732); de este apelativo derivaron los egipcios un nombre general y vago para toda la región asiática de sus inmediaciones (cf. W. M. Müller, *Asien und Europa nach altägyptischen Denkmälern* [1893] 148ss). Finalmente, también el Antiguo Testamento conoce a los hurritas bajo el nombre de *ḥori* (joritas), como un elemento de la población preisraelita de Palestina, sin tener, naturalmente, una idea exacta del país y de la expansión de los hurritas en Asia sudoccidental, de los cuales, como máximo, sólo algunos elementos dispersos habrían llegado a Palestina. Los hurritas hablaban la lengua hurrita (cf. *supra,* p. 243) y parecen haber sido los primeros representantes de la cultura particular descrita anteriormente, en página 209. Los hurritas no pertenecían al conjunto más antiguo de los pueblos del Próximo Oriente; penetraron en él desde fuera. Comienzan a aparecer en su territorio central del norte de Mesopotamia en los comienzos del II milenio. Probablemente penetraron en la Mesopotamia superior, extendiéndose luego a partir de allí, procedentes de las montañas situadas al este y al nordeste del Antiguo Oriente.

Es importante destacar el hecho de que entre los hurritas de Mesopotamia se distingue una clase de señores de origen *indo-iranio.* Esta clase señorial no parece estar en conexión en todas partes con la aparición de los hurritas; así, las excavaciones americanas descubrieron una ciudad antigua en la colina de ruinas *yorghan tepe,* al sudoeste de la actual *kerkūk,* en la región al este del Tigris, al sudeste del territorio primitivo de los asirios, que en el II milenio se llama *Nuzu* (cf. un compendio en V. Christian, *Altertumskunde des Zweistromlandes* I, 27s). En esta época la ciudad estaba habitada por hurritas, como lo prueban las numerosas tablillas cuneiformes escritas en acádico allí encontradas, pero no existe indicio alguno de que hubiera en Nuzu una clase señorial indo-irania. No sabemos tampoco si la nobleza indo-irania de los hurritas mesopotámicos emigró con ellos o si sólo posteriormene los sometió ya en Mesopotamia. Unicamente podemos dar como seguro que estos indo-iranios se hallaban presentes allí durante el II milenio; sabemos esto, en primer lugar, por los nombres personales netamente indo-iranios que aparecen en el conjunto de estos hurritas y, además, por las divinidades indo-iranias especiales que allí se adoraban. Estas divinidades aparecen como testigos del juramento

en un contrato hallado entre los textos de Bogazkoy (cf. E. F. Weidner, *Politische Dokumente aus Kleinasien* [1923] n.° 1 Rs., líneas 55s); otra prueba la tenemos en la serie de expresiones técnicas que de ellos proceden, como la designación de la nobleza militar con el término *maryannu,* que aparece en textos acádicos y egipcios (cf. Burchardt, *op. cit.,* 25, número 470). Es importante, en relación con este último punto, una obra encontrada entre los textos de Bogazkoy que trata del cuidado de los caballos de carreras, compuesta por un hombre llamado Kikkuli, natural de la región hurrita mesopotámica, que contiene varios términos técnicos indo-iranios (A. Kammenhuber, *Philologische Untersuchungen zu den «Pferdetexten» aus dem Keilschriftarchiv von Boghazköy* [«Münchener Studien zur Sprachwissenschaft» 2 ⟨1952⟩ 47-120]). Esto muestra al mismo tiempo que el adiestramiento del caballo de silla y de tiro, que desde mediados del II milenio adquirió una gran importancia en todo el Oriente Antiguo, especialmente para la táctica guerrera, fue muy cuidado entre estos hurritas o su clase señorial indo-irania, pasando de aquí a otros pueblos, aun cuando, al parecer, se conocía el caballo en todo el Antiguo Oriente ya desde el III milenio [16].

Finalmente debemos mencionar algunos pueblos que vivían en los bordes de Mesopotamia, pero que de cuando en cuando intervinieron de modo más o menos decisivo en la historia de esta región. En el lado norte y nordeste del golfo Pérsico hasta el interior de las montañas iranias vivían, desde los tiempos más remotos, *los elamitas,* vecinos inmediatos de Babilonia. Poseían una lengua especial (cf. p. 243) y nombres personales y de divinidades propios (representaciones de elamitas en ANEP 25, 30, 168, 204). A menudo dieron bastante que hacer a los habitantes de Babilonia y se consideraban sus iguales, de modo que la lengua elamita aparece en las inscripciones trilingües de los reyes aqueménidas persas. Su ciudad más importante, a la vez que capital, era Susa *.

Como vecinos de Mesopotamia, otros pueblos de las montañas iranias y de las tierras del interior del Irán, al norte de Elam, irrumpieron también en la historia del Próximo Oriente Antiguo. En el II milenio se destacan sobre todo los *casitas,* con una lengua de la que sólo nos quedan vestigios (cf. p. 244) y con nombres personales característicos, que durante largo tiempo descollaron en la historia de Babilonia como una clase señorial de invasores.

En las tierras montañosas de Armenia, al norte de Mesopotamia, encontramos al pueblo de los *urarteos,* cuya lengua conocemos (cf. *supra,*

[16] M. Mayrhofer, *Zu den arischen Sprachresten in Vorderasien:* «Die Sprache» 5 (1959) 77-95, presenta un cuidadoso estudio de los nombres indo-iranios y de los elementos lingüísticos del antiguo Próximo Oriente que es, al mismo tiempo, una advertencia contra tesis y conclusiones precipitadas.

* En esta ciudad, también muy importante en la época aqueménida, realiza en la actualidad excavaciones arqueológicas una misión francesa (cf. J. Perrot, A. Le Brun y A. Labrousse, *Recherches archéologiques à Suse et en Susiane en 1969 et en 1970:* «Syria» 48 [1971] 21-51). Sobre los elamitas, véase W. Hinz, *Das Reich Elam,* W. Kohlhammer, Stuttgart 1964 (N. del E.).

página 244). Durante la primera mitad del I milenio se asoman a veces a la escena de la historia [17]. Sobre su prehistoria nada sabemos.

Por fin, en la segunda mitad del siglo VII a. C. aparecen los *medos,* y en la segunda mitad del siglo siguiente, los *persas;* irrumpen decisivamente en la historia de Mesopotamia desde las tierras montañosas del Irán y participan resueltamente en los destinos del Antiguo Oriente.

3. *Hititas*

Durante el II milenio vivió en Asia Menor el pueblo de los hititas. Los estudios lingüísticos (cf. *supra,* pp. 241s y 244) demuestran que estamos de nuevo ante una casta de señores de lengua indoeropea que dominó a una población aborigen no indoeuropea. Esta población aborigen, que en los restos de su lengua llegados hasta nosotros es llamada «jática» (= protojática), pero que, en realidad, debe llamarse hitita, dio nombre a la población entera. Sin embargo, la casta de los señores consiguió imponer su lengua, al menos en los asuntos oficiales y en gran medida en la vida religiosa. Después de la desaparición de los hititas de la historia, hacia el 1200 a. C., se establecieron en Asia Menor otros elementos indoeuropeos, especialmente los frigios. Pero entonces Asia Menor desaparece del primer plano de la historia del Antiguo Oriente y sólo en época persa o helenística volverá a adquirir importancia. En las montañas que bordean el Asia Menor se mantuvieron a través de estos cambios históricos bastantes elementos de la población autóctona, pero no lograron ninguna significación histórica de importancia.

4. *Pueblos de Siria y Palestina*

La situación etnográfica de Siria y Palestina es complicada. No se puede hablar de pueblos en esta región casi hasta el final de la Edad del Bronce. No es una casualidad que no se nos haya conservado para este período el nombre de ningún pueblo autóctono de Siria y Palestina; no se encuentran tales nombres ni en la tradición nativa ni en las narraciones de los grandes países vecinos. Todas las denominaciones que se refieren al conjunto de Siria-Palestina o a alguna de sus partes, o también a sus habitantes, designan entidades «estatales» o nombres de grupos reducidos que en el uso posterior fueron extendiéndose más o menos y perdiendo paralelamente precisión y claridad. Ninguno de estos términos es un genuino nombre de pueblo aplicable a Siria-Palestina (cf. A. Alt, *Völker und Staaten Syriens im frühen Altertum* [«Der Alte Orient» 34 ⟨1936⟩ 4] = *Kl. Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* III ⟨1959⟩ 20-48).

[17] Fueron en su país los predecesores de los armenios, los cuales hablan un idioma indoeuropeo. El nombre de Armenia no deriva de estos armenios, sino que se aplicaba al territorio ya en el III milenio, como consta por documentos (cf. H. A. Rigg: JAOS 57 [1937] 416ss).

La naturaleza de esta región, tan rica en contrastes geográficos y en dificultades de comunicación, favorecía de tal modo la vida aislada de grupos más o menos pequeños, que éstos no consiguieron formar unidades mayores en el curso de los acontecimientos históricos o, más bien, ni siquiera la intentaron. Sólo la lengua constituyó un cierto vínculo de unidad en los tiempos históricos; diversos dialectos del cananeo (cf. *supra,* pp. 236s) se hablaban en extensas zonas del territorio. Pero aun esto ha de aceptarse con limitaciones y dice muy poco de una unidad étnica primitiva de la población siro-palestinense. En el norte de Siria está atestiguada, por los textos de *rās eš-šamra,* la lengua hurrita como lengua hablada; además, el estudio de los antiguos nombres topográficos del país (cf. A. Alt, *op. cit.,* 9ss.25ss) muestra que, en todo el territorio, pero especialmente en la Siria central y del norte, los topónimos no cananeos e incluso no semíticos eran muy numerosos; esto quiere decir que los antiguos fundadores de estos asentamientos no eran en gran parte cananeos, sino que quizá procedían en parte de la población primitiva de Asia Menor [18]. Posiblemente el cananeo, lengua comercial de las grandes ciudades de la costa, se extendió sólo secundariamente más allá de su ámbito primitivo; quizá también en parte consiguió irse imponiendo a elementos originariamente no cananeos mediante el empleo de la escritura alfabética. Por ello no puede argumentarse a partir del amplísimo uso de la lengua cananea para explicar las condiciones étnicas de la población de Siria-Palestina. Habría que pensar en una población muy mezclada, sobre todo considerando que Siria-Palestina fue durante mucho tiempo una tierra de paso (cf. *supra,* pp. 201s). Además, las mismas características del país aislaban y separaban a partes de la población que estaban relacionadas étnicamente. Puede considerarse como la primera unidad histórica de Siria-Palestina a los pobladores de las ciudades costeras, especialmente de la Siria central. Por ser habitantes de ciudades portuarias, difícilmente podían constituir una unidad étnica; pero la facilidad de las comunicaciones mediante la navegación costera y sus relaciones comunes con el mar y con los demás pobladores del Mediterráneo oriental, es decir, sus intereses comunes, crearon sin duda cierta unión entre ellos, aun cuando no se hable mucho de sus actividades en común.

Esta división de Siria-Palestina cambió hacia el 1200 a. C. con la aparición de las tribus de lengua aramea, procedentes del desierto oriental, en el interior de Siria-Palestina. Estas tribus, una vez sedentarizadas en las tierras de labor, constituyeron pueblos individuales, cuya actividad fue decisiva para la historia de Siria y de Palestina hasta que, a partir del siglo VIII, fueron cayendo víctimas de las conquistas extranjeras. Los edomitas, moabitas y ammonitas, establecidos al sur y al este de la gran depresión siria, pertenecían a este conjunto de pueblos; igualmente, los israelitas, establecidos al oeste de la depresión. De entre ellos, al menos los

[18] La aparición de las inscripciones jeroglíficas «hititas» en el norte de Siria y en Hamat, en Siria central, hasta en el I milenio indica la presencia de elementos que hablaban una lengua indocuropea.

israelitas y los moabitas adoptaron el dialecto cananeo autóctono. Estos pueblos ocuparon extensas partes del país que hasta entonces no habían estado colonizadas; lo cual ocurrió sobre todo al este de la depresión, pero también al oeste. Los habitantes primitivos de otras zonas fueron poco a poco asimilados por estos pueblos.

Mientras las ciudades de la costa conservaron su antigua población prácticamente inalterada, estas tribus recién venidas se establecieron en el interior de la Siria central y septentrional, especialmente en las zonas que antes apenas estaban habitadas, constituyendo el pueblo de los *arameos* en sentido estricto. Estos no sólo conservaron su ancestral lengua aramea, sino que, al parecer, mantuvieron vivo el sentimiento de su unidad étnica; así, aun cuando formaron varios Estados independientes (cf. *supra,* páginas 95s), todos conservaron el nombre general de *'Aram* para designar su Estado particular. El Antiguo Testamento menciona *'Aram Nah^{a}rayim, 'Aram Soba, 'Aram Bet-R^{e}ḥob, 'Aram Dammeseq.* Además, en los primeros siglos del milenio I a. C. observamos diversas tentativas para unir políticamente al conjunto del pueblo arameo; en la estela encontrada junto a Alepo (cf. *supra,* pp. 229s), un tal Ben-Hadad, que es idéntico al Ben-Hadad de Damasco de 1 Re 15,18ss, se designa «rey de Aram» (así aparece también en el Antiguo Testamento). Algunos de los antiguos pobladores del país mantuvieron su identidad al lado o en medio de los arameos; tal es el caso de los que conservaron el uso de los «jeroglíficos hititas». Otros se mezclaron con los arameos.

La aparición de los filisteos y de los «Pueblos del Mar», relacionados con ellos, en las costas de Palestina —también hacia el 1200 a. C.— no logró cujar en el cuadro de un pueblo. Estos elementos, procedentes del ámbito mediterráneo desde bases que desconocemos y llegados por caminos probablemente diferentes, pero que no podemos señalar, se impusieron, probablemente como una reducida clase señorial, a la población «cananea» primitiva de la llanura costera palestinense y quizá también de la llanura de Esdrelón, siendo asimilados muy pronto por aquella población autóctona. El «asdodeo», que se hablaba en la antigua Filistea en tiempos de Nehemías (Neh 13,14), no era probablemente el habla antigua de los filisteos, sino un dialecto cananeo.

Capítulo VI

ESTADOS

XXXIV. Las grandes potencias

Los pueblos del Próximo Oriente Antiguo, como todos los pueblos del mundo que han actuado en la historia, fueron desarrollando, cada uno a su modo, determinadas formas de gobierno; dentro de esta estructura estatal se llevaron a cabo las actividades históricas que integran la agitada historia del Antiguo Oriente. Obras sobre el conjunto de la historia antigua oriental: E. Meyer, *Geschichte des Altertums* I, 1 ([5]1925); I, 2 ([4]1921); II, 1 ([2]1928); II, 2 ([2]1931, ed. por H. E. Stier); III ([2]1937, editado por H. E. Stier); *The Cambridge Ancient History* (extensa exposición de la historia con la colaboración de muchos autores) I-III (1923ss); para un determinado período, F. Bilabel, *Geschichte Vorderasiens und Ägyptens vom 16.-11. Jahrhundert v. Chr.* («Bibliothek der Klassischen Altertumswissenschaft» 3 [1927]); brevemente resumida, A. Scharff y A. Moortgat, *Ägypten und Vorderasien im Altertum* («Weltgeschichte in Einzeldarstellungen» [1950]), y, excluido Egipto, R. Kittel, *Die Völker des vorderen Orients* («Propyläen-Weltgeschichte» I [1931] 409-568); L. Delaporte, *Geschichte der Babylonier, Assyrer, Perser und Phöniker* («Geschichte der führenden Völker» 3 [1933] 175-333).

1. *El Estado egipcio*

Sobre la historia de Egipto, cf. J. H. Breasted, *History of Egypt* (Nueva York [Scribner, edic. rev.] 1942); en alemán, *Geschichte Ägyptens* (trad. de H. Ranke, *Grosse illustrierte Phaidon-Ausgabe* [1911], con un suplemento de fotografías: *Die ägyptische Kunst* [1936]); más breve, G. Steindorff, *Geschichte Ägyptens* («Propyläen - Weltgeschichte» I [1931] 289-406); H. Junker, *Geschichte der Ägypter* («Geschichte der führenden Völker» 3 [1933] 1-174). J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt* I-V (1906-07), presenta las fuentes históricas egipcias en traducción inglesa.

El sacerdote egipcio Manetón, en su obra Αἰγυπτιακὰ ὑπομνήματα, escrita en los comienzos del siglo III a. C. y preservada fragmentaria-

mente en Josefo y en otros autores, compiló lo que conocía de la milenaria historia de Egipto. Siguiendo su sistema, la historia de Egipto se divide en reinados, y éstos se agrupan a su vez en 30 dinastías hasta la conquista de Alejandro Magno. Por lo general, estas 30 dinastías corresponden a la antigua y auténtica tradición. Además, tomando como base los períodos principales y algunos puntos culminantes de la historia egipcia, se habla de Imperio Antiguo, Imperio Medio e Imperio Nuevo; luego se habla del Período Reciente y del Período Tolemaico.

Según Manetón, abre la lista de reyes de la dinastía I un cierto Menes (principios del III milenio, probablemente siglo XXIX a. C.), que unió en sus manos la soberanía sobre todo Egipto. Lo que precede sólo puede suponerse a base de deducciones (cf. R. Sethe, *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter* [«Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes» XVIII, 4 ⟨1930⟩]). Sin duda, hubo anteriormente un reino en el Bajo Egipto, en el Delta, y otro en el Alto Egipto, en el valle del Nilo propiamente dicho, pues la división en Bajo y Alto Egipto pervivió a lo largo de toda la historia de Egipto en numerosas formalidades: el Faraón [19] lleva una corona doble, la del Bajo Egipto y la del Alto Egipto, etc. El primer gran período de la historia egipcia fue la época del gobierno fuertemente centralizado y minuciosamente ordenado por un ejército de funcionarios en el Imperio Antiguo que corresponde a mediados del III milenio y abarca las dinastías III-VI, con su cenit en tiempos de la IV y de la V. Es la época de los famosos constructores de pirámides: Zóser, en la dinastía III; Quéops y Quefrén, en la IV. Después de un período de decadencia («primer Período Intermedio») siguió el Imperio Medio (1991-1788 a. C. aproximadamente), época de la dinastía XII [20], la época clásica de la literatura y del arte egipcios. Entre tanto, la forma de gobierno había cambiado sustancialmente: los funcionarios de la administración del Imperio Antiguo se habían convertido durante el período de decadencia en poderosos y osados príncipes locales, que habían cambiado su cargo de administradores en un poder hereditario y que ahora, durante el Imperio Medio, estaban junto a la Corona como grandes señores feudales. Los faraones de la dinastía XI y probablemente también los de la XII habían sido ellos mismos príncipes locales antes de asumir el poder sobre un Egipto nuevamente unido. Con la irrupción de una dominación extranjera sobre Egipto («segundo Período Intermedio»; cf. *infra,* páginas 265ss), el Imperio Medio, con su dinastía XII, llegó a su fin. Del período final de la dinastía XII, cuando el gobierno de los faraones no era ya tan estable, es decir, del siglo XVIII a. C., datan los llamados «textos de execración»: textos hieráticos escritos sobre cascotes de arcilla o estatuillas

[19] El título real de «Faraón», en esta forma tomada del Antiguo Testamento o, más exactamente, de su traducción al griego, significa «Gran Casa» (en egipcio *pr-ᶜ3),* de modo que engloba el gobierno junto con el soberano.

[20] A partir de la dinastía XI se hizo habitual que los mismos nombres se repitieran con frecuencia para los soberanos de la misma dinastía. La mayoría de los faraones de la dinastía XI se llamaron Intef o Mentuhotep; los de la XII, Amenemhet y Sesostris.

de barro que enumeran todos los posibles enemigos o peligros, reales o potenciales, del Imperio egipcio. Los fragmentos o estatuillas provistos de estos textos eran luego quebrados con la intención de producir efectos mágicos. Los textos aluden, entre otras cosas, a localidades y potencias hostiles de los países vecinos de Egipto; en concreto, de Nubia y de Siria-Palestina; con ello nos presentan una información preciosa sobre la situación contemporánea en estos países próximos y son especialmente instructivos para la Siria-Palestina del Bronce Medio (estos textos fueron publicados por R. Sethe, *Die Ächtung feindlicher Fürsten, Völker und Dinge auf altägyptischen Tongefäss-scherben des mittleren Reiches* [Abh. d. Preuss. Ak. d. Wiss. ⟨1926⟩: *Phil.-hist. Kl.*, n.° 5], y por G. Posener, *Princes et pays d'Asie et de Nubie. Textes hiératiques sur des figurines d'envoûtement du moyen empire* [1940]).

El período del Imperio Nuevo fue el tiempo del gran poderío egipcio, es decir, el período de la expansión del poder egipcio no sólo sobre Nubia, al sur, sino también sobre gran parte de Siria y, en ciertas épocas, sobre toda Siria. De nuevo fueron príncipes locales del Alto Egipto quienes, hacia 1570 a. C., eliminaron el dominio extranjero y, en consecuencia, ocuparon también Siria, adonde se habían retirado los conquistadores extranjeros. Tenemos, en primer lugar, la dinastía XVIII, la de los Amenofis y Tutmosis [21], y, tras su decadencia y ruina, la dinastía XIX, con la que aparecen los nombres faraónicos de Seti y Ramsés. Las faraones de la dinastía XVIII extendieron la soberanía egipcia hasta el norte de Siria. Los monarcas de la dinastía XIX consiguieron restaurarla, al menos en la parte meridional de Siria, incluyendo Palestina. Ramsés II, con su reinado extraordinariamente largo (1290-1223 a. C.), representa de modo especial el poderío de la dinastía XIX; con toda probabilidad fue él el faraón de la opresión de Ex 1,8ss. Las dinastías XVIII y XIX habían establecido su poder mediante grandes éxitos guerreros; esto nos dice que el Imperio Nuevo fue ante todo un poderoso Estado militar; se caracteriza además por las riquezas que fueron acumulando los principales santuarios del país mediante espléndidas donaciones de los faraones y por el aumento de poder de las jerarquías sacerdotales. Los jefes de los mercenarios y los sacerdotes vejaron y debilitaron a la realeza en el período sucesivo y relajaron las estructuras del Estado. La dinastía XX, en el siglo XII antes de Cristo, cuyos faraones se llamaron casi todos Ramsés, fue ya un período de decadencia.

Con el comienzo de la dinastía XXI ocupó por vez primera un sumo sacerdote del dios imperial Amón-Ra (cf. *infra*, pp. 296s) el trono faraónico, y bajo los faraones siguientes estos sacerdotes constituían el máximo poder en el Estado. Con la dinastía XXII (935-745 a. C.) se sentaron en el trono los jefes líbicos de los mercenarios, en cuya lista aparece a me-

[21] El más ilustre de los faraones de esta dinastía fue Tutmosis III (1490-1436 antes de Cristo), que emprendió una famosa campaña contra Palestina y varias expediciones militares a través de Siria entera, dejándonos el recuerdo de sus conquistas en estos países en forma de listas, como se dijo, *supra*, pp. 216s. Es lo que se denomina «Lista de Tutmosis».

nudo el nombre de Šešonq [22]; en la dinastía XXV los soberanos nubios asumieron (el 174 a. C.) la realeza en Egipto [23]. Los príncipes de la ciudad de Sais, que gobernaron Egipto formando la dinastía XXVI en 663-525 a. C., intentaron una restauración temporal del antiguo Egipto; en la lista de estos soberanos aparecen, junto a varios Psaméticos, el faraón Necao, conocido por 2 Re 23,39ss, y el Amosis de la tradición griega. Con la conquista de Egipto por Cambises, rey de los persas, en el 525 a. C., concluye la historia antigua de este país, pues la dinastía de los Tolomeos (323-320 a. C.), aunque gobernó de nuevo un Egipto independiente, fue en realidad una dominación extranjera.

2. *Los Estados de Mesopotamia*

Mesopotamia tuvo un desarrollo de los grupos étnicos mucho más complicado que Egipto (cf. *infra,* pp. 247ss); de ahí que la historia de Mesopotamia, en comparación con la de Egipto, esté mucho más caracterizada por la movida existencia y sucesión de distintas organizaciones estatales. Característica común de todos los principales Estados de Mesopotamia fue la expansión hacia el norte de Siria, rico en madera y en recursos minerales. Este mismo avance prosiguió hacia el Mediterráneo y desde allí, por una parte, hacia los territorios sudorientales de Asia Menor, y por otra, hacia el resto de Siria.

La *Keilinschriftliche Bibliothek* (sigla: KB) I-III (1889-1892) presenta las fuentes cuneiformes de la historia de los Estados mesopotámicos —fuentes conocidas ya de antiguo— en transliteración y en traducción alemana. Además de las obras referidas en las páginas 257s, véanse sobre problemas específicos los detallados artículos del *Reallexikon der Assyriologie* (sigla: RLA) I (1932), II (1938), III, 1ss (1957ss), y, al alcance de todos, B. Meissner, *Könige Babyloniens und Assyriens* (1928).

a) *Los Estados del sur de Mesopotamia.* Al principio, durante el IV milenio y también en el decurso del III, tenemos, en el extremo meridional del país (cf. *infra,* pp. 273s), un conglomerado de *Ciudades-Estado sumerias,* regidas por reyes-sacerdotes. Este conjunto de Estados poseía un centro sagrado: el santuario del dios Enlil o Ellil en la ciudad de Nippur (hoy *niffer,* a unos 150 km al sudeste de Bagdad). Temporalmente, uno u otro de estos Estados conseguía la soberanía sobre los Estados vecinos o sobre territorios más amplios o sobre toda la región, emprendiendo también campañas militares contra las regiones próximas. Hacia el siglo XXIV, la población que hablaba acádico, es decir, la parte semítica que habitaba

[22] Šešonq, el fundador de la dinastía, emprendió la expedición militar en Palestina mencionada en 1 Re 14,25-28. En el Antiguo Testamento se le llama *Šûšaq (kᵉtib)* o *Šîšaq (qᵉrê).*

[23] El tercero y último soberano de esta dinastía, Tirhacá, aparece mencionado en 2 Re 19,9 con el título anticipador de «rey de Kuš» (= Nubia); en realidad, en el año 701 a que se refiere el texto bíblico, Tirhacá todavía no era rey, sino general del entonces faraón nubio («etíope») de Egipto.

el territorio situado al norte de estas ciudades, consiguió la supremacía durante un cierto período. En aquel tiempo, un tal Sargón *(Šargâni-šar-ali)* fundó el *Imperio de Acad,* con la ciudad de Acad como centro (cf. *supra,* páginas 235s), y desde allí gobernó prácticamente toda Mesopotamia. Le sucedió, durante más de siglo y medio, una serie de soberanos que con él forman la «dinastía de Acad». Al final, las Ciudades-Estado de Sumer consiguieron imponerse de nuevo; especialmente los soberanos de la dinastía III de Ur (siglo XXI y primera mitad del XX) destacaron todavía como representantes eminentes del poder sumerio. En lo sucesivo, los reyes que reivindicaban para sí la soberanía sobre todo el sur de Mesopotamia se titulaban «reyes de Sumer y Acad». Las fuentes cuneiformes para estos tiempos más antiguos se encuentran en F. Thureau-Dangin, *Die sumerischen und akkadischen Königsinschriften* («Vorderasiatische Bibliothek» I, 1 [1907]).

En el período siguiente es característico de los Estados del sur de Mesopotamia que las iniciativas no surgieran de los antiguos habitantes del país, sino de los elementos recién llegados, emigrados o invasores. En el siglo XIX a. C., los elementos «semítico-occidentales», de que hemos hablado en las páginas 248s, establecieron su soberanía sobre Mesopotamia meridional, primero en diversos lugares y luego constituyendo un Estado, cuyo centro fue la ciudad de Babilonia, que apareció así por vez primera en la historia y pronto se convirtió en el centro de toda la región, que en lo sucesivo se designó con el nombre de su capital. El *Imperio Antiguo de Babilonia,* cuyas bases habían sido puestas de ese modo, extendió temporalmente su poder incluso sobre los países vecinos. El sexto rey de esta «primera dinastía de Babel» fue Hammurabi (1728-1686 a. C.)[24]; mediante sus victorias sobre el rey Rim-Sin de Larsa, una de las antiguas ciudades sumerias que detentaba la supremacía en la región, y sobre el rey Zimrilim de Mari (cf. *infra,* p. 262), Hammurabi estableció la hegemonía del Imperio Babilónico Antiguo. Hammurabi es conocido por el código de leyes que confeccionó para asegurar la buena marcha del reino *(Codex Hammurabi,* traducido al alemán en AOT² 380-410); como lo indica la correspondencia con sus funcionarios (cf. Ungnad, *Babylonische Briefe aus der Zeit der Hammurapi-Dynastie* [«Vorderasiatische Bibl.» VI (1914)]), se ocupó seriamente de los asuntos de su Estado. El Imperio Antiguo de Babilonia se desmoronó hacia 1550 a. C. con el embate de una expedición militar de los hititas contra la ciudad de Babilonia. Los *casitas,* gentes introducidas en el país desde las montañas del este, que ya anteriormente se habían apoderado de algunas partes del país, se hicieron con el poder en Babilonia tras la incursión de los hititas, manteniéndose allí como una clase señorial hasta el siglo XII a. C. Después de un prolongado período de historia llena de vicisitudes, caracterizado sobre todo por el acoso de los asirios o incluso por la dominación directa

[24] En un reciente ensayo de cronología «corta» del período del Antiguo Oriente se data a Hammurabi en 1704-1662 (cf. E. F. Weidner: AfO 15 [1945] 98ss). Otros prefieren una datación de la dinastía de Hammurabi más o menos temprana (cf. *infra,* página 280).

por parte de los mismos, surgió de nuevo un poderoso Estado en Babilonia. También esta vez tomó el poder un elemento venido de fuera: los *caldeos* (cf. *supra,* p. 249). En el período de decadencia del poderío asirio, el caldeo Nabopolasar fundó, el año 626 a. C., el *Imperio Neobabilónico* (cf. los textos históricos en St. Langdon, *Die neubabylonischen Königsinschriften* [«Vorderasiatische Bibl.», IV ⟨1912⟩], y, para las partes de la «crónica babilónica» que se refieren al período neobabilónico, D. J. Wiseman, *Chronicles of Chaldaean Kings [626-556 B. C.] in the British Museum* [1956]), que heredó la hegemonía del eclipsado Imperio Asirio sobre extensas regiones del Asia sudoccidental. Su rey más importante fue el hijo de Nabopolasar, Nabucodonosor. El Imperio Neobabilónico tuvo una breve existencia. El 539 a. C., Babilonia fue tomada por Ciro, rey de los persas. Con esto empieza la dominación persa, que desapareció con los triunfos de Alejandro Magno. Después de la muerte de éste, la dinastía macedónica de los Seléucidas impuso su dominio en estas regiones.

b) *Región del curso medio del Éufrates.* La región del curso medio del Éufrates, que comprende aproximadamente desde los territorios donde el río sale de las montañas del norte y sus estribaciones hasta el estrechamiento del valle, por debajo del actual *abu-l-kemāl,* cerca de la frontera siro-iraquí, desempeñó temporalmente un papel político preponderante. Esta situación se revela por primera vez en los inmediatos comienzos del II milenio. La ciudad de Mari, situada en esta región, residencia real en la segunda mitad del siglo XVIII a. C., fue el centro de un importante Estado, debido a su situación en la ruta del Éufrates entre la Baja Mesopotamia y Siria. Entre 1933 y 1939 se excavó el palacio real de Mari (cf. el informe definitivo de las excavaciones por A. Parrot, *Mission archéologique de Mari,* vol. II: *Le palais* [= BAH, vols. LXVIII ⟨1958⟩, LXIX ⟨1958⟩, LXX ⟨1959⟩]), encontrándose en él más de 20.000 tablillas cuneiformes (cf. *supra,* pp. 220s). La importancia de estos documentos epigráficos se debe a la luz que arrojan sobre la situación contemporánea, cuyo conocimiento es en muchos aspectos de gran interés para el Antiguo Testamento (cf. *supra,* p. 89, nota 29, e *infra,* p. 302), y sobre todo a que han asegurado al nombre de Mari un puesto importante en la historia del Próximo Oriente Antiguo, revelándonos la gran importancia histórica, aunque temporal, del Estado de Mari. A partir del año 1740 a. C. aproximadamente reinaron en Mari los reyes *Yagitlim, Yaḫdunlim* y —después de un período de dominación asiria bajo el rey Šamši-Adad de Asiria, que puso en Mari a su hijo *Yašmaḫ-Adad* como virrey— *Zimrilim,* que fue contemporáneo del rey Hammurabi de Babilonia; al fin fue vencido por éste, y el Estado de Mari fue incorporado al Imperio Babilónico en el año 1695 a. C. Luego existió temporalmente, en la misma región del curso medio del Éufrates, el Reino de Ḫana, que tuvo escasa importancia. A fines del II milenio y en la primera mitad del I, la región del curso medio del Éufrates fue el principal territorio de asentamiento de las tribus arameas y, aun cuando no se llegara aquí

a la fundación de un gran Estado arameo, los arameos del Éufrates medio representaron temporalmente un papel de relieve en la lucha de las grandes potencias por alcanzar la hegemonía.

c) *Asiria.* D. D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia.* II: *Historical Records of Assyria* (1926-27), presenta en traducción inglesa las fuentes históricas asirias. También las ofrecen en transcripción y en alemán, desde el período más antiguo hasta el siglo XIII a. C., Ebeling-Meissner-Weidner, *Die Inschriften der altassyrischen Könige* («Altorientalische Bibliothek» I [1926]), y E. Weidner, *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas I. und seiner Nachfolger:* AfO 12 (1959), continuación de la incompleta «Altorientalische Bibliothek». Para el período posterior tenemos las colecciones de inscripciones referentes a los soberanos particulares en transcripción y traducción en Amiaud-Scheil, *Les inscriptions de Salmanasar II roi d'Assyrie (860-824)* [25] (1890); P. Rost, *Die Keilschrifttexte Tiglat-Pilesers III,* vols. I-II (1893); H. Winckler, *Die Keilschrifttexte Sargons,* vols. I-II (1889); R. Borger, *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien:* AfO 9 (1956); M. Streck, *Assurbanipal und die letzten assyrischen Könige bis zum Untergange Niniveh's,* volúmenes I-III («Vorderasiatische Bibliothek» VII [1916]); Th. Bauer, *Das Inschriftenwerk Assurbanipals,* I-II («Assyriologische Bibliothek N. F.» I-II [1933]).

Históricamente aparece Asiria por primera vez después del período del Imperio de Acad (cf. p. 261), a cuya esfera de influencia perteneció. En el siglo XIX-XVIII a. C. tenemos un *Antiguo Imperio Asirio,* todavía modesto, que se afirmó con variado éxito frente al contemporáneo Imperio Antiguo de Babilonia. Entre sus reyes figura, hacia 1750 a. C., un Sargón I (as.: *Šarru-kin),* que se llamó así a imitación de Sargón de Acad (cf. *supra,* p. 261), anunciando de ese modo su aspiración al dominio de toda Mesopotamia. Poco tiempo después, los «semitas occidentales» (cf. pp. 248s) se hicieron temporalmente con el poder en Asiria. Bajo el rey «semita-occidental» Šamši-Adad I y su hijo Išme-Dagan, Asiria dominó temporalmente al Estado de Mari. Las tablillas asirias encontradas en la colina de ruinas de Kültepe, en la parte oriental del Asia Menor, en las cercanías de Kayseri (llamadas convencionalmente «tablillas de Capadocia»), demuestran que los asirios poseían allí, hacia el 1800 a. C., colonias comerciales (cf. B. Landsberger, *Assyrische Handelskolonien in Kleinasien aus dem dritten Jahrtausend* [«Der Alte Orient» 24 ⟨1925⟩ 4]) [26] y que su esfera de influencia sobre Mesopotamia llegaba incluso hasta allá. Precisamente por eso era importante para los asirios la posesión del territorio del Estado de Mari. Después de esto, los asirios volvieron a tomar en sus propias manos el desarrollo de su poder histórico. Tras un largo período de retroceso, durante el cual actuaron en el primer plano de la escena histórica otras potencias mesopotámicas, surgió en el siglo XIV-XIII a. C. el *Imperio Medio Asirio,* que, tras un período de decadencia,

[25] Según hoy sabemos, se trata de Salmanasar III.

[26] El título de este estudio se basa en una cronología que ya está superada.

fue restaurado más tarde, hacia el 1100 a. C. Entre los reyes de este Imperio se encuentran ya los diferentes nombres de conocidos soberanos del período neoasirio como Asur-Uballit (I), Adad-Nirari (I), Salmanasar (I) y Teglat-Falasar (I).

Asiria llega al cenit de su poderío en el período del *Imperio Nuevo Asirio,* en el cual consiguieron los asirios no sólo el sometimiento de toda Mesopotamia (incluida Babilonia) y de sus regiones periféricas, sino también la expansión de su dominio sobre parte de Asia Menor, Siria entera y temporalmente hasta sobre Egipto. Mediante la práctica de las deportaciones en masa trataron de desarraigar a los pueblos nativos sometidos, mezclándolos entre sí. Crearon un excelente sistema de provincias para su Imperio en constante crecimiento; sus gobernadores ejercían sus funciones en una ordenada secuencia como epónimos del año dentro del marco de cada reinado particular (cf. E. Forrer, *Die Provinzeinteilung des assyrischen Reiches* [1921]; A. Ungnad, *Eponymen* [RLA 2 ⟨1938⟩ 412-457]). El resurgimiento del Imperio Nuevo Asirio se anunció ya en el siglo IX a. C., bajo los reyes Asurnasirpal II (884-859) y Salmanasar III (859-824), que avanzaron enérgicamente hacia la Siria central sin conseguir, sin embargo, establecer en ella un dominio duradero. Luego, Teglat-Falasar III (745-727)[27] encabezó la serie de los grandes reyes conquistadores, que sometieron, entre otras regiones, Siria-Palestina y emprendieron frecuentes expediciones militares: Salmanasar V (727-722), Sargón II (722-705), Senaquerib (705-681) y Asarhaddón (681-669), que emprendió varias expediciones contra Egipto y ocupó el Delta y la antigua ciudad real egipcia de Menfis (cf. *infra,* p. 273). De este modo, la meta de la expansión asiria, el sometimiento de la última de las antiguas potencias del Próximo Oriente, Egipto, estaba al alcance de la mano. El hijo y sucesor de Asarhaddón, Asurbanipal (669-631), consiguió ocupar con sus tropas la capital del Alto Egipto, Tebas (cf. *infra,* p. 237), pero en su reinado tocó pronto a su fin la aventura egipcia y comenzó la decadencia del poder asirio, que se precipitó con celeridad pasmosa bajo sus sucesores. Ya en el 612, la entonces capital asiria, Nínive, cayó víctima del ataque conjunto de los medos y neobabilonios; algunos años más tarde sucumbió un muñón de Estado asirio que se había organizado al noroeste de Mesopotamia. El Imperio Neobabilónico (cf. *supra,* p. 262) sucedió al Imperio Asirio en Mesopotamia y en Siria-Palestina.

3. *El Estado hitita*

Desde mediados del II milenio hasta el siglo XIII a. C., Asia Menor estuvo gobernada por un Estado fundado por la clase señorial de los «hi-

[27] Como rey de Babilonia, Teglat-Falasar llevó el nombre de *Pûlu,* mencionado en 2 Re 15,19; por lo demás, el Antiguo Testamento emplea también el nombre de Teglat-Falasar. Para la mayoría de los reyes del Imperio Nuevo de Asiria suele emplearse convencionalmente la forma del nombre que ofrece el Antiguo Testamento o su versión griega (o latina).

titas», que se impusieron a la anterior población autóctona. Los hititas han dejado diversos documentos históricos (cf. J. Friedrich, *Aus dem hethitischen Schrifttum.* I: *Historische Texte usw* [«Der Alte Orient» 24 ⟨1925⟩ 3]); existen detallados anales reales hititas (cf. espec. A. Götze, *Die Annalen des Muršiliš* [MVÄG 38 ⟨1933⟩]), y los tratados del Imperio Hitita con otros Estados suelen tener introducciones históricas (cf. J. Friedrich, *Staatsverträge des Ḫatti-Reiches in hethitischer Sprache* [MVÄG 31 ⟨1926⟩ 1, y 34 ⟨1929⟩ 1]); igualmente, E. F. Weidner, *Politische Dokumente aus Kleinasien. Die Staatsverträge in akkadischer Sprache aus dem Archiv von Boghazköi* [«Boghazköi-Studien» 8-9 ⟨1923⟩]).

Después de un período de coexistencia de las Ciudades-Estado hititas en Asia Menor, en la primera mitad del milenio II a. C. tuvo lugar la fundación del Imperio Hitita por obra del rey *Tlabarnaš,* que redujo a la unidad los pequeños Estados autónomos. Bajo sus sucesores, *Ḫattušiliš I* y *Muršiliš I,* se desarrolló la tendencia natural y característica del Imperio Hitita hacia la expansión por el norte de Siria; el último de estos reyes, mediante una osada expedición, preparó el fin del Imperio Antiguo de Babilonia (cf. p. 261) a mediados del siglo XVI a. C. A fines del siglo XV comenzó el verdadero engrandecimiento del poderío del Imperio Hitita; entre sus reyes aparecen ahora con frecuencia los nombres de *Tudḫaliyaš* (= Tidal de Gn 14,1.9), *Ḫattušiliš, Arnuwandaš.* Los soberanos más importantes, bajo los cuales se llevó a cabo la extensión del dominio hitita hacia Siria y Mesopotamia, fueron *Šubbiluliumaš* (hasta *ca.* 1350 a. C.), *Muršiliš II (ca.* 1353-1325), *Muwatalliš (ca.* 1315-1285), *Ḫattušiliš III (ca.* 1285-1260)[28].

Alrededor del 1200 a. C. sucumbió repentinamente el Imperio Hitita ante el ataque de los «pueblos del Mar» procedentes del ámbito mediterráneo (cf. la indicación de Ramsés III en Breasted, *Ancient Records of Egypt* IV, § 64).

4. *El dominio de los Hicsos*

El período entre el Imperio Medio y el Imperio Nuevo (el «segundo Período Intermedio») de Egipto fue el tiempo de una dominación extranjera ejercida por una clase señorial que sometió a su poder el Delta y una parte del Alto Egipto, y de cuyas filas salieron soberanos que actuaron como faraones de Egipto. Manetón (cf. *supra,* pp. 257s), en uno de los fragmentos conservados en Josefo *(c. Ap.* I, 14; ed. Niese, § 73ss), los llama «Hicsos»; el mismo Manetón explica este término errónea y vagamente como «reyes-pastores», cuando en realidad procede del egipcio *ḥq3.w ḫ3s.wt* = «soberanos extranjeros». Estos soberanos llevaron, al parecer, tal título, combinándolo en Egipto, de acuerdo con el uso del país, con los títulos faraónicos. Los soberanos Hicsos no sólo dominaron

[28] Las fechas exactas del reinado de los reyes hititas son todavía muy inciertas y debatidas.

Egipto entre *ca.* 1700 y 1580 a. C., sino que también tuvieron bajo su poder, al menos en parte, Siria-Palestina. Así lo demuestra, en primer lugar, el emplazamiento de su capital en la ciudad de Avaris, en el borde mismo de Egipto, al nordeste del Delta (hoy *ṣan el-ḥagar);* también el hecho de que, después de su expulsión de Egipto por el primer faraón de la dinastía XVIII (cf. p. 258), se replegaran hacia Palestina y Siria, donde fueron perseguidos por los faraones del Imperio Nuevo, con lo cual éstos extendieron sus campañas militares en esta época hasta el norte de Siria y el Éufrates. El avance de los faraones hasta el norte de Siria debe probablemente explicarse como la tentativa por apropiarse de la herencia de los soberanos Hicsos en su máxima extensión. Por desgracia, la tradición nos informa muy escasamente sobre la dominación de los Hicsos, que unió por primera vez en la historia del Próximo Oriente, bajo un único poder, al menos en parte, varias de las regiones culturales; esta escasez de información se debe a que los Hicsos apenas dejaron monumentos propios, y aun éstos reflejan simplemente su carácter de faraones egipcios (cf. K. Galling, *Hyksosherrschaft und Hyksoskultur* [ZDPV 62 (1939) 89-115]). No podemos explicar con seguridad cómo los Hicsos consiguieron apoderarse de Egipto: ¿fue mediante un fuerte ataque militar a la fértil tierra del Nilo o mediante un proceso de infiltración gradual de elementos asiáticos sudoccidentales en el Delta del Nilo, donde conseguirían imponerse poco a poco para luego dominar, en ciertos períodos y en parte, el Alto Egipto? Así lo estima A. Alt, *Die Herkunft der Hyksos in neuer Sicht* («Bericht üb. d. Verh. der Sächs. Ak. d. Wiss. zu Leipzig. Phil.-hist. Kl.», vol. 101, n.° 6 [1954] = *Kl. Schriften zur Gesch. des Volkes Israel* III [1959] 72-98). Incluso el origen y la composición étnica de los Hicsos resultan problemáticos; los nombres de los faraones hicsos que conocemos tampoco ofrecen una respuesta clara. Probablemente no deben considerarse como una unidad étnica; parece tratarse más bien de elementos del Asia sudoccidental de habla semítica mezclados quizá con hurritas (cf. *supra,* pp. 251s). Tampoco podemos determinar con exactitud la extensión de su dominio en Siria-Palestina. La suposición de que su Imperio abarcaba, además de Egipto, toda Siria-Palestina tiene contra sí el hecho de que las fuentes contemporáneas del sudoeste de Asia nada nos dicen de un fenómeno tan considerable. Por otra parte, el mencionado supuesto tiene a su favor que las grandes fortificaciones de tierra apisonada contemporáneas de los Hicsos (descritas en las pp. 164s), pertenecientes a la segunda fase del Bronce Medio, han de atribuirse a los propios Hicsos, pues parecen haber sido ellos los introductores del carro tirado por caballos como técnica militar. Ahora bien, estas fortificaciones se encuentran no sólo en el Bajo Egipto y Palestina, sino también en Siria central y septentrional; por ejemplo, en *sefīnet nūḥ* (a 22 km al sudoeste de *ḥomṣ),* en *el-mišrefe,* emplazamiento de la antigua Qatna (a 18 km al nordeste de *ḥomṣ)* y en Karkemiš, junto al Éufrates (a unos 100 km al nordeste de Alepo)[29]. ¿Eran los «Hicsos» una

[29] Detalles en el mencionado artículo de Y. Yadin, *supra,* p. 165.

clase de guerreros, quizá de abigarrada composición étnica, que fundaron señoríos en Egipto-Palestina e incluso en Siria central y septentrional sin llegar a crear un gran imperio unificado? Después de la expulsión de los Hicsos de Egipto y de la conquista egipcia de Siria-Palestina parece haberse mantenido un resto del Imperio de los Hicsos o de los diversos señoríos hicsos allende el Éufrates, en la Mesopotamia superior; este Estado, que aparece en nuestras fuentes desde principios del siglo XV hasta mediados del siglo XIV a. C., se mantuvo allí, pues los faraones no atravesaron el Éufrates en persecución de los Hicsos. Este Estado se denominaba *Mitanni.* Lo conocemos por las cartas de el-Amarna, en varias de las cuales aparece como remitente del mensaje al faraón el rey *Tušratta* de Mitanni, y por los textos de Bogazkoy. La población de Mitanni era predominantemente hurrita (una carta de *Tušratta* está escrita en hurrita; cf. *supra,* p. 243); la clase gobernante era, según se deduce de los nombres de los reyes de Mitanni, indo-irania. Apoyados en esto, podemos suponer que la clase señorial de los Hicsos estaba compuesta por los mismos elementos étnicos, si bien no tenemos prueba alguna directa de ello. Esto, además, aclararía el sorprendente hecho, todavía inexplicable, de la presencia en Siria y en Palestina de una clase gobernante de señores entre los cuales no son raros los nombres de hurritas e incluso indo-iranios (cf. los nombres personales que aparecen en las cartas de el-Amarna; cf. además A. Gustavs, *Die Personennamen in den Tontafeln von Tell Ta'annek* [ZDPV 50 ⟨1927⟩ 1-18; 51 ⟨1928⟩ 169-218], y M. Noth, *Die syrisch-palästinische Bevölkerung des zweiten Jahrtausends v. Chr. im Lichte neuer Quellen* [ZDPV 65 ⟨1942⟩ 9-67]; íd., *Die Herrenschicht von Ugarit im 15./14. Jahrhundert v. Chr.,* ibíd., 144-164).

La importancia histórica de los Hicsos no debe minimizarse a pesar de su relativamente breve duración. Ciertamente no se puede identificar a los Hicsos con los israelitas en Egipto, como hace Josefo en su obra citada y como, con alguna modificación, se ha afirmado hasta los tiempos más recientes de cuando en cuando. Sin embargo, el dominio de los Hicsos, según parece, unió entre sí por primera vez los diversos territorios del Antiguo Oriente y los llevó a una conexión histórica que en adelante ya no se perdió jamás. Además, es probable que fueran los Hicsos quienes extendieron por todo el Antiguo Oriente y hasta Egipto el adiestramiento y el empleo del caballo para la técnica bélica, inaugurando de este modo una nueva estrategia guerrera que tuvo al mismo tiempo importantes consecuencias para la estructura social de los pueblos, en cuanto significó la aparición de una clase militar privilegiada de conductores de carros («caballeros»). En todo caso, después del período de los Hicsos nos vemos confrontados de repente con todos estos fenómenos en el Antiguo Oriente. Siria y Palestina se nos presentan, después de la época de los Hicsos, salpicadas de diminutos principados y señoríos cuyo centro en cada caso es el lugar de residencia del señor que posee carros de combate (cf. A. Alt, *Die Landnahme der Israeliten in Palästina* [Leipziger Dekanats-Programm ⟨1925⟩ 655] = *Kleine Schriften z. Gesch. d. Volkes Israel* I [²1959] 94ss, y *supra,* pp. 93s). Tales eran los cananeos,

con sus «carros de hierro (de combate)», que, según el Antiguo Testamento (Jos 17,16; Jue 1,19; 4,3), se hallaban en el país antes de la llegada de los israelitas. Ellos serían, pues, los restos de la antigua «caballería» de los Hicsos.

XXXV. Estados menores

Es cierto que las grandes potencias del Antiguo Oriente empezaron por ser pequeños Estados y que, debido a factores históricos, en ciertas épocas volvieron a descender hasta ese primitivo nivel. También es cierto que en la periferia del Antiguo Oriente existieron diversos Estados menores que revistieron en determinadas épocas una importancia histórica para sus inmediatos vecinos, como Nubia, al sur de Egipto, o Elam, al este de la Mesopotamia meridional, o Urartu, al norte de Asiria. Pero ahora prescindimos de estos hechos para fijarnos en *Siria y Palestina.* Desde el siglo XII a. C. ocupaban esta zona varios Estados menores, que, debido a su situación céntrica (cf. *supra,* pp. 201s), tuvieron una importancia considerable para la historia de las grandes potencias y de todo el Antiguo Oriente; así fue hasta que los asirios los englobaron en su extenso Imperio, quedando luego sometidos a los grandes imperios siguientes.

Al sur, por el lado oriental de la gran depresión siria, los pueblos de los *edomitas, moabitas* y *ammonitas* poseían cada uno una monarquía desde la época de ocupación de sus territorios o, por lo menos, antes de que los israelitas pasaran de su antigua y original constitución como federación sagrada de tribus a la creación de una forma estatal más desarrollada (cf. Gn 36,31-39; Nm 20,14; 22,4ss; Jue 11,12-14.28; 1 Sm 12,12). Pero estas monarquías no llevaron a cabo ninguna actividad histórica de importancia.

Por el lado opuesto, eran vecinos de Israel los *filisteos,* que ocupaban la parte sur de la llanura costera. Desde su llegada al país (hacia el 1200 antes de Cristo), formaron cinco principados [30] (cf. *supra,* pp. 94s), unidos entre sí, al parecer, en una especie de federación, pues cada uno de sus cinco príncipes ocupaba la presidencia por un determinado tiempo. Después de ver fracasado definitivamente, ante David, su intento de someter toda la Cisjordania, los filisteos apenas representaron un papel activo en la historia, ni siquiera en la de su reducido país.

Después del reinado de Saúl, probablemente breve, surgió un Estado más grande en el territorio de las *tribus israelitas* durante el reinado de David. A su doble reino sobre los dos Estados, Israel y Judá, cuya yuxtaposición dependió del modo particular como llegó a la realeza, David consiguió anexionar cierto número de provincias extranjeras y Estados periféricos dependientes (cf. *supra,* pp. 109ss); de este modo reinó so-

[30] Según el Antiguo Testamento, los príncipes filisteos recibían el título particular de **seren*. Se ha sugerido su conexión con el griego τύραννος.

bre toda Palestina en el sentido más amplio y sobre una parte de la Siria meridional. Pero ya bajo Salomón decayó este gran Estado; fue perdiendo gradualmente sus avanzadas exteriores, y después de la muerte de Salomón se separaron las dos partes, Israel y Judá, y prosiguieron su existencia como pequeños reinos independientes.

En la Siria central encontramos formaciones estatales de cierta importancia y duración. En especial, el reino de Damasco, fundado de nuevo en tiempos de Salomón (1 Re 11,23s), consiguió unificar varios *Estados arameos* más antiguos (cf. 2 Sm 10,8) en una monarquía más amplia (1 Re 20,1) y formar el *reino arameo de Damasco,* que gobernó la región situada al este del Antilíbano y la *biqā'*, entre el Líbano y el Antilíbano, extendiendo sin duda en ciertos períodos su poder hacia el norte [31]. Este reino arameo no sólo puso en grave aprieto al vecino Estado de Israel en el siglo IX a. C., sino que ejerció en este período una especie de caudillaje entre los Estados siro-palestinenses hasta que, hacia el 800 a. C., fue quebrantado su poder por una campaña del rey asirio Adad-Nirari III, que llevó a Damasco hasta la capitulación; duró todavía algún tiempo más, pero fue eliminado definitivamente el 732 a. C. por Teglat-Falasar III.

Hacia el año 800 a. C., el reino arameo de Damasco fue, al parecer, desplazado de su hegemonía por el *reino de Hamat.* Hamat, hoy *ḥama,* en el curso medio del Orontes, fue al principio una modesta Ciudad-Estado, pero su monarquía consiguió incorporarse varios otros Estados autónomos, especialmente los de población aramea. De acuerdo con la inscripción de ZKR (cf. *supra,* p. 230), un rey de Hamat era también, en la primera mitad del siglo VIII a. C., rey del país de La'aš, en el norte de Siria; al parecer, los reyes de Hamat sometieron de esta u otra forma otros territorios de la Siria central y septentrional. Tenemos aquí, como en el caso del reino arameo de Damasco, una de esas formas estatales sirias que externamente aparecen como una unidad, pero internamente están constituidas por diversas partes, relativamente independientes, algunas de las cuales seguían gobernadas por sus dinastías locales, si bien todas estaban subordinadas al reino central (cf. A. Alt, *Die syrische Staatenwelt vor dem Einbruch der Assyrer* [ZDMG NF 13 ⟨1934⟩ 233-258] = *Kleine Schriften z. Gesch. des Volkes Israel* III [1959] 214-232). Estas federaciones de Estados, bastante semejantes por su estructura al reino de David, eran estructuras relativamente inestables cuyo mantenimiento dependía del verdadero poder del reino central y del conjunto de la situación política contemporánea. El reino de Hamat, que llegó a su cenit después del 800 antes de Cristo como consecuencia de la decadencia de Damasco, fue eliminado por los asirios en dos etapas ya en 737 y 720 a. C. (cf. 2 Re 18, 36; 19,13; Is 10,9; Jr 49,23; Am 6,2).

Hacia mediados del siglo VIII a. C. existía una federación de Estados de este tipo en el norte de Siria; se la conocía por el nombre de su capital, *Arpad* (hoy *tell rif'at)* (2 Re 18,34; 19,13; Is 10,9; Jr 49,23), o por

[31] Cf. la inscripción del «rey de los arameos» Bar-Hadad (Ben-Hadad), encontrada en *el-brēğ,* junto a Alepo, y mencionada *supra,* p. 229.

Bit-Agusi, que era probablemente el nombre de la dinastía. Las inscripciones de *sefire* (cf. *supra,* p. 230) nos permiten conocer algo de su situación interna (cf. M. Noth, ZDPV 77 [1961] 128-138). El reino de Arpad fue liquidado en 740 a. C. por Teglat-Falasar III.

En el *norte de Siria,* en el *Asia Menor sudoriental* y al *oeste de Mesopotamia* existía una serie de Estados menores que se habían formado tras la desaparición del Imperio Hitita y que, en parte, tenían una población o una clase dirigente aramea. En los siglos IX y VIII a. C. fueron convertidos todos en provincias asirias. Los menciono aquí porque aparecen en el Antiguo Testamento o merecen consideración por otros motivos (cf. E. Forrer, *Die Provinzeinteilung des assyrischen Reiches* [1921] 56ss, 70ss, 103ss).

En la llanura de Cilicia (cf. p. 270) estaba situado el Estado de *Qüe,* del cual importaba Salomón los corceles para su ejército de carros de combate (1 Re 10,28, donde hay que leer dos veces *miq-Quwe* en lugar de *miqwe* [קוה es el nombre del país en la inscripción de ZKR a 6]). En el territorio montañoso, en el borde oriental de la llanura de Cilicia, en la margen derecha del río Ceyhan, el antiguo Píramos, estaba situada la capital del efímero dominio del rey Azitawadda, «rey de los danunianos», en la colina que hoy se llama Karatepe (cf. *supra,* p. 221).

Al otro lado del monte Amano, en la parte más septentrional de la depresión siria, se encontraba el Estado de *Ya'di,* con su capital, *Šam'al* (hoy Zencirli; sobre las excavaciones alemanas allí efectuadas, cf. la publicación en *Sendschirli* I-V [Mitteilungen aus den orientalischen Sammlungen der Kgl. Museen zu Berlin, XI-XV ⟨1893-1943⟩]); las inscripciones arameas antiguas, mencionadas *supra,* pp. 229 y 238, proceden de esta región.

Más al este, en la orilla derecha del Éufrates, en un importante vado de este río, se encuentran la antigua ciudad de Karkemiš (en zona turca, al norte del actual pueblo fronterizo de Siria *ǧerāblus)* y su territorio. Es el lugar principal de los hallazgos de las «inscripciones jeroglíficas hititas» (sobre las excavaciones aquí realizadas, cf. D. G. Hogarth, *Carchemish* I [1914]; L. Woolley, *Carchemish* II [1952]; L. Woolley y R. D. Barnett, *Carchemish* III [1952]). Is 10,9 alude a la conquista de esta ciudad por los asirios.

Éufrates abajo, y a poca distancia de Karkemiš, en la orilla izquierda del río, la ciudad de *Til-barsip,* hoy *tell aḥmar* (sobre su excavación, cf. Thureau-Dangin y Dunand, *Til-barsip* [1936]), era el centro de un Estado que se llama en las fuentes asirias *Bit-Adini;* en Ez 27,23 se denomina *ʿeden,* y sus habitantes son los *bᵉnēʿeden* de 2 Re 19,12. No está claro si la *bētʿeden* de Am 1,5 se refiere a este Estado.

Entre los Estados sometidos a los asirios se mencionan también en 2 Re 19,12 Gozán, Jarán y Résef. Se trata de pequeños Estados independientes del norte de Mesopotamia que muy pronto fueron englobados en el arrollador Imperio Asirio. De oeste a este tenemos en primer lugar Jarán (cf. también Gn 11,31; 12,5; 27,43), el *Carrhae* del período romano, en el curso superior del *nahr belīḫ* (cf. p. 198), en asirio *Ḫarrânu;* viene

luego Gozán (cf. 2 Re 17,6; 18,11), en asirio *Guzana,* nombre de la ciudad situada en el antiguo *tell ḥalaf* (cf. *supra,* p. 211) durante la época en que fue residencia de un reyezuelo arameo; más allá se encontraba Résef, en asirio *Raṣappa,* que, según Forrer *(op. cit.,* 15), habría que situar en el actual *beled sinǧār.*

El Antiguo Testamento menciona todavía en Is 10,9 y Am 6,2 a Calno, y en Zac 9,1 a Hadrak; eran dos capitales de sendos Estados del norte de Siria que fueron incluidos en la federación del reino de Hamat en la última etapa de su historia, antes de su absorción en el gran Imperio Asirio. Estaban situadas al sur del pequeño Estado de Siria septentrional *Ḥattina* (posteriormente llamado *Unqi* por los asirios), sito en la llanura de *el-ʿamq;* Calno (en asirio *Kullâni)* estaba quizá junto al Mediterráneo, a lo largo del *ǧebel el-anṣārīye;* Hadrak, la חדרך de la inscripción de ZKR, en asirio *Ḥatarikka,* era sin duda la capital del reino de Laʿaš (cf. p. 269) y se hallaba en el interior, al sudoeste de Alepo. En la parte sur de la mencionada llanura *el-ʿamq,* en el *tell el-ʿaṭšāne,* se encontraba la ciudad de *Alalaḫ,* que durante la Edad del Bronce fue el centro político de toda la llanura, no desprovisto de importancia; a través del valle del Orontes tenía su salida al Mediterráneo. Alalaj era la capital del país de *Mukiš.* Sobre las excavaciones de *Alalaj,* cf. L. Woolley, *Alalakh* (1955), y, al alcance del público general, L. Woolley, *A forgotten Kingdom* (1953); traducción alemana con el título *Ein vergessenes Königsreich* (1954). En el curso del siglo XV a. C. hubo en Alalaj un cierto rey Idrimi, que nos ha dejado una estatua con una extensa inscripción cuneiforme (cf. S. Smith, *The Statue of Idri-mi* [«Occasional Publications of the British Institute of Archaeology in Ankara» 1 ⟨1949⟩]; una reproducción de la estatua, en ANEP 452). Del *tell el-ʿaṭšāne* tenemos además los textos de Alalaj, mencionados *supra,* página 221, pertenecientes a los siglos XVIII y XV a. C.

Con la decadencia del Imperio Seléucida en los siglos II-I a. C. se formaron de nuevo en Asia sudoccidental varios Estados menores. A este grupo pertenece, por ejemplo, el Estado de los asmoneos en Palestina.

XXXVI. Ciudades

Las *ciudades de la costa mediterránea* constituyeron durante toda la historia del Antiguo Oriente unidades políticas, es decir, Ciudades-Estado independientes; incluso después de su incorporación a los grandes Imperios del milenio I a. C. (incorporación relativamente tardía y parcial) conservaron sustancialmente su independencia. Sus comienzos pertenecen por lo general a la aurora de los tiempos históricos. Mencionamos las más importantes de sur a norte. En primer lugar, la ciudad-isla de Tiro (hoy *ṣūr),* que Alejandro Magno, a fin de conquistarla, unió mediante una calzada al continente en el 332 a. C.; esta calzada existe aún hoy, cubierta por la arena de las dunas. Viene luego Sidón (hoy *ṣēda)* y

*Beeroth (= pozos, hoy *bērūt);* ambas, lo mismo que Tiro, debido a su ocupación permanente, carecen de restos dignos de mención pertenecientes al período del Oriente Antiguo [32]. Sigue Biblos, originariamente llamada *Gubla;* es la Guébal del Antiguo Testamento, hoy *ǧbēl* (sobre sus excavaciones, cf. *supra,* p. 210). Probablemente existió una ciudad antigua, cuyo nombre ignoramos, en la región de la actual *ṭarābulus,* la Trípoli del período persa-helenístico-romano. Después, la ciudad-isla de Arvad, mencionada también en el Antiguo Testamento, hoy *ruād;* finalmente, Ugarit (hoy, *rās eš-šamra;* sobre sus excavaciones, cf. *supra,* página 210), que existió sólo hasta el fin de la Edad del Bronce. Estas ciudades eran comunidades ricas, regidas generalmente por un rey. Ugarit poseyó durante el Bronce Reciente un territorio considerable y representó un papel bastante importante en el concierto de los Estados siro-palestinenses y de las potencias vecinas (especialmente el Imperio Hitita y Egipto). Sobre este tema ofrecen cuantiosa información los textos de los archivos reales, escritos en ugarítico con su alfabeto peculiar y en otras lenguas con escritura cuneiforme antigua; descubiertos en las excavaciones realizadas después de la Segunda Guerra Mundial, fueron publicados en la serie *Le palais royal d'Ugarit* (= PRU); cf. PRU II; Ch. Virolleaud, *Textes en cunéiformes alphabétiques des archives est, ouest et centrales* (1957); PRU III: J. Nougayrol, *Textes accadiens et hourrites des archives est, ouest et centrales* (1955); PRU IV: J. Nougayrol, *Textes accadiens des archives sud. Archives internationales* (1956) *.

Ciudades-Estado políticamente independientes las hubo también en el período de la prehistoria y al principio del período histórico en Egipto, en Mesopotamia y en Asia Menor, como embriones de cuerpos políticos. Existieron sobre todo en *Siria y Palestina durante el Bronce Reciente,* es decir, en el período entre el final del dominio de los Hicsos y la aparición de formaciones estatales mayores al principio de la Edad del Hierro; se trata de residencias de señores con carros de combate que salpicaban toda la región y que probablemente debían su existencia independiente a la estructura interna del dominio de los Hicsos (cf. *supra,* pp. 267s). Sus orígenes eran, sin duda, mucho más antiguos; quizá la fundación de la mayoría de ellas se pierde en la noche de los tiempos. Sin embargo, fue en el Bronce Reciente cuando empezaron a representar un papel político independiente. Prescindiendo de Palestina (cf. *supra,* pp. 92ss), las más importantes entre ellas fueron, en la Siria central, Cadés del Orontes, al sudoeste de la actual *ḥomṣ* (ahora *tell nebi mend;* sobre una excavación parcial, cf. M. Pézard, *Qadesh* [BAH XV ⟨1931⟩]), y Qatna (hoy *el-mišreḥe,* al nordeste de *ḥomṣ;* informes sobre las excavaciones, en Du Mesnil du Buisson: «Syria» 7 [1926ss]); en el norte de Siria, las grandes ciudades de Alepo *(Ḥalab,* hoy *ḥaleb)* y Karkemiš, junto al Éu-

[32] Con excepción de la necrópolis de Sidón con sus sarcófagos mencionados, *supra,* p. 186, parte de los cuales pertenecen a épocas prehelenísticas.

* Véase también A. Herdner, *Corpus de tablettes en cunéiformes alphabétiques découvertes à Ras-Shamra,* 2 vols., París 1963, y C. H. Gordon, *Ugarit Textbook:* «Analecta Orientalia» 38, Roma 1965 (N. del E.).

frates (cf. p. 270), que fueron sometidas muy pronto por el Imperio Nuevo Hitita.

Las más grandes e importantes ciudades del Antiguo Oriente fueron *las capitales de los grandes Imperios.*

Los faraones del Imperio Antiguo de Egipto tuvieron su residencia en *Menfis,* nombre que dieron los griegos a aquella capital. Menfis estaba situada un poco al sur de El Cairo, en la punta meridional del Delta; esto es, aproximadamente en la frontera entre el Alto y el Bajo Egipto, las dos mitades del reino unificado por los faraones. Al oeste de Menfis, al borde del desierto, erigieron sus famosas pirámides. Incluso los faraones del Imperio Medio (dinastía XII), originarios del Alto Egipto, trasladaron la capital de su Imperio a la antigua y bien situada Menfis, si bien sus predecesores de la dinastía XI habían mantenido su residencia en el Alto Egipto. Las ruinas que se conservan de Menfis son muy escasas (cf., además de Baedeker, *Ägypten*[8], 147ss, A. Hermann, *Führer durch die Altertümer von Memphis und Sakkara* [1938]).

Por el contrario, los faraones del Imperio Nuevo, especialmente los de la dinastía XVIII, convirtieron a la ciudad de Tebas en su residencia; en Tebas habían residido ya los faraones de la dinastía XI, que procedían de sus cercanías. Tebas es también el nombre que dieron los griegos —«Tebas de las cien puertas»— a esta capital. De Tebas conservamos sobre todo los grandes templos de piedra, situados en el lado oriental del Nilo, junto al pueblo moderno de *karnak,* al norte de la ciudad de Luxor, y en esta misma ciudad, así como en el lado opuesto del Nilo, el occidental, es donde están los templos funerarios. También en el lado occidental, en un valle del desierto, se encuentran las tumbas subterráneas de los faraones y de los grandes funcionarios y otros (cf. Baedeker, 259ss), testigos de tan preclaro pasado. El traslado de la capital desde Tebas al lugar de *tell el-ʿamārna* fue un episodio pasajero (cf. *infra,* p. 297).

Los faraones que consideraron importantes las relaciones con Palestina y Siria tuvieron su residencia en la parte nororiental del Delta, de donde partían las rutas militares hacia Palestina; esto vale para los soberanos Hicsos, que fijaron su residencia en *Avaris* (cf. *supra,* p. 266), y, sobre todo, para Ramsés II (dinastía XIX), que se hizo construir en el Delta la monumental «Ciudad de Ramsés» (cf. Ex 1,11), concretamente en la zona de la actual colina de ruinas de *ṣān el-ḥagar* (cf. sobre las excavaciones en este lugar, P. Montet, *Les nouvelles fouilles de Tanis* [1937]) y de la actual localidad de *qantīr,* situada 20 km más al sur (cf. A. Alt, *Die Deltaresidenz der Ramessiden* [Hom. a Friedrich Zucker ⟨1954⟩] 3-13 = *Kl. Schrift. z. Gesch. d. Volkes Israel* III [1959] 176-185).

En la época de los Tolomeos, la fundación macedónica de *Alejandría,* al noroeste del Delta, a orillas del Mediterráneo, se convirtió en capital del país.

En el *sur de Mesopotamia* se encontraban, en primer lugar, las antiguas ciudades sumerias. De estas, Ur y Uruk —en la forma hebrea de Erek— se mencionan en el Antiguo Testamento. Ur (Gn 11,28.31; 15,7; Neh 9,7) se hizo famosa por las excavaciones americanas allí realizadas

(cf. C. L. Woolley, *Excavations at Ur* [1954]; trad. alemana: *Ur in Caldäa* [1956]). Uruk (Gn 10,10) fue también históricamente importante y muy extensa desde los primeros tiempos (sobre las excavaciones, cf. *infra,* páginas 211s).

El centro del Imperio de Acad (cf. *supra,* p. 261), la ciudad de *Acad* o *Agadé* (Gn 10,10), tuvo una importancia no muy grande y duró poco; por lo demás, todavía no ha sido localizada arqueológicamente.

Mucho más importante fue la ciudad de *Babilonia* (en acádico *Bâb-ili* = «Puerta de Dios», en el Antiguo Testamento Babel), que, convertida en centro del país por los soberanos del Imperio Babilónico Antiguo, permaneció como tal hasta Alejandro Magno. Los hallazgos arqueológicos *in situ* no han sacado a la luz nada digno de mención para el período babilónico antiguo [33] (cf. un compendio sobre las excavaciones alemanas, en R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon* [^{4}1925]; las noticias literarias sobre los edificios de la ciudad, etc., han sido recogidas por E. Unger, *Babylon, die heilige Stadt* [1931]; cf. también el detallado artículo sobre Babilonia en RLA I [1932] 330-369, por E. Unger, y la sencilla exposición de A. Parrot, *Babylone et l'Ancien Testament* [CAB 8 ⟨1956⟩; trad. alemana: *Bibel und Archäologie* III ⟨1957⟩ 113-251]); los restos corresponden a la época del rey asirio Asarhaddón —que, como soberano de Babilonia, mandó reconstruir la ciudad, que había destruido su predecesor y padre, Senaquerib— y, sobre todo, a la época del rey Nabucodonosor, dinasta del Imperio Neobabilónico, que reconstruyó su capital con magnificencia y lujo. Los seléucidas hicieron de la ciudad de *Seleucia,* fundada por ellos al norte de Babilonia, a orillas del Tigris, en el moderno *tell ʿomar,* el centro administrativo del país, dejando de lado a Babilonia; ellos, sin embargo, residían en Antioquía, en el norte de Siria, junto al curso inferior del Orontes. En Antioquía (hoy *anṭāqiye)* no parecen conservarse restos del período seléucida.

En el curso medio del Éufrates representó temporalmente un papel importante la ciudad de *Mari,* capital del reino del mismo nombre (sobre esta ciudad y sus excavaciones, cf. *supra,* pp. 220 y 262s).

La capital de *Asiria* fue al principio la ciudad de *Asur,* en la orilla derecha del Tigris (actualmente *qalʿat šerqāt);* aquí residieron los reyes del Antiguo y Medio Imperio; y, aun cuando reyes posteriores se construyeron otras residencias, Asur fue siempre la antigua ciudad sagrada del Imperio, con su santuario del dios nacional Asur. Las excavaciones alemanas en *qalʿat šerqāt* descubrieron los restos del largo período de la historia de Asiria a partir de los comienzos del II milenio: palacios, templos, murallas, puertas (cf. el compendio de W. Andrae, *Das wiederstandene Assur* [1938], y el artículo *Aššur* [RLA I ⟨1932⟩ 170-195], de E. Unger).

En el período neoasirio, los reyes residieron un poco más al norte,

[33] Incluso la estela con el Código de Hammurabi (cf. *supra,* p. 261), que estuvo erigida en Babilonia, no se encontró allí, sino, en el invierno de 1901-1902, en la capital elamita de Susa, adonde había sido llevada por los elamitas como botín.

Tigris arriba. Los reyes del siglo IX a. C., especialmente Asurnasirpal II (cf. *supra,* p. 264), establecieron su capital en la ciudad de Calaj (Gn 10, 11; en acádico *Kalaḫ* o *Kalḫu),* a la izquierda del Tigris, en el ángulo formado por el Tigris y su afluente el *zāb* Mayor; algunos reyes posteriores edificaron todavía aquí. Sus ruinas, llamadas hoy *tell nimrūd* (en este nombre reaparece el de Nemrod de Gn 10,8), fueron estudiadas repetidas veces a partir de mediados del siglo XIX (cf. V. Christian, *Altertumskunde des Zweistromlandes* I, 15ss, lám. 2); todavía se están efectuando allí fructuosas excavaciones a cargo de una expedición inglesa (informes previos aparecen en la revista «Iraq» 12 [1955ss]) *.

Sargón II construyó una nueva residencia a fines del siglo VIII antes de Cristo junto al moderno *ḫorsābād,* al nordeste de *mōṣul,* a no mucha distancia de la orilla izquierda del Tigris, dándole su propio nombre: *Dūr-Šarrukîn* = «Alcázar de Sargón» (cf. Christian, *op. cit.,* lám. 1).

Su sucesor Senaquerib prefirió como residencia la ciudad de *Nínive,* en la orilla izquierda del Tigris, frente a *mōṣul.* Reyes anteriores del período antiguo, medio y neoasirio habían construido ya en este lugar, que había estado ya habitado en los tiempos prehistóricos y protohistóricos. Acerca de la investigación arqueológica de las extensas ruinas de Nínive, sobre las que están situadas actualmente las aldeas de *kuyunǧik* y *nebi yūnis,* cf. Christian, *op. cit.,* 16ss, lám. 3s, y A. Parrot, *Ninive et l'Ancien Testament* (CAB 3 [1953]; trad. alemana: *Bibel und Archäologie* I [1955] 109-169). Nínive continuó como capital del Imperio Asirio hasta la desaparición de éste; la toma de Nínive por los medos y neobabilonios, en el 612 a. C., significó prácticamente el fin del Imperio Neoasirio. La capital de los *hititas* en Asia Menor durante el período de su Imperio fue Jattús *(Ḫattušaš).* Sus ruinas yacen junto al moderno poblado de *Boǧazköy,* al este de Ankara, allende el Kizil Irmak o Halis. Desde 1906, la *Deutsche Orient-Gesellschaft* ha realizado en ellas trabajos de excavación (cf. K. Bittel, *Die Ruinen von Boǧazköy, der Hauptstadt des Hethiterreiches* [1937]).

* Véase M. E. L. Mallowan, *Nimrud and its Remains,* 2 vols., The Aberdeen Univ. Press, Collins 1966 (N. del E.).

Capítulo VII

FECHAS

XXXVII. Cronología

No es posible presentar aquí, ni siquiera mencionar, la profusión de estudios —a menudo muy difíciles— sobre los numerosos problemas de la cronología del Antiguo Oriente. Nos limitaremos a una visión panorámica de las bases de la cronología que permita formar un juicio sobre el valor y la certeza de las fechas que la literatura científica establecen para los personajes y acontecimientos de la historia del Antiguo Oriente [34].

1. *Cronología relativa*

Tenemos en nuestro poder toda una serie de documentos del Antiguo Oriente que, además de darnos referencias generales sobre la marcha de los acontecimientos históricos, fijan con cifras exactas el desarrollo de la historia de un Estado. Estos documentos son en su mayoría listas de reyes con los años de duración de sus reinados.

Para las primeras cinco dinastías de Egipto contamos con la «Piedra de Palermo» (cf. Breasted, *Ancient Records of Egypt* I, §§ 76ss), muy fragmentaria, y con algunos otros fragmentos de inscripciones en piedra (cf. L. Borchardt, *Die Annalen und die zeitliche Festlegung des Alten Reiches der ägyptischen Geschichte* [1917] 21ss), auténticos anales que distribuyen los hechos por años y reinados; a esto hemos de añadir el «papiro de Turín», el cual, aunque también muy fragmentario, presenta una larga lista de reyes que abarca desde el Imperio Antiguo hasta el Imperio Nuevo, dando el número de años de cada reinado (cf. Borchardt, *op. cit.*, fot. 4-6); finalmente, el catálogo de reyes y dinastías de Manetón

[34] Sobre la cronología científica en su totalidad, cf. F. K. Ginzel, *Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie* I-III (1906-1914); W. Kubitschek, *Grundriss der antiken Zeitrechnung*, en *Handbuch der Altertumswissenschaft* I, 7 (1927). Una panorámica de la literatura más reciente sobre la cronología del Antiguo Oriente y una sinopsis de sus resultados pueden verse en E. F. Campbell, en *The Bible and the Ancient Near East. Essays in Honor of William Foxwell Albright* (1961) 124-224.

(cf. *supra,* pp. 257s), recibido de él por S. Julio Africano y transmitido luego por los escritores cristianos antiguos (cf. H. Gelzer, *Sextus Julius Africanus* I [1880] 191ss) [35].

Dado que los documentos antiguos son sólo fragmentarios y que la credibilidad de Manetón en los detalles y especialmente en las cifras es por lo menos dudosa, conocemos la sucesión de los faraones egipcios, pero respecto de las fechas exactas queda mucha incertidumbre. Y los documentos originales de los diversos faraones que poseemos sólo nos permiten ulteriores precisiones cuando de sus eventuales dataciones se puede colegir el número mínimo de los respectivos años de gobierno.

También poseemos varias listas de reyes de Mesopotamia. Algunas son de *Babilonia:* están ordenadas por dinastías y presentan los años de cada reinado, pero incluyen también series de soberanos míticos (cf. AOT^2 331ss y H. Zimmern, *Die altbabylonischen vor- (und nach-) sintflutlichen Könige nach neuen Quellen* [ZDMG NF 3 ⟨1924⟩ 19ss]). A estas listas hay que añadir diversas tablas de tipo analítico, como la llamada «Crónica babilónica», que se conserva fragmentariamente (cf. AOT^2 359ss y 362ss). También en este caso persisten numerosas dudas, además de la inseguridad de las cifras, pues en las listas de reyes se encuentran dinastías que se siguen unas a otras cuando, al parecer, fueron contemporáneas en diversos lugares.

Para *Asiria,* las excavaciones de Asur (cf. *supra,* página 274) han añadido a las listas cronológicas ya conocidas no sólo otras valiosas listas de reyes, sino también catálogos de los *līmu* asirios, es decir, de los epónimos de cada año, altos funcionarios del reino cuyos nombres solían emplearse para denominar cada año de reinado (cf. A. Ungnad, *Eponymen* [RLA II ⟨1938⟩ 412-457]). Estos catálogos de *līmu* pertenecen a los períodos del Imperio Medio y Nuevo de Asiria. Pero el documento cronológico más importante es la lista de reyes asirios de *ḫorsābād,* recientemente descubierta, que presenta la serie de los reyes asirios con sus años de reinado desde los tiempos más antiguos hasta el siglo VIII antes de Cristo (publicada por A. Poebel: JNES 1 [1942] 247-306 y 460-492; 2 [1943] 56-90) [36].

Desgraciadamente, hasta el momento no poseemos documentos autóctonos para el *Imperio Hitita* [37]; por ello la cronología de los reyes hititas se apoya en bases muy débiles.

Por el contrario, para Israel disponemos del marco deuteronomista de los libros de los Reyes, cuyos datos provienen con certeza de material do-

[35] En la lista de Manetón, y probablemente también en la Piedra de Palermo, la serie de faraones está encabezada por reyes míticos y prosigue con la serie de faraones claramente históricos.

[36] Cf. especialmente Weidner, *Bemerkungen zur Königsliste von Chorsābād:* AfO 15 (1945-1951) 85-102.

[37] Cf., sin embargo, A. Goetze, *The Problem of Chronology and Early Hittite History:* BASOR 122 (1951) 18-25; íd., *Alalaḫ and Hittite Chronology:* BASOR 146 (1957) 20-26; íd., *On the Chronology of the Second Millennium B. C.:* JCS 11 (1957) 53-61, 63-73.

cumental; aquí tenemos los años de reinado de los reyes de Israel y de Judá desde la muerte de Salomón hasta el fin de los Estados de Israel y de Judá (cf. J. Begrich, *Die Chronologie der Könige von Israel und Juda und die Quellen des Rahmens der Königsbücher* [1929]; E. R. Thiele, *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings. A Reconstruction of the Chronology of the Kingdoms of Israel and Judah* [1951])[38]. Estos datos constituyen el núcleo seguro de la cronología del Antiguo Testamento; para otros períodos, el Antiguo Testamento no presenta fechas exactas o basadas en documentos. Para el período anterior a la muerte de Salomón puede establecerse en términos generales, siguiendo la tradición veterotestamentaria, el desarrollo de la historia de Israel; pero no se puede fijar una fecha exacta ni siquiera aproximada para ningún acontecimiento particular. En el libro de Ezequiel tenemos, para el período exílico, algunas fechas más que cuentan a partir de la (primera) deportación judía; con esto cesan las referencias cronológicas en el Antiguo Testamento. En Esd/Neh aparece un solo par de fechas relacionadas entre sí. Más tarde, en los libros de los Macabeos y en las obras de Josefo encontramos de nuevo elementos de una cronología relativa, independiente y cerrada, para la época de los Macabeos y de los Asmoneos.

2. *Sincronismos*

Las cronologías de las diversas regiones del Antiguo Oriente pueden ponerse en recíproca relación mediante varias referencias. Esto hace que se refuercen mutuamente y que en ocasiones colmen sus lagunas, pues mediante las referencias históricas de una región particular a otra resultan conexiones entre los respectivos acontecimientos o dataciones, es decir, correspondencias temporales o sincronismos, que contribuyen poderosamente a fortalecer y dar firmeza a todo el edificio de la cronología relativa. En este contexto examinamos tanto los sincronismos que nos ofrecen los documentos originales como los que hemos podido entresacar de los testimonios indirectos de la tradición histórica.

Poseemos *documentos originales sincrónicos* de dos regiones; los presentan la tradición mesopotámica y el Antiguo Testamento. Son listas que ponen en relación temporal continua las sucesiones de reyes de dos países vecinos, probablemente debido a que, por razones prácticas (como el comercio, etc.), se deseaba poder traducir al propio sistema de datación las fechas del país vecino, que se fijaban según los años de reinado. Tenemos listas sincrónicas de esta clase para los reyes de Babilonia y de Asiria (cf. E. F. Weidner, *Die Könige von Assyrien. Neue chronologische Dokumente aus Assur* [MVÄG 26 ⟨1921⟩ 2ss]). La «Crónica babilónica» contiene asimismo abundante documentación sincrónica. Por su parte, en el Antiguo Testamento, dentro del marco deuteronomista de los libros de

[38] Puede añadirse a esta bibliografía V. Pavlovský y E. Vogt, *Die Jahre der Könige von Juda und Israel:* «Biblica» 45 (1964) 321-347 (N. del T.).

los Reyes —repetimos, basado en material documental de primera mano—, junto a los años de reinado de cada rey se nos dan constantemente los sincronismos entre la serie de los reyes de Israel y de Judá. Puesto que tanto los años de reinado como los sincronismos fueron tomados probablemente de las cancillerías y no deducidos entre sí, la yuxtaposición permite un severo control recíproco de ambas series. Naturalmente, estos sincronismos originales se refieren a un ámbito muy limitado del mundo oriental y, además, corresponden a un período de tiempo relativamente corto.

Para la cronología reviste igualmente gran importancia el campo de los *sincronismos de hechos* documentados por la tradición histórica. Aun cuando éstos no suelen llevarnos a dataciones con el año exacto, aluden a personajes y acontecimientos contemporáneos de las más diversas regiones del Antiguo Oriente. Presento aquí sólo algunos ejemplos. Los textos de Mari (cf. *supra,* página 220) ofrecen un importante sincronismo de esta clase. Según su testimonio, el rey Zimrilim había ocupado el trono de su padre después de un período de dominación asiria sobre Mari bajo el rey Šamši-Adad I de Asiria. Aún más concreta es la información de un documento, conocido ya desde hace mucho tiempo (cf. F. Thureau-Dangin: RA 34 [1937] 138), según la cual aparece la contemporaneidad parcial de Hammurabi y de Šamši-Adad I: Šamši-Adad I reinaba aún en el año décimo de Hammurabi. Este sincronismo ha obligado a corregir la cronología general del Próximo Oriente en la primera mitad del II milenio y también en el III. Puesto que Šamši-Adad I de Asiria pertenece a un período posterior al que se le atribuía [39] sobre la base de la lista real de *ḫorsābād* (cf. *supra,* p. 278), Hammurabi —y con él la primera dinastía de Babilonia entera— debe datarse en fecha considerablemente más reciente. Todas las dataciones del período anterior al desciframiento de los textos de Mari y de la lista real de *ḫorsābād* eran erróneas por presentar fechas demasiado elevadas. La correspondencia oficial diplomática de las tablillas de el-Amarna hacen posibles algunos sincronismos correctos entre las series de reyes egipcios (dinastía XVIII), babilonios (casitas), asirios (comienzos del Imperio Medio asirio), mitannios e hititas. Las disputas entre egipcios e hititas en Siria durante el siglo XIII a. C. ofrecen otros sincronismos egipcio-hititas, como sucede, por otra parte, con las pendencias entre Hatti y Mitanni (cf. los tratados internacionales de Bogazkoy). Debido a la falta de documentos cronológicos propios, la cronología hitita se basa esencialmente hasta ahora en este tipo de sincronismos. El avance de los reyes conquistadores neoasirios por Siria-Palestina e incluso hasta Egipto nos proporciona de nuevo sincronismos con Egipto; así sucede, por ejemplo, cuando los reyes asirios Asarhaddón y Asurbanipal mencionan repetidas veces en sus inscripciones al faraón egipcio *Tarqû* (= Tirhacá, dinastía XXV), su contemporáneo. En este punto encaja igualmente la cronología de los reyes del Antiguo Testamento como un eslabón importante. Por una parte, está fuertemente enlazada en varios puntos con

[39] E. Weidner: AfO 15 (1945-1951) 100, propone, según nuevas fuentes, para el reinado de Šamši-Adad I, los años 1727-1695 a. C.

la bien documentada cronología neoasiria, logrando así una vinculación segura con la cronología relativa del Antiguo Oriente (puntos de enlace de la cronología veterotestamentaria con la asiria son el tributo del rey Jehú de Israel a Salmanasar III en el año XVIII del reinado de éste [cf. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia* I, § 672]; el tributo del rey Menajem de Israel [2 Re 15,19s] a Teglat-Falasar III en su VIII año *[ibíd.* I, § 815, y II, § 1198]; la caída de Samaría [2 Re 17, 6] en el año I de Sargón [40] *[ibíd.* II, § 4]; el sitio de Jerusalén por Senaquerib [2 Re 18,13-16] en su tercera campaña *[ibíd.* II, § 240; más ejemplos y con mayor detalle en Begrich, *op. cit.,* 94ss; Thiele, *op. cit., passim]).* Por otro lado, establece conexiones con la historia egipcia: campaña del faraón Šešonq I (dinastía XXII) en Palestina en el año V de Roboam (1 Re 14,25-28); muerte del rey Josías de Judá (2 Re 23,29) en la batalla contra el faraón Necao (dinastía XXVI).

El fin del Imperio Neobabilónico y el fin de la dinastía XXVI de Egipto están enlazados con los acontecimientos y la cronología del Imperio Persa. Por fin, a través de la historia del Imperio Persa, la cronología del Antiguo Oriente entra en conexión con la cronología de los historiadores griegos.

Como lo muestran los ejemplos aducidos, los sincronismos de hechos se refieren a las épocas más recientes de la historia del Antiguo Oriente. Para épocas anteriores puede servir de base una sincronización arqueológica, es decir, el establecimiento de la contemporaneidad a partir de los correspondientes hallazgos arqueológicos de las diversas regiones culturales. Se parte del supuesto de que determinadas manifestaciones características —como una técnica o un tipo especial de decoración de la cerámica o un estilo particular en la fabricación de adornos de metal— pueden ser contemporáneas en diversas regiones o depender unas de otras. Es lógico que tal sincronización se ha de llevar a cabo con gran prudencia y cuidado. en raras ocasiones se da la feliz circunstancia de que en un determinado lugar de un estrato arqueológico datable aparecen objetos datables importados de otra región cultural o bien imitaciones indígenas de los mismos; entonces se puede deducir una contemporaneidad aproximada. Finalmente, mediante la prueba del carbono radiactivo (cf. *supra,* p. 136, nota 60) puede la arqueología averiguar la contemporaneidad dentro de un espacio no muy amplio y llegar, por tanto, a adaptaciones absolutas.

3. *Eras*

En el período reciente del Antiguo Oriente se llegó ocasionalmente a datar no ya por años de reinado o por epónimos, sino a partir de una fecha fija. En el Asia anterior tenemos, en primer lugar, la era seléucida. Mientras en el Egipto tolemaico se continuó contando por años de reinado, en

[40] Sobre este punto, cf. E. Vogt, *Samaria a. 722 et a. 720 ab assyriis capta:* «Biblica» 34 (1958) 535-541 (N. del T.).

el vecino Imperio de los Seléucidas se introdujo una era cuyo punto de partida era el otoño del 312 a. C.; en el Asia sudoccidental se siguió datando durante siglos por esta era. En el período romano, las ciudades que habían recibido la autonomía databan también por eras particulares; así, las ciudades de Siria-Palestina, que había recibido de Pompeyo la autonomía, tenían una era pompeyana (a partir de 64 o 63 a. C.); más tarde, también a las provincias romanas se les otorgó una era especial (por ejemplo, la provincia de Arabia). Más detalles pueden encontrarse en Ginzel, *op. cit.* III, 43ss. La era por la cual se regían ciudades o provincias en casos especiales no se especificaba expresamente, siendo preciso deducir del contexto el acontecimiento o fecha inicial.

4. *Cronología absoluta*

El edificio de la cronología relativa del Antiguo Oriente es en general sólido; sin embargo, en algunos puntos se tambalea a falta de tradiciones seguras y de una confirmación exacta. Esta cronología relativa puede convertirse en absoluta, es decir, en un sistema de fechas en conexión con nuestro calendario, mediante confirmaciones astronómicas. Existen relatos antiguos sobre los resultados de observaciones astronómicas (por ejemplo, en Egipto, observaciones datadas sobre la aparición helíaca de Sirio, que era fundamental para el calendario egipcio, o, en Babilonia, sobre la salida de Venus en la madrugada, etc.), noticias sobre fenómenos extraños que se observaban cada cierto tiempo, como los eclipses de sol o de luna, todo lo cual permite, con ayuda de tablas astronómicas, una exacta determinación de las fechas correspondientes (cf. Th. von Oppolzer, *Kanon der Finsternisse* [1887; sobre los eclipses de sol y de luna de 1207 a. C. a 2163 d. C.]; F. K. Ginzel, *Spezieller Kanon der Sonnen- und Mondfinsternisse für das Ländergebiet der klassischen Altertumswissenschaften und den Zeitraum von 900 v. Chr. bis 600 n. Chr.* [1899]; P. V. Neugebauer, *Tafeln zur astronomischen Chronologie. Zum Gebrauch für Historiker, Philologen und Astronomen* I-II [1912-1922]; P. V. Neugebauer, *Spezieller Kanon der Sonnenfinsternisse für Vorderasien und Ägypten für die Zeit von 900 v. Chr. bis 4200 n. Chr.* [«Astronomische Abhandlungen, Erg.-Heft» VIII, 4 ⟨1931⟩]).

En síntesis, los resultados son los siguientes (cf. E. Meyer, *Die ältere Chronologie Babyloniens, Assyriens und Ägyptens* [1925; ^{2}1931]). La datación astronómica para el Imperio Antiguo de Egipto tiene una base documental, pero deja abiertas varias posibilidades, de modo que los cómputos varían considerablemente entre sí. En cambio, para el Imperio Medio tenemos una datación astronómica fija con un margen muy pequeño de variación. En conexión con las bases indicadas en la p. 279 para una datación del Imperio Antiguo de Babilonia (Hammurabi), existen posibilidades de obtener una fijación cronológica absoluta a partir de las observaciones astronómicas que ofrece la tradición; pero también aquí se dan diversas posibilidades de cálculo y, por ello, se discute todavía la

datación de la dinastía de Hammurabi dentro de ciertos límites. De esta datación de la dinastía de Hammurabi depende, por lo demás, la cronología de las épocas anteriores de Mesopotamia e incluso del Imperio Hitita. Para el Imperio Nuevo egipcio existen igualmente posibilidades de datación astronómica, pero cabe cierto margen, aunque bastante reducido. Lo más firmemente establecido es la cronología del período neoasirio. El eclipse de sol que el canon epónimo asirio C^b pone en tiempos del rey Asur-Dan III (cf. Ungnad: RLA II, 430.432) está confirmado astronómicamente para el 15 de junio del 763 a. C. (cf. Ginzel, *Spez. Kanon,* 243ss). De aquí hacia atrás puede contarse con ayuda del canon de los epónimos. A través de esta cronología neoasiria se ha podido fijar también la cronología del período de la monarquía israelita; hablando en términos generales, lo mismo ha sucedido con el período reciente de Egipto, llegándose incluso a determinar los años exactos. Aquí enlaza también la cronología de los períodos siguientes, que se conoce casi año por año, habiendo sido fijada por los conocimientos astronómicos de los griegos (Tolomeo). Sobre la cronología absoluta del período babilónico reciente, cf. R. A. Parker y W. H. Dubberstein, *Babylonian Chronology 626 B.C.-A.D. 75* (1956).

XXXVIII. Sinopsis cronológica de la historia del Antiguo Oriente

Durante las primeras épocas de la historia del Antiguo Oriente, las diversas regiones culturales llevaban una vida sustancialmente independiente y generalmente sólo efectuaron ataques contra los países más próximos, como Egipto sobre la costa siria o sobre el sur de Palestina-Siria y las potencias de Mesopotamia sobre el norte de Siria. Con el dominio de los Hicsos en los siglos XVIII-XVII a. C. se inició una historia general del Antiguo Oriente en la que se vieron envueltas más o menos directamente todas las regiones del mundo oriental; naturalmente, desconocemos los detalles de esta historia por falta de una tradición literaria. Además del dominio de los Hicsos, existía en Asia Menor el Imperio Antiguo de los Hititas, que, a mediados del siglo XVI a. C., atacó —al parecer, sin motivo— al Imperio Antiguo de Babilonia y dio al traste con él. Existía asimismo Asiria, reducida por entonces a la calidad de Estado menor, y el Imperio Antiguo de Babilonia, que regían los últimos reyes de la dinastía de Hammurabi. Estos Estados tenían ciertamente relaciones con el dominio de los Hicsos en Egipto y Siro-Palestina, por más que nosotros nada sepamos a ciencia cierta sobre el particular (cf. A. Alt: ZDPV 70 [1954] 130-134).

Tras la caída de los Hicsos quedó un resto de su poderío en el Estado mesopotámico de Mitanni, mientras el Egipto de la dinastía XVIII recogió la herencia de los Hicsos en Palestina y Siria en el siglo XVI-XI antes de Cristo.

Cuando, después de un período transitorio de decadencia, los faraones de la dinastía XIX (fines del siglo XIV y siglo XIII) quisieron restablecer el dominio egipcio sobre Palestina-Siria, chocaron allí contra las fuerzas del Imperio Hitita, que avanzaban desde el norte de Siria; se llegó a una indecisa batalla egipcio-hitita en Cadés del Orontes, en la Siria central, el año V de Ramsés II *(ca.* 1285 a. C.), y al establecimiento de un tratado entre Ramsés II y el rey hitita Hattušiliš III (cf. G. Roeder, *Ägypter und Hethiter* [«Der Alte Orient» 20 (1919)]) en el año XXI de Ramsés II (hacia 1269); como resultado de este tratado, Siria quedó dividida casi por el centro en una esfera de influencia hitita (parte norte) y otra (meridional) sometida al influjo de Egipto. En la esfera de influencia hitita en Siria había algunos pequeños Estados vasallos del rey hitita, como el de Amurru, en el valle del *nahr el-kebīr,* que ya se conocía por las tablillas de el-Amarna; los reyes hititas del siglo XIV-XIII a. C. concluyeron con este Estado diversos tratados, cuyos textos se han encontrado en Bogazkoy.

Por otra parte, ya en el siglo XIV los hititas habían sometido al Estado mesopotámico de Mitanni, último resto del dominio de los Hicsos; por fin, el Estado de Mitanni se desmoronó definitivamente bajo la doble presión del Imperio Hitita por un lado y el renaciente Imperio Medio de Asiria por el otro.

Cuando, hacia el 1200 a. C., decayó definitivamente el poder de Egipto y el Imperio de Hatti desapareció repentinamente como consecuencia de la invasión de los «pueblos del Mar» y, por otra parte, Asiria todavía no había avanzado de modo firme fuera de Mesopotamia, por no hablar de Babilonia, que era entonces un poder insignificante tras varios siglos de gobierno en manos de los reyes casitas, Siria y Palestina se encontraron prácticamente abandonadas a sí mismas; en esta época se formaron los numerosos pequeños Estados siro-palestinos, entre los cuales hace ahora su aparición en la historia Israel, cuyo mundo se reducía en estos tiempos al círculo de los pequeños Estados de Siria-Palestina [41].

Esta situación cambió con el resurgimiento del Imperio Nuevo de Asiria en el siglo IX y, tras una pausa, principalmente en el siglo VIII antes de Cristo. Comenzaba el avance de los asirios hacia Siria y Palestina. Egipto seguía siendo en el fondo el antagonista de Asiria; si bien su poder no era ya el de antaño, los Estados siro-palestinos lo consideraban como su apoyo en la lucha contra el avance de Asiria. De hecho, estos pequeños Estados vacilaban entre una sumisión voluntaria de los invencibles asirios y una resistencia a los mismos con la esperanza de la ayuda egipcia. Esta vacilación aparece claramente como telón de fondo en los profetas israelitas del siglo VIII a. C. En todo caso, el resultado histórico fue que la ayuda egipcia falló y los países de Siria-Palestina se convirtieron en provincias asirias (así, el Estado de Israel en los años 733 y 721 a. C.) o, cuando

[41] La intervención de una gran potencia extranjera en este mundo de Estados, como la expedición militar del faraón Šešonq a Palestina, fue en este período un hecho episódico sin grandes consecuencias.

menos, en Estados vasallos de Asiria (así, el Estado de Judá en el 733 antes de Cristo). De este modo, Asiria, que en el segundo cuarto del siglo VII a. C. ocupó temporalmente parte de Egipto, fue el primero de la serie de Imperios orientales que dominó casi todo el Próximo Oriente antiguo.

El breve interludio del Imperio Neobabilónico comenzó en el 612 antes de Cristo, cuando cayó Nínive ante los medos y neobabilonios unidos. Con esto el Imperio de Asiria se desplomó repentinamente a pesar de la ayuda de su aliado egipcio, el faraón Necao (dinastía XXVI), que temía ya más a los Imperios recién formados que a una Asiria débil, la cual hasta poco antes había sido el enemigo principal de Egipto. Por el contrario, Siria y Palestina, hasta entonces sometidas al yugo asirio, se pusieron al lado de los enemigos de Asiria y, por lo mismo, opusieron resistencia al faraón Necao. A este contexto histórico, iluminado sólo mediante el descubrimiento de un fragmento de la «Crónica babilónica» (cf. C. J. Gadd, *The Fall of Nineveh* [1923]; D. J. Wiseman, *Chronicles of Chaldaean Kings (626-556 B. C.) in the British Museum* [1956]), pertenece el enfrentamiento del rey judaíta Josías y de Necao en Meguiddó (cf. 2 Re 23,29, y 2 Cr 35,20ss). El Imperio Neobabilónico asumió entonces la herencia de Asiria, dominando Babilonia y la cuenca del Éufrates y, tras la victoria decisiva sobre los egipcios en Karkemiš el año 605 a. C., Siria y Palestina. Egipto quedó independiente, y los medos obtuvieron otra parte de la herencia de Asiria añadiendo a sus dominios el país asirio propiamente dicho y las montañas del norte y del este. El hecho histórico mejor conocido del Imperio Neobabilónico fue la eliminación del Estado de Judá y la destrucción de Jerusalén el año 587. Pero ya el 539 Babilonia fue sometida a los persas, mandados por Ciro, que para entonces se había hecho con el poder de los medos. Con ello obtuvieron también los persas el dominio sobre Siria-Palestina y, en el 525, conquistaron, bajo Cambises, Egipto. De este modo tuvieron en sus manos el Antiguo Oriente entero hasta que Alejandro Magno sometió todo el Imperio Persa en los años 334-331 a. C.

Después de Alejandro se dividió el Imperio en los diversos dominios de sus sucesores (diadocos). Egipto correspondió a la dinastía macedónica de los Tolomeos; el Asia anterior, a los Seléucidas. Hasta el 198 antes de Cristo poseyeron los Tolomeos la vecina Palestina y Fenicia, que perdieron en esa fecha, dejándola en manos de los Seléucidas. Mientras los Tolomeos se mantuvieron en Egipto hasta la ocupación del país por los romanos el año 30 a. C., la paulatina decadencia del Imperio Seléucida comenzó ya en el siglo II a. C., impulsada en el siglo II-I por la aparición de Roma, que poco a poco se adueñó de todos sus dominios.

Listas de los faraones egipcios pueden encontrarse en Breasted-Ranke, *Geschichte Ägyptens* (ed. de 1911, pp. 445ss; ed. de 1936, pp. 325ss) y en Erman-Ranke, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* (1923) 568ss; una selección, en Scharff-Moortgat, *Ägypten und Vorderasien im Altertum* (1950) 191ss. Listas reales de los Imperios mesopotámicos (especialmente Babilonia y Asiria) pueden verse en L. Delaporte: «Geschichte

der Führenden Völker» 3 (1933) 336ss, y E. F. Weidner, *Die Könige von Assyrien* (MVÄG 26 [1921] 2, 61ss). Sobre las fechas que presentan las dos obras mencionadas últimamente, véase lo dicho *supra*, p. 280. E. Weidner, en AfO 15 (1945-1951) 98-102, presenta las listas más recientes de los antiguos reyes de Babilonia, de los reyes de Asiria y de Hatti.

La «Tabla cronológica para la historia del Antiguo Oriente», aneja al final de este libro, se propone ofrecer una visión esquemática de toda la historia del Próximo Oriente antiguo.

Capítulo VIII

RELIGIONES

XXXIX. Documentos religiosos

La historia de las religiones del Antiguo Oriente, que constituye el trasfondo del Antiguo Testamento, es un campo muy amplio, rico en manifestaciones y sometido a los avatares de los acontecimientos. Su estudio es muy extenso e implica la utilización de una gran cantidad de datos. Aquí sólo podemos trazar los rasgos principales e indicar el camino que lleva a ese campo proporcionando una bibliografía.

Los *documentos religiosos* son en parte *literarios* y en parte arqueológicos. Los textos literarios religiosos son himnos y preces a los diversos dioses, que fueron compuestos para el uso cúltico, rúbricas para las celebraciones del culto y narraciones de contenido mítico para ser recitadas en determinadas fiestas de las divinidades. Existen también, aunque pertenezcan al ámbito de la magia más que al propiamente religioso, textos de conjuros contra los demonios portadores de calamidades y enfermedades y textos de presagios basados en el arte adivinatorio, que aparecen sobre todo en Mesopotamia. Finalmente, hay también textos mortuorios, como las inscripciones sepulcrales, que tienen contenido religioso, y las instrucciones grabadas o escritas a mano y colocadas en la tumba junto con el cadáver para ayudar al difunto en su paso al más allá; éstos aparecen especialmente en Egipto. Pero incluso los textos sin contenido propiamente religioso, como inscripciones reales, leyes, tratados, poemas épicos, narraciones, fábulas, etc., suelen contener diversas informaciones que interesan a la historia de la religión, como nombres de divinidades, fórmulas de juramento, referencias a cultos diversos, etc. Los principales textos literarios religiosos del Antiguo Oriente pueden encontrarse en AOT[2] y especialmente en ANET, así como en diversas colecciones que presentan la traducción. Así, en Lehmann-Hass, *Textbuch zur Religionsgeschichte* ([2]1922), que contiene textos egipcios presentados por H. Grapow; textos asirio-babilónicos, por B. Landsberger, y textos hititas, por H. Zimmern. En la colección «Religionsgeschichtliches Lesebuch», dirigída por A. Bertholet, por lo que se refiere al Antiguo Oriente, han aparecído el n.º 10: H. Kees, *Ägypten* ([2]1928); el n.º 17: A. Bertholet, *Die Religion des Alten Testaments* ([2]1932); en la colección «Religiöse Stim-

men der Völker», dirigida por W. Otto: G. Roeder, *Urkunden zur Religion des alten Ägypten* (1915), y A. Ungnad, *Die Religion der Babylonier und Assyrer* (1921). A estas obras habrían de añadirse las numerosas publicaciones científicas de textos particulares y los estudios especiales que en parte mencionaremos en lo que sigue.

De modo cada vez más claro, en las últimas décadas se ha ido reconociendo la importancia de los *documentos arqueológicos* al lado de los literarios para el conocimiento de la historia de las religiones antiguas. Estos documentos arqueológicos son los restos materiales de los antiguos edificios de culto (templos) y las instalaciones cultuales (altares, etc.); asimismo, las numerosas estatuas de dioses, de bulto redondo o en relieve, sus imitaciones en estatuillas y sus reproducciones en monedas; también las representaciones figurativas de acontecimientos míticos y de escenas cultuales, los diseños de símbolos de las divinidades, etc. AOB² y ANEP ofrecen un rico material ilustrativo de la historia de las religiones orientales. Tenemos además el *Bilderatlas zur Religionsgeschichte,* ed. por H. Haas, que incluye los fascículos 2-4: H. Bonnet, *Ägyptische Religion* (1924); fasc. 5: H. Zimmern, *Religion der Hethiter* (1925); fasc. 6: B. Landsberger, *Babylonisch-Assyrische Religion* (1925); fasc. 7: G. Karo, *Religion des ägäischen Kreises* (1925) *. Especialmente dedicada a Palestina tenemos una historia de la religión que incluye hasta el período romano, basada en materiales arqueológicos, en St. A. Cook, *The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archaeology* («The Schweich Lectures» [1925; 1930], con abundante material ilustrativo), y para los períodos más antiguos, W. F. Albright, *Archaeology and the Religion of Israel* (²1946).

Mediante el trabajo riguroso sobre estos documentos es posible comprender las religiones y el culto de las regiones y períodos particulares y sintetizar los resultados en una historia de las religiones. Naturalmente, cada autor puede tratar y presentar como especialista sólo una parte limitada de este espacioso campo; sin embargo, como *historia general* de la religión, que incluye también el sector de las religiones del Antiguo Oriente, debería consultarse la detallada obra de Chantepie de la Saussaye, *Lehrbuch der Religionsgeschichte,* ed. por A. Bertholet y E. Lehmann, volúmenes I-II (⁴1925), con numerosos colaboradores como O. Lance para Egipto y Fr. Jeremias para los pueblos semitas del Asia sudoccidental. Igualmente, la breve obra de Tiele-Söderblom, *Kompendium der Religionsgeschichte* (⁶1931), y las obras generales de G. Mesching, *Allgemeine Religionsgeschichte* (²1949), y Fr. Heiler, *Erscheinungsformen und Wesen der Religion,* en *Die Religionen der Menschheit,* vol. 1 (1961). Los numerosos cultos y ritos originales, especialmente tal como aún son practicados entre las tribus todavía nómadas del Asia sudoccidental, que se han mantenido a través de los tiempos con gran tenacidad y conservan

* Puede consultarse también la obra reciente de R. Labat, A. Caquot, M. Sznycer y M. Vieyra, *Les religions du Proche-Orient asiatique,* Fayard-Denoël, París 1970 (N. del E.).

elementos que representaron un papel importante en las religiones del Oriente Antiguo, constituyen el material de la obra clásica de W. R. Smith, *Lectures on the Religion of the Semites* (ed. por St. A. Cook [^{3}1927]). Cf. también J. Wellhausen, *Reste arabischen Heidentums* (^{2}1927).

XL. Características fundamentales de la visión y práctica religiosa

Podemos observar ciertos rasgos comunes en el panorama religioso del Antiguo Oriente, a pesar de las diferentes formas y denominaciones en que se manifiestan. Los presentamos brevemente.

Uno de los elementos más antiguos de la religión del Antiguo Oriente parece haber sido la creencia en una *gran divinidad femenina,* origen y fuente de toda vida, especialmente de la vida humana y animal, que personificaba en sí misma a la fertilidad. Con ella estaba por lo común asociado un *dios joven,* del tipo de los dioses que mueren y vuelven a la vida, el cual representaba a la vegetación en su rápido despertar y fenecer, tan llamativo en el Antiguo Oriente; este dios aparece generalmente como el amante de la diosa madre, pierde la vida repentinamente de este modo o del otro, es llorado por la diosa y por fin vuelve de nuevo a la vida. Esta pareja divina se encuentra en Mesopotamia bajo los nombres de Istar y Tammuz; en Asia Menor la tradición posterior la presenta como la *Magna Mater* (Cibeles) y Attis. En Egipto asumieron esta función Isis y Osiris, divinidades que habían sido originariamente independientes. Siria-Palestina aplicó los nombres de *ʿAštart, Ašera, ʿAnat* a la diosa madre, mientras que el joven dios, por cuanto podemos observar, no tuvo un nombre generalizado en la región; parece haber sido venerado aquí o allí bajo el nombre de *Ešmún,* y la tradición helenística posterior le conoció bajo el título divino de «Adonis» (= *ādōn,* «Señor») (cf. W. W. Graf Baudissin, *Adonis und Esmun* [1911]). En esta pareja divina se veneraba por todas partes a la vida y a la fertilidad divinizadas. El culto dado a la diosa madre o a la pareja divina revestía probablemente una gran importancia y marcaba profundamente la vida y la actividad de la poblción. La fertilidad y la vitalidad de la naturaleza actuaban mágicamente en este culto a través de determinados ritos y se renovaban constantemente siguiendo un ciclo regular establecido por el curso natural del año. Una parte importante de estos ritos la constituían las relaciones sexuales sagradas, en las que se representaba el poder divino dispensador de la vida. Estos ritos los realizaban en los santuarios sacerdotes y sacerdotisas o también personas especialmente «consagradas», que aparecen descritas en el Antiguo Testamento con los nombres de *qᵉdešim* o *qᵉdešot.* En relación con estos cultos de renovación de la vida brotó la idea de que también el hombre, después de su muerte corporal, podía volver a la vida, concretamente mediante su integración mágica en la muerte y resurrección del joven dios. En Mesopotamia existía la creencia de que un difunto podía

convertirse en Tammuz mediante conjuros que obraban con fuerza mágica; de este modo participaba en la revitalización del dios. En Egipto, el ritual de los muertos cree en la transformación del difunto en Osiris.

Los *grandes dioses cósmicos,* divinidades celestes y astrales, que se veneraban por todo el Antiguo Oriente, pertenecían también al círculo de las divinidades universalmente aceptadas. El «cielo», que designaba originariamente el gran espacio aéreo por encima de la tierra y que se imaginaba como una región habitable lo mismo que la tierra, era el dominio de los vientos y las nubes, donde reinaban las potencias divinas, que podían ser benéficas o maléficas; incluso los astros, que describían su curso por este dominio, eran considerados como divinidades debido a la «eterna» regularidad de sus movimientos; eran las divinidades que aseguraban de modo especial el orden universal; por ello se las consideraba con frecuencia como garantes del derecho terrestre. Con el progreso de la reflexión se asociaron a los poderes cósmicos del cielo las potencias de la tierra, del mundo subterráneo y del océano.

Junto a estos dioses universalmente aceptados representaban un papel importante los *seres* divinos asociados a un lugar, los cuales ocupaban un puesto especial en la vida a través de los cultos que se les dedicaban. Estamos particularmente bien informados sobre estos seres divinos venerados en Siria-Palestina; el Antiguo Testamento los reúne bajo el denominador común de «baales» de los «cananeos». Se creía que habitaban en los árboles sagrados, en las fuentes sagradas, en las cimas de los montes, en las rocas sagradas; eran los «dueños» (hebr. *ba'al)* de estas localidades señaladas por una santidad que se concebía materialmente. Estos númenes, que, por no tener un nombre propio, eran designados con el título genérico de *ba'al,* al que se añadía cualquier atributo más específico, no poseían al principio una identidad individual ni habían sido originariamente dioses propiamente dichos, sino espíritus bienhechores o temibles que dispensaban la fertilidad de la tierra o causaban siniestros en los alrededores limitados de su residencia, revistiendo funciones demoníacas. Se les presentaban ofrendas en sus lugares sagrados, que eran considerados como su morada, y no precisaban un mobiliario particular fuera del árbol sagrado, la roca o cosas similares y quizá un vallado más o menos insinuado del recinto sagrado; las ofrendas para estos espíritus, concebidas en primer lugar como alimento, se depositaban sencillamente o, en un estadio más avanzado de la representación religiosa, se las transformaba en una especie de estado «inmaterial», para que «pudieran elevarse», mediante la cremación («holocausto») (cf. Jue 6,17-21; 13,15-20). Aun cuando este fenómeno de los seres divinos asociados a un lugar se nos revele de modo particular en Siria-Palestina, se dio sin duda en todo el ámbito religioso del Antiguo Oriente.

Al lado de estos númenes asociados a lugares aparecen las *divinidades asociadas a personas.* En este caso se da una vinculación especial entre una divinidad y un determinado grupo humano. La conexión local es más común en el ámbito de las tierras de sedentarización, mientras que la vinculación personal aparece de modo preferente entre las tribus todavía

nómadas, las cuales suelen mantener relaciones humanas más estrechas y fuertes que las de los habitantes ya sedentarizados en las tierras de cultivo. Estos cultos, aun cuando tengan sus raíces en el ámbito de la vida nómada, se conservaron en muchos casos después de la sedentarización en las tierras de labor. En el marco de una sociedad patriarcal, como es ya la que encontramos en los comienzos de los tiempos calificados sumariamente de históricos en el Antiguo Oriente, se representaba al dios de la tribu como un individuo masculino que, en los estadios más primitivos, era considerado como consanguíneo de la tribu. En los nombres personales más antiguos se le llama sencillamente «antepasado», «hermano», «pariente». En él se veía al señor, caudillo y juez de la tribu. Era natural que cada tribu tuviera un único dios que exigía la supremacía cultual entre los miembros de la tribu. Así, pues, en este culto late un rasgo de «henoteísmo». El culto del dios de la tribu tenía también sin duda una vinculación local, pero esto no constituía una característica esencial y, con los cambios migratorios o de los lugares de asentamiento de la tribu, los lugares de culto tenían también que variar. La vinculación personal era particularmente fuerte cuando las divinidades se designaban como «dioses de los padres», indicando la forma humana en que probablemente habían aparecido y bajo la cual la descendencia siguió venerándolos. A. Alt, *Der Gott der Väter* (BWANT III, 12 [1929])[42], ha investigado esta situación, en la que la divinidad se designa como «dios de X», en dos puntos de la religión del Antiguo Oriente, a saber: en las tradiciones de los patriarcas del Antiguo Testamento y en el ámbito cultural siro-palestinense del período helenístico-romano. Este tipo de culto que, como es natural, sólo excepcionalmente ha dejado tras sí documentos literarios o inscripciones, estaba sin duda muy extendido en el Oriente Antiguo, especialmente entre la población aún no sedentarizada. Quizá tuviera su origen en estos cultos tribales el fenómeno particular del «sacrificio de comunión» (hebr. *šelem*), vinculado a un banquete sacrificial; es esencial en este tipo de sacrificio la idea de una comida en común con la divinidad y la misteriosa unión entre la divinidad y los miembros de la tribu, realizada mediante la manducación común de la víctima sagrada.

Una combinación de la vinculación local y personal la encontramos en el culto de algunos *dioses de la ciudad*. Este culto ha representado desde antiguo un papel importante en el Antiguo Oriente. Los dioses de la ciudad eran los *genii loci* de los asentamientos ciudadanos y sus territorios, y, al mismo tiempo, los señores divinos de las comunidades históricas de los habitantes de la ciudad, y, como tales, los protectores de la comunidad ciudadana, de su historia y de sus instituciones. Como los habitantes de la ciudad, también los dioses de la ciudad recibieron sus casas urbanas, es decir, «templos». Por su origen y naturaleza, el templo es un elemento primario de la ciudad, y su estructura fundamental es, en su origen, una copia de la casa ciudadana, especialmente del palacio del rey de la ciudad. Naturalmente, con el paso del tiempo, el templo se des-

[42] Reeditado en *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* I (²1959) 1-78.

arrolló y adoptó la estructura en consonancia con su función peculiar. En las antiguas regiones de cultura ciudadana, especialmente en la Baja Mesopotamia y Egipto, los dioses de la ciudad representaron un papel importante desde los tiempos más antiguos.

En todo esto estamos tratando de representaciones que aparecen no sólo en el Antiguo Oriente, sino en las manifestaciones de la religión en todas partes. Un procedimiento, observado con frecuencia en el Antiguo Oriente, pero que pertenece también a la historia universal de las religiones, es que varias divinidades se fueron *identificando* una con otra en el curso de la historia o llegaron a fundirse en la veneración cúltica; el hecho de que varias divinidades de los diversos tipos mencionados llegaran a unirse entre sí se debió a un cambio de la religión producido por acontecimientos históricos (mezcla de poblaciones, etc.) o por especulaciones «teológicas» de los sacerdotes. En ese campo pueden concebirse las más variadas posibilidades, y de hecho se han llevado a cabo, si bien no es posible seguir tales procesos en todas partes. Así, cualquier numen local, que a su modo participaba en la actividad divina general, podía elevarse a los ojos de sus adoradores al círculo de las grandes divinidades universales y ser identificado en su culto con el dios del cielo. Por ejemplo, en Siria-Palestina se conocía ya en tiempos antiguos un «Baal de los cielos» (cf. O. Eissfeldt: ZAW N. F. 16 [1939] 3ss). Las divinidades cósmicas podían al mismo tiempo desempeñar la función de dioses de la ciudad, caso frecuente en Mesopotamia. Los dioses tribales, con el paso de sus adoradores a la sedentarización, fueron unidos en los centros de culto local con los númenes allí venerados. La abundancia de divinidades de varios tipos en una región determinada provocó las especulaciones sacerdotales sobre las relaciones existentes entre esas divinidades, llegándose así a la idea frecuente de un «panteón» en el que, mediante una jerarquización de los seres divinos, se determinaban las relaciones parentales de unos con otros, dándose un «padre de los dioses» o también un «rey de los dioses» o «señor de los dioses». Tales especulaciones llevaron en algunos casos a absorber muchas divinidades en una gran deidad. Conocemos un himno mesopotámico al dios luna, llamado en sumerio *Nanna[r],* en el cual no sólo se exalta a este dios con el título de «soberano de los dioses», sino que al mismo tiempo se le invoca con el nombre de otros varios dioses, identificándolo, por tanto, con ellos (cf. AOT² 241s; ANET 385s). Del mismo modo, en Egipto, un himno al dios Amón no sólo lo alaba como el primero de todos los dioses, sino que además designa a los demás dioses como «formas» de Amón (cf. ANET 368s). En otras partes se llegó a tal fusión de dioses, que sus nombres aparecen como epítetos divinos de un determinado dios. Para la veneración práctica de los dioses por el pueblo se conservó la multiplicidad de los seres divinos y la proliferación de los lugares de culto.

Era usual representarse los sentimientos y actividades de las divinidades de modo antropomórfico. Incluso su forma exterior era, en la mayoría de los casos, humana. Sólo los demonios o espíritus de categoría inferior aparecían de modo zoomórfico enteramente o en parte. Se les

representaba con frecuencia, como fuerzas protectoras en forma de seres fantásticamente compuestos (cf. *supra,* página 208), en las entradas de templos y palacios. Tales seres teriomórficos eran considerados como el séquito servicial de las grandes deidades; especialmente en el ámbito de la región de Siria septentrional, Asia Menor y Mesopotamia, se daba a una divinidad antropomórfica, como acompañante, un determinado animal, de modo que la divinidad aparecía de pie sobre el animal respectivo o sobre una pareja de estos animales; así sucede, por ejemplo, en los conocidos relieves rocosos de *maltaya* (Asiria) y de Yazilikaya, junto a Bogazkoy (Asia Menor); cf. AOB² 335, 337s; ANEP 537 y también 522, 530, 531 y 534 [43]. Sólo en Egipto existieron desde antiguo muchas divinidades representadas en forma animal, tendencia que se conservó a lo largo de toda la historia de la religión egipcia, poniéndose de nuevo en primer plano en el período reciente. Por otra parte, también en este caso se hablaba de la actividad de esos dioses animales describiéndola con rasgos humanos; además se les representaba, por lo menos en parte, con figura humana, de tal modo que el cuerpo humano terminaba en una cabeza zoomórfica (cf. AOB² 299, 302, 303; ANEP 553, 558, 565, 572).

Se decía que los hombres habían sido creados por los dioses para su servicio (cf. el excelente estudio de C. J. Gadd, *Ideas of Divine Rule in the Ancient East* [The Schweich Lectures 1945] 1948); su misión era cumplir las exigencias de los dioses cuidándolos y sirviéndolos. No se reconocían unos límites estrictos entre los dioses y los hombres. Especialmente los grandes de la tierra, es decir, los reyes y soberanos, en los que se representaba o incluso se encarnaba la sociedad humana que dominaban, tenían una relación estrecha con el mundo de los dioses. Las concepciones sobre este punto variaban, sin embargo, de una región a otra del Antiguo Oriente (cf. H. Frankfort, *Kingship and the Gods. A Study of the Ancient Near Eastern Religion as the Integration of Society and Nature* [1948]); por ello es difícil suponer en todo el Antiguo Oriente una concepción común sobre la divinidad de la realeza y de los reyes individuales (así, en especial, I. Engnell, *Studies in Divine Kingship in the Ancient Near East* [1943]). Lo que es válido para Egipto, donde realmente los faraones eran llamados hijos del dios solar Ra y considerados como encarnaciones del dios Horus en la formulación oficial de sus títulos y como hijos crasamente naturales de una diosa, no se puede aplicar del mismo modo ni de forma genérica a Mesopotamia, ni a los soberanos de las antiguas ciudades sumerias, ni a los reyes de Babilonia o Asiria; éstos eran considerados preferentemente como llamados y comisionados por la divinidad y como confidentes especiales de los dioses, pero de ningún modo como seres divinos; tampoco puede afirmarse lo mismo de Siria-Palestina, excepto allí donde arraigaron las concepciones egipcias durante el período de la dominación del país del Nilo en el Bronce Reciente. En

[43] Por ello, también el «becerro de oro» de la tradición veterotestamentaria no ha de imaginarse probablemente en su origen como una imagen de la divinidad, sino como el pedestal de una divinidad no representada: se la suponía invisible sobre tal base.

todo caso, era una concepción normal en el Antiguo Oriente que los soberanos estaban en este mundo próximos a la esfera de los dioses; por lo demás, en el decurso de la larga historia del Antiguo Oriente, durante el cual se fue abriendo paso una «democratización», se encuentran afirmaciones que, si bien al principio se referían sólo a los reyes, después se fueron aplicando a otras personas eminentes para terminar por incluir a todos los hombres.

El *culto de los dioses* en los lugares sagrados [44] era un complejo fenómeno integrado por elementos muy diversos. Servía, en primer lugar, para el cuidado de los dioses, un servicio que éstos exigían. Este servicio consistía ante todo en alimentos y también en bebidas, que se presentaban como ofrendas a los dioses en sus lugares. Ni en Egipto ni en Mesopotamia era usual consumir con el fuego estas ofrendas, es decir, el ofrecimiento de holocaustos; incluso en Siria-Palestina era costumbre depositar ofrendas de alimentos en los lugares sagrados para el servicio de los dioses. Es posible que la cremación de las ofrendas fuera en su origen algo propio de las poblaciones nómadas, que presentaban la ofrenda de animales de sus rebaños no sólo asando estos animales, sino haciéndolos consumir completamente por el fuego como «holocaustos» para los dioses. Por supuesto, el alimento que se ofrecía a los dioses era el que los hombres tomaban habitualmente. En las tierras de labor, las «ofrendas de alimentos» normales eran los productos de esta cultura sedentaria, lo mismo que los pastores nómadas ofrecían animales de sus rebaños (cf. Gn 4,2b-4a). En los «sacrificios de comunión» las personas participantes en el sacrificio tomaban parte también del alimento, pues sólo una parte de la ofrenda sacrificial se ofrecía a la divinidad, quedando el resto para ser consumido en un banquete sacrificial, de modo que esta manducación sirviera para fundar o reforzar la comunión. El servicio de los dioses en el culto tenía al mismo tiempo el fin de fortalecer o incluso de hacer posible la actividad bienhechora de los dioses mediante su alimentación y fortalecimiento —sin duda, de este modo tan craso se entendían tales ritos al principio—; el culto adquirió así el sentido de una *actividad eficaz*. Esta actividad comprendía también determinadas celebraciones cúlticas en las cuales se representaban las benéficas acciones de los dioses deseadas por los hombres, pensando, en virtud de la concepción primitiva de que existe una analogía de efecto automático entre la actividad cúltica y la acción de los dioses, que con ello sus deseos se convertían en realidad. También en este caso aparece nítidamente la estrecha relación existente entre las esferas divina y humana. Según la concepción dominante en el Antiguo Oriente, el sacerdote que oficiaba el culto ejecutaba las acciones divinas en determinadas celebraciones. Así, por ejemplo, se «representaba» —y de este modo se realizaba— en el culto la lucha y la victoria de un dios contra los poderes hostiles o los enemigos mortales de los dioses. A este contexto pertenecen especialmente las «nupcias sagradas» mencionadas en la pá-

[44] En los templos de los países de población sedentaria se «representaba» a la divinidad mediante estatuas o símbolos (cf. K.-H. Bernhardt, *Gott und Bild* [1956]).

gina 289, que no sólo representan, sino que realizan la actividad procreadora y dispensadora de vida de la divinidad.

Partiendo de este supuesto no será difícil entender la estrecha *conexión entre el culto y el mito* en el Antiguo Oriente. El mito se refiere a las vicisitudes de los personajes divinos, especialmente a sus mutuas luchas y victorias. En el mito aparecen sobre todo las divinidades cósmicas y universales realizando el drama de las fuerzas cósmicas que se manifiestan en los grandes fenómenos naturales. No se trata de creaciones de la fantasía poética, sino de representaciones de acontecimientos del mundo divino que se llevaban a cabo en las celebraciones del culto. En el mito, los poderes cósmicos aparecen personificados, así como en el culto están presentes por las personas que ejercen una actividad cultual, para potenciar su divina autoridad. Así, pues, los mitos narran el «drama» que se desarrolla en el culto. En ocasiones, los mitos muy elaborados eran sencillamente recitados en las ceremonias cúlticas, como se hacía, por ejemplo, con el *Enuma eliš,* mito babilónico de la creación del mundo, en la fiesta del Año Nuevo, en primavera. Naturalmente, los mitos podían recibir también la forma literaria. La personificación mítica de los fenómenos cósmicos, especialmente de los que se repiten siguiendo el ciclo de la naturaleza, los cuales se resisten a ser encuadrados en concepciones paralelas a las vivencias de la condición humana, llevó a forjar representaciones tan extrañas como la del cotidiano alumbramiento del dios Sol por la diosa Cielo y la de su descenso cada noche al mundo de los muertos, o a la concepción de la muerte y la resurrección cíclicas de las divinidades que representaban la vegetación *.

XLI. Las religiones en particular

1. *Egipto*

Numerosos monumentos y testimonios literarios nos informan sobre la religión egipcia. Tenemos, como estudios, el completo libro de A. Erman *Die Religion der Ägypter, ihr Werden und Vergehen in vier Jahrtausenden* (1934), con abundante material de ilustración; también, la sección *Die Religion,* en Erman-Ranke, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* (1923); ahora, especialemnte, S. Morenz, *Ägyptische Religion,* en *Die Religionen der Menschheit,* vol. 8 (1960). Excelente material, con muchas ilustraciones, presenta la obra de consulta de H. Bonnet, *Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte* (1952); en sigla: RÄRG.

En las ciudades de Egipto existían cultos locales antiquísimos. Allí se veneraban numerosas divinidades concebidas y representadas en forma de animales o plantas; incluso ciertos objetos, como un poste de madera, po-

* Como ampliación del tema, véase la obra de E. O. James *Myth and Ritual in the Ancient Near East,* Thames et Hudson, Londres 1958 (N. del E.).

dían ser considerados como dioses. Fueron, sin embargo, las divinidades teriomórficas las que representaron un papel de mayor relieve. Una imagen de animal representaba a la divinidad. El sacerdote oficiante llevaba en el culto la máscara del animal respectivo, concretando así la representación. Determinados ejemplares de las correspondientes especies animales, y posteriormente toda la especie, eran considerados sagrados e intocables. Son conocidos sobre todo los toros sagrados: el toro Apis, como figura del dios Ptah de Menfis, y el toro Mnevis, figura del dios Atón de Heliópolis (cf. AOB^2 544, 547; ANEP 570); en Menfis se descubrió una tumba gigantesca para los sagrados toros Apis muertos. Junto a estos cultos arcaicos fetichistas existían los cultos de las divinidades cósmicas, que parecen haberse practicado al principio sobre todo en el Delta y quizá estuvieran en conexión con los cultos semejantes del Asia sudoccidental (cf. H. Stock: WO I, 3 [1948] 140). Estas divinidades cósmicas, que originariamente se representaron no en forma animal, sino humana, y que fueron integradas en el sistema teológico-sacerdotal de la «Enéada» de Heliópolis, desaparecieron prácticamente de las celebraciones del culto en los tiempos históricos, teniendo en la concepción tradicional la función de *dii otiosi,* con la única excepción de Ra, dios solar heliopolitano, que, en determinadas circunstancias históricas, llegó a ocupar el puesto central en la religión egipcia.

Entre las manifestaciones de la religión egipcia que conocemos destaca un rasgo esencial y característico que determinó poderosamente su desarrollo en el período histórico: su carácter oficial dentro del marco rígidamente autocrático del Estado. El faraón era fundamentalmente *el* sacerdote del culto egipcio, aun cuando las funciones cultuales fueran ejercidas en realidad por sacerdotes nombrados por el rey. En las representaciones oficiales, sin embargo, aparece siempre el faraón en persona sacrificando a los dioses. Por otra parte, el faraón era mirado como un dios; el epíteto «el dios bueno» forma parte de la serie de títulos del faraón (cf. p. 293). Por tanto, los cambios de dinastía y de faraones influyeron decisivamente en el desarrollo del culto. Una de las dinastías egipcias dio la supremacía a Ra, dios cósmico del sol. Los faraones de la dinastía V en el Imperio Antiguo eran descendientes de los sacerdotes del templo de Ra en Heliópolis, ciudad situada en el Delta, al norte de El Cairo, que en el Antiguo Testamento aparece bajo su nombre antiguo *'ōn*. Ellos elevaron el culto de su dios Ra a la categoría de culto oficial del Estado, erigiéndole templos solares con gigantescos «obeliscos» (cf. AOB^2 492; H. Bonnet: RÄRG figura 175), símbolos del dios del Sol. Así afirmaron la supremacía del dios solar Ra para todos los tiempos en el culto egipcio, extremadamente conservador de todo lo tradicional. Luego, en el decurso del tiempo, muchos otros dioses fueron identificados con él, de modo que sus nombres se unieron con el de Ra en nombres divinos compuestos. Posteriormente, de nuevo en conexión con la historia de las dinastías faraónicas, el dios Amón, representado originariamente bajo la figura de carnero y cuyo culto ocupaba un lugar de preferencia en la ciudad de Tebas, en el Alto Egipto (cf. *supra,* p. 273), fue encumbrado al rango de divinidad suprema. Ya

los faraones de la dinastía XI habían residido en Tebas y venerado allí a Amón; los faraones de la dinastía XII, también de origen tebano, conservaron el culto a Amón, si bien trasladaron de nuevo la residencia real a la venerable Menfis. Cuando, con la restauración del Imperio Nuevo, los faraones convirtieron a la Tebas del dios Amón en capital, este dios, unido ya con el antiguo dios nacional Ra bajo el nombre de Amón-Ra, pasó a ser el dios supremo del Imperio y, en este período del gran poderío egipcio, alcanzó un poder tremendo. Se le erigieron templos gigantescos en Tebas; mediante ricas donaciones se acrecentaron enormemente las propiedades en tierras u otros bienes dedicados a su culto, y su sacerdocio adquirió una influencia extraordinaria. Sólo provisionalmente se vio amenazado y discutido el prestigio de Amón-Ra, y otra vez de modo oficial, cuando el faraón Amenofis IV (dinastía XVIII), el «teólogo» que ocupó el trono de los faraones, quiso reemplazar los múltiples cultos tradicionales de Egipto, incluido el dominante culto de Amón-Ra, por el único culto del Disco Solar, llamado en egipcio Atón. En nombre del culto al Disco Solar, Amenofis IV emprendió una campaña contra los antiguos dioses del país, especialmente, como era natural, contra el entonces todopoderoso Amón-Ra. El nombre del odiado Amón se raspó de las antiguas inscripciones; el faraón cambió su propio nombre personal, compuesto del nombre divino de Amón, por el nuevo nombre de Ejnatón (= «el favorito del Disco Solar») y además abandonó la residencia de Tebas, centro y cabeza del culto de Amón-Ra, construyéndose Nilo abajo, en la margen derecha del río, una residencia nueva que llamó Ajet-Atón (= «horizonte del Disco Solar»), cuyas ruinas constituyen el actual *tell el-ʿamārna.* En esta nueva capital se desarrolló un modo de vida más libre y un estilo artístico más espontáneo llamado «amarnense», distintos de las antiguas tradiciones. Se atribuye a Ejnatón un extenso himno al Disco Solar como dispensador y fundamento de vida (AOT² 15-18 y ANET 369-371), que con toda probabilidad conoció el autor del salmo 104. Las medidas religiosas de Ejnatón no duraron mucho tiempo; la fuerza de la tradición prevaleció sobre la voluntad del faraón. Amón-Ra y con él la ciudad real de Tebas recobraron su antigua posición tradicional poco después de la muerte de Ejnatón, durante el reinado de su yerno, que cambió su nombre de *Tut-enḫ-Aton* en *Tut-enḫ-Amun,* indicando ya con este gesto la vuelta a lo antiguo.

El culto de los muertos representó en Egipto un papel muy importante en conexión con la religión (cf. la sección *Die Toten* [los muertos], en Erman-Ranke, *op. cit.).* Se afirmó primero de los faraones divinos, luego también de los grandes o nobles que rodeaban al faraón o eran importantes en el país y por fin de todos, que después de su muerte iban al «Oeste», es decir, al dominio de los muertos, que se localizaba en la región del ocaso del sol, para prolongar allí, «transfigurados», su existencia bajo el amparo de Osiris, soberano de este dominio. En la tierra había que hacer todo lo necesario para facilitar a los difuntos el paso a este dominio y su estancia en él. Para los reyes y nobles se erigieron instalaciones sepulcrales en el borde occidental del valle del Nilo; para los reyes del Imperio

Antiguo y Medio, las pirámides de los alrededores de Menfis y, a partir del Imperio Nuevo, las grandes tumbas subterráneas, escondidas y protegidas en la medida de lo posible contra los ladrones de tumbas, en Tebas. En la tumba se depositaban todos los objetos necesarios en la vida cotidiana para el servicio futuro del difunto. Antes del sepelio se protegían los cuerpos de los difuntos con el embalsamamiento. En el decurso de esta operación se quitaban los órganos interiores, que más tarde eran depositados en la tumba aparte, en jarras para órganos, llamados canopes. En los templos de los muertos adyacentes a cada una de las tumbas reales y en ciertos lugares de las tumbas de los nobles se practicaba un culto de los muertos que debía proporcionar alimento a los «transfigurados» y para cuyo mantenimiento se hacían fundaciones. Para informar a los difuntos sobre su marcha hacia el «Oeste» se depositaban en el entierro las instrucciones necesarias, así como los conjuros requeridos para sortear toda suerte de peligros y dificultades. Estos «textos de los muertos» se grabaron en inscripciones en las pirámides y en las tumbas subterráneas; son lo que llamamos «textos de las pirámides». También se grabaron en los sarcófagos de piedra o de madera juntamente con representaciones figurativas (= «textos de los sarcófagos») o se escribían en rollos de papiro, que luego se depositaban dentro del sarcófago (= «libro de los muertos»). El coste de estos preparativos hacía que sólo fuese posible un cuidado tan esmerado de los difuntos en el caso del rey y de los poderosos y ricos del país, mientras que la gran mayoría de la población debía contentarse con un sencillo hoyo en tierra.

2. *Mesopotamia*

La historia de la religión de Mesopotamia fue considerablemente más complicada que la de Egipto, correspondiendo en esto perfectamente a la extrema variedad de los fenómenos históricos que discurrieron por el suelo del país de los dos ríos. A pesar de todo, se dio aquí también cierta continuidad y algunas características constantes. Para Mesopotamia tenemos la extensa, pero ya antigua, obra de M. Jastrow jr., *Die Religion Babyloniens und Assyriens* I-II, 1-2, con un mapa ilustrado (1905-1912). Además, la excelente exposición de E. Dhorme, *La religion de Babylonie et Assyrie* (en la colección «Mana», I: *Les anciennes religions orientales* II [1949] 1-330). Véanse también las secciones correspondientes a la religión en B. Meissner, *Babylonien und Assyrien* II (1925) 1-282.

También en Mesopotamia vemos al principio una serie de cultos locales en las antiguas Ciudades-Estado sumerias. Los templos de los dioses estaban dentro del recinto de la ciudad sobre elevadas terrazas; éstas fueron las precursoras de las famosas torres-templo de Mesopotamia. Allí tuvo un papel considerable, desde los tiempos más antiguos, la función cósmica y astral. Los sumerios, con su innato interés por el «orden» justo, sistematizaron ya muy pronto el mundo de sus dioses y delimitaron exactamente el campo de la actividad de cada uno de los poderes divinos, distin-

guiéndolos unos de otros. Anu fue considerado dios del cielo; Enlil, dios de la tierra; Ea, dios del océano. Se adoraban como divinidades el sol y la luna bajo diversos nombres, e incluso se conocía a la diosa madre bajo distintas advocaciones. Por lo menos en ciertos períodos, ocupaba el puesto central del culto el dios Enlil o Ellil de la ciudad de Nippur (cf. Fr. Nötscher, *Ellil in Sumer und Akkad* [1927]); se le aclamaba como señor de los dioses y soberano de las Ciudades-Estado sumerias. El mundo divino de los sumerios con sus cultos conservó su influencia en las épocas posteriores en toda Mesopotamia, aun cuando otros pueblos y otras formas de gobierno tuvieron durante largo tiempo la supremacía en el país. Los dioses conservaron en parte los antiguos nombres sumerios; la lengua sumeria siguió siendo durante largo tiempo lengua sagrada, si bien había desaparecido mucho antes como lengua hablada, y se mantuvieron las concepciones sumerias de las esferas divinas.

En conexión con las organizaciones estatales, ciertos cultos ocuparon el primer plano. Así ocurrió en la época de la primera dinastía de Babilonia, en el Imperio Antiguo babilónico, que convirtió a Babilonia en un centro importante y temporalmente en el centro político de Mesopotamia: el culto del dios de la ciudad de Babilonia adquirió una posición de suma importancia que se mantuvo en lo sucesivo. Este dios se llamaba Marduk (su nombre aparece en Jr 50,2 en la forma desfigurada de Merodak; cf. también Is 39,1) y era una epifanía del dios solar. Lo mismo que en otro tiempo se designaba a Enlil sencillamente por su título «el señor», también ahora recibió Marduk el título glorioso babilónico de *bēl* = «Señor» (bajo este título aparece en Is 46,1; Jr 50,2; 51,44); se le veneraba como rey de los dioses y de los hombres. Cada año, en primavera, al comienzo del nuevo año, se celebraba en su culto la fiesta de su entronización, recibiendo una vez más el gobierno del mundo renovado; la fiesta tenía lugar en una especial «Casa de la Fiesta del Año Nuevo» (acád.: *[bīt] akītum)*, situada fuera de la ciudad. En uno de los días de esta magna celebración festiva se recitaba solemnemente el gran poema épico babilónico de la creación del mundo, que se suele llamar *Enuma eliš* por sus palabras iniciales. Este poema canta a Marduk como vencedor de las fuerzas caóticas del océano en la batalla de la creación y como creador del mundo y de los hombres (traducción en AOT² 108-129 y ANET 60-72). Para los asirios [45], el dios *Ašur* estaba a la cabeza de los dioses como dios nacional del Imperio de Asiria. Tenía su santuario central, grande y antiguo, en la ciudad de Asur, antigua capital real de Asiria. Como su nombre indica, era el antiguo dios de la tribu y del pueblo de los asirios. Es difícil dirimir la cuestión sobre si, en este caso, es primario el nombre del dios o el del pueblo. El dios *Ašur* fue adquiriendo una importancia paralela al engrandecimiento del poderío asirio. Los grandes soberanos y conquistadores que se sentaron en el trono asirio se decían llamados y entronizados por él y atribuían sus numerosas victorias a su

[45] Sobre este punto, cf. especialmente H. Hirsch, *Untersuchungen zur altassyrischen Religion*: AfO Beih. 13/14 (1961).

supremo poder. Lo que era Marduk para los babilonios lo era *Ašur* para los asirios; así, al menos durante el Imperio Nuevo asirio, se celebraba también para *Ašur* una fiesta de entronización, análoga a la celebración babilónica, que tenía lugar también en Asur en una «Casa de la Fiesta del Año Nuevo» situada fuera de la ciudad. Al lado de estos cultos oficiales existían en Mesopotamia varios cultos importantes y estimados de diversas divinidades en ciertos grandes centros de culto. En Borsippa, al sur de Babilonia (hoy *birs nimrūd),* estaba el templo de *Nabū,* venerado de modo especial como dios del arte de escribir y de la cultura (su nombre se menciona bajo la forma de Nebo en Is 46,1). Sippar, al norte de Babilonia (hoy *abu habba),* era el centro principal del culto al dios solar bajo su nombre semítico de *Šamaš;* el dios lunar, *Sin,* tenía sus santuarios más importantes en la antigua ciudad sumeria de Ur, cerca de la primitiva desembocadura del Éufrates (cf. *supra,* pp. 273s), y en la ciudad de Jarán, también mencionada en el Antiguo Testamento, en Mesopotamia occidental, junto al *nahr belīḫ.* A *Ištar,* la gran diosa madre y diosa del amor, se la conocía, de acuerdo con los centros más importantes de su culto, con los nombres de *Ištar* de Arbela (hoy *irbil,* en la región oriental del Tigris, al este de *mōṣul)* e *Ištar* de Nínive (frente a *mōṣul).* El dios *Dagan* tenía un importante centro de culto en *Terqa* (hoy *tell ʿašāra),* en el Éufrates medio, más arriba de Mari.

La adivinación y la magia revestían una importancia considerable en Mesopotamia. La adivinación estaba basada en un sistema bien estructurado de presagios; se han encontrado largas series de textos relativos a esta práctica. La hepatoscopia, o examen del hígado, era muy común; consistía en obtener presagios deduciéndolos de ciertas observaciones hechas sobre el hígado fresco de los animales sacrificados. Sacerdotes de cierta categoría, llamados *bārū* («videntes»), eran expertos en la técnica de la adivinación. La magia se practicaba con ayuda de fórmulas de conjuro preparadas para todos los casos posibles de infortunio o enfermedad. El conocimiento y empleo exacto de estas fórmulas era otra de las funciones importantes de los sacerdotes. La adivinación y la magia eran importantísimas para la vida normal en Mesopotamia, pues la gente vivía con un miedo constante a los poderes maléficos y a los espíritus y demonios peligrosos.

3. *Siria-Palestina*

La imagen que la historia de la religión de la antigua Siria-Palestina nos presenta es muy abigarrada; sus fuentes están muy dispersas y pertenecen a diferentes clases y épocas. A este fenómeno multiforme dedicó, ya hace tiempo, W. W. Graf Baudissin una serie de monografías, como el libro sobre Adonis y Esmún, citado en p. 289. Un estudio resumido, en el que ofrece una abundante bibliografía, es la obra de W. W. Graf Baudissin, *Kyrios* (ed. por O. Eissfeldt) III (1929). Desde entonces han salido a la luz los textos cuneiformes alfabéticos de *rās eš-šamra* (cf. *supra,* pp. 223s), cuya importancia nunca podrá sobrevalorarse,

pues no sólo son los más antiguos materiales documentarios dignos de mención sobre la religión de Siria-Palestina, conservados en copias que datan de principios del siglo XIV a. C., sino que son, de hecho, el único testimonio extenso y directo de la religión «cananea» de los tiempos prehelenísticos: se trata de textos coherentes específicamente religiosos. Sobre esta base, «cananeo» puede indicar todo el mundo de la Edad del Bronce en Siria-Palestina, el cual siguió influyendo poderosamente durante la Edad del Hierro. La gran importancia de este sorprendente hallazgo reside en el hecho de que nos ha proporcionado fuentes de primera mano sobre el mundo religioso dentro del cual brotó más tarde el Antiguo Testamento. Estos textos, escritos en una escritura al principio desconocida (cf. *supra,* pp. 225s) y en un dialecto del cananeo, llamado actualmente ugarítico, fueron descifrados rápidamente después de su descubrimiento, pero su interpretación en lo que se refiere al lenguaje y al contenido es todavía muy problemática, pese a todas las investigaciones de que han sido objeto. Así, no está todavía claro con qué se puede relacionar el contenido de estos textos compuestos en forma rítmica. Se trata, por lo general, de narraciones con contenido mítico, pero aún no se ve con claridad qué relación guardan con los cultos de Ugarit, aun cuando haya que considerar esta relación como segura. ¿Se trata de pasajes que se recitaban solemnemente durante las celebraciones cúlticas? ¿O tenemos ante nosotros dramas cúlticos que eran representados en determinadas ocasiones por diversos personajes? De acuerdo con todo esto, podemos concluir que aún no tenemos un estudio satisfactoriamente válido de la documentación religiosa encontrada en *rās eš-šamra* que haga valer su importancia para el conocimiento de la religión «cananea» de Siria-Palestina (cf. el estudio preliminar de J. Gray, *The Legacy of Canaan. The Ras Shamra Texts and their Relevance to the Old Testament* [VT Suppl. 5 ⟨1957⟩])*. Como dios supremo del panteón ugarítico aparece *El* (= «Dios» sencillamente), que, por otra parte, queda en la penumbra en los textos que poseemos (cf. O. Eissfeldt, *El im ugaritischen Pantheon [Berichte üb. d. Verh. der Sächs. Ak. d. Wiss. zu Leipzig. Phil.-hist. Kl.,* Bd. 98, Heft 4 ⟨1951⟩], y M. Pope, *El in the Ugaritic Texts* [VT Suppl. 2 ⟨1955⟩]). En plena luz aparece, quizá a costa del más antiguo El, el dios Baal (cf. A. S. Kapelrud, *Baal in the Ras Shamra Texts* [1952]). Como dispensador de la fertilidad y de los favores, Baal pertenece a los poderes que personifican las fuerzas de la naturaleza dispensadoras de la vida, y por otra parte, a los poderes que encarnan la amenaza sobre la vida; su antagonista es Mot (*mt* = *mōt* = «Muerte»); Baal muere en lucha con Mot y luego resucita en un drama que representa el fenecimiento y el despertar de la vegetación. En Ugarit aparecen también como figuras divinas «Río» y «Océano», y como divinidades femeninas mayores las diosas *Ašra* y *ʿAnat*. El sol, la luna, la aurora, etc., son divinidades cósmicas. La elevada montaña al norte de Ugarit, llamada hoy *ǧebel el-*

* Véase también J. Aistleitner, *Die mythologischen und Kultischen Texte aus Ras-Schamra,* Budapest 1964 (N. del E.).

aqraʿ, se consideraba como la mansión de los dioses y como residencia de Baal Safón *(bʿl ṣpn)*. Podemos suponer que en todo esto tenemos una imagen típica del culto de una Ciudad-Estado siro-palestina de la Edad del Bronce.

Existía además en Siria-Palestina un sinnúmero de centros locales de culto. Las grandes comunidades ciudadanas, sobre todo las ciudades de la costa, tenían sus propios dioses de la ciudad. En Tiro se adoraba al dios Melkart *(mlqrt)*, el «rey de la ciudad», cuyo nombre apareció por vez primera en la estela de Ben-Hadad I (cf. *supra*, pp. 229s), recientemente encontrada. Biblos tenía una divinidad femenina que se llama en las inscripciones *bʿlt gbl*, «la Señora de Guébal» o de Biblos. Las excavaciones desenterraron en Ugarit un templo de Baal y otro de Dagón. Según Jue 16,23 y 1 Sm 5,2ss, en Ašdod y en Gaza había templos de Dagón; sin duda, los filisteos habían adoptado de la tradición cananea más antigua el culto de Dagón. Este dios Dagón es idéntico al *Dagan* del Éufrates medio (cf. *supra*, p. 300) y sería llevado a Siria-Palestina por los inmigrantes. Este caso puede servir de ejemplo, entre otros muchos, para ver que los variados elementos de la población que en el decurso del tiempo se fueron sedentarizando en Siria-Palestina introdujeron sus divinidades en los santuarios locales o urbanos del país. Siria-Palestina, por su situación y función de país de paso, estaba predestinada para convertirse en una región del multiforme sincretismo religioso. Durante el período de dominación egipcia en el Bronce Reciente penetró en Siria-Palestina el culto oficial de Egipto, erigiéndose templos egipcios e introduciéndose el culto de los dioses egipcios en los centros de la administración egipcia (cf. A. Alt: ZDPV 67 [1944-45] 1ss = *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel* I [²1959] 216ss); sin embargo, la religión egipcia, bastante rara, no parece haber dejado una huella profunda en la historia de la religión de Siria-Palestina fuera del período de su implantación oficial. Véase, en conexión con esta y la siguiente sección, la breve exposición de R. Dussaud, *Les religions des Hittites et des Hourrites, des Phéniciens et des Syriens*, en la colección «Mana» 1, II (1949) 331-414.

4. *Hititas, hurritas, iranios*

Textos hititas, tales como listas de dioses, rituales, descripciones de estatuas de dioses, oraciones, etc., y algunos escasos hallazgos arqueológicos en Asia Menor, nos ofrecen alguna luz sobre la religión de los hititas que habitaron esta región (cf. A. Goetze, *Kleinasien* [«Kulturgeschichte des Alten Orients» III, 1 ⟨1957⟩] 130-171; una selección de las fuentes, en ANET y ANEP, *passim*). El puesto central de su religión estatal parece haberlo ocupado una diosa, la «diosa del sol de la ciudad de Arinna», que era la deidad suprema del Imperio. Junto a ella se adoraba también en la capital a un dios de los fenómenos atmosféricos. No conocemos los nombres propios de ninguno de estos dos dioses, aunque, como es de suponer, no eran innominados.

Entre los hurritas, los dioses principales parecen haber sido *Tešup,* dios de los fenómenos atmosféricos, y la diosa *Ḫepa,* su esposa. Sobre este punto particular conocemos únicamente algunos detalles más. Los elementos indo-iranios que vivían entre los hurritas (cf. *supra,* páginas 251s) trajeron consigo divinidades propias; en todo caso, en los tratados internacionales entre el Imperio Hitita y el Estado de Mitanni, hallados en el archivo de Bogazkoy, se encuentran algunas divinidades indo-iranias, como Indra y Varuna, entre los garantes divinos del tratado; por ello se piensa que eran divinidades veneradas en Mitanni.

Mientras estas religiones últimamente mencionadas no representaron ningún papel importante en el ámbito inmediato del Antiguo Testamento, la religión de los persas fue de gran significación, en un determinado estadio histórico, para el Antiguo Testamento. En el antiguo Irán hubo, en primer lugar, cultos sencillos de pastores y agricultores, de los que trata exhaustivamente H. S. Nyberg, *Die Religion des alten Iran* (MVÄG 43 [1938]). En este contexto apareció Zoroastro, aunque no podemos datar con seguridad su actividad. Su fe ético-escatológica llevó al establecimiento de una religión propia muy vigorosa, basada en un marcado dualismo del «bien» y del «mal». Se suele admitir que los primeros grandes reyes aqueménidas del siglo VI-V a. C. eran ya zoroastrianos. No es seguro. Antes se pensaba que el parsismo y sus concepciones habían influido poderosamente en el Antiguo Testamento durante el período posexílico; esta opinión sólo es exacta si se la limita al período poscanónico del Israel tardío. Sin embargo, el parsismo fue importante para el Israel posexílico desde el punto de vista cúltico-religioso. Las grandes potencias del Antiguo Oriente habían exigido el reconocimiento de sus dioses oficiales a los pueblos dependientes o sometidos y habían impuesto los cultos de estos dioses a todos sus súbditos (cf. 2 Re 16,10-16), aun cuando esto no implicase la supresión de los cultos indígenas. En cambio, el Imperio Persa no obligó a los pueblos conquistados a aceptar el culto oficial del Imperio, es decir, el culto del dios Ahuramazda, antiguo dios iranio venerado por los aqueménidas como dios supremo, que conservó también el primer puesto en la religión de Zoroastro; no sólo toleró los cultos autóctonos, sino que los fomentó y restableció cuando fue necesario. Esta actitud política ante el culto, que permitió el restablecimiento del culto posexílico en Jerusalén, se hizo habitual en el Imperio de Alejandro y en los Estados de los Diadocos; el culto a los soberanos, que en este período fue adquiriendo cada vez mayor importancia, se limitaba, al menos en un principio, al reconocimiento voluntario y espontáneo de las comunidades religiosas de estos Estados. Incluso la intervención del seléucida Antíoco IV Epífanes en el culto del templo de Jerusalén, en diciembre del año 167 a. C., que llevó al saqueo del santuario, a la introducción de un nuevo culto en vez del tradicional y a la prohibición de los usos cúlticos y rituales propios de la comunidad de Jerusalén, provocando con ello la revuelta de los Macabeos, se llevó a cabo con el beneplácito de algunos círculos jerosolimitanos y fue más bien una manifestación de capricho despótico que una política cultual deliberada.

CUARTA PARTE

EL TEXTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

XLII. Nota preliminar

La transmisión del texto de unos escritos sagrados forma parte de la historia de esos escritos, de su uso y de su influjo, y se lleva a cabo dentro de la historia de la religión o de la Iglesia que los considera sagrados. En el proceso de transmisión textual se encuentran siempre dos preocupaciones distintas que, según las circunstancias, influyen más o menos, aunque, por lo regular, ambas están siempre presentes. La primera es de tipo contemporáneo y consiste en el deseo de encontrar en los escritos sagrados una respuesta a las acuciantes preguntas que la fe se plantea, así como legitimar y confirmar los artículos importantes de la fe para una determinada época mediante el recurso a tales escritos. La segunda preocupación de toda comunidad creyente fundada en una Escritura es el deseo de conservar exactamente el contenido y sentido original del texto sacro y comprenderlo constantemente en su forma original, de modo que se asegure el contenido de la fe del presente sobre la base de la fe que se encuentra en la Escritura. La primera preocupación hace que los conceptos de épocas pasadas se entiendan de modo nuevo, y en ocasiones alterado, a la luz del presente, y que, en algunos casos, se llegue a dar para el presente una nueva formulación del texto tradicional de la Escritura; la segunda despierta el interés por la conservación y comprensión lo más fieles posible del texto transmitido, que es siempre, de manera consciente o inconsciente, germinal o plenamente desarrollada, una especie de trabajo «científico» sobre el texto transmitido.

Es lógico que ambas preocupaciones concurran, sobre todo cuando se trata de traducir el texto sagrado a otra lengua. Ninguna traducción, trátese de una lengua muy próxima a la del texto original o de otra completamente ajena, puede reducirse a una transposición puramente mecánica del texto original, porque una lengua no es únicamente un conjunto de palabras, sino que representa una visión de la realidad que se ha ido elaborando a lo largo de la historia; por ello, toda traducción es necesariamente, y en cierta medida, una transposición del texto original al mundo de las vivencias y de la época del traductor, y por otra parte, dado que está siempre vivo el deseo de reproducir el contenido del original con la máxima fidelidad posible en las nuevas formas lingüísticas, la traducción será siempre un trabajo científico.

Estas consideraciones generales se aplican también a la transmisión textual del Antiguo Testamento. Es preciso decir que, en el caso de esta transmisión textual, en la medida en que podemos seguir y reconstruir su historia, la preocupación por conservar exacta y fielmente el texto

transmitido y por reproducirlo escrupulosamente en sus traducciones ha ocupado siempre el primer puesto, pues el contenido del texto era la revelación de Dios en la historia. Pero no se debe olvidar que la transmisión del texto del Antiguo Testamento ha sido un proceso histórico estrechamente vinculado con el desarrollo de la religión y de la Iglesia y que, de modo especial, los acontecimientos más importantes de la historia del texto están esencialmente ligados a ese proceso de desarrollo. Por ello, la historia textual del Antiguo Testamento sólo puede ser tratada objetivamente dentro del marco de la historia de la religión y de la Iglesia; a la hora de solventar problemas textuales particulares debe tenerse siempre presente este contexto si se quiere proceder con objetividad. Así, en lo que sigue se dedicará una atención especial a este contexto.

El Antiguo Testamento es Escritura Sagrada para el judaísmo y para el cristianismo; tiene, pues, una historia textual dentro de la Sinagoga, incluida la comunidad samaritana, y dentro de la Iglesia cristiana con sus diferentes confesiones. Esta historia se extiende hasta el día de hoy y continuará. Cuando se emprende el estudio de la transmisión textual, no por sí misma, sino con el fin de obtener, a través del conocimiento de esa historia, los criterios para un trabajo metódico de crítica textual, como es nuestro caso, sólo es necesario recorrer la historia del texto hasta el punto en que los diferentes testimonios textuales han recibido una forma definida y fija, documentada por una gran cantidad de manuscritos conservados; tras esto, la historia posterior no presenta problema alguno.

Sobre la historia textual del Antiguo Testamento, cf., además de R. Kittel, *Über die Notwendigkeit und Möglichkeit einer neuen Ausgabe der hebräischen Bibel* (1902), las detalladas «Introducciones» al Antiguo Testamento, en particular C. Steuernagel, *Lehrbuch der Einleitung in das Alte Testament* (1912) 19-85; J. Goettsberger, *Einleitung in das Alte Testament* (1928) 404-487; R. H. Pfeiffer, *Introduction to the Old Testament* (^{2}1948) 71-126; O. Eissfeldt, *Einleitung in das Alte Testament* (^{2}1956) 823-875. Además, los trabajos especiales sobre el tema, en particular, Bl. J. Roberts, *The Old Testament Text and Versions* (1951), y E. Würthwein, *Der Text des Alten Testaments. Eine Einführung in die Biblia Hebraica von Rudolf Kittel* (1952). Una introducción al alcance de todos, que incluye también la historia textual del Nuevo Testamento, es la que presenta la obra de O. Paret, *Die Bibel, ihre Überlieferung in Druck und Schrift* (^{2}1950), valiosa sobre todo por sus numerosas ilustraciones de manuscritos.

Capítulo I

LA TRANSMISION DEL TEXTO EN LA SINAGOGA

XLIII. La transmisión del texto hebreo

1. *El texto masorético*

El texto hebreo del Antiguo Testamento, en la forma en que lo leemos hoy en nuestras ediciones impresas [1], con vocales y acentos, data sólo del siglo IX-X d. C. Los más antiguos manuscritos *completos* del texto hebreo del Antiguo Testamento que conservamos datan también de este tiempo. Este es el llamado *texto masorético* (hebr. *massōrā* = «tradición»), que fue fijado con la máxima exactitud en este tiempo en Tiberíades, Galilea, uno de los centros del saber escriturístico sinagogal. Este *texto* masorético (TM; 𝔐 en BHK[3]) tuvo una prehistoria y una historia que estudiaremos a continuación y que en las últimas décadas han sido iluminadas especialmente por los hallazgos e investigaciones de P. Kahle (cf. espec. P. Kahle, *Masoreten des Ostens* [BWAT 15 ⟨1913⟩]; *Masoreten des Westens* I [BWAT II, 8 ⟨1927⟩] y II [BWAT III, 14 ⟨1930⟩]; *The Cairo Geniza* [²1959]), y por los recientes descubrimientos de manuscritos. Aparte los numerosos manuscritos hebreos de las bibliotecas de Europa y América —sobre todo los de la Biblioteca Pública de Leningrado, estudiados por Kahle—, se trata especialmente de manuscritos encontrados hace más de medio siglo en la *geniza* (= «cámara del tesoro», en la que se guardaban los textos escriturísticos inutilizables en vez de ser destruidos) de la sinagoga de El Cairo Viejo y de los manuscritos hallados recientemente en una serie de cuevas en el extremo norte del mar Muerto, los cuales, debido a su elevada antigüedad, han proporcionado valiosos documentos sobre la historia *premasorética* del texto del Antiguo Testamento.

Es conveniente examinar detenidamente esta firme y conocida realidad que es el texto masorético. Desde fines del siglo VII hasta comienzos

[1] Tomamos como base para lo que sigue la edición *Biblia Hebraica edidit Rud. Kittel. Editionem tertiam denuo elaboratam ad finem perduxerunt A. Alt et O. Eissfeldt* (sigla BHK[3]). Una nueva edición de BHK apareció en 1973.

del siglo x d. C. (cf. Kahle, *Masoreten des Westens* I, 39) hubo en Tiberíades dos familias de eruditos, Ben Ašer y Ben Neftalí, que trabajaron a lo largo de varias generaciones en el establecimiento definitivo del texto, de su pronunciación y, por tanto, de su entendimiento, basándose en el texto consonántico transmitido y en la lectura tradicional de este texto. Aquel trabajo está en relación histórica con la aparición de la secta judía de los *caraítas* en el siglo VIII d. C., que, nacida en Babilonia, se extendió ampliamente en aquellos tiempos por el Próximo Oriente y luego también por la Europa oriental. Actualmente quedan todavía algunos restos de aquella secta (cf. V. Ryssel: RE³ 10 [1901] 54-70). Los caraítas (hebr. *qārā'īm* = «fieles a la Escritura») rechazaron la tradición rabínico-talmúdica y su interpretación tradicional, reconociendo como única autoridad la misma Escritura en su sentido literal; por tanto, tenían un interés particular en la fijación exacta del texto bíblico. Este interés repercutió en los partidarios de la tradición rabínico-talmúdica, los rabanitas (hebreo *rabbānīm),* de modo que también entre ellos el trabajo sobre el texto bíblico recibió nuevo impulso y llevó a la fijación del texto masorético. Las familias Ben Ašer y Ben Neftalí no eran probablemente caraítas, sino rabanitas.

Las escuelas de Ben Ašer y Ben Neftalí fijaron la lectura y, consiguientemente, el sentido del texto consonántico tradicional sirviéndose de un detallado sistema de signos vocálicos y de acentos elaborado al efecto, que, de acuerdo con la tradición antigua, se suele llamar «tiberiense»; además, mediante una gran cantidad de observaciones, fijaron también el texto consonántico. Llamaban la atención sobre cualquier particularidad llamativa o notable del texto mediante pequeñas notas marginales paralelas al texto *(Massora parva;* BHK³: Mp). De este modo indicaban el *k^etīb* y *q^erē,* las palabras y formas raras o singulares, etc.[2]. Las observaciones más extensas *(Massora magna;* BHK³: Mm o Mas.M) las escribieron, en parte, en los márgenes alrededor del texto como *Massora marginalis* (listas de formas notables, etc.), y en parte, como *Massora finalis,* al final del libro, indicando el número de consonantes y frases de un libro, etc. Los masoretas reunieron también ciertas observaciones críticas sobre el texto consonántico tradicional. A veces, por razones dogmáticas, exigían una base textual consonántica «corregida» para la lectura frente al texto consonántico transmitido, que no modificaban en ningún caso, transmitiéndolo inalterado. Tales casos se llamaban *tiqqūn sōf^erīm* (BHK³: *Tiq Soph)* = «corrección de los escribas» (cf., por ejemplo, Gn 18,22). Otras veces expresaban, al parecer, sus dudas sobre la transmisión correcta de las consonantes de una palabra o de parte de ella poniendo sobre ellas los llamados *puncta extraordinaria* (hebr. *niqqūdōt);* cf. Gn 16,5; 18,9, etc. Con el término *s^ebīr* (BHK³: Seb) = «lo esperado», indicaban que una determinada palabra, aun cuando no debiera cambiarse por otra

[2] En BHK³ la masora marginal aparece junto al texto; un catálogo de las abreviaturas usuales de la masora marginal se encuentra en BHK³, pp. XXXIV-XXXIX.

palabra, debía entenderse con el sentido de ésta (cf., por ejemplo, Gn 49,13).

El material masorético de estas anotaciones textuales de los manuscritos que hasta entonces se conocían fue recogido por Chr. D. Ginsburg, *The Massorah Compiled from Manuscripts* I-V (1880-1905); cf. también el compendio del mismo autor, *Introduction to the Massoretico-Critical Edition of the Hebrew Bible* (1897).

Un tratado compuesto probablemente en el siglo x d. C. por un cierto Misael ben ʿUzziel (cf. Kahle, *Mas. des W.* II, 60*ss; BHK³ pp. VI-VIII) nos instruye sobre las diferencias del trabajo individual de los Ben Ašer y de los Ben Neftalí; se trata de diferencias de detalle, tan minuciosas como el sistema de la colocación del *meteg* y sin ninguna importancia para el entendimiento del texto; pero gracias a este tratado es posible clasificar los manuscritos puntuados según el sistema tiberiense. Con él se ha podido demostrar que en la Baja Edad Media se había formado un *textus receptus,* el cual, teniendo como base el trabajo textual de Ben Ašer, había recibido diversas particularidades del tratamiento de Ben Neftalí, como, por ejemplo, la colocación del *meteg;* era, por tanto, un *texto combinado.* Este texto es el que se publicó en las ediciones impresas del Antiguo Testamento hebreo desde el siglo xv hasta el pasado más reciente. Incluso las dos primeras ediciones de la *Biblia Hebraica* de Kittel, que habían sido hechas sobre la base textual de la de Jacobo ben Ḥayyim, editada en la imprenta veneciana de Daniel Bomberg en 1524-1525 (en BHK = 𝔅), presentaban este texto combinado.

El *texto puro de la familia Ben Ašer,* que, debido a la gran autoridad de Maimónides (sobre él, cf. RE³ 12 [1903] 80-84 y RGG³ 4 [1960] col. 611s), fue declarado hacia el año 1200 texto bíblico hebreo normativo para la Sinagoga y que constituyó la base del posterior *textus receptus,* fue identificado por Kahle y se ofrece en la tercera edición de la *Biblia Hebraica* de Kittel (1937). El mismo P. Kahle trabajó en el texto masorético de esta BHK³. Este texto se conserva especialmente en el famoso códice modelo [3], que hasta hace poco se encontraba en la sinagoga de los sefarditas (judíos occidentales [hebr. *sᵉfarad* = España]) de Alepo, en el norte de Siria, y que ahora se guarda —las tres cuartas partes que de él quedan— en el sector israelí de Jerusalén. Según su colofón («noticia final»), impreso, traducido y comentado por Kahle, *Mas. d. W.* I, 1ss, fue escrito en el siglo x d. C. como texto consonántico por un conocido escriba y al poco tiempo fue dotado de puntuación y masora por el último miembro famoso de la familia Ben Ašer, Aarón ben Mošé ben Ašer. Sobre sus avatares posteriores, que le hicieron caer en posesión de la sinagoga caraíta de Jerusalén a mediados del siglo xi, luego en la de los caraítas de El Cairo y, por fin, lo llevaron a Alepo, cf. Kahle, *op. cit.,* 7ss.

Poseemos además, de los Ben Ašer, un códice de los profetas, que se

[3] Ya antes había habido códices modelo semejantes; uno de ellos, el *Codex Hillel* (BHK³: Hill o MS^{Hill}), escrito hacia el 600 d. C., no nos ha sido conservado, pero aparece citado con frecuencia por los estudiosos posteriores. Otro era el *Codex Severi Hebraicus* (BHK: Sev).

encuentra actualmente en la sinagoga caraíta de El Cairo. Según su colofón (traducido por Kahle, *op. cit.*, 15s), fue escrito el año 895 d. C. por Moisés ben Ašer, padre del mencionado Aarón, y representa un estadio menos avanzado del trabajo masorético en comparación con el códice de Alepo (en BHK[3] se le cita con la sigla C [= Cairensis]). Igualmente poseemos un códice londinense del Pentateuco (Ms Or 4445), que cita repetidas veces en las notas marginales a Aarón ben Ašer como probablemente todavía en vida (cf. Kahle, *op. cit.*, 17s).

Pero también otros manuscritos del siglo X hasta el XII presentan el texto puro de Ben Ašer, como se deduce de la comparación con los códices modelo. Particularmente importante dentro de este grupo es el manuscrito B 19[A] de la Biblioteca Pública de Leningrado, escrito en 1008, que contiene no ya una parte, sino todo el Antiguo Testamento; según su colofón (cf. Kahle, *op. cit.*, 66s), fue preparado en El Cairo siguiendo los códices modelo de Aarón ben Mošé ben Ašer. Este manuscrito, citado con la sigla L (= Leningradensis), puesto que el códice modelo de Alepo era inaccesible (cf. BHK[3], p. VI), fue tomado como base de la nueva edición (tercera) de la *Biblia Hebraica* de Kittel.

Los masoretas se ocuparon también de la *división* de los libros del Antiguo Testamento. Ya el período talmúdico conoció la división del texto en frases (= versículos), aunque el sistema de división no era uniforme. En el texto masorético se estableció la división en versículos mediante un sistema de acentos, además de los dos puntos (*sōf pāsūq* = «fin de verso») que servían de separación entre versículos, instrumento éste del que no están dotados todos los manuscritos (L lo tiene). La numeración de los versículos apareció por primera vez en las ediciones impresas del siglo XVI juntamente con la división en capítulos (cf. *infra*).

Antigua y muy anterior a los masoretas era la división del texto en secciones homogéneas para la lectura sinagogal del texto [4]. Con este fin se dividió en Palestina en primer lugar el Pentateuco en una serie de *sedarim* (sing. *seder* = prop. «orden», «sucesión»), extendiéndose luego esta división a las restantes partes del Antiguo Testamento. En L los comienzos de los *sedarim* están indicados por un ס colocado en el margen, y en algunos libros (Jos, Jue, Sal [5], Job, Prov, Dn, Esd-Neh, Cr) están numerados. En Babilonia se empleaba para la lectura sinagogal, en lugar de este sistema, una división del Pentateuco en *pārāšōt* (*pārāšā* = «sección»), que eran por lo regular más largas que los *sedarim* y que posteriormente fueron adoptadas también en Palestina. En L el comienzo de estas *pārāšōt* se señala en el margen mediante la indicación פרש.

Pero, aun prescindiendo de las exigencias de la lectura litúrgica, el texto estaba dividido en secciones de acuerdo con el contenido (excepto el Salterio, ya de por sí suficientemente dividido), que se llamaban igual-

[4] De momento aludo simplemente al hecho tal como aparece en BHK[3]; por tanto, en L.

[5] Esta división en *sedarim* no tiene ninguna relación con la división del Salterio en los cinco libros tradicionales, que L, por lo demás, no tiene en cuenta.

mente *pārāšōt,* las cuales se empleaban ya en la época de la Mišná. Las divisiones más extensas se indicaban comenzando aparte una nueva línea; las menores, dejando un espacio en blanco dentro de la misma línea [6]; posteriormente se acortó este espacio en blanco, insertando en él una ס (= *pᵉtūḥā,* es decir, «abierta [sección]» para las secciones más extensas y una ס (= *sᵉtūmā,* es decir, «cerrada [sección]») para las menores; así aparece en L [7].

El texto masorético no conoció nuestra división en capítulos. Fue tomada en el siglo XIV de la Vulgata cristiana, lo mismo que la división de los libros de Sm, Re, Cr; dentro de este sistema de capítulos penetró más tarde la numeración de los versículos.

2. *Prehistoria del texto masorético. Puntuación palestinense y transmisión textual babilónica*

El texto masorético tuvo una larga prehistoria (sobre los recientes hallazgos de manuscritos, cf. A. Díez Macho: VT Suppl. 4 [1957] 27-46). Por lo general, se piensa, y con razón, que el texto consonántico que ahora leemos recibió su forma definitiva hacia el año 100 a. C. y que, a partir de este momento, se fue transmitiendo con diligente minuciosidad. Las citas bíblicas de la literatura rabínica presuponen ya este texto; lo mismo puede decirse de algunas traducciones hechas en el siglo II d. C. (cf. *infra,* p. 326). Naturalmente, esto no quiere decir que no continuaran en uso formas textuales ligeramente divergentes ni que no se las copiara. En época tan tardía como el siglo XII d. C., un escolástico que vivía en Inglaterra, llamado Odón, parece haber conocido un texto hebreo del Antiguo Testamento que no sólo presentaba un sistema vocálico premasorético (cf. J. Fisher: BZAW 66 [1936] 198-206), sino también un texto consonántico divergente del masorético (citado en BHK³ con V[ar]ᴼ). Pero en tales casos se trata claramente de retoños laterales que se separan de la línea seguida por la transmisión textual.

La prehistoria del texto masorético se refiere, sobre todo, a la *puntuación.* Las investigaciones de Kahle han demostrado que el éxito de la elaboración textual de la familia Ben Ašer fue solamente su victoria sobre otros diversos sistemas existentes. El trabajo de los Ben Ašer desplazó, en primer lugar, a la elaboración textual de la familia Ben Neftalí, también tiberiense, muy próxima y contemporánea suya, si bien ésta también fue copiada durante cierto tiempo, y algunos de sus puntos introducidos posteriormente en el *textus receptus* (cf. *supra,* p. 311). Sobre las particularidades del texto de los Ben Neftalí, así como sobre los manuscritos existentes que presentan este texto, incluido el *Codex Reuchlinianus* (un

[6] Así aparece, por ejemplo, en el texto qumránico de Isaías recientemente descubierto (cf. *infra,* p. 317).

[7] Ya en el período talmúdico se empleaba en los manuscritos la separación de las líneas para los textos poéticos. Sin embargo, la disposición de las secciones poéticas en BHK se debe a los colaboradores, no a la tradición.

códice de los Profetas), escrito en el 1105 d. C. y conservado ahora en Karlsruhe, cf. Kahle, *Mas. d. W.* II, 45*-68* [8].

El sistema tiberiense de puntuación utilizado por estas dos elaboraciones textuales era en realidad el sustituto de otro sistema de puntuación más antiguo, menos completo y supralinear [9] que puede verse en una serie de manuscritos del siglo VI al IX d. C., en que se contienen fragmentos de textos bíblicos, secciones bíblicas escritas según un determinado sistema de abreviaciones y también textos litúrgicos (cf. Kahle, *Mas. d. W.* I, 23-36, 77-89, 1*-66*, כן־א y láms. 1-16; II, 14*-45*, 66-95 y láminas 7-11). Asimismo, el Targum palestinense del Pentateuco (cf. Kahle, *Mas. d. W.* II, 1*-13*, 1-65; A. Díez Macho: VT Suppl. 7 [1960] 222-245) presenta a menudo en los manuscritos esta puntuación «palestinense» (cf. Kahle, *op. cit.* II, láms. 1-6). Este sistema palestinense de puntuación supralinear está en relación con el sistema samaritano de puntuación, el cual parece haber tenido su origen en el siglo V d. C. en dependencia de la puntuación de los textos siríacos, que hacía su aparición por este tiempo (cf. Kahle, *op. cit.* I, 51ss). El sistema palestinense era todavía incompleto en lo que se refiere a la indicación de las vocales; por ello, más tarde fue sustituido por el tiberiense, que presenta una elaboración más madura y completa. Las variantes textuales de los manuscritos puntuados según el sistema palestinense aparecen citados en BHK^3 con V(ar)^{pal}.

La victoria de la elaboración textual de los Ben Ašer y, con ella, del sistema tiberiense de puntuación significó igualmente el desbancamiento de los trabajos sobre el texto bíblico que habían sido llevados a cabo durante siglos *en Babilonia,* otro centro de población y saber judíos en los tiempos poscristianos. A los estudiosos babilonios de la Escritura se les llama «masoretas orientales» (BHK^3: Or) para distinguirlos de los palestinenses, llamados a su vez «masoretas occidentales» (BHK^3: Occ). En Babilonia estaba en uso un sistema de puntuación supralinear, probablemente relacionado con el palestinense. En el transcurso del tiempo se fue desarrollando y perfeccionando de modo que hoy podemos distinguir entre un sistema babilónico «sencillo», más antiguo, y otro «complicado», posterior. La puntuación babilónica supone en muchos detalles una pronunciación del hebreo algo diferente de la tiberiense; así, por ejemplo, parece desconocer la pronunciación doble, explosiva y fricativa, de las בגדכפת, coincidiendo en esto con el sistema antiguo palestinense; al parecer, supone la simple pronunciación fricativa de las בגדכפת no dobladas. De todo esto podemos deducir que el sistema tiberiense sigue por lo general la pronunciación del hebreo de la tradición oral, si bien en varios detalles está reconstruida artificialmente.

[8] A los manuscritos de los Ben Neftalí, que jalonan la marcha hacia el *textus receptus,* pertenecen los (antes existentes) manuscritos de Erfurt, de los cuales tres son citados en BHK^3 con Var$^{E\ 1\text{-}2\text{-}3}$ (más detalles en Kahle, *op. cit.,* 54*-56*, lámina 13).

[9] Se denomina supralinear al sistema que coloca los signos vocálicos sobre las consonántes.

P. Kahle, en *Mas. d. Ost.* (1913), publicó y estudió diversos manuscritos con puntuación babilónica que provenían en gran parte también de la sinagoga de El Cairo Viejo. En ZAW NF 5 (1928) 113-137 + láminas 1-70, presenta Kahle un catálogo de los fragmentos bíblicos con puntuación babilónica que se han conservado; esta lista aparece completa en BHK^3, pp. XXX-XXXIII; en ella señala Kahle con una E los manuscritos del siglo VII, con puntuación sencilla, y con una K, los atribuidos al siglo VIII-IX, con puntuación complicada; con las vocales *a, b* y *c* añadidas indica si el correspondiente fragmento proviene de la Torá, de los Nebiim o de los Ketubim. En BHK^3 se citan, también de este modo, los manuscritos con Ea 1, etc. Por lo demás, también en Babilonia existían diferentes escuelas de masoretas, de las cuales conocemos las de Nehardea y Sura. Los masoretas de la escuela de Sura *(Soraei)* se citan en BHK^3 con la sigla Sor.

El texto bíblico babilónico no sólo fue al fin desplazado por el occidental, de tal modo que desapareció casi por completo durante un milenio hasta los hallazgos de los últimos decenios, sino que incluso en los posteriores manuscritos puntuados a la manera de Babilonia se introdujo ya el sistema masorético tiberiense. En consecuencia, estos manuscritos son sólo en parte testigos de la transmisión textual babilónica; tal es el caso, por ejemplo, del famoso códice de los Profetas de San Petersburgo, escrito en el año 906 d. C. y publicado en una gran edición en facsímil por H. L. Strack *(Prophetarum posteriorum Codex Babylonicus Petropolitanus* [San Petersburgo 1896]). En BHK^3 se citan sus variantes con la sigla V(ar)^P.

Con el moderno conocimiento de la prehistoria y de la historia del trabajo masorético, las antiguas grandes *colecciones de variantes* del texto bíblico hebreo, que, por lo general, comparan manuscritos de la Baja Edad Media con el *textus receptus,* han perdido importancia; nos referimos a B. Kennicott, *Vetus Testamentum Hebraicum cum variis lectionibus* (1776-1788) [citado en BHK^3 con MS(S)^{Ken} o V(ar)^{Ken}], y G. B. De Rossi, *Variae lectiones Veteris Testamenti* (1784-1788). Lo mismo cabe decir de las antiguas ediciones del texto hebreo [citadas en BHK^3 con Var^B, V(ar)^F, V(ar)^G, V(ar)^J, V(ar)^M, V(ar)^S y V(ar)^W; cf. BHK^3 página XXVIII].

3. *El texto consonántico*

El texto consonántico en que se basaron los trabajos de los masoretas fue establecido definitivamente, con toda probabilidad, hacia el año 100 después de Cristo (cf. *supra,* p. 313), en la forma en que nosotros todavía lo leemos. Después de la toma de Jerusalén el año 70 d. C., que supuso el cese del culto en el templo, la sinagoga rabínica se constituyó en torno a la Sagrada Escritura transmitida, dando forma definitiva y normativa al canon y al texto y dedicando a su preservación una diligente minuciosidad. Los textos bíblicos premasoréticos encontrados en los últimos años, que se remontan hasta el siglo VI d. C., ofrecen pocas variantes

dignas de mención en lo que se refiere al texto consonántico —lo mismo que los numerosos manuscritos medievales—, pues transmiten un texto consonántico fijado de antemano. La mayoría de las variantes son de índole ortográfica y se reducen a diferencias formales insignificantes. De todos modos, podemos afirmar que el texto consonántico establecido hacia el año 100 d. C. no era sencillamente idéntico al texto original, sino que representaba una recensión, detrás de la cual había una larga transmisión con todo tipo de cambios y alteraciones del texto original.

El descubrimiento de los *manuscritos de las cuevas del mar Muerto* nos permite vislumbrar una parte de la prehistoria del texto consonántico hebreo. En el verano de 1947 fueron encontrados por unos beduinos varios cántaros con rollos manuscritos en una cueva de los acantilados situados en el extremo noroccidental del mar Muerto, en los alrededores de *ḫirbet qumrān;* algunos de estos rollos fueron adquiridos por el monasterio sirio de San Marcos, en Jerusalén, y otros por la Universidad Hebrea de la misma ciudad. Los rollos propiedad de los sirios fueron cedidos a las *American Schools of Oriental Research* para su publicación, y tres de estos cuatro rollos fueron publicados con el título *The Dead Sea Scrolls of St. Mark's Monastery,* ed. por M. Burrows (vol. I: *The Isaiah Manuscript and the Habakkuk Commentary* (1950); vol. II, 2: *Plates and Transcription of the Manual of Discipline* (1951). Después de la venta de esta parte de los hallazgos a la Universidad Hebrea de Jerusalén fue publicado parcialmente también el cuarto rollo por N. Avigad y Y. Yadin, *A Genesis Apocryphon. A Scroll from the Wilderness of Judea* (1956). Los tres rollos que desde el principio habían sido propiedad de la Universidad Hebrea fueron publicados por E. L. Sukenik, אוצר המגילות הגנוזות = *ʾOṣar ham-Mᵉgillot hag-Gᵉnuzot* (1954). Después del primer hallazgo se encontraron más manuscritos en otras cuevas de la misma zona; también posteriormente salieron a la luz fragmentos de manuscritos, algunos muy pequeños, durante una investigación en la primera cueva («Cueva 1»), investigación llevada a cabo en 1949 por R. de Vaux y L. Harding. Entre ellos había fragmentos manuscritos bíblicos de los libros Gn, Ex, Lv, Nm, Dt, Jue, etc., que fueron publicados por D. Barthélemy y J. T. Milik, con la colaboración de R. de Vaux, G. M. Crowfoot, H. J. Plenderleith y G. L. Harding, en el volumen *Discoveries in the Judaean Desert.* I: *Qumran Cave* I (1955), II (en dos volúmenes): *Discoveries in the Judaean Desert,* III: *Les petites grottes de Qumrân* (1961), ed. por R. de Vaux, M. Baillet y J. T. Milik. También fue fructuosa la búsqueda en la «Cueva 4» de los alrededores de *ḫirbet qumrān,* que proporcionó igualmente textos bíblicos (en realidad, sobre los textos encontrados en esta cueva se ha publicado algo, pero de modo disperso), y en la «Cueva 11» (sobre los manuscritos de esta cueva no se sabe todavía nada en concreto). Un informe preliminar sobre los fragmentos manuscritos encontrados en las mencionadas cuevas puede encontrarse en RB 63 (1956) 49-67 [10].

[10] En el invierno de 1951-52 tuvo lugar otro afortunado hallazgo de manuscritos en una cueva casi inaccesible en el borde del abrupto *wādi murabbaʿāt,* a unos 18

Los manuscritos encontrados han recibido diversos nombres. Al principio se solía hablar —y actualmente lo hacen todavía muchos— de «manuscritos del mar Muerto»; pero esta designación es muy vaga y no muy exacta. Durante cierto tiempo, principalmente en la literatura en lengua inglesa, se les daba el extraño nombre de «manuscritos de 'Ain Feshkha», por la fuente *'ēn feshḥa*. Actualmente, cada vez es más común designarlos con el nombre de *ḥirbet qumrān* («Qumrán»), lugar situado en la zona inmediata a las cuevas donde fueron hallados, sobre una terraza de marga a los pies de la pared rocosa que domina la franja costera del borde noroccidental del mar Muerto. Esta denominación es exacta, pues los habitantes de *ḥirbet qumrān* eran sin duda los dueños de los manuscritos escondidos en las cuevas próximas. Por ello está generalizándose el siguiente sistema para designar las diversas partes de este gran conjunto de hallazgos. La letra «Q» sirve para indicar el conjunto de los manuscritos de la zona de *ḥirbet qumrān;* la Q lleva antepuesto el número de la cueva en que apareció la pieza en cuestión y pospuesta la sigla que indica el contenido del manuscrito respectivo; cuando existen varios manuscritos de la misma cueva con idéntico contenido, se distinguen uno de otro mediante la adición de una letra indicativa. Por ejemplo, 1QIs^{a} indica el primero (a) —y completo— de los dos manuscritos del libro de Isaías (Is) encontrados en la cueva primera (1) de los alrededores de *ḥirbet qumrān;* 1QpHab indica el manuscrito del llamado «comentario de Habacuc» (hebr. *pešer Ḥ^{a}baqqūq* = «interpretación de Habacuc»), encontrado en la Cueva 1 de *ḥirbet qumrān;* 4QSm^{b} se refiere al segundo (b) de los dos manuscritos de Samuel (Sm) descubiertos en la «Cueva 4» de *ḥirbet qumrān*. Los pasajes concretos de los manuscritos se indican con números romanos (columnas) y números árabes (líneas).

El descubrimiento de los manuscritos de Qumrán es importante por diversas razones [11]. De momento ha suscitado ya una incalculable producción científica; de ella citamos aquí algunas de las obras generales más importantes: M. Burrows, *The Dead Sea Scrolls* (1955; trad. alemana: *Die Schriftrollen vom Toten Meer,* 1957); íd., *More Light on the Dead Sea Scrolls* (1958; trad. alemana: *Mehr Klarheit über die Schriftrollen,* 1958); Fr. M. Cross jr., *The Ancient Library of Qumran and Modern Biblical Studies* (1958; ^{2}1961); A. Dupont-Sommer, *Les écrits esséniens découverts près de la mer Morte* (1959; trad. alemana: *Die essenischen Schriften vom Toten Meer,* 1960); H. Bardtke, *Die Handschriftenfunde am Toten Meer* (1952 y 1958); J. Hempel, *Weitere Mitteilungen über*

kilómetros al sursudoeste de *ḥirbet qumrān* y a unos 25 km al sudeste de Jerusalén, no lejos de la orilla occidental del mar Muerto. Estos manuscritos no tienen ninguna conexión histórica con los de Qumrán. También aquí han sido hallados fragmentos de textos bíblicos (Pentateuco, Is y, sobre todo, amplias porciones del manuscrito de los Profetas Menores) que datan de la primera mitad del siglo II d. C. Fueron publicados por P. Benoit, J. T. Milik y R. de Vaux, con la colaboración de G. M. Crowfoot, E. Crowfoot y A. Grohmann, en el volumen *Discoveries in the Judaean Desert.* II: *Les grottes de Murabba'ât. Texte et Planches* (1961).

[11] Los textos de la cueva del *wādi murabba'āt* (cf. nota anterior) se citan con la sigla *Mur; Mur 88* es el mencionado manuscrito de los Profetas Menores.

Text und Auslegung der am Nordwestende des Toten Meeres gefundenen hebräischen Handschriften (Nachr. d. Ak. d. Wiss. in Göttingen, I. Phil.-hist. Kl.; 1961, n.º 10). Se ha podido averiguar que los manuscritos de Qumrán pertenecían a la «biblioteca» de un grupo sectario judío que tenía su centro en *ḫirbet qumrān* y que con toda probabilidad era, si no idéntico al movimiento de los «esenios» que nos son conocidos por Josefo, Plinio el Viejo y Filón de Alejandría, al menos muy semejante a él. Esta «biblioteca» contenía copias del texto de los libros del Antiguo Testamento (merecen especial mención los dos extensos manuscritos de Isaías de la «Cueva 1», uno de ellos completo y el otro mútilo) y copias de obras literarias no bíblicas pertenecientes a los escritos religiosos de especial interés para la secta. Presentan una posición intermedia los comentarios a los libros del Antiguo Testamento que citan el texto del correspondiente libro del Antiguo Testamento en pequeñas secciones, poniendo a continuación de cada uno de estos pasajes una interpretación *(pešer);* el mejor ejemplo es el «comentario de Habacuc» a Hab 1 y 2 de la «Cueva 1». Se trata casi exclusivamente de manuscritos sobre pergamino (sólo se han encontrado unos pocos papiros), formados por dos piezas de cuero curtido cosidas entre sí. Se escribían en columnas contiguas y se recogían en forma de rollo. La mayoría de los escritos, incluidos los no bíblicos, fueron compuestos en hebreo; sólo algunos lo están en arameo. La mayor parte de los manuscritos utilizan la escritura cuadrada hebrea (cf. *supra,* página 233); sólo unos pocos, especialmente los pequeños fragmentos de Lv y Nm de la «Cueva 1», presentan un tipo de escritura paleohebrea que recuerda la de los óstraca de Lakiš (cf. *supra,* pp. 230ss).

La cuestión de la datación de los manuscritos de Qumrán ha sido muy debatida. Las diferencias del tipo de escritura indican que no todos los manuscritos son contemporáneos; no obstante, todos ellos pueden ponerse dentro de un período de tiempo bastante limitado. Como es natural, se ha intentado basar en primer lugar la datación de los manuscritos en el estudio paleográfico, aun cuando el material comparativo de datación segura no sea muy abundante. En los ensayos iniciales de datación representó un buen papel el Papiro Nash, conocido desde hace tiempo, que se encuentra ahora en Cambridge (fue publicado por primera vez por St. A. Cook: PSBA 25 [1903] 34-56); W. F. Albright lo había datado con probabilidad en un estudio detenido (JBL 56 [1937] 145-176) en la segunda mitad del siglo II a. C., y su escritura es muy próxima a la de los manuscritos de Qumrán. Entre tanto, se ha propuesto casi con seguridad (si bien algunos todavía lo discuten) como *terminus ad quem* de los manuscritos el comienzo de la revuelta judía de los años 66-70 d. C. En las ruinas de *ḫirbet qumrān* se han encontrado cántaros semejantes a los de la «Cueva 1», en los que se hallaron algunos de los manuscritos; ahora bien, las excavaciones sobre *ḫirbet qumrān* (cf. *supra,* p. 149) han demostrado que el correspondiente estrato de las ruinas estuvo habitado sólo hasta el comienzo de la revuelta judía. Todo, pues, habla en favor de que los ocupantes de *ḫirbet qumrān,* miembros de la secta «esenia», escondieron los tesoros de su «bibloteca» en las cuevas cercanas antes del caos

del levantamiento judío. Queda, sin embargo, el problema de saber qué edad tenían los diversos manuscritos al ser escondidos en las cuevas. Incluso el establecimiento de una cronología relativa para los diferentes manuscritos y fragmentos depende de muchas y difíciles observaciones; máxime teniendo en cuenta que no nos hallamos ante un desarrollo lineal, sino ante una yuxtaposición de tipos de escritura particulares, como caracteres de escritura formal libraria, escritura manuscrita más o menos cursiva, etcétera (cf. la discusión exhaustiva en Fr. M. Cross jr., *The Bible and the Near East. Essays in Honor of William Foxwell Albright* [1961] 133-202). También ha de tomarse en consideración el empleo paralelo de la escritura cuadrada y de la escritura hebrea antigua. No es seguro que los manuscritos redactados con esta última escritura sean necesariamente antiguos; existe la fácil posibilidad de que la Torá o Pentateuco, parte canónicamente la más antigua, se siguiera copiando en la escritura hebrea antigua, mientras que para otros escritos fuera usual servirse de la escritura cuadrada [12]. De los manuscritos redactados en escritura cuadrada, un manuscrito fragmentario de los libros de Samuel parece ser particularmente antiguo; se trata del primer libro de Samuel de la «Cueva 4», que Fr. M. Cross jr., *The Oldest Manuscripts from Qumran* (JBL 74 [1955] 147-172), basado en un esmerado y cuidadoso estudio, asigna al último cuarto del siglo III a. C.; igualmente, un manuscrito de Jeremías de la «Cueva 4», también fragmentario, parece ser sólo un poco más reciente que el anterior; Cross lo data hacia el 200 a. C. Si esto fuera exacto, los manuscritos de Qumrán habrían sido escritos probablemente a lo largo de un período de tiempo de más de dos siglos.

En este contexto son de interés las copias de los libros del Antiguo Testamento y los «comentarios», pues éstos citan a veces literalmente el texto veterotestamentario que interpretan. Disponemos, pues, actualmente de textos del Antiguo Testamento anteriores en muchos siglos a los manuscritos hebreos del texto del Antiguo Testamento que conocíamos. Por ello, los manuscritos de Qumrán permiten estudiar la antigua historia del texto veterotestamentario premasorético. Nos presentan un texto puramente consonántico, desprovisto de toda puntuación. Para indicar las vocales hacen amplio uso, aunque no muy consecuente, de las *matres lectionis*. Contienen todavía elementos de un hebreo más antiguo, premasorético. Nos ofrecen también informaciones interesantes sobre las costumbres de los antiguos copistas de los textos bíblicos, como la separación de palabras, el cambio de línea, los párrafos, espacios, etc. (cf. el detenido y exhaustivo estudio de M. Martin, *The Scribal Character of the Dead Sea Scrolls* I-II [1958]). En lo que se refiere al texto, presentan menos variantes de las que uno hubiera podido esperar respecto al texto masorético posterior. De todos modos ofrecen numerosas variantes y se introducen así en la prehistoria del texto consonántico antes de que éste quedara establecido definitivamente hacia el año 100 d. C. En algunos casos,

[12] En algunos manuscritos de escritura cuadrada aparece el nombre de Dios o la palabra «Dios» en caracteres hebreos antiguos.

estas variantes coinciden con las antiguas versiones del Antiguo Testamento, especialmente con los LXX. El puesto de los diversos manuscritos de Qumrán en la historia premasorética del texto todavía precisa de un estudio detenido.

4. *El Pentateuco samaritano*

La comunidad samaritana tenía como centro a Siquem, y su templo, sobre el monte Garizim (Jn 4,20s); cuando esta comunidad se separó, hacia el fin del período persa, de la comunidad cultual de Jerusalén, conservó como Sagrada Escritura la Torá o Pentateuco, que por aquel entonces era ya canónica. Por tanto, existe también una transmisión textual del Pentateuco hebreo dentro de la comunidad samaritana. A. von Gall, *Der hebräische Pentateuch der Samaritaner* (1914-1918), editó este texto basándose en manuscritos bajomedievales que se encuentran en diversas bibliotecas de Europa y de América. Pero los representantes de la comunidad samaritana de *nāblus,* sucesora de la antigua Siquem, que además de reducidos están muy mezclados (cf. P. Kahle, *Die Samaritaner im Jahre 1909* [PJB 26 ⟨1930⟩ 89-103], y J. Jeremias, *Die Passahfeier der Samaritaner* [BZAW 59 ⟨1932⟩]), poseen manuscritos del Pentateuco más antiguos, especialmente un rollo del Pentateuco, celosamente custodiado, que no es posible datar con exactitud, pero que se supone supera en antigüedad a los manuscritos masoréticos mencionados en pp. 309ss; P. Kahle: BZAW 33 (1918) 247-260, ofrece algunas informaciones sobre su historia. Los manuscritos samaritanos están redactados en una escritura libraria derivada independientemente del alfabeto paleohebreo (cf. *supra,* página 229; ejemplos en M. Gaster, *The Samaritans* [«The Schweich Lectures» ⟨1923-1925⟩] láms. 7-14; cf. también Goettsberger, *op. cit.,* lámina III, 3). Al lado de esta escritura existía y aún existe una escritura samaritana lapidaria que deriva de la de las inscripciones samaritanas en piedra de la era cristiana en Palestina y, además, una escritura cursiva samaritana empleada en el uso cotidiano (ejemplos en Gaster, *op. cit.,* láminas 6-15). Los manuscritos samaritanos del Pentateuco están por lo general sin vocalizar, tienen un sistema de puntuación independientemente desarrollado y una división propia en *pārāšōt* (cf. *supra,* páginas 311s). Los varios millares de variantes que presenta el texto samaritano del Pentateuco (BHK^3, sigla: ש) frente al texto masorético del Pentateuco son, en su inmensa mayoría, de tipo ortográfico o atañen a detalles estilísticos. Las variantes reales se deben en parte a correcciones dogmáticas. Por ello, el número de variantes realmente importantes para las cuales haya que postular una base textual divergente del texto masorético es notablemente reducido (ejemplo de este tipo de variantes son las cifras de Gn 5 y 11; cf. el aparato en BHK^3). Por tanto, debemos preguntarnos si la historia rabínica premasorética y la samaritana del texto consonántico del Pentateuco se desarrollaron en verdad de modo independiente, incluso después de la separación cultual de ambas comunida-

des. Así, pues, la coincidencia de las dos recensiones textuales no puede suponerse sin ulteriores investigaciones del tiempo de la separación. El hecho de que entre los manuscritos masoréticos medievales exista un grupo que, como ha demostrado exhaustivamente J. Hempel (cf. ZAW NF 11 [1934] 254-274) tomando como ejemplo el Deuteronomio, concuerda en muchos detalles con el texto del *Samaritanus,* podría indicar relaciones continuas por ambas partes entre las tradiciones textuales.

XLIV. Versiones a otras lenguas

1. *Versiones al arameo*

El arameo se convirtió en lengua oficial del Imperio Persa para Asia sudoccidental, extendiéndose luego ampliamente como lengua del pueblo (cf. *supra,* pp. 238s). El arameo era también la lengua hablada en la comunidad posexílica de Jerusalén y en amplios sectores de la diáspora, reduciéndose poco a poco el hebreo a la categoría de lengua sagrada y culta. Paralelamente a esta evolución se fue experimentando la necesidad de traducir el texto hebreo que se leía en el culto sinagogal a la lengua aramea, que era la que todos entendían. Esta transposición (hebr.-aram.: *targem)* la llevaba a cabo un intérprete (hebr.-aram.: *[m^e]turg^emān[ā];* de ahí nuestro dragomán o trujamán). Partiendo de esta base, es comprensible que tales transposiciones, al principio sólo orales e improvisadas, no fueran idénticas en todos los lugares. Además, varias expresiones tradicionales del texto original, como los antropomorfismos en las afirmaciones sobre Dios, que más tarde fueron prohibidas en razón del respeto a lo sagrado, eran evitadas en estas interpretaciones orales y reemplazadas por perífrasis; finalmente, ciertas formulaciones y nombres antiguos, especialmente nombres geográficos que difícilmente podían ser entendidos sin una explicación, fueron reemplazados por designaciones «modernas»; añádanse las múltiples adiciones explicativas que se hacían. Estas transposiciones no pretendían ser de ningún modo traducciones exactas que hicieran innecesario el texto original; éste seguía leyéndose como siempre, sólo que se hacía comprensible a todos mediante estas transposiciones.

Naturalmente, pronto llegaron a formarse tradiciones fijas del texto de estas transposiciones y, por fin, fueron *puestas por escrito.* De este modo nacieron los llamados *targumes* arameos (hebr.-aram.: *targūm[ā]* = «traducción»). Unas veces se añadió el targum arameo versículo tras versículo al manuscrito del texto original hebreo empleado para la lectura sinagogal; otras se redactaron manuscritos enteros para el targum arameo exclusivamente. Es posible que lo primero que se fijara por escrito fuera el targum del Pentateuco, debido a la importancia de la Torá en la lectura sinagogal. En realidad, los tesoros de la *geniza* de la sinagoga de El Cairo Viejo (cf. *supra,* p. 309) nos han deparado restos de un antiguo targum palestinense del Pentateuco (editado por P. Kahle, *Masoreten des*

Westens II [1930] 1*-13*, 1-65, láms. 1-6) que, según los restos de manuscritos allí encontrados, todavía era utilizado en Palestina en los siglos VII-IX d. C., si bien había sido escrito siglos antes (citado en BHK³ con $\mathfrak{T}^{P}$). Los restos conservados pertenecen a siete manuscritos diferentes del targum. La doble aparición de dos secciones del Antiguo Testamento en dos de estos fragmentos casualmente encontrados demuestra igualmente que la redacción del targum era muy diferente de un manuscrito a otro. Recientemente se ha descubierto una nueva redacción del targum palestinense del Pentateuco en un manuscrito conservado en la Biblioteca Vaticana (cf. A. Díez Macho: VT Suppl. 7 [1960] 222-245). El origen oral del targum explica fácilmente el hecho de que fuera fijado por escrito en formas distintas.

Por lo mismo, es explicable también que el desarrollo del targum progresara constantemente, que se siguieran desenvolviendo elementos congénitos del targum, como la paráfrasis y la explicación del texto original, y que el material así acrecido fuera también puesto por escrito. En este sentido, el llamado *Targum Yerušalmi* (II)[13] o *Targum fragmentario* (BHK³: $\mathfrak{T}^{J\ II}$), representa un desarrollo posterior y una ampliación del antiguo targum palestinense del Pentateuco (ed. por M. Ginsburger, *Das Fragmententargum (Targum jeruschalmi zum Pentateuch)* [1899]).

En la tradición rabínica se ha conservado también material targúmico sobre los Profetas y los Escritos. Su origen y estilo es similar al de los targumes del Pentateuco mencionados. Materiales varios sobre los Profetas, pertenecientes a la tradición babilónica y puntuados de acuerdo con ella, fueron publicados, junto con otros sobre el Pentateuco, por A. Merx, *Chrestomathia Targumica* («Porta Linguarum Orientalium» VIII [1888]) (BHK³: $\mathfrak{T}^{M}$); material sobre libros individuales, por Fr. Praetorius, *Das Targum zu Josua in jemenischer Überlieferung* (1889) y *Targum zum Buch der Richter in jemenischer Überlieferung* (1900) (BHK³: $\mathfrak{T}^{Pr}$); el material sobre los Ketubim, por P. de Lagarde, *Hagiographa Chaldaice* (1873) (BHK³: $\mathfrak{T}^{L}$).

Posteriormente, al menos los targumes del Pentateuco y de los Profetas fueron *redactados,* unificando de este modo el material targúmico, que había crecido más o menos espontáneamente. En esta forma redactada fueron declarados normativos. El targum oficial del Pentateuco del período posterior es el llamado convencionalmente *Targum de Onkelos* (BHK³: $\mathfrak{T}^{O}$). Este nombre es sin duda inexacto, pues parece deberse a una tradición rabínica mal entendida referente al traductor griego Aquila (cf. *infra,* p. 326), cuyo nombre fue deformado en Onkelos. El Targum de Onkelos procede de la tradición targúmica palestinense, pero fue redactado y fijado en el siglo IV-V d. C. en el círculo de los sabios escrituristas de Babilonia. Presupone sustancialmente el texto masorético, y fue aumentando tanto su prestigio que fue dotado de una masora babilónica como si se tratase del texto sagrado mismo (ed. por A. Berliner, *Targum Onkelos herausgegeben und erläutert,* 2 vols. [1884]). Si bien el Targum

[13] Sobre el *Targum Yerušalmi I,* cf. nota siguiente.

de Onkelos fue declarado targum oficial del Pentateuco, en Palestina se seguía utilizando todavía en los siglos VII-IX d. C. el antiguo targum del Pentateuco (cf. p. 322). Además de éste, aproximadamente por el mismo tiempo, se fue formando en Palestina el llamado *Targum del Pseudo-Jonatán* (BHK³: 𝔗ʲ) [14], que combina el Targum de Onkelos oficial con el tradicional y autóctono targum palestinense del Pentateuco; así, pues, el Targum del Pseudo-Jonatán es muy rico en material explicativo (ed. por M. Ginsburger, *Pseudo-Jonathan* [1903]).

El targum de los Profetas también fue redactado y transmitido en esta forma oficial con el nombre de *Targum de Jonatán*. Probablemente fue establecido al mismo tiempo que el Targum de Onkelos y era normativo en Palestina y en Babilonia. Fue editado siguiendo el *Codex Reuchlinianus* (cf. *supra*, pp. 313s), que lo contiene, por P. de Lagarde, *Prophetae Chaldaice* (1872) (BHK³: 𝔗ᴸ) [15].

El targum fue publicado en su forma usual bajomedieval en la Biblia Hebrea editada por Bomberg en Venecia en 1524-25 (cf. *supra*, p. 311) (en BHK³ se cita con 𝔗ᴮ). Los targumes también fueron publicados de diversas formas en las grandes Biblias Políglotas de los siglos XVI y XVII, ediciones cuadrilingües de la Biblia que publicaban el texto original con las diferentes versiones antiguas paralelas en las recensiones textuales entonces corrientes. El texto del targum de la más rica de estas políglotas, la *Políglota Londinense*, editada de 1654 a 1657 por Brian Walton, llamada también por ello «Políglota de Walton», se cita en BHK³ con la sigla 𝔗ᵂ.

Los samaritanos tenían también una versión de su Pentateuco hebreo en la lengua aramea del pueblo usual en Palestina, es decir, un *Targum samaritano* (BHK³: 𝔗ᵀ), que fue fijado por escrito también en redacciones distintas. En todo caso, los textos transmitidos y los manuscritos y fragmentos de manuscritos conservados del targum samaritano del Pentateuco presentan variantes recíprocas muy diversas (más detalles en P. Kahle: ZA 16 [1901] 79-101; 17 [1902] 1-22; ZMDG 61 [1907] 909-912).

2. *Versiones al griego*

A medida que las comunidades de la diáspora judía por el mundo mediterráneo, que hablaban griego, fueron olvidando la lengua hebrea, se fue haciendo necesaria una traducción del texto del Antiguo Testamento al griego, tanto para la lectura sinagogal como para el uso privado. Hasta aquí las versiones del Antiguo Testamento al arameo y al griego pre-

[14] El nombre de Targum de*[l]* (Peseudo-)Jonatán deriva de una falsa interpretación de la abreviatura תרע, que significa más bien *targum yᵉrušalmi*, es decir, Targum de Jerusalén. Por ello habría que distinguir este targum (Targum Yerušalmi I) del (más antiguo) Targum Yerušalmi II (sobre este último, cf. *supra*, p. 322).

[15] B. Stade, en su *Geschichte des Volkes Israel* I (1887) presenta, como anexo a la p. 32, una hoja del *Codex Reuchlinianus;* en este lugar el targum sigue paso a paso el texto hebreo. Sobre el carácter del targum de los Profetas, cf. A. Sperber: ZAW NF 4 (1927) 267-288.

sentan características paralelas. Sin embargo, no podemos comparar la versión al griego con el targum arameo y hablar simplemente de un «targum griego» (así, por ejemplo, A. Sperber: OLZ 32 [1929] col. 533-540), pues la situación en el mundo de habla griega era diferente de la del ámbito arameo. El arameo es una lengua muy próxima al hebreo; por ello, el texto original del Antiguo Testamento, aunque extraño al mundo de los hablantes arameos, no les era totalmente incomprensible; entre éstos había sin duda muchos que eran capaces de interpretar oralmente en la lengua del pueblo el texto leído en hebreo en el culto sinagogal sin necesidad de acudir a una versión establecida en arameo; la situación de la diáspora griega era muy otra. Parece ser que aquí, ya en el período helenístico, apenas si había gente que supiera leer correctamente el hebreo. Por ello, aunque se mantuvo la lectura sinagogal del texto hebreo original, se hizo, al parecer, una transcripción de éste en caracteres griegos que podía leerse mecánicamente sin que ni el lector ni los oyentes se enteraran de gran cosa. Fr. Wutz, *Die Transkriptionen von der Septuaginta bis zu Hieronymus* (BWAT NF 9 [1925-1933] espec. 123ss), está probablemente en lo cierto cuando afirma que las huellas de las transcripciones griegas del texto del Antiguo Testamento (cf. *infra,* pp. 333s) procedentes de época cristiana deben su origen a los textos transcritos que aparecieron no como un pasatiempo posterior de los letrados, sino por la necesidad práctica de hacer legible el texto hebreo original o, por lo menos, de fijar la pronunciación del texto consonántico. Probablemente también acierta al decir que esta exigencia debió de sentirse en primer lugar en las sinagogas de la diáspora en una región de habla griega durante el período helenístico. Ahora bien, si se necesitaba una ayuda de este tipo para la simple lectura del texto hebreo, todavía más necesaria era una traducción al griego que permitiera entender el texto; de este modo, el texto hebreo leído en el culto sinagogal podría ser presentado en una lengua que todos entendían. Además, la traducción serviría para el estudio privado. En vistas del escaso conocimiento del hebreo en los territorios de lengua griega, difícilmente podían esperarse traducciones libres al griego a partir del texto hebreo leído, como era usual en el ámbito lingüístico arameo. Las «traducciones» arameas presentaron inicialmente formas muy variadas y sólo mucho más tarde fueron fijadas por escrito en las diversas redacciones que conocemos con el nombre de targumes. En cambio, debemos suponer que desde un principio hubo traducciones griegas fijadas por escrito que no eran simples aclaraciones de un texto hebreo entendido con dificultad, sino reproducciones lo más exactas posible del texto original, es decir, traducciones en sentido estricto.

De hecho, en el siglo III a. C. fue traducida al griego la Torá, o Pentateuco, en la ciudad egipcia de Alejandría, capital del reino de los Tolomeos (cf. *supra,* p. 273) y sede de la más importante y extensa comunidad de lengua griega de la diáspora; la traducción de las restantes partes del Antiguo Testamento tuvo lugar algo más tarde. La carta del Pseudo-Aristeas (publicada en lengua original por P. Wendland, *Aristeae ad Philocratem epistula* [1900], y por H. B. Swete, *An Introduction to the*

Old Testament in Greek [1900] 499-574; traducción y breve comentario por P. Wendland, en E. Kautzsch, *Die Apocryphen und Pseudoepigraphen des Alten Testaments* [1900] II, 1-31, y por R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudoepigrapha of the Old Testament in English* [1913] II, 83-122) presenta una leyenda sobre el origen de esta traducción; en ella se intenta demostrar la exactitud y autoridad de una determinada versión griega difundida en Alejandría hacia el año 100 a. C., cuando fue escrita la carta de Aristeas (cf. P. Kahle, *Die Cairo Geniza* [^{2}1959] 209ss). Con este fin se nos cuenta que, habiendo sido llamados de Jerusalén a Alejandría por el rey Tolomeo II Filadelfo setenta y dos peritos en la Sagrada Escritura, llevaron a cabo simultáneamente, en setenta y dos días, un trabajo de traducción que coincidía hasta en las palabras, de modo que este texto se consideró normativo a partir de aquel momento. A esta leyenda debe la traducción griega alejandrina del Antiguo Testamento el nombre de «(traducción de) los Setenta» (lat.: *Septuaginta),* que ya en la Iglesia cristiana antigua se solía citar como οἱ ὁ = «los Setenta» (cf. Orígenes, *infra,* pp. 334ss). Hablando en términos generales podemos decir que de la historia de la transmisión de los Setenta conocemos la parte que tuvo lugar en el ámbito de la Iglesia cristiana (cf. *infra,* XLV). Sin embargo, entre otros muchos sensacionales hallazgos de papiros verificados en el suelo de Egipto se encuentran dos documentos sobre la historia precristiana de los Setenta. En 1917, R. Harris adquirió en Egipto para la John Rylands Library de Manchester algunas piezas del material que servía para envolver las momias. Estas piezas eran hojas de papiro usadas, pegadas juntas hasta formar una masa. Resultó que entre ellas había algunas tiras de un rollo de papiro escrito que, por el tipo de escritura empleado, hay que datar a mediados del siglo II a. C.; el hallazgo incluye secciones fragmentarias de la traducción griega del Deuteronomio (Dt 23,24-24,3; 25,1-3; 26,12.17-19; 27,15; 28,31-33 y dos fragmentos mínimos todavía no incorporados a la lista). Naturalmente, desconocemos qué partes del Pentateuco podía contener el rollo completo. Estos fragmentos, que habían sido escritos secundariamente por su cara en blanco antes de ser empleados para envolver momias, se denominan ahora *P. Ryl. Gk. 458,* y han sido publicados por C. H. Roberts, *Two Biblical Papyri in the John Rylands Library* (Manchester 1936). Junto a ellos, y prácticamente de la misma época, figura el *Papiro Fouad 266,* perteneciente a la *Société Égyptienne de Papyrologie,* que contiene partes de la traducción griega de Dt 31,28-32,7 (publicado por W. D. Waddell: «Journal of Theological Studies» 45 [1944] 158-161). Estos fragmentos de papiro, escritos en una escritura clara y hermosa, son importantes no sólo como testigos únicos precristianos de los Setenta, separados de la traducción del Pentateuco sólo por cosa de un siglo, sino también porque presentan en general ya el mismo texto de la traducción griega que conocemos por la tradición cristiana de los Setenta [16].

[16] El *Pap. Fouad 266* merece mención porque en él, en medio del texto griego, aparece el nombre de Dios en caracteres hebreos, escrito además por una mano dife-

Cuando esta versión se convirtió para la Iglesia cristiana en la forma usual del Antiguo Testamento, de cuyo texto se extraían las referencias bíblicas, cayó en descrédito en la Sinagoga; por ello se llevaron a cabo nuevas versiones griegas del Antiguo Testamento para satisfacer las exigencias de las comunidades judías grecohablantes de la diáspora. La más importante de ellas fue la traducción de Aquila (BHK^3 A), un griego convertido al judaísmo que, a mediados del siglo II d. C., tradujo al griego el Antiguo Testamento en una versión muy literal; tan literal que no se arredró ante las más grotescas desfiguraciones de la lengua griega con tal de salvar la literalidad estricta, llevando a cabo, más que una traducción, una transposición del hebreo a palabras griegas. Pero, precisamente por su literalidad, su traducción mereció una profunda estima en el judaísmo. También en este caso, la *geniza* de El Cairo Viejo nos ha proporcionado fragmentos del siglo VI después de Cristo que contienen la versión de Aquila (cf. F. C. Burkitt, *Fragments of the Books of Kings according to the Translation of Aquila* [1897], y C. Taylor, *Hebrew-Greek Cairo Genizah Palimpsests from the Taylor-Schechter Collection* [1901]). Además, Orígenes utilizó posteriormente a Aquila para su trabajo crítico del texto de los Setenta; por ello poseemos fragmentos de la versión de Aquila dentro de los restos conservados de este trabajo (cf. *infra,* pp. 334ss).

También pertenece a mediados del siglo II d. C. la revisión de los Setenta que llevó a cabo Teodoción (BHK^3: Θ); según la tradición antigua cristiana, Teodoción fue también un griego convertido al judaísmo. Sin embargo, su revisión de los Setenta fue también muy estimada en la Iglesia primitiva, y el libro de Daniel aparece en la mayoría de los manuscritos cristianos de los Setenta según la versión de Teodoción; otros fragmentos de esta traducción nos han sido conservados únicamente en conexión con el trabajo textual de Orígenes.

La menos conocida de todas estas versiones, lo mismo que la persona de su traductor, es la traducción de Símmaco (BHK^3: Σ), que tradujo en los comienzos del siglo III d. C. el Antiguo Testamento en un griego excelente; según la tradición cristiana antigua, también Símmaco fue un converso. Orígenes utilizó igualmente su traducción, y por eso conservamos algunos restos de ella [17]. Con la desaparición de la diáspora helenística judía del mundo antiguo, estas traducciones griegas del Antiguo Testamento, hechas expresamente para judíos, perdieron la razón de su existencia. Por ello han desaparecido casi por completo.

rente de la del escriba del texto griego, que, al parecer, no era capaz de escribir el tetragrama hebreo, dejando por ello en blanco el espacio correspondiente (en el *Pap. Ryl. Gk. 458* no aparece el nombre de Dios).

[17] También los samaritanos tuvieron una versión griega de su Pentateuco. Orígenes la cita repetidas veces como Σαμαρειτικόν; algunos fragmentos de un manuscrito de la misma, perteneciente al siglo IV d. C., fueron hallados en Egipto (cf. P. Glaue y A. Rahlfs, *Fragmente einer griechischen Übersetzung des samaritanischen Pentateuchs* [Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens 2 ⟨1911⟩]).

3. *Posible versión al siríaco*

Según Josefo (*Ant.* XX, 2, 1ss [§ 17ss, ed. Niese]), en la primera mitad del siglo I d. C. se convirtió al judaísmo la dinastía principesca del pequeño Estado de Adiabene, perteneciente al Imperio de los Partos, que estaba situado al este del Tigris medio; estos príncipes mantuvieron estrechas relaciones con Jerusalén. En su territorio se hablaba un dialecto arameo oriental, y es posible que estos príncipes mandaran traducir por entonces al menos la Torá a su dialecto arameo oriental, para sí y para sus súbditos, mientras que los targumes se venían redactando en arameo occidental. El hecho de que la traducción del Antiguo Testamento al arameo oriental siríaco (cf. *infra,* pp. 340ss), realizada más tarde para la Iglesia siria, manifieste relaciones inequívocas con un estadio preliminar del targum palestinense del Pentateuco (cf. A. Baumstark: BZ 19 [1931] 257ss; A. Vööbus, *Peschitta und Targumim des Pentateuch. Neues Licht zur Frage der Herkunft der Peschitta aus dem altpalästinischen Targum* [1958]) hace suponer que había existido antes una traducción judía, al menos parcial, del Antiguo Testamento al arameo oriental o siríaco.

Capítulo II

LA TRANSMISION DEL TEXTO EN LA IGLESIA CRISTIANA

XLV. El texto del Antiguo Testamento en la Iglesia oriental. Los Setenta

Tras el decaimiento y la rápida desaparición de los elementos judeocristianos en la Iglesia primitiva, la lengua de la Iglesia fue el griego. En el decurso posterior de la historia, el griego fue la lengua de la Iglesia en la parte oriental del mundo mediterráneo y sigue siendo hoy, para una buena parte del mismo, la lengua de su Biblia y de su liturgia. Por tanto, esta Iglesia leyó el Antiguo Testamento en esa lengua, colocando a su lado el Nuevo Testamento en su forma original griega. Sin embargo, la Iglesia oriental no hizo ninguna traducción propia del Antiguo Testamento a su lengua, sino que adoptó la única versión alejandrina o de los Setenta (cf. *supra,* pp. 324ss), que había sido creada para la comunidad judía de la diáspora de lengua griega. Tampoco la reemplazó posteriormente por otra traducción propia que hubiera podido adquirir reconocimiento general. Por ello, la historia del texto del Antiguo Testamento en la Iglesia oriental es simplemente la historia de los Setenta (BHK^3: 𝔊); y al revés: la historia de los Setenta, tal como la conocemos, se reduce casi exclusivamente a su historia dentro de la Iglesia oriental (con contadas excepciones; cf. *supra,* p. 325).

La importancia que por ello adquirió los Setenta —directa para la Iglesia oriental e indirecta para las restantes Iglesias de la Antigüedad y de la Edad Media (cf. *infra,* XLVI y XLVIII)— explica el hecho de que fuera frecuentemente copiada junto con el Nuevo Testamento y que se hayan conservado hasta hoy muchos manuscritos (sobre esta «Biblia griega», que abarca ambos Testamentos, sobre su historia y utilización continua, cf. Fr. G. Kenyon, *The Text of the Greek Bible* [^{2}1948]). Ya R. Holmes y J. Parsons, para su obra *Vetus Testamentum Graecum variis lectionibus* (1798-1827), que recoge las variantes del texto de los Setenta (BHK^3: 𝔊$^{(\text{Holmes-})\text{Parsons}}$), compararon 311 manuscritos, que allí simplemente se enumeran. En el gran catálogo de manuscritos de A. Rahlfs, *Verzeichnis der griechischen Handschriften des Alten Testaments* (Nachr. v. d. Kgl. Ges. d. Wiss. zu Göttingen. Phil.-hist. Kl. [1914]), aparecen

alrededor de 2.000 números, si bien se incluyen en ellos fragmentos pequeños y manuscritos de libros aislados. Los manuscritos más antiguos son de hojas de papiro, y los más ricos son grandes códices de pergamino; el papel apareció sólo en la Edad Media. Los manuscritos se distinguen también según el tipo de escritura: los escritos con letras mayúsculas se denominan «mayúsculos» o «unciales», y estuvieron en uso hasta la Edad Media; la escritura cursiva aparece en el siglo IX d. C., dando origen a los «minúsculos». Sobre todos estos aspectos de los manuscritos, cf. Knopf-Lietzmann-Weinel, *Einführung in das Neue Testament* (^{5}1949) 26ss.

1. *Manuscritos de los Setenta*

Hasta hace poco tiempo, los más antiguos manuscritos cristianos de los Setenta eran fragmentos de papiro del siglo III d. C. [18]. Ahora poseemos *manuscritos de papiro* más amplios y más extensos, algunos de los cuales datan del siglo II. Hace algunos decenios aparecieron en manos de los anticuarios de El Cairo papiros que provienen probablemente de las ruinas de una iglesia o monasterio cristiano del *fayyūm,* al sudoeste de El Cairo. Parte de ellos fueron adquiridos por el inglés Chester Beatty, mientras otros llegaron a América. La totalidad del hallazgo se suele designar con el nombre de su principal poseedor, *Papiros Chester Beatty* (BHK^{3}: $\mathfrak{G}^{\text{Beatty}}$). Se trata de un conjunto de 12 manuscritos más o menos íntegros, pertenecientes en parte al siglo II y en parte al III y IV d. C. Incluyen gran parte del Nuevo Testamento; del Antiguo aparecen partes más o menos extensas de Gn, Nm, Dt, Is, Jr, Ez, Est, Dn, Eclo. Estos textos fueron publicados por F. G. Kenyon, *The Chester Beatty Biblical Papyri* I-VII (1933-1937). Una parte de los manuscritos llevados a América fue publicada por A. C. Johnson, H. S. Gehman y E. H. Kase, *The John H. Scheide Biblical Papyri: Ezekiel* (Princeton University Studies in Papyrology 3 [1938]).

Con el siglo IV comienza la época de los grandes *manuscritos en pergamino,* de los cuales los más antiguos y conocidos son el *Codex Vaticanus,* el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Alexandrinus;* los dos primeros son del siglo IV. El *Codex Vaticanus* (designado como *Cod. Vat. Gr. 1209,* o en BHK^{3} con $\mathfrak{G}^{B}$, o simplemente mediante la letra B) contiene, excepto algunas lagunas, el texto completo de la Biblia griega; en el Antiguo Testamento faltan las secciones Gn 1,1-46,28 y Sal 105,27-137,6; estas secciones se añadieron al manuscrito en el Vaticano en el siglo XV. El libro de Daniel aparece en la versión de Teodoción (cf. *supra,* p. 326). La descripción del manuscrito se encuentra en A. Rahlfs, *Verzeichnis der griechischen Handschriften des Alten Testaments,* 258ss; una edición en facsímil de todo el manuscrito en fototipia, en *Codices e Vaticanis selecti phototypice expressi IV (Bibliorum SS. Graecorum Codex Vaticanus gr. 1209)* (1904-1907). La procedencia del códice (¿Egipto?) no es segura.

[18] Cf. Bl. J. Roberts, *op. cit.,* 146s.

El *Codex Sinaiticus* fue descubierto en dos veces por Tischendorf en el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí; una parte en mayo de 1844 y el resto en 1859. Se le designa en BHK³ con $\mathfrak{G}^{\aleph}$; en la edición de los Setenta de Swete (cf. *infra,* p. 339), con ℵ; en Rahlfs y en la edición de los Setenta de Brooke-McLean *(infra,* p. 339), con S. Las 43 hojas descubiertas en 1844 se depositaron en la Biblioteca de la Universidad de Leipzig (se las cita como *Cod. Friderico-Augustanus* y están clasificadas como *Cod. Gr. 1);* el resto llegó más tarde a la Biblioteca Pública Imperial de San Petersburgo, de donde pasó por venta a Londres en 1933; clasificación: *Brit. Mus. Add. 43725.* Este códice, que ya originariamente no estaba completamente íntegro, presenta sólo algunas partes del Antiguo Testamento (el Nuevo está completo); del Pentateuco solamente Gn 23,19-24,46 y Nm 5,26-7,20 (ambos pasajes con lagunas); además, 1 Cr 9, 27-19,17; Esd-Neh, a partir de Esd 9,9; Est, Tob, Jdt (con lagunas), 1 y 4 Mac, Is, Jr, Lam 1,1-2,20, Jon-Mal, Sal, Prov, Ecl, Cant, Sab, Eclo, Job. Descripción en Rahlfs, *op. cit.,* 96, 226ss; ed. en facsímil: H. y K. Lake, *Codex Sinaiticus ... Now Reproduced in Facsimile from Photographs* (1922). $\mathfrak{G}^{\aleph}$ fue corregido posteriormente por varias manos, que se designan con *c(orrector)* a, b, c (BHK³: $\mathfrak{G}^{\aleph c.a.}$, etc.). Fue escrito probablemente en Egipto o en Cesarea de Palestina.

El *Codex Alexandrinus* (BHK³: $\mathfrak{G}^{A}$, o corrientemente ahora citado mediante la letra A) se encuentra en el Museo Británico de Londres (clasificado: *Royal MS 1 D V-VIII).* Data de mediados del siglo v y proviene probablemente de Egipto. Su nombre se debe a que en la Edad Media perteneció a la Biblioteca del Patriarcado de Alejandría. Contiene toda la Biblia casi íntegramente; en el Antiguo Testamento faltan como secciones importantes únicamente 1 Sm 12,17-14,9 y Sal 49,20-79, 11 (según la numeración de los Setenta); el libro de Daniel es la versión de Teodoción. Descripción del manuscrito en Rahlfs, *op. cit.,* 114ss; edición en facsímil: *The Codex Alexandrinus (Royal MS 1 D V-VIII) in Reduced Photographic Facsimile* I-III (1909-1936).

De los restantes manuscritos de los Setenta describimos brevemente, en orden cronológico, los citados regularmente en el aparato crítico de BHK³. Sobre los demás, cf. Rahlfs, *op. cit.*

Se discute si las partes de un libro de papiro de Egipto, designado en BHK³ con $\mathfrak{G}^{\text{Pap Lond}}$, y en Swete y Rahlfs con U, pertenecen al siglo IV o más tarde (cf. Rahlfs, *op. cit.,* 111s). Contiene Sal 10,2-18,6; 20,14-34,6 (según la numeración de los Setenta), y se guarda en el Museo Británico de Londres (clasif.: *Pap. 37).*

Del siglo IV o V es el *Codex Colberto-Sarravianus* (BHK³: $\mathfrak{G}^{G}$ o también, sencilla y generalmente, G). Una parte se encuentra ahora en Leiden (Biblioteca de la Universidad; clasif. como *Voss. graec. in qu. 8)* y la otra en París (clasif.: *Bibl. Nat. Grec. 17),* más una hoja en la Biblioteca Pública de Leningrado *(Cod. Gr. 3).* Contiene Gn 31-Jue 21 con varias lagunas (cf. Rahlfs, *op. cit.,* 94s, 195, 221).

El *Codex Ambrosianus* (designado en BHK³: $\mathfrak{G}^{F}$ o sencillamente F) se conserva en Milán en la Biblioteca Ambrosiana (clasif.: *A 147 inf.);*

data del siglo v y contiene Gn 31-Jos 12 con varias lagunas (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 125).

También del siglo v es el primer [19] *Codex Freer* (BHK³: 𝔊$^{\Theta}$, Brooke-McLean: Θ; Rahlfs: W). Clasificado como *Washington Smithsonian Institution Freer Gallery* I. Presenta Dt y Jos con lagunas (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 312).

El *Codex Ephraemi rescriptus* (BHK³: 𝔊^{C} o generalmente C) es un manuscrito palimpsesto conservado actualmente en París *(Bibl. Nat. Grec. 9)*. Un palimpsesto es un códice reutilizado después de haber raído el texto escrito por vez primera 𝔊^{C}, que contiene también el Nuevo Testamento (cf. Knopf-Lietzmann-Weinel, *op. cit.*, 36s), fue empleado en la Edad Media para escribir la traducción griega de las obras del teólogo sirio Efrén (sobre él, cf. RGG³ 2 [1958] col. 522); de ahí su nombre. En su origen fue un manuscrito bíblico griego del siglo v, cuyo texto, aunque borroso, ha podido ser descifrado. Del Antiguo Testamento conserva algunas partes de Job, Prov, Ecl, Cant, Sab, Eclo (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 193ss).

No se le debe confundir con el manuscrito del Nuevo Testamento designado con D, el *Codex Cottonianus Geneseos* (BHK³: 𝔊^{D}), también identificado igualmente con D, que contiene en fragmentos el texto de los Setenta y pertenece al siglo v o vi. La mayoría de los fragmentos de este manuscrito, dañado por el fuego en 1731, se conservan en el Museo Británico de Londres (clasif.: *Cott. Otho B. VI)*, algunos también en el *Baptist College de Bristol* (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 36s, 107s).

El *Codex Marchalianus* (BHK³: 𝔊^{Q} o, generalmente, Q), conservado en la Biblioteca Vaticana (clasif.: *Vat. gr. 2125)*, contiene todos los escritos de los Profetas y data del siglo vi (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 273).

El *Codex Coislinianus* (BHK³: 𝔊^{M} o, generalmente, M) es un manuscrito del siglo vii, guardado ahora en París *(Bibl. Nat. Coisl. 1)*, que presenta (con extensas lagunas) Gn 1-1 y Re 8 (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 183s).

Tischendorf trajo a Europa en 1844 y 1859 un manuscrito del monasterio de San Sabas *(mār sābā)*, al sudoeste de Jerusalén. Se le designa en BHK³ con 𝔊^{K} y, generalmente, K; su texto bíblico data del siglo vii u viii y fue de nuevo escrito con textos árabes en 885-886. Fue propiedad de Tischendorf; una parte pasó luego a la Biblioteca de la Universidad de Leipzig *(Cod. Lipsiensis;* clasif.: *Gr 2 [Tischendorf* II]) y la otra llegó a la entonces Biblioteca Pública Imperial de San Petersburgo *(Gr. 26)*. Contiene, con grandes lagunas, Nm-Jue (cf. Rahlfs, *op. cit.*, 96ss y 222).

Existe un manuscrito de los Setenta del siglo viii que se encuentra parte en el Vaticano *(Vat. gr. 2106 [Basil 145])* y parte en Venecia *(Biblioteca Naz. Marciana Gr. 1)*, y contiene todo el Antiguo Testamento (con grandes lagunas y sin el Salterio). Rahlfs, *op. cit.*, 270ss, 306, lo cita en su conjunto con V, mientras que anteriormente se designaban por

[19] En Washington se conserva otro *Codex Freer*, más reciente, con partes del Salterio (cf. Bl. J. Roberts, *op. cit.*, 158).

separado ambas partes como *Codex Basiliano-Vaticanus* (N, BHK³: 𝔊ᴺ) y *Codex Venetus* (V, BHK³: 𝔊ⱽ).

El manuscrito palimpsesto *Codex rescriptus Crytoferratensis,* designado en BHK³ con 𝔊ᵀ (Swete: Γ, Rahlfs, *op. cit.,* 393), fue reutilizado en el siglo XIII. La primera escritura, descrifada parcialmente, presenta el texto de los Setenta de los Profetas, que es del siglo VIII. Se encuentra ahora en Grottaferrata, en los montes Albanos (clasif.: *A γ XV).* Cuatro hojas que pertenecen al mismo manuscrito se encuentran en el Vaticano *(Vat. gr. 1658).* Cf. Rahlfs, *op. cit.,* 75, 264.

Pertenece ya al siglo IX o X el llamado *Codex Bodleianus Geneseos* (BHK³: 𝔊ᴱ; Swete y Brooke-McLean: E; Rahlfs, *op. cit.,* 509). Lo trajo Tischendorf en 1853 y 1859, al parecer del Sinaí. Como su nombre indica, se encuentra en Oxford, *Bodleian Library* (clasif.: *Auct. T. inf. 2.1.).* Al mismo manuscrito pertenecen, además, una hoja conservada en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge *(Add. 1879.7),* 16 hojas en el Museo Británico de Londres *(Add. 20002)* y 146 hojas en la Biblioteca Pública de Leningrado *(Gr. 62).* No se trata, pues, únicamente de un manuscrito del Génesis, sino de un códice cuyas partes conservadas comprenden Gn 1,1 y 1 Re 16,28, con varias lagunas (cf. Rahlfs, *op. cit.,* 41, 105, 166s y 233).

Otros manuscritos de los Setenta se citan en el aparato de BHK³ con letras exponenciales, que proceden del sistema de numeración de la edición de Brooke-McLean, o con números, también exponenciales, tomados de la numeración de los manuscritos en Holmes-Parsons [20]. Al primer grupo pertenece el *Codex Atheniensis* (Brooke-McLean: W; Rahlfs, *op. cit.,* 314), designado con 𝔊ᵂ, manuscrito del siglo XIII, conservado en Atenas *(Nat.-Bibl. 44),* que contiene los libros históricos, Est, Jdt, Tob (cf. Rahlfs, *op. cit.,* 6).

2. *Recensiones de los Setenta*

A la investigación sobre los Setenta incumbe el trabajo de ordenar por familias y grupos los numerosos manuscritos existentes, ya se les considere como parte de la Biblia de la Iglesia oriental, ya como testigos del texto del Antiguo Testamento. Cuando la Iglesia cristiana adoptó la traducción alejandrina, ésta consistía ya, al parecer, en una transmisión textual con numerosas variantes, debidas en parte a errores casuales de la transcripción o a cambios conscientes motivados por razones estilísticas o dogmáticas. Así nos lo demuestran las citas del Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo, las cuales difieren con frecuencia del texto transmitido de los Setenta. Esta divergencia en múltiples variantes aumentó, en vez de disminuir, en los primeros siglos cristianos. Con el fin de terminar con la confusión textual resultante, en el siglo III y a comienzos del IV se

[20] Una sinopsis de los diversos sistemas de designación se encuentra en Rahlfs, *op. cit.,* 335ss.

llevaron a cabo diversos intentos de revisión y fijación definitiva del texto de los Setenta. Para ello se hicieron varias *recensiones textuales* normativas. Según el testimonio de san Jerónimo (*Praefatio in librum Paralipomena* [Migne, *Patrologia Latina* 28, col. 1392s]), en su tiempo la versión de los Setenta se leía en Egipto según la recensión de Hesiquio, y en el territorio entre Constantinopla y Antioquía según la del mártir Luciano, mientras que en Palestina se utilizaba el texto en la forma elaborada por Orígenes y extendida por Pánfilo y Eusebio (Goettsberger recoge la afirmación de san Jerónimo en *Einleitung,* 444, nota 1).

El *trabajo crítico de Orígenes* fue una gran obra de erudición. Su finalidad no era simplemente hacer la recensión del texto de los Setenta desde su propia transmisión, sino compararla además con el texto hebreo original para ponerla en conformidad con éste. De este modo pensaba refutar la acusación del judaísmo en sus disputas con la Iglesia de que ésta se basaba en una traducción inexacta y corrompida del Antiguo Testamento. Para ello emprendió Orígenes, a mediados del siglo III, en Cesarea de Palestina, la extensa obra de las *Tétraplas* y de las *Héxaplas* (τὰ τετραπλᾶ y τὰ ἑξαπλᾶ = «la obra cuádruple o séxtuple»). En la primera de estas obras colocó en columnas paralelas, para facilitar la comparación, junto al texto de los Setenta, las traducciones griegas posteriores de Aquila, Teodoción y Símmaco (cf. *supra,* página 326). En la última introdujo el texto hebreo del Antiguo Testamento en dos formas, copiando de este modo seis columnas paralelas: 1) el texto hebreo original en sus caracteres hebreos, 2) una transcripción del texto hebreo en caracteres griegos [21], 3) el texto de Aquila, 4) el texto de Símmaco, 5) el texto de los Setenta y 6) el texto de Teodoción [22]. Hay que notar además que en algunas ocasiones adujo otros testimonios textuales [23]. Mediante esta comparación, Orígenes revisó el texto de los Setenta sirviéndose de los signos de Aristarco, que eran usuales en los estudios filológicos alejandrinos (estos signos fueron introducidos por Aristarco a fines del siglo III a. C.). Orígenes señaló las adiciones de los Setenta frente al texto hebreo prefijando un obelo (—, ÷, etc.; BHK: ob); colmó las lagunas de los Setenta frente al texto original tomando, por lo general, del texto de Teodoción e indicó estas adiciones mediante un asterisco (※ o signos

[21] Sobre la aparición de estos textos en transcripción, cf. *supra,* p. 326. Orígenes siguió seguramente en esta columna una de esas transcripciones.

[22] Generalmente se piensa que las Tétraplas son un extracto posterior (corregido) de las Héxaplas; lo cual querría decir que Orígenes empleó sólo las columnas más importantes para su propósito. Sin embargo, O. Procksch, *Tetraplarische Studien:* ZAW NF 12 (1935) 240-269; 13 (1936) 61-90, aduce buenas razones para probar que las Tétraplas, que presentan únicamente la comparación con las versiones griegas, son un estadio anterior y menos desarrollado del trabajo de Orígenes, mientras que las Héxaplas, que aportan además el texto hebreo, reflejan un estadio posterior y más completo de la obra origeniana. Es difícil decidirse por una de las dos opiniones.

[23] Así, en las notas hexaplares se mencionan de diversos modos una «quinta» (BHK³: E') y una «sexta» versión griega del Antiguo Testamento, así como también el Σαμαρειτικόν (cf. *supra,* p. 326, nota 17); sobre su origen sabemos en concreto muy poco.

similares; BHK: ast); al final de una sección señalada con un obelo o asterisco colocaba un metobelo (⨪ o signos semejantes). Además, cuando era necesario, invertía el orden de las palabras de los Setenta para ponerlo en consonancia con el original y colocaba las variantes del texto original con un asterisco junto a la lectura tradicional de los Setenta (provista ya de un obelo) o, también, corregía sin más el texto transmitido de los Setenta poniéndolo en concordancia con el texto original. Como consecuencia, de su trabajo salió una nueva recensión de los Setenta que se suele llamar hexaplar (BHK: $\mathfrak{G}^{h}$, Orig o Hex).

Evidentemente, esta gigantesca obra de erudición, que contenía una cantidad inmensa de material crítico-textual, no se copió muchas veces por entero, si es que se copió alguna; por ello, desgraciadamente, no se ha conservado. Sólo poseemos pequeños fragmentos. Así, G. Mercati descubrió en Milán, bajo una escritura posterior, algunos fragmentos de las Héxaplas en un códice minúsculo palimpsesto de pergamino (clasif.: *Bibl. Ambr. O. 39;* cf. Rahlfs, *Verzeichnis,* 130s) del siglo X, comunicando el descubrimiento en *Atti d. R. Accademia delle Scienze di Torino* 31 (1895-1896) 655-676. Un espécimen de estos llamados *Fragmentos Mercati* fue publicado por A. Ceriani en *R. Istituto Lombardo di Scienze e Lettere, Rendiconti* II, 29 (1896) 406-408. E. Klostermann reprodujo esta muestra, que contiene el Sal 46 (según la numeración de los Setenta, Sal 45), vv. 1-4, en ZAW 16 (1896) 336s; especímenes reducidos aparecen también en Steuernagel, *Einleitung,* 52s, y Goettsberger, *Einleitung,* 438. La parte I de la publicación definitiva de los Fragmentos Mercati ha aparecido en *Psalterii Hexapli Reliquiae cura et studio Johannis Cardinal Mercati editae in Bybliotheca Vaticana* I (1958)[24]. Los Fragmentos Mercati contienen parte de Sal 17; 27-31; 34; 35; 45; 48; 88 (según la numeración de los Setenta), y como testimonio único de la transmisión manuscrita de las Héxaplas, son importantes; ofrecen las cinco últimas columnas, quedando, pues, fuera el texto consonántico hebreo[25].

Además, la columna de los Setenta que presentaban las Héxaplas se extendió por separado en el uso eclesiástico desde Cesarea de Palestina, por obra de Pánfilo y Eusebio, a partir de los comienzos del siglo IV; en consecuencia, parte de ella ha llegado hasta nosotros. Así, el códice $\mathfrak{G}^{G}$ (cf. *supra,* p. 331) contiene el texto hexaplar con los signos de Aristarco, y los códices $\mathfrak{G}^{M}$ y $\mathfrak{G}^{O}$ *(supra,* pp. 331s) ofrecen, al menos en notas marginales *(marginalia;* citadas con M^{mg} y similares), muchas lecturas hexaplares. A éstos hay que añadir varios códices minúsculos con el texto hexaplar o lecturas marginales de las Héxaplas (cf. Procksch, *op. cit.,* 240).

Además de esto, el obispo sirio Pablo de Tella tradujo al siríaco en 616-617 el texto hexaplar de los Setenta, conservando los signos aristárquicos; este texto sirohexaplar (BHK: $\mathfrak{S}^{h}$) se encuentra especialmente

[24] Dentro de la colección *Codices ex Ecclesiasticis Italiae Bybliothecis delecti phototypice expressi iussu Pii XII Pont. Max. consilio et studio Procuratorum Bybliothecae Vaticanae* (vol. VIII).

[25] Sobre el texto hebreo en transcripción griega conservado en los fragmentos (BHK³: $\mathfrak{H}^{o}$), cf. A. Pretzl: BZ 20 (1932) 4-22.

en un manuscrito milanés del siglo IX *(Abr. C. 313),* que contiene la segunda parte del Antiguo Testamento (reproducido fotolitográficamente por A. M. Ceriani, en *Monumenta sacra et profana* VII [1874]), y de forma muy fragmentaria en una serie de manuscritos de libros individuales (presentados por A. Baumstark, *Geschichte der syrischen Literatur* [1922] 186, nota 12). El material hexaplar conocido hasta el momento fue recogido por F. Field, *Origenis Hexaplorum quae supersunt* (1875)[26].

De las restantes recensiones de los Setenta mencionadas por san Jerónimo (cf. *supra,* p. 334), la *recensio luciana* (BHK[1-2]: $\mathfrak{G}^{L}$; BHK[3]: $\mathfrak{G}^{Luc}$), atribuida a *Luciano de Antioquía,* que sufrió el martirio el año 312 (sobre él, cf. RE[3] 11 [1902] 654ss; RGG[3] 4 [1960] col. 463s), fue considerada normativa en la capital del Imperio de Oriente, Constantinopla; se difundió muy ampliamente en el uso eclesiástico y es la base de la forma textual que posteriormente se generalizó en la Iglesia oriental. P. de Lagarde quiso presentar el texto lucianeo en su edición *Librorum Veteris Testamenti canonicorum pars prior Graece* (1883; BHK[3]: $\mathfrak{G}^{L}$); sin embargo, se ha descubierto que no se basó exclusivamente en manuscritos lucianeos.

La recensión de los Setenta que san Jerónimo (cf. *supra,* página 334) atribuye a un tal *Hesiquio* no consta con claridad. Por una parte, no es seguro que este Hesiquio nombrado por Jerónimo sea idéntico al obispo egipcio Hesiquio que sufrió el martirio en 311 (sobre él, cf. RE[3] 6 [1910] 18; RGG[3] 3 [1959] col. 299). Se podría pensar que la recensión hesiquiana tuvo como base la tradición textual egipcia; sin embargo, hasta el momento ha resultado imposible relacionar esta recensión con un determinado grupo de manuscritos.

La extensión geográfica de una recensión textual puede determinarse especialmente mediante los textos de las *citas bíblicas de los Padres de la Iglesia.* Así, las citas bíblicas de las obras exegético-homiléticas del patriarca Cirilo de Alejandría, que vivió en la primera mitad del siglo V (cf. RE[3] 4 [1898] 377ss; RGG[3] 1 [1957] col. 1894s), citas que aparecen en BHK[3] como $\mathfrak{G}^{Cyr}$, atestiguan la forma textual usual en Egipto y están estrechamente relacionadas con $\mathfrak{G}^{B}$, mientras que las citas bíblicas de las obras exegéticas de su contemporáneo, el obispo Teodoreto de Ciro (cf. RE[3] 19 [1907] 609ss; RGG[2] 5 [1931] col. 1109s), dan fe del texto de Antioquía.

En el período bizantino surgió la costumbre de recoger las interpretaciones de los Padres de la Iglesia sobre los textos bíblicos particulares en las llamadas «cadenas» (cf. RE[3] 3 [1897] 754ss), en las cuales cada pasaje bíblico iba seguido de la correspondiente serie de interpretaciones autoritativas. Una larga cadena sobre los libros históricos de la Biblia fue publicada en 1772-73 por Nicéforo (la llamada *catena Nicephori,* citada en BHK[1-2] con $\mathfrak{G}^{N}$), tomando como base un manuscrito ateniense *(Nat.-*

[26] También la columna tetraplar de los Setenta se conserva fragmentariamente en manuscritos y en las lecciones marginales de los manuscritos. Pero la distinción entre textos tetraplares y hexaplares es muy confusa y todavía no está esclarecida con seguridad.

Bibl. 43; cf. Rahlfs, *Verzeichnis,* 6). Rahlfs (cf. *infra,* p. 340) ha creado una «recensión de cadenas» del texto de los Setenta a partir del texto bíblico de una serie de manuscritos de cadenas, recensión que se ha añadido a las más antiguas ya mencionadas.

La asignación de los manuscritos particulares a determinadas recensiones y grupos es extremadamente importante para la clasificación del material. Sin embargo, este trabajo se encuentra dificultado por el hecho de que los manuscritos siguen a veces diferentes recensiones en los distintos libros de la Biblia o las distintas recensiones están recíprocamente influidas. Por ello, es muy difícil encontrar ya una recensión particular en su forma pura y hay que contar en gran medida con textos híbridos en los manuscritos. Para llegar al *texto original de los Setenta,* que se oculta tras todas estas recensiones, son particularmente importantes aquellas partes del conjunto Chester Beatty (cf. *supra,* página 330) que se remontan más allá de las recensiones de los Setenta que conocemos. Naturalmente, estas partes no representan sin más el texto primigenio de los Setenta, sino un estadio relativamente primitivo de la historia de ese texto en su lugar de origen, Egipto. Después de los hallazgos recientes (cf. *supra,* página 325), tenemos motivos para esperar que el descubrimiento de nuevos papiros nos acerque aún más al texto original de los Setenta.

3. *Carácter de los LXX. Extensión y orden de sus libros*

Pese a cuanto llevamos dicho, el material existente nos permite reconstruir en términos generales un hipotético texto original y expresar algunas afirmaciones sobre el carácter y técnica de esta versión alejandrina. En primer lugar se ha descubierto que la traducción de los distintos libros bíblicos, e incluso de partes de un mismo libro, es tan diferente que postula la existencia de varios traductores (cf. J. Herrmann y F. Baumgärtel, *Beitrage zur Entstehungsgeschichte der Septuaginta* [BWAT NF 5 ⟨1923⟩]). Debemos tener en cuenta además que los Setenta no son sencillamente una traducción a la lengua griega, sino también una transposición del contenido de la revelación del Antiguo Testamento al espíritu y al universo cultural del judaísmo helenístico. Por otra parte, la tesis de Fr. Wutz *(Die Transkriptionen von der Septuaginta bis Hieronymus* [BWAT NF 9 ⟨1925-1933⟩]), según la cual la traducción al griego no habría sido hecha partiendo del texto hebreo consonántico, sino de un texto transcrito en caracteres griegos (cf. *supra,* p. 324), con lo cual se explicarían las diferencias entre los LXX y el TM generalmente por la ambigüedad o la errónea comprensión de este texto transpuesto, no ha podido probarse como verdadera; tampoco queda consagrada esta tesis por el esfuerzo con que Fr. Wutz, en su extenso estudio *Systematische Wege von der Septuaginta zum hebräischen Urtext* I (1937), apoyado en los resultados de su anterior obra, que trata de «reconstruir» el texto hebreo original partiendo de los Setenta.

Los LXX difieren sustancialmente del TM en la *extensión y en la or-*

denación de los libros. Los LXX aceptan traducciones griegas de escritos compuestos originalmente en hebreo-arameo que no fueron incluidos en el canon de la Sinagoga y, además, contiene libros compuestos originalmente en griego en el ámbito del judaísmo helenístico. En el orden se desvía también esencialmente del TM al disponer los libros en esta sucesión: históricos, poéticos, proféticos. Dentro de esta disposición, la tercera parte del Antiguo Testamento, los Ketubim o Escritos, aparece dividida, y los libros particulares de esta parte, junto con los nuevos libros incorporados, han sido colocados en sus lugares oportunos (más detalles, también sobre las oscilaciones de extensión y orden en la historia de la transmisión textual de los Setenta, pueden verse en H. B. Swete, *An Introduction to the Old Testament in Greek* [1900] 197ss). Así, en la parte de los «Libros Históricos», después de Jue se inserta el libro de Rut, y a los cuatro «libros de los Reyes» [27] siguen los dos de las Crónicas [28]; luego viene el *apócrifo* [29] primero de Esdras y tras él el segundo de Esdras (= Esd + Nehdel TM) y Ester. Concluyen esta parte los libros de Judit, Tobías [30] y los cuatro de los Macabeos [31], que faltan en el TM. La serie de «libros poéticos» está encabezada por el Salterio [32], al que siguen por lo general Prov, Ecl, Cant, Job, Sab y Eclo [33] (estos dos últimos no figuran en el TM). En la parte de los «libros proféticos» aparecen en los Setenta en primer lugar los «Profetas Menores» (encabezados por los libros más extensos de Os, Am, Miq), siguiendo luego los «Profetas Mayores»; Is, Jr, Ez con el libro de Daniel. Al libro de Jeremías se le añaden no sólo las «Lamentaciones», sino también los libros *apócrifos* de «Baruc» y la «Carta de Jeremías». A Daniel se le añaden los escritos *apócrifos* «Susana» y «Bel y el Dragón».

En los manuscritos de los Setenta, que carecen de división en versículos, se encuentran ciertas *divisiones* —muy diferentes de un manuscrito a otro— en secciones de contenido uniforme y en perícopas para la lectura. En los manuscritos antiguos, que por lo regular presentan un texto continuo, aparecen indicadas en los márgenes estas secciones con signos u

[27] Los Setenta, que dividen Sm y Re en dos libros cada uno, titulan también a Sm como «libro de los Reyes»; por tanto, allí se cuentan cuatro «libros de los Reyes». Dado que esta enumeración fue adoptada por la Vulgata (cf. *infra,* páginas 347ss), a menudo los autores católicos la emplean, correspondiendo en este caso «1 y 2 Re» a 1 y 2 Sm, y «3 y 4 Re» a 1 y 2 Re.

[28] Las Crónicas, divididas en los Setenta también en dos libros, se denominan en esta versión (y en la Vulgata) *Paralipomena;* por ello se las cita a veces como «1 y 2 Par».

[29] Sobre el concepto de «apócrifo», cf. *infra,* p. 349.

[30] Est, Jdt y Tob aparecen también a menudo en la transmisión de los Setenta al final de la serie de los «libros poéticos».

[31] 1-4 Mac aparecen en ocasiones también completamente al final de los Setenta.

[32] En el *Codex Alexandrinus* y otros manuscritos, después del Salterio siguen las «Odas», una colección de composiciones poéticas de ambos Testamentos.

[33] Han sido descubiertas extensas partes del original hebreo del escrito sapiencial de Jesús Sirac, libro que no fue incluido en el TM; los LXX, naturalmente, ofrecen la versión griega de su fuente (cf. R. Smend, *Die Weisheit des Jesus Sirach hebräisch und deutsch* [1906]). En manuscritos posteriores siguen a veces después de Eclo los Salmos de Salomón.

otras anotaciones, si bien algunos de ellos fueron añadidos por manos posteriores; en $\mathfrak{G}^{A}$ el comienzo de las secciones está ya señalado mediante iniciales especiales. Algunos manuscritos antiguos presentan también los pasajes poéticos dispuestos en esticos o versos; incluso algunas veces aparecen secciones particulares encabezadas por títulos que indican el contenido (más detalles en Swete, *op. cit.*, 342ss). La familiar división en capítulos y versículos fue tomada de la Vulgata (cf. *infra*, p. 349).

4. *Ediciones impresas de los Setenta*

Comenzamos mencionando las ediciones más antiguas. El texto de los Setenta fue impreso en las Políglotas de los siglos XVI y XVII (cf. *supra*, página 323); por ejemplo, en la más antigua de ellas, preparada en 1514-1517 por el cardenal Jiménez de Cisneros, la *Poliglota Complutense* (*Complutum* es el nombre latino de Alcalá de Henares). El texto de los Setenta que presenta (BHK: $\mathfrak{G}^{C(om)pl}$) se basa en minúsculos tardíos. Lo mismo vale de la edición de los Setenta impresa en la imprenta de Aldus en Venecia en 1518 llamada *Aldina* (BHK: $\mathfrak{G}^{Vn}$). Por el contrario, la *Editio Sixtina* de los Setenta (1586-87), patrocinada por el papa Sixto V, se basó en el antiguo *Codex Vaticanus* ($\mathfrak{G}^{B}$).

Actualmente han de tomarse en consideración las siguientes ediciones de los Setenta: H. B. Swete, *The Old Testament in Greek according to the Septuagint* (3 vols.; 1887-1894, con varias reediciones), reproduce el *Codex* $\mathfrak{G}^{B}$ y colma sus lagunas con $\mathfrak{G}^{A}$; el aparato crítico anota las variantes más significativas de los mayúsculos más importantes. La gran edición cantabrigense, A. E. Brooke y N. McLean, *The Old Testament in Greek*, de la cual han aparecido hasta el momento (1906-1935) los volúmenes I, 1-4; II, 1-4 (hasta 2 Esd inclusive)[34], está basada también principalmente en $\mathfrak{G}^{B}$, completado cuando es necesario con $\mathfrak{G}^{A}$, pero en su aparato crítico, muy extenso, presenta todas las variantes de los códices mayúsculos y de una gran cantidad de minúsculos, así como las variantes de las versiones derivadas de los Setenta (cf. *infra*, XLVI, XLVIII). Las ediciones de A. Rahlfs siguen un criterio diferente. Para el gran proyecto de los Setenta de la *Göttinger Akademie der Wissenschaften*, y por encargo de esta Institución, se dedicó durante decenios exclusivamente al trabajo sobre los Setenta. Tanto la gran edición *Septuaginta Vetus Testamentum Graecum Auctoritate Societatis Litterarum Gottingensis editum*, de la cual han aparecido hasta el momento los volúmenes IX, 1: *Maccabaeorum liber I*, por W. Kappler (1936); IX, 2: *Maccabaeorum liber II*, por W. Kappler y R. Hanhart (1960); X: *Psalmi cum Odis*, por A. Rahlfs (1931); XIII: *Doudecim prophetae*, por J. Ziegler (1943); XIV: *Isaias*, por J. Ziegler (1939); XV: *Ieremias. Baruch. Threni. Epistula Ieremiae*, por J. Ziegler (1957); XVI, 1: *Ezechiel*, por J. Ziegler (1957); XVI, 2: *Susanna. Daniel. Bel et Draco*, por J. Ziegler

[34] Se dice que la publicación de esta edición no continuará.

(1954), tanto, pues, esta gran edición como la edición manual completa, *Septuaginta edidit A. Rahlfs* (2 vols.; 1935), presentan no el texto de un determinado manuscrito, sino un texto crítico, es decir, un texto de los Setenta construido con los medios «más antiguos» que existen, lo más próximos posible al «texto original», pero que viene a coincidir en la práctica —como era de esperar— con el texto de los mejores y más antiguos manuscritos, especialmente con 𝔊B.

En el aparato crítico, A. Rahlfs no sólo ha reunido las variantes de una serie de manuscritos, sino que ha estudiado todas las variantes existentes y las ha ordenado, en la medida de lo posible, por grupos, que se señalan en el aparato con mayúsculas cursivas; los grupos más importantes son los formados por los manuscritos hexaplares, origenistas *(O)*, los lucianeos *(L)* y los manuscritos de la llamada (cf. *supra,* pp. 336s) «recensión de cadenas» *(C)*.

Indispensable para el estudio de los Setenta y para investigar la relación de este texto griego con el hebreo es la concordancia de los Setenta de E. Hatch y H. A. Redpath, *A Concordance of the Septuagint* (2 volúmenes, 1897; y Suplemento, 1906), que contiene todas las palabras de los Setenta y sus equivalentes hebreas.

XLVI. El texto del Antiguo Testamento en las Iglesias de Oriente

Alrededor de la Iglesia Oriental, ligada al Imperio Romano de Oriente, cuya lengua era el griego, se fueron formando varias Iglesias particulares que, con el tiempo, no sólo se separaron o fueron excluidas de la Iglesia del Imperio en cuanto heréticas, sino que, a diferencia de esta Iglesia, que se consideraba ecuménica, se constituyeron como Iglesias nacionales. Llegadas a este punto, con el fin de poder leer el texto de la Biblia en sus lenguas nacionales, se procuraron traducciones en estas lenguas o siguieron utilizando y cuidando las versiones ya existentes. Dado que estas Iglesias eran miembros separados de la Iglesia del Imperio, basaron, por lo general, sus traducciones en el texto griego de la Biblia reconocido en la Iglesia del Imperio, es decir, en los Setenta. Por tanto, desde el punto de vista de la historia del texto, nos hallamos generalmente ante traducciones derivadas de los Setenta; de ahí que en crítica textual interesen únicamente en cuanto testigos del texto de los Setenta utilizado en la Iglesia del Imperio. Por lo menos algunas de estas traducciones no se limitaban al canon de los Setenta definitivamente fijado ya en la Iglesia del Imperio, el cual era más amplio que el canon hebreo (cf. *supra,* página 338), sino que contenían además otros escritos, especialmente de género apocalíptico, que habían sido excluidos de su canon por la Iglesia del Imperio. Se trata principalmente de los llamados *pseudoepígrafos* («apócrifos» en la terminología católica) del Antiguo Testamento (traducidos por E. Kautzsch, *Die Apokryphen und Pseudoepigraphen des Alten*

Testaments II [1900]; R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudoepigrapha of the Old Testament in English* II [1913]), que por ello han sido conservados principalmente en lenguas orientales, aun cuando procedan del griego o tengan orígenes aún más antiguos.

1. *Versiones siríacas*

La más antigua e importante de estas versiones en lenguas orientales es la traducción siríaca que se ha llamado y se llama habitualmente Pešitto o Pešitta (en sirio, *pešīṭṭā* significa probablemente «la sencilla, usual o común [traducción]» [BHK:]). Sus orígenes son oscuros, y no existe aún una edición crítica de su texto [35] (cf. el detenido estudio sobre su historia y carácter de L. Haefeli, *Die Peschitta des Alten Testaments [Alttestamentliche Abhandlungen* XI, 1 ⟨1927⟩]).

Muy pronto, ya en el siglo II, el cristianismo había echado profundas raíces en la ciudad de Edesa, en el noroeste de Mesopotamia (hoy Urfa) (cf. Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums* [⁴1924] 678ss; E. Kirsten, *Edessa* [RAC 4 ⟨1958⟩ col. 552-597]). Hacia el 200 después de Cristo, la dinastía de los príncipes de Edesa se convirtió al cristianismo (poco después fue eliminada por los romanos); de este modo nació la primera «Iglesia nacional» en pequeña escala. El cristianismo siguió extendiéndose desde Edesa, y el dialecto arameo oriental de esta ciudad se convirtió en la base de la lengua eclesiástica siria. Probablemente fue también en Edesa, y quizá ya en el siglo II, donde nació la Pešitta; es el resultado del trabajo de varios traductores, y probablemente fue preparada progresivamente a lo largo de cierto tiempo. La Pešitta tiene inequívocas conexiones con la transmisión textual de los Setenta (cf., por ejemplo, J. Hänel, *Die aussermasorethischen Übereinstimmungen zwischen der Septuaginta und der Peschitta in der Genesis* [BZAW 20 ⟨1911⟩]), lo cual no es de extrañar tratándose de una versión de origen cristiano. Por otra parte, y esto es lo que constituye su personalidad y su especial valor para la crítica textual, está en clara conexión con el texto hebreo, especialmente con su tradición palestinense; este hecho podría explicarse teniendo en cuenta que podría estar enlazada con una traducción judía de, al menos, algunas partes del Antiguo Testamento a un dialecto arameo oriental (cf. *supra,* p. 327). El cisma doctrinal de la Iglesia siria con la Iglesia del Imperio, hacia mediados del siglo V, con la consiguiente división dogmática entre cristianos sirios jacobitas (al oeste) y nestorianos (al este), separó en dos ramas la transmisión del texto de la Pešitta; especialmente los nestorianos tuvieron, sobre todo durante el Imperio sasánida, una historia larga, importante y movida.

Entre los manuscritos de la Pešitta que conservamos [36], el más impor-

[35] Está actualmente en preparación una edición crítica del texto a cargo de la Comisión para la Pešitta, la *International Organization for the Study of the Old Testament.*

[36] Cf. *List of Old Testament Peshitta Manuscripts (preliminary Issue) edited by the Peshitta Institute Leiden University* (1961).

tante en razón de su antigüedad, de su extensión y de su estado de conservación es el siro-occidental *Codex Ambrosianus* (Milán, *Bibl. Ambr. B 21 inf.;* más detalles sobre él, en Haefeli, *op. cit.,* 75ss; BHK: $\mathfrak{S}^{A}$), que data del siglo VI o VII; fue editado en fotolitografía por A. M. Ceriani, *Translatio Syra Pescitto Veteris Testamenti* (1876-1883). Otros manuscritos de la Pešitta, jacobitas o nestorianos, se encuentran enumerados y descritos en Haefeli, *op. cit.,* 74ss, especialmente en la extensa lista citada en la nota 1.

Del tiempo anterior a la división entre jacobitas y nestorianos se conservan hoy únicamente las citas bíblicas, según la Pešitta, de los teólogos. Por ejemplo, tenemos citas, con frecuencia inexactas, en las cartas («homilías») del obispo sirio Afraates, de comienzos del siglo IV (cf. sobre él RE^{3} 1 [1869] 611s; RGG^{3} 1 [1957] col. 146; Haefeli, *op. cit.,* 88s), citado en BHK^{3} con $\mathfrak{S}^{Aphr}$. También las citas contenidas en los comentarios y homilías de Efrén (RGG^{3} 2 [1958] col. 522; Haefeli, 895) pertenecen a mediados del siglo IV y, por tanto, al período anterior al cisma.

Las ediciones impresas de la Pešitta son, por desgracia, de escaso valor. La Pešitta del Antiguo Testamento se imprimió parcialmente por vez primera en la Políglota de París (1629-1645) sobre manuscritos tardíos y casualmente accesibles. La Políglota de Londres (cf. *supra,* p. 323) adoptó simplemente el texto de la Pešitta (BHK: $\mathfrak{S}$ o $\mathfrak{S}^{W}$) de la Políglota de París en forma aún más imperfecta, limitándose a colmar sus lagunas a base de manuscritos tardíos. Este texto de la Políglota es el que reimprimió posteriormente S. Lee para sus fines misioneros, siendo editado por la Sociedad Bíblica de Londres en 1823 en su edición de la Pešitta, *Vetus Testamentum Syriace* (BHK: $\mathfrak{S}^{L}$). Mientras las ediciones hasta ahora citadas siguen esencialmente manuscritos jacobitas, la edición de la Pešitta de Urmia, *Vetus Testamentum Syriace et Neosyriace* (BHK: $\mathfrak{S}^{U}$), editada también con fines misioneros en 1852 por misioneros americanos, se basa en la transmisión nestoriana del texto; lo mismo sucede con la edición de la Pešitta de Mosul *(mōṣul),* preparada por los dominicos entre 1887 y 1891. Las ediciones impresas de libros aislados, especialmente los Salmos, se citan en Haefeli, *op. cit.,* 70ss.

Los trabajos de los cristianos sirios sobre el texto bíblico no cesaron con la aparición de la Pešitta. Especialmente en varios círculos siro-occidentales se dio luego forma definitiva al texto bíblico siríaco tomando como base el texto bíblico de la Iglesia del Imperio de Oriente. Esto vale, en primer lugar, como es lógico, para los cristianos de lengua siríaca que permanecieron unidos dogmática y jerárquicamente con la Iglesia del Imperio, los llamados melquitas, que vivían principalmente en Palestina y Siria; además de una literatura cristiana propia, escrita en el dialecto siro-palestinense, poseían una traducción de la Biblia a este dialecto, hecha en el siglo V o VI, que adoptó la forma textual hexaplar de los Setenta, usual en Palestina (cf. *supra,* pp. 335s), aun cuando utilizara también la Pešitta. Esta *Traducción Siro-Palestinense* o jerosolimitana se conserva únicamente en pequeños fragmentos (cf. espec. Goettsberger, *Einl.,* 467, nota 2).

También los jacobitas, próximos a la Iglesia del Imperio, se preocuparon de amoldar el texto bíblico siríaco a los Setenta. Hacia el año 500, el obispo Filoxenes de Mabug, en el norte de Siria (hoy *membiğ,* al nordeste de Alepo), además de una traducción del Nuevo Testamento preparó otra por lo menos de algunas partes del Antiguo Testamento, la *Philoxeniana,* utilizando además de la Pešitta el texto lucianeo de los Setenta (cf. *supra,* p. 336), originario de la vecina Antioquía; de esta traducción conocemos algunos fragmentos (cf. Baumstark, *op. cit.,* 144s).

Finalmente, en este contexto debemos recordar la fiel traducción del texto hexaplar al siríaco con los signos aristárquicos (cf. *supra,* pp. 335s [BHK: $\mathfrak{S}^{h}$]).

2. *Otras versiones*

a) *Versión armenia.* La separación de la Iglesia armenia de la Iglesia del Imperio comenzó en el siglo v. Dado que el vecino más próximo de la Iglesia armenia era la Iglesia siria, la noticia de Moisés de Corene, historiador armenio del siglo v, de que la primera Biblia armenia era una traducción de la Pešitta no resulta inverosímil. La versión al armenio, de la que conservamos manuscritos (BHK^{3}: Arm; sobre las ediciones, cf. Goettsberger, *Einl.,* 476, nota 1; Pfeiffer, *Introduction,* 118s), según la tradición, fue obra de Mesrop (siglo v) (sobre él, cf. RE^{3} 12 [1903] 659-61; RGG^{3} 4 [1960] col. 884). Esta traducción, que se hizo normativa en la Iglesia armenia, se basa en el texto hexaplar de los Setenta.

b) *Versión gótica.* El obispo Ulfilas († 383, en Constantinopla) llevó a cabo la traducción de la Biblia al gótico para los visigodos que se habían convertido al cristianismo cuando estaban en vecindad con la Iglesia de Oriente. Esta traducción es famosa como documento lingüístico de la lengua goda. De esta versión conservamos extensos fragmentos de los Evangelios en el conocido *Codex argenteus* de la biblioteca de la Universidad de Upsala; en cambio, del Antiguo Testamento tenemos sólo fragmentos muy reducidos. De todos modos, son suficientes para mostrarnos que, como era de esperar, esta traducción sigue la forma textual lucianea de los Setenta, que era normativa en Constantinopla.

c) *Versiones árabes.* Ya en tiempos bizantinos había tribus árabes cristianizadas a lo largo de las fronteras orientales del Imperio que, vagamente asociadas al Imperio, defendían sus fronteras contra las tribus del desierto; pero no tenemos noticias de ninguna traducción de la Biblia al árabe para este período. Estas versiones tuvieron su origen más tarde, cuando los cristianos de los territorios del Próximo Oriente, sometidos en el siglo VII al poder del Islam y a la cultura árabe en pujante expansión, fueron adoptando progresivamente la lengua árabe. En estas regiones se efectuaron traducciones al árabe partiendo de las formas textuales bíblicas que hasta entonces eran usuales en cada lugar. Por tanto, las versiones árabes (en BHK señaladas en su conjunto con $\mathfrak{A}$) son relativamente tar-

días y no constituyen ninguna unidad (ediciones y bibliografía en Goettsberger, *Einl.*, 478).

d) *Versiones coptas.* El copto, último espolón lingüístico del antiguo egipcio, era la lengua de los cristianos de Egipto. Dado que Egipto fue cristianizado bastante pronto y extensamente (cf. Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums* [⁴1924] 705ss), los comienzos de la traducción al copto se extienden hasta el siglo III. Como es natural, estas traducciones se basan en el texto de los Setenta, que era usual en Egipto, y por ello son testigos excepcionales del texto griego de la Biblia que se leía en Egipto en los primeros siglos cristianos. Después de la separación de la Iglesia copta monofisita de la Iglesia del Imperio en el siglo V, las traducciones coptas se convirtieron en los textos bíblicos normativos de la Iglesia copta. El copto se dividió en una serie de dialectos regionales, dando lugar a varias traducciones en esta lengua (en BHK aparecen agrupadas bajo la sigla 𝔎). Las más conocidas son las versiones a los dialectos bohaírico y sahídico. Por razón de su antigüedad (*ca.* 300 d. C.), la traducción sahídica (BHK³: Sah) es importante (se llama sahídico al dialecto copto del Alto Egipto, que en árabe se denomina *eṣṣaʿīd* = «la montaña»). La traducción bohaírica (bohaírico es el dialecto copto del Delta, así llamado porque una de las provincias del Bajo Egipto se denomina *el-buḥēra* = «la Marítima») se conserva sólo en manuscritos bastante tardíos, pertenecientes quizá al siglo VII y siguientes (ediciones y bibliografía sobre las traducciones coptas en Goettsberger, *op. cit.*, 472s; B. J. Roberts, *op. cit.*, 230ss).

e) *Versión etiópica.* El cristianismo fue introducido por misioneros sirios, ya en el siglo IV, en la parte norte de la Abisinia actual, en el reino de Axum, y pronto se convirtió en religión del Estado. No mucho más tarde se tradujo la Biblia al etiópico, quizá a partir de la forma textual lucianea de los Setenta, que predominaba en Siria. Pero esto no puede demostrarse, porque la Biblia etiópica se ha transmitido pobremente, debido a lo cual ha sido muy retocada; además, los manuscritos más antiguos que de ella conservamos (BHK: 𝔄) no van más allá del siglo XIII (ediciones y bibliografía en Goettsberger, *op. cit.*, 473s; Pfeiffer, *op. cit.*, 116, nota 31).

Las variantes textuales importantes de todas estas traducciones orientales del Antiguo Testamento (que se basan en los Setenta) están recogidas en el aparato crítico de las grandes ediciones de los Setenta, especialmente en Brooke-McLean y en la edición mayor de Rahlfs.

XLVII. El texto del Antiguo Testamento en la Iglesia de Occidente

La cristiandad de los primeros tiempos se servía de la lengua griega incluso en la mitad occidental del Imperio Romano, y de modo especial en la misma Roma. Sin embargo, cuando se hizo usual en las comunidades

cristianas de esta región el latín, se sintió la necesidad de traducir la Biblia a esta lengua. Luego, a medida que la Iglesia de lengua latina adquirió importancia y fue teniendo una historia relevante, la traducción latina de la Biblia y su historia vio acrecentada su importancia (sobre este tema, cf. la obra exhaustiva de Fr. Stummer, *Einführung in die lateinische Bibel* [1928]).

1. *Las antiguas versiones latinas (Vetus Latina)*

De acuerdo con la situación histórico-cultural, es lógico que las versiones latinas más antiguas siguieran la pauta del texto de la Biblia que por aquel entonces había sido consagrado por el uso de la Iglesia de Oriente, es decir, el texto de los Setenta; por ello, las antiguas traducciones latinas son también hijas de esta versión griega. Además, puesto que vieron la luz relativamente pronto, desde el punto de vista de la crítica textual son importantes testigos indirectos del antiguo texto de los Setenta, anterior a las recensiones de los siglos III y IV d. C. Según datos de los antiguos escritores eclesiásticos, existía ya una traducción latina de la Biblia en la segunda mitad del siglo II d. C., primero en el norte de Africa —es decir, en la región donde comenzó a emplearse el latín como lengua de la liturgia y de la literatura cristiana— y en el sur de las Galias; pero también está documentado el uso de una traducción latina de la Biblia en Roma en los comienzos del siglo III.

Por desgracia, conocemos demasiado poco de estas versiones latinas, pues más tarde tuvieron que dejar el campo libre a la Vulgata (cf. *infra,* páginas 347ss), y lo que de ellas conservamos es muy poco. La primera gran edición científica del material de las antiguas versiones latinas, la obra de P. Sabatier, *Bibliorum sacrorum latinae versiones antiquae seu vetus italica* (3 vols., 1739-1749, ²1751; en BHK, citada con 𝔏), se vio obligada a reconstruir el texto sirviéndose, en su mayor parte, de las citas del texto bíblico que aparecen en los antiguos escritores eclesiásticos latinos; de este modo, el resultado fue un texto fragmentario, puesto que únicamente para algunos libros se disponía de materiales manuscritos. Desde entonces han aparecido muchos manuscritos de las antiguas versiones latinas; sin embargo, no se ha conseguido, ni mucho menos, un texto íntegro. Por tanto, parece indicado renovar el intento de P. Sabatier, es decir, reconstruir ese texto a través de las citas de los antiguos escritores eclesiásticos latinos, empleando para ello los medios actuales de la investigación científica. Tal es la finalidad de la gran obra, *Vetus Latina — Die Reste der altlateinischen Bibel nach Petus Sabatier neu gesammelt und herausgegeben von der Erzabtei Beuron* (fasc. 1ss [1949ss]) [37].

Los manuscritos más importantes citados en el aparato de BHK³ son los siguientes: Un manuscrito del siglo V contiene, en fragmentos mayores

[37] Del Antiguo Testamento ha aparecido hasta el momento únicamente *Genesis* (1951-1954).

y menores, la traducción latina antigua de los Profetas (y de los Evangelios); en el siglo XV, encontrándose en la biblioteca de la catedral de Constanza, fue cortado en trozos y empleado para encuadernar libros, dispersándose por los cuatro puntos cardinales; a pesar de todo, se pudieron reunir en parte los fragmentos, que han sido publicados por A. Dold, *Konstanzer altlateinische Propheten- und Evangelienbruchstücke mit Glossen* (1923; BHK³: $\mathfrak{L}^{D}$). Del siglo VI es el *Codex Lugdunensis* (BHK³: $\mathfrak{L}^{L}$), que se encuentra actualmente en la Biblioteca de Lyón *(ms. no. 54);* contiene Nm, Dt y Jos completos y varios fragmentos de Gn, Ex, Lv, Jue (publicados por U. Robert, *Pentateuchi versio latina antiquissima e codice Lugdunensi* [1881]; *Heptateuchi partis posterioris versio latina antiquissima e codice Lugdunensi* [1900]). Fragmentos más extensos, tanto del Pentateuco como de los Profetas, se encuentran también en la escritura inferior de un manuscrito palimpsesto del siglo VI en Würzburgo *(Cod. membr. n.º 64),* publicado por E. Ranke, *Par palimpsestorum Wirceburgensium. Antiquissimae Veteris Testamenti Veteris Latinae Fragmenta* (1871; BHK³: $\mathfrak{L}^{h}$). Otro manuscrito palimpsesto, en Viena *(cod. Vind. lat. 17),* contiene algunos fragmentos de la versión antigua latina del Génesis y de los dos libros de Samuel; fue publicado por J. Belsheim, *Palimpsestus Vindobonensis antiquissima Veteris Testamenti translationis latinae fragmenta* (1885; BHK³: $\mathfrak{L}^{Vind}$).

Además, ciertos manuscritos de la Vulgata recogen para algunos libros el texto de las antiguas versiones latinas o, al menos, anotaciones marginales de ellas. En el *Codex complutensis,* del siglo IX-X, conservado ahora en Madrid *(Bibl. Univ. ms. n.º 31),* que presenta generalmente el texto de la Vulgata, aparecen algunos libros (Rut, Tob, Macabeos 1 y 2) en la antigua traducción latina (cf. S. Berger: «Notices et Extraits des Manuscrits de la Bibliothèque Nationale et autres Bibliothèques» 34 [1893] 119ss). Otro manuscrito de la Vulgata, el *Codex gothicus Legionensis* (en la Biblioteca Capitular de San Isidoro de León), del año 960, contiene en el margen grandes y pequeños fragmentos del texto antiguo latino de los libros de los Reyes, del libro de Tobías y de Baruc (publicado por C. Vercellone, *Variae Lectiones Vulgatae Latinae Bibliorum editionis* I-II [1860-64]; BHK: $\mathfrak{L}^{Lg}$).

El resto de los manuscritos existentes de las antiguas versiones latinas se encuentran catalogados y descritos en Stummer, *op. cit.,* 33ss. Las lecciones notables de estos textos están recogidas en las grandes ediciones de los Setenta de Brooke-McLean y Rahlfs.

La documentación manuscrita sobre el Antiguo Testamento no es suficiente para solucionar el problema de la *multiplicidad de las versiones latinas antiguas,* de las cuales hablan repetidamente los escritores eclesiásticos antiguos, especialmente san Agustín. Es fácilmente comprensible que las diversas regiones donde el latín era la lengua litúrgica, norte de Africa, las Galias e Italia, tuvieran cada una su propia versión latina de la Biblia o al menos la Biblia latina antigua en una forma textual propia. Para el Nuevo Testamento, de cuyo texto poseemos fuentes manuscritas más caudalosas, podemos distinguir un texto norteafricano y un texto itálico; este

último, sobre la base de una noticia de san Agustín (reproducida en Stummer, *op, cit.,* 56), se denomina versión *Itala;* respectivamente, la versión norteafricana recibe el nombre de *Afra.* Sin duda, estas dos formas textuales existían también para el Antiguo Testamento, pero no es posible, con la documentación de que disponemos, llevar a cabo en este caso una agrupación semejante de los manuscritos.

2. *La Vulgata*

La Vulgata, la versión «divulgada», como se la llama especialmente desde el Concilio de Trento, tuvo cierto carácter oficial desde el principio. Esto se debe, sobre todo, a que fue un papa, Dámaso I (366-384), quien dio el primer impulso a su aparición, encomendando el año 383 al monje Jerónimo de Estridón (Dalmacia), muy cultivado y viajero, que por entonces vivía en Roma, la revisión de las antiguas versiones latinas, con el fin de mejorar y unificar las numerosas formas textuales en circulación. El primer libro del Antiguo Testamento que Jerónimo revisó fue el Salterio de la Vetus Latina, para lo cual se sirvió de manuscritos de los Setenta, cuyo carácter desconocemos; apareció, con esto, un nuevo texto del Salterio que, por haber sido adoptado en el uso litúrgico de la Urbe, recibió el nombre de *Psalterium Romanum* [38]. Después de la muerte de su protector Dámaso, habiendo viajado a Oriente y asentándose en Belén, Jerónimo corrigió este texto de los Salmos a base de los manuscritos hexaplares de los Setenta que conoció en Oriente, adoptando incluso los signos aristárquicos en el nuevo texto de los Salmos; dado que este texto adquirió carta de naturaleza primordialmente en las Galias, se llamó *Psalterium Gallicanum.* Según sus propias afirmaciones, Jerónimo revisó también por entonces todo el Antiguo Testamento, si bien de esta revisión sólo conservamos testimonios manuscritos, además de para el Salterio, para el libro de Job. Finalmente, en Belén revisó Jerónimo de nuevo el Antiguo Testamento latino, basándose esta vez en el texto hebreo que él conoció en forma esencialmente idéntica a la del posterior texto masorético. No se trata en modo alguno de una traducción nueva, completamente independiente, del texto original, pues Jerónimo tuvo en consideración, como siempre, el texto latino tradicional y se sirvió no sólo del texto original y de las explicaciones de los rabinos judíos que pudo conocer, sino también de los Setenta y de las versiones de Aquila, Teodoción y Símmaco. Este trabajo fue concluido el año 405 y es la base de la Vulgata (sobre el carácter de esta traducción, cf. la completa exposición de Stummer, *op. cit.,* 90ss) [39].

Esta versión latina de la Biblia (BHK: 𝔙), que fue adoptándose como propia en la Iglesia romana, contenía el texto establecido por Je-

[38] Se discute la atribución tradicional del *Psalterium Romanum* a san Jerónimo; cf. B. J. Roberts, *op. cit.,* 248s.

[39] Las citas bíblicas que aparecen en las obras exegéticas y de otro tipo de san Jerónimo se designan en BHK con Hie(r).

rónimo en la mayoría de los libros del Antiguo Testamento. Sólo el Salterio se conservó en la forma del *Psalterium Gallicanum,* mientras que la traducción de los Salmos hecha por Jerónimo sobre el texto hebreo, el *Psalterium iuxta Hebraeos,* no fue adoptado para el uso eclesiástico, si bien siguió transmitiéndose en manuscritos independientes; para los libros *apócrifos* (= deuterocanónicos), que Jerónimo no tradujo por no hallarse en el Antiguo Testamento, se conservó en la Vulgata la redacción latina antigua. A pesar de algunas resistencias iniciales, el trabajo de traducción de san Jerónimo se impuso victoriosamente en la Iglesia con el paso del tiempo. Sin embargo, las antiguas versiones latinas no desaparecieron por completo. Prueba de ello es el hecho de que en los manuscritos de la Vulgata aparecen de cuando en cuando libros con esta forma textual más antigua (cf. *supra,* p. 346) o, por lo menos, las antiguas versiones latinas se dan en los márgenes de los manuscritos de la Vulgata (cf. *supra,* p. 346); además, en el texto mismo de la Vulgata se introdujeron elementos de las antiguas versiones latinas, comenzando de nuevo la confusión textual. Esta situación ha dado ocasión a nuevos esfuerzos para revisar el texto de la Vulgata, como los asociados al nombre de Casiodoro, secretario de Teodorico el Grande, y de Alcuino, amigo y protegido de Carlomagno. Se ha querido ver un testigo del texto revisado por Casiodoro en el *Codex Amiatinus* (BHK: 𝔄), del siglo VIII, que se encuentra actualmente en Florencia (cf. Stummer, *op. cit.,* 131); en conexión con la revisión de Alcuino tenemos el *Exemplar Parisiense,* que fue preparado en París en el siglo XIII como manuscrito modelo y que conocemos por un buen número de manuscritos de los siglos XIII o XIV (cf. Stummer, *op. cit.,* 149ss); este códice fue importante para la historia posterior del texto bíblico (cf. *infra,* p. 349).

Cuando el Concilio de Trento, en su sesión IV, el 8 de abril de 1546, por el decreto *De usu et editione librorum sacrorum,* declaró normativo para la Iglesia católica el texto latino de la Vulgata, se sintió una vez más la necesidad de fijar auténticamente este texto para el futuro. A esta exigencia respondió, por orden pontificia, la *Vulgata Sixtina,* que fue editada en el pontificado de Sixto V (1585-1590), el año 1590. Dado que esta edición se reveló insuficiente, apareció en tres nuevas ediciones revisadas en los años 1592, 1593 y 1598, las cuales, por haberse hecho en el pontificado de Clemente VIII, se llaman *Vulgata Clementina.* Esta última forma de la Vulgata es la que ha quedado en vigor. Las ediciones más recientes de la Vulgata la tienen como base; así, por ejemplo, la gran edición de M. Hetzenauer, *Biblia Sacra Vulgatae editionis* (1906), y la edición de bolsillo, *Biblia Sacra secundum Vulgatam Clementinam* (1922). En 1907 el papa Pío X encomendó a la Orden Benedictina la «restitutio primiformis textus Hieronymianae bibliorum versionis». Como fruto del trabajo emprendido, está actualmente apareciendo un texto revisado de la Vulgata con aparato crítico que se sirve de la tradición manuscrita disponible: *Biblia Sacra iuxta Latinam Vulgatam Versionem ad codicum fidem ... edita.* Hasta el momento han aparecido los volúmenes I [Génesis] (1926) a XI [escritos salomónicos] (1957).

En lo que se refiere a la *extensión y orden de los libros,* la Vulgata no sigue el texto hebreo original, sino los Setenta (cf. *supra,* pp. 337s), puesto que fundamentalmente es una revisión de las antiguas versiones latinas, que derivaban de los Setenta. No contiene algunos libros que tampoco aparecen en toda la tradición manuscrita de los Setenta, como las Odas, los Salmos de Salomón, la Carta de Jeremías, los libros de Susana, y Bel y el Dragón, así como tampoco los libros 3 y 4 de los Macabeos. En la ordenación de los libros, prescindiendo de algunos cambios de poca consideración, la Vulgata difiere de los Setenta especialmente en la colocación de los escritos de los Profetas. Al igual que en el texto hebreo, los «Profetas Mayores» anteceden a los «Profetas Menores», que se suceden también según el orden del texto hebreo. Del mismo modo, pone 3 Esd (= 1 Esd de los LXX [1-2 Esd de la Vg. = 2 Esd de los LXX = Esd + Neh del TM]), juntamente con el apocalíptico 4 Esd, al final de la Biblia, a manera de apéndice.

Lutero, en su Biblia alemana, se atuvo estrictamente a la sucesión de los libros en la Vulgata, si bien en la parte principal del Antiguo Testamento omitió los libros que no figuran en el texto hebreo, colocándolos como apéndice («los apócrifos») al Antiguo Testamento. Sin embargo, no incluyó en el apéndice 3 y 4 Esd; pero sí incorporó algunas porciones de los Setenta (las «adiciones a Ester» y las adiciones al libro de Daniel que también presenta la Vulgata: «el salmo de Azarías», «el cántico de los tres jóvenes» y algunos de los escritos menores que también ofrecen los Setenta: «Susana y el juicio de Daniel» = *Susana* en los LXX, «Bel de Babel» y «El Dragón de Babel» = *Bel y el Dragón* en los LXX).

La *división de los libros de la Biblia en capítulos,* aún en uso, apareció en la Vulgata. Se debe al cardenal Stephan Langton, posteriormente arzobispo de Cantorbery, que a principios del siglo XIII era «maestro» en París; el sistema fue adoptado en el *Exemplar Parisiense* de la Vulgata (cf. *supra,* p. 348) y, a partir de aquí, se hizo de uso general en la Vulgata. En el siglo XIV fue adoptado en las biblias hebreas (cf. *supra,* páginas 312s) y, a través de las Políglotas de los siglos XVI y XVII, se introdujo en las demás versiones. En cambio, la división en versículos proviene del texto masorético (cf. *supra,* p. 312); a través de las Políglotas se extendió a las versiones del Antiguo Testamento. No obstante, en las distintas ramas de la tradición textual ha habido siempre variaciones en la división por capítulos y versículos.

Capítulo III

METODOS DE LA CRITICA TEXTUAL

XLVIII. Alteraciones del texto original

La labor de la crítica textual en el Antiguo Testamento viene impuesta, en primer lugar, por el hecho de que no tenemos el texto original de ninguno de los libros del Antiguo Testamento, ni siquiera una copia del original próxima a él en el tiempo. Antes bien, los manuscritos del texto hebreo completo que poseemos están separados por muchos siglos de la composición de los últimos escritos del Antiguo Testamento. Incluso suponiendo que el texto consonántico transmitido quedase fijado hacia el año 100 d. C. y a partir de esta fecha se hubiese transmitido sin alteración alguna (cf. *supra,* p. 312), existe un espacio de tiempo considerable hasta llegar a los originales; exactamente lo mismo podemos decir si contemplamos los hallazgos más recientes de copias de partes del Antiguo Testamento hebreo (cf. *supra,* pp. 316ss). Hay que tener en cuenta que los libros del Antiguo Testamento están sometidos a los avatares de todas las obras literarias transmitidas de manera manuscrita, es decir, a la variedad de errores y alteraciones del texto original que son consustanciales a toda transmisión manuscrita en el transcurso del tiempo. Basta echar una ojeada a los pasajes que aparecen más de una vez en el Antiguo Testamento para advertir que así sucede en realidad; tal es el caso de 2 Sm 22 = Sal 18; 2 Re 18-20 = Is 36-39, los duplicados y las secciones de los libros de Samuel y Reyes que se repiten literalmente en las Crónicas. Estos pasajes paralelos contienen muchas variantes de detalle, si bien, como es lógico, sus textos fueron amoldados uno a otro continuamente. Así, pues, el texto de base, que en su origen era literalmente idéntico, fue alterado y cambiado luego en muchos detalles. En consecuencia, es obvio preguntarse: ¿cuál es el «texto original» del Antiguo Testamento?, ¿qué posibilidades existen de eliminar los errores y alteraciones que, no cabe duda, se dan en el texto transmitido, de modo que se pueda reconstruir el «texto original»?

Es un principio básico y metódicamente necesario que quien piense haber dado en un determinado lugar con un cambio secundario del texto sea capaz de ofrecer una explicación de cómo probablemente ocurrió ese error. Por tanto, para llevar a cabo la labor de la crítica textual es indis-

pensable conocer las posibles *fuentes de errores*. Estos se dividen en dos grupos: errores involuntarios, o alteraciones accidentales del texto, y cambios intencionales del texto.

1. *Errores involuntarios*

Dentro del grupo de los errores involuntarios (cf. la extensa documentación recogida por Fr. Delitzsch, *Die Lese- und Schreibfehler im Alten Testament* [1920]) cabe siempre la posibilidad de encontrarse con casos singularísimos que son reacios a toda clasificación, pues en el campo de los errores de los copistas el elemento irracional del azar tiene un peso considerable que sobrepasa todos los cálculos. Sin embargo, una crítica textual metódica sólo excepcionalmente debe considerar *esta* posibilidad, a no ser que quiera someterse al puro capricho en un campo donde no existen reglas fijas. Supongamos que nos encontramos ante un texto que contiene *probablemente* varias alteraciones respecto al «texto original», alteraciones que no podemos controlar ni calcular y que, por tanto, no podemos eliminar. Este texto nos impide proponernos la rígida exigencia de una «reconstrucción» del «texto original». La labor de la crítica será, pues, tratar de *acercarse* en la medida de lo posible al «texto original», eliminando aquellos errores textuales que han aparecido debido a ciertos motivos que de modo regular son causa de las alteraciones. Por ello exponemos, en primer lugar, las clases de errores que pueden ocurrir copiando cualquier manuscrito y luego los errores más probables que se dan copiando un texto hebreo.

a) *Errores comunes a toda transmisión manuscrita.* Es frecuente el cambio de *letras que se asemejan.* Para poder demostrar este fenómeno en un caso concreto deben conocerse bien los sistemas y tipos de escritura en que fueron escritas o copiadas las correspondientes obras literarias. En las partes del Antiguo Testamento puestas por escrito ya en el período preexílico, cuando fueron copiadas en la antigua escritura hebrea, pudieron ocurrir errores como los que se encuentran en los óstraca de Samaría y Lakiš (cf. *supra,* pp. 230ss) [40]. En el tipo de escritura de los óstraca de Lakiš (cf. *supra,* ilustr. 10) era normal la confusión entre *n* y *k,* entre ʿ y *d* o entre ʾ y *t,* especialmente si una de estas letras no estaba trazada con claridad. En la escritura cuadrada arameizante, en la cual fueron compuestas las partes más recientes del Antiguo Testamento y copiadas las más antiguas, eran muy semejantes entre sí ד y ר; ה y ח; י y ו, etc., y podían fácilmente confundirse (ejemplos en Delitzsch, *op. cit.,* 103ss) [41].

[40] Al parecer, en el período posexílico siguió empleándose esta ya venerable escritura para copiar el canon del Antiguo Testamento o, al menos, ciertas partes de él (cf. *supra,* pp. 317 y 318).

[41] En los manuscritos del mar Muerto, escritos en caracteres cuadrados (cf. *supra,* pp. 316ss) no se distinguen prácticamente י y ו.

Muy a menudo también, especialmente cuando se copiaba de modo mecánico y distraído, era fácil *cambiar* involuntariamente *el orden de las letras* en una serie determinada; un ejemplo entre muchos es la palabra que aparece en 1 Cr 11,33 (no bien vocalizada) *hbḥrmy* = «el bahurimí» (habitante de Bahurim), la cual, en el lugar paralelo de 2 Sm 23,31, por la alteración del orden de las letras, se ha convertido en *hbrḥmy*. Naturalmente, era muy fácil transponer las letras, especialmente las que eran muy parecidas, cuando no se hacían resaltar en la escritura sus rasgos característicos. Este fenómeno puede también darse en grupos de letras o incluso en palabras enteras.

Puede ocurrir también que una letra que se repite dos veces en una sucesión se escriba involuntariamente una sola vez; este fenómeno se conoce con el nombre de *haplografía* («escritura sencilla»; en BHK abreviado en haplogr). Valga como ejemplo el pasaje de 2 Sm 7,23 *lpdwt l*[42] *lʿm,* que en el texto paralelo de 1 Cr 17,21 se presenta como *lpdwt lʿm*. Esta omisión puede darse no sólo en letras semejantes, sino también en grupos de letras o en palabras enteras.

Lo contrario de la haplografía es la *dittografía* (abrev.: dittogr), es decir, la «escritura doble» involuntaria de una letra, de un grupo de letras o de una palabra. Así, en Jr 7,25 encontramos la palabra *ym* [43] en un contexto insólito, que causa mayor extrañeza porque falta regularmente en la misma expresión estereotipada que se repite a menudo en Jr (29, 19; 35,15; 44,4). Examinándolo con más detenimiento, es fácil advertir que este *ym* es simplemente la escritura doble de las dos últimas consonantes de la palabra que precede, *hnby'ym*.

Un error que se da con mucha frecuencia al copiar tiene su origen en el llamado *homeoteleuton* (ὁμοιοτέλευτον; abrev.: homeotel); es la omisión de todo un pasaje comprendido entre dos palabras iguales o, al menos, entre palabras que *terminan* (de ahí el nombre) con letras idénticas. Un ejemplo puede aclararlo fácilmente. En 2 Re 23,16 se encontraba originariamente el siguiente texto: *wayyiqqaḥ ʾet-haʿaṣamôt min-haqqᵉbarîm wayyišᵉrop ʿal-hammizᵉbeaḥ wayᵉṭammᵉʾehû kidᵉbar yhwh ʾašer qarāʾ ʾîš haʾelohîm (baʿamod yarabeʿam beḥag ʿal-hammizᵉbeaḥ wayyipen wayyiśśaʾ ʾet-ʿênâw ʿal-qeber ʾîš haʾelohîm) ʾašer qarāʾ ʾet-haddᵉbarîm haʾelleh:* «Mandó [Josías] tomar los huesos de las tumbas y quemarlos sobre el altar, profanándolo y cumpliéndose así la palabra de Yahvé, que había dicho al hombre de Dios (cuando Jeroboam estaba en pie junto al altar durante la fiesta. Y se volvió [Josías] y vio la tumba del hombre de Dios) que había dicho estas cosas». Las palabras entre paréntesis faltan en el texto hebreo [44], pero originariamente debieron de estar allí, pues sin ellas la última oración relativa queda completamente en el aire y, además, las exige la continuación del relato. Su omisión se debe a error involuntario de un copista, pues terminaban con la expresión *ʾîš haʾelohîm,* que también

[42] La introducción de la *mater lectionis (lô)* ocurrió posteriormente.
[43] La introducción de la *mater lectionis (yôm)* es secundaria.
[44] Afortunadamente se conservaron en los LXX, cuya fuente todavía los tenía.

las precede inmediatamente; el copista, cuando, escrita ya la expresión primera *'îš ha'elohim* quiso continuar su labor, por un «extravío de la vista» (en el aparato de BHK aparece a veces la observación: *aberratio oculi),* puso los ojos en el segundo *'îš ha'elohim* y siguió escribiendo a partir de ahí, de modo que todo el pasaje intermedio quedó omitido. La omisión por homeoteleuton puede también verificarse cuando ambas palabras o grupos de palabras son semejantes sin ser iguales [45]. Lo contrario del homeoteleuton, la omisión por *homeoarcton* (ὁμοιόαρκτον; abrev.: homeoarc), es menos frecuente. Homeoarcton es la pérdida de un pasaje que comienza de modo idéntico o semejante al del trozo que sigue.

b) *Errores debidos al carácter de la escritura hebrea.* El Antiguo Testamento se transmitió como *texto puramente consonántico* hasta que, hacia el siglo v d. C., se introdujo un primer sistema de vocalización todavía imperfecto (cf. *supra,* p. 314). Pero la indicación de las vocales, especialmente cuando ocurrían al final de palabra, se introdujo ya relativamente pronto por el sistema de las *matres lectionis* (consonantes empleadas como vocales), como lo demuestran una vez más los óstraca de Lakiš (cf. un ejemplo, *supra,* ilustr. 10) y los manuscritos de Qumrán, recientemente descubiertos. Es evidente que un grupo de consonantes sin vocales da origen con frecuencia a lecturas y significados diferentes. Sin embargo, no debemos exagerar este caso en la transmisión textual del Antiguo Testamento; primero, porque la vocalización masorética posterior se apoya firmemente en una antigua pronunciación cuya tradición nunca fue interrumpida, como puede demostrarlo la historia de la lengua; en segundo lugar, porque la ambigüedad de un texto no vocalizado es bastante exigua *dentro de un contexto relativamente amplio,* pues el mismo contexto determina el sentido de cada una de las palabras. Por lo regular, no puede leerse el texto consonántico hebreo de un modo muy diverso a como los masoretas lo fijaron definitivamente por escrito. Por lo demás, todo crítico del texto prescinde normalmente de las vocalizaciones posteriores, fijando su atención en el texto puramente consonántico. Por ello, un error de vocalización en el texto transmitido no debe considerarse como error textual en sentido estricto. Sólo cuando una lectura falsa ha influido en el texto consonántico es importante para la crítica textual. Esto se aplica, naturalmente dentro de ciertos límites, a las *matres lectionis,* las cuales pertenecen exteriormente al texto consonántico, pero en realidad constituyen un elemento de la vocalización que, si bien fue introducido en época temprana, se desarrolló con mucha lentitud. También de ellas debe prescindir el crítico por lo general, y la colocación errónea de las *matres lectionis* ha de tomarse en cualquier caso como un error textual de segunda categoría. Sólo en aquellos casos en que la interpretación errada del texto, provocada por la ausencia de voca-

[45] Tenemos un ejemplo en la base textual hebrea de Jr 27,10, donde se da el homeoteleuton por las palabras semejantes *'dmtkm* y *'abdtm,* de modo que el texto intermedio fue omitido por un copista anterior del texto hebreo o por el traductor de los Setenta (cf. BHK[3] *ad loc.).*

lización, llevó a la alteración de la estructura consonántica de una palabra es importante la primitiva inexistencia de la vocalización. Así, por ejemplo, la palabra *wʿltw* en 1 Re 10,5, que fue vocalizada como singular *(wʿlatw)* por los masoretas, pero que probablemente en el original fue concebida como plural *(wʿltaw);* en el pasaje paralelo de 2 Cr 9,4 esta palabra figuraba de seguro en un tiempo con una *mater lectionis* (ו) añadida: *wᵉʿlwtaw,* luego ese ו fue confundido con י (cf. *supra,* p. 352) y considerado como perteneciente a la estructura consonántica de la palabra, de modo que actualmente resulta otra palabra completamente diferente y sin sentido en el contexto: *waʿaliyyatô.*

Otra propiedad de la escritura hebrea es la *limitada separación de las palabras* (la expresión generalmente empleada, *scriptio continua,* que significa escritura sin separación de palabras, es incorrecta). La antigua escritura alfabética separaba normalmente las palabras mediante una rayita o un punto (cf. ilustr. 8 A.B., 9, 10); sin embargo, la escritura aramea posterior del período persa, y con ella la escritura hebrea cuadrada, abandonó estos signos de separación y se limitó a dejar, por lo general, entre las palabras un pequeño espacio en blanco; tenemos ejemplos en los papiros de Elefantina (cf. *supra,* p. 232) y, para el texto del Antiguo Testamento, en los manuscritos de Qumrán. Este espacio intermedio podía omitirse, desapareciendo así la separación de las palabras; es, por tanto, comprensible que, unida la ausencia de separación de palabras a la incertidumbre producida por la carencia de vocalización completa, se llegara a falsas interpretaciones del texto y, de ahí, a corrupciones textuales. Sin embargo, no debemos exagerar este factor de incertidumbre, pues generalmente el mismo contexto indica claramente cómo han de separarse las palabras. En Is 2,20, una palabra que sólo aparece en este pasaje, *lḥprprwt* [46], fue dividida equivocadamente en el ininteligible *laḥᵉpor perôt;* al contrario, actualmente se lee en Nm 23,10 la palabra *umisᵉpar,* que es una combinación equivocada de las palabras *umî sapar,* como lo exige el paralelismo de este estico y como en realidad ha sido preservado en el texto samaritano.

2. *Alteraciones intencionales del texto*

Por lo regular, no es tan fácil descubrir en el texto transmitido los cambios intencionales o voluntarios, pues comúnmente no dejan irregularidad alguna que pueda delatarlos. Estos cambios pueden ser simplemente formales: cuando intentan pulir una formulación torpe o reemplazar una expresión oscura por una más fácilmente comprensible o más usual; pueden deberse también a motivos dogmáticos: cuando tratan de eliminar o suavizar un pasaje que consideran ofensivo desde el punto de vista religioso o ético. Estos cambios, aun cuando hayan tenido lugar bastante tarde en el proceso de la transmisión textual manuscrita, pertenecen, más que al campo de la pura crítica textual, al de la crítica lite-

[46] Θ presupone todavía el texto original y lo transcribe por φαρφαρωθ.

raria. Sin embargo, las alteraciones intencionales del texto pertenecen en cierto sentido al presente contexto. Esto vale, ante todo, para las *glosas* explicativas (las glosas y abreviaturas del texto hebreo del Antiguo Testamento han sido recogidas y clasificadas por G. R. Driver, *Glosses in the Hebrew Text of the Old Testament* [Orientalia et Biblica Lovaniensia I ⟨1957⟩ 123-161] y *Abbreviations in the Massoretic Text:* «Textus» *[Annual of the Hebrew University Bible Project]* 1 [1960] 112-131); estas glosas fueron, sin duda, escritas al principio entre líneas o en el margen, y luego, al copiarse el texto glosado, fueron incorporadas al texto mismo, unas veces intencionadamente y otras por inadvertencia. A menudo es fácil distinguirlas por el modo imperfecto como están ensambladas en el contexto sintáctico o porque «explican» *a posteriori* el texto o una palabra del texto en un sentido que contradice abiertamente la intención del original. Así, por ejemplo, las palabras *'tmlk 'šwr,* que se encuentran al final de Is 7,17, atribuyen a la precedente conminación profética un sentido que probablemente no es inexacto, pero que, por su carencia absoluta de conexión en el contexto de la frase, se revelan como una glosa explicativa. En el texto de Jos 18,13 están las palabras *hy' byt-'l,* que explican el topónimo precedente *lwz,* identificándolo con la conocida localidad de Betel; la misma colocación de estas palabras, que deberían hallarse junto a la primera *lwzh,* indica que una glosa escrita probablemente al principio en el margen fue incorporada posteriormente en lugar equivocado; en este caso la nota es objetivamente falsa, pues en el período de los Jueces se distinguía aún la localidad de Luz del santuario de Betel (cf. Jos 16,2) y sólo más tarde —como indica la glosa— también la localidad se llamó Betel.

Probablemente tenemos también en el Antiguo Testamento las llamadas *glosas con lema* (cf. J. Herrmann, *Stichglossen im Alten Testament* [OLZ 14 ⟨1911⟩ col. 200-204]; *Stichglossen im Buche Ezechiel* [OLZ 11 ⟨1908⟩ col. 280-282]), es decir, glosas marginales encabezadas por la correspondiente palabra (lema) del texto que quieren explicar; posteriormente entraron a formar parte del texto mismo tanto la glosa como el lema. De este modo habría que explicar el extraño texto de 2 Re 9,4; en este lugar, en el texto original, el «discípulo del profeta» del v. 1 se designaba simplemente como *hn'r* «el muchacho»; un glosador quiso hacer observar que «el muchacho» del v. 4 se refería en realidad al «profeta»; para ello colocó *hn'r* en el margen como lema y escribió a continuación la glosa explicativa *hnby'.* En la copia posterior toda esta glosa con lema fue incorporada al texto, y así apareció la expresión, lingüísticamente imposible, *hanna'r hanna' hannabi'* del texto actual [47].

Finalmente, parece ser que ciertas palabras o nombres frecuentes eran escritos a veces en abreviatura y que a veces estas *abreviaturas* fueron interpretadas erróneamente. Un caso de este tipo podría encontrarse en Is 7,10. Quizá, como es comprensible en el libro de Isaías, el nombre

[47] Un caso muy complicado de glosa con lema se daría, según G. Dahl: JBL 53 (1934) 381-383, en Jos 17,11; cf. M. Noth, *Das Buch Josua* (²1953) 98.

yš'yhw fue escrito en abreviatura; más tarde se entendería la abreviatura del nombre de Isaías como abreviatura del nombre divino, *yhwh,* y así se puso en boca de Yahvé lo que era un oráculo de su profeta.

XLIX. Evaluación de los resultados de la crítica textual

Los esfuerzos de la crítica textual por eliminar los errores y cambios introducidos más tarde en el texto no se mueven simplemente en el terreno de la conjetura o del capricho individual; la crítica tiene a su disposición todo el abundante material de la transmisión textual del Antiguo Testamento, que exige una cuidadosa consideración. La tradición manuscrita sinagogal del texto hebreo nos ofrece únicamente el texto del Antiguo Testamento establecido por los masoretas; igualmente, lo que conocemos de los manuscritos premasoréticos (cf. *supra,* pp. 313ss) contiene casi el mismo texto consonántico que quedó establecido en los alrededores del año 100 d. C. Para el período anterior a esta fecha contamos con los manuscritos de Qumrán (cf. *supra,* pp. 314ss), si bien nos ofrecen sólo partes del Antiguo Testamento; los textos de Qumrán están ya bastante cercanos al texto masorético y, en todo caso, proceden de un período en el que la transmisión textual del Antiguo Testamento había recorrido ya un estadio inicial más o menos largo. Ahora bien, es precisamente la historia del texto en este estadio inicial lo que constituye el problema de la crítica textual. Para el texto hebreo del Pentateuco tenemos también el testimonio especial del *Samaritanus.* Aunque éste se conserva en manuscritos relativamente recientes y la historia de su transmisión constituye un problema en sí misma, debe consultarse siempre como un testigo relativamente independiente y sus variantes textuales han de ser constantemente examinadas para ver en qué medida responden a alteraciones del texto samaritano o representan, por el contrario, antiguas variantes del texto hebreo del Pentateuco.

También podemos llegar más allá del texto hebreo transmitido para todo el Antiguo Testamento con ayuda de las *versiones* que fueron realizadas sobre una base textual hebrea anterior a la que nos presenta el actual texto hebreo. En este contexto aparece, en primer lugar, la versión de los Setenta, que deriva de un texto hebreo de los siglos III y II a. C. y que, a partir de este momento, siguió derroteros propios con su séquito de ramificaciones y versiones de ella derivadas. Al menos para el Pentateuco (según lo expuesto *supra,* pp. 327 y 341), debemos considerar a la Pešitta como testigo independiente, pues parte de un texto hebreo que data probablemente del siglo I antes o después de la era cristiana; es, sin embargo, difícil determinar en qué medida esta versión refleja el texto hebreo o simplemente el de los Setenta en la forma relativamente temprana que tenía en el siglo II d. C. Otro testigo inmediato del texto hebreo es el material targúmico, cuya fijación por escrito es ciertamente bastante posterior al año 100 d. C.; presupone generalmente el texto

consonántico posterior (masorético) y sólo excepcionalmente parece seguir una base textual distinta. Por el contrario, la Vulgata no puede tomarse sin gran cautela como testigo de una base textual hebrea (cf. *supra,* página 347); en todo caso, sólo representaría un texto hebreo que estaba en circulación bastante después del año 100 d. C. Por consiguiente, prescindiendo del problema que en cada caso concreto presenta la Pešitta como versión de primera mano, si queremos conocer el texto hebreo de los últimos siglos precristianos dependemos esencialmente de la gran corriente de transmisión de los Setenta, la cual adquiere así un relieve sobresaliente en la crítica textual del Antiguo Testamento. Las versiones que de ella derivan, como es lógico, tienen sólo una importancia secundaria; sin embargo, puesto que no conservamos tampoco el «texto original» de los Setenta y, por otra parte, sabemos que esta versión fue acomodada en ocasiones a las formas más recientes del texto hebreo y experimntó otros cambios textuales, cabe la posibilidad de que su texto primigenio se haya conservado a veces en una traducción derivada de los Setenta. En este caso, es posible que el texto primitivo de los Setenta representara con exactitud su fuente hebrea y que ésta ofreciera un texto más cercano al original que el texto consonántico hebreo que conservamos; en consecuencia, debemos contar con la posibilidad de que cualquier versión derivada de los Setenta sea testigo indirecto de una lectura que no sólo fuese más antigua que el resto de la documentación textual para un pasaje determinado, sino que incluso presentara el «texto original» en este punto. A ese respecto son especialmente importantes las versiones derivadas de los Setenta que se remontan a una época anterior a las grandes recensiones de ésta (cf. *supra,* pp. 333ss) y anterior también al comienzo de la amplia tradición manuscrita del texto de los Setenta que ha llegado hasta nosotros. Tales versiones son, sobre todo, la sahídica (cf. *supra,* p. 344); luego, en la medida en que se conserva, la Vetus Latina y, finalmente, como derivada de los Setenta, la Pešitta, que también desde este punto de vista es importante.

La *utilización objetiva de las versiones* del Antiguo Testamento para el trabajo crítico textual supone que se tiene constantemente a la vista su carácter particular. Cada una de estas versiones es, ante todo, una entidad autónoma y debe entenderse teniendo en cuenta la mentalidad y las exigencias de aquellos para quienes fue hecha. Además, cada una de estas versiones —o, cuando una versión es obra de muchas manos, cada traductor— utiliza una técnica particular de traducción, que hay que conocer para poder determinar con exactitud en cada caso el carácter de la traducción; lo cual quiere decir que cada versión debe leerse en su propio contexto antes de evaluar su peso crítico para un pasaje particular. El peligro que acecha a quien utiliza el aparato crítico de BHK, que de cuando en cuando propone palabras o grupos de palabras de las versiones, consiste precisamente en que no tome en consideración el carácter de cada versión como un todo con sus peculiaridades; en realidad, estas notas críticas han de tomarse sólo como referencias para consultar la versión en cuestión y leerlas en su verdadero contexto.

Cuando encontramos en una versión una variante del texto hebreo transmitido, la primera pregunta que debemos hacer es si esa variante se basa en el carácter peculiar de tal versión, si depende de los límites expresivos que afectan a la lengua del traductor correspondiente, o bien de sus preocupaciones estilísticas o de su visión religiosa o moral. Si a estas preguntas se responde negativamente, habrá que plantear la pregunta ulterior de si la variante no se debe a un error o a una corrupción textual de la versión, pues en la transmisión manuscrita de toda versión pueden darse los mismos (o parecidos) errores que hemos reseñado en las páginas en relación con la transmisión del texto hebreo. Sólo cuando todas estas preguntas hayan recibido una respuesta negativa se planteará el problema de la relación de la variante con la base textual (en las versiones de primera mano, con el texto hebreo). También aquí existe la posibilidad de que el traductor no haya entendido el original y, por tanto, haya traducido mal. Sólo en el caso de que en el texto concreto tampoco esta posibilidad explique de modo suficiente la variante habremos de concluir que el traductor tuvo ante sí una base textual distinta del texto que nos ha sido transmitido, es decir, sólo entonces habremos de ver en la traducción variante un testimonio de una auténtica variante en el original; ése será el momento de retraducir el texto de la versión al texto de la fuente, para lo cual es necesario poseer un conocimiento exacto del estilo y de la técnica de la versión correspondiente. Para la retraducción de los Setenta al hebreo tenemos la ayuda técnica de la concordancia de Hatch y Redpath (cf. *supra,* página 340); para la relación léxica entre el siríaco de la Pešitta y el hebreo del Salterio puede consultarse L. Techen, *Syrisch-Hebräisches Glossar zu den Psalmen nach der Peschitta* (ZAW 17 [1897] 129-171, 280-331). Finalmente, habrá que decidir cuál de esas dos variantes del texto básico representa el «texto original» o al menos está más próximo al «texto original». En este punto entramos ya en el campo de los principios fundamentales de la crítica textual del Antiguo Testamento.

L. Principios de la crítica textual del Antiguo Testamento

La meta de la crítica textual es conseguir la mayor aproximación posible al «texto original» del Antiguo Testamento (teniendo en consideración las observaciones hechas *supra,* página 352). Por «texto original» se entiende en el campo de la crítica la forma hipotética que presentaba el Antiguo Testamento en el canon palestinense, el cual fue modelándose en sus distintas partes a partir del siglo IV a. C. y fijó al mismo tiempo el texto tradicional. Tenemos motivos para suponer que este canon recibió con fidelidad partes mucho más antiguas, incluso porciones preexílicas, que le fueron incorporadas con una gran fidelidad a su tenor original; así, los oráculos proféticos conservarían la forma que les habían dado los discípulos de los profetas. Pero las cuestiones sobre la prehistoria de las

partes reunidas en el canon, su relación con las composiciones y redacciones originales y las posibles alteraciones del texto mismo en el camino seguido desde la primera puesta por escrito hasta aquella última formulación que apareció en el contexto del canon, pertenecen a la exégesis y a la crítica literaria, no a la crítica textual. La crítica textual así entendida, a pesar de los múltiples puntos de vista que la afectan, posee una serie de principios metódicos que han de tenerse constantemente en consideración (cf. las explicaciones, a veces discutibles, de H. S. Nyberg, *Das textkritische Problem des Alten Testaments am Hoseabuche demonstriert* [ZAW NF 11 ⟨1934⟩ 241-245]; íd., *Studien zum Hoseabuche, zugleich ein Beitrag zur Klärung des Problems der alttestamentlichen Textkritik* [«Uppsala Universitets Årsskrift» ⟨1935⟩ 6]).

1. *El texto masorético, base del trabajo crítico*

El punto de partida de toda labor de crítica textual es siempre el texto hebreo [48] tradicional, pues es el que responde directamente al canon en su lengua original. Todas las versiones, por antiguas que sean, son ramificaciones del mismo, y cada proceso de traducción es una gran fuente de errores, porque ninguna traducción puede ofrecer el original con exactitud matemática, incluso prescindiendo de los errores y faltas en que pueda incurrir el traductor. Además, se ha demostrado una y otra vez hasta el detalle que el TM tiene en su haber una conservación especialmente cuidadosa del texto que se convirtió en canónico; el Pentateuco samaritano, pese a no ser una traducción, no puede compararse con él. Este principio no significa en absoluto que se deba mantener lo que dice el TM cueste lo que cueste, como si fuera el original, pues es indudable que también contiene errores y corrupciones; el principio afirma, por el contrario, que el trabajo científico debe anotar y probar toda divergencia del TM, incluso cuando esta divergencia siga una variante del texto hebreo respaldada por un testimonio textual de otro tipo y, naturalmente, cuando la variante proceda de una conjetura moderna [49]. Así, las variantes de otros testimonios textuales en obras que no tienen probado carácter crítico no deben ser tomadas en consideración. También hay que levantar acta de las variaciones de la vocalización y puntuación masorética, si bien estos elementos tienen un peso menor en cuanto tradición que el texto consonántico.

[48] Incluimos en él las pocas secciones del Antiguo Testamento compuestas en arameo.

[49] Es necesario también explicar el origen de la supuesta corrupción del TM. Cuando no es posible aportar notas críticas, basta con anotar *text. em.* (= *textus emendatus*).

2. *Debe preferirse la lectura más difícil*

Si en un pasaje nos encontramos con variantes textuales —por ejemplo, el TM frente a otro texto hebreo inferido de los LXX después de una consideración atenta de las posibilidades enumeradas en pp. 358s—, para tomar una decisión sobre qué variante responde al «texto original» o más se le aproxima, un principio fundamental nos dirá que ha de preferirse la lectura más difícil. Hay que suponer, en efecto, que en el transcurso de la historia textual fue mucho más fácil esclarecer o simplificar expresiones difíciles o sustituir palabras poco usuales o arcaicas por otras más corrientes que «dificultar» el texto; es decir, lo menos común o lo arcaico es más «original». Naturalmente, el principio de la *lectio difficilior* no significa que cualquier elemento abstruso e incomprensible de un texto transmitido deba ser aceptado a ciegas [50]; significa que en un pasaje extraño es preciso ensayar y agotar todas las posibilidades de explicación antes de aventurarse a concluir que el texto está corrompido (BHK: corrp, corr [= *corruptum*]) en ese lugar y que, por tanto, se debe considerar original una forma textual más comprensible, explicando siempre cómo ha podido surgir el error presente en el texto. Ante todo hay que ensayar todas las posibilidades lingüísticas de explicación, pues el hebreo hablado era naturalmente más rico en palabras, en significados y en formas lingüísticas de lo que nos permite ver la tradición y la exégesis posterior del Antiguo Testamento, y es muy posible que nos encontremos con palabras y significados en el Antiguo Testamento hebreo que más tarde cayeron en desuso o fueron olvidados; en este punto nos pueden servir de guía, tomándolas con prudencia y cautela, las lenguas emparentadas con el hebreo (cf., por ejemplo, L. Kopf, *Arabische Etymologien und Parallelen zum Bibelwörterbuch* [VT 9 ⟨1959⟩ 247-287]). De este modo es posible explicar de manera pertinente y exacta muchos pasajes aparentemente ininteligibles; se puede captar su sentido primitivo, concreto y original sin necesidad de alterar el texto. Naturalmente, el principio de la preferencia de la lectura más difícil vale, dentro de los límites señalados, no sólo para las variantes textuales antiguas, sino también, y de modo particular, para las correcciones «facilitantes» de los intérpretes modernos.

3. *Conjeturas*

Debemos suponer que el «texto original» del canon del Antiguo Testamento tenía muchas corrupciones textuales en un período al que no alcanzan los testimonios actuales, ni siquiera la temprana versión de los Setenta; asimismo debemos suponer que un buen número de lecturas originales, que se mantuvieron quizá durante largo tiempo, no fueron

[50] En el caso tratado *supra*, p. 352 (alteración de 2 Re 23,16), la forma textual atestiguada por los LXX es más suave y, por tanto, «más fácil». Sin embargo, en este caso el TM no ofrece la *lectio difficilior*, sino un evidente error textual.

incorporadas al TM, ni a los manuscritos de Qumrán, ni a ninguna de las versiones. Por tanto, es legítimo en principio recurrir a conjeturas (BHK: conj), es decir, a presumir un texto original que no tiene apoyo en ninguno de los testimonios textuales antiguos. Evidentemente, este recurso debe estar motivado en concreto por una necesidad extrema, es decir, por haberse agotado todas las demás posibilidades de explicación ante un texto irremisiblemente corrompido. Ni que decir tiene que en este campo hay que proceder con sumo cuidado y precaución si no se quiere caer en el puro capricho. Además, en estos casos en que se carece de toda tradición antigua hay que esclarecer con particular cuidado el proceso textual que llevó a la supuesta corrupción. A menudo resultan más fácil dictaminar con seguridad el estado de corrupción de un pasaje que proponer una conjetura que esclarezca el tenor del texto original; por otra parte, es lógico que tales conjeturas posean diversos grados de posibilidad o verosimilitud. Hay conjeturas textuales cuya corrección es evidente; en tales casos es legítimo incluso suponer procesos no habituales de alteración textual. En esta categoría podríamos incluir la conjetura de A. Bertholet en ZAW 28 (1908) 58s sobre Sal 2,11-12, según la cual es preciso invertir las dos últimas palabras del v. 11 y las dos primeras del v. 12, de modo que, dejando de lado las *matres lectionis,* la vocalización y la puntuación, el texto original rezaría así: *naššᵉqû bᵉragᵉlâw birᵉʿadah* = «besad sus pies con temblor». Esta lectura no sólo ofrece un sentido excelente del texto actual —el mismo que presuponen los LXX—, sino que restablece perfectamente el *parallelismus membrorum.* Podríamos conjeturar en este caso (distanciándonos algo de Bertholet) que el texto consonántico de este pasaje estaba escrito en columnas bastante estrechas y, al copiarlo mecánicamente, se invirtió inadvertidamente el orden de dos líneas.

4. *Atención a la métrica*

Nadie duda que en hebreo existía una forma rítmica de expresión; la encontramos principalmente en los escritos proféticos, en los salmos y en los textos sapienciales. Por tanto, en el estudio de estos textos la crítica textual no puede prescindir del metro. La forma del verso debe tenerse presente en todos los esfuerzos por reconstruir el «texto original» en estas partes del Antiguo Testamento. Es, pues, legítimo considerar corrompido un texto cuando aparece alterada la métrica (BHK: mtr cs o m.c. *[= metri causa])* y tratar de mejorarlo teniendo en consideración la misma métrica. Sin embargo, la aplicación de este principio resulta particularmente difícil, pues la cuestión de la naturaleza de la métrica hebrea es en sí un problema muy debatido (cf. J. Ley, *Grundzüge des Rhythmus, des Vers- und Strophenbaues in der hebräischen Poesie* [1875]; íd., *Leitfaden der Metrik der hebräischen Poesie* [1887]; E. Sievers, *Metrische Studien,* I: *Studien zur hebräischen Metrik* [Abh. d. phil.-hist. Cl. d. Kgl. Sächs. Ges. d. Wiss. 21 ⟨1901⟩ n.º I]; J. W. Rothstein,

Grundzüge der hebräischen Rhythmus und seiner Formenbildung [1909]; por otra parte, S. Mowinckel, *Zum Problem der hebräischen Metrik* [Hom. a Alfred Bertholet ⟨1950⟩ 379-394]; F. Horst, *Die Kennzeichen der hebräischen Poesie* [«Theologische Rundschau» NF 21 ⟨1953⟩ 97-121]; S. Segert, *Problems of Hebrew Prosody* [VT Suppl. 7 ⟨1960⟩ 283-291])[51]. Muchos detalles de la métrica hebrea están aún oscuros[52]; por ejemplo, una cuestión tan fundamental para la crítica textual como la del ritmo, que tiene como característica esencial la regularidad: no sabemos en qué medida el hebreo admitía metros combinados, es decir, cambios en el número de acentos de los versos. Quizá haya que distinguir en este problema entre el poema destinado al canto (que sería más estricto) y la simple composición poética (más libre). En todo caso, no parece que el cambio de ritmo fuera puramente arbitrario; más bien habría que buscar determinados motivos para tal variación en cada caso concreto. A menudo se encuentra que una irregularidad en la estructura métrica de un trozo «poético» implica un desajuste en el significado y que la reconstrucción de la forma métrica normal de un verso representa, al mismo tiempo, una recuperación del contenido. Tomo un ejemplo al azar. En Am 3,3-6 tenemos versos de 3 + 2 acentos (según el «sistema de Sievers»); según esto, en el v. 5a sobra un acento; por otra parte, en este estico, la palabra *paḥ* está fuera de sitio, pues sólo en el estico siguiente se habla de la «trampa del pájaro», mientras que aquí se trata del «lazo». Suprimida la palabra *pḥ* «mtr cs» en el v. 5a, donde fue introducida inadvertidamente desde el v. 5b, el metro y el contenido quedan arreglados al mismo tiempo. Además se da el caso de que los LXX no leyeron esa palabra en el v. 5a de su fuente. Si esto es verdad, está fundamentalmente justificada la eliminación (o adición) de una palabra (frase, etc.) por razón del metro, y esto aun en el caso de que la corrupción textual que se nos descubre por la alteración del metro no haya afectado al significado ni dispongamos de variantes en ningún testimonio antiguo. Por motivos métricos deberíamos considerar secundario en Am 3,4b el superfluo *mimm^{e}onatô,* aunque aquí no podemos aducir argumentos convincentes de otro tipo. Sin embargo, insistimos expresamente en que cualquier operación textual basada en razones métricas requiere prudencia y precaución extremas.

[51] Añádase a esta bibliografía L. Alonso Schökel, *Estudios de poética hebrea,* Barcelona 1963 (N. del T.).

[52] Un conocimiento exacto de la antigua pronunciación hebrea de las palabras es esencial para el análisis preciso de la «poesía» hebrea antigua; pero sólo conocemos a grandes rasgos esta pronunciación. Sus detalles sólo pueden reconstruirse hipotéticamente.

Egipto	*Siria-Palestina*
Culturas prehistóricas	
Epoca de las primeras dinastías hacia 2850-2650 (din. I-II)	
Imperio Antiguo (din. III-VI) Epoca de las Pirámides hacia 2650-2200	
	Período Calcolítico Cultura Cananea Antigua (Bronce Antiguo) hacia 3300-2100
Primer Período Intermedio (din. IX-X) hacia 2200-2050 Din. XI (capital: Tebas) hacia 2050-1991 Imperio Medio (din. XII) 1991-1788	
	Cultura Cananea Media (Bronce Medio) hacia 2100-1550
Segundo Período Intermedio (din. XIII-XVI) 1788-hacia 1570	
Dominio de los Hicsos hacia 1670-1570	
Imperio Nuevo (din. XVIII-XIX) hacia 1570-1200 Din. XVIII (hacia 1570-1345) Tutmosis III (1502-1448) Amenofis III (1413-1377) Amenofis IV (1377-1360)	Epoca Cananea Reciente (Bronce Reciente) hacia 1550-1200 Período de dominación egipcia Epoca de El-Amarna Textos de *rās eš-šamra* siglo XIV
Din. XIX (hacia 1340-1200) Ramsés II (1290-1223) Merneptah (1223-1210)	
	Ocupación de Palestina por las tribus israelitas Comienzo de la Edad del Hierro
Din. XX (hacia 1200-1085) Ramsés III (1197-1165)	
Aparición de los «Pueblos del Mar»	
	Formación del Estado de Israel hacia el año 1000

Mesopotamia

ultura de Tell-Halaf (hacia la 2.ª mitad del V milenio)
ultura de El-Obed (hacia la 1.ª mitad del V milenio)
ultura de Uruk (hacia la 2.ª mitad del IV milenio)
ultura de Yemdet Nasr (hacia 3000-2800)

Antiguas Ciudades-Estado sumerias
Mediados del III milenio
Dinastía de Acad
hacia 2300-2100
Sargón de Acad
hacia 2300-2250

Ciudades-Estado sumerias recientes
hacia 2100-1850

Aparición de los soberanos «semitas occidentales»
I dinastía de Babilonia
hacia 1830-1550
Yagitlim de Mari
Yahdunlim de Mari
Samsi-Adad I de Asiria
1749-1717

Hammurabi de Babilonia 1728-1686

Zimrilim de Mari

Dominio de los Casitas en Babilonia
hacia 1700

Imperio Medio Asirio
siglos XIII-XI
Fin de dominio Casita en Babilonia
mediados del siglo XII

Diversas dinastías nativas en Babilonia

Asia Menor

Imperio Antiguo Hitita
siglos XVII-XVI

Imperio Nuevo Hitita
Suppiluliuma,
hacia 1350
Mursilis II

Fines del siglo XIV
Hattusilis III
Mediados del s. XIII

Fin del Imperio Hitita
hacia el 1200

Egipto

Din. XXII (líbica) (hacia 935-745)
Šešonq I
hacia 935-915

«Período Reciente»
Din. XXV (nubia)
714-663

Din. XXVI (saíta)
663-525

Necao 609-593

Siria-Palestina

Saúl
David
Salomón
Disolución de la unión personal
Israel-Judá 926
Coexistencia de los Estados
de Israel y Judá

Ajab de Israel
871-818
Batalla de Qarqar 853

Jehú de Israel
845-818

Tributo de Jehú a Salmanasar III 842

Menajem de Israel
746-737

Tributo de Menajem a Teglat-Falasar III 738

Ajaz de Judá
742-725

Guerra «siro-efraimita» y primera catástrofe
del Estado de Israel 733

Ezequías de Judá
725-697
Fin del Estado de Israel 721

Josías de Judá
639-609

Choque entre Necao y Josías junto a Meguiddó 609

Caída de Jerusalén y fin del Estado
de Judá 587

Dominio de los Tolomeos
323-30 a. C.

Mesopotamia

Imperio Nuevo Asirio
Asurnasirpal II 884-859
Salmanasar III 859-824

Adad-Nirari III 810-782
Asur Dan III 771-754
Teglat-Falasar III 745-727

Salmanasar V 727-722
Sargón II 722-705

Senaquerib 705-681
Campaña de Senaquerib en Palestina 701
Asarhaddón 681-669
Asurbanipal 669-631

Imperio Neobabilónico
Nabopolasar
(626-604)

Caída de Nínive 612
Nabucodonosor II 604-562

Asia Menor

Irán

Reino de los Medos
hacia el 715-550

Dinastía aqueménida en Persia
a partir de *ca.* 700

Ciro II, aqueménida, somete a los
Medos hacia el 550

Ciro II conquista Babilonia y se somete el Imperio Neobabilónico 539
Cambises, hijo de Ciro II (529-522), somete Egipto 525
Imperio Persa hasta 334-331
Alejandro Magno somete el Imperio Persa
334-441
Muerte de Alejandro Magno y comienzo de las dinastías de los Diadocos
323
Dominio de los Seléucidas
312-64 a. C.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

AA	«Archäologischer Anzeiger»
AAA	«Annals of Archaeology and Anthropology»
AASOR	«Annual of the American Schools of Oriental Research»
AB²	Cf. AOB²
AfO	«Archiv für Orientforschung»
AJA	«American Journal of Archaeology»
AJSL	«American Journal of Semitic Languages and Literatures»
ANEP	*The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament,* por J. B. Pritchard
ANET	*Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* ed. por J. B. Pritchard
AO	«Der Alte Orient»
AOB²	*Altorientalische Bilder zum Alten Testament,* por H. Gressmann (²1927)
AOT²	*Altorientalische Texte zum Alten Testament,* por H. Gressmann (²1926)
APAW	Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften
AR	*Altes Reich in Ägypten*
ARM	*Archives Royales de Mari*
ARMT	*Archives Royales de Mari...* (transcripción, traducción y comentarios)
AT²	Cf. AOT²
ATAO	*Das Alte Testament im Lichte des alten Orients,* por A. Jeremias (⁴1930)
BA	«The Biblical Archaelogist»
BAH	*Bibliothèque Archéologique et Historique* (Instituto Francés de Arqueología de Beyrut)
BASOR	«Bulletin of the American Schools of Oriental Research»
BBLAK	Beiträge zur biblischen Landes- und Altertumskunde
BHK	*Biblia Hebraica,* ed. por Rud Kittel
BIES	«Bulletin of the Israel Exploration Society»
BJPES	«Bulletin of the Jewish Palestine Exploration Society»
BoTU	*Die Boghazköi-Texte in Umschrift*
BRL	*Biblisches Reallexikon 1937,* por K. Galling
BW	*Kurzes Bibelwörterbuch 1903,* por H. Guthe
BWA(N)T	Beiträge zur Wissenschaft vom Alten (und Neuen) Testament
BZ	«Biblische Zeitschrift»
BZAW	Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft
CAB	Cahiers d'Archéologie Biblique
CAD	*The Assyrian Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago*
CIS	*Corpus Inscriptionum Semiticarum*
CT	*Cuneiform texts from Babylonian tablets in the British Museum*
DLZ	«Deutsche Literaturzeitung»
DPV	Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas («Deutscher Palästina-Verein»)
EA	*Die Keilschrifttafeln vom «tell el-ʿamārna»,* según J. A. Knudtzon, *Die El-Amarna-Tafeln 1915*

FF	Forschungen und Fortschritte
HAOG	*Handbuch der altorientalischen Geisteskultur,* por A. Jeremias ([3]1929)
IEJ	«Israel Exploration Journal»
JAOS	«Journal of the American Oriental Society»
JBL	«Journal of Biblical Literature»
JCSt	«Journal of Cuneiform Studies»
JEA	«Journal of Egyptian Archaeology»
JNES	«Journal of Near Eastern Studies»
JPOS	«Journal of the Palestine Oriental Society»
JTS	«Journal of Theological Studies»
KAH	*Keilschrifttexte aus Assur historischen Inhalts* (en la serie WVDOG)
KAR	*Keilschrifttexte aus Assur religiösen Inhalts* (en la serie WVDOG)
KAV	*Keilschrifttexte aus Assur verschiedenen Inhalts* (en la serie WVDOG)
KB	Keilinschriftliche Bibliothek
KBo	*Keilschrifttexte aus Boghazköi* (en la serie WVDOG)
KUB	*Keilschrifturkunden aus Boghazköi*
LS	*Loca Sancta* I (1907), por P. Thomsen
MDOG	«Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft»
MNDPV	«Mitteilungen und Nachrichten des Deutschen Palästina-Vereins»
MR	*Mittleres Reich in Ägypten*
MVÄG	«Mitteilungen der vorderasiatisch-ägyptischen Gesellschaft»
NR	*Neues Reich in Ägypten*
OA	«Oriens Antiquus»
OIC	The Oriental Institute of the University of Chicago (Oriental Institute Communications)
OIP	The Oriental Institute of the University of Chicago (Oriental Institute Publications)
OLZ	«Orientalistische Literaturzeitung»
OTS	«Oudtestamentische Studiën»
PEF	Palestine Exploration Fund
PEF Ann.	«Palestine Exploration Fund» (Annual)
PEF Qu. St.	«Palestine Exploration Fund» (Quarterly Statements)
PEQ	«Palestine Exploration Quarterly»
PJB	«Palästinajahrbuch»
PRU	*Le palais Royal d'Ugarit*
PSBA	«Proceedings of the Society of Biblical Archaeology»
QDAP	«Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine»
RA	«Revue d'Assyriologie»
RAC	*Reallexikon für Antike und Christentum*
RÄRG	*Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte*
RB	«Revue Biblique»
RE	*Realencyklopädie für protestantische Theologie und Kirche* ([3]1891-1913)
RGG	*Die Religion in Geschichte und Gegenwart* ([3]1957-1962)
RLA	*Reallexikon der Assyriologie*
RLV	*Reallexikon der Vorgeschichte*
SPAW	Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften
ThBl	«Theologische Blätter»
ThR	«Theologische Rundschau»
ThZ	«Theologische Zeitschrift»
TM	Texto masorético
VA	Vorderasiatische Abteilung der Staatlichen Museen in Berlin
VB	Vorderasiatische Bibliothek
VT	«Vetus Testamentum» (revista)
WO	«Die Welt des Orients»
WVDOG	Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft
WZKM	«Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes»
ZA	«Zeitschrift für Assyriologie»

ZÄ	«Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde»
ZAW	«Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft»
ZDMG	«Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft»
ZDPV	«Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins»
ZS	«Zeitschrift für Semitistik»
ZThK	«Zeitschrift für Theologie und Kirche»

INDICE DE CITAS BIBLICAS

GENESIS

4,2-4 294
4,22 180
5 320
10,8.11 275
10,10 ..... 235, 274
11 320
11,28.31 273
11,31 270
12,5 270
12,7 ..... 29 (n. 2)
13,10s ..... 74 (n. 5)
13,12 ..... 74 (n. 5)
14,1.9 265
14,5.6 104
15,7 273
16,5 310
18,9 310
18,22 310
19 39
23,3ss 94
24,10ss 203
25,2.4 99
25,12-18 99
26,34 94
27,43 270
27,46 94
28,18.22 190
29,31-30,24 ..... 85, 91
30,14ss ..... 88 (n. 26)
31,21.23.25 81
34 ..... 85, 88
35,14 190
35,16-20 90
35,17 107
35,20 190
36,11.42 98
36,13.33 83
36,31-39 ..... 96 (n. 39), 268
37,25.27s 99
37,25 ..... 107, 203
37,36 99
38,5 88
39,1 99
40,1ss 174
42,5ss 70
45,19ss 102
46,5 102
48,1.13s ..... 90 (n. 30)
49,3-7 85
49,3-27 84
49,5-7 85
49,13-15 ..... 88 (n. 26)
49,13 311
49,14s 89
49,16-21 91
49,29s 94
50,11 ..... 70 (n. 2)

EXODO

1,8ss 259
1,11 273
13,17 107
17,8-16 98
20,24-26 190
22,26s 172

LEVITICO

20,14 182
21,9 182
25,31 159

NUMEROS

1,5-15 ..... 84 (n. 21)
7,3ss 102
7,30 102
13 88
13,6 88
13,22 93
13,29 71
14 88
20,14 268
20,19 ..... 101, 104
21,20 80
21,25.32 160
21,27-30 92
21,32 92

22,4ss 268
23,10 355
23,14 80
26,5-51 ..... 83, 91
26,5-14 85
26,6 ..... 83, 86
26,13 83
26,20 83
26,21 83
26,29ss ..... 93 (n. 30)
26,30-36 113
27,12 80
32,1 92
32,12 88
32,39-42 91
33,3-49 107
33,36 76
33,42s 64
33,44 80
33,47s 80
34,3-12 ..... 84 (n. 22)
34,3 96
34,4 ..... 76, 105
34,7-11 92
34,11 74
35,10.14 70

DEUTERONOMIO

1,7 ..... 78, 79
3,9 79
3,10 81
8,9 63
11,24 78
12,13ss 190
21,19 165
25,7 165
32,49 80
33,6-25 84
33,23 ..... 76 (n. 12)
34,1 80

JOSUE

1,4 78
2-9 90
2,6 167
5,1 71
6 145
7,8 144
7,1.5b-26 86
7,1.17.18 86
7,21 181
8,9.13 ..... 79 (n. 18)
8,14 112
9 90
9,1 79
9,17 ..... 89, 93, 109 (n. 55), 114
10,10.11 104
10,10-16 88
10,12 79
10,40 75
11,3 71
11,5.7 74
11,16 75
11,17 ..... 76, 78, 79
12,3 74
12,5 81
12,7 ..... 76, 78
12,13b-24 93
12,23 ..... 78 (n. 15)
13-19 ..... 31, 84, 91
13,9.16.17.21 80
13,11 81
13,15-33 85
13,26 106
13,27 74
13,39s 90
14,6-15 88
14,6.14 88
15,1 96
15,3 ..... 52, 105
15,5b-10 86
15,6 86
15,7 ..... 79 (n. 18), 86, 105
15,8 ..... 79 (n. 18)
15,13s 88
15,15s 93
15,17 98
15,21-62 ..... 113, 159 (n. 2)
15,21b-32a 159
15,27 ..... 144 (n. 9)
15,56s ..... 98 (n. 42)
16,1-17,13 89
16,2 356
17,1 90
17,1ss 90
17,11 ..... 88, 356 (n. 47)
17,15 77
17,16.18 156
17,16 ..... 44, 80, 268
18,12-20 89
18,13 356
18,14 112
18,15-19 86
18,17 ..... 86, 105
18,21-28 ..... 113, 159 (n. 2)
18,22 77
19,1-9 85
19,2-7 113
19,8 159
19,15 75
19,17-23 88
19,24-31 91
19,35 74
19,40-48 92
20,7 ..... 75, 78, 78 (n. 16)

20,8 ..... 80, 81
22,9ss 81
22,10.11 ..... 70, 78
24,30 77

JUECES

1,3.17 85
1,11s 93
1,13 98
1,16 75
1,19 268
1,21.27-35 ..... 84, 93, 156
1,27 170
1,34s 91
1,34 ..... 79 (n. 18)
1,36 105
3,1ss 156
3,12ss 92
4,2.23.24 71
4.3 268
4,6 ..... 75, **91**
4,11 98
4,17 98
4,17ss 159
4,21 98
5,14 90
5,15 ..... 79 (n. 18)
5,15b.16 85
5,19 71
5,24 ..... 98, 159
6,2ss.33ss 99
6,3.33 ..... 99 (n. 44)
6,17-21 290
6,33 ..... 44, 80
7,12 ..... 99 (n. 44)
8,4ss 106
8,11 106
9,46ss 166
9,48 77
9,51ss 166
9,53 175
10,17 81
11,4ss 81
11,12-14.28 268
11,15-26 96
11,26 160
13-19 91
13,15-20 290
13,29 92
16,23 302
17,7 75
18 91
18,2 91
18,7.28 71
19,1.2.18 75
19,11s 103
20,31 ..... 103, 104
20,31s 101
21,8ss 75
21,19 ..... 101, 103

SAMUEL I

1,7.9 188
3,3.15 188
5,2ss 190, 302
6,7ss 102
6,12 101
6,12ss 151
8,13 174
11,1 75
11,8 106
12,12 268
13,19 69
15,2ss 98
15,6 98
17,2.19 104
21,10 104
22,5b 75
23,3 75
23,14s 76
25,1 182
27,10 98
30,1ss 99
30,14 ..... 95 (n. 36)
30,29 98
31,7 ..... 79 (n. 18)
31,10 190
31,10.12 95

SAMUEL II

2,1-4a 109
2,9 ..... 80, 109
4,3 ..... 190 (n. 55)
5,1-3 109
5,6-9 110
5,6 94
5,8 ..... 169 (n. 10)
5,9 ..... 110, 166
5,17-25 110
6,3 102
7,23 353
8,1 110
8,2 110
8,3 97
8,3-8 97
8,5s 97
8,6 110
8,7s 111
8,13 110
8,14 110
8,18 ..... 95 (n. 36)
10,1ss 110
10,6 97

10,6.8 97
10,6-19 97
10,8 269
10,15-19 111
10,16 97
12,26ss 110
13,23 ..... 77 (n. 13)
15,8 97
18,6 ..... 77 (n. 13)
20,12 ..... 101 (n. 47)
20,14s 97
22 351
23,31 353
24,6s 109
24,7 71

REYES I

1,33.38.45 141
4,7-19 111
4,7 111
4,8 ..... 77, 113 (n. 60)
4,9 113
4,9.18 112
4,10 ..... 113 (n. 60)
4,13 81
4,18 112
5,2.3.7.8 111
6-7 ..... 166, 188
7,46 64
9,11-13 78
9,15-19 160
9,15b.17-19 147
9,16 151
10,5 355
10,18-20 172
10,28 270
11,14-22.25aβb 110
11,15s 110
11,23-25 ..... 97, 111, 269
11,32 112
12,1.24 111
12,29ss 190
14,25-28 ..... 260 (n. 22), 281
15,17ss 112, 255
16,6.28 182
16,24 ..... 115, 147
16,34 ..... 111 (n. 59)
20,1 269
20,26.30 108
22,29 107
22,39 175
22,48-50 110

REYES II

3,4-27 ..... 110, 229
4,10 ..... 167, 172
6,23 70
7,1 165
8,20-22 110
9,1-4 356
9,16 107
10,33 81
13,17 108
14,7 110
14,11 112
15,19s ..... 264 (n. 27), 281
15,29 ..... 78 (n. 15)
16,6 110
16,10-16 303
17,6 ..... 271, 281
18-20 351
18,11 271
18,13-16 281
18,17 101
18,34 269
18,36 269
19,9 ..... 260 (n. 23)
19,12 270
19,13 269
23,6 183
23,8 112
23,15-18 114
23,16 ..... 353, 361 (n. 50)
23,19 ..... 115, 115 (n. 68)
23,29ss .... 115 (n. 68), 260, 281, 285
24,10ss 148
25,1ss 148
25,4 ..... 171 (n. 13)

CRONICAS I

2-4 86
2,9.25ss 98
2,42ss 88, 98
2,50ss 112
4,21ss 88
4,21 179
5,23 79
7,14 90
11,33 353
17,21 353

CRONICAS II

2,15 ..... 101 (n. 47)
9,4 355
11,5-12 160
11,6 ..... 105, 170
11,7.9 104
11,8 ..... 110 (n. 57)
11,9 170
11,10 112
13,4 77
20,16 105

20,20 76
32,6 165
32,30 171
35,20ss 285
35,22 80

ESDRAS

3,7 101
4,10ss 116
5,3.6 116
6,6.8.13 116
7,21.25 116

NEHEMIAS

2,1ss 116
2,19 99
3,15 ..... 171, 171 (n. 13)
3,22 ..... 50 (n. 5)
4,1s 99, 116
5,14 116
9,7 273
11,25 159
11,26 ..... 144 (n. 9)
12,28s 159
13,15 178
13,14 255

MACABEOS I

5,26.43.44 115
11,28.34 117
11,67 74

MACABEOS II

12,21.26 115

ISAIAS

2,13 81
2,20 355
5,2 178
7,3 101
7,10 356
7,17 356
8,6 ..... 171 (n. 14)
8,23 ..... 77, 78 (n. 15)
10,9 ..... 269, 271
11,16 101
15,5 106
19,18 ..... 70 (n. 3)
19,23 101
22,1 167
23,5-11 71
23,11 71
36-39 351
39,1 299
40,3 ..... 101 (n. 45)
40,6-8 52
46,1 299
49,11 ..... 101 (n. 46)
62,10 77

JEREMIAS

2,13 168
7,14 188
7,25 353
17,26 112
27,10 ..... 354 (n. 45)
29,19 353
32,44 112
33,13 112
35,7 159
35,15 353
36,22ss 192
37,21 174
39,4 ..... 171 (n. 13)
44,4 353
47,4 ..... 95 (n. 36)
49,23 269
50,2 299
51,44 299

EZEQUIEL

25,16 ..... 95 (n. 36)
27,6 81
27,17 70
27,23 270
40,5-43,12 190
47,8 78
47,15-18 ..... 84 (n. 22), 92
47,16.18 ..... 115 (n. 67)
47,18 ..... 15 (n. 13)
48,1 ..... 84 (n. 22), 92

OSEAS

1,5 80
7,4.6 174
8,5.6 190

AMOS

1,5 ..... 82, 270
2,13 102

3,3-6 363
3,15 175
5,10.12.15 165
6,2 ..... 269, 271
6,13 115
7,13 190
9,7 ..... 95 (n. 36)
9,13 178

JONAS

1,3 101

SOFONIAS

2,5 ..... 95 (n. 36)

ZACARIAS

9,1 271
11,2 81
12,11 80

SALMOS

2,11-12 362
18 351
63,1 75
68,15 81
103,15s 52
104 297
110,1 173

CANTAR

4,8 79

JOB

24,11 178

MATEO

4,18 74
4,25 117
14,34 74
27,60 184

MARCOS

1,16 74
5,20 117
6,53 74
7,31 117
16,3 184

LUCAS

5,1 74
24,2 184

JUAN

4,10ss 168
4,20s 320
9,7 171
21,1 74

INDICE DE PALABRAS Y NOMBRES HEBREOS

Reseñamos aquí únicamente las palabras y nombres cuya forma hebrea hemos ofrecido en transcripción. Los nombres del Antiguo Testamento escritos según la forma «comúnmente» empleada en castellano en las traducciones y estudios bíblicos han de buscarse en el índice analítico.

La transcripción trata de presentar lo más nítidamente posible el sistema consonántico, de modo que a cada consonante hebrea corresponda un único signo gráfico latino u otro de los que suelen emplearse en la transcripción de los caracteres hebreos. En aras de la sencillez se ha prescindido generalmente de la indicación de la cantidad de las vocales (vocales largas); en la transcripción del ה hebreo se sigue el sistema fonético de los masoretas de la BHK, representándolo, según los casos, por *p* o *f*. Se omite por lo regular el artículo, a excepción del artículo del *nomen rectum* en fórmulas constructas.

El catálogo sigue la ordenación de las letras en el alfabeto latino; por ello no se toman en consideración ʾ ni ʿ ni los signos diacríticos o puntos. El artículo, aun cuando esté presente, no se contempla en la ordenación alfabética.

ʿabar nahʿra 116
ʿabdat 76
ʾAbēl Bēt-Maʿʿkā 97, ilustr. 3
ʾādōn 289
ʿʿgālā 102
ʿAi 79 (n. 18)
ʿakko 40
ʿʿliyya 167
ʿAqqaron 94, 137 (n. 61), ilustr. 3
ʿaraba 73
ʾAram Bēt-Rʿḥōb (cf. también Bēt-Rʿḥōb) 97, 255
ʾAram-Dammeśeq 97, 255
ʾAram-Nahʿrayim 255
ʾAram-Ṣoba (cf. también Ṣōbā) 97, 111, 255
ʿarbot Moʾab 73, 74 (n. 5)
ʿarbot Yʿriḥo 73
ʾašdōt hap-Pisgā 80
ha-ʾšērī 109 (n. 56)
ha-ʾašūrī 109 (n. 56)
ʿazza 155
baʿal 290
Baʿal Ḥāṣōr 77 (n. 13)
bāšān 81
bayit 82
bʿʾēr 168 (n. 9)
bʿʾēr šebaʿ 40, 43, 46, 56
bʿrekat haš-šelaḥ 171
bēt-ʾāb 82
bēt-ʿeden 270
bēt-gibrin 39, 88, 104, 134, 148
Bētleḥem-Yʿhūdā 75
(Bēt-)Maʿʿkā 97
Bēt-Rʿḥōb 97, ilustr. 3
bēt yeraḥ 134
biqʿat hal-Lʿbānōn 78
biqʿat bet-nʿṭofa 42
biqʿat Mʿgiddō(n) 80
bōr 168
bōṣ 179
dārōm 76
derek 100
dor 95
drk 178
ʾeben bōhan 86
ʿeden 270
ʾEfrayim 78
ʾElat 95
elat 64
ʿēmeq 79
ha-ʿēmeq 44
ʿēmeq ʿĀkōr 79 (n. 18), 86
ʿēmeq Rʿfāʾīm 79 (n. 18)
ʿemeq Yizrʿʾel 80
ʿēn gʿdī 39, 47, 66, 105
ʾereṣ kʿnaʿan 70
ʾereṣ Naftālī 78 (n. 15)

ʾereṣ Yiśrāʾēl 69
ʿEṣyōn-Geber 95
gālīl 77s
gat 178
gᵉlīl hag-gōyim 77
gᵉlīlā 78
Gᵉšur 97, ilustr. 3
giḥon 169, 172 (n. 14)
Gilʿād 81
Gilboaʿ 77
hadom 173
har 75
har(ē) ha-ʿᵃbārīm 80
har ʿĒbal 77
har ʾEfrayim 76s, 78 (n. 16)
har Gaʿaš 77
har Gᵉrizzīm 77
har hag-gilʿād 81
harē haggilboaʿ 40, 41, 44, 77
har Ḥermōn 78
har hakkarmel 40, 77
har Nᵉbō 80
ḥarod 37, 42, 44, 47, 88, 95, 105, 107, 108, 111
har Salmōn 77
har Ṣᵉmārayim 77
har tabor 45, 48
har timnaʿ 64, 180
har ṭub 39
har Yᵉhūdā 75, 78 (n. 16), 86
ḥaṣer 159
ḥaṣeba 105
Ḥermon 78
ḥōf hay-yām 79
ḥori 251
ʿiyyē ha-ʿᵃbārīm 80
karmel 77
kaśdīm 249 (n. 15)
kᵉfar zᵉkarya 104
kᵉnaʿan, kᵉnaʿᵃni 70
kesef 181
kᵉrētī (u-fᵉlētī) 95 (n. 36)
kikkar (hay-Yardēn) 74 (n. 5)
kinneret 74
kōkīm 184
Layiš 91
Lᵉbānōn 78
Lᵉbona 103
lṭš 180
Maʿᵃkā 87, ilustr. 3
maʿᵃlēh 105
maʿᵃlēh ʾadummīm 105
maʿᵃlēh ʿaqrabbīm 105
maʿᵃlēh hal-lūḥīt 106
maʿᵃlēh haṣ-siṣ 105
massōrā 309
matteh 82
mayin ḥayyin 168
merkābā 102
mᵉsillā 100, 101, 102, 103
mᵉṭulla 46, 47
midbar Sin 76
midbar Tᵉqōaʿ 76
midbar Yᵉhūdā 75
midbar Zīf 76
migdāl 34, 166
mīšōr 80, 81
mišpāḥā 83
naṣrat 42, 46
negeb 76, 110, 113
nᵉhar hattanninim 44, 58
niqqūdōt 310
ʾofeh 174
ʾōn 296
pārāšā 312s
peḥā 116
peḥah taḥtīt/prekeb 175
pešer 317
pᵉlištīm 30
Pisgā 80
qārāʾīm 310
qᵉdešim, qᵉdešot 289
Qedeš-Naftālī 75, 91
Qᵉʿīlā 75 (n. 10)
qᵉnaz 98
qiryat yᵉʿarim 48, 127
Qišon 45
Quwe 270
rabbānīm 310
Rabbat bᵉnē ʿAmmōn (Rabba) 96, ilustr. 3
Rāmōt-Gilʿād 81
rᵉḥob šaʿar haʿīr 165
rōš 83
rōš hanniqra 42, 44, 107
rōš pinna 46
Salḥad 81
Šalmōn 81
Šārōn 79 (n. 19)
šebeṭ 82
sᵉbīr 310
seder 312
ṣᵉfat 42, 74
šēʿīr 76
šelaḥ 172 (n. 14)
šelem 291
Ṣᵉmārayim 77
Śᵉnīr 79
šᵉfēlā 76, 88, 91, 110, 112, 148, 151
*seren 268 (n. 30)
sinnōr 169 (n. 10)
Širyōn 79
Ṣōbā 97, 111, ilustr. 3
soba 128
šōmᵉrōn 115
ṣōn 59
sōf pāsūq 312
Sorʿā 91
srf 179
šrq 113 (n. 60)

Ta'nak 154
Tabor 78
tannūr 173 (n. 15)
targem, targum, turg'man 321
tel n'gila 94
tiqqūn sōf'rim 310
ya'ar 'Efrayim 77 (n. 13)
ya'ar Heret 75 (n. 10)
Yābēš-Gil'ād 75, 81
yafo 43, 46, 48
Yahweh 75 (n. 7)
yām 79s
yām hā-'ᵉrābā 74
yam ham-melaḥ 39, 74
yam kinneret 74
yarqon 43, 102, 146
ya'zēr 92
Y'huda 74s
yhd 181
yeqeb 178
Yid'alā 75
z'qēnīm 83

INDICE DE PALABRAS Y NOMBRES ARABES

En la transcripción de estas palabras y nombres, que en su mayoría provienen de los dialectos árabes hablados actualmente en el Próximo Oriente, seguimos el sistema común empleado en publicaciones de carácter científico; coincide casi totalmente con el que propone M. Asín Palacios en su *Crestomatía de árabe literal con glosario y elementos de gramática* (Madrid 1959).

El acento prosódico busca la parte final de la palabra, colocándose sobre una sílaba larga (es decir, provista de vocal larga, transcrita mediante una rayita sobre la vocal) o cerrada (es decir, seguida de consonante o, en fin de palabra, si termina en dos consonantes). El acento recae, pues, en la última sílaba larga de la palabra *o* en la sílaba cerrada. Las palabras que no llevan sílabas largas o cerradas se acentúan en la primera sílaba.

El artículo árabe aparece en la transcripción separado del sustantivo correspondiente mediante un guión; el artículo *el-* se asimila a la consonante siguiente cuando ésta es dental, fricativa o *r* y *n*. El índice sigue la ordenación de las letras en el alfabeto latino; no se toman en consideración ni el artículo ni ʾ ni ʿ, así como tampoco los puntos diacríticos ni los signos. En la transcripción se omite ʾ cuando aparece al principio de la palabra.

ʿabde 76
ābil 97, ilustr. 1
ʿabūd 77
abu habba 300
abuʿl-kemāl 220, 262
āfis 230
ʿağlūn 35, 54, 64, 81, 90, 97, 106, 111, 114, 128, 131, ilustr. 1
ʿakka 44, ilustr. 1
ʿammān 35, 47, 81, 96, 129, 131, 134, ilustr. 1
el-ʿamq 188 (n. 22), 201, 221, 271
ʿamrīt 184
ʿamūd, ʿawāmīd, ʿimdān 34
ʿamwās 130
anṭākíye 188 (n. 22), 221, 274
ʿanze 59
el-ʿaqaba 36, 40, 45, 64, 95, 96, 99, 107, 131, 178, 179, 203, ilustr. 6
ʿaqrab 58
ʿarāq el-emīr 134, 233
ʿarḍ el-ʿarḍe 91
ʿarīš 56
arnab 57
arslan taṣ 176
ʿartūf 39, ilustr. 1
ʿasqalān 94, 164
el-ʿaṣūr 40, 48, 53 (n. 13), ilustr. 1
ʿatlīt 128, 148
ʿaṭṭārūs 92
baghdād 198
baḥr[a] 34
baḥr lūṭ 39, ilustr. 1
baḥret el-ḥēṭ 36
baḥret el-ḥūle 36, 46, 71, 74, 91, 108, 127, 146, ilustr. 1
baḥret ṭabarīye 37, ilustr. 1
ballūṭ 54
el-bālūʿa 222 (n. 3)
bānyās 46, 117, ilustr. 1
baqʿa, biqāʿ, buqēʿa 34
el-baqʿa 79 (n. 18)
barada 202
baṣṣa 34
beden 57
bedū 67
belaḥ 56
beled sinğār 271
el-belqa 35, 47, 55, 85, 86, 92, 96, 106, 111, 114, 117, ilustr. 1
bērūt 23, 72, 107, 272, ilustr. 1
bēsān 37s, 41, 47, 65, 77, 88, 105, 106, 117, 128, 155, ilustr. 1
bēt, buyūt 34
bēt ğibrīn 39, 88, 104, 134, 148, ilustr. 1

bētīn 89, 103, 145, 155
bēt nettīf 104
bēt sīra 104
bēt ʿūr el-fōqa 104
bēt ʿūr el-taḥta 104
bilād er-rūḥa 41, 45, 103, 105, 108, 204, ilustr. 1
el-biqāʿ 36, 64, 78, 97, 108, 201, 204, 269, ilustr. 1,3
bīr, biyār 34
birke, burak, burēke 34
bīr es-sebaʿ 40, 43, 46, 65, ilustr. 1
birs nimrūd 300
boṣra 47, ilustr. 1
el-brēǧ 229, 269 (n. 31)
el-buḥēra 344
buqēʿa 86, 96
burdeqān 56
burǧ, burēǧ 34
burǧ bētīn 89
butm 54
dēr 34
derʿa 36, 47, 81, **ilustr. 1**
dēr el-azhar 112
dēr ez-zōr 66
derb el-haǧǧ 47
dēr dubwān 187, 191, **ilustr. 5**
dīb 57
dībān 96, 229
dura 55
eḥṣēni 57
ʿēn, ʿuyūn 34
ʿēn ʿaṭān 170 (n. 11)
ʿēn feṣḥa 149, 317
ʿēn ǧelʿad 81
ʿēn ǧidi 39, 47, 66, 105 **ilustr. 1**
ʿēn ḥaṣb 105
ʿēn qdēs 76
ʿēn šems 91, 112, 151
ʿēn sitt maryam 169
ʿēn umm ed-dereǧ 169
erīḥa 38, 47, 48, 56, 155, ilustr. 1
esdūd 94, 190
etel 55
faras 59
fayyūm 330
fellaḥ 58
fēnān 64
fīq 108
filasṭīn 31
fuqūʿa 41
ǧabbūl 203
ǧamal 58
ǧāmiʿ, ǧawāmiʿ 34
ǧbēha 106
ǧbēl 210, 224, 272
ǧebaʿ 112
ǧebel, ǧibāl 32
ǧebel ʿaǧlūn ilustr. 1
ǧebel el-anṣārīye 201, 271
ǧebel el-aqraʿ 107, 302
ǧebel ed-druz 36, 47, 62, 65, **81**, **115**, ilustr. 1
ǧebel ǧelʿad 81
ǧebel ǧermaq 42, 48
ǧebel ferdēs 133
ǧebel fuqūʿa 40, 41, 44, **ilustr. 1**
ǧebel ḥalāq 76
ǧebel el-ḥalīl 39, ilustr. 1
ǧebel ḥaurān 36
ǧebel islāmīye 40, 48
ǧebel karmel 40, ilustr. 1
ǧebel libnān ilustr. 1
ǧebel el-menēīye 64, 180
ǧebel el-mušaqqaḥ 42, 44, 91, ilustr. 1,3
ǧebel nāblus 40, ilustr. 1
ǧebel el-quds 39, 40, ilustr. 1
ǧebel er-rūmēde 152
ǧebel ṣafed 42, ilustr. 1
ǧebel eš-šēḫ 79, 202
ǧebel eš-šerqi 202, ilustr. 1
ǧebel et-telǧ 51, 202, ilustr. 1
ǧebel eṭ-ṭōr (I) 40, 42 (n. 16), **48**
ǧebel eṭ-ṭōr (II) 42, 45, 48
ǧebel eṭ-ṭōr (III) 42 (n. 16)
ǧemdet naṣr 212
ǧenīn 45, 46, 170, ilustr. 1
ǧerāblus 270
ǧerād 58
ǧeraš 36, 131, ilustr. 1
el-ǧezīre 198, 203, ilustr. 6
ghanam 59
ghazāl 57
ghazze 43, 47, 94, 155, ilustr. 1
ghōr, ghuwēr 34
el-ghōr 37, 45, 47, 65, 73, ilustr. 1
el-ghuwēr 37, 74
eǧ-ǧīb 104, 148, 170
ǧisr, ǧusūr 34
ǧisr ed-dāmiye 127
ǧisr benāt yaʿqūb 46, 108, 127
ǧisr el-muǧāmiʿ 127
gīze 205
ǧōlān 36, 62, 81, 90, 97, 108, 115, 134, 204, ilustr. 1
ǧubb ǧenīn 64
ḥābūr 198, 203, 211, 220, 248, ilustr. 6
el-ḥadr 225
hadramaut 200
haǧal 58
haǧar, hiǧār 32
haleb 202, 229, 272
el-ḥalīl 39, 40, 46, 56, 86, 98, 152, ilustr. 1
ḥama 221, 269
ḥammām 34
hamme 34
hān 34. 129
ḥanzīr berri 57

ḥaram 34
ḥaram rāmet el-ḫalīl 152
ḥarrūb 54
ḥarūf 59
el-ḥašm 41, ilustr. 1
ḥauran 131
ḥēfa 43, 44, ilustr. 1
el-ḥeǧāz 200, 204, 233, ilustr. 6
ḥesbān 92, 106, ilustr. 1
ḥeṣn, ḥuṣūn 34
ḥinṭa 53
ḫirbe, ḫurab 34, 135
ḫirbet ʿabbād 104
ḫirbet baṭne 106
ḫirbet belʿame 170
ḫirbet el-burǧ 95
ḫirbet ǧelʿad 81
ḫirbet ibzīq 106
ḫirbet kerak 134
ḫirbet mefǧir 129
ḫirbet el-miniye 129
ḫirbet el-mukawēr 133
ḫirbet el-muqannaʿ 94
ḫirbet el-ʿōǧa el-fōqa 48
ḫirbet qumrān 149, 238, 316ss
ḫirbet rabūḏ 98
ḫirbet es-samra 64
ḫirbet sēlūn 103, 145, 188
ḫirbet teqūʿ 105
ḫirbet eṭ-ṭubēqa 88, 148
ḫirbet wādi el-ḫōḫ 170
ḥmār 58
ḥoms 201, 266, 272, ilustr. 6
ḥorsābād 275, 278, 280
ḥrēbet en-naḥās 64
ḥṣān 59
ḥūle, cf. baḥret el-ḥūle
ʿirāq 198, 207, 247, ilustr. 6
irbid 36
irbil 300
kābūl 78
karnak 273, ilustr. 7
kelb 57
kenīse, kanāʾis, kunēse 34
el-kerak 35, ilustr. 1
kerkūk 251
kerm, kurūm 34
kōkab el-hawa 128
kurnub 105
kuyunǧik 220, 275
el-leǧa 36, ilustr. 1
lidd 43, ilustr. 1
el-lisān 38, ilustr. 1
lubban 103
mādeba 35, 48, 80, 129, 130 (n. 36), ilustr. 1
maltaya 293
mār sābā 332
masnaʿ 108
el-mašnaqa 133
maṣṭaba 205
medīne, medāʾin 34
meǧdel, meǧādil 34
mell, mellūl 54
membiǧ 343
merǧ, murūǧ, murēǧ 34
merǧ ayyūn 97, 108
merǧ ibn ʿāmir 44, ilustr. 1
mērōm 74
mesǧid, mesāǧid 34
mešref[e], mašārif, mušērife 32
meʿz 59
mīne 34
el-mišrefe 266, 272
mōṣul 203, 220, 250, 275, 300, 342, ilustr. 6
mōz 56
mrašraš 64
mšetta 129
mughāra, mughāʾir 34
mughāret el-warde 64
muntar, manāṭīr 32
nāblus 40, 41, 44, 46, 48, 105 134, 155, 320, ilustr. I
naḫl 56
nahr 34
nahr el-ʿaṣi 36, 201
nahr belīḫ 198, 248, 270, 300, ilustr. 6
nahr diyāla 198
nahr ǧālūd 37, 42, 44, 47, 88, 95, 105, 107, 108, 111
nahr iskanderūne 43, ilustr. 1
nahr el-kebīr 107, 201, 204, 284
nahr el-kelb 107
nahr el-līṭāni 42, 201, ilustr. 1.
nahr el-mefǧir 43, ilustr. 1
nahr el-muqaṭṭaʿ 45, ilustr. 1
nahr el-ʿōǧa 43, 102, 146, ilustr. 1
nahr el-qāsimīye 201
nahr rūbīn 43, ilustr. 1
nahr sukrēr 43, ilustr. 1
nahr ez-zerqa (I) 35, 37, 44 (n. 21), 61, 81, 106, ilustr. 1
nahr ez-zerqa (II) 44, 58, ilustr. 1
nāqa 59
naqb, nuqēb 34
naqb eṣ-ṣafa 105
en-naṣira 42, 46
nāʿūr 47, 92, 97
en-neba 48, 80
nebi ōšaʿ 35
nebi yūnis 275
nērab 230
netel 55
neteš 66
niffer 260
nimrūd, cf. tell **nimrūd**

en-nuqra 36, 55, 81, 90, 115, 141, ilustr. 1
qabr, qubūr 34
qāqūn 128
qal'a, qilā' 34
qal'at el-qurēn 128
qal'at er-rabaḍ 128
qal'at šerqāt 274
qanṭara, quanāṭir, qunēṭra 34
qantīr 273
qarn, qurūn, qurēn 32
qarn ṣarṭabe 37, ilustr. 1
qaṣr, quṣūr, quṣēr 34
qedeš 78, 91
queriye, qura 34
el-qeriye, qeriyet el-'eneb 48, 112, 127, 129
qēṣāriye 43, 44, 58, 133, ilustr. 1
qrēš 54
qubbe, qubēbe 34
qubbet es-ṣaḫra 128
el-quds 39, 46, ilustr. 1
qunēṭra 108
rāġib 64
raḫam 58
er-ram 112
raml[e], rumēle 34
er-ramle 43, 127, ilustr. 1
rās, rūs, 32
rās el-abyaḍ 107
rās feŝḫa 317
rās nahr el-kelb 107
rās en-nāqūra 42, 44, 107, ilustr. 1
rās šakka 107
rās eš-šamra 182, 210, 223, 224, 226, 227, 237, 254, 272, 300, 301
rās es-siyāgha 80
retem 55
riḫāb 97
ruād 272
ruǧm, ruǧum, ruǧem 32
ruǧm el-baḥr 38
er-rumēle 141
rummān 56
ruwēse 225
sabḫa, sibāḫ 34
ṣabr 56
ṣaḫra, ṣaḫr 32
ṣafed 42, 74, ilustr. 1
ṣāġ 174
sahl 34
salh el-baṭṭōf 42, ilustr. 1
eṣṣa'id 344
ṣalḫad 81
es-salt 35, 47s, 106, ilustr. 1
samaḫ 47
es-samūm 52
ṣān el-ḥagar 266, 273
saqqāra 232
ṣar'a 91, 190
šaġaret kīna 56
ša'īr 55
šaṭṭ el-'arab 198
šēḫ abrēq 149
šēḫ sa'd 115
šerī'a 34
šerī'at el-kebīre 36
šerī'at el-menāḍire 35, 36, 81, ilustr. 1
eš-šerqīye 52
sebaṣtiye 115, 127, 133 (n. 53), 141, 147, 148
es-sebbe 133, 149
ṣēda 271, ilustr. 1
sefīnet nuḫ 266
sefīre 230, 270
sēl, suyūl 34
sēl hēdān 92
sēl el-mōġib 35, 47, 92, 96, ilustr. 1
selūqiye 134
ṣerābīṭ el-ḫādem 225
sidr 55
sindyān 54
sōlem 88
ṣūba 128
ṣubēḫi 106 (n. 54)
šunnār 58
ṣūr 271, ilustr. 1
eṣṣuwēliḫ 96
suwēs 23, 46, ilustr. 6
ṭabarīye 37
eṭ-ṭābgha 130 (n. 36)
ṭāḫūne, ṭuwāḫīn 34
ṭal'at ed-damm 105
tannūr 173
eṭ-ṭantūra 95
ṭarābulus 272
ṭarfa 55
tekrīt 66
telēlāt ghassūl 143
tell, tulūl, tulēl, telēlāt 34, 36, 135, 136, 137, 138, 153, 210
et-tell 79 (n. 18), 144, 187, 188, 191, ilustr. 5
tell abu maṭar 143
tell 'aǧǧūl 144, 225
tell aḥmar 270
tell el-'amārna 218, 273, 297, ilustr. 6
tell 'arēme 92
tell 'ašāra 300
tell el-'aṭšāne 221, 271
tell balāṭa 103, 134, 141, 149, 150, 155, 217, ilustr. 5
tell bēt mirsim 144, 162, 165, 167, 173, 174, 177, 179, 180
tell dēr 'alla 106, 145
tell dōtān 103, 107.

tell ed-duwēr 144, 148, 170, 178, 187, 226, 232
tell el-fārʿa 144, 145, 167
tell el-fāreʿ 144, 148, 172, 186
tell el-fūl 103, 104, 146, 162, 166, ilustr. 4
tell ǧemme 179
tell eǧ-ǧēna 36
tell ǧezer 141, 151, 169
tell ḥalaf 211, 271, ilustr. 6
tell ḥarīri 220, 249
tell el-ḥesi 122, 123, 139, 225
tell el-ḥlēfi 64, 95, 178, 180
tell el-ḥoṣn 37, 144, 155
tell ḥūm 132
tell el-maqlūb 81
tell el-mšāš 85
tell el-mutesellim 141, 143, 146
tell en-naǧīle 94
tell en-naṣbe 112, 151, 165
tell nebi mend 272
tell nimrūd 176, 275
tell el-ʿobēd 211
tell ʿomar 274
tell el-ʿorēme 74
tell el-qāḍi 46, 91, ilustr. 1
tell qasīle 146, 179
tell qīla 75 (n. 10)
tell er-rāme 106
tell ramīṯ 81, 107
tell rifʿat 269
tell el-rumēle 91, 112
tell sandaḥanne 88, 134, 148, 168, 184
tell eš-šēḥa 36
tell es-sulṭān 143, 155
tell taʿannek 93, 151, 154, 217, 267
tell taʿyīnāt 188 (n. 22)
tell waqqāṣ 71, 146
tell zakarīye 104
tibne 77
timsāḥ 58
tīn 56
ṭūl kerm 43, 104, ilustr. 1
tulūl ed-ḏahab 106
tūt 56
umm ed-dereǧ 35
urdunn 31
waʿr 32
wabr 57
wādi, widyān 34, 50
wādi el-ʿaraba 36, 64, 66, 76, 95, 105, 117, 132 (n. 45), 141, 179, 180, 204, ilustr. 1, 3
wādi bēdān 105
wādi ʿēn ʿarīk 104
wādi el fārʿa 41, 105, 143
wādi faṣāʾil 38
wādi ghazze 43, 144, 179, ilustr. 1
wādi ḥaḍramaut 200
wādi el-ḥaramīye 103
wādi el-ḥašne 105
wādi ḥeǧǧāǧ 106
wādi el-ḥesa 95, 96, ilustr. 3
wādi ḥesbān 106
wādi el-ḥesi 43, ilustr. 1
wādi ḥsēnīyāt 106
wādi kefrēn 92, 106
wādi meneʿīye 180
wādi el-merāḥ 64
wādi murabbaʿāt 316 (n. 10), 317 (n. 11)
wādi nāblus 104
wādi el-qelt 105
wādi sannīn 64
wādi es-sanṭ 104
wādi selmān 104
wādi es-sidr 105
wādi es-sīr 96
wādi eṣ-ṣur 75 (n. 10)
wādi eṣ-ṣuwēnīt 112
wādi et-tēm 108
wādi ʿuyūn mūsa 106
wādi el-wāle 96
wādi yābis 81
wādi ez-zēdi 36
wādi zēmir 43, 104, 105
waʿl 57
waʿr 32
warka 211
wāwi 57
weli 34
yabrūd 103
yāfa 43, 46, 47, 48, 101, 114, ilustr. 1
yālo 79, 91, 112
yemen 200
yorghan tepe 251
zāb 198, 275
zabʿ 57
zaḥle 64
zaḥr, zuhūr 32
zaʿrūr 55
zerʿīn 44, 80, 88, ilustr. 1
zētūn 55
ez-zōr 37, 57, 66

INDICE ANALITICO

Abasíes 128
Abibaal, inscripción de 224
Abisinia 240, 247, 344
Abreviaturas en el texto hebreo 356
«Absalón, Tumba de» 184
Absides 130
Acad 235, 248, 261, 263, 274, ilustr. 6
Acádico 94, 235s, 241, 243, 248, 249, 250, 265
Acadios 248, 249, 250
Aceite 55, 173, 177, 232
Aceitunas 55, 177
Acre, llanura de 44, 72, 91, 93, 95, 102, 106, 107, 114 (n. 65), 128, 134
Acrofonía 228
Acrópolis 147, 150, 164, 166, 187, ilustr. 4
Acueductos 131
Adad-Nirari I 264
Adad-Nirari III 269
Adiabene 327
Adivinación 300
Adonis 289
Adornos 176, 180, 186
Adyton 188
Afra 347
Afraates 302
Agricultura 40, 177
Agripa II 185
Agua, abastecimiento de 160, 168-172, 203
Aguanieve 53
Agustín, san 346
Ahiram, sarcófago de, inscripción de 173, 186, 224, ilustr. 8
Ahuramazda 303
Ajab 175
Ajenjo 66
Ajet-Atón 297
Akán 86
Alabastro, vasijas de 174, 208
«Alacranes, Cuesta de los» 105
Alalaj, textos de 71, 221, 271
Albright, W. F. 153
Alcantarillado 167
Alcuino 348
Aldina 339
Alejandría 117, 273, 324s, 331
Alejandro Magno 117, 134, 196, 258, 262, 271, 274, 285, 303
«Alejandro, sarcófago de» 186
Alepo, códice de 311s
Alfabeto 222ss
Algarrobo 54
Alianza 109
Almazara 177
Almenas 164
Alminar 127
Alt, Albrecht 153
Altar 187, 190, 288
de incienso 191s
Aluvial, suelo 62, 168
Amalecitas 98
Amano 201, 203, 270, ilustr. 6
Amarna, tablillas de El 71, 88, 93, 218, 237, 243, 267, 280, 284
Amenemhet 258 (n. 20)
Amenofis 259
Amenofis II 72
Amenofis IV 297
Ammón, ammonitas 96, 97, 98, 104, 115, 117, 137 (n. 61), 141, 156 (n. 19), 238, 254, 268, ilustr. 3
Amón 292, 296s
Amón-Ra 259, 297
Amorreos 79, 94, 249
Amuleto 176
Amurru 73, 94, 249, 284
Anales 216, 220, 265, 277
Anat 289, 301
Anatolia 200
Anillo 176
Ankara 241, 264, ilustr. 6
Antilíbano 64, 79, 97, 108, 201, 204, 239, 269, ilustr. 6
Antíoco IV 117, 303
Antioquía 117, 274, 334, 336, 343
Antonia 133
Anu 299
Año Nuevo, fiesta del 295, 299
Apis 296
«Apócrifos» (=deuterocanónicos) 349
Apolonio 117
Aprisco 159 (n. 1)

Aqueménidas 242, 252, **303**
Aquila 322, 326, 334, 347
Arabe 32, 240, 343
Arabes, Arabia 31, 99, 117, 128s
Arabia Meridional 200, 203, 204, 209, 233, 240
Arado 55, 58, 177
Arameo 76, 116, 233, 238s, 241, 243, 249, 254s, 270, 318, 321ss, 329, 341, 354, 360 (n. 48)
  imperial 116, 238
Arameos 97, 104, 110, 112, 115, 255, 262s, 269
Ararat 244
Arbela 300
Arca de la Alianza 102, 188
Arcilla, clavijas de 207
  prismas de 218
  tablillas de 217ss, 223, 263
  vasijas de (cf. también **Cerámica**) 136, 174, 178, 186
Arenisca 61, ilustr. 2
Arinna 302
Aristarco, signos aristárquicos **334s**, 347
Aristeas, carta de 324s
Armas 179s, 186
Armenia 200, 244, 252, **253** (n. 17) 343
Armenia, versión 343
Armenoide, raza 246
Arnón 35, 80, 92, 96, 133, **ilustr. 3**
Arnuwandaš 265
Arpad 269
Arquelao 118
Artajerjes I 116
ʿartuf, falla de 39
Arvad 272
Asá 112
Asarhaddón 264, 274, 280
Ascalón 94, 164, ilustr. 3
Ašera 289, 301
Ašerim (= cipos) 190
Ašdod 94, 115, 116, 190, 302, ilustr. 4
«Ašdodeo» 255
Aser 91, 111, ilustr. 3
Asia Menor 107, 200, 203, 204, 208s, 212, 217, 241, 242, 244, 250, 253, 260, 263, 264, 265, 270, 272, 275, 283, 289, 293, 302
Asiática sudoccidental, raza 246
Asiria 117, 182, 263s, 268, 274s, 278, 280s, 284, 285s, 299s, ilustr. 6
Asirio 235s
Asirios 72, 94, 115, 117, 250, 261, 263s, 268, 270s, 278, 280, 283, 284, 293, 299
Asmoneos 117, 134, 182, 271, 279
Asno 58, 59, 102, 203
Astarté 176, 190, 289
Asterisco 334
Asuán 232, 247, ilustr. 6
Asur (ciudad) 238, 274, 278, **299**, ilustr. 6
Asur, *Ašur* (dios) 264, 299
Asurbanipal 220, 263, 264, 280
Asur-Dan III 283
Asurnasirpal II 264, 275
Asur-Uballit I 264
Atarot 92
Atón 296
Attis 289
Augurios 300
Avaris 266, 273
Axum 344
Ay 144, 187
Ayyalón 79, 91, 104, **112, ilustr. 3**
Azecá 104
Azitawadda 270
Azufaifo 55

Baal 290, 292, 301
Baal Safón 302
Baalat Guébal 302
Baša 112
Babel 261, 274
Babilonia (ciudad) 208, 250, 262, 274, 299, ilustr. 6
Babilonia (región) 93, 252, 261, 262, 263, 264, 278, 279, 280, 282, 283, 284, 285, 286, 293, 310, 312, 314s, 322, 323
Babilónico 93, 116, 236, 242, 249
Babilonios 249
Bagdad 128, 198, 212, 235, 260, ilustr. 6
Bananero 56
Barba, moda de la 246, 247, 249
Bar-Hadad 269 (n. 31)
bārū 300
Baruc 338
Basalto 62
Basán 81, 91
Bauer, Hans 223 (n. 5)
Beatty, Chester 330, 340
Becerro de oro 293 (n. 43)
Beduinos 67
**Beeroth* 272
Beisán (cf. Bet-Šan)
Bel, *bēl* 299
Bel y el Dragón 338, 349
Belén 75, 103, 104, 130, 347
Ben Ašer 310ss
Ben-Hadad I 229, 255, 269 (n. 31)
Ben Hayyim, Jacobo 311
Benjamín 86, 89s, 109 (n. 55), **110**, 111, 112, 114, 145, ilustr. 3

Ben Neftalí 310ss, 313
Beršeba 46, 85, 91, 143
Bet Alfa 50
Betel 77, 89, 101, 103, 114, 145, 155, 167, 190, 356, ilustr. 3
Bet-Jorón 104
Betonim 106
Bet-Pélet 144 (n. 9)
Bet-Šan 37, 95, 117, 143, 155, 186, 188, 190, 191, 204, ilustr. 3
Bet-Šearim 149, 186
Bet-Šemeš 91, 101, 112, 151, 224, 225, ilustr. 3
Bet-Sur 88, 148, 164, 181, ilustr. 3,4
Bézeq 106
Biblos 182 (n. 17), 186, 210, **224s**, 227, 228, 230, 272, 302
Bieldo, horca 55, 177
Bilingües, inscripciones 221
Biso 179
Bit-Adini 270
Bit-Agusi 270
bīt akītum 299
Bizantino, período 46 (n. 23), 129s
Boda sagrada 289, 294
Bogazkoy 238s, 243, 251, 252, 267, 275, 280, 284, 293, 303, ilustr. 6
Bohaírica, versión 344
Bohán 86
Bomberg, Daniel 311, 323
Borsippa 300
Bosque 35, 53, 57, 59, 65ss, 81
Brasero 192
Brevas 56
Bronce, Edad del 136, 137, 140s, 143ss, 160, 161, 162, 164, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 178, 182, 183, 187s, ilustr. 4,5
Buitre 58
Burckhardt, J. L. 23
Buey 58, 102

Caballeriza 147
Caballo 59, 102, 252, 266, 267, **270**
Cabra 59
Cabra montés 57
Cabul 78
Cactus 56 (cf. Chumbera)
Cadenas 336, 340
Cadés-Barnea 76, 155
Cadés de Neftalí 75, 78, 92, ilustr. 3
Cadés del Orontes 272, 284
Cafarnaúm 74, 132
Caftor 95 (n. 36)
Cairo, El 127, 128, 218, 273, 296, 309, 311, 312, 315, 321, 326, 330
Calaj 176, 275, ilustr. 6
Calcolítico, período 136, 142s, 168, 175, 179, 183, (n. 18), 211
Caldeos **249**, 262
Caleb, calebitas 75, 88, 98, ilustr. 3
«Calendario agrícola» 229
Calzadas romanas 100, 102, 104, 105, 132
Cama 167, 172, 176
Cambises **260**, 285
Camello **58**, 59, 67, 99, 203
Canaán **29**, 70ss, 82
Cananeo 93, 236s, 254ss, 301s
Cananeos 70ss, 84, 93ss, 108s, **111**, 112s, **113**, 155, 164, 255, 268s, **290**
«Cananeos orientales»! 248
Canon del AT 338s, 340
Canope **298**
Capítulos, división en 312, 313, **338**, 349
«Capadocia, tablillas de» 263
Caraítas 309, 311
Caravanas 58, 107, 203s
Carbono radiactivo, prueba del 136 (n. 58), 281
Carmelo 41, 44, 54, 91, 93, 103, 104, 128, 201, 204
Carmí 86
Carnaim 115
Carismáticos 84
Carrhae 270
Carro de combate 102, 107, **164**, **266**, 267s
Carro de transporte 102
Carroña 57
Carta de Jeremías 338, 349
Cartas 220, 221, 261
Casa 135, 166ss
Cascotes de arcilla (cf. Ostraca) 152s, 174, 215, 225, 230s
Casiodoro 348
Casita 344, 252
Casitas 252, 261, 280, 285
Castellum Peregrinorum (= Castillo de los Peregrinos) 128
Castillos 96, 128, 148
Castillos romanos 131s
Cavernas con sepulturas 182s
Caveto 206
Caza 57, 178
Cebada 55
Cedro 101
Cedrón, valle del 169, 171, 171 (n. 13), 183, 184, 233
Celesiria 122
Celtas 56, 177
Cementerios 149, 206, 298
Cenomaniense 61, 64, ilustr. 2
Cerámica 122, 123, 136, 139s, 141 (nn. 3, 4), 144, 152, 147s, 211s, 281
Cerámica polícroma **211**
Cereales **55**, 67

Cesarea de Filipo 46
Cesarea de Palestina/del Mar 30, 43, 102, 118, 128, 133, 331, 334, 335
Ceyhan (río) 270
Cibeles 289
Cilicia 203, 221
Cilicia, llanura de 200, 201, 270
Ciprés 101 (n. 48)
Circuncisión 95
Cirilo de Alejandría 336
Ciro 262, 286
Cisneros, F. Jiménez de 339
Cisternas 39, 168, 170 (n. 12)
Ciudades, de la Edad del Bronce 134s, 138, 160s
de la Edad del Hierro 136, 160s
helenísticas 134, 139, 139 (n. 2), 148, 161, 168
romanas 131, 161
Ciudades-estado 72, 78, 79, 86, 88, 89, 92, 93, 95, 108s, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 156, 161, 166 261, 267s, 271ss, 298, ilustr. 3
Clan 82, 83, 113
Cobre 63s, 143, 179
Cocodrilo 58
Codex Alexandrinus 330s, 339
Codex Ambrosianus (LXX) 331
Codex Amiatinus 347
Codex Argenteus 343
Codex Atheniensis 333
Codex Basiliano-Vaticanus 333
Codex Bodleianus Geneseos 333
Codex Cairensis 311s
Codex Coislinianus 332, 335
Codex Colberto-Sarravianus 331, 335
Codex Complutensis 346
Codex Cottonianus Geneseos 332
Codex Ephraemi Syri rescriptus 332
Codex Freer 332, 332 (n. 19)
Codex Hillel 331 (n. 3)
Codex Legionensis 346
Codex Leningradensis 312
Codex Lipsiensis 332
Codex Lugdunensis 346
Codex Marchalianus 332, 336
Codex rescriptus Cryptoferratensis 333
Codex Reuchlinianus 313, 324
Codex Severi Hebraicus 311 (n. 3)
Codex Sinaiticus 330, 331
Codex Vaticanus 330, 336, 339
Codex Venetus 333
Códices modelo 311s
Código de Hammurabi 261, 274 (n. 33)
Columna, árabe meridional 209
egipcia 206, 214
siria septentrional 209
«Comentario» (cf. hebr. *pešer*) 319
Comercio 165, 180s
Conjetura 361s
Conjuro, textos de 215s, 300
Constantino 129
Construcción, técnicas de 164
Copto 238, 344
Corona, dominios de la 113, 232
Costera, llanura 41, 42s, 52, 79, 93, 94, 102, 255
Creta 95 (n. 36), 140
Cretácico 61s
Cremación de cadáveres 182
Cuernos de altar 191, 191 (n. 24)
«Cuesta» 105s
Cuevas del mar Muerto (cf. *hirbet qumrān*) 310, 316ss
Culto a los soberanos 303
Cuneiforme 213, 217-221, 223s, 223 (n. 4), 224, 226s, 231, 236, 238, 240s, 243s, ilustr. 7
Cuneiforme, literatura 218ss
Cúpula de la Roca 128s, 188

Chacal 57
Champollion, J. Fr. 214
Chipre 139, 211, ilustr. 6
Chumbera 56

Dagan 300, 302
Dagón 190, 302
Damán 57
Damasco 46, 47, 65, 66, 97, 107, 110, 112, 115, 127, 128, 202, 204, 255, 269, ilustr. 1, 3, 6
Dámaso I 347
Demonios 207, 290, 293
Dan (ciudad) 46, 91, 190, ilustr. 3
Dan (tribu) 91, ilustr. 3
Danunianos 270
Darío I 116
Dátiles (cf. Palma datilera)
David 63, 84, 95 (n. 36), 96, 97, 98, 109ss, 135 151, 164, 268
Debir 98
Decápolis 30, 117, 135
Delta 197, 203, 258, 264, 266, 273, 344, ilustr. 6
Demótico 214, 230
Desierto 51 (n. 29), 52, 55, 65ss, 73s, 97ss, 197, 198
Arábigo 197
de Judá 47, 75, 86, 98, ilustr. 3
Líbico 197, 205, 246
Siro-Arábigo 33, 46, 63, 65, 67, 96, 97, 198, 201, 203, 248, 249, ilustr. 3, 6
Deutscher Verein zu Erforschung Palästinas (DPV) 24, 48, 146, 150
Diadema 176
Dibón 96

Diluvial (suelo) **62**
Dinastías egipcias **257ss, 277**
Dinero 181s
Diosa madre **289**
Dioses, de la **ciudad 292, 302**
de los padres **291**
que mueren **y resucitan 289s, 295,** 301
de la vegetación **289,** 301
Distrito 85, 92, 98 (n. 42), **111ss**
Dittografía 353
Divinidades cósmicas 290, **292, 296,** 301
femeninas 289
locales 290, 291
teriomorfas 293, 296
Dolmen 183 (n. 18)
Dominus flevit 185
Dor 95, 114, ilustr. 3
Dotán 103, 107, 151
Drama cúltico 294s, 301
Dunas 42, 43, 44, 51 (n. 29)
Dūr-Šarrukîn 275

Ea 299
Ebal 105
Ecce Homo, arco del 133 (n. 50)
Eclipse de luna 282
de sol 283s
Edesa 233, 342
Edom, edomitas 64, 76, 83, 96s, 98, 101, 103, 110, 115, 116, 137 (n. 61), 141, 238, 254, 268, ilustr. 3
Efraín 76s, 90s, 111, 113, 115, ilustr. 3
Efrén, san 331, 342
Egipcia, literatura 215ss, 259
Egipcio 214ss, 240s, 265, 344
Egipcios 73, 94, 144, 188, 246s, 251, 257ss
Egipto 66, 94, 101, 106, 140, 164, 174, 175, 176, 186, 197, 198, 203ss, 205ss, 211, 218, 232, 238, 245, 257ss, 264, 265ss, 272, 273ss, 277s, 280s, 282ss, 285, 287, 289, 292, 293ss, 325, 326 (n. 17), 331, 334, 337, 344, ilustr. 6
Eiseiba 105
Ejn-Atón 218, 297
El 264
Elam, elamitas 243, 252, 268, 274 (n. 33), ilustr. 6
Elamita, lengua 117, 242, 252
Elefantina, papiros de 232ss, 238, 239, 335
Eleuterópolis 104
Elibaal, inscripción de 224
El-Obed, cultura de 211
Elohísta 94, 99
Eljil, Enlil **260, 299s**
Emaús 130
Embalsamamiento **298**
Encina 36, 54, 81
Enmienda del texto 360
Entronización, fiesta de la 300
Enuma ēliš 294, 299
Eoceno 62
Epónimos 220, 264, 278, 281, 283
Eqrón 94, 101
Era 55, 177
Eras 282s
Erección, documentos de — de edificios 218
Erfurt, manuscritos de 314 (n. 8)
Erman, A. 238
Errores textuales 351ss
Esbus 106
Escabel 173
Escarabajo 176
Escitópolis 105, 117
Escorpión 58
«Hombre-escorpión-pájaro» 252
Escriba 214, 218s
Escritura pictográfica/ideográfica 213s, 217, 225
Esdrelón, llanura de (cf. Yizreel, llanura de)
«Esenios» 318
Esfinge 206
Esmaltados, ladrillos 208
Esmún, *Ešmun* 289, 300
Espejo 176
Estatuas 218, 225
Estaciones romanas de ruta 100, 103, 132
Eštaol 92
Estela 191, 207, 209, 219, 222 (n. 3), 229, 255
Estepa 55, 65ss, 198
Esyón-Guéber 95, 178
Etam 170
Etiopía 247, 260 (n. 23)
Etiópico 240, 344
Eucaliptus 55
Eufrates 66, 67, 98, 198, 203, 204, 207, 212, 220, 235, 247, 249, 262, 266, 267, 270, 274, 279, 300, ilustr. 6, 7
Eusebio de Cesarea 29, 76, 334, 335
Excavaciones 139ss, 178s
Execración, textos de 258
Exemplar Parisiense 348, 349
Ezequías 171

Falda de flecos 208
Familia 82
Faraón 101, 107, 108, 216, **258,** 266, 273, **278, 285,** 293, 296

Fatimíes 128
favissa 187, ilustr. 5
Fayenza 174, 176
Fenicio 221, 229, 237, 270
Fenicios 71, 96, 222, ilustr. 3
Fíbula 176
Filadelfia 131, 134
Filisteos 30, 84, 95, 99, 101, 107, 110, 115, 117 137 (n. 61), 141, 145, 146, 232, 255, 268, 302, ilustr. 3
Filón de Alejandría 317
Filotería 134
Filoxeniana 342
Fonética, escritura 214, 217, 221, 222
Flores 51, 53, 54
Forja 180
Fortalezas 104, 105, 112, 160, 164
Fortificaciones 96, 128, 146, 149
Frescos 142
Frigios 253
Fuente 160, 168ss, 190
Fundición 64

Gabaón 64, 104
Gacela 57
Gad 91, 92, ilustr. 3
Galaad 75, 81, 91, 107, 111 (n. 58), 114
Galilea 41s, 71, 77, 88, 91, 102, 106, 132 (n. 48), 138
Gallina 59
Ganadería 177
Ganado menor 39, 55, 59, 67, 76, 101
Garizim 77, 130, 320
Garriga 54
Gat 94, 110 (n. 57)
Gaza 43, 94, 122, 144, 155, 179, 302, ilustr. 3
Genesaret 74
Geniza 310, 315, 321, 326
Gerasa 131, 168
Glosas 93, 237, 356s
Glosas con lema 356
Golán 81
Gozán, *Guzana* 270s
Gótica, versión 343
Granado 56
Granero 174
Granizo 53
Griegas, versiones bíblicas 323ss, 329
Grotefend, G. F. 217
Gubla 273
Gueba 112
Guébal 272, 302
Guézer 141, 148, 151, 165, 169, 177, 182, 191, 225, 229, 234
Guibeá 101, 103, 104, 146, 162, 166

Habacuc, comentario de 317, 318
Habitación alta 167
Ḥadatu 176
Ḥadrak, *Ḥatarikka* 271
Haifa 45, 47, 50, 77
Ḥalab 272
Ḥalis 200
Hamat 65, 221, 230, 254 (n. 18), 269, 271, ilustr. 6
Hammurabi 261, 262, 280, 282, 283
Ḥana 262
Haplografía 353
Ḥarrânu 270, 299
Ḥatti, país e imperio de 72, 94, 242, 265, 278, 283
Ḥattina 271
Ḥattušaš 275, ilustr. 6
Ḥattušiliš 265
Ḥattušiliš I 265
Ḥattušiliš III 265, 284
Ḥaurán 81, 115, 131
Ḥaurina 81, 115, 131
Hebreo 93, 185, 225, 237, 314, 318, 320, 324, 326, 360, 363
Hebrón 39s, 46, 56, 75, 86, 93, 98, 103, 144, 152, ilustr. 3
Hecateo de Abdera 190
heğāz, ferrocarril del 47, 65, 103
Heliópolis 290, 296
Henoteísmo 291
Ḥepa 303
Hermón 51, 79, 117
Herodes 29, 43, 102, 133, 149, 164, 182, 188, ilustr. 4
Hesiquio 334, 336
Héxaplas 333ss, 340, 343
Hicsos 102, 164, 265ss, 272, 273, 283,
Hiena 56
Hierático 214, 230
Hierba 55
Hierro 64, 179
Hierro, Edad del 135s, 137, 140, 145ss, 164s, 166, 167, 170, 178, 183, 187, 188, ilustr. 4
Higuera 56, 178
«Hijas» de una ciudad 160
Hilar 179
Hipódamo de Mileto 168
Hitita 241s, 244
Hititas 72, 79, 94, 242, 253, 261, 264s, 270, 272, 264, 278, 280, 283, 284, 302
Hogar 173s
Holocausto 290, 294
Homeoarcton 354
Homeoteleuton 353
Horno 173s
Horus 293
Hoz 177, 180

Hrozný, Fr. 241
«Huertos reales» 171 (n. 13)
ḥūle, lago (cf. *baḥret el-ḥūle)*
Hurrita 94, 243, 251, 254, 267
Hurritas 251ss, 266, 302s

Ideología real 293
Idrimi, inscripción de 71, 271
Idumea 76, 116
Iglesias bizantinas 129s, 138, 186, 188 (n. 23)
de los Cruzados 127s, 138
Indoeuropeo 241ss, 246, 253, 253 (n. 18)
Indoiranio 93, 242s, 251s, 267, 302
Indo-iranios 251, 303
Indra 303
Intef 258 (n. 20)
Irán 198, 250, 252, 303, ilustr. 6
Iraq 199, 207
Isacar 88, 111, ilustr. 3
Isbaal 109
Isis 289
Ismaelitas 99, 107
Išme-Dagan 263
Isos 117
Israel, Estado de (período bíblico) 85, 97, 109ss, 114s, 136, 151, 268, 269, 279, 284
(período reciente) 32, 123 (n. 3)
Isaías, manuscrito de 317, 318
Ištar 289, 300
Istar, Puerta de 208
Istmo, desierto del 40, 43, 44
Ítala 346
Ittobaal ilustr. 8

Jabalí 57
Jacobitas 302 341, 342
Jafa (cf. Yafa)
Jarán 270, 300
Jasor 71, 72, 146, 161, 164, 165, 187, 188, ilustr. 5
Jático 244, 253
Jebuseos 94, 161
Jehú 281
Jericó 38, 47, 48, 52, 56, 66, 68, 73s, 79 (n. 18), 86, 89, 92, 105, 111 (n. 59), 114, 129, 141s, 145, 149, 155, 159, ilustr. 3, 4
Jeroboam II 113
Jeroglíficos egipcios 176, 191, 213ss, 222, 228, 240s, ilustr. 7
hititas 214, 221, 242, 254 (n. 18), 255, 270, ilustr. 7
Jerónimo, san 29, 38, 334, 335s, 347s
Jerosolimitana, versión 343
Jerusalén 39, 46, 48, 49, 50, 50 (n. 28), 51, 52, 52 (n. 33) 56, 79 (n. 18), 86, 90, 93, 103, 104, 105, 110, 112, 114, 115, 116, 123, 126, 127, 128s, 130, 132, 140, 146, 150, 151, 155, 161, 162, 166, 169, 172, 173, 183, 185s, 189, 232, 281, 285, 303, 311, 315, 316, 320, 325, 327, 329, ilustr. 3, 4
Jesbón 93, 111
Jesrón 83
Jesús Sirac 338
Jiveos 71
Jonás 101
Joppe (cf. Yafa)
Jordán 36, 57, 65, 66, 68, 71, 81, 101, 115, 117
«Jordán», distrito del 31
Jordán, depresión/fosa del 35ss, 45, 46, 48, 50, 52, 53, 55, 62, 64, 65, 71, 72, 74, 86, 89, 91, 97, 103, 105, 106, 108, 111 (n. 59), 129, 137, 145, 146, 201, 204
Jordania 35s, 47, 96, 234
Joritas 252
Jormá 85, ilustr. 3
Joronáyim 105
José 89, 90s, ilustr. 3
Josefo 121, 133, 190, 258, 265, 267, 279, 318. 327
Josías 96, 113, 114, 115 (n. 68), 190, 281, 285
Josué 71, 77
Judá, Estado de 64, 85, 96, 109ss, 115s, 136, 148, 158, 232, 268, 269, 279, 280, 285
Judá, tribu de 74s, 83, 85, 88, 98, 109, 110, 113, ilustr. 3
Judea 29, 39, 74ss, 117, 131, 137
Judit 338
Jurásico 61
Justiniano 130

Kahle, P. 309ss
Kalaḫ, Kalḫu 174, 275, ilustr. 6
Karatepe 198, 270
Karkemiš 266, 270, 272, 285, ilustraciones 6, 7
Kayseri 263
Kikkuli 252
Kilamuwa 229
Kitchener, H. H. 24
Kizil Irmak 200, 264, ilustr. 6
Kültepe 263, ilustr. 6
Kuš 247, 260 (n. 23)

Laʿaš 230, 269, 271
Lagartos 58

Lakiš 123 (n. 2), 144, 147, 165, 170, 178, 186, 188, 225, 226, 232, ilustr. 10
Langosta 58
Langton, Esteban 349
Laringales 222, 236, 237
Larsa 261
Latinas, versiones 344ss
Lava 36
Lía, tribus de 84ss, 91
lectio difficilior 361
León 57
Letras, cambio, alteración del orden de las 353
Leví 85, 88, 90
Líbano 42, 64s, 78s, 97, 107, 108, 201, 204, 225, 269, ilustr. 6
Libios 247, 269
Lida 43
Liebre 58
Limes Arabiae 131
Limes Palaestinae 131
Livias 106
Lobo 57
Luciano 334, 336, 343
Lutero, Biblia de 349
Lúvico 242
Luxor 206, 218, 273
Luz 89, 356

Lluvia 49ss, 55

Macabeos 117, 134, 279, 303
Mádaba 101
Madianitas 99
Maimónides 311
Majanáyim 111
Makir 90s, ilustr. 3
Mambré 152
Mamelucos 127
Mampsis 105
Manasés 90, 109, 111, 113, ilustr. 3
Manasés, media tribu de 85, 90
Mandeo 239
Manetón 258, 278
Manuscritos del texto hebreo 311ss
de cuero 318
en pergamino 330ss, 335
Maqueronte 133
Maquis 54
Marduk 299
mare Mortuum 38
Mareša, Marissa 87, 134, 148, 168, 184, ilustr. 3
Marfil 142, 147, 172, 175
Mari, textos de 89 (n. 29), 220, 248s, 261, 263, 274, 280, 300, ilustr. 6
Mār Sābā (= San Sabas) 86, 87
maryannu 252
Masada 133, 149
Masora 309ss, 322
Masoretas, texto masorético 309ss, 354, 357s, 360, 361
maṣṣeba (= piedra erguida) 188, 190s
matres lectionis 229, 319, 353 (n. 42, 43) 354, 362
Mayúsculos, manuscritos 330, 339
Meca, La 47, 129, 204
Medidas 180s
Medina 129, 204
Mediterránea, raza 245
Medos 253, 265, 275, 285
Meguiddó 80, 114, 141, 143, 146s, 151, 161, 164, 165, 170, 172, 173, 176, 182, 191, 204, 226, 229, 285
Mekal 191
Melkart 302
Melquitas 342
Menajem 281
Menes 258
Menfis 264, 273, 296, 297, 298, ilustr. 6
Mentuhotep 258 (n. 20)
Mercati, fragmentos 335
Merodak 299
Merom 74
Mesas, 167, 172
Mešaʿ 92, 96, 110, 191, 229
Mešaʿ, inscripción de 92, 96, 110, 229, 237
Mesopotamia 66, 94, 101, 107, 122, 140, 182, 198, 204, 207ss, 208, 211 217, 232, 235, 238, 239, 242, 243, 244, 247ss, 251, 260ss, 263, 264, 267, 270, 272, 273, 278, 280, 283, 284, 287, 289s, 292, 293, 294, 298ss, 341, ilustr. 6
Mesrop 343
Metal, instalaciones para obtener el 96, 179
Metalurgia 176, 179s, 281
Metobelo 335
Métrica 362s
Metros combinados 363
Mezquitas 126
Miliarias, piedras — romanas 100, 103, 132
Minas 63s
Minerales, riquezas 38, 63s, 96, 260
Minúsculos, manuscritos 330, 335, 339
Mioceno 62s
Misael ben Uzziel 312
Mispá 112, 151
Mitanni 267, 280s, 283s, 303
Mitos 216, 219, 287, 295, 299, 301
Mnevis 296
Moab, moabitas 35, 73, 92, 96 (n. 39), 97, 104, 106, 110, 115, 117, 137

(n. 61), 141, **222** (n. **3**), **229**, **238**, 255, 268, ilustr. 3
Moabita, lengua 237
Moisés de Corene 343
Moldes 180
Molinos 174s, **178**
Momias, envoltorios de 325
Monedas 181s, 288
Monolitos 209
Monstruos, seres monstruosos **208**, 209, 292s
Montfort 128
Monumentos 184, 180, 206
funerarios 126
Morales (sicómoros) 56
Morteros 175
Mosaico, mapa en — de Mádaba 101, 129, 130 (n. 36)
Mosaicos 130
Mot 301
Muerto, mar 38s, 47, 48, 51 (n. 28), 52, 57, 61, 65, 66, 73, 74, 80, 86, 95, 96, 101, 105, 106, 117, 133, 309, 316ss
Muertos, libro de los 215, 298
Mukiš 271
Muro de las Lamentaciones 133, ilustración 4
Muros, murallas 136s, 160ss, 207, 266, ilustr. 4
Muršiliš I y II 265
Musil, Alois 24
Muwatalliš 265

Nabateo 233, 239
Nabateos 131
Nabopolasar 262
Nabū 300
Nabucodonosor 115s, 148, **158**, 232, 262, 274
Nanna[r] 292
Naranja 56
Nash 318
Natividad, iglesia de la 129s
Nave, navegación 101s, 203, 204
Nazaret 42, 46, 88
Neápolis 40, 105s, 155
Nebo (dios) 300
Nebo (monte) 80, 130
Necao 260, 281, 285
Necrópolis 182s, 185, 272 (n. 32)
Neftalí 74, 75, 91, 111, ilustr. 3
Negros 245, 247
Négueb 40, 76, 95 (n. 36), 98, 105, 117, 159
Nehardea 315
Nehemías 116, 255
Neobabilónico, imperio 115, **262**, **264**, 275, 281, 285
Neolítico 99s, 136, 142
Nestorianos 342
Nicéforo 336
Nicópolis 130
Nieves 51
Nilo 66, 67, 107, 122, 197, 198, 246s, 258, 266, 273, 297, ilustr. 6.
Nínive 219, 264, 275, 285, 300, ilustración 6
Nippur 260, 299, ilustr. 6
Nómadas 99
Nombres personales 246, 248, 250s, 252, 252 (n. 16), 267
Nórdica, raza 246
Nubia 247, 259, 268
Nubios 247, 260
Nusairiya, montaña 107, 201
Nuzu 72, 251

Oasis 38, 56, 66, 67, 68, 197, **200**, **202**, 207, 246
Obeliscos 206, 218, 296
Obelo 334s
Ocupación de Palestina **83**, **90s**, **92s**, 97, 137, 145, 155, 157s
Odas 338 (n. 32) 349
Odón 313
Odre 59
Ofrendas de alimentos a los dioses 294
a los difuntos 186, 298
Oligoceno 62
Olivo 55, 177
Olivos, monte de los 42 (n. 16), 47, 48, 105
Omeyas 128
Orígenes 325, 326, 334, 340
Oriental, raza 245
Oro 181
Orontes 36, 107, 201, 202, **221**, **269**, 273, 274, 284, ilustr. 6
Ortostatos 209
Osarios 185, 233
Osiris 185, 297
Oso 57
Ostraca de Bet-Šemeš 225
de Lakiš 230s, 318, 352, 354, ilustración 10
de Ofel 232
de Samaría 112, 147, 230s, 352, ilustr. 9
Otniel 98, ilustr. 3
Oveja 59

Pablo de **Tella** 335
Palermo, **Piedra** de 277

Palestina (nombre) 29ss, 69, 72s
«Palestina, Lista de» (de Tutmosis) 259, ilustr. 7
Palestine Exploration Fund (PEF) 24
Palimpsesto 332s, 335, 346
Palimpsestus Vindobonensis 346
Palma datilera 56
Palmira 66, 203, 204, ilustr. 3
Palmirenas, inscripciones 233, 238
Palomas 59
Pan 173s
Panaderos 174
Paneas 117
Pánfilo 334, 335
Papiro 206, 215, 231, 232ss, 239, 318, 325, 330, 331, 337, 355
Papiro Fouad 325
Papiro Nash 318
Pārāšot 312s, 320
Parentela 82s
Peces, pesca 37, 58, 178
Pedernal 62, 66
Peines 175
Penuel 106
Perdiz 58
Perea 30
Perro 57
Persas 116, 242, 253
Persa, Imperio 115, 116, 117, 136, 181, 238, 260, 262, 281, 285, 303, 321
Pérsico, golfo 198, 243, 249s, ilustr. 6
Pesas 180s
Peŝitta 341ss, 358, 359
Petersburgo, códice de los Profetas de San 315
Petra 190
Petrie, Flinders 122, 139, 225
Piedra circular de sepulcros 184
Piedra, Edad de 138, 211
Pilono 206
Pimpinela 66
Pino de Alepo 54
Pirámides 205, 258, 273, 297s
Píramos (río) 270
Pisgá 80
Placas esmaltadas y vidriadas 208
Plata 181
Plátano 56
Plegamientos 39, 63
Plinio el Viejo 318
Plioceno 62s
Población (cifras) 45
Políglotas 323, 339, 342, 349
Pompeyo 117, 282
Pozos 107, 168 (n. 9) 203
Prados 55
Precipitaciones 39s, 41, 48ss, 65, 66
Prehistoria 138, 211
Presa, animales de 57
Presagios 219, 250, 287, 300
Procurador 118
Profetas 284
Prostitución sagrada 289
«Protoarameos» 249
«Protohitita» 244, 253
Provincias asirias 114s, 116, 264, 270s, 284
romanas 30, 117s, 131, 282
Psalterium Gallicanum 347
Psalterium iuxta Hebraeos 348
Psamético 260
«Pseudoepígrafos» del AT (=apócrifos) 340
«Pseudojeroglífica», escritura 228
Pseudo-Skylax 101 (n. 48)
Ptah 296
Pueblo 82, 246
«Pueblos del Mar» 94s, 255, 265, 284
Puertas 165, 208, 209
Pûlu (Pul) 264 (n. 27)
Punón 64
Puntuación, sistema de 309ss, 313ss, 320

Qatna 266, 272
Qûe 270
Quefrén 258
Quenitas 88, 98, ilustr. 3
Quéops 258
Quinta 334 (n. 23)
Quiryat-Yearim 76, 112
Quiryat-Séfer 93, 98, ilustr. 3
Quišón 103
Qumrán (cf. *ḫirbet qumrān)*
Qumrán, textos de 309, 313 (n. 6), 316ss, 352 (n. 41), 354, 355, 357, 362

Ra 293, 296, 297
Rabanitas 310
Rabat Ammón 134
Ramá 112
Ramat Rahel 148
Ramot de Galaad 107, 111
Ramsés 259
Ramsés II 107, 259, 273, 284
Ramsés III 95 (n. 35), 265
Rapiña, aves de 58
Raquel, tribus de 89ss
Relieves 208, 215, 218, 221, 288
Résef, *Raṣappa* 271
Retama 55, 66
Retenu 73, ilustr. 7
Rim-Sin 261
Ritmo 362s
Robinson, E. 23s

Roboam 104, 160, 170, 281
Rocío 51
Rosetas 208
Rubén 83, 85, 86, 90
Rutas marítimas 101s, 203, 204
terrestres 100s, 168

Sacerdotal, Escrito (P) 94
Sacrificio 290, 291, 294
de comunión 291, 294
Sahídica, versión 344, 358
Sais 260
Salmanasar I y II (III) 264
Salmanasar III 79, 110, 263 (n. 25), 264, 281
Salmanasar V 264
Salmos de Salomón 338 (n. 33), 349
Salomón 64, 78, 97, 102, 109, 111, 112, 114, 136, 151, 155, 160, 162, 166, 188, 269, 270, 279, ilustr. 4
Šam'al 270
Samareitikon 326 (n. 17), 334 (n. 23)
Samaría 40, 89, 105, 115, 137
Samaría (ciudad) 103, 105, 107, 112, 114, 115, 127, 133, 141, 147, 148, 151, 161, 164, 166, 175, 190, 231, 281, ilustr. 4
Samaritano, Pentateuco 320s, 323, 355, 357, 360
Samaritanos 308, 320, 323, 326 (n. 17)
Šamaš 300
Šamši-Adad I 262, 263, 280
Sanguisorba 66
«Santiago, Tumba de» 233
Sapiencial, literatura 216
Sarcófago 185s, 206, 216, 219, 229, 272 (n. 32)
Sarcófagos, textos de los 298
Sargón I de Acad 261, 263
Sargón II 115, 263, 264, 275, 281
Satrapía 30, 116, 117
Saúl 69, 80, 95, 98, 106, 109, 146, 162, 268
Schumacher, G. 24
scriptio continua 228, 355
Sebaste 133, 161
Sedarim 312
Seetzen, U. J. 23
Sefarditas 311
Seleucia 134, 274
Seléucidas 117, 134, 262, 271, 274, 281, 285, 303
Selim I 126
Sellos 176, 218, 229
Semítico 235s, 239
Senir 79
Senonense 62, 63, ilustr. 2
Sepulcro, iglesia del Santo 126 (n. 9), 127, 129
Sepulcros 182ss, 206, 214s
Serpientes 58
Šešonq 260, 260 (n. 22)
Šešonq I 260 (n. 22), 281
Sesostris 258 (n. 20)
Setenta (LXX) 237 (n. 10), 320, 324ss, 329ss, 337ss, 345ss, 353 (n. 44), 357s, 359, 361, 363
Setenta (LXX), manuscritos de los 329ss
Setenta (LXX), recensiones de los 333ss, 339, 358
Seti 259
Sexta 334 (n. 23)
Sidón 91, 186, 271, ilustr. 3
«Sidonios» 71, 79, 95
Silábica, escritura 215, 228
Silo 103, 145, 188
Siloé 171 (n. 14)
Siloé, canal de 171s, 229
Siloé, inscripción de 172, 229, ilustr. 8
Sillas 167, 172, 175
Simeón 83, 85s, 88
Símmaco 326, 334, 347
Sin 300
Sinagogas 130, 132, 187, 233
Sinaí, desierto del 40, 43, 46, 65, 76, 93, 99, 107, 203, 204
inscripciones del 225
península del 226, 233, 331, 333, ilustr. 6
Sincronismos 279ss
Sión 166
Sippar 300
Siptibaal, inscripción de 224
Siria 72s, 97, 107, 116 (n. 71), 164, 182, 201s, 202ss, 208s, 210, 216, 221, 222ss, 229, 230, 232, 238, 239, 242, 243, 249, 250, 253ss, 259, 260, 263, 264, 265ss, 268ss, 272s, 280, 283s, 285, 289, 290, 291, 294, 300ss, 341ss, ilustr. 6
Siríaco 239, 328, 335 341ss, 359
Siroco 52, 55
Siro-hexaplar, texto 335, 343
Siro-palestinense, versión 342
Siryón 79
Sísara 71
Sixtina 339
Smith, E. 23
Sokó 104
«Sol alado» 209
Sorá 91
Subartu, subarteos 250s
Subbiluliumaš 265
Sudán 247

Suez 46
Sukkot 106
Sumerio 243, 247, 299
Sumerios 247, 249, 250, 261, 273, 293, 299, 300
Šunem 89, ilustr. 3
Sura 315
Susa 116 (n. 71), 242, 252, 274 (n. 33), ilustr. 6
Susana 338, 349

Taanak 151, 154, 161, 174, 177
Tabor 88, 204, ilustr. 3
Tadmar/Tadmur 203
Tamarisco 55
Tammūz 289s
Targum 314, 321ss, 328, 357
Targum de Jonatán 323
Targum de Onkelos 76, 322s
Targum del Pseudo-Jonatán 323
Targum Yerušalmi 322
Tarqû 280
Tarsis 101
Tauro 200, 203, ilustr. 6
Tebas 264, 273, 296s, ilustr. 6
Tebes 166
Técoa 105
Techo 167
Teglat-Falasar I 264
Teglat-Falasar III, 114, 264, 269, 270, 281, ilustr. 7
Tel Aviv 43, 146
Telares 179
Tell Halaf, cultura de 209, 211
Templo en general 186ss, 288, 291, 294 (n. 44)
  árabe meridional 209
  de la Edad del Bronce 187, ilustr. 5
  de la Edad del Hierro 187, 188
  egipcio 144s, 206, 215, 296
  de Jerusalén 64, 101, 133, 150, 166, 188
  mesopotámico 207
Temperaturas 51
Teodoción 326, 330, 334, 347
Teodoreto de Ciro 336
Terciario 62s, ilustr. 2
Terebinto 54
Terga 300
Tešup 303
Tétraplas 334, 336 (n. 26)
textus receptus 311
Theotokos, iglesia de la 130
Tiara de cuernos 208
Tiberíades 37, 46, 47, 309
  lago de 35, 37, 46, 47, 48, 58, 73, 74, 91, 101, 106, 108, 127, 128, 129, 134, 178
Tidal 265
Tiendas 59, 98, 159 165, 266
Tierra apisonada 165, 266
Tigris 66, 67, 198, 203, 207, 235, 243, 244, 247, 250, 274, 275, 328, ilustración 6
Til-Barsip 270
Timnat-Séraj 77
Tinta 215, 225, 230
Tintorería 179
Tirhacá 260 (n. 23), 280
Tiro 71, 78, 91, 201, 271, 303, ilustración 3
Tischendorf, K. v. 331, 332
Tkr 95, ilustr. 3
Tlabarnaš 265
Tobías 338
Tolemaida 134
Tolomeo II 117, 325
Tolomeos 117, 134, 260, 273, 281, 285, 324
Toparquía 117
Topografía 154
Toponimia 32, 254
Tormentas 53
Torres 96, 148, 164
Transcripciones griegas 324, 333s, 337
Tribus 82ss, 108s, 111, 137, 268, 290s
Trigo 55
Trilla, trillos 55, 58, 177
Trípoli 272
Trono 172
Tudḫaliyaš 265
Tukulti-Ninurta I 263
Tumba de arcosolios 184
  de artesa 184
  de banco 83
  de los davídidas 182
  de *kokim* 184
  de niños 182
Turcos 126
Turín, Papiro de 277
Turoniense 61, ilustr. 2
Tušratta 267
Tut-enj-Amón 297
Tutmosis 259
Tutmosis III 74, 188, 191s, 216, 259 (n. 21), ilustr. 7
«Tutmosis, Lista de» 259 (n. 21)

Ugarit 210, 237, 272, 301, ilustr. 6
Ugarítico 237, 301
Ulfilas 343
Unciales 330
Unqi 271
Ur 211, 212, 261, 273s, 300, ilustr. 6
Urarteo 244
Urarteos 252s
Urartu 244, 262, ilustr. 6

Urfa 341
Urmia, lago de 239, 343
Uruk, Erek 273
Utensilios 180
Utensilios de trabajo 178s
Uvas 178

Varuna 303
Vasijas de piedra 143
Versículos, división en 312, **338s**, **349**
Vetus Latina 345ss, 358
Vid 56, 178
Vidrio 174s
Vientos 52
Vino 56, 112, 178, 232
Vocales, escritura de 217, **222**, **229**, 241
Vulgata 313, 338 (n. 27 y **28**), **345**, 347ss, 358

Walton, B. 323
Wen-Amón 49, 230
Wilhelma 50, 52 (n. 34), ilustr. 1

Yabboq 35, 61, 64, 91, 96, 106, **111**, 127, 131, 141, 145, ilustr. 3
Yabés 75, 81, 106
Yabín 71
Ya'di 270
Yafa 39, 101
Yafó 114, 151
Yagitlim 262
Yahdunlim **262**
Yahvista (J), **93**, **99**
Yarmuk **35**, **47**, **93**, 108, 115, ilustr. 5
Yatmah Adad **262**
Yazer 92
Yazlikaya **293**
Yehimilk **224**
Yemdet Nasr, cultura de 212
Yerajmeelitas 98
Yibleam 170
Yizreel 44, 80, 88, ilustr. 3
Yizreel, llanura de 41, 44s, 46, 47, 48, 63, 77, 78, 80, 88, 91, 93, **95**, 103, 105, 107, 108, 111, 114, **136**, **137**, 149, 151, 170
Yogboha 106
Young, Th. 214

Zabulón 88, ilustr. 3
«Zacarías, Tumba de» 184
Zahína 55
Zanóaj 98 (n. 42)
Zencirli 229, 270
Zenón 130
Zenón, papiros de 117
Zéraj 83
ZKR (¿Zakir?), inscripción de **230**, 269, 270, 271
Zimrilim 261, 262, 280
ziqqurratu 207
Zoroastro 303
Zorro 57
Zóser 258